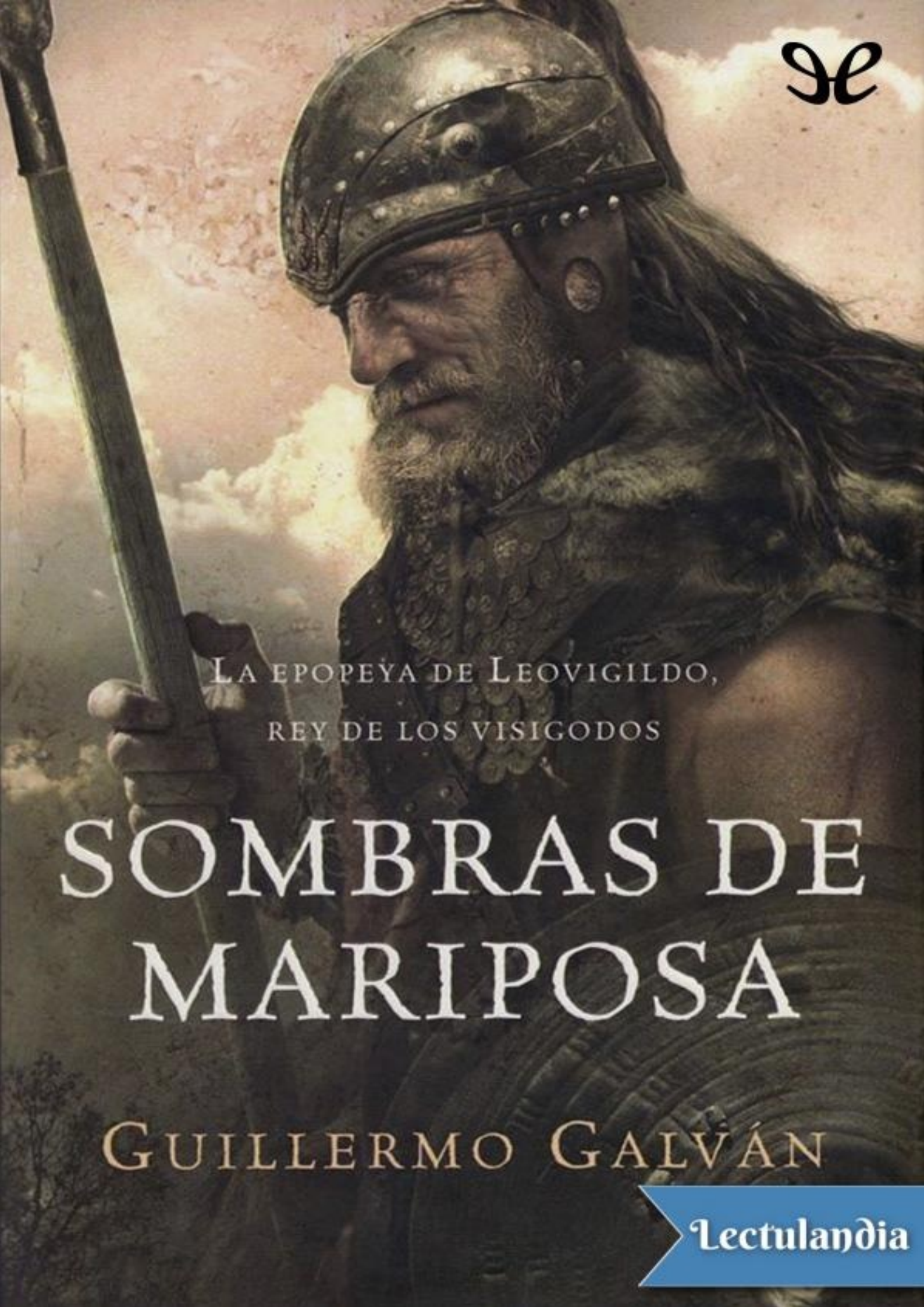


Lectulandia

En el año 572, el joven Wilya, hijo natural del difunto rey Liuva, es acogido en la corte visigoda de Toledo por su tío, el rey Leovigildo. Lisiado por un accidente infantil, Wilya se enfrenta a su inferioridad para alcanzar el sueño de convertirse en guerrero. A su pesar, participará en los turbulentos acontecimientos del reino: la rebelión del primogénito Hermenegildo, las campañas militares contra vascones, suevos y francos, la abjuración de Recaredo de la fe arriana y los levantamientos armados que esta decisión provoca. Todo ello le llevará a ser privilegiado protagonista en la creación del nuevo reino bendecido por la religión romana.

Esta apasionante novela, una verdadera epopeya goda, sumerge al lector en un tiempo casi olvidado en el que las intrigas palaciegas, las luchas de poder y los enfrentamientos entre pueblos y facciones religiosas estaban a la orden del día. Reyes astutos, guerreros feroces, monjes filósofos y mujeres valientes guían al lector por un mundo en el que todos los días se jugaba una partida por el honor y la vida.

Lectulandia

Guillermo Galván Olalla

Sombras de mariposa

La epopeya de Leovigildo, rey de los visigodos

ePub r1.0
FLeCos 09.05.16

Título original: *Sombras de mariposa*
Guillermo Galván Olalla, 2010

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com


3
ANIVERSARIO

A Juan e Isidoro, por su infinita paciencia. A Alicia, por su generosa mirada crítica e imprescindible ánimo.

Y mi gratitud a:

José Carlos Martín, de la Universidad de Salamanca, por regalarme sus conocimientos y su magnífica traducción inédita de *Vitas Sanctorum Patrum Emeritensium*.

Lars Munkhammar y Sue Dodd, de la Universidad de Uppsala, por su amable diligencia.

NOTA DEL AUTOR

Al escribir esta novela se ha respetado la toponimia empleada por los autores coetáneos a los hechos narrados, como Juan de Bíclaro, Isidoro de Sevilla y Gregorio de Tours, con preferencia la del autor hispalense, quien a menudo practica una suerte de romance adelantado (Narbona por Narbo, Pampilona por Pampilo o Barcinona por Barcino) para aproximar los términos latinos a nuestro lenguaje actual.

No extrañe al lector, por lo tanto, la ausencia de tildes con que el castellano dotó posteriormente a muchos de estos términos latinos. En un solo caso, por simplificar topónimos compuestos y evitar ambigüedades, se ha empleado el ablativo en lugar del nominativo; así Carthagine (Cartagena) por Carthago Nova o Carthago Spartaria, ciudad a la que se denominaba a veces simplemente Carthago, como la capital púnica origen de su nombre.

En cuanto a la onomástica, se ha respetado la grafía legada por la tradición en castellano para godos y suevos, manteniéndose la latina (excepto en los casos de personajes históricos o legendarios más conocidos) para indicar claramente pertenencia a los grupos hispano o galorromano.

En el aspecto cronológico, y por ahorrar confusión, se ha evitado la terminología de la época ajustándola a la actual. Así, se habla directamente, por ejemplo, del 587 y no del 625 de la Era Hispánica que citan las fuentes, obviando esa diferencia de treinta y ocho años que separa ambos calendarios.

Si bien el mapa de las guardas permite una fácil ubicación de los hechos narrados en la novela, el glosario final amplía esos datos para el lector más interesado en los detalles geográficos e incluye las referencias que, por razones de espacio, quedan excluidas de la citada representación gráfica.

INTROITO

Los muros de la fragua retumbaban con cada impacto, como si un cíclope pateara la estructura del edificio. Con ritmo medido, el gigantesco martillo batía una y otra vez el hierro candente sin necesidad de esfuerzo humano merced a un artificio impulsado por el ímpetu brutal del torrente que la joven primavera nutría en los altos picos nevados del Tilenus. Los dos novicios, sentados en un tronco podrido que hacía las veces de banco y vibraba con ellos en cada percusión, asistían absortos a un espectáculo que se les antojaba casi sobrenatural. Tabardos de piel de conejo cubrían la parte superior de sus astrosas túnicas y calzaban sus pies con material semejante, aunque si parecían conejos asustados no era tanto por la naturaleza de sus atavíos, sino porque en sus ojos casi adolescentes, más allá de la admiración por el poderoso ingenio que presenciaban, se podía advertir un creciente y tenso desasosiego.

El herrero, hombre demasiado enjuto para su oficio, parco en palabras y embebido en su quehacer, se dirigió a ellos sin dedicarles siquiera una mirada.

—Dejad ya de temblar, que no hay motivo para el miedo. Es como cualquiera de nosotros. Terrible y huraño, eso sí, pero no un demonio de los bosques.

—No sé si demonio, pero desde luego no puede ser hombre —alegó compungido el que parecía menor de los jóvenes monjes.

Yo nací en un pago a las faldas de este mismo monte, más al poniente, y ya hace tiempo que se habla de ese ser salvaje. Hay quien dice que lo ha visto como oso, otros como lobo o águila, y que pelea sin miedo contra manadas enteras de esas alimañas.

—Muchos hay que se aferran a las viejas creencias y mantienen todavía sus santuarios por los alrededores, pero parece mentira que un servidor de Cristo diga esas cosas —le reprochó el herrero con una desdentada e irónica sonrisa.

El amonestado se santiguó en un gesto de penitencia, y su compañero, algo más crecido, y tan rubio que no podía esconder su origen godo, o quizá suevo, salió en su defensa.

—Hay testigos, y con no pocos de ellos hemos hablado. En cierta ocasión salvó a un niño del acecho de los lobos, y es éste quien lo describe como un ser espantoso, un demonio.

—Un demonio que salva niños —apuntó el forjador entre risotadas—. Yo también creía en esas tonterías, ya os lo dije, hasta que hace cosa de tres años tuve oportunidad de conocerle. Confieso que cuando me lo encontré aquí dentro, en ese mismo banco en que estáis sentados, también tuve miedo. Pero sólo quería arreglar el bocado de su caballo. Desde entonces me visita con cierta frecuencia para traerme pieles y llevarse a cambio algo de pan y forraje para su montura, sobre todo en invierno. Pronto comprobaréis hasta qué punto vuestros temores son infundados.

Ambos jóvenes albergaban la esperanza de que así fuese, de que aquel sorprendente e inhóspito lugar significase el final, la última parada de su aventurado

tránsito, si bien para ello debían sufrir necesariamente la definitiva prueba de enfrentarse al extraño leviatán del que hablaban los lugareños. Más de un mes en busca de una leyenda, compartiendo el lomo de una vieja mula, destrozándose los pies entre riscos y viviendo de la limosna, hasta que habían conseguido dar con aquel herrero que se burlaba de su credulidad sin tener en cuenta sus sagrados aunque inexpertos hábitos. Y aun después del primer encuentro, diez largos días de espera hasta conseguir sus propósitos.

—¿Nunca te dijo quién es? —se interesó el más joven.

—Y qué importa un nombre.

—Ya verás —conjeturó el rubio—. Hemos caminado más de doscientas millas para nada, por un capricho.

No había concluido la frase cuando una sombra cegó la puerta y se mantuvo inmóvil durante unos instantes en el umbral, como si registrara el interior con su invisible mirada antes de decidirse a entrar. Cuando por fin lo hizo fue en silencio, con pasos medidos, para ir directamente hacia los novicios, quienes, obedientes a una misma y simultánea orden, se incorporaron para ponerse en guardia. Todavía confusa su visión por el contraluz, la figura ya presentaba un aspecto feroz: el rostro curtido parecía hecho de corteza de roble donde alguna bestia hubiese afilado sus garras, las greñas extremadamente crecidas y sin ataduras, cubiertos los hombros por una hedionda piel de oso pardo. Los miraba desde un precipicio de desconfianza, desde unas cavernas amoratadas que antes hubieron de ocupar sin duda ojos curiosos, aunque secos ahora por el desapego, tal vez inhábiles para la comprensión y para el diálogo que se supone saben sostener los humanos.

—¿Acaso eres tú Wilya, el hijo de rey nacido en Narbona? —tartamudeó el más joven, definitivamente convencido de su fracaso, de que aquel espectro que había invadido la fragua era mucho más longevo que el hombre de poco más de treinta años que venían a buscar. Un chispazo de sorpresa brotó en la expresión del salvaje ante la pregunta.

—¿Dónde escuchaste tal nombre? —Su voz sonaba como un puñal que se clavase en los oídos.

El rubio se animó a intervenir en apoyo de su compañero.

—Es un nombre conocido y respetado en muchos lugares del reino, sobre todo entre los godos como yo. Venimos de muy lejos, desde la Carpetania, sólo para escuchar tu respuesta. Si eres quien buscamos —extrajo en ese momento del interior de su manto una grasienta vitela enrollada—, esta epístola te pertenece.

Tras unos instantes de duda, el desconocido extendió lentamente el brazo para recibir en su mano el mensaje que le ofrecían unos dedos temblorosos, y el novicio reprimió un gesto de aprensión cuando aquella garra sucia surcada de cicatrices le arrebató el manuscrito.

Giró luego el montaraz sobre sus pasos hasta alcanzar la luz de la puerta y husmear allí, entre murmullos que parecían rugidos, la breve misiva. Una vez

cumplido el trámite, regresó junto a ellos para devolverle la vitela al mensajero, y algo parecía haber quebrado su mirada de hielo, quizá el hecho de hallar en el texto un nombre familiar.

—Leído está. ¿Qué más queréis de mí? —gruñó al fin, tras escudriñar de arriba abajo a la pareja de novicios.

—El abad desea que nos acompañes, señor, si es tu voluntad —admitió el rubio con un suspiro de alivio al saber que por fin su búsqueda había concluido y que pronto regresarían con los suyos, pues tanto le daba que aquel horripilante bárbaro se sumase a ellos como que decidiera quedarse trotando por tan inhóspitas breñas otros ocho años más o hasta que el final de sus días le convirtiese en un montón de huesos perdidos en un barranco.

—¿Por qué ahora, después de tanto tiempo?

—Nadie sabía de ti —terció el más joven—. Todos te daban por muerto.

Quizá tenían razón aquellos jovenzuelos, reflexionó el salvaje, y llevaba muerto mucho tiempo, bastante más de lo que ellos imaginaban, y sólo su apariencia había hecho creer a los hombres que su vida era tan cierta como la de cualquiera. Tal vez cuanto había vivido desde aquella lejana tarde era apenas un mal sueño y quienes le rodeaban nada más que formas tan fantasmales como él mismo. Sí, puede que hubiese muerto aquel día. Al fin y al cabo, hacía un calor infernal para un junio recién nacido, aunque nadie sospechase entonces que Satanás pudiera rondar los alrededores.

Piernas de podenco, corazón de oso, eso eran en aquellos días los felices cachorros de la nobleza creciendo pujantes en salud e ilusiones de futuro, sin concederle valor siquiera a cuanto les había sido regalado. Así, al menos hasta esa tarde, se había sentido él, que saboreaba la vida con la osadía natural de quien se sabe digno de respeto. Y con todo derecho, pues desde que su padre, el rey Liuva, abandonó prematuramente el mundo de los vivos en la lejana tierra de Narbona, el nuevo monarca, su tío Leovigildo, le había acogido en la corte toletana brindándole protección e igual trato que a sus hijos y a los hijos del señorío palaciego. Porque noble era la sangre que asomaba por los rasguños de sus costrosas rodillas y de su frente laureada con épicos chichones. Noble, igual que la de sus primos y demás compañeros, capacitados todos, si así lo determinaba la asamblea en un futuro, para ocupar el trono que ahora nadie disputaba a su invicto tío.

Aún podía recordarlo todo hasta en sus mínimos detalles, como si hubiese sucedido la víspera. La sombra de los nogales en el patio de armas era una tentación demasiado poderosa tras horas de peleas y esforzadas empresas entre las callejas y terraplenes extramuros. Allí, durante un mínimo reposo bajo las frescas copas, hubo un sorteo, como cada vez que los cachorros iniciaban el mismo juego. Dispuso el azar que el hijo menor de Leovigildo ocupase en esta ocasión el papel de rey, y el resto, aunque los más crecidos lo aceptasen a regañadientes, quedaron sometidos a su albedrío. No acostumbraba Recaredo a ser exigente en sus mandatos; carecía del

retorcimiento de otros, siempre deseosos de provocar situaciones complicadas que a menudo generaban severas advertencias de los adultos, cuando no castigos. Aunque ninguna tarea, por arriesgada que pareciese, era rechazada de antemano por un gardingo, un hombre de confianza del rey.

Tampoco el gardingo Wilya había pestañeado al recibir su orden. Una misión de caza, nada de particular para su cuerpo ágil de buen rastreador. Por lo demás, no era la primera vez que atrapaba una mariposa, sencillo cometido que le otorgaría el reconocimiento al más hábil y veloz entre los competidores. Si bien se cuidaba de expresar semejantes ideas en voz alta, estaba seguro de que la estrecha amistad que le unía a su primo Recaredo tenía mucho que ver con tan asequible encargo.

Corrieron todos a cumplir las órdenes mientras el imaginario monarca se arrellanaba al amparo del verdor. Él, sin titubeos, se dirigió directamente hasta los abrojos y zarzales que crecían al pie del parapeto, cubil del último resol de la tarde. Allí tenía donde escoger, pues en torno a los cardos y las inmaduras zarzamoras culebreaba por el aire todo un mundo de colores, y las había entre ellas azules y pequeñas, amarillas o medianas, negras y moteadas. Cualquiera servía para cumplir la orden, pero descubrió una muy especial que le hizo olvidarse de todas las demás, porque con una sola de sus alas cubría la envergadura completa de cualquiera de las otras. Y su color, según el capricho de la luz, mudaba del bermellón de la sangre recién brotada al purpurado manto del rey Leovigildo. Ella era el regalo que un rey merecía, la presa que Recaredo habría de recibir de su mano aunque le ocupase cuanto quedaba del día hasta atraparla. No importaba ya ser el primero. Bastaba con llevársela.

Así emprendió el niño Wilya una zigzagueante aventura entre la maleza tras una presa que parecía adivinar sus pensamientos, pues cada vez que intentaba cercarla con sus manos muy lentamente, con minuciosa paciencia de merodeador, aguantando la respiración o cualquier innecesario movimiento de sus músculos, abandonaba ella su punto de apoyo para revolotear algo más lejos y posarse de nuevo, siempre a la vista, como complacida de participar en aquella repentina competencia dé sigilos y sobresaltos.

Bien sabía él que a mayor viveza de una presa más meritoria es su captura, y a medida que aquélla se escabullía una y otra vez de sus dedos, creyó estar persiguiendo algo más que una mariposa. Tal vez fuera algo parecido a un espíritu, o un ángel de los que hablaban tanto los clérigos del dogma verdadero como los de la religión romana, o su propia madre Orosia, que era de igual fe que estos últimos.

Demasiado confuso le resultaba ese complejo mundo de los adultos, cargado de polémicas cuyas motivaciones escapaban a las entendederas de un niño de once años. Desde luego que sabía distinguir perfectamente a los dos tipos de sacerdotes: aquéllos de pelo corto y sin barba que tonsuraban buena parte de su cráneo hasta conseguir una especie de corona que les dejaba las orejas al aire pertenecían sin duda al dogma romano, mientras que los verdaderos católicos, de tonsura mucho más discreta y en

su mayoría godos, conservaban su larga y honrosa cabellera y una poblada e impenetrable barba. Unos y otros andaban siempre empeñados en creerse los únicos católicos y no dudaban en acusar a los demás de herejes equivocados. Aunque a él, como hijo de rey, le merecía más confianza la opinión del preceptor Galmerico, presbítero de la religión goda, que la fe materna, heredada ésta de una sangre obediente a la trinitaria secta romana desde mucho antes de que la gran nación de su padre llegase hasta aquellas tierras para conquistarlas.

Era un asunto más que marañoso, en especial cuando discutían con palabras que no alcanzaba a comprender, porque, a pesar de dar por bueno a un mismo Padre divino, discrepaban sobre si era un solo dios o había tres dioses en él. Pero ambos, en eso sí que coincidían, hablaban de los ángeles. El propio Galmerico les había leído las Escrituras con historias sucedidas en la antigüedad y protagonizadas por ellos. Y esa mariposa que escapaba de sus manos una y otra vez, por su magnificencia, talento y ligereza, debía de ser algo parecido a uno de aquellos extraordinarios seres celestiales. Por un instante quedó descorazonado con semejante posibilidad. Nadie, que él supiera, había sido nunca capaz de atrapar un ángel. Aunque de inmediato desechó todo desaliento al pensar que tamaña dificultad hacía más heroica su cacería.

Fortalecida su decisión, a partir de ahí dejó de existir el entorno para sus ojos, pues, como ciegas alimañas en busca de sustento, para ellos sólo había una figura escarlata recortada sobre un fondo difuso, un dinámico dibujo que, en su imprevisible movilidad, le obligaba a cruzar matorrales, ascender escalones, deslizarse por rampas, trepar a los árboles o saltar entre las huertas. Él, sin embargo, no era consciente del trabajo de su cuerpo, pues el cuerpo mismo lo hada sin contar con su voluntad en tanto que ésta, como si de otro Wilya distinto se tratase, se limitaba a repetir una única y obsesiva orden en pos de aquel objetivo irrenunciable. Poco importaba ya que los demás hubiesen cumplido sus encargos, ni las burlas que a buen seguro recibiría al comparecer en último lugar. Nada de eso importaba, porque cuando él entreabriese sus manos y todos contemplaran aquella espléndida presa, tendrían que rendirse a su mérito y Recaredo le elegiría como el gardingo más valioso.

Todo su orgullo por un rey, por el mejor amigo.

Así pensaba cuando la tierra desapareció de repente bajo sus pies, y el vacío, la oscuridad y un indomable dolor se hicieron una sola cosa en un solo instante. Antes de perderse en el estremecedor mundo de las sombras, un relámpago de duda anidó en su cabeza, y es que tal vez no fuera ángel aquella forma que perseguía, sino siniestro demonio, rojo de infierno y no de púrpura real.

LIBRO I

(578-579)

¿Y qué hay más divino que la razón, no ya en el hombre, sino en todo el cielo y la tierra?

MARCO TULIO CICERÓN

Viajaron sin intercambiar palabra. Él a lomos del que un día fuera soberbio caballo de guerra, convertido ahora en un penco desnutrido que rehusaba cualquier aventura que significase pelear con rocas y pendientes, como si necesitara de un terreno bien llano para seguir cumpliendo en cierto modo con sus obligaciones, que no eran otras que trasladar a su amo y su reducido bagaje sin demasiadas exigencias. Los novicios compartían una mula que nada tenía que envidiar en cuanto a salud y buena disposición a la otra montura, de modo que la marcha se hacía tan lenta que más parecía un eterno paseo que la decidida búsqueda de una meta.

Poco después de dejar atrás Asturica y cruzar las aguas del cercano Orbicus, donde casi siglo y medio antes los godos habían derrotado por primera vez al reino suevo, supo que el novicio de su raza se llamaba Gainas y acababa de cumplir los quince, con pocos meses más que su compañero, el astur Aberius. Y de igual forma, por la mera observación, había tenido oportunidad de conocer las particulares inclinaciones de este último hacia ritos que en nada se compadecían con la piedad exigible a un aprendiz de monje trinitario. Sin duda, su corta vida entre los clérigos no había hecho mella todavía en las prácticas aprendidas de niño en las faldas del Tilenus, y así, depositaba piedras en los montones de guijarros que de tarde en tarde aparecían al margen del camino, tal y como era costumbre entre los paganos astures para ganarse a los dioses que amparan a los viajeros. Bien es cierto que, por evitar incómodas preguntas sobre tan llamativa actitud, lo hacía siempre con la mayor discreción posible, de modo que, cuando uno de aquellos anónimos túmulos aparecía ante ellos, Aberius apelaba a la urgente necesidad de evacuar para apearse de la mula y correr hasta allí, donde quedaba oculto a la mirada de sus acompañantes y podía cumplir a satisfacción con la correspondiente liturgia.

El contemplaba estos clandestinos alardes con muda complicidad. Tras los años pasados en aquellas tierras que iban dejando a sus espaldas había podido conocer las creencias de unas gentes para quienes la religión de los romanos y de sus sucesores sólo era un modo de sometimiento, y su aceptación superficial la forma más astuta de resistir a un poder impuesto mientras sus corazones se mantenían fieles a los dioses de sus ancestros.

No era la de las piedras la única singularidad de Aberius, pues a petición suya siempre evitaban las encrucijadas para descansar y, muy especialmente, pasar la noche en sus proximidades. Por las tímidas protestas de Gainas, supo que el astur estaba convencido de que allí se reunían los muertos al caer el sol, de que semejantes lugares eran los preferidos por las hechiceras para invocar al diablo y que el propio Maligno gozaba carnalmente de cuantos se aventuraban a hacer noche en los cruces de caminos. Al joven godo le parecían más que exageradas las prevenciones de su hermano menor en la fe, pero las aceptaba de buen grado para no fomentar su evidente pánico a la oscuridad.

Mientras asistía impasible a las paganas evoluciones de Aberius, a sus adolescentes risas y jugueteos durante el viaje, a sus pueriles temores nocturnos, se preguntaba qué sabría aquel muchachito de oscuridades; de la verdadera oscuridad, no de ese periodo pasajero en que el sol se acuesta con la siempre cumplida promesa de regresar pocas horas después. Y junto a la pregunta, como un inevitable y lastimero eco, regresaban a su memoria aquellos lejanos días en que su propia alma parecía más oscura que la noche.

EL DIOS MANCO

Toletum, comienzos de otoño de 578

La mano de Wilya describía letras quejumbrosas, torpes rasguños del buril en una pizarra que tenía que fijar a la mesa con un pedrusco, un burdo contrapeso que le permitiera compensar, aunque malamente, su indiscutible deficiencia. Y es que no contaba él, como los demás, con la ayuda de un brazo izquierdo con que sujetarla, sino con un sarmiento seco, una rama improductiva sin savia ni firmeza, imborrable recuerdo de aquella accidentada cacería entre zarzales. Y en su extremo, como adorno de tan diabólica obra, la mano resultaba una burda superchería incapaz de domeñar nada. Por eso, y por el dolor que tan a menudo acumulaba aquel apéndice, la línea de su escritura era tan torva como los surcos de una yunta ebria, casi como su propio caminar, temeroso y vencido hacia su hombro lisiado en un intento de embozo protector.

En tales condiciones, los consejos de Galmerico eran para él poco más que viento ligero. Tan doctas palabras no calaban en sus oídos como penetra en los campos la suave y fecunda lluvia del otoño, pues mientras el clérigo hablaba, su mente corría más allá de los ventanales y de la muralla, y de los viñedos ya pintones que dibujaban el paisaje al otro lado del Tagus. Libre como vencejo que nunca pisa la tierra, en una fuga de la inaceptable realidad, le volaba el pensamiento hacia las nubes de un casi agotado septiembre para descubrir en ellas caras extravagantes, ambiguas siluetas de ángeles o demonios. Amordazaba así su angustia en carne viva, cubría su herida sin cerrarla, se imaginaba escapar de un castigo ya perpetuo, de esa violenta expulsión de la infancia hacia un mundo tan distinto y tan amargo como el que el arcángel eligió para desterrar a los primeros pecadores con su espada de fuego y de justicia.

Nada podía recordar de los muchos días preso en el mundo silente y misterioso del sueño, en el negro universo de la muerte. Nada había en su memoria que trajese noticias fieles de aquel velado tiempo en que los físicos se esforzaron sobre su cuerpo roto mientras los sacerdotes le hacían objeto de sus plegarias, su madre Orosia de sus llantos y sus amigos de un disgusto que él quería creer sincero. Fue precisamente la de Galmerico la primera cara que vio al regresar de tan largo y oscuro viaje. Imaginó entonces alguna lágrima asomada a aquellos ojos arcaicos, consecuencia sin duda de su propia mirada vidriosa y mortecina. Ruido de voces luego, rumor de letanías, afectos colgados en el aire como una pesadilla desmadejada, y la carrera de su madre hasta allí para cubrirle de besos y de sollozos, bien ciertos ambos en su humedad. Y se vio a sí mismo aflorar de entre las fauces de un caos del cual apenas guardaba ya algunos nebulosos jirones en el recuerdo.

Pronto supo que se enfrentaba a una nueva pesadilla, concreta esta vez, indudable. Muchas veces desde entonces deseó no haber abierto los ojos, haberse quedado para

siempre en la fría placidez del no saber, del no sentir, del estar muerto. Cualquier oscuridad resultaba más atractiva que la dolorosa incapacidad de su brazo y la brutal anomalía de un rostro desgarrado por esa abrasión que marcaba de arriba abajo su perfil izquierdo, cualquier oscuridad era más dulce que el sentimiento de haber perdido parte de sí en el cogollo del infierno. Tal vez había estado allí, en el mismísimo infierno. Ahora miraba hacia atrás, buscando en vano al niño que era capaz de consumir la vida sin saciarse, y en vez de hallarlo se topaba con una pregunta omnipresente, agazapada en los rincones, manifiesta en las miradas, sugerida por su propia cabeza: ¿Por qué? Y cada vez que esa pregunta asomaba su faz de monstruo entre los resquicios cotidianos, él huía hacia cualquier espacio imaginario que permitiese alejar el desconsuelo.

Por otra parte, era aquella guerra del maestro, la de enseñar los secretos de la lengua latina a unos aprendices de hombre, una contienda perdida de antemano. Porque, tal y como protestaba el primo Hermenegildo, no es la escritura lo que dignifica a un noble godo, sino el valor en la batalla. Y se forja un godo en la lucha de igual manera que se hace el esclavo en la obediencia, el colono en los aperos o el sacerdote en sus preces bien aprendidas. Replicaba el tutor que no podía haber riña entre conocimiento y coraje, y que el primero no significaba menoscabo para el segundo, porque ambos eran útiles necesarios para la vida. Y en su contra, de nuevo la voz de Hermenegildo, asentada en la imbatible confianza de sus quince saludables años, para concluir que un godo es un buen guerrero y lo demás sólo son artificios eclesiásticos. Se escarbaba entonces Galmerico sus lacios cabellos derrotados ya por el albor de una cercana ancianidad, los dedos buscando por allí una respuesta inexistente y viajando luego, sin hallarla tampoco, hasta la espesura de su barbilla donde algún rizo mantenía aún el recuerdo de una antigua rubicundez. Y callaba. Callaba a veces el maestro, quizá para enseñar algo también a través de su reserva.

Le sobresaltó aquel día la voz del preceptor, deseoso de conocer su criterio acerca de la polémica abierta por Hermenegildo, pero Wilya se encogió de hombros y, como caracol que se encierra en sí mismo, agachó la cabeza sobre la pizarra e hizo correr el tembloroso punzón sobre el perfil de una letra incompleta. Y de inmediato conquistaron los compañeros el vacío dejado por su repliegue para recuperar la animosa controversia, porque cualquier motivo era bueno para un joven godo si con él podía evitar la obligación de la escritura, ese insano ejercicio para los dedos y para la cabeza, ese trabajo de clérigos y funcionarios que, con más frecuencia de la apetecible, les apartaba del vigoroso juego al aire libre, la observación de las prácticas militares o el jovial hábito de la correría palaciega.

Resignado, Galmerico dio por concluida la lección y los chicos volaron afuera como quien escapa de una mazmorra. Aunque no todos, pues Recaredo se acercó a Wilya mientras éste luchaba contra la dificultad de enderezarse sobre el asiento. Les aguardaba el río, dijo, pero él negó con la cabeza, sin abrir la boca. Tenían aún tiempo suficiente hasta el almuerzo, insistió su primo.

—Mañana iré.

—Siempre dices eso, pero nunca es mañana.

No tuvo valor para mirarle a los ojos cuando balbució su rechazo, ni siquiera luego, al apoyar Recaredo la mano sobre su hombro para comunicarle en aquella sincera presión la estima que sólo un verdadero amigo sabe transmitir. Tampoco se atrevió a elevar la vista del suelo mientras el hijo menor del rey corría a reunirse con los demás en busca de los últimos alientos de un verano que se resistía a expirar. Se afanó, por el contrario, en disponer en lugar seguro sus herramientas de escribir, más por alejar de sí la inquietante presencia de Galmerico, su enérgica mirada reprobatoria, que por cumplir las casi siempre insatisfechas normas de orden impuestas por el tutor.

—No es tiempo de estupideces, chico. —Le desconcertó aquella repentina dureza del maestro—. Corre al río con los otros. Recaredo te quiere bien y lo humillas con tus negativas. Además, pecas gravemente de insolencia al despreciar la vida que Dios Nuestro Señor te ha concedido. Nadie es culpable de tu quebranto ni del alma áspera que te cultivas.

Aquellas punzantes palabras le hirieron casi tan adentro como la propia desgracia que arrastraba. Aunque no era un dolor físico el mal producido por la boca del preceptor, ni el cuerpo quien sufría el daño, sino la dignidad avasallada, el orgullo pisoteado. Porque nadie tenía derecho a hablarle de tal modo a la víctima de una sentencia tan cruelmente ejecutada con el seguro consentimiento de los cielos. Un inocente inmolado por capricho divino, eso era él. Y aquel mezquino clérigo ni podía imaginar lo que significaba sentirse reducido a una naturaleza como la suya.

—Pregúntale a ese Dios del que tanto hablas por qué me ha causado este mal —bramó, y en su grito escupía mucho más que palabras, el vómito de un reproche largamente rumiado.

La mano de Galmerico se estrelló contra su cara para sembrar un fuego ofensivo sobre el costurón bermejo de la antigua herida, un incendio imparable que se propagó de inmediato por la sangre para convertirse en un irresistible deseo de embestir a aquel hombre y destrozarlo, si pudiera. Pero las lágrimas empezaban a asaltarle los ojos y corrió hacia la puerta como supo, trastabillante en sus zancadas, desmañado por la ira, derribando cualquier cosa que pudiera hallar a su paso.

Fue una huida hacia ninguna parte, lejos de edificios, gentes y bestias. Una escapada hacia cualquier escondrijo en que no pudiera ser observado, donde ningún ojo tuviese ocasión de ofenderle con su obscena curiosidad. Una fuga dominada por la cólera esta vez, aunque escapar se había convertido en necesidad casi cotidiana para él desde que los físicos le autorizaron a salir solo de casa tras la caída en el insondable túnel de la desgracia. Ya desde el primer día había buscado ese retiro, ese esconderse del mundo para vivir, o al menos para sobrellevar su precaria vida desde dentro, sin salidas para sí ni ventanas para nadie. Porque nadie parecía darse cuenta de hasta qué punto las cosas no eran como antes, de que él ya no era el mismo de

antes. Cualquier sugerencia, la más cordial invitación a participar en las antiguas diversiones se convertía en insulto para sus oídos. El juego ya sólo significaba un mal recuerdo, una aventura irrepetible. En los últimos quince e insoportables meses todos habían crecido en fortaleza y salud como árboles colmados de fruto mientras él convalecía, casi un cadáver rodeado de mimos, pócimas, oraciones e inútiles huesos de mártires. Un ridículo cuerpo de paja quebradiza, en eso se había convertido, y ellos, sus amigos, en un modelo con el que no soportaba verse comparado. Ahora ya sólo era Wilya para algunos, porque para otros, aunque pocos se atreviesen a llamarle así en su cara, era simplemente Manoseca.

Cuando se supo solo, protegido de la más leve sospecha de mirada, de cualquier pregunta, se dejó llevar y lloró. Llorar a solas, derramar lágrimas simplemente, era una experiencia poco menos que intrusa para sus párpados, y lloró ahora cuanto había necesitado hacerlo durante insoportables semanas y jamás se había permitido. Y su llanto abierto y sin freno, gemido de orgullo, berrinche de ira, sollozo de pena, le llevó a dudar de su propia identidad, de que alguna vez hubiese sido un *wisgoth*, un hombre fuerte tal y como se llamaban a sí mismos en la vieja lengua; a dudar de que en su corazón quedase una sola gota de la estirpe de su padre.

Godo a medias, eso era, por mucho que porfiase contra la evidencia. Lo denunciaba el color de su cabello, un castaño que no se atrevía a dorar lo suficiente. Y el de sus ojos, pardos como los de cualquier hispano. Tal vez incluso el de su corazón, nunca tan rojo como sería de esperar en el hijo de un caudillo de su raza. Y nada podía hacer él para evitar una cosa así por muchas lágrimas que vertiera. Porque, confundida con el invencible flujo de la nación paterna, bullía en sus entrañas la sangre galorromana de Orosia, fermentada durante siglos bajo el cálido sol de las costas de la Narbonense.

Orosia, madre. Ni siquiera esposa, pues ningún sacerdote de uno u otro dogma podía bendecir esa unión. La ley estaba contra ellos. La ley de los godos, contra el rey de los godos. Ningún vínculo entre gentes de raza distinta, decía el precepto, y el primero del reino tenía que ser el primero en respetarlo. Proscrito el amor a otra sangre, determinaban las frías letras del legislador. Y ellos, por encima de lo escrito, sobre la impasible voluntad de los hombres y de los sacerdotes y de los templos, al margen de los dioses, se habían amado sin lugar entre ambos para otra esposa, otro marido. Orosia, romana y concubina. Orosia madre, y amante, y protectora. Y amada, tan lejos ahora de allí, del todo ajena al vergonzoso lloriqueo de su bastardo.

No era consuelo suficiente para su arrogancia saberse hijo de un esforzado rey y afectivo padre, aunque perdido ya para siempre bajo el peso de la tierra y borrado su rostro de la memoria, si su legado había sido un espíritu tan débil y dispuesto al gimoteo. Bien lo había expresado Hermenegildo esa mañana. Un godo lo es si es un buen guerrero. Y el guerrero que su infantil pensamiento se había creado como destino era ahora una piltrafa que apenas podía correr por el balanceo de su brazo muerto, un rostro que espantaba a quienes tenían el necesario valor para mirarle.

Un perro canelo y descarnado le olisqueaba los pies cuando regresó a este mundo de su inútil viaje al interior del alma. Bastó una patada, instintiva y sin rencor, para quitarse de encima al incómodo testigo de sus flaquezas, y al hacerlo reparó en que había elegido como asiento donde rumiar sus penas un cúmulo de escorias cuyas aristas se le clavaban en las nalgas. Buscó orientación mientras se incorporaba de un salto, un torpe y vacilante salto como en él era costumbre últimamente. Aunque nunca solía visitar esa zona con los amigos en sus ya irrepetibles correrías, el escenario le resultaba familiar y enseguida reconoció, a medias oculto tras la hilera discontinua de unos cipreses, el edificio de piedra rojiza de la fragua. Lentamente, intentando mantener las distancias con un paisaje que parecía surgido de algún recodo de sus pensamientos como residuo del reciente viaje a la tristeza, avanzó hacia el lugar evocando en su merodeo la primera y única vez que había estado allí.

Fue aquella misma primavera, pocas fechas antes de su accidente. Berulfo hacía de rey ese día, como lo hizo Recaredo la tarde de la desgracia. Tenía Berulfo apenas un año más que él, de parecida edad que Recaredo, pero ya entonces su cuerpo crecía muy deprisa, más veloz y como con ansia superior a los demás. Ahora, sus mandíbulas angulosas empezaban a mostrar las señales de un primerizo vello rubio, muy rubio, muy godo, que le daba apariencia de ser mayor de lo que era. Siempre había sido un chico hosco y raro, y temido por todos cuando la suerte decidía que le tocaba mandar, porque tenía la costumbre de concebir pruebas a menudo humillantes y peligrosas. Así le obligó Berulfo a ir hasta aquella fragua para tomar de ella una brasa candente y llevarla, todavía viva, a su presencia. Él sólo temía de tal peripecia el posible encuentro con alguno de los herreros y el inevitable castigo por haberse adentrado en lugar tan prohibido como aquél. Pero cuando llegó a la puerta, todo estaba tan solitario que no receló de su éxito. Extremando la cautela, alcanzó el horno y, con la ayuda de una pequeña estaca, hizo caer el primer rescoldo que pudo en una cazuelilla de bronce que encontró a mano. Y justo en ese momento, algo se clavó en él. Nada que hiciera daño, nada que ocupase un lugar en el espacio, únicamente la presión volátil de una mirada en su nuca. Alzó la vista para ir en busca de aquella embarazosa presencia intuida, y un repentino escalofrío le recorrió la espalda al descubrir un cuerpecillo femenino coronado por dos desaliñadas trenzas rubias que escoltaban una cara redonda, coloradota y límpida. Sus dos enormes almendras celestes le observaban sin pestañear, igual que si pertenecieran a una aparición, como miraban las viejas estatuas de los romanos desde las profundidades de su mármol muerto. A punto estuvo de perder su trofeo cuando el ardor del ascua se apoderó del metal y le alcanzó los dedos. Pero salió corriendo, como sabía él correr por aquel tiempo, y llevó aquel rescoldo a su exigente señor.

Nunca, desde entonces, había vuelto por allí, y aquella experiencia quedó apartada de su memoria como un dudoso ensueño que ahora, a la vista del edificio, se sentía capaz de revivir con inesperado vigor. Y en ese afán de redención de la memoria estaba, cada vez más cerca de la fragua, cuando una voz enérgica, como de

trueno, le llamó desde el quicio de la puerta. Giró sobre sus pasos dispuesto a escapar lo más aprisa que pudiera, pero la sorpresa le agarrotó las piernas cuando vio salir de aquel hueco sombrío un cuerpo enorme, mucho más grande que el más fuerte de los guerreros que jamás hubiera conocido e infinitamente más terrible su cara, negra de humo y hollín. Barba y melena, aunque se le adivinaban claras, coloreaban también del mismo tinte sucio, y las gotas de sudor refulgían en aquella anchurosa frente casi con tanta fuerza como la de unos ojos que él, desde su parálisis, imaginaba grises o traslúcidos a medida que el gigante se acercaba. En su juego interior de espanto y desconcierto, pensó por un momento que llegaría hasta allí para despedazarlo de un solo mordisco por haber hollado territorio tan prohibido. El hombre le saludó con un gesto de la mano que, aunque no lograse su intención, quería ser tranquilizador.

—¿Aún eres virgen? —dijo una vez llegó a su altura.

Wilya estaba aturdido, sin poder articular palabra.

—¿Eres sordo, chico?

—No —balbució él—. Quiero decir, sí que lo soy.

—¿Virgen o sordo?

—Virgen.

—¿Estás seguro de eso?

—Creo que sí —confesó, azorado.

—Por tu bien espero que no me engañes. Acompáñame adentro, que necesito tu ayuda.

No se movió del sitio. No podía hacer avanzar sus pies por mucho que el cuerpo se agitase preso de un molesto temblor que llegaba desde un impreciso territorio interno. Tal vez para calmar su notorio estremecimiento, le explicó el herrero que tenía un trabajo pendiente que no podía hacer solo. Pero ningún discurso iba a convencerle de que abandonase su posición de poste humano para entrar allí, así que el hombre le agarró por la cintura como si fuera un saco liviano, se lo colgó bajo el brazo, y de tal modo se dirigió con él a la fragua. A duras penas podía Wilya respirar bajo la presión de aquella musculatura ancha y compacta como un tronco de noguera, así que mucho menos intentar cualquier protesta.

Sin demasiados miramientos, el gigante le sentó sobre un banco de piedra. El interior se asemejaba a un lóbrego reino de demonios, y únicamente se distinguían por allí algunas siluetas, enrojecidas sombras entre la sombra negra, determinadas por la luz opaca que brotaba del fogón. Intentaba rellenar de aire su pecho cuando alcanzó a ver una figura en cuya cara creyó adivinar algo de aquella niña del antiguo y súbito encuentro. Lo supo por sus ojos, porque todo lo demás era en ella muy distinto, y sus pueriles formas de aquella primera vez iban dejando paso ahora a unas hechuras redondas y graciosas. Era muy bonita, y al elaborar este pensamiento, justo en medio de esa verdad, percibió el agravio de la vergüenza, un encogerse por dentro al comprender que ella le vería así, también tan cambiado, tan desgraciadamente distinto. Si es que aún podía recordarle.

—Soy Badwila. Y ella es mi hija Hilde. ¿Cuál es tu nombre? —Cuando él tartamudeó el suyo, el herrero cabeceó resignado, como reprochándose un desliz—. Lo siento. De haber sabido que eres el hijo de Liuva no te habría tratado de ese modo. Pero te necesito, y ahora que sé quién eres, con mayor motivo.

En dos zancadas, el hombre llegó hasta un gran recipiente oblongo que se mantenía cubierto con espesas capas de pieles junto al fuego, y al destaparlo fluyó de él un vaho resplandeciente e irrespirable que tenía algo de mágico. Con la ayuda de unas largas tenazas, extrajo el contenido de un molde que colocó sobre el yunque. Badwila sujetaba una espada, una espada de fuego casi blanco.

—Haz lo mismo que Hilde —ordenó con su voz tonante, e hizo un gesto a su hija.

Ella cogió un balde colmado y se aproximó al yunque. Después tomó de esa agua en el cuenco de sus manos y la dejó caer suavemente, como lluvia cariñosa, sobre el metal. Un chisporroteo rebelde brotó de la incandescencia al recibir el líquido, y entonces atacó Badwila con su martillo sobre ese punto. Wilya imitó torpemente a la muchacha, y enseguida se vio envuelto en una extraña danza marcada por el susurro del agua en el fuego y el golpe del mazo. Actuaba sin saber lo que hacía, siguiendo el movimiento liviano y perfecto de Hilde, de quien no podía apartar la mirada. Su contraluz y el reflejo de la chispa viva sobre su cara le parecían la imagen espléndida de una diosa adolescente. Todo alrededor había cobrado la apariencia de pertenecer a otro universo, a un espacio subterráneo y solar al mismo tiempo, si es que algo así fuera posible.

Repitieron el ceremonial mientras hubo agua en el recipiente, apurando las últimas gotas hasta que de sus dedos no cayó sino humedad, que se trocaba en invisible vapor antes de llegar a la hoja. Pero mantuvo Badwila su golpe rítmico durante largo rato, hasta que el color del fuego fue velándose y la materia adquirió una apariencia oscura y compacta; tomó entonces la espada con las tenazas para sumergirla en un pilón y el recinto quedó anegado de nuevo por una nube ácida.

El herrero le reclamó a su lado al tiempo que depositaba su obra encima de un ancho túmulo de piedra.

—Leovigildo puede estar orgulloso de esta hoja. Y tú también, porque a ti debe parte de su poder. Ahora ya puedes marchar, que debo darme prisa en acabarla. Quieren entregársela mañana.

—Mi tío anda muy lejos de Toletum —objetó—. No pueden hacérsela llegar en tan poco tiempo.

—El rey estará aquí mañana. —Wilya hizo una mueca de incredulidad. Nadie les había dicho nada al respecto, y al menos Recaredo debería conocer esa buena noticia —. Guárdame el secreto: tu tío viaja a una jornada escasa. Hoy se anunciará en palacio. Si quieres comer algo, mete la mano por ahí.

Señaló Badwila unas cestas al fondo de la estancia, y su improvisado aprendiz se fue a escarbar entre frutos secos antes de tomar un puñado de ellos. En ese momento se dio cuenta de que Hilde, la pequeña diosa del fuego, había desaparecido. La buscó

tímidamente con la vista entre la penumbra, pero no pudo hallarla.

—Se fue. —El hombrón parecía haber leído su pensamiento—. No es bueno que las mujeres pisen las fraguas.

—¿Y por qué estaba aquí?

Badwila le observó con calma, de arriba abajo. Parecía recelar del desmañado mocoso que tenía enfrente royendo almendras rancias con la inquietud de una ardilla asustada. Aclaró por fin que acababan de cumplir un trabajo nada frecuente, pues Hilde, como él, era virgen, y nada mejor que dos vírgenes de ambos sexos para templar la espada de un rey. Y si, por añadidura, el chico tenía sangre real, el resultado era soberbio. Repuso Wilya que, en tal caso, debería haber emplazado al propio Recaredo, quien habría intervenido gustosamente en una obra tan favorable a su padre, pero el herrero rechazó la idea con un gruñido. No podía interrogar a un hijo de Leovigildo acerca de su virginidad sin ser tenido por loco o por cosas mucho peores, dijo, y de no haber pasado él mismo por allí en aquel momento, se habría tenido que conformar con la sola ayuda de su hija.

—Te hablaré con sinceridad. Lo que acabamos de hacer no está bien visto, de modo que guardemos el secreto para nosotros.

Le había abandonado ya ese latir nervioso de la sangre en el cuello y en las sienes, ese tiritar sin frío, y Wilya recibía ahora de aquel hombre una impresión mucho más serena, aunque lejos aún su ánimo de arriesgarse a mostrar desacuerdo con nada de lo que esa descomunal figura dispusiera. Pero aquella confidencia de cierta inmoralidad sugería la existencia de un punto débil como el que, según se contaba, tenían algunos de los héroes antiguos. Y quiso conocerlo:

—Así lo haré, si me explicas dónde está el mal.

Se acercó Badwila hasta una tinaja y llenó con su agua el recipiente que habían usado para templar la espada. Salieron luego al exterior y, una vez al sol, Wilya pudo presenciar el combate entre el líquido y aquel gigantesco cuerpo, porque casi como batalla podía ser explicado ese encuentro. Con la energía de un oso, el herrero se frotó manos y cara para restregarse luego los brazos sin que apenas recobraran un poco de su color original, y volcó después el agua sobre su cabeza mientras la agitaba entre bufidos como de gatos salvajes. Aún chorreando, tomó asiento en uno de los poyos de piedra junto a la entrada y le invitó a acompañarlo. Wilya aceptó resignado su tiznada cercanía.

Quiso aclarar que no era hombre muy hablador. Los herreros, arguyó, hablan con el fuego y con el martillo, raramente con las palabras, y si había abusado de explicaciones con él era porque le tenía por chico discreto. De dar con otro cualquiera, por virginal que fuese, no habría abierto la boca para sus oídos, pero él, como hijo de rey, tenía derecho a saberlo.

—Nuestra nación es vieja, como viejo es el mundo —añadió pausadamente, como si eligiese el sentido de cada palabra—. Y hace algunos años, no demasiados si los comparamos con la edad de nuestros primeros abuelos, los godos dábamos valor a

ciertas tradiciones. No sé si me entiendes, quiero decir que veíamos el mundo de otra forma, muy distinta a la de hoy.

En los ojos de Wilya apareció una pregunta que no le llegó a *la boca*, porque no era capaz de entender qué otras formas puede adoptar el mundo sino la que se nos ofrece a todos por igual.

—A ver, dime —atajó Badwila sus dudas—. ¿Quiénes deciden lo que es bueno o malo, lo que hay que creer y lo que no?

—Hablas de los sacerdotes.

—De ellos hablo. Y tanto me da el ropaje con que se vistan, cómo de largas o cortas lleven las greñas o el modo en que se rapan el cráneo. La nación goda adora hoy a un dios que nos vino de muy lejos, desde donde nace el sol, un dios extraño y celoso que no desea a otros dioses a su lado. Sus servidores quieren desterrar de nuestro recuerdo todo lo que un día amamos, proscribir ese pasado en nuestras cabezas. Nos dejan sin alma y se ufanan de su obra. Y lo que hoy hemos hecho forma parte de cuanto ellos abominan.

—Quieres decir que tú no crees en Dios Nuestro Señor.

—Ah, no —matizó el gigantón con un ademán defensivo—. Claro que creo, aunque también en otros señores, en los que siempre ha creído nuestra nación. No veo qué tenga de dañino, pero no se te ocurra decirlo por ahí porque me acusarán de pecado muy grave.

En un gesto de confianza, Badwila le posó su manaza húmeda sobre la cabeza y él respondió con un incómodo silencio.

—Ya sé que no lo harás. Tus ojos delatan lealtad. Sí, no te sorprendas. Aunque la escondas, tienes mirada de rey, y ninguna cicatriz, por terrible que sea, puede cambiar lo que las personas llevan escrito en sus ojos. Fíjate bien: la mía es mirada de forjador, ¿te das cuenta? No podría ser otra cosa, como tú no puedes ser diferente a lo que llevas dentro.

Wilya humilló la cabeza para expresar su disconformidad. El no podía ser rey, ni siquiera un guerrero. Palpó tímidamente su brazo izquierdo como prueba de la solidez de sus argumentos.

—No puedo doblarlo —confesó—. Mis dedos apenas sienten cuando tocan y no tengo fuerza en la mano, así que es imposible que aguante un escudo, nunca sujetaré un arco, ni las bridas de un caballo en el combate.

—¿Qué te hace pensar esas tonterías? —Junto al reproche, Badwila le animó con un gesto a regresar al interior.

Sumidos de nuevo en aquella ceguera sofocante, mitigada sólo por la referencia del horno entre las renegridas paredes, ocupó con desgana un asiento junto al fuego mientras el herrero lo avivaba con medidas maniobras del fuelle. Hubo un largo silencio que acabó rompiendo el hombrón. Hablaba ahora en susurros, la voz como surgida del suelo, escondido en algún lejano lugar el poderoso trueno que había sido poco antes.

—¿Nunca te hablaron de Tyz? No, claro, los sacerdotes hacen bien su trabajo. Te decía que nuestro pueblo es muy antiguo, y mucho más nuestros dioses, aunque el recuerdo de éstos solamente pervive ya entre algunos pocos. Tyz es nuestro dios más viejo, nuestro dios padre, aquel a quien los guerreros siempre invocaban antes de la batalla. Y todavía hay quien lo invoca, aunque sea con prudencia, desde el fondo del corazón. Porque él nos iguala a todos y gobierna sobre la guerra y el honor de los hombres.

—¿Y dónde está ese dios que dices? ¿Tú lo has visto?

—Pues claro, aunque los dioses se ven con los ojos de dentro. Pero no es eso lo que ahora te quería explicar. Porque, ¿sabes, Wilya?, Tyz es manco.

Respondió con una mirada de desconfianza. No había entrado allí para soportar burlas.

—¿Cómo va a existir un dios manco? —protestó por fin, algo turbado por la firmeza con que había conseguido expresar su rebelión.

—No es el número de manos lo que hace a un dios. Su propio honor condujo a Tyz a ese estado. Fue en los primeros tiempos, antes de que los hombres anduvieran sobre la tierra. Sólo los dioses existían. Y algunos eran malvados, tanto como ciertas gentes de las que puedas conocer. El lobo Fenris, uno de ellos.

Con la solidez de quien narra una experiencia propia, Badwila le contó que los dioses, temerosos de la fiereza de aquel animal, encomendaron a Tyz su captura. Y lo consiguió cuando aquél todavía era un lobezno, pero ya entonces tenía una fuerza prodigiosa y ninguna de las ataduras era tan resistente como para retenerlo por mucho tiempo. Fenris se tomaba como un juego los trabajos de los dioses para sujetarlo, porque sabía muy bien que podría romper cualquier ligadura con que lo ciñesen. Mientras los dioses buscaban una cadena suficientemente poderosa, Tyz se encargó de alimentarlo, y la fiera creció y creció, al tiempo que se establecía cierta confianza entre ella y su cuidador. Fabricaron, al fin, los enanos una cadena mágica con tela de araña, pero cuando los dioses propusieron al ya gigantesco Fenris ser atado con ella, el lobo se negó porque enseguida supo el poder que tales grilletes poseían. Nada ni nadie lograba persuadirlo, ni siquiera las chanzas que los dioses hacían acerca de su afamada fuerza. Por vencer su obstinación, prometieron que si después de encadenado no era capaz de liberarse, ellos mismos lo soltarían. Pero ni aun de esos juramentos se fiaba la bestia. Tyz, por convencerle, y en un gesto de buena fe, metió la mano en su boca, poniendo esa parte de sí mismo como garantía de la sinceridad de sus compañeros. Cuando Fenris aceptó por fin las cadenas, los dioses, que le tenían verdadero pánico, incumplieron su palabra y se negaron a liberarlo. Encolerizado, cerró el lobo sus fauces y la mano de Tyz quedó dentro para siempre.

Provocaba la voz del herrero igual efecto que una canción de cuna, y la prodigiosa historia de Tyz en sus labios, el baile del fuego con las sombras, preñaban el aire de una luz fantasmagórica que mantenía a Wilya en una suerte de trance.

—Y yo digo —concluyó Badwila— que si el dios de la guerra es manco a causa

de la cobardía de otros dioses, ¿por qué no puede serlo un guerrero? Tú ya lo pareces. He visto a muchos combatientes en peor estado después de una campaña, todos ellos orgullosos de muñones y cicatrices, porque son la prueba visible de su valor hasta que les llegue el último día. ¿Cómo te hiciste eso?

—Caí a un pozo seco.

—Algo había oído. En qué irías pensando para no verlo.

Casi de soslayo, por no ahondar en la propia herida y como si sus palabras revelasen un suceso acaecido a otro, relató de qué modo había perseguido a la mariposa en aquel juego de obediencias infantiles por su deseo de lograr lo mejor para Recaredo. Y que bien pudo elegir una presa más fácil, y en tal caso no le habría pasado algo así, pero que aquélla era muy distinta a las demás, la única.

—Sin duda, se trataba de una apariencia maligna —reflexionó Badwila con gravedad—. Nunca te habría sucedido de haber llevado contigo una pieza de hierro. Los espíritus temen al hierro y nada les aterroriza tanto como oír su chasquido en la roca o su silbido en el aire. Ahí lo tienes: Tyz sufrió el ataque de Fenris, y tú la celada de ese demonio mudado en mariposa. Ambos sois víctimas de vuestro propio honor.

Repuso Wilya que ese Tyz podía seguir siendo guerrero tras su percance, puesto que era un dios, pero que él nada tenía de divino y que sus desgracias no eran comparables. El forjador le dirigió una mirada terrible, un reproche que al fin se tradujo en palabras.

—¿Y qué has hecho tú después de la caída con ese brazo, con esa mano, con todo tu cuerpo, para poder ser un guerrero?

—Nada, no puedo hacer nada —protestó ofendido—. Mi madre me ha llevado a las iglesias, me han bendecido sobre tumbas de mártires y frotado con huesos de santos, y nada. Mi brazo está tan muerto como todos ellos.

—Supercherías.

—Igual dice Galmerico. —Recordó la bofetada que le había llevado hasta allí y apartó esa imagen al momento—. Y él es sacerdote, pero no cree en las reliquias. Dice que son ocurrencias del obispo de Roma para llenar de oro sus templos.

—Y no le falta razón, aunque me duela dársela a un clérigo, sea godo o trinitario. Nadie, sino tú mismo, te va a hacer un guerrero. Nadie se convierte en nada si no lo es ya un poco. Te hablaba antes de los ojos de dentro, con los que hay que ver a los dioses. Con esos mismos ojos te tienes que mirar tú, y ver con ellos cómo el guerrero que llevas en ti crece y crece cada día, de igual modo que crecía el lobo Fenris.

Y cómo hacer algo parecido, se preguntó Wilya. Su imaginación le llevaba por lejanas escapatorias allá en las nubes, por territorios ya inaccesibles de la infancia, por cualquier paisaje que significase añoranza de lo perdido. Sí, por allí parecía relativamente fácil transitar a pesar del dolor, pero no le era posible figurarse un porvenir tal y como lo pintaba aquel hombre con cuerpo de titán.

—Eligieron bien tu nombre —apuntó éste—, no sé si a propósito, porque hasta los nombres han perdido ya su significado para nosotros tras generaciones sometidos

a la lengua de Roma. Wilya significa voluntad, deseo, ¿no lo sabías? Pues ayuda con ellos a tu cuerpo. Porque aún tienes un cuerpo, no eres un espíritu descarnado, ¿verdad? Lo demás vendrá después, paso a paso.

—No es tan fácil.

—¿Cómo lo sabes, si ni siquiera te atreves a intentarlo? Vivir no es fácil, chico, mientras que morir, todos podemos morir en cualquier momento. Vivir como un guerrero no es sencillo, pero morir como un guerrero es la mejor forma de vivir. Si quieres una mano, ahí tienes la mía.

Badwila extendió su brazo y él estrechó con timidez aquella mano gigantesca, admirado de la fortaleza que tocaba con sus dedos, envidioso de aquellos otros recios y colosales, sin duda capaces por sí solos de reventar la pesada cadena que condenó al lobo Fenris a su implacable prisión. Una idea le rondó entonces por la cabeza sobreponiéndose al miedo que tal desafío significaba, y es que quizás algún día podría él tener un brazo igual que ése. Al menos, uno.

—Y te diré otra cosa —insistió el herrero—. El dios Guodan es tuerto, como tuerto es su caballo.

—¿Por qué lo sabes?

—He marcado ese caballo varias veces. Pero eso te lo contaré otro día, como te hablaré, si quieres, de la espada de Tyz. Ahora debo acabar la de Leovigildo. Hay que pulirla y engarzar la empuñadura, y, si seguimos de charla, llegará el rey antes de que termine mi trabajo. Soy muy perfeccionista y esto lleva su tiempo. Aunque te aseguro, Wilya, que la perfección no existe, ni siquiera en el paraíso.

Se habían encaramado al baluarte para contemplar desde allí la llegada del rey con la avanzadilla de su ejército. Abajo, en los márgenes de la plazuela que se abría frente a la entrada principal del recinto y sobre la línea de piedra que marcaba los límites habituales del mercado, se apretaban las gentes de extramuros como en ovillo de distintas lanas y sin atender a rangos, ya fueran siervos, colonos o comerciantes. Arriba, a lo largo del parapeto, la nobleza, los funcionarios y las altas dignidades eclesiásticas de uno y otro signo. Porque no había discrepancias respecto a Leovigildo, y poco importaba a la hora de estimar al rey si se había nacido judío, visigodo o hispano; ni siquiera si uno tenía a Cristo por profeta herético, por Hijo de Dios o por Dios mismo.

Apostado junto a sus primos, excitados observadores de la polvareda que se aproximaba desde más allá del río, Wilya podía palpar su impaciencia a flor de piel, envidioso de saber cómo sería eso de esperar a un padre, de sentir el cosquilleo del estómago y los saltos bajo la garganta de un corazón ansioso. Pero no era efecto de la envidia su rareza de ánimo aquella mañana, sino de la noche pasada, extrañas horas de muchas vueltas sobre el lecho, de continuados desvelos, puede que de profundos augurios sin interpretación posible. Guardaba de ella la impresión de haber soñado siempre el mismo sueño a pesar de los súbitos y reiterados despertares, una mezcla de emociones entresacadas de las historias referidas la víspera por Badwila y de la cara

más dañina de su propia experiencia. Había revivido la desventura de Tyz sintiéndose él mismo protagonista, aunque con una diferencia, pues en ese terrible instante en que Fenris estaba a punto de masticarle la mano, la tierra se abría bajo sus pies y quedaba arrancado del escenario por una sanguinaria succión que le devoraba entero. Y en su imparable descenso hacia el fondo de la sima, hacia la cruel oscuridad de siempre, giraba la cabeza para mirar hacia arriba, y allí la boca del maligno dios lobo se había transformado en aquella mariposa que todo lo cubría con la sobrenatural sombra grana de sus alas.

De aquella pesadilla le había quedado la incómoda sensación de navegar a bandazos por el aire. Siempre había cultivado la afición al remoloneo fabulador durante los primeros momentos del despertar, aunque desde su percance el placer de esa experiencia se había trocado en simple rebelión contra la realidad, en una decidida negativa a abandonar de buen grado aquel territorio ideal donde aún podía valerse por sí mismo sin la necesidad de un cuerpo fiable. Los sabores de la noche eran, en los últimos meses, agrios y punzantes, pero el de la reciente, aun desconociendo el motivo, resultaba muy distinto a los anteriores. Y todavía llevaba su huella pegada a la lengua.

En su abstraído deambular por el baluarte, su mirada se cruzó brevemente con la de Goswinta, con su mirada celestial. Tenía ella los ojos más azules que jamás había visto. Lo que no era del color de sus ojos, no era azul. Como azul, aunque mucho más oscura, era la túnica de lino que ahora lucía en honor al esposo que regresaba, ensalzada en torno a la cintura por una fina cadena de oro, metal también presente en el rico collar que abrazaba su cuello y en las pulseras de su muñeca derecha. Era Goswinta reina, viuda de rey, madre de reinas, abuela de reyes. Nadie, en el mundo que Wilya conocía, representaba a la realeza como ella. La primera imagen cercana que podía recordar de su llegada a Toletum, cuando con seis años pisó la ciudad, era Goswinta. Fue ella quien les recibió, a él y a su madre, mientras su tío andaba comprometido en una campaña contra los invasores imperiales del sur y sus aliados, a los que finalmente arrebató Corduba, Asidona y otras plazas de la Bastetania y de los alrededores de Malaca. Pintaban ya algunas canas en su pelo dorado, pero Goswinta guardaba una especial hermosura, adornada con lo que a él le parecía un raro coraje en una mujer. A veces, cuando la miraba, creía estar escuchando música, y quedaba de ese modo largamente abobado con la vista perdida en su cuerpo fino, erguido y capaz de desafiar al viento más iracundo sin inclinarse, sin entornar los párpados, con el orgullo propio de una reina.

Goswinta, sólo ella, era el alma de palacio durante las prolongadas ausencias de su esposo, el oído atento a cuantas comidillas pudieran cocerse por allí, la larga mano que atendía cualquier necesidad, el puente de unión entre los partidos de la nobleza, la roca firme de la fe goda ante el pululante asedio de la secta trinitaria. Goswinta, sólo ella, era Toletum y buena parte de la monarquía. No había tenido la fortuna de darle hijos a Leovigildo y, según se comentaba, era ya mayor para hacerlo. A falta de

carne de su carne, todos convenían en que se portaba como una buena madre con Hermenegildo y Recaredo. Aunque no eran pocos los que cuchicheaban que su matrimonio fue nada más que un pacto de viudos interesados. Había sido Goswinta esposa del rey Atanagildo, con quien no tuvo hijos varones, y al ser también viudo Leovigildo decidieron unir en el mismo tálamo los respectivos apoyos de la nobleza. Tal vez fueran más o menos ciertos esos comentarios, pero en los ojos únicos de Goswinta, fijos ahora en el horizonte, adivinaba Wilya una devoción sincera por el rey.

Sumergido en la imagen de la reina, no cejaba, sin embargo, de darle vueltas al sabor de su sueño y a esa voz sin sonido que le hablaba desde algún lugar inexplorado de sus entresijos. Pensó entonces si serían los ojos de dentro, los ojos con los que se ve a los dioses, los que llamaban su atención como hicieron con él los de Hilde aquella primera vez en que le sorprendió en la fragua. Y le daba miedo aceptarlo.

Se imaginó guerrero glorioso de regreso a casa, cabalgando en la comitiva de Leovigildo, y cómo Tyz le saludaba amistosamente con su brazo manco desde las alturas. Era una idea que provocaba vértigo, y quiso apartarla cuanto antes de su cabeza. Pero se preguntó luego si no estaría luchando contra sí mismo, si algo había en él que le prohibía mirarse como guerrero. Y pensó si esa lucha interior no sería el primer combate de una larga guerra de la que el gardingo Wilya tenía que salir vencedor.

Como corresponde al dueño del hogar, el rey fue recibido en la puerta de la ciudadela. En primera fila, Goswinta, Hermenegildo y Recaredo, y tras ellos, ya dentro del recinto, la nobleza. Desde el parapeto, Wilya vio a su tío descabalgar para, entre aclamaciones del gentío, fundirse en un abrazo con su familia. En la distancia creyó notarle más flaco, tal vez el efecto natural de una dura y prolongada campaña o nada más que un recuerdo equívoco de su imagen tras el largo tiempo sin tenerle cerca. Unidos bajo el abrazo mutuo, cruzaron los cuatro la bóveda del portón y, una vez en el patio, el chambelán colocó sobre los hombros de Leovigildo el manto ornado de armiño y puso en sus manos la manzana dorada que representaba el poder de su realeza.

La escena le hizo retroceder unos cuantos años, al momento en que conoció a Leovigildo en Toletum. Poco tenía en común la corte que entonces pudo descubrir con la que había mantenido su padre Liuva en Narbona. Apenas nada, aunque escasos detalles más allá de vagas impresiones podía ya recordar de aquella otra, tan lejana en el tiempo y en la distancia. Pero si algo guardaba fresco de esa primera entrevista era la imagen de esplendor que rodeaba a su tío, todo un descubrimiento para sus pasmados e inexpertos ojos tras una corta vida entre la templanza de la capital narbonense.

De igual modo que se abandonaban los harapos irrecuperables, había desechado Leovigildo algunas de las tradiciones de la nación goda, y en lugar de ser enaltecido

sobre el escudo por sus guerreros como, según costumbre, sucedió cuando fue designado rey único, lo hacía ahora en un trono del mismo modo que el orgulloso emperador de Constantinopolis. Y en su infantil ignorancia, a él le dominaba en aquellos primeros días un temor más que respetuoso al acercarse a ese solio de madera negruzca cuyos brazos culminaban en dos enormes y amenazantes bocas orladas de largos dientes, y que alguien le desveló más tarde como cabezas de león. Sus particulares galas, la diadema en la cabeza y ese símbolo dorado que ahora portaba en la mano, eran otras de las novedades introducidas por él en el ceremonial de palacio. Toda opulencia parecía justa, a decir de los más sabidos, para proclamar que la grandeza del reino visigodo estaba a la altura de los emperadores de Oriente. Ya no vestía el rey, como lo habían hecho Liuva y sus predecesores, de igual forma que sus súbditos, sino en paridad con los grandes de la tierra. Y con su estandarte, el rojo león erguido sobre trapo azul, había recuperado los viejos símbolos de sus ancestros y olvidado para siempre los emblemas heredados de los romanos.

El gesto más original de su tío, aquel que había herido de muerte al orgullo del Imperio, fue fabricar su propia moneda. Hasta entonces se usaban sueldos y tremises con la efigie de los que tiempo atrás habían sido dueños del mundo. Leovigildo creó sus cecas, y ahora su nombre y algo parecido a su rostro grabados en el metal empezaban a ser tan frecuentes en los intercambios mercantiles del reino como los del fallecido Justiniano o los de sus antecesores en la sede imperial.

Se entretuvo un rato contemplando la labor de los abanderados, que instalaban junto al arco de entrada las enseñas tomadas al enemigo para unirse allí a las arrebatadas año tras año a cada uno de los adversarios del reino. Por fin, abandonó el parapeto mientras en la plaza y el patio de armas se agitaba un hormiguero humano formado por los guerreros y sus parentelas que celebraban el feliz reencuentro; no todo era júbilo, pues entre tanta dicha se adivinaban también las peores noticias en los lamentos de quienes no volverían a ver a los esposos, hijos, padres o hermanos caídos en la campaña. Pero era día de agasajo, tanto en el exterior como tras los muros. Las cocinas bullían con frenética actividad por el escaso tiempo disponible tras conocer la inminente llegada del rey. Pemiles, cabritos, terneros y volatería acaparaban toda atención antes de partir con la exigible dignidad hacia el salón de homenajes, y Wilya, confiado en su anónima presencia, atajó entre aquel enloquecido tumulto de cazuelas, escudillas y sartenes para acceder a los corredores que conducían hasta la estancia más grande de palacio.

Media docena de largas mesas se encadenaban por un extremo a otra, más extensa y perpendicular a las demás, destinada a Leovigildo y sus allegados. Una multitud vocinglera aguardaba a que la familia real regresase del primer encuentro privado en sus habitaciones tras el largo alejamiento. Tan pletórica concurrencia estaba a punto de desmoronar su esperanza de hallar acomodo para presenciar el festejo, cuando un mesurado grito sobresalió de entre el ronroneo.

—Acércate, pequeño blasfemo.

La inconfundible aunque oculta voz de Galmerico parecía flotar entre el desorden de las mesas hasta que Wilya consiguió localizar a su dueño sentado en una posición discreta. Los rasgos del tutor, ya de por sí pálidos y rugosos, parecían allí, bajo el blando resplandor de los hachones, más acentuados y sombríos, y el color ceniciento de su pelo ganaba un matiz ambarino que insinuaba una mayor vejez.

El maestro agitó el brazo para que se aproximase. Caliente todavía su resquemor contra él, se juró no acercarse por nada del mundo, al tiempo que oteaba en busca de otra plaza libre sin hallar alternativa. Apareció entonces Berulfo junto al sacerdote para ocupar un espacio a su lado. Tampoco era la suya compañía apetecible, a pesar de que el condiscípulo le animaba a llegarse hasta allí con gritos y aspavientos que Galmerico apaciguó de inmediato con un manotazo en el cogote. Y Wilya, aun sin poder evitar la risa por el colérico bizqueo en los ojos del bravucón castigado, concluyó con rabia que el clérigo tenía la mano demasiado ligera con todos.

En ese momento entró Leovigildo y ya no quedó elección, de modo que se vio obligado a aceptar, bien a regañadientes, un hueco entre ambos conocidos mientras todo alrededor se hacía ovaciones y alabanzas al rey No hubo palabras por parte de su tío, sino un gesto de invitación a sentarse. Una vez la servidumbre inició el reparto de alimentos y bebida, se extendió por el salón un abejorreo sordo que pronto engordó en intensidad para mezclarse con el entrechocar de platos y copas hasta hacer difícil el entendimiento con los propios compañeros de mesa. No obstante el jaleo, Wilya gozaba con el espectáculo, desviando su escaso interés por la comida para saltar con la vista, de personaje en personaje, a la mesa principal. Si bien resultaba imposible oír lo que allí se decía, Recaredo y Hermenegildo aparecían radiantes y, como él, dedicaban más atención a las palabras de los comensales próximos que a las sugerencias del festín. No eran muy locuaces los jefes guerreros en la mesa, más hechos al logro de sus hazañas que al esfuerzo de la lengua por narrarlas, pese al mucho licor que atesorasen en la sangre, y la más insulsa de sus peroratas era seguida con veneración por quienes fueran capaces de escuchar algo en medio de tal algarabía. Goswinta, entretanto, a la derecha de su esposo, se mostraba serena y sin ocultar la felicidad bajo su discreta sonrisa.

Cuando el vino hubo fluido en abundancia y los ánimos verbales se tornaron más intensos, el tuerto Egica, conde palatino, pidió silencio en honor al rey e hizo pasar hasta allí a un par de sirvientes. Un murmullo de admiración se apoderó del recinto al descubrir lo que portaban. Berulfo se aupó a la mesa para alcanzar a ver lo que sucedía, y Wilya hizo lo propio tras él. El conde se adelantó unos pasos para tomar entre sus manos una espada que ofreció a Leovigildo rogándole, en un discurso adornado con palabras de respeto, que aceptase la ofrenda que los herreros habían preparado en recuerdo de sus victorias. Durante los fecundos diez años de su reinado, dijo un solemne Egica, había extendido el reino de los godos hasta los rincones que esconden los cuatro vientos. El reino de los suevos le había rendido vasallaje; el Imperio y sus aliados, los opulentos señores de la vieja Hispania, habían cedido bajo

su brazo nuevas plazas en la Betica y en la Orospeda, y todo traidor había doblegado intrigas y ambiciones ante él.

—Proclamado está por los sabios —alzó la voz para enfatizarlo— que la espada es el alma de un guerrero, su camino hacia el bien o hacia el mal. Es ésta, Leovigildo, una espada de victoria, y esperamos que la conviertas también en una espada de paz para que disfrutes largos años junto a tu familia de lo que justamente has ganado, y nos permita a nosotros ser beneficiarios de tu presencia.

Wilya daba brincos para no perderse lo que estaba sucediendo, porque otros muchos comensales habían tomado también las alturas de las mesas y coreaban las palabras del conde con animosos pateos sobre la madera entre crujir de tablones y alocadas cabriolas de los recipientes; hasta los músicos que habían de entretener la sobremesa, abandonadas flautas y tamboriles en el suelo, se alzaban sobre la punta de los pies para no perder detalle desde el rincón en que estaban confinados. Aunque, por emotivo que resultase participar del regocijo del pueblo ante el rey, ninguno de aquellos entusiasmos era comparable al suyo, pues la espada que ahora sujetaban las manos de su tío era, ni más ni menos, que la concienzuda obra de Badwila, una maravilla en la que él había colaborado como celebrante de aquel extraño bautismo en la penumbra y que ahora, pulido su acero y engastada su espiga en un sólido puño protegido por dos gavilanes de hierro, se mostraba en verdadera plenitud.

Con un sereno ademán de los brazos, Leovigildo pidió silencio y los comensales regresaron a sus asientos. Su voz parecía más apagada que tiempo atrás, si bien seguía mostrando el mismo tono enérgico y decidido de siempre. Dijo el rey que la nación goda le hacía un gran favor con su reconocimiento, pero que él no era sino un hombre más, un hombre que añoraba su familia, su hogar y sus amigos, de igual manera que cada uno de los que le habían acompañado en su larga separación.

—Algunos no han vuelto —humilló los ojos al decir esto, y parecía buscar por la tierra a los ausentes—, así que tomaré esta espada en su nombre y como agasajo a todo nuestro pueblo más que como patrimonio de un rey. Queda lejos el tiempo en que fuimos federados del Imperio, y ahora nuestra descendencia puede enorgullecerse de pertenecer a una nación libre y respetada. Si Dios Nuestro Señor lo permite, no volveremos a combatir durante años, así que esforcémonos ahora en construir la paz y en cumplir la justicia. Y en tal camino cada cual tiene su regla: los godos con su ley goda, los hispanos y galos con su ley romana, del modo en que nos ha sido enseñado. El respeto a esas leyes es garantía de un futuro amable, el mejor pacto por la paz ahora que los enemigos del reino son demasiado débiles para molestarnos.

Los vítores devolvieron el bullicio al comedor, y el conde palatino se vio obligado a gesticular con vehemencia para pedir nueva atención a las palabras del primero entre los godos.

—Hace ya diez años que mi querido hermano Liuva, a quien Dios llevó al seno de los justos, me asoció a su trono —prosiguió Leovigildo, con gravedad—. Y más de seis que lloro su ausencia, hora en la cual quedó esa responsabilidad en mis solas

manos. Como bien sabéis, fue Liuva un varón íntegro, y toda la nación se regocijó del acierto en elegirlo.

Wilya percibió muchas miradas posadas sobre él, una bandada de pájaros sin cuerpo revoloteando alrededor de su cabeza. Miradas que le resucitaban el orgullo de ser hijo de quien era, y también la vergüenza de ser mirado con lástima o con aversión. Le palmeó Berulfo en la espalda, toscamente, como casi todo lo que éste hacía, y Galmerico le dedicó una sonrisa que parecía sincera.

—Y siguiendo su ejemplo —añadió el rey—, no bien quedé a solas con aquel peso, hice de mis dos hijos consortes del reino. Hoy, fecha de paz benéfica una vez sometida la Orospeda, y ya cercanos ambos a la edad de las armas, quiero anunciaros que a partir de este momento Hermenegildo y Recaredo quedarán asociados a mis deberes reales con igual derecho que yo lo estuve a los de mi malogrado hermano.

Recorrió la estancia un cuchicheo, un rumor que no se atrevía a crecer para hacerse ruido. Leovigildo hizo una pausa mirando al frente, intentando quizá sondear de dónde surgía tal murmullo. Wilya, ajeno a esa preocupación, subyugado como estaba por la sorpresa de que su mejor amigo, su primo Recaredo, fuese a partir de ese momento un rey de verdad, a punto estuvo de lanzar un grito de alegría. Pero Galmerico le tapó la boca.

—No seas necio, chiquillo. Calla y escucha.

Leovigildo impuso al fin su voz sobre el zumbido general.

—Esta voluntad que ahora proclamo deberá ser refrendada en su día, cuando yo ya no esté entre vosotros, por el Aula Regia, nuestra magna asamblea, para que la ley y la costumbre sean fielmente cumplidas.

La matización real provocó un nuevo clamor, favorable ahora a los hijos de Leovigildo y que éste se encargó de sofocar con más noticias. Pocas jornadas antes, dijo, ya de regreso hacia el hogar, había recibido a los legados del reino franco de Austrasia, quienes le comunicaron el consentimiento al matrimonio entre el primogénito Hermenegildo y la princesa Ingundis. Esta unión, una garantía más de paz con los reinos vecinos, se celebraría en Toletum la próxima primavera.

Berulfo agarró a Wilya por su brazo inválido y lo agitó con rudeza.

—Yo a ésa la conozco. Es nieta de Goswinta.

—No digas simplezas —respondió él, apremiándole a callar mientras intentaba desprenderse de aquella zarpa que le zarandeaba.

—Es cierto, estúpido.

Acudieron ambos, con la mirada, buscando ayuda en Galmerico.

—Berulfo dice la verdad, pero callad por un rato, si sois capaces.

Se extendió brevemente el rey sobre las bondades de tal maridaje, y anunció luego otro obsequio, esta vez para su hijo menor. Una nueva ciudad, en la Celtiberia, estaba siendo levantada, y en homenaje a él habría de llevar el nombre de Recopolis.

—Extraordinario honor para Recaredo —apuntó el sacerdote—. Sólo los grandes tienen ciudades con su nombre: Alexander, Constantino…

—Pero ellos fueron conquistadores —interrumpió Berulfo, desdeñoso—, y a Recaredo se la regalan sin merecerlo.

A Wilya le dolió esa frase más que si la hubieran dirigido contra él. Y no pensó en las consecuencias al expresar su sentimiento.

—Te alimentas de envidia —le increpó—, igual que los cerdos mastican entre la mierda.

No se hizo esperar la respuesta, y ya se imaginaba él que iba a ser violenta. Cayeron ambos enzarzados a golpes bajo la mesa, entre las patas de los perros que ronchaban desperdicios. El escándalo desvió la atención de los comensales más próximos que prorrumpieron en risotadas, y buena parte del salón se ocupó enseguida de aquel alboroto más que de las palabras de Leovigildo. Lo inadecuado del lugar y del momento hizo caer sobre ellos una ristra de bofetones y patadas antes de que varios hombres les sacasen en volandas hasta la puerta para arrojarlos al exterior entre el regocijo del auditorio y ante la sorpresa de los sirvientes que aguardaban fuera. Ya en el pasillo, y tras la forzada tregua, Berulfo volvió a la carga. Ningún adulto habría intervenido en una pelea de cachorros, ni siquiera en ayuda de Wilya, que era, naturalmente, quien peor parte llevaba en la refriega; nadie, excepto Galmerico, cuya mano frenó la furia del pendenciero y le envió a calmarse lejos de allí.

—Vuelve adentro —ordenó, enérgico—. Aún tienes fiesta por delante y aquí ya no hay motivos de disputa.

Berulfo dio media vuelta maldiciendo entre dientes:

—Hijo de un demonio. Manoseca, hijo de un demonio. —Miraba atrás rojo de furia, babeando su incomprensible rabia hasta desaparecer por los corredores, momento que Wilya quiso aprovechar para escabullirse en dirección contraria. Pero el preceptor le alcanzó antes de que lograse su propósito para interesarse por el efecto de la breve escaramuza en su cuerpo, aunque nada excepto unas cuantas contusiones hacía pensar que hubiese algo grave. Demasiado castigo, se lamentaba él para sí, si además de los golpes de aquel mostrenco tenía que soportar ahora las ridículas admoniciones del viejo.

—Ayer no fui justo contigo —apuntó el sacerdote—. Y no hablo de la bofetada, porque nadie va a ofender gratuitamente a Dios en mi presencia, sino a tu actitud con Recaredo. Lo que acabas de hacer es un rasgo muy noble. Pocos hay que se enfrenten a una fuerza tan superior en defensa de un amigo ausente.

Él proseguía con su huidizo paso sin prestar atención a los elogios del clérigo, hasta que éste le agarró por el hombro para obligarle a cambiar de rumbo.

—Si me acompañas, celebraremos el regreso de Leovigildo a nuestro modo.

Galmerico condujo hasta las cocinas a su resignado y mudo prisionero, y consiguió que les sirviesen en un rincón apartado del trasiego de guisanderas, ollas y criados. El maestro escanció un poco de vino en sus potes de barro, animándole a beber.

—El vino es bueno si eres capaz de dominarlo, como dice el apóstol Pablo —justificó su invitación—. La moderación crea el gusto, hijo, de igual modo que el abuso genera el vicio y el hastío.

Pero no hacían mella tan sesudas palabras en su cerrada actitud. El amor propio le impedía aceptar tendida la misma mano que le había abofeteado. Nadie tenía el valor de rozar siquiera su rostro roturado por la adversidad, como si al hacerlo fueran a contagiarse de un daño irreparable, y cuando alguien se atrevía a tocar su pobre cara era para castigarla. Bien sabía que era el orgullo, que ese reproche general hacia el mundo no era del todo cierto, porque su madre sí que le acariciaba, como si en él no existiese el mal y sus dos mejillas tuvieran igual tacto suavísimo al roce de sus dedos. Y cuando lo hacía, cuando ella le colmaba de mimos, él se la quitaba de encima, molesto por ser tratado como un niño que ya no era, que él no sentía viviendo dentro de sí, como si ella besase a otro que no existía.

Y ese sentimiento le cargaba de culpa. Culpable por rechazar un amor que él no deseaba ya con esas formas, un afecto incondicional al que nunca podría corresponder con la misma intensidad. Culpable y deudor de Orosia. Orosia, siempre madre, ahora lejos, cada vez más lejos.

Y Recaredo. También Recaredo le había palpado de otro modo en la seguridad de estar haciendo algo bueno por él, tal vez por ambos. Y le agradaba ese trato. Su primo siempre miraba sus cicatrices con el respeto de quien presencia el resultado de una batalla, sin la malsana curiosidad o la burla medianamente disimulada de los otros.

—Te hice callar antes, cuando quisiste vitorear a Recaredo —perseveraba Galmerico en su intento de vencer la resistencia de aquella muralla—. No puedes secundar la inmoralidad con esa torpeza de asno, chico. Ya sabes, porque así os lo he enseñado, que nuestro rey debe ser elegido. Defender lo contrario o aplaudirlo en público es grave falta. Ningún monarca puede elegir sucesor, ni siquiera entre sus propios hijos.

—¿Acaso no eligió mi padre a Leovigildo? —repuso él con arrogancia.

—Como compañía en su reinado, no como sucesor. De haber querido dejar un heredero, tal vez serías tú el elegido, aunque nadie habría dado validez alguna a su deseo sin el apoyo necesario. Buscó en su hermano una ayuda de confianza, nada más. Su temprana muerte dejó finalmente a Leovigildo de rey único, pero, en todo caso, tu tío fue refrendado después de que su matrimonio con Goswinta pusiera de acuerdo a las familias más notables.

—Un rey tiene poder sobre todas las cosas del reino —insistió altanero.

—Mientras está vivo, nada más que cuando respira, pero no tiene derecho a decidir lo que hayan de hacer los demás cuando él abandone este mundo. Y aun vivo, tampoco, porque hay una ley, y dice esa ley que sea el Aula Regia quien tome tal decisión. Y a mí me parece bien.

Wilya escuchaba al tutor mirando al suelo, rumiando aquellas palabras en defensa de una ley tan despiadada que había hecho de su madre una concubina. Ninguna ley

podía ser tan injusta como aquélla.

—Mira los francos, sin leyes ni magistrados —abundó Galmerico.

—¿No disponen de ley?

—Algunas normas que les dejaron los salios, apenas cuatro costumbres bárbaras que ni siquiera deben de haber escrito, por lo que sé. Pero heredan los hijos el reino del padre y el patrimonio se disgrega. Ahí tienes el gran reino de Clothar dividido en tres, y ninguno de los reyes contento con el reparto, se devoran entre ellos a dentelladas. Sus herederos tendrán menos poder que el más modesto de los nobles godos. Si es que viven, porque esa costumbre favorece que muchos de los hijos de los reyes francos sean asesinados antes o después para poner fin a su derecho.

—Podría heredarlo sólo uno, el primogénito, o el mejor de ellos, y así no se dividiría el reino.

El preceptor decidió aprovechar la brecha abierta por la polémica en la recia misantropía de su discípulo. De un trago apuró el pote de vino y le ofreció la voz de la experiencia.

—Cierto que podría hacerse de tal modo. Pero la vida de ese muchacho sería un tormento, en peligro de muerte desde la cuna, y si por fin llegase a reinar, sus hermanos trabajarían como los topos bajo el terreno que pisa para que se hundiera. No, un rey debe elegirse entre los mejores. Ser rey no es un derecho que se reciba en el vientre de la madre, sino en la asamblea de los guerreros.

—Según tus palabras, Recaredo no tiene derecho a ser rey.

—Tanto tiene como cualquier noble que lo merezca. Por el momento, solamente queda asociado al trono, igual que Hermenegildo. A partir de ahora se exigirá de ellos un compromiso mayor y empezarán a conocer diariamente cuáles son las preocupaciones del buen gobierno.

—¿Y qué sucede si al rey elegido no le quieren todos?

—La guerra, hijo, la sucia guerra entre hermanos. Ya lo hemos vivido. Así llegó Atanagildo: hizo la guerra al rey Agila, fue más fuerte y ocupó su lugar.

Con un deje de desprecio en su voz, Wilya repuso que nada les diferenciaba entonces de los francos, si en ambos casos la guerra era la solución. Pareció pensárselo Galmerico, no por dificultad en la respuesta, sino admirado de la rapidez con que su interlocutor discurría, feliz de que hubiese abandonado, siquiera por un rato y a pesar de la acidez de su tono, la cerrazón que arrastraba desde el desafortunado día de su percance. Algo nuevo había en él, creyó intuir, una ignota luz que, como en la parábola del Señor, acababa de abandonar su inútil presencia bajo la cama para mostrarse en lo alto del pedestal, al fin llama en el candelera. Rellenó de nuevo su pote antes de hablar.

—Leovigildo es un gran rey —dijo—. Ésa es la respuesta, Wilya, un gran rey. Ante el oso alzado nadie se atreve a moverse. Ante un rey justo y fuerte todos temen, todos respetan, nadie abre la boca en vano. Tu podrías haber sido un gran rey.

—Nunca lo seré.

—De eso estoy seguro. Pero tanto se sirve a la verdad desde el trono como desde la piedad del altar o el escabel de la sabiduría.

—Recaredo sí que lo será.

—Lo que Dios Padre tenga decidido para los dos hermanos, en su momento lo hará saber, pero si han de ser reyes o no, habrá de decirlo la asamblea. Y en cuanto a Berulfo, debes juzgarle con compasión, pues le faltan un padre y una madre que le guíen, y tiene el alma llena de odio. Es una víctima más de las querellas entre los reyes francos.

—Berulfo es godo, ¿qué tiene él que ver con las querellas de los francos?

—Es una triste historia, y hoy sólo debe haber lugar para la alegría en nuestros corazones y en nuestras lenguas, porque, por fin, Leovigildo ha vuelto a casa.

Vivir en la casa era un suplicio. Sin Orosia, su buena madre, y al margen de lo que él pudiera pensar de sus espontáneas demostraciones afectivas, aquel hogar estaba vacío de sentimiento por más que a diario pululase a través de sus pasillos y patios una nutrida cuadrilla de amables y serviciales criados. No había querido acompañarla a la villa a principios del verano. La idea de pasar allí las semanas contemplando pasivamente el acopio de la mies y luego la recogida de la uva, su acarreo hasta los lagares, el pisado, todos esos aconteceres divertidos para el hijo de un campesino, no eran para él sino una tediosa pérdida de tiempo. Ella había aceptado finalmente su voluntad, una vez dominadas sus iniciales aprensiones, como el capricho de un niño recién salido de una larga convalecencia y que resultaba aconsejable atender. Alejarse durante una temporada del influjo materno, decidir por sí mismo en lo posible, le parecían a él razones suficientes, aunque inconfesables, para no alejarse de Toletum, su verdadera pasión. Porque pasión era ese ansia por respirar a diario el ambiente de palacio, por regresar a esa vida que, aun con sus limitaciones personales, como noble debía exigirse.

Por lo demás, nada tenía que objetar al esmero de Lucius, la única persona en quien Orosia confiaba durante sus prolongadas ausencias de la ciudad. Era Lucius un hombre libre de origen astur y agradable trato, ya maduro, aunque bien parecido y delicadamente educado, que ponía en aquella casa el punto justo de sensatez, bien hacer y fidelidad que se le supone al mejor de los mayordomos. Y se mostraba afable con él, paciente ante sus inesperados cambios de humor, dispuesto, si era preciso, a socorrerlo en las peores noches de solitaria pesadilla. Desde el respeto exigido a la diferencia de linaje, intentaba hacerle compañía e interesarse por sus cosas siempre que las labores domésticas se lo permitían, y él, aunque sin expresárselo, le estaba agradecido por su esmero. Pero Orosia era realmente su único vínculo afectivo con aquel lugar, un espacio marcado por el recuerdo de largos meses de exánime reposo que ahora, en ausencia de su madre, se le manifestaba como un edificio inhóspito, no pocas veces enemigo.

Aquella mañana, no obstante, el espíritu de Wilya parecía haberse contagiado de la benignidad de un día dulce y luminoso. Se sumó a la carreta de abastecimientos

junto al mayordomo y un par de esclavas, como hacía casi a diario camino de la ciudadela para aprovechar el viaje de los sirvientes al mercado, y esta vez, con desacostumbrada decisión, intercambió con ellos algunas frases que sorprendieron felizmente a un Lucius hecho ya al terco silencio de su boca. Y es que tenía motivos para tan festivo estado de ánimo, pues le aguardaba su tío, y era ese encuentro un ansiado momento diferido durante meses por la larga ausencia real.

Había imaginado infinitas veces cómo habría de ser aquella audiencia, de qué modo debería comportarse en tal circunstancia, con qué solidez tendría que expresar sus deseos para ser atendido. Se lo repetía también ahora, al cruzar el patio de armas, ascendiendo con paso nervioso las escalinatas hasta el corazón del recinto, atravesando corredores de umbrosa piedra hasta la sala principal, aquella donde se había celebrado la recepción bruscamente interrumpida por el furibundo arrebato de Berulfo.

Leovigildo había hecho llevar hasta allí su trono, el extraño monstruo de madera que aterrorizaba sus ojos infantiles. Ambos, su tío y la oscura bestia sobre la que se asentaba, parecían un único ser, una sola cosa inseparable. Y a respetuosa distancia, con la esperanza de llamar la atención de aquel semidiós salido de brumosas mitologías, otras gentes más terrenales intentaban dirigirse a él con el enclenque poder de su palabra. Galmerico, siempre presente el clérigo en sus asuntos, acudió a la puerta para advertirle de que se celebraba audiencia de justicia y sería preciso aguardar a su término para que el rey le recibiese. Por lo que contó el tutor y cuanto Wilya pudo escuchar a continuación, comparecía un eclesiástico acusado de apropiación indebida de esclavos. No era de Toletum, como tampoco lo era el grupo de súbditos que reclamaba el arbitraje real.

—Convenció a tres de mis esclavos para que escapasen a pedir asilo en su iglesia. Es arriano —se lamentaba un hombrecillo de inocultable sangre hispana.

—Cuida tu lengua si quieres conservarla —le recriminó uno de los miembros del consejo que flanqueaban a Leovigildo—. Lo que con desprecio llamas arriano es considerado verdadero católico en el reino de los godos, y nadie te persigue ni ofende a ti por ser un hereje trinitario, fiel a la secta romana. Pero nada tiene que ver este pleito con la fe sino con la verdad, de modo que explícanos por qué habrían de solicitar asilo unos esclavos si son bien tratados por su amo.

El acusador agachó las orejas avergonzado y no supo responder con presteza. Otro aprovechó para tomar el relevo, y en su corpulencia y el color de su cabello se dejaba ver la raza goda.

—Mira, señor, todos somos distintos del vecino. Los habrá entre nosotros con mejor o peor carácter, la mano más o menos larga, cada quien tiene su beber. Pero no se trata de eso. Ese hombre —apuntó con dedo enérgico al sacerdote— amenazó con denunciarnos por abuso si no le vendíamos esclavos a precios humillantes. Los jueces tienen los documentos de venta. ¿Acaso nos hemos vuelto todos locos de repente y regalamos nuestro patrimonio a la décima parte de su valor?

—Muchos de nuestros esclavos han sido luego revendidos —intervino un tercero —. Ha ganado diez sueldos por cada uno gastado.

—Y no es ése el trato que se tienen entre clérigos —añadió el primero de los acusadores, superado ya el efecto de la reprimenda—, porque si alguno de sus esclavos, harto de la vida que lleva, se acoge en otra iglesia aneja, no vale ya el derecho de asilo, y lo devuelven sin miramiento a su sagrado colega. Yo sé de más de un caso, relatado por quienes los sufrieron.

Negaba hasta entonces el sacerdote con la cabeza, pero ahora interrumpió la riada de denuncias que se vertía sobre él.

—Eso son habladurías —protestó airado—. Todo el mundo sabe que el testimonio de un siervo no tiene valor contra un hombre libre si no se ha obtenido bajo tormento.

—Dime. —La voz de Leovigildo trajo al salón un silencio de hielo—. Tu iglesia, ¿es pobre o rica?

No hubo respuesta a esa pregunta.

—¿Posees más de diez esclavos? —alzó su tono el rey.

—Más de diez, señor —titubeó el acusado.

—Parroquia rica, por tanto. ¿Crees que el precio que has pagado por esos siervos es una tasa justa?

El clérigo se encogió de hombros.

—Fue el precio acordado, señor —dijo finalmente.

—¿Firmarías ahora la venta de todos tus esclavos por ese mismo precio, el que tú pagaste?

—No —repuso, dubitativo—, claro que no. Nunca llegaría a ese acuerdo.

—Devuelve entonces a estos hombres cada uno de los esclavos que has obtenido con esa argucia, y sin derecho a reclamar lo que gastaste en ellos. Si hubieses vendido alguno, recupéralo para su amo legítimo pagando el doble de lo que cobraste en esa venta. Y, una vez cumplida esta justicia, añadirás como multa la entrega de uno de tus siervos por cada uno de los que compraste así. Responderás ante tu obispo de la ruina de tu iglesia, consecuencia de tu avaricia. Y en el futuro —hizo Leovigildo un ligero movimiento de cabeza hacia un escribano que tomaba notas—, que cualquier clérigo, del metropolitano abajo, culpable de delito semejante, reciba igual castigo, y que así se haga saber a jueces y condes para que imiten este ejemplo en toda ciudad y territorio.

Con humor bien distinto abandonaron la sala los litigantes para dejar paso a tres guardias que conducían a un preso maniatado. Andaba éste con paso recio a pesar de las magulladuras que tapizaban su casi completa desnudez, aunque parecía estar en otra parte, la mirada perdida en algún paraje invisible de los muros, o del humeante hogar al fondo del salón.

Un funcionario explicó los cargos. Aquel hombre estaba acusado de adorar e invocar a los demonios para causar daño a sus vecinos, y de violar la sepultura de un

niño recientemente fallecido, cuyo cadáver había atravesado con una pica de madera. Dijo haber varios testigos acreditados de su monstruoso acto y, por si no fuera suficiente, había confesado sus crímenes. Se le preguntó desde el consejo si admitía los cargos en su contra. Salió entonces por un momento de su exilio interior, y lo hizo para aceptarlo todo sin que su rostro se alterase, la vista siempre hundida en un insondable crepúsculo. Repartió por la estancia algunas frases sin significado y, una vez creyó haber ofrecido fundada justificación a sus acciones, retornó de nuevo a un tenebroso y solitario silencio. Quedaron todos sobrecogidos por aquella indescifrable perorata germinada en algún terrible lugar donde sin duda residía la maldad o la locura. Hasta que habló Leovigildo, y su voz parecía un bronco rugido llegado de los leones que protegía bajo sus brazos. Palabras gélidas y sin temblor salieron de su boca.

—Recibirás la muerte en el fuego antes de que se ponga el sol, según exige la ley. Y que Dios Nuestro Señor sea capaz de juzgarte con más benevolencia que la que yo puedo ofrecerte. Nadie más pague por esto sino el culpable, y que los agraviados respeten a la familia de este hombre, si la tuviere, pues sólo en él se cumple y se cierra esta justicia.

Wilya imaginó el castigo impuesto a ese pobre endemoniado que los guardias conducían hacia su última mazmorra, y se le hizo insoportable la visión del fuego masticando un cuerpo humano hasta convertirlo en humo, ceniza y hedor a pecado nunca redimido. Escapó al pasillo y Galmerico siguió sus pasos. Anduvieron un largo tramo hasta el exterior antes de que el viejo maestro se atreviese a hablar.

—Me parece buena idea dar un paseo. Ahora entrará un recaudador acusado de fraude. ¿Sabes cuál es la pena si le ven culpable?

Él no abrió la boca. Bastante tenía con esa imagen de la inminente ejecución revoloteando en el interior de su cabeza.

—La hoguera —dijo el tutor—. A veces no es grato impartir justicia, hijo. La vida y la muerte son un peso excesivo para unas manos, por fuertes que sean las de un rey.

Tenía Leovigildo vivos y profundos ojos de águila que todo lo observaban, y nada parecía escapar de ellos por delante ni por detrás. Y bajo sus cuencas de rapaz caían, colgadizos, a modo de zurrones de piel rellenos de carne blanda, lo que Wilya imaginaba recuerdos de una vida nunca dichos, la cara escondida de sus victorias, de sus fracasos, quién sabe si de sus sentencias. Se parecía a Hermenegildo, o al revés, si había que ser ecuánimes en la elección de un modelo conforme a sus edades. Fibroso, más delgado que grueso en la extensión que abarcaban sus fuertes espaldas, nariz recta, ojos muy juntos y cabello tirando a bermejo, jaspeado ahora de hilos blanquecinos. Tan distinto a Recaredo, corpulento éste, de cara ancha y saludable, tal vez heredada de su madre Rinchilda, a quien no había conocido fuera del vientre, y tan rubio como, según decían quienes la trataron, lo había sido ella.

Contemplaba a su tío con entrañable admiración. Tranquilo, o al menos guardando los nervios para sí, favorecido por el ambiente íntimo que les rodeaba. Así

se había imaginado ese encuentro en sus momentos más optimistas: solo frente a él, con la única presencia de sus primos y Goswinta. Y de los tres mastines que calentaban los pies del rey. Sí que estaba más viejo aquel hombre que el Leovigildo que guardaba en sus recuerdos, y no sólo por los islotes canos en torno a su barbilla. Pero tan vivaz como siempre, la misma fogosa energía manando de sus ojos. La espada de Badwila reposaba sobre la mesa, y Wilya no pudo evitar dirigirle una mirada fugaz que le reveló algo que no había podido apreciar la víspera desde la distancia. Un león rojo sobre fondo azul, el emblema del rey de los godos, había sido cuidadosamente engastado en el centro de la cruz.

—Una preciosa obra —dijo su tío, y él se sobresaltó al sentirse descubierto, aunque orgulloso de su secreta contribución—. Una excelencia que no merece ser expuesta a la batalla. Espero que quede aquí para siempre convertida en símbolo de paz. Como espero que tu madre disfrute de buena salud.

—Volverá de la villa cuando acabe la vendimia.

—La villa, dices… —Sonrió el rey con benevolencia—. Aquello es casi un monasterio, sobrino, un monasterio familiar. Y no me parece mal. Orosia es una gran mujer, fiel a lo que cree, aunque yo no lo comparta. Si quiere hacer de su villa un cenobio, es cosa suya. Y tú, ¿cómo estás ahora?

Wilya encogió los hombros sin atreverse a exteriorizar allí, ante todos, la decepción que sobre sí mismo guardaba. Su tío era suficientemente sagaz para verlo, y por si fuera poco sus atentos oídos habrían escuchado, sin duda, versiones más o menos verosímiles.

—Ya me contaron los pormenores de tu percance —prosiguió éste—. Extraños seres las mariposas. Son como las liebres del aire, que nunca se mueven en línea recta. Piensan más rápido que tú y te quiebran las espaldas si te atreves a seguir su rastro. ¿Ya qué venía tanto afán que ni siquiera llegaste a ver dónde pisabas?

—Jugábamos a los reyes, señor. Recaredo me lo pidió.

—Un rey nunca debe exigir nada por encima de lo posible. —Leovigildo dirigió frase y mirada a su hijo menor, que recibió ambas sin pestañear.

—No fue así. —Wilya miró a su primo, intentando disculparse por lo que pudo haber sonado a acusación—. Sólo pidió una mariposa. No era imposible. Pude haber elegido una cualquiera, pero vi una muy especial y se la habría llevado de no ser por aquel pozo que no tuve en cuenta.

—Además del peligro que te trajo, ¿qué tenía de especial?

—Era distinta a las otras, tan diferente que no he vuelto a ver ninguna parecida.

El rey rascó el cráneo de uno de sus perros y éste agradeció la caricia, fiel como ningún hombre, con un lametazo lento en la mano que lo amaba.

—Tu lealtad merece mejor recompensa que esas heridas, sobrino. ¿Qué puedo hacer por ti?

Tantas veces había soñado con escuchar algo parecido en la boca de su tío que ahora, una vez dicha esa frase, llegada por fin desde el sueño a la realidad, le sobró el

tiempo de pensar en cómo responderla.

—Quiero seguir aquí, señor, y recibir la misma instrucción que cualquier noble. Quiero ser gardingo de la casa palatina.

—Así que quieres ser gardingo. Proteger con tu vida la del rey, representarlo allí donde se te ordene, siempre a su disposición.

—Eso quiero —afirmó con energía.

—¿Y quién te lo impide?

—Galmerico y mi madre prefieren que me retire a Agali para aprovechar las artes del saber.

—No juzgues mal su deseo. —Leovigildo rascó ahora su propio cráneo—. Si así piensan es porque ven en ti una inteligencia aprovechable, y ésa es una facultad de la que el reino anda muy necesitado. Observa a tu alrededor y verás que la mayoría de las principales responsabilidades están en manos de gente hispana. Ellos controlan nuestra hacienda, dirigen nuestras cecas, actúan de secretarios y ejercen de escribanos, abogados y jueces. Ya sabes de qué modo nos llaman entre ellos: los rubios. Pues por cada obispo o presbítero rubio, hallarás una docena de hispanos. No sólo se sirve al rey con las armas.

—No quiero entrar en religión —protestó.

—Ni tienes por qué hacerlo, si no es tu voluntad. Agali no es un monasterio de clérigos simplemente. Allí estudian y trabajan gentes muy valiosas, incluso del dogma romano.

—Pero yo no deseo renunciar a la milicia, señor. Ni a mis amigos.

—Ya sabes que todo hombre libre tiene el derecho y el deber de ir a la guerra. Menos los niños, ancianos y enfermos.

—Yo no soy un enfermo.

Guardó silencio Leovigildo, y Wilya adivinó en el gesto de su tío el odioso rostro de la compasión, tan despreciable para él como cualquiera de las que pudiera haber conocido en otros ojos, en otras bocas, en otras lágrimas.

—Ni anciano —intervino Goswinta desde la calma, con la sumisión de una esposa, con la autoridad de una reina—, pero sí muy joven todavía. Hasta los catorce no tendrás obligaciones con la milicia y no hay por qué precipitarse ahora. Mejor sería que conocieses Agali por dentro y luego decidas.

Leovigildo aprobaba con un resuelto movimiento de cabeza las consideraciones de su mujer.

—Te gustará, Wilya —abundó ella—. Lo fundó mi anterior esposo, el rey Atanagildo, y aloja a muy variadas gentes. ¿Has oído hablar de Erga? Un sobrino de Atanagildo, hombre importante en la corte, que alcanzó cargos de confianza. Un buen día lo dejó todo y marchó a Agali. Para probar, dijo, y lleva casi diez años. Creo que deberías pasar allí un tiempo antes de tomar tu decisión. Seguro que tu tío la aceptará, sea cual sea.

—Desde que llegaste a Toletum —asintió el rey—, te he tenido por un miembro

más de esta familia. Os proporcioné hogar y patrimonio a ti y a tu madre. Siempre te he tratado como a mis hijos y no te negaré lo que no puedo negarles a ellos.

—Si acepto ir por un tiempo —demandó él, receloso—, ¿podré regresar cuando lo desee?

—Desde luego, un tiempo prudencial —puntualizó su tío.

—¿El invierno?

—Me parece bien. Además, en primavera serán los esponsales de Hermenegildo. Aquí estarás para entonces, si así lo decides.

—¿Y podré vivir en palacio?

—Cuando cumplas la edad de las armas, y si Orosia no pone inconveniente.

—Iré a Agali, entonces.

Se acercó Recaredo para regalarle un abrazo de felicitación entre el regocijo de los presentes y el ahogado ronroneo de los canes. Aunque no todos compartían la misma alegría. Hermenegildo se comportaba como si el asunto le fuera ajeno, una actitud que en modo alguno sorprendió a Wilya, pues siempre se había sentido a su lado con igual valor que una herramienta inservible que no mereciera mayor atención. Así lo aceptó también ahora, pero ni la impasible ignorancia de su primo mayor ni su faz de estaca seca le iban a amargar el instante, ni a abortar la tentación que desde tiempo atrás venía refrenando.

—Tío —dijo con la confianza que le otorgaba el reciente acuerdo—, ¿qué se siente en una batalla?

Lo miró Leovigildo; con sorpresa al principio, aunque ésta se desvaneció de inmediato al recostarse el rey en el respaldo de su asiento, la vista entornada para capturar los recuerdos, la voz queda para mejor expresarlos:

—El sudor bajo el casco, el corazón apresurado, los ojos veloces como comadrejas atisbando el frente, las manos húmedas, el juicio cohibido por el movimiento, los oídos trepanados por el griterío. Eso se siente.

Él se esforzaba por atrapar en imágenes fieles cuanto contaban aquellos labios mientras su corazón tañía tan apresurado que parecía querer escapársele del cuerpo. Todos, hasta los mastines, tendidos sobre el heno seco y su devota mirada en las palabras de su amo, contemplaban al rey con parecido fervor, como si asistiesen a una consagración.

—De pronto, se hace el paisaje pequeño y lejano —prosiguió éste—. Y todo se acelera casi sin darte cuenta, a medida que el trote del caballo se va transformando en galope, según las tropas se acercan a su choque inevitable, en el momento que ves la cara de tu enemigo y eres capaz de distinguir si es rubio o cetrino, barbado o lampiño, viejo soldado o muchacho recién salido del destete. Cuando las primeras picas rasgan el aire que respiras y no hay herida en tu cuerpo, sabes que estás vivo, y entonces no temes a nada y tu brazo se descarga sobre cuanto se mueve, sobre todo aquello que aún no sangra hundido en el barro o en la maleza.

Estremecido ante aquella glosa, una culebrilla caliente recorría a Wilya desde el

pecho hasta la espalda para regresar de nuevo a idéntico viaje, sin descanso.

—Luego, todo parece lento, muy torpe. Se acostumbran los hombres al sabor de la fatiga, al extraño color que los gemidos depositan en la tierra, y parece como si nada más existieses tú, envuelto en un sueño del que no podrías salir aunque quisieras. Nadie te lo dice, pero sabes cuándo has vencido. Sucede en un instante, como si un sordo rumor recorriera el campo de batalla cubriendo a los vivos y a los muertos. Después… Lo que viene después es mejor callarlo, porque cada cual lo cuenta a su modo y es algo que el guerrero debe vivir por sí mismo.

MADRE OROSIA

Toletum, mediados de otoño de 578

Cambió su cara el otoño sin advertir a nadie, para cubrir de lluvia la tierra, y los cielos de espesas nubes e inquietantes relámpagos. Y, entretanto, Wilya se consumía de impaciencia por ver llegar a Orosia y hacerle saber que estaba dispuesto a cumplir su deseo sobre Agali, y arrancar de ella la promesa de que le permitiría regresar de allí cuando él decidiese. Llegará en pocas fechas, le consolaba Lucius, y miraba luego el mayordomo hacia arriba, a la encapotada atmósfera, dudando, sin decirlo, de que alguien se atreviese a emprender un viaje de dos jornadas con tiempo tan inclemente.

Esa esperanza de un pronto reencuentro le proporcionaba fuerzas suficientes como para aceptar las relaciones con un poco más de sosiego y asistir a las lecciones de Galmerico con ánimo algo menos taciturno. Ya no pasaba por allí Hermenegildo, ocupado en las prácticas militares, y quién sabe si en otras enseñanzas una vez conocida la obligación de su próxima boda. Sí que lo hacía Argimundo, su inseparable amigo.

Era Argimundo, hijo del condestable Fonsa, el más sobresaliente de todos ellos, y no sólo por su edad, que superaba en un año a la de Hermenegildo y en cuatro a la de Wilya, sino por su porte y belleza. Argimundo, el de la frente noble y la limpia mirada, lo llamaba Goswinta. Y en verdad dejaba ver nobleza en su blanco y delicado rostro y en su trato sin doblez, y los amigos le estimaban por ello. Como amaban a Nantila, el menor de todos, el más sencillo, a pesar de saberse heredero principal del conde palatino. Movía el pequeño Nantila a la piedad, no únicamente por sus pocos años, sino porque tras su delgadez y sus enfermizas hechuras guardaba el mejor de los corazones.

Dispuesto siempre a ganarse la confianza del viejo preceptor, se dejaba guiar Nantila por las enseñanzas de Galmerico, y al insistir éste ahora, como cada día, en la necesidad de avanzar por los tortuosos caminos de la lengua latina, se preguntó el pequeño en voz alta qué habría hecho el glorioso emperador Constantino de no haber sabido leer en el sueño el mensaje de Dios, aquel que le anunció la victoria sobre sus enemigos si hacía suyo el signo de Cristo.

—Porque estaba escrito en latín, ¿no es cierto, maestro? —discurrió.

—Así debió de ser.

—O quizá en griego —reflexionó Nantila—, pues ésa es la lengua de Constantinopolis.

—El emperador, según cuentan, entendía malamente el griego —dejó caer Galmerico—. Sin duda fue escrito en la lengua de Dios.

—¿Cuál es esa lengua, el latín o el griego? —intervino Argimundo—. ¿Y por qué no el godo, la lengua de nuestra liturgia?

Recaredo se adelantó a la respuesta del tutor y dijo que él nunca necesitaría leer para entender un mensaje de Dios. Convencido de que era un buen momento para fomentar en ellos las virtudes de la dialéctica, quiso Galmerico aprovechar la inercia del debate e hizo hincapié en los beneficios de leer y escribir a la hora de dictar las leyes, si es que el Aula Regia decidiera algún día ponerles al frente de la nación goda.

—Para eso están el conde notario, los buenos escribientes y los fieles consejeros, como tú —arguyó Argimundo con impecable lucidez.

—Cierto —el maestro forzó su razonamiento—, pero se podría escribir algo distinto a lo decidido por el rey, y éste no tendría modo de comprobarlo.

Surgió entonces la infrecuente y quebrada voz de Berulfo, que sentenció con su particular sentido de la justicia:

—Si yo soy rey y alguien se atreve a hacer una cosa así, es que no tiene aprecio por su cuello.

Y las carcajadas echaron por tierra, una vez más, las buenas intenciones del mentor, que acabó despidiendo a sus alumnos y farfullando entre dientes quién sabe si preces o maldiciones.

No la gramática latina, sino la observación atenta de los ejercicios castrenses y las luchas cuerpo a cuerpo en la palestra eran los pasatiempos preferidos de los chicos, en especial de Recaredo y Berulfo, quienes debían iniciarse en tales artes la siguiente primavera, una vez cumplidos los catorce y siguiendo los pasos de Argimundo y Hermenegildo. Wilya envidiaba a los cuatro por esa ventaja que el tiempo les había concedido gratuitamente sobre él, aunque no era su diferencia de años la arbitrariedad más grave decidida por el destino. Si bien sus deseos estaban cuajados de inseguridad, de temor al momento en que hubiera de enfrentarse públicamente a las consecuencias de su merma física, se trataba de un miedo atemperado a veces por una extraña confianza en sus fuerzas, por la convicción, seguramente ilusoria, de que su voluntad sería capaz de imponerse a las dificultades en el instante decisivo. Por eso, de igual modo que el lobo observa al rebaño y a cada una de las ovejas antes de decidirse, vigilaba cualquier detalle para estudiar bien cada movimiento, cada artimaña, cada gesto secreto de los competidores, e imaginaba luego cuál habría de ser la reacción del luchador según qué circunstancias se le presentasen. A diferencia de sus amigos, que asistían a estas demostraciones con la esperanza de contemplar un espectáculo divertido, él solamente estaba interesado en el aprendizaje de su propio futuro. Sabía, cuando intentaba ser sincero consigo mismo, que era una idea descabellada, que su cuerpo mermado nunca podría aguantar la embestida de unos brazos como los de aquella gente fogueada en la pelea, y menos si llevaban armas. Así que engañarse un poco parecía imprescindible, el primer paso para no admitir la derrota de antemano.

Tal vez por eso, por engañarse, aprovechaba algunas tardes lluviosas para visitar la fragua. Se sentía protegido junto a las chispas robadas por el fuelle, bajo la letanía metálica del martillo o entre el ácido hedor de la humareda, y en compañía del

herrero se calmaban durante un rato sus inquietudes. No siempre podía hablar con él, al menos no de las cosas que deseaba comentar. La frecuente presencia de aprendices convertía sus visitas, la mayoría de las veces, en breves contactos de cortesía, pero no olvidaba Badwila el compromiso adquirido, la mano tendida que un día le ofreció, y en cuanto había ocasión le dedicaba todo su tiempo.

—No te pido que subas el balde de agua hasta la mesa. —Se empeñaba en comprobar la torpeza del brazo izquierdo de Wilya, como si quisiera dar molde nuevo a esa parte de su cuerpo—. Sólo que lo cojas por su asa.

Al fijar su mano en torno al asidero, no era capaz de cerrar los dedos sobre la palma, y resucitaba además a lo largo del brazo aquel sordo dolor que creía domeñado por la fuerza de la costumbre. Y cada intento hacía crecer un nuevo fracaso, y el convencimiento de ser una total calamidad.

El forjador le sugería entonces que doblase el codo hasta tocar el hombro, pero tampoco encontraba respuesta adecuada a ese deseo, como no la recibía Wilya a sus reiteradas preguntas sobre Guodan y su caballo, que Badwila parecía aplazar para momentos más discretos. Hasta que el herrero decidió olvidarse de probaturas y dedicar cualquier esfuerzo a la extremidad saludable. Porque, dijo como quitándole importancia al resto, aún tenía un magnífico brazo:

—Y un hombre puede, con eso, ser un hombre de verdad. Al fin y al cabo, conservas la mano derecha, la mano de la espada.

Le alcanzó un martillo, un pequeño martillo que en nada se parecía al que el gigante empleaba en su trabajo, ni siquiera a los que manejaban los aprendices.

—Úsalo cada día —le ordenó—. Sobre la piedra, sobre la tierra, una y mil veces, hasta que no sientas tu brazo bueno. Con disciplina, con la paciencia de las tejedoras.

Quiso otro día probarle las piernas y requirió su ayuda para transportar al exterior varias picas oxidadas que se amontonaban en un rincón olvidado de la fragua. Badwila las clavó luego sobre la hierba mojada, una tras otra, hasta que formaron una larga hilera.

—Corre entre ellas, de un lado al contrario, de tal modo que las vayas dejando, alternativamente, a izquierda y derecha. ¿Lo entiendes?

Lo entendía él, aunque no sus piernas, pues el brazo inútil desequilibraba la carrera. Puso cuidado en el empeño, pero, una vez cumplido el tercer quiebro, su pie izquierdo tropezó con uno de los mástiles y fue a rebozarse de bruces en el barro. Al levantarse, humillado, no descubrió decepción en la cara del herrero; si acaso una sonrisa, una sonrisa sin burla, comprensiva y hasta esperanzada, aunque era difícil imaginarse en qué podía poner aquel hombre sus esperanzas.

—Has de correr sin miedo, seguro de que llegarás hasta el final. Mírame a mí.

Con agilidad de buey y resoplidos de dragón galopó Badwila entre las lanzas sin rozar un solo astil en su carrera. Cuando faltaban un par de ellos para alcanzar el objetivo, resbaló y cayó a tierra en un golpe terrible que hizo retumbar el suelo. Wilya reprimió una risilla al verle allí grotescamente espatarrado, inmóvil sobre la

humedad y murmurando, tal vez entre quejidos de dolor. Acudió en su ayuda preocupado por la quietud de su cuerpo y supo entonces que no eran lamentos aquellos gruñidos, sino la gestación lenta de una estruendosa risotada que se liberó una vez sus ojos se encontraron. Rieron ambos con desenfado, igual que ríen dos viejos camaradas junto a una jarra de vino, y él se admiró de la calidad de aquel hombre, capaz de guardar respeto ante su caída y de celebrar así la propia.

El herrero le animó a nuevos intentos, sin apremios. Lo importante era llegar hasta el final, convencerse de que no se trataba de una empresa imposible, lograr que sus piernas se habituasen a ese correteo quebrado sin ocupar en otra cosa su pensamiento.

—Cuando me encargan un arma —argumentó—, no puedo forjarla inmediatamente, sino que debo seguir los pasos que marcan el fuego y el metal. Pero antes de empezar a trabajar en ella ya la tengo fabricada en mi cabeza, porque de nada sirve martillear si no se conoce el objetivo. Lo mismo le sucederá a tu cuerpo si no sabes lo que quieres conseguir de él.

Correr sin miedo, como lo hada antes del maldito encuentro con el abismo. Sí, eso habría deseado él, pero no le era posible. Repitió la carrera dos veces seguidas sin percances, a trote suave, según el consejo recibido. Al iniciar el tercer intento, el herrero acompañó su esfuerzo con rítmicas palmadas, como un corazón cadencioso que le alentaba desde fuera del pecho a culminar su propósito.

—Has completado el recorrido en dieciséis palmadas —anunció Badwila—. Tu próximo reto es hacerlo en quince. Si lo consigues, te hablaré de la espada de Tyz, de Guodan o de cualquiera de esas preguntas que estás deseando soltar por tu boca. Cuanto quieras saber, de hoy en adelante, lo habrá de ganar tu cuerpo con su trabajo. Y no olvides el brazo, Wilya. Si sólo dispones de uno, debe ser éste doblemente poderoso que otro normal.

Y al despedirse, tras cada una de sus visitas, cuando el sol quería ya convertir la tarde en noche, se engañaba a sí mismo creyéndose algo más cerca del guerrero Wilya, y dejaba atrás aquel paisaje fisgándolo siempre todo alrededor, por si Hilde se hubiera asomado por allí. Pero nunca aparecía.

Llegó Orosia un húmedo atardecer en tanto Wilya cumplía con una de sus fatigosas prácticas en la herrería. La servidumbre descargaba los mulos en el patio bajo la dirección del mayordomo, y éste le confirmó la noticia con un guiño, sin necesidad de palabras. Ante la sorpresa de todos, habituados ya a sus movimientos cansinos e indiferentes, subió los peldaños a la carrera y él mismo se admiró de lo que estaba haciendo, del poder que el ansia es capaz de insuflar a las piernas más aburridas.

Porque era ansiedad lo que le impulsaba hacia arriba, lo que aceleraba sus latidos y le batía las sienes con desconocida violencia, un ansiedad indefinible que reunía en torno a sí todo un enjambre de confusos sentimientos. No era capaz de elegir de entre ellos al más poderoso; quizá, y por mucho que se hubiese negado a admitirlo en su

fuero interno, la inequívoca necesidad del afecto de su madre, tal vez el deseo de comportarse ante ella como el hombre que deseaba ser, o la obligación de demostrarse a sí mismo que los malos recuerdos formaban parte de un pasado ya vencido. Pensaba, mientras cubría la corta distancia hasta la primera planta, en que nada tenía que ver él con aquel niño enfermizo que Orosia había dejado meses atrás en Toletum, y que ella habría de notarlo nada más verle. Luego, una vez tuvo delante su serena mirada, su sonrisa que todo lo llenaba, quiso decirle de inmediato que casi nada quedaba ya del pequeño que ella despidió, que las cosas tenían que cambiar y que estaba dispuesto a crecer con la mayor rapidez posible. Pero de nada servirían sus palabras, su infantil seguridad de haber abandonado la infancia, pues ni él mismo lo comprendía del todo, ni era capaz de explicarlo. Tampoco iba a entenderlo su madre, así que se aferró a ella para intentar transmitírselo en su abrazo, con su medio abrazo.

Apartando de sí necias prevenciones, se sumergió en la alegría desbordante de sus ojos, en la emoción de un reencuentro teñido de esa dulce pena que ella no podía ocultar al mirarle, que ya siempre iba con ella desde el día de su desgracia. Y, extrañamente, todos esos mensajes sin palabras parecían trepar desde abajo para llegar hasta él. Por vez primera, observaba a su madre desde una altura superior.

—Te estás haciendo un hombre —le dijo ella casi al oído, al tiempo que acariciaba amorosamente su cara, su mitad de rostro sana, y luego la cicatriz, su otra mitad, en un movimiento lánguido y devoto que él no quiso rechazar como había sucedido las últimas veces.

Orosia, madre Orosia, le susurraba el corazón al sumergirse en su cabello oscuro, en su aroma a tierra mojada y a tomillo del largo viaje. Y se dejó ir, por unos segundos que quiso creer eternos, en la tibia temperatura de aquella hornacina hospitalaria, hasta que su mirada se posó más allá, en el interior de la sala y en los dos hombres que observaban su arrobo con estúpidos rostros de beneplácito. Ella percibió ese titubeo en la tensión repentina de sus músculos, en la súbita ruptura de aquel cerrado contacto, y se apresuró a aclarar la presencia intrusa.

—Me han acompañado en el viaje, hijo —comentó, sin abandonar su abrazo, mientras le conducía hasta ellos—. Pasarán aquí algunos días, hasta que obtengan audiencia del obispo. Estos dos santos varones me prestan una ayuda indispensable en la villa y desean alzar allí una iglesia, necesidad que cada día se hace más urgente.

Le presentó a sus invitados, pero él se desentendió de sus nombres, de sus credenciales y de sus intereses. Bastaba con ver su aspecto para saber que eran sacerdotes del culto romano, dos hombres que habían roto el encanto de su encuentro, que acaparaban el interés de su madre en un día que él había deseado exclusivo para ambos, un momento en el que, además del apego, habría de mostrarle su decisión, su trascendental acuerdo con el rey. Necesitaba hablar con ella cuanto antes, y aquel par de inoportunos había invadido su casa para robarle toda espontaneidad.

Cuando tuvo ocasión excusó su presencia para bajar, de nuevo cansino e indiferente, a sentarse en el patio, donde la luz de las teas alumbraba las últimas

labores de descarga y el encierro de las bestias en la cuadra. Lucius le observaba con disimulo y, sabedor de que algo le roía la cabeza, enseguida halló motivo para acercarse.

—¿Por qué esa cara, Wilya?

Contestó con un bufido y un terco balanceo de cabeza. Pero permaneció sentado, y esa espera le pareció al mayordomo un buen terreno ganado al tiempo, pues sólo días atrás el chico habría escapado de allí a toda prisa para ignorar su pregunta.

—Es una buena mujer que atiende a sus invitados —subrayó, apaciguador—. Y tú debes estar contento de tenerla por madre, así que no la juzgues con dureza.

Tenía razón Lucius. Bien sabía él que Orosia era lo mejor que poseía, el único nudo que le ataba a un pasado feliz. Pero era ésa una certeza que él nunca iba a reconocer en voz alta ante nadie, porque también sabía que los chicos, a medida que se hacen hombres, tienen la obligación de aprender a soltar las ataduras que los sujetan a sus mayores, tal y como lo hacía Recaredo, siempre sin una madre de verdad y con un padre invariablemente lejos, construyendo para todos un reino grande y fuerte.

Cayeron gruesas gotas sobre el patio, preludio de un aguacero que aceleró el trabajo de los sirvientes, truncó definitivamente el monólogo de Lucius e hizo correr a todos a refugio del techado, a las labores de la cena.

Durante el refrigerio permaneció abstraído en sus pensamientos dejando que Orosia y sus acogidos resolviesen asuntos tan importantes como bajo qué advocación habrían de levantar el futuro templo, en manos de qué constructores pondrían la obra, los recursos necesarios para sostener tan piadosa ambición y la conveniencia de contar entre sus muros con alguna reliquia que convocase devociones y penitencias. Le sonreía su madre entre frase y frase, y asentían en silencio los clérigos a esas muestras de afecto maternal, o bien con comentarios que él recibía como frases estudiadas, desprovistas de toda franqueza. Ellos sabían muy bien lo que querían y cómo obtenerlo, concluía para sí, y se preguntaba si los años habrían de forjar también en él parecida seguridad en las propias convicciones.

Enseguida se despidió para ir a refugiarse en la soledad de su cuarto, al abrigo de las pieles del lecho, entre la oscuridad a medias velada por el rescoldo ya tímido de los braseros. Los ruidos de la noche se habían rendido ante el violento chapoteo de la lluvia en las paredes, en el tejado, sobre las fangosas arenas de las calles. Agotadas las piernas, su cuerpo entero yacía deslomado por el esfuerzo de la tarde junto a Badwila, y en ese arrullo de agua le fue venciendo el sueño mientras él ponía su consuelo en el día por venir.

Pronto llegó la pesadilla, agazapada tal vez entre las junturas de los húmedos muros, aguardándole en la tiniebla zarandeada por el fragor de la invisible tormenta. De nuevo miraba hacia arriba, los ojos aferrados a un círculo inmóvil en busca de la única dirección posible para escapar del agobio pavoroso, de la prieta tierra alrededor, de la carne herida, de la paralizante impotencia. Y desde su abandono veía o creía ver

aquella luz opaca sobre la cabeza, tan lejana y quimérica como siempre, pero única esperanza al fin de sobrevivir, la última boca con que alcanzar un soplo de aire respirable. Una penumbra rojiza lo cubrió todo lentamente, y supo que ella estaba allí otra vez, abrazando el espacio exterior con la turbadora dimensión de sus alas, revoloteando victoriosa en torno a su agonía. Y gritó de terror desde las ciegas profundidades del sueño, quién sabe si desde la misma frontera del infierno.

Orosia le secaba el rostro con un paño cuando despertó, espantado y buscando en la temblorosa llama del candil una respuesta sobre el mundo en que se hallaba, si en el mezquino y sórdido de la muerte o en el no menos desdichado de la realidad. Venció luego la cabeza sobre el pecho casi desnudo de su madre, y en tan delicada acogida fue calmando, a sorbos de angustia, su conmoción.

—Mi pequeño —sollozaba ella sin lágrimas mientras acariciaba sus rizos empapados, los párpados convulsos, la frente helada—, mi hombre chiquito. No temas a los demonios que pueblan el aire, pues está Cristo con nosotros, y contra él nada pueden sus engaños ni en el sueño ni en la vigilia. —Y dibujaba, una y otra vez, con los dedos sobre la cabeza de su hijo, el signo de la cruz.

Por fin vino la calma del despertar tras un largo silencio mutuo colmado de caricias y respetado por un cielo ya sometido, sin lluvia ni rugidos. Y Wilya confesó entonces lo que ya no le cabía en la boca.

—Voy a ir a Agali, madre.

Orosia lo estrechó con afecto. Él no podía ver sus ojos, aunque se los imaginó salpicados de una sorpresa que los hacía incluso más jóvenes y alegres. Y temió volver a cargarlos de años y pesar cuando escuchase lo que venía después. Pero tenía que decirlo.

—No entraré en religión. —Ella mantuvo, sin aflojarlos, la fidelidad de sus brazos, y aquel gesto de amparo disipó las dudas de Wilya sobre la conveniencia o no de proseguir—. Ya sé que es tu deseo, madre, pero no me siento a gusto entre esa gente. Y tampoco creo que pueda alcanzar a ser un santo varón, según los llamas tú.

Decía todo esto sin mirarla, y agradecía poder hacerlo así, aferrado a su cuerpo y sin el peso de aquellas pupilas sobre las suyas, porque nunca había hablado con tanta sinceridad y no era sencillo ser hombre por vez primera. Su madre resistía la prueba con silenciosa entereza, y ese respeto alimentaba en él un atrevimiento insospechado, como si estuviese hablándole al viento, a ese aire infinito donde pululaban los demonios.

—Además —creyó que le debía una explicación más abundante—, yo soy de fe goda y tú no, así que tendría que predicar cosas distintas de las que tú crees y me convertiría para ti en un hereje.

Orosia quiso ahora mirarle a la cara, y a él le pareció que ella sonreía como cuando escuchaba de sus labios de niño las primeras frases difíciles, las más tempranas ocurrencias.

—Nunca serás un hereje para mí —dijo al fin, y tenía su voz la mayor ternura que

podía recordar—. Tu fe es un honor que guardas en el pecho, la semilla de tu padre. Él tenía ese credo, y yo le amé por encima de cualquier cosa, al margen de toda norma, hasta el pecado cuando fue preciso. Creo que Dios Nuestro Señor me castigó por ello enviándole temprano el Ángel de la Muerte y provocándome después una herida incurable a través de tu infortunio. Pero nunca me he arrepentido de lo que hice, y tampoco me arrepentiré de amar a un hijo.

Wilya sintió un nudo en la garganta ante aquella confidencia, una presión aguda que causaba dolor cierto y taponaba el alumbramiento de palabras. Así que empleó palabras doloridas para testimoniar su verdad.

—Madre, yo no entiendo de esas cosas. No sé por qué unos creen en un dios y otros en tres, o en uno solo con tres formas distintas que pueden ser tres y una al mismo tiempo. Y no alcanzo a saber en dónde está lo cierto, ni por qué han de pelear los hombres por una cosa así, si ninguno con ese esfuerzo puede hacer que lo falso se haga verdadero. Aunque poco me importa, porque lo único que deseo es seguir los pasos de mi padre.

—Eres joven para entenderlo, Wilya. —Iguales palabras que Goswinta, las mismas palabras que todos los adultos, pero suaves las de su madre como ninguna, llegadas de un refugio seguro, dichas en una lengua propia, bien cercana—. El tiempo te enseñará a distinguir dónde está la luz. En cuanto a tus pasos, sabes que no es ése el futuro que te deseo. No me reproches que tema por ti, que tenga miedo a esa vida de la que Dios te ha querido apartar con el accidente. Porque estoy segura de que el Altísimo habla a través de la desgracia, y a ti te ha dicho que busques un camino lejos de las armas.

—Ya lo he acordado con mi tío. Iré a Agali, pero en mi voluntad está decidir si me quedo allí o regreso.

Orosia asintió con la cabeza y, sin perder la sonrisa, dijo que nada deseaba más que verle feliz, alejado del mal que ensombrecía sus últimos y desgraciados meses. Y él se sorprendió de que le hablase de lo sombrío sin haber conocido de su boca la existencia de aquella sombra que asaltaba sus noches sin descanso, y pensó si las madres tendrían un modo de saber distinto al que puedan tener quienes no lo son.

—Lo que menos quiero ahora es volver a separarme de ti —susurró ella con un beso prolongado sobre su frente—. Pero debes empezar a volar por ti mismo. Vuelos cortos al principio, igual que las crías del nido, hasta que un día tengas fuerzas para viajar lejos, tan lejos como tu vuelo te lleve. Y Orosia siempre te estará esperando.

Rememoró a través de aquellas palabras su pacto con el rey, y la promesa de permitirle hacer vida de palacio si su madre lo aprobaba. Acababa de aceptar ella, aun sin decirlo, ese vuelo, un largo vuelo que habría de seguir a otros más cortos, como el de Agali. Y aunque sabía que el tiempo transcurre más lento cuando se espera algo de él, Wilya se imaginó regresando a Toletum tras la Pascua, cumplido el primer plazo de su nueva vida, de su hacerse adulto. Y en ese deseo fue venciéndole un sueño más tranquilo, más limpio esta vez de invisibles telarañas y monstruos colgados de las

nubes.

Hermenegildo era tenaz e impulsivo, capaz de pelear sin otro temor que el de no dar la talla exigida al mejor de los guerreros, porque no había miedo en su espíritu cuando se enfrentaba al reto, a la sangre o al dolor. Y se complacía el rey en las virtudes de su primogénito, contemplando los progresos de su adiestramiento, su membrudo cuerpo surcado de sudor y rasgaduras, bendecido por la gloria. Mas, lejos del combate, en el diario discurrir de la vida, el joven no sabía valerse por sí mismo si no hallaba a su lado un apoyo de confianza. Era ésta una opinión, siempre declarada en voz baja, que podía escucharse en muchos labios, entre otros los de la propia Goswinta. A nadie extrañó, por tanto, que, una vez iniciada la formación de los dos nuevos reyes, el mayor exigiera la presencia junto a él de su inseparable Argimundo; por no aburrirse, justificó su demanda, pero no pareció mal a los tutores, si de tal forma se sentía un poco menos incómodo en el sosegado ambiente de las aulas. Y fue esa caprichosa petición de Hermenegildo lo que condujo a Wilya, sin esperarlo, a una educación real, pues Recaredo, con igual derecho que su hermano, obtuvo beneplácito para elegir a su primo como acompañante.

Les exigió Leovigildo generosa entrega al trabajo desde el primer día, puesto que aquellas lecciones no eximían de las que ya cursaban junto al resto de los hijos de la nobleza. Las suplementarias estaban destinadas a un mejor conocimiento del reino y de su legislación, de sus obligaciones como reyes y de la historia de su pueblo. Esta última labor fue encomendada a Galmerico, mientras que Egica se responsabilizó de los aspectos militares.

Y así les habló Galmerico de los abuelos, y de los abuelos de éstos, que llegaron desde las tierras gualdas y verdes del caudaloso Danubius. Y aun de los abuelos más viejos, quienes vivieron al norte junto a las orillas de un mar brumoso y plomizo, tan frío que se congelaban sus aguas en los inviernos más crudos, atrapando en los hielos el movimiento de las olas, de tal modo que sobre aquel suelo de escarcha lisa como piedra podían cabalgar, si querían, los más audaces.

Había sido la nación de los godos, les dijo, un pueblo libre desde que nació, y ningún mortal le había impuesto sus condiciones ni en levante ni en poniente. Combatieron como federados para el Imperio, y en su nombre los visigodos dominaron desde Tolosa las Galias y buena parte de Hispania contra la voluntad de otras naciones menos fuertes.

—Pero ningún reino es permanente sino el de Dios —puntualizó el tutor—, quien adopta a veces decisiones difícilmente comprensibles para los hombres.

Les explicó entonces el implacable acoso de los francos y los burgundios, naciones paganas que habían añadido la herejía trinitaria a sus estandartes, y en qué forma el rey Alarico el Joven fue vencido y muerto en Vogladum por la coalición bárbara, y cómo con él acabó aquel reino de Tolosa, hada de aquello unos setenta años. Tras la derrota llegaron reyes débiles, y sólo la ayuda de sus hermanos ostrogodos vino a salvarlos de una destrucción más que probable, hasta que la mano

firme de Atanagildo devolvió de nuevo el orgullo a la nación. Y tras su muerte vino Liuva, duque entonces de la provincia narbonense.

—Un hombre bueno, bien lo sabéis, y digno de ser amado, que hubo de soportar el hostigamiento de los francos apenas fue elevado en su escudo por la asamblea.

Wilya escuchaba con arrobo las palabras del preceptor, en la seguridad de que cuanto ahora decía se lo estaba dedicando muy especialmente a él. O tal vez era sincero y las buenas cosas que contaba sobre su padre las creían todos en el reino, y aquel hombre idealizado en su corazón había sido en realidad un gran monarca. Pero su nombramiento, según Galmerico, no nació del entusiasmo, sino de un compromiso entre los distintos partidos nobiliarios tras medio año de discusiones y titubeos. Liuva sabía muy bien que su reinado apenas duraría meses si no podía frenar a los francos, quienes cuarenta años atrás habían conquistado la vecina Burgundia, su antigua aliada. Y que ese final significaría la pérdida de buena parte del territorio y un desastre para el reino.

—Los nobles no parecían muy dispuestos a prestarle apoyo a pesar de tan grave riesgo. Por eso Liuva, que a sus muchas virtudes unía la de ser juicioso, llamó a su lado a Leovigildo, por aquel entonces conde de Gerunda, para que, unido al trono, se ocupase del gobierno al sur de los Pyreneos en tanto él combatía a los invasores. Cuando el buen Liuva nos dejó, su hermano fue aclamado como monarca único para convertirse en el más grande de los reyes de la nación visigoda.

—¿Qué parte de razón tienen, sabio Galmerico, aquellos que dicen que mi padre se casó con Goswinta para ayudar a Liuva? —interrumpió Recaredo.

—Nadie es sabio sino Dios, querido hijo, y tan cierto es eso como que nunca faltaron los deslenguados en Toletum. Ninguna concubina se le ha conocido a Leovigildo desde que el Señor llamó a tu madre. Él agradó al Cielo volviendo a tomar esposa, y aplacó a los hombres ganando para su causa a todos los fieles de Atanagildo, que no eran pocos y andaban muy revueltos. Si lo hizo por sostener a su hermano, por amor a una viuda o en favor del reino, sólo él lo sabe, así que pregúntaselo directamente. Los tres son buenos motivos, aunque también pudo pensar en daros una madre necesaria a ti y a Hermenegildo.

Y sin admitir apostillas al respecto, el tutor pasó a narrar las muchas victorias de Leovigildo, y la magnitud de los territorios que gracias a ellas gobernaba. Y les refirió con todo detalle, deteniéndose largamente en cada uno de los pormenores, de qué manera puso fin, una tras otra, a las rebeliones que asolaron las tierras hispanas durante los años en que los godos peleaban entre sí. Frenó primero Leovigildo a los invasores imperiales hasta encerrarlos en la provincia costera que ellos llamaban Spania; devolvió la rebelde Corduba al control de la monarquía; viajó a las tierras astures para domeñar la Sabaria y otras pequeñas naciones, y desde allí a la levantisca y pagana república de Cantabria, cuya capital, Amaia, redujo por la fuerza de las armas, y con ellas dio muerte a todos sus senadores. Regresó después al noroeste y conquistó las tierras de Aregia, y de ellas envió preso hasta Toletum a su rey Aspidius

con toda su familia.

—Ese loco sucio y malhumorado —apuntó Hermenegildo—, que se exhibe por los suburbios tal y como su madre lo trajo al mundo.

Wilya conocía bien a aquel hombre, pues le había visto así, ajustado a la cruel definición de su primo mayor, en más de una ocasión. Y siempre tuvo miedo de él, de su rostro desencajado, de sus ojos confinados en cuencas profundas y oscuras como cuevas. Y de su malévola sonrisa, de su desnudez escarnecida por las pedradas y salivazos de críos y adultos.

—Su alma anda extraviada por la bebida y la demencia tras cinco años de cautiverio. —Por la firmeza de su voz, Galmerico parecía querer zanjar para siempre tales comentarios—. Su esposa, muerta; sus hijos, esclavos y repartidos por distintas casas del reino. Ese hombre ha perdido ya el respeto por sí mismo y por la vida. Pero fue un rey, y nunca debéis olvidar su ejemplo. Dios Nuestro Señor nos da como nos quita, y un rey debe aprender a vivir su destino tanto en la victoria como en la derrota.

La reprimenda del preceptor doblegó cualquier intento de burla, y desde su posición de autoridad robustecida prosiguió la narración de las hazañas del monarca. Había forzado Leovigildo, tras el episodio del aregense Aspidius y un año de victorias en el campo de batalla, la sumisión de Miro, el rey de los suevos. Cumplido este objetivo, atravesó el territorio para marchar al sureste sobre los terratenientes rebeldes de la Orospeda, a quienes ya había metido en cintura el verano previo, para volver a someterlos. Y de tal modo, con la energía de su mano, con la decisión de su voluntad, había pacificado Leovigildo el reino después de años de hostilidades en todas sus fronteras.

—Y cuanto él ganó es lo que ahora tendréis bajo vuestra responsabilidad —señaló a los hermanos—. Un rey ha de conocer bien el espacio sobre el que se extienden su poder y obligaciones. De tal modo que debéis saber, antes que nada, las cinco provincias en que se reparte el reino y la ciudad capital donde residen sus respectivos duques, que son —hizo una seña a Wilya esperando respuesta—, de norte a sur…

—La Galia Narbonense, y Narbona su capital —contestó éste.

Apuntó luego el maestro a Recaredo.

—La Tarraconense y Tarraco —repuso el menor de los hijos del rey.

—Así es. —Y dirigió su dedo a Argimundo.

—La Carthaginense, gobernada desde Toletum.

—Correcto. ¿Y las dos restantes, Hermenegildo?

—La Lusitania, con Emérita de ciudad principal. Y la Betica, que se gobierna desde Hispalis.

Galmerico aprobó con un ademán el resultado de su examen, y se refirió luego a la obligación de estudiar concienzudamente las leyes del reino. Cuando llegase la hora de compartir con su padre el trabajo de gobierno, dijo, y si bien nadie podía sustituir al propio discernimiento, ambos corregentes dispondrían de los siempre

útiles consejeros, cuya experiencia les ayudaría a conocer lo que un rey puede hacer o le está vedado por la ley.

—Un conde ha de conocer bien la ley goda —recalcó—, porque debe juzgar a los godos según la misma. Por esa razón no hallaréis condes fuera de nuestra raza, ya que el resto de la población ignora estas normas. De igual manera, un juez debe aprender la ley romana para decidir sobre los conflictos que hubiera entre los hispanos o galos, y por tal causa encontraréis pocos godos interesados en este cargo. Pero un rey tiene la obligación de estudiar ambas, porque de su juicio depende el bienestar de todos.

—¿Y qué leyes debe conocer el duque, maestro? —se interesó Recaredo.

—El duque gobierna en nombre del rey sobre la provincia entera, pero es su cargo más militar que judicial, y en esa obligación tiene por debajo a condes y jueces. Los podréis hallar, por tanto, de nuestra sangre o de la romana, porque no son expertos en justicia, sino en la guerra. Ahora bien, son muchos los reyes que han salido de entre los duques de raza goda, así que no es mala cosa que conozcan lo legislado para unos y otros.

—¿Y qué he de hacer yo —expuso, dubitativo, Hermenegildo— si algún día soy duque, y al tiempo rey junto a mi padre?

—Serías sólo duque —saltó Recaredo—. No podemos ser reyes hasta que lo acepte el Aula Regia, por mucho que nos tengan por tales.

—Así dice la ley —medió Galmerico—, y eso mismo pasó con vuestro padre, que al ser asociado se le hizo duque de la Carthaginense. No, no sois reyes: Leovigildo es el rey y vosotros habéis quedado unidos a su trono. En su ausencia, vosotros sois él. Allá donde os encontréis, estará Leovigildo si su cuerpo no está presente. Cuando uno de vosotros tenga sed, todos están obligados a saciaros antes que a sus propios hijos; si a un recaudador se le demuestra un robo, podéis decretar su muerte; cuando vuestros duques y condes discutan entre sí sobre el movimiento más conveniente antes de la batalla, siempre tendréis la última palabra.

Los jóvenes escuchaban con embeleso cada vez que el encendido alegato del tutor hada referencia, por somera que fuese, a gestas militares. Como dulces aguijones incrustados bajo la piel, sus palabras avivaban en ellos un orgullo de sangre mamado desde la cuna, evocando la memoria de gloriosos viejos combatientes, de narraciones que hacían aflorar secretos sueños de grandeza forjados en torno a míticos héroes y dioses antiguos.

—Pera un buen rey no es hombre agradado por la fortuna, sino siervo del deber. El manto que Leovigildo lleva sobre sus espaldas parecerá cálido y liviano a cualquiera que ose colocárselo, pero sobre los hombros del rey se convierte en carga yerta y pesada. Nada le ha sido dado de forma gratuita, pues tanto pueden los reyes ennoblecer como deshonrar al pueblo con sus obras, y en sus manos está que su reino sea respetado o no por súbditos y vecinos. Mostrad la humildad suficiente para escuchar y aprender, aplicad el juicio debido para decidir según la ley, manifestad el valor y la inteligencia necesarios para resultar decisivos en la guerra. Si así os

comportáis, cuando vuestro padre sea llamado a reunirse con Dios Nuestro Señor, tened por seguro que la nación goda ya os habrá elegido como reyes en su corazón.

Wilya asistía encandilado a estas sesiones, sumándose siempre a las enseñanzas de Galmerico con una afición que le resultaba nueva y sorprendente cada día. A menudo soñaba despierto durante la lección para verse sentado en el trono imponente de Leovigildo. No creía irrespetuoso soñar algo así: al fin y al cabo, era hijo de Liuva, y podía considerarse de igual rango que sus propios primos. Imaginaba entonces qué habría de hacer él con un reino como aquél y lo orgulloso que se sentiría su padre al verle allí, gardingo entre los gardingos, mirando de frente al orgulloso Imperio, a los salvajes francos, a los opulentos e insidiosos señores. Se evaporaba luego ese sueño, y descendía de pronto su pensamiento al mundo concreto posándose, leve como humo, sobre la última frase del viejo preceptor o junto a la pregunta de cualquiera de sus compañeros. No de cualquiera, en realidad. Él mismo, animado quizá por el derecho que parecía otorgarle su sangre real, se atrevía a intervenir discretamente en contadas circunstancias, pero Argimundo nunca abría la boca por propia iniciativa y siempre se dibujaba en ella una callada sonrisa, dulce, casi beatífica bajo el arco protector de su noble frente.

Por fin consiguió Wilya correr entre las picas en quince palmadas de Badwila, y sin caerse. Fue una tarde fresca y nubosa que dedicó a este empeño mientras sus amigos visitaban los lagares para, una vez cocido el mosto, presenciar el trasiego del vino a los toneles y estrenar su gusto nuevo. Estaba eufórico, convencido de mejorar inmediatamente su carrera, ansioso por repetir la experiencia, y así se lo expresó al gigante, quien, satisfecho por la proeza, le había premiado con un cachete de felicitación en el cogote.

—No te dejes engañar por una conquista —aconsejó éste—. La victoria es como una mujer: cuando crees tenerla a mano te pides más y más a ti mismo, hasta que te agotas. Disfrútala ahora, y piensa que la próxima vez irá mejor. Sin prisa, hasta que seas capaz de conocer cuáles son tus límites, hasta dónde puede responder tu cuerpo.

—Estoy seguro de que lo haré antes de irme a Agali.

—¿Qué se te ha perdido entre los monjes? —Badwila torció el gesto.

—Sólo voy a aprender. Para Pascua estaré de vuelta.

—Allí no aprenderás sino rezos y fábulas, y con tanta genuflexión perderás lo que tu cuerpo está ganando a costa de esfuerzo.

—No pienso dejar mis ejercicios —aseguró.

—¡Bah! No lo piensas ahora, pero allí te cambiarán los pensamientos. —El herrero parecía irritado por la noticia—. Esa gente es muy sagaz. Condenan la brujería, pero la practican a diario. Estoy seguro de que trabajan con los espíritus, de que sus casas y sus iglesias están llenas de espectros a su servicio. Prométeme que llevarás algo de hierro contigo para protegerte. Yo mismo te lo prepararé.

Le resultaba cómica esa desmesurada indignación, tan infundado desbarro en la protesta de su amigo. Hasta que cayó en la cuenta de que la actitud de Badwila

escondía tal vez falta de confianza, una oculta sospecha de haber perdido su tiempo intentando enderezar a un caprichoso que, finalmente, iba a darle la espalda para dedicarse a menesteres eclesiásticos. La seguridad del reciente triunfo sobre sí mismo le movió a posar su mano en aquel grandioso brazo, y por vez primera no tuvo la impresión de estar tocando un longevo y recio tronco de nogal, sino carnadura palpitante traicionada por el abandono de una amistad. Como si ya hubiese empezado a ser un hombre, como lo diría si fuera un hombre, le pidió que mantuviese su confianza en él, pues nada deseaba más que ser un buen guerrero. Y que ninguno de los mensajes que escuchase en Agali ni los demonios que por allí pudiera haber escondidos le iban a cambiar en su propósito.

—Y ahora —exigió como colofón a su sincero parlamento—, déjate de enfados y cumple tu promesa.

—¿Qué promesa? —replicó Badwila, desconcertado, aunque más allá de sus ojos translúcidos se adivinaba un reflejo de esperanza por cuanto acababa de oír.

—Dijiste que cuando corriera las lanzas en quince palmadas responderías a mis preguntas. Háblame de la espada de Tyz.

El herrero soltó una carcajada que hizo temblar los recipientes en sus nichos. Le extendió luego afectuosamente su brazo sobre los hombros y, a su modo, con ese tono de voz entre adormecido y misterioso que adoptaba cada vez que decidía aventurarse en terrenos delicados, se dispuso a cumplir con su palabra. Así, le explicó cómo los enanos que después forjaron la cadena para el lobo Fenris habían armado también la mano de Tyz con la llamada Tyzfingir, una espada tan poderosa como merece un dios, aunque tras quedar manco cedió su acero a los hombres para que lo adorasen. En realidad, siguiendo la aplastante lógica de Badwila, no tenía ninguna necesidad de ella, al menos hasta el día de la batalla final que habrá de enfrentar a los dioses buenos con los malvados.

—Después de esa batalla, en la que perecerán todos los dioses, acabará nuestro mundo y dará comienzo otro, cuya faz desconocemos absolutamente.

—Y si mueren todos —repuso él alarmado—, ¿qué será de los hombres?

—Los habrá que caigan en la pelea y otros que, tal vez, puedan ver el alba del nuevo mundo. Nada dice al respecto nuestra tradición, pero ésa es otra parte de la historia. Me has preguntado por Tyzfingir, así que te diré que un día fue robada del templo que la cobijaba, y que muchos hombres, durante muchas generaciones, la han buscado en vano.

Según Badwila, hubo gente antigua que dijo haberla visto, y que contó sobre sus misteriosos hallazgos y desapariciones. Para algunos, el cónsul romano Vitelius fue de los que dio milagrosamente con ella, y su poder le hizo emperador tras la muerte de Galba; otros, por el contrario, referían que el propio Vitelius cayó bajo su implacable filo. Hubo quien dijo que el huno Atila salió de su madriguera en los infiernos a orillas del Danubius, donde halló el acero de Tyz, y con él en su mano aterrorizó a Roma, mientras que no faltaban quienes juraron que el propio Atila fue

degollado por su sagrada hoja, empuñada por una princesa vengadora.

Wilya no alcanzaba a entender, por encima de las provechosas y atinadas palabras del experto herrero, por qué secreto motivo habrían de morir todos los dioses si eran buenos, ni de qué manera servían al beneficio de los hombres los dioses muertos. Y así se lo dijo.

—Pregúntale eso a los clérigos con los que te vas a vivir —repuso Badwila, apoyándose en un gesto cómplice de su índice—. ¿Acaso no adoran también ellos a un dios condenado y muerto?

—Sí, pero Cristo resucitó después.

—Lo dicen ellos. Nadie niega que pueda resucitar también Tyz, y con él los otros once buenos dioses, una vez empiece a vislumbrarse el próximo mundo.

—Nadie lo sabe, según tú.

—Como nadie sabe si resucitó ese crucificado.

—Está en las Escrituras. Yo lo he leído.

—¡Lo has leído! Pones tu confianza en lo que afirman otros, en los cuentos que gentes extrañas dicen haber vivido.

—Es lo que tú haces con Tyz, y con ese Guodan y su caballo. Hay muchos que creen en las Escrituras.

Badwila se alzó sobre sus pies enormes, su figura un poco más encogida que de costumbre, aunque no menos terrible. Wilya temía que, de un momento a otro, el herrero giraría hacia él con un poderoso grito de furia, pero, por el contrario, avanzó unos pasos hasta el fuego y agitó las brasas con unas tenazas como si buscase en ellas argumentos que no era capaz de hallar en otro sitio. El gigante escondía en sus labios el signo de una derrota, y en sus ojos chisporroteaban amargas sensaciones que parecían querer salpicar al proyectarse sobre la lumbre. Era como un ejército asediado en un recinto sin salida, o quizá es que se consideraba el último animal de una especie destinada al matarife. Y no parecía haber modo de menguar la distancia que de repente se había abierto entre ambos.

—Yo no creo sino en lo que he visto. —Irguió por fin su espalda, de forma que tapizaba ahora con su cuerpo el espacio completo del horno, toda su perspectiva, en un contraluz que hacía de él una formidable silueta de bordes incandescentes. Y su voz tenía la fuerza de trueno del primer día—. Tyz está vivo, y lo estará hasta que llegue la fecha de la última batalla. No todos pueden decir lo mismo de sus dioses.

Y, aunque esta vez sin sentarse, regresó de nuevo al poyete con la decisión de zanjar la incómoda disputa.

—¿Sigues practicando con el martillo?

—A diario.

—Ya sabes: hasta que no sientas tus músculos.

—Tengo ampollas en los dedos. —Se los mostró como prueba—. Muchas mañanas apenas puedo escribir.

—Cuando alcances la dureza suficiente podrás hacer delicados juegos de manos

si lo deseas. —Badwila trazó un giro cómico con su brazo para ilustrar la broma, y ambos rieron con sincera espontaneidad—. Y ahora regresa a casa, pero no olvides pasar por aquí antes de irte a Agali. Recuerda que sólo al hierro tienen miedo los espíritus.

Se despidió con renovado optimismo tras los tensos momentos que había vivido con Badwila. Allí, entre los muros de la fragua, quedaba encerrado para siempre el mal rato de su desesperanza, de su absoluta aunque infundada certeza de que aquella relación más o menos perfecta quedaría definitivamente rota por el ridículo empeño en expresar sus dudas. No se arrepentía ahora de haberlo hecho, de haber sido capaz de mostrar sus opiniones con igual audacia que lo haría un adulto, y la última reacción de su amigo venía a demostrar que aquella tarde, y en contra de sus iniciales sospechas, se habían hecho más fuertes los lazos que les unían. Y con esa particular alegría vibrándole en el pecho tomó el camino habitual de retorno, pero no para ir a casa, sino para detenerse al poco tras el escorial, allí donde la vista desde el taller no podía alcanzarle, donde ninguna mirada solía asentarse nunca, y menos a esas horas. Desde su escondrijo vigiló el edificio, casi disuelto ya en la penumbra del cárdeno ocaso, aguardando la salida del herrero. Se demoró éste, ocupado quizá en silenciosas labores allí dentro, y en esa larga espera Wilya pudo reflexionar sobre sus intenciones, acerca de su decisión de seguirle aquella noche y averiguar, por fin, dónde vivía. Aunque no era Badwila, en este caso, sino un involuntario guía hasta su objetivo, un obligado mediador entre el insólito cosquilleo que le alborotaba por dentro y la causa que lo producía, que no era otra que Hilde. Nunca le había corroído una curiosidad parecida, ese ardor que le llegaba a veces como aire gratificante y otras como ahogo, sin pausa razonable entre ambos efectos, sin explicación tampoco para el motivo de reacciones tan enfrentadas cada vez que pensaba en ella.

Era ese inconfesado sentimiento un verdadero enjambre sin control, nacido sin saber cómo, que se agrandaba a diario y le tenía atrapado desde dentro. Le hacía feliz, a veces, pensar en ello; se sentía, las más, como un pájaro arrojado al fondo de una jaula, y soportaba esa congoja con dolor verdadero, igual que si le hubiesen arrebatado parte del propio cuerpo. Buscaba un antídoto contra tan impreciso y dulce veneno, y sabía que tenía que verla de nuevo, que sólo así podría liberarse del ahogo, o tal vez aumentar su confusión.

Apenas quedaba luz cuando Badwila salió de la fragua. Parecía una silueta de cíclope gateando a través de las sombras, aunque, y a pesar de su tamaño, difícilmente distinguible. Corrió tras él con el mayor cuidado por no hacer ruido, y la distancia entre ambos se fue agrandando a cada paso. Se maldecía por su corto trotecillo entre las piedras, envidioso de las firmes zancadas del herrero por un camino que aquél conocía, sin duda, a ojos cerrados. Pudo mantenerlo a la vista, no obstante, hasta que su corpachón atravesó la poterna del norte, aún abierta. Cuando Wilya logró alcanzar aquella salida, ningún movimiento denunciaba ya vida extramuros más allá de los ladridos de perros emboscados en los callejones y de las

flemáticas aguas del Tagus, brunas o lechosas según antojo de la luna menguante que no lograba escapar del todo de entre las nubes.

Egica, el conde palatino, tenía fama de buen guerrero. Lo había sido, al menos, en sus mejores años, antes de que la podagra acabase con la agilidad de sus piernas y le hiciera hombre inservible para la vida militar y para algunos otros menesteres. Había perdido un ojo durante la guerra civil, pero esa desgracia no lo impidió seguir combatiendo hasta que el mal de sus extremidades le retiró definitivamente de los campos de batalla. Sus méritos personales, las nobles raíces de su familia vinculada a Goswinta y la fidelidad demostrada a Leovigildo desde que fuera elegido rey, le habían valido un cargo de confianza que él, a pesar de sus achaques, ejercía con la mejor de las dignidades. No era ésa, sin embargo, su principal fama entre los adolescentes palaciegos, sino el hecho de tener tres hijas, las hermanas de Nantila, que desataban la imaginación del más indiferente tanto entre jóvenes como entre los más talludos. Por tal motivo, aunque con la excusa de no obligar al conde a penosos desplazamientos que minasen su delicada salud, se celebraban las sesiones de formación militar en casa del propio Egica. Podían de ese modo los educandos vigilar el paso breve de las doncellas por patios y pasillos, y solazar así, entre teoría y teoría, sus ojos glotones de carnales experiencias.

Se esforzaba Egica por hacer comprender a sus cuatro pupilos la estructura de una unidad del ejército, desde el milenario hasta el guerrero. Y parecían entenderlo, aunque algunos nombres se les atravesaban en la lengua.

—Dispone el milenario mando sobre mil hombres —repetía el instructor—. Y están repartidos éstos en dos cantidades iguales de quinientos cada una, cuyo jefe directo es…

—El quinquiginta… —balbucía Argimundo, y Egica golpeaba malhumorado con su bastón sobre la mesa, entre disimuladas risillas de los compañeros.

—¡Quingentario, demonios! Si quinientos hombres son una quingentena, su jefe directo es el quingentario. ¿Quién habrá de ser entonces el que manda a cien hombres, a una centena?

—El centenario —dijo Hermenegildo.

—Naturalmente. Y los decanos, ¿cuántos guerreros tienen a su cargo, Recaredo?

—Diez, maestro, como su nombre indica.

—Prestad atención ahora, porque lo que os preguntaré requiere mucho cálculo.

Hubo un movimiento de complicidad entre los chicos, un cruce de miradas que indicaba la presencia de una de las jovencitas en el corredor de enfrente, más allá de la ventana. Y hacia allí se desviaron los cuatro pares de ojos. Y aunque la mirada de Wilya iba con las otras, era sólo un artificio para no ser considerado raro, pues, a pesar de reconocer el hechizo de aquel cuerpo que se sentaba enfrente buscando el sol tibio de la mañana, su pensamiento estaba más en la imagen de Hilde que en cualquier otro interés femenino.

—Decidme, pues, cuántos mandos tiene un ejército de mil hombres.

Discurrió Wilya mientras sus compañeros se removían como lagartijas inquietas en el banco. Egica les contemplaba con gesto de desprecio por su ajetreo, por su falta de concentración y su escaso interés en materias de tanta enjundia. Ni siquiera el feroz aspecto que le infería la cicatriz que cruzaba su rostro y la amoratada carne en la cuenca del ojo vado lograba imponer la necesaria sumisión en sus pupilos. Respetó, a pesar de todo, el paso de un tiempo prudencial antes de atacar de nuevo con su pregunta, aunque lo hizo ahora con un grito.

—¡Responde, Hermenegildo, a tan simple asunto!

El aludido quedó mudo, con la boca abierta, como si acabara de incorporarse y nada conociera de lo allí tratado. Y bastó con ese grito para que todos regresaran desde su éxodo fantasioso a la dura realidad. Tampoco Argimundo supo contestar y, entretanto dudaba éste, Wilya dibujó a Recaredo una cifra sobre la mesa, un dibujo inexistente, marcado por el movimiento de su dedo en la madera, pero tan claro para su primo que cuando Egica pronunció su nombre, respondió sin dudar.

—Ciento trece, maestro.

—Excelente discurrir, Recaredo. Ciento trece son. Explica a tus compañeros el motivo de tal número.

No pudo Recaredo cumplir tan complejo encargo ante el estupor del conde, quien, finalmente, decidió pasar el turno.

—Acaso lo sepas tú, ¿verdad, Wilya?

—Ciento trece, como bien ha indicado Recaredo, y que corresponden a cien decanos, diez centenarios, dos quingentarios y un milenario. El ejército que dices tiene, por tanto, mil ciento trece hombres si sumamos jefes y milicia.

Egica alabó la exposición antes de conceder un descanso a mentes tan ligeras y tan poco sólidas en los deberes de gobierno, momento que aprovecharon los chicos para correr hasta el ventanal y contemplar sin cortapisas a la muchacha. Ésta, al sentirse observada con semejante descaro, abandonó su asiento y pasó de nuevo al interior, a esconderse de tantos ojos y de tanto deseo acumulado en ellos. Recaredo aprovechó la desaparición de la joven para agradecer la ayuda de su primo con un fuerte apretón de mano.

—No podía explicarte los detalles con signos en el aire —se excusó éste entre risas.

—Ni lo habría entendido, porque yo mismo estaba en el aire, con mirada y pensamiento puestos en aquella cara bonita. No existía para mí otra cosa, y menos aún las preguntas en la voz iracunda de su padre.

Tras el reposo, hubo una llamada de atención del instructor para que no olvidasen nunca los consejos que de su boca iban a escuchar. Eran esas recomendaciones, aclaró, de igual valor que una ley que correctamente cumplida habría de salvarles el pescuezo en momentos difíciles y concederles, además, la victoria en el combate.

—Ablandad, pues, vuestras orejas y dejad que la experiencia os muestre lo más necesario para la guerra.

Lo primero que el conde palatino quiso dejar claro es que, antes que armas, pertrechos o cualquier otra impedimenta, resultaba vital garantizar el abastecimiento de las tropas. Si los hombres, dijo, carecen de unas buenas gachas o de un trago, cuando menos de agua, su moral, por recia que sea, acabará por los suelos, y si tal circunstancia se alarga en exceso, convertirá al ejército en roca de barro que se hace polvo con un simple pisotón. E igual sucedía con las bestias, tanto de carga como de combate, ya que sin alimento se tornaban bravías, ensimismadas e ingobernables como primer anuncio de la enfermedad y la muerte.

—Muchas veces, el valor es capaz de suplir todas las carencias, pero no se puede dejar todo en manos de Dios durante excesivo tiempo. Por la tripa asoma la derrota.

Una carcajada unánime respondió a la sentencia. Todos sabían que precisamente por la tripa le había llegado su derrota a quien con tal ahínco les instaba a ser vigilantes; en su caso, no tanto por defecto como por exceso, pues si de algún vicio podía ser acusado públicamente el bueno de Egica, ése era la gula. Y a su pecado achacaban los físicos el mal que atormentaba sus piernas y le había retirado años atrás de la milicia y de cualquier actividad que no fuera un plácido reposo entre sangrías y cataplasmas. La lengua y la cabeza, por el contrario, le habían quedado a salvo de toda dolencia, aunque sus charlas, tenidas entre los adultos por doctas y experimentadas, quedasen muy lejos de aquellos oídos juveniles, más interesados en las prácticas y el adiestramiento que en sesudas peroratas.

—¿Una tripa llena es la mitad de la victoria? —La maliciosa pregunta de Recaredo provocó una nueva risotada en los compañeros y una iracunda mueca en Egica que hizo de su único ojo una brasa candente.

—No seáis necios. Probad a estar tres días sin beber y conoceréis lo que es tortura.

—¿Y cómo asegurar el abastecimiento? —se interesó Hermenegildo—. ¿Qué hacer en caso de privación?

—El duque, o el propio rey, si es él quien dirige la empresa, debe vigilar muy de cerca que las cosas vayan según se ha previsto. La campaña mejor planeada se desmorona por la incompetencia o la rapiña de los funcionarios malogrando todo proyecto. Y si es muy prolongada, puede conducir a la ruina del pueblo. Sabed que allí donde se asienta un ejército todos tratan de obtener beneficio y suben sus precios buscando enriquecerse. Hasta las prostitutas lo hacen.

Risillas cómplices, miradas subrepticias entre los jóvenes acogieron la última frase del conde, que no se dio por vencido.

—Reíos, pero esa carestía empobrece a muchas familias hasta llevarlas al hambre, la esclavitud o la muerte. Por eso, y también por evitar la molicie, no debe un ejército asentarse prolongadamente, sino moverse con frecuencia. Y si hay penuria, Hermenegildo, mejor buscar en los almacenes del enemigo que en los propios.

Pero ni Hermenegildo ni sus amigos escuchaban ya, con sus miradas perdidas otra vez, ahora en el patio, siguiendo un nuevo paseo de la hija del instructor. Egica

meneó la cabeza con gesto de derrota, dispuesto a dar por concluida la jornada sin mucha confianza de su provecho en caletres tan poco consistentes. Y, desde luego, con la tajante decisión de cambiar en lo sucesivo la sede de sus lecciones, aun a costa de sus maltrechas piernas.

Caminaban hacia extramuros gozando de un limpio sol que, sin molestia de nubes, templaba agradablemente una mañana nacida fría. Recaredo y Wilya seguían el calmoso paso de Galmerico con divertidos comentarios sobre ausentes y paseantes, y recibiendo las necesarias amonestaciones del clérigo cuando sus palabras excedían los límites del decoro o la piedad. Muy particularmente recriminaba el sacerdote aquellas chanzas referidas a Egica, de quien hizo un entusiasta elogio como hombre versado en las artes de la guerra, instando a ambos a prestarle la mayor atención, pues si bien la naturaleza le había retirado algunas de sus bendiciones, la buena escuela que guardaba en su memoria podía contarse entre las más valiosas del reino.

Entre consejos y sermones, y una vez dejada atrás la iglesia principal de Santa María, tomaron hacia poniente por una calle recta y empinada, y a Wilya le preocupó el trayecto que se abría ante ellos. Nunca había estado por allí. Advertido por Orosia desde niño, mantuvo siempre la distancia con aquellos andurriales y sus gentes. Con dócil obediencia había respetado ese deseo, la virtuosa voluntad de una madre, así que ahora lo observaba todo alrededor con una mezcla de aprensión y de curiosidad que no se atrevía a traducir en palabras por miedo a la burla de sus compañeros de paseo, que se adentraban en aquel barrio con toda naturalidad y sin que ninguna prevención se adivinase en sus semblantes.

Nada por allí era diferente a lo ya conocido por él en Toletum: una red de callejas salpicadas de tenderetes a medio recoger o aperos desordenados entre montones de basura, pobres chozas junto a edificios más que dignos con parras en los muros y humeantes toberas que ofrecían igual olor a leña que las del resto de la ciudad. Los mismos perros y gallinas, aunque no se veían cerdos. Y también eran sus pobladores iguales a los de las otras calles, más tostados quizá, de piel más parecida al ocre que dejaba ver el río en sus riberas durante los veranos secos. Nada realmente distinto, hasta llegar a una plazuela en la que se alzaba lo que parecía ser un templo, un edificio pequeño y muy cuidado en cuyo muro frontal distinguió algo que le llamó la atención, un signo tallado en la piedra que no había visto nunca. Preguntó al sacerdote sobre el significado de esa extraña figura junto a la puerta de la iglesia, y al hacerlo no pudo evitar un estremecimiento, admirado de que su voz sonase en aquel lugar prohibido. Recaredo soltó una carcajada, y le secundó Galmerico con una discreta sonrisa.

—No es iglesia —dijo el joven rey—, sino sinagoga, el templo de los judíos.

—Ese emblema representa su fe —abundó el clérigo—. Lo llaman *menorah* y, si te fijas bien, es un candil con siete brazos. Así entienden ellos la luz; de Dios, y la muestran en su templo para que todos puedan verla, de igual modo que los herejes romanos marcan sus puertas con el crismón de Constantino.

—Algo así deberíamos hacer con nuestras iglesias —reflexionó en voz alta Recaredo—, que no tienen ningún signo que las distinga de las otras.

—Esa es, precisamente, la diferencia —apuntó Galmerico sin mostrar orgullo, desde la modestia—. El símbolo de la fe no necesita ser esculpido en la paredes, pues se lleva en el corazón. Pero no es exactamente como dices, porque algunos de nuestros templos tienen el signo de la cruz.

—¿A qué venimos por aquí? —Wilya se atrevió por fin a hacer la pregunta que le inquietaba.

—De visita, ya os dije. —El maestro reanudó el paso.

Enseguida se detuvieron frente a una ancha puerta. Pertenecía a una mansión que, aparentemente, nada tenía que envidiar a las mejores del centro de la ciudad. Cuando traspasaron el umbral hacia la sombra del pórtico interior, él creyó transgredir la frontera de un mundo para entrar en otro insospechado, y al avanzar sobre aquellas desgastadas losas le pareció estar cumpliendo una más de sus obligadas decisiones de hombre. Sabía, según trazaba cada uno de sus pasos, que igual regusto debió de quedarle en la boca la primera vez que escapó de la mano de su madre para andar solo y acabar, acaso, estrellado contra el suelo.

En el piso principal fueron recibidos por un hombre de aspecto distinguido, maduro, alto y magro, de piel algo menos oscura que la tierra a orillas del Tagus. Abrazó primero a Galmerico para saludar después con deferencia a sus dos compañeros. Dijo llamarse Yamin Benaser y estar muy honrado de recibir en su casa a los hijos de dos reyes. Les animó luego a acomodarse sobre un montón de suaves y coloridos cojines esparcidos por el suelo, y varias sirvientas dispusieron agua fresca y unas bandejas de fruta al alcance de los invitados. Galmerico y Recaredo aceptaron la ofrenda con distinta mesura y apetito, pero ése era un paso demasiado largo para Wilya, y la cortés propuesta de Yamin para que participase de la colación no lograba romper su inflexible abstinencia.

—¿No es *kosher*, verdad? —interrogó Galmerico al hebreo.

—¿Habría yo de haceros algo así? —respondió éste.

—Ya lo has oído, Wilya. —El sacerdote le mostró la manzana que acababa de morder—. No son alimentos *kosher*, no están preparados según el rito hebreo. Puedes comer de ellos sin prevención.

Pero no era *kosher* o no *kosher* lo que le preocupaba. Ningún sentido tenía para él esa palabra que nunca hasta entonces había escuchado, y poco le importaba en qué consistían los ritos referidos por Galmerico. Temía explicarse con franqueza por no ofender aquella hospitalidad, y no podía, por otro lado, dejar de atender a la severa prohibición de Orosia, a su orden tajante de no compartir jamás, sino a riesgo de ser tenido por impío, una comida con gentes de aquella raza.

El clérigo acudió en su ayuda para dar cuenta al anfitrión de las circunstancias.

—Su madre es del dogma romano —dijo.

—No somos muy queridos para ellos. —Yamin lo comentó sin amargura, como

quien admite la evidencia del día o de la noche—. Pero, si te sirve de consuelo, comprobarás que yo no pruebo bocado, de modo que ningún alimento compartimos si yo ayuno. Aun así, me molestaría verte incómodo en mi hogar. Complácete, por tanto, según gustes, sin temor a que yo me tome por ofensa lo que libremente decidas.

Con esa prueba de hospitalidad, aquel hombre pareció liberarse de cualquier compromiso respecto a los escrúpulos de sus visitantes y se dedicó por completo a Galmerico:

—Y ahora, mi buen amigo, vayamos a lo que os ha traído aquí. Sin necesidad, por cierto, ya que te lo podría haber hecho llegar igual que otras veces, ahorrándote tan largo paseo.

Yamin hizo un ademán y dedicó una frase en lengua extraña a una de las siervas, que abandonó la estancia. Al poco, se presentó ante ellos un chico de edad similar a los otros, flaco como una espiga, de ojos parecidos a brillantes cuervos y un devoto respeto en sus movimientos.

—Itzak Benyamin. —Se admiró Galmerico mientras el muchacho ponía un bolsón en sus manos—. Creces como las cepas entibadas. Pronto sobrepasarás a tu padre.

—Que así lo quiera el Inefable —subrayó Yamin con orgullo—. Ya es un hombre. Le llevaré conmigo en el próximo viaje, tras el invierno, para que vaya conociendo el mundo que habrá de pisar en el futuro.

—Mundo revuelto, me temo —acotó el clérigo, al tiempo que intentaba abrir el saco, aunque una emoción nerviosa dirigía sus dedos y le complicaba el trabajo.

—Mundo difícil, amigo, muy difícil. Por tierra y por mar es preciso vivir siempre alerta, sin plegar los párpados del todo.

Por fin pudo Galmerico deshacer los nudos del costal, y quedó fascinado por su contenido.

—*¡Retórica!* —gritó al descifrar el primer título—. Y duplicada. —Acogió ambos códices contra su pecho—. Dios te guarde, Yamin, aunque me temo que te habrás gastado una fortuna.

—Más pagas hoy por un tomo que por una reata de esclavos. Todo lo escaso es caro, buen Galmerico. No hay copistas suficientes ni en Alexandria ni en Constantinopolis para llenar ese vacío. Y en ciertos sitios el tráfico de libros es ilegal, tan ilícito que puede costarte la vida.

Asombrados al oír de tan legendarias ciudades, los chicos parecieron conjurarse contra todo protocolo para acosar al mercader con una interminable sucesión de preguntas. Y la obligada cortesía para con la curiosidad de los jóvenes invitados dio paso luego a un largo y animado parlamento a cargo del hebreo en el que, de tarde en tarde, intervenía su hijo para devolverle a la memoria algún detalle omitido y que él conocía por anteriores narraciones. Así, con su voz perfecta de contador de historias, les habló Yamin de la capital del Imperio, y de las riquezas y la magnificencia que allí había visto, y de muchos hechos excelentes o repulsivos que entre sus inexpugnables

murallas había vivido o escuchado. Y les hizo viajar más tarde, sin que sus cuerpos tuvieran necesidad de moverse de la molicie del almohadón, hasta otras ciudades y lugares conocidos en sus pasos sobre la polvorienta tierra y a bordo de la madera húmeda y quejumbrosa de los barcos. Mas, sobre todas ellas, sobre cualquier lugar del mundo, Yamin dijo amar Alexandria, el reino del sol puro y de la luz más limpia y hermosa que nunca había visto.

En un momento de aquella mágica travesía, Wilya se sorprendió a sí mismo robando con disimulo una uva de la bandeja, llevándosela a reventar en la boca y degustando el dulce jugo que le culebreaba lentamente por la garganta. Más tarde, en un breve respiro de su viaje imaginario, y sin saber bien el tiempo que pudiera haber pasado desde aquel primer desliz, descubrió con no poco estupor que desgranaba un racimo entre los dedos.

—Y allí precisamente, en Alexandria, conseguí esos tomos que ahora son tuyos, Galmerico —apuntó el hebreo a modo de conclusión.

Tras una larguísima y afable despedida, y después de recibir la sincera invitación de Yamin a cuantas visitas deseasen, Wilya cargó el bolsón de los libros sobre su hombro sano y regresaron los tres hacia el corazón de la ciudad dejando atrás el territorio proscrito por Orosia. Quedaba allí no sólo un universo de maravillosas historias por escuchar, sino la violación de una promesa largamente respetada. Y junto a la amarga huella de esa falta, el regusto de las uvas le traía a Wilya el sabor de una victoria titubeante, el oculto placer de haber hecho, en definitiva, su callada y terca voluntad.

Fue un paseo bien distinto al de ida. Los chicos asaeteaban ahora a Galmerico con una cuestión tras otra sobre los mil asuntos que venían de oír, y apenas podía el clérigo responder a unas pocas de ellas. Preguntó Wilya si las palabras dichas por Yamin a sus sirvientes eran en lengua hebrea.

—Así ha de ser —respondió el sacerdote—. Aunque es un lenguaje que yo desconozco, aparte de unas pocas palabras.

—Digo yo —apuntó Recaredo como expresándolo para sí— si no será esa la lengua de Dios, pues fue la que habló Jesucristo.

—La de Dios es lengua que no pueden hablar los hombres. —Se tornó algo severa la cara del maestro—. Algunos, muy pocos, son capaces de entenderla, pero nadie sino Dios la habla.

Y pensó Wilya que era este un mundo más que extraño si a Tyz había que verle con los ojos de dentro y a Dios se le escuchaba en una lengua que nadie era capaz de hablar. Pero se lo calló.

Ya en palacio, y desligado Recaredo de su compañía, siguió, bolsa al hombro, la marcha de Galmerico por salas, patios y corredores. Mientras subían, bajaban y volvían a subir estrechos peldaños, cavilaba sobre el peso de los libros, que no desmerecía al de las armas, felicitándose al tiempo de que su brazo derecho tuviese el vigor suficiente como para no suplicar un descanso. Recorrieron así espacios y

recovecos nunca pisados por él hasta dar por fin con un salón en la parte más alta de la torre oriental cuyo acceso estaba custodiado por un bostezante guardia.

Una vez en el interior, sus ojos quedaron atrapados por la perspectiva que ofrecían los ventanales. Observó atónito la nítida traza de la muralla, que abrazaba aquel abigarrado dibujo de luces y sombras entrecruzadas donde se imponía la sobresaliente solidez de los templos. Y el meollo del barrio noble con la techumbre de su propia casa, la residencia episcopal y la envidiable estatura de la iglesia de Santa María junto a la barriada de los funcionarios, el arrabal de los comerciantes y artesanos, y el mismísimo suburbio de los hebreos que acababan de visitar.

Desde aquellos miradores azotados por un viento perezoso se contemplaba un inacabable horizonte de colores tendidos hacia el infinito y una perspectiva desconocida de la ciudad, igual que si uno fuera alirrojo volando sobre sus tejados y no hombre. Las atalayas erigidas en los cerros al otro lado del Tagus parecían quedar casi al alcance de la mano, y el río mismo se mostraba ahora más largo y majestuoso a sus pies.

—Por allá está Agali —señaló Galmerico, resollando aún por el esfuerzo, hacia un punto perdido por el camino del cementerio—. Y aquí, la biblioteca. —Extendió el brazo para llamar la atención de Wilya, y éste reparó en lo que hasta ese momento había permanecido oculto a su mirada, invisible por la demoledora fuerza de atracción del paisaje.

Tres de las cuatro paredes estaban colmadas de repisas, aparadores abiertos en su mayoría, entornados otros, y muebles de recia hechura que servían de nidal a innumerables volúmenes, todos diferentes en tamaño y de variable espesor. Había por allí, incluso, viejos cilindros de metal o de madera, apilados en lo que parecía responder a un cierto criterio. Y una larga mesa junto a las ventanas del oeste. Sobre ella, y con la ayuda del clérigo, devolvió la libertad a los códices encerrados en el saco.

—*La guerra de Hispania*, de Aulus Hirtius. —Exhibió Galmerico el primero de ellos, el más pequeño, antes de colocarlo junto a otros en un estante—. Fue lugarteniente de Julio César, y un buen escritor que nos dejó sus recuerdos, o lo escuchado de otros, sobre las guerras en esta tierra. Lo que prueba, hijo, que en nada está reñido el saber con el arrojo, según tantas veces os repito.

Pasó después el clérigo hasta la pared opuesta para abrir un gran armario que lanzaba dolientes crujidos con el movimiento de sus puertas y se ofreció repleto de ejemplares. Hizo un hueco a su altura en la parte más accesible para acomodar allí el segundo de los libros traídos desde Alexandria por Yamin Benaser.

—Es un ejemplar raro, muy especial —le explicó después de haberlo puesto a buen recaudo—. Lo escribió Marcus Verrius Flaccus, un gramático que debió de vivir en los años de Cristo, pues dicen de él que murió cuando Tiberio dominaba el mundo. Tuvo este hombre, entre otras responsabilidades, la de educar a los nietos de Augusto. En ese volumen desvela el significado de cada palabra de la lengua latina. Por eso lo

llamó *El orden de las palabras*.

—¿Están todos esos libros escritos por manos tan viejas? —se interesó Wilya, con no poco recelo en su tono.

—No estos mismos que ahora vemos. Aunque resulte difícil de creer en los días que vivimos, hay quienes siguen copiando aquellas obras que una vez escribieron ciertos hombres, y las salvan así de la muerte de sus autores. Merced a ellos podemos conocer los pensamientos más antiguos, del mismo modo que si nos hablase aquí delante un ser de los tiempos remotos. Mira, si no, estos otros. —Mostró Galmerico la pareja de tomos duplicados—. Son una traducción, pero el original lo escribió nada menos que Aristóteles. Ya os he hablado de él.

—Sí, un griego, como los de Constantinopolis y los de Carthagine.

—¡Un griego! —exclamó, defraudado, el clérigo—. ¿Un griego? Nada tiene que ver con los que ahora pueblan Constantinopolis, y mucho menos con los de Carthagine, porque no hay en esta ciudad sino mercenarios alistados en el ejército imperial que si chapurrean el griego o el latín es por casualidad. Aristóteles es distinto, mucho más antiguo, más grande que todos ellos juntos.

Y pensó él, sin darse una respuesta, si los hombres y los pueblos podrían mudar tanto al cabo de los años, o si sería que el paso del tiempo hacía ver siempre a los antiguos de forma diferente a la que éstos eran vistos por sus contemporáneos. Y así, tal vez, sus virtudes o sus defectos se hagan más grandes o pequeños mirados desde tan lejos, igual que sucedía con Toletum contemplado desde aquella torre.

—¿Tan distinto como los judíos de antes, los que mataron a Cristo, y los de ahora, como Yamin e Itzak?

Guardó Galmerico uno de los ejemplares de *Retórica* en el mismo armario y miró después al chico con indulgencia, dejando al margen su reciente corajina.

—No son los hebreos el problema, Wilya —explicó entre chasquidos de su lengua reseca por la caminata—, sino cómo los reciben los demás. Y no nos dejó dicho Cristo que les odiásemos, ni que odiásemos a ningún pueblo en su nombre, sino que todos son de igual valor a los ojos del Altísimo. Así enseñó el buen Arrio la sagrada palabra cuando los godos éramos todavía una nación pagana.

—¿Y por qué los otros cristianos, los que se dicen a sí mismos católicos a pesar de seguir la herejía trinitaria romana, como mi madre, no escuchan esas palabras de igual manera?

—A cada cual le marca el Señor su senda, hijo, y obligación de todos es respetar las ajenas y no obligar a los demás a pasear por la propia. Te queda algo por ver.

El preceptor hizo una seña para que siguiera sus pasos y se encaminó a un portillo junto a las estanterías, una entrada que apenas podía ser distinguida entre tanto mueble. Empujó sobre ella y, sin necesidad de gran esfuerzo, se batió la hoja hacia el interior de otra sala, muy estrecha y sin más luminaria que un agujero diminuto en el oblicuo techo desde donde reptaba una mancha de musgo hacia el interior. Un vez dentro, le invitó a acercarse hasta una de las paredes, henchida de documentos,

códices y legajos.

—Aquí tienes las leyes de nuestra nación, escritas también por manos antiguas, por nuestros primeros reyes, y reformadas luego según fuimos creciendo. Y junto a ellas, las de los romanos, por las que se juzga al resto del reino.

Al penetrar en tal angostura le invadió un estremecimiento que sobrepasaba en mucho la veneración miedosa que le imponían las iglesias o el repeluzno de las tumbas de santos sobre las que habían acostado su carne inválida. Creyó ver allí, y no era con los ojos, la quieta presencia de muchos muertos, la mirada más tenebrosa de la historia, el hálito frío de la voluntad de los hombres, más evidente y efectiva, por cercana, que la de cualquier dios.

—Es ahí donde dice que mi padre y mi madre no podían casarse —habló en un susurro, tan rígido como aterido estaba su cuerpo.

—Ahí está escrito, sí. Fue Alarico el Joven, aquel que cayó en Vogladum, el que dictó pena de muerte para quienes, siendo de distinta raza, se desposasen. Aunque no inventó nada, se limitó a tomar para nosotros las leyes recibidas de Roma.

—No es una buena ley.

En un gesto de intimidad nada habitual, Galmerico le amparó tiernamente con su brazo para conducirle fuera de aquel severo aposento. Y él se preguntó desconcertado qué raros afectos escondía aquel hombre en su interior si tan pronto abofeteaba como estrujaba con paternal cordialidad. Tal vez era también demasiado joven para alcanzar a comprender eso.

—Conozco tu historia, hijo, la conozco bien. Y sé que la vives con pesar, como si pusieses en duda la legitimidad de tu propia existencia. Pero piensa que si hubieran de desaparecer de la tierra todos los nacidos fuera del santo matrimonio, se vendrían abajo las naciones. Por otra parte, no eres del todo justo, porque no ha sido nuestra ley el único obstáculo para el desposorio de tus padres. La fe romana prohíbe igualmente los casamientos fuera de su religión, así que no era una, sino dos las murallas que se alzaban entre Liuva y Orosia.

Él estaba convencido de que el amor de su madre habría superado la muralla de la fe de no existir nada más que ese obstáculo. Ella misma le había revelado que su pasión iba más allá de los límites impuestos por su secta. Y así, con parecida contundencia, se lo expuso a Galmerico.

—Nada es perfecto sino Dios —reflexionó éste—, así que tampoco lo son las leyes de los hombres. Pero es que, además, hacemos de la hipocresía norma de vida, aceptando el concubinato o el pecado de la carne en cualquier lecho, sean ellas nobles, esclavas, hebreas o romanas, y negando al mismo tiempo la unión de esa sangre en el matrimonio. Y no lo digo sólo por nosotros, los godos. Mira a los trinitarios: sus obispos exigen a gritos el absurdo celibato de sus clérigos mientras muchos de ellos engordan su caterva de mantenidas. Pero Leovigildo acabará con ello, al menos en lo que a la legislación toca.

—Dijiste que un rey debe someterse a la ley. ¿Acaso puede él borrar lo escrito por

otros?

—No se trata de borrar, sino de modificar. De igual modo que reformas una casa desde dentro apuntalando muros, restaurando vigas o enjalbegando paredes sin necesidad de derribarla entera, puede un rey hacer bueno lo que tiene defecto, corrigiendo cuantas cosas hayan quedado viejas en nuestros códigos. Y es deseo de Leovigildo legislar para todos, que cada cual se someta a la misma ley sin distinción de razas o credos. Por tal motivo ha asociado a sus hijos, para dedicarse a esa reflexión en el futuro y que ellos se ocupen de otros menesteres. Compartir el poder es inteligente, pero hay que ser muy fuerte para eso. —Le extendió el segundo ejemplar de *Retórica*—. Anda, devuelve este libro a la bolsa porque le espera el mismo camino que a ti.

—¿Agali?

—Para su biblioteca. Te hice subir para que comprendas algo de lo que allí encontrarás. Aquello no es sólo un monasterio de gente que reza, para que me entiendas. Hay entre sus muros el triple de libros o más que en esta torre. Conseguir dos ejemplares de una misma obra es una rara casualidad, así que repartiremos a Aristóteles entre Toletum y Agali. Puedes creerme o no, pero aquél es, probablemente, el lugar donde más volúmenes juntos puedas ver en toda Hispania. No hay muchos parecidos, si exceptuamos algunas capitales de las provincias y, tal vez, Servitanum.

Jamás había oído hablar de tal sitio, y se lo dijo.

—Cae cerca de Arcavica, en la Celtiberia, a unas ciento cincuenta millas de aquí remontando el Tagus. Lo levantaron hace más de treinta años unos monjes venidos de África que huían de vándalos e imperiales. Donatus era su prior, e hizo cargar desde tan lejanas tierras una biblioteca entera. Aunque ya murió aquel hombre, y ahora su puesto lo ocupa un tal Eutropius.

—¿Son de fe romana?

—Lo son, pero eso no importa cuando hablamos de libros, Wilya.

AGALI

Agali, finales de otoño de 578

Como tendido bajo el sol declinante, el monasterio reposaba en una suave y sonrosada loma de arcillas y arenisca, encajado su perfil entre huertas nutridas por regatos que fluían sin prisa, casi resbalando, hacia el encuentro lejano de su morir, del ahora invisible Tagus.

Wilya observaba el paisaje amodorrado por el monótono zarandeo de la carreta, si bien, de tarde en tarde, el brinco de las ruedas sobre cualquier piedra hallada en el sendero le devolvía de inmediato la enojosa sensación de tener que saldar una apuesta perdida, de cumplir con la parte más ingrata de un pacto. También Orosia daba sus cabezadas entre comentario y comentario, y otro tanto los tres siervos que les habían acompañado, éstos en completo silencio desde que salieron de la ciudad excepto para responder a las demandas de su dueña. Callaba igualmente Galmerico, como lo había hecho durante la mayor parte del trayecto, intentando a duras penas ajustar las magras y lampiñas piernas al lomo de su mula, protegiendo en lo posible su pellejo antiguo de las frías rachas de viento, evitando malgastar palabras que ese mismo céfiro se encargaba de esconder en algún recodo del camino cuando se había atrevido a pronunciarlas.

Traqueteó luego el carromato con algo más de armonía, con un balanceo aflautado en los ejes al lamer el pavimento de lo que alguna vez fuera mullido y verde patio de una villa romana, convertido ahora por el descuido en seca alfombra de matojos y cardos esqueléticos. Un grupo de solícitos monjes vino en ayuda de los siervos para descargar el equipaje mientras el resto de la comitiva ganaba el interior del edificio en compañía de otro religioso, pequeño y dinámico, en cuyos cabellos crecidos y recatada tonsura se observaba el canon del credo godo aunque él nada tuviera que ver con esta raza.

En el instante de franquear el portón, y como un rito necesario, Wilya se palpó el pecho y le tranquilizó comprobar a través de la ropa que en su cuello seguía anudado el medallón de hierro negro que le había preparado Badwila. Escudriñó, no obstante, los rincones en las altas paredes, por si hubiera espíritus allí, emboscados entre los ángulos ocultos de las vigas o en la perfecta geometría de las telarañas, a la espera de arrojarse sobre el primer desprevenido y ensañarse con él. Pero no los vio; acaso se mostraban en formas distintas a las esperadas, en engañosas apariencias, según le había anunciado el buen herrero. Sí que descubrió, en cambio, un aroma a sabina recién cortada que, como lluvia incorpórea, caía desde las traviesas del techo, aún supurantes de un cierto hálito de vida. Y el roce de su mano en el muro desveló que los espesos bloques de arenisca guardaban, todavía frescos, la aristada rúbrica del cincel sobre su superficie.

Se desplazaron a través de un laberinto de gélidos pasillos donde la respiración se hada vaho espeso al besar el aire, y siempre tras los pasos cortos y saltarines del guía, que al caminar inclinaba de un lado al otro la cabeza en un vaivén risible. Alcanzaron, por fin, una holgada escalera protegida por balaustradas de piedra que les llevó al piso superior. El monje dio dos golpes casi inaudibles en una puerta y la abrió sin aguardar respuesta para cederles el paso y despedirse de ellos sin franquearla. Dentro esperaba el abad, un hombre tan pequeño e insignificante que parecía hermano de quien les había conducido hasta allí, y cuyo nombre no fue capaz de memorizar Wilya, ni de recordar luego una vez abandonó aquella sala.

Durante la audiencia, Orosia expuso lo que esperaba de Agali para su hijo, una educación que le hiciese digno de Dios. Secundó el abad sus esperanzas con el argumento de que era Dios quien elegía a los suyos, si bien ofreció todas las garantías de que su retoño sería instruido allí como el más cristiano de los nobles. Galmerico sugirió en ese momento la posibilidad de que el muchacho lo acompañase fuera para que ellos pudiesen hablar con mayor desenvoltura, lo que a todos pareció una buena idea, y muy especialmente a Wilya que, si bien por respeto se reservó su alborozo, halló en aquella propuesta la inesperada y gratísima redención de tan envarada coyuntura.

El maestro parecía moverse con habilidad de explorador entre aquellos muros, y Wilya supuso que no era la primera vez que sus viejas sandalias pisaban el recinto. Enseguida le anunció que se dirigían a la biblioteca, y fue mostrándole de paso, sin apenas detenerse, los lugares que durante su estancia habría de ir conociendo más a fondo. El recinto estaba integrado por varios edificios, y en el más antiguo de ellos, aquel que acogía la biblioteca y algunas de las salas principales, fue donde Atanagildo fundó el primer monasterio apoyándose en las ruinosas paredes de una villa de su propiedad. Había, además, otros dos inmuebles de construcción posterior dedicados a dormitorios y zonas comunes, aparte de la iglesia y las casuchas de sirvientes que se extendían, junto a corrales, talleres, granjas y almacenes, a lo largo de los límites de las huertas. Se consideraba también propiedad del monasterio una ermita, a un cuarto de milla de allí ascendiendo el altozano, donde los residentes de fe romana tenían por costumbre practicar su liturgia.

Tras cruzar un claustro tapizado de altos árboles cobrizos, llegaron hasta un nuevo pórtico del que, como en goteo, salían algunos clérigos en dirección al refectorio que ellos acababan de dejar atrás.

—Van en busca de la cena, antes de la última oración del día —apuntó Galmerico —. Encontraremos a Koenraad ahí arriba. Él no es monje y lleva su propia disciplina.

Se extrañó Wilya de un nombre tan poco usual, y Galmerico celebró con una risa entre dientes su desconcierto antes de explicarle que se trataba de un nombre ostrogodo.

—Atanagildo le eligió como bibliotecario al pensar en su monasterio, y ahí sigue desde entonces. Un gran hombre, a quien Dios ha dotado con la virtud de la

sabiduría.

—Sólo Dios es sabio, según dijiste.

—Sólo Dios posee la sabiduría —refunfuñó el sacerdote, congelada su risilla en la boca—, y la reparte entre los hombres virtuosos como le viene en gana. Koenraad lo es, así que deja de jugar a atraparme en el cepo de mis propias palabras.

Su cara se asemejaba al cuero antiguo, tersa hasta en las arrugas que marcaban las cuencas de los ojos y los pliegues junto a la nariz, y coronada por una frente sin barrera de pelo hasta la crisma. Los lacios cabellos que aún conservaba, hebras de un blanco más lechoso que las del propio Galmerico, le caían sobre la nuca atados por una cinta. Estaba sentado, con las enjutas manos entre el regazo y la silla parda, tan vieja como aquel rostro que parecía escrutar el infinito a través de una mirada sin brillo, casi opaca.

—Gloria al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo —saludó Galmerico.

—Que sean por siempre glorificados —repuso Koenraad, y fueron a fundirse en un abrazo.

Al verlos así abrazados, Wilya quiso creer que allí, junto al caritativo calor de la lumbre, se reencontraban dos almas de un antiguo y único pueblo, y que en ese sincero saludo entre el este y el oeste quedaba la nación goda unida en una misma historia, en una sola fe.

Los dos ancianos conversaron en voz queda sobre asuntos que no pudo escuchar. Galmerico entregó luego a su amigo el libro que había obtenido del hebreo Yamin Benaser, y ambos lo celebraron con mesurados aunque satisfechos cuchicheos. Sólo después de esa prolongada charla se permitió Koenraad dirigirle sus ojos minúsculos como de hurón, aunque bien sabía él que aquel hombre no había dejado de observarle desde que entró en la sala por mucho que su vista simulara interesarse en otras cosas. Les invitó entonces el ostrogodo a tomar asiento junto al hogar, y a partir de ahí enmudeció Galmerico de tal forma que pronto pareció no existir, como si Koenraad y Wilya estuvieran solos frente a frente, con el reflejo de las llamas haciendo juegos de penumbra en sus rostros. Enseguida demostró el bibliotecario conocer su historia, su corta y malhadada historia.

—Galmerico me mandó llamar para que te examinase. —Su voz tenía el efecto pastoso y agotado de la mucha edad y de la ausencia de bastantes dientes—. Te vi a los pocos días del percance, pero tú no puedes recordarme, claro. No creo que recuerdes nada de aquello.

—¿Eres físico?

Tosió Koenraad en un ataque repentino, nervioso, que sonaba flojo y sin aliento. Aún tardó Wilya en darse cuenta de que no era tos, sino risa.

—Eso dicen, pero mi ciencia es muy limitada —masculló al fin—. Todavía no me están permitidos los milagros. Bastante con que pude mantenerte vivo.

Nadie le había contado lo que le debía a aquel desconocido. Y ahora, al saberlo, al enfrentarse a quien imaginaba responsable último de su precario futuro, no tenía muy

claro si debía guardarle gratitud por haber salvado su vida o un eterno desprecio por obligarle a vivir con aquella tara el resto de sus días.

—Pensarás que soy cruel por hablarte así. —El ostrogodo le miraba muy fijamente—. Los años te enseñan, y aprendes que la vida no es un lecho nupcial. Cuando llegas a esta edad, te maldices por los momentos que has dilapidado, por anegar caminos que un día fueron posibles, por los ridículos miedos y las ilusiones desterradas. He perdido demasiadas cosas, y siempre por falsa compasión, así que no la esperes de mí.

Abrumado por la aspereza de aquel hombre, Wilya no tenía valor para responder, por mucho que ese parloteo le causase no poca pesadumbre y una decepcionante inquietud. Y desde aquel mismo momento decidió que, si ésa había de ser su vida en Agali, sometido a sermones de viejos ufanos de los sinsabores de su experiencia, no iba a durar mucho en tan desagradable encierro.

—Te hablaré claro. —Koenraad se incorporó para acercar su cuerpo encorvado, sus manos huesudas, a la lumbre—. Ha pasado mucho tiempo y no imaginaba que tu estado fuese tan precario. Tu defecto te impide ser guerrero o sacerdote. Tampoco creo que te conformes con arrastrar tu nobleza al servicio de algún funcionario rapaz o cualquier obispo lujurioso.

Él necesitaba algún auxilio, al menos una respuesta por parte de su preceptor a tan ácido e injustificado dictamen, pero éste asistía a la conversación con venerable complacencia, acurrucado en su sitial, la mirada confundida en el universo crepitante del hogar.

—Dice Galmerico que tienes aptitudes para el conocimiento. Y eso, siendo además quien eres, te puede abrir las puertas de palacio, incluso convertirte en un gardingo. Porque es lo que deseas, ¿no es así?

Wilya contestó con un tímido meneo de cabeza que pretendía ser una afirmación. Y el viejo lo tomó como licencia para seguir explayándose:

—Pues no llega a gardingo sólo quien combate por el rey con las armas en la mano, sino el que gana su confianza en cualquier menester. Y tampoco es la inteligencia un mal aliado de la nación.

Koenraad señaló hacia el interior, obligándole a dirigir la vista hacia donde apuntaba su dedo, a una sala sometida ya a los dominios de la noche y cuyos perfiles apenas podían adivinarse al fondo de una ceñida arcada.

—Ahí dentro te harás un lugar, moldearás tu espíritu, aprenderás cosas que muy pocos tienen la oportunidad siquiera de imaginar. Lo que hayas de ser, lo empezarás a ser entre esas paredes, y te aseguro que ellas no saben distinguir entre un esclavo y el hijo de un rey.

Aquellas últimas palabras de Koenraad le acompañaron durante largo tiempo, bastante más del que su madre y Galmerico habían necesitado para desaparecer de Agali la mañana siguiente de su llegada. Y con la única compañía de su soledad en un espacio tan ajeno y declaradamente hostil, se juró pasar la prueba con la mejor

dignidad de que fuera capaz.

Savinus se llamaba su educador, un sacerdote trinitario más que maduro, lustroso como odre recién colmado, de sonrisa abierta y una tonsura que le ocupaba casi todo el cráneo. Emitía una especie de canturreo al hablar, una monótona salmodia no del todo ingrata a los oídos, y sus primeras palabras quisieron ser de aliento al advertir la tímida inferioridad de su nuevo discípulo. Le condujo directamente hasta aquella sala que Koenraad, entre siniestras opacidades, le había mostrado la víspera, y una vez franqueó la puerta, supo que nada tenía que temer de ese lugar, y que Galmerico no había exagerado un ápice cuando se refirió a sus virtudes. Era un espacio más amplio que el comedor palatino de Toletum, aunque mucho más luminoso, con al menos una docena de grandes ventanales a lo largo de su perímetro y mesas corridas al amparo de su luz, salpicadas todas de clérigos lectores o escribanos en una labor de la que no parecían dispuestos a distraerse salvo para curiosear el paso del foráneo. Y al descarado interés de alguno de ellos por observar con expresión espantadiza la cicatriz de su rostro, su brazo colgante, él respondió con un pendenciero gruñido de burla que no pasó inadvertido al resto.

—No les prestes atención —aconsejó Savinus—. Algunos llevan años sin ver gente nueva. Mira, ésta es la parte principal de la biblioteca, el corazón de Agali por así decirlo —explicó con meridiano deleite, como saboreando la primera de sus lecciones—. Pero guardamos muchos más documentos en cámaras anejas.

Entre detalle y detalle en boca del preceptor, pasearon por la zona central, donde Savinus mostró un alto mueble de madera atestado de libros y le puso al tanto de su distribución según las materias que trataban.

—Aquí se reúnen los de la Gramática, aquellos que nos aconsejan y conducen por el bello arte de leer, y de su mano podemos frecuentar las normas de la escritura. Ellos son el origen de todo, al fin y al cabo, pues nada obtendríamos de la sabiduría si no dominásemos primero estas dos artes. Por lo que me han informado, ya las conoces.

—Sí la lectura —aceptó con orgullo, para atenuar luego la voz—. Pero escribir me cuesta más.

—Todo exige esfuerzo, hijo; hasta nacer es penoso desde que nuestros primeros padres cayeron en pecado. Voluntad de Dios. —Se desplazó hasta un estante vecino —. Observa bien estos anaqueles porque tendrás que familiarizarte con ellos. Encontrarás aquí los estudios de Retórica para el arte del bien hablar, y ahí detrás, al otro lado del mueble, los de Armonía, que nos enseñan a conocer la métrica de la poesía y a modular la voz según los acentos del verso. Si quieres buscar entre los secretos y las partes en que se dividen los números, debes abrir aquellas puertas y hallarás los estudios de la Aritmética.

Como el maligno efecto de una pócima recién bebida, Wilya sintió una suerte de mareo que a duras penas pudo disimular. Desfallecimiento derivado de tanto nombre insólito, pero también de pensar en cómo haría para aprender lo que ese hombre

quería que aprendiese, y del olor húmedo y ácido que todo lo dominaba y parecía estar pegado a la madera y a la piedra de aquel grandísimo recinto.

—Más allá, al final del pasillo, podrás aprenderlo todo sobre los argumentos en disputa y el modo de defender tus propias convicciones si te sientes con fuerzas para entrar en los dominios de la Dialéctica.

Avanzaron siguiendo la larga hilera de aparadores hasta pasar frente a uno de los rincones donde ardía un pródigo fuego, en torno al cual se concentraba un mayor número de monjes. Según Savinus, cada uno de los cuatro rincones acogía un hogar, y cuando el invierno asomaba su fea cara, se convertían de inmediato en los lugares más concurridos de la biblioteca.

—Pero no debes sentarte donde gustes, Wilya. Los más viejos tienen su espacio, y cada banco está hecho ya a su posadera, o al revés si lo prefieres. Estudia bien los hábitos de cada cual antes de elegir tu sitio, y si alguien te lo demandase, cédelo con humildad.

Toda una fila de irregular mobiliario ocupaba el mundo complejo de la Filosofía, y hasta allí llegaron para circundarla y alcanzar la cara occidental de la sala, más umbrosa y menos concurrida.

—Guardamos aquí los viejos ejemplares de la Geometría, la ciencia que nos permite comprender la medición de la tierra y de las líneas, y a su lado la siempre admirable Astronomía, por la que nos creemos capaces de estudiar las costumbres de los cuerpos celestes. Hay otras muchas materias, ciencias y artes aquí guardadas, pero tiempo habrá para que las vayas conociendo.

Una voz sobresalió entre el monótono murmullo de las lecturas, una voz que parecía venir del otro lado del mamparo de madera y dirigida, sin duda, a ellos. Una voz clara y firme, plena de entusiasmo:

—Has comprado libros y llenado estantes, ¡oh, amante de las musas! ¿Significa eso que ya eres sabio? Si compras hoy cuerdas para instrumentos, plectro y lira, ¿crees que mañana será tuyo el reino de la música?

Sonrió Savinus y ambos se asomaron a la esquina del armario en busca del recitante. Un chico les observaba desde su mesa, un muchacho de edad parecida a la de Hermenegildo o Argimundo, pensó Wilya, aunque en su estatura no debía de levantar mucho más que él. Hispano por sus formas, tez y vestimenta, también sonreía, y había en su gesto una fuerza agreste mezclada con un soplo de inocencia.

—Décimus Magnus Ausonius —sentenció Savinus.

El joven aprobó el acierto con un guiño, y el maestro aprovechó para ilustrar a Wilya sobre el autor del poema.

—Ausonius fue un poeta galorromano. Magnífico, tal vez el último de los grandes poetas, aunque a veces se olvida de lo que reclaman las leyes del pudor y emplea con excesiva libertad sus imágenes y descripciones. En este caso, nos presenta una interesante reflexión, y es que no se adquiere la sabiduría en el mercado, que de nada sirve poseer todos estos libros si uno no es capaz de aprender en ellos. Y

este joven, que tan lúcidamente lo cita, es Isidorus.

El educador hizo las presentaciones, y antes de que Wilya pudiese formular una frase de cortesía, el joven exclamó extrañado:

—¿Un rubio en la biblioteca?

—Muy raro, sí —admitió Savinus—. No se ven muchos por aquí y, desde luego, ninguno en edad tan tierna.

Se levantó Isidorus para saludarle, momento que aprovechó el mentor para despedirse.

—Tiempo hay para que sigamos la instrucción —dijo—. Por ahora, bueno será que conozcas la experiencia que un aprendiz como Isidorus tiene de Agali.

Sin más explicaciones, Savinus se alejó de su compañía y ambos quedaron solos cara a cara.

—La llamada de la cocina —bromeó Isidorus, señalando a su estómago—. Lo suele hacer con frecuencia a lo largo del día. ¿De dónde vienes?

—De Toletum, ¿y tú?

—En Hispalis nací y de allí vine.

—¿Y qué haces aquí, tan lejos de los tuyos?

—Llevo algo más de un año en Agali.

La frase de Isidorus arrancó un soplido de admiración de los labios de Wilya.

—Sí, mucho tiempo —aceptó aquél—. Allí es diferente, ¿sabes? Todo es más cálido, y no sólo porque tenga a los míos alrededor. Pero aquí hay obras que nunca podría leer en mi patria.

—¿Serás abogado, o escribano?

—Seré sacerdote cuando alcance la edad, y si Dios Nuestro Señor lo quiere.

—¿Como Savinus? Quiero decir…

—Católico.

—Del dogma godo, entonces.

—No. Católico. Del credo romano.

—Sólo somos católicos los de la religión goda.

Isidoras cabeceó en un mohín que dejaba ver a las claras su nula inclinación a una controversia de ese género, una disputa en la que el propio Wilya no se hallaba demasiado cómodo. Le hizo luego un sitio junto a él ante la mesa que ocupaba frente al ventanal. Desde allí podían verse los terruños cercanos y la contumaz labor de sirvientes y bestias, porfiando por fijar en ellos las cicatrices del arado.

—Es norma aquí no abrir debates teológicos —dijo el hispalense—, ni aceptarlos si alguien los inicia. No sé tú, pero yo soy ave de paso en este lugar, y mejor será que respetemos la costumbre para dedicarnos a lo que nos ha traído hasta Agali. Pero no vayas a pensar por ello que tengo prevenciones contra los de tu raza, sino al contrario. Cuando antes hice esa observación sobre lo excepcional de ver a un godo en la biblioteca no hubo en mí ningún ánimo escondido más allá de la sorpresa.

—Mejor así —repuso él sin demasiada convicción.

—¿No me crees? —Apoyó aquél los codos sobre la mesa, inclinando su cuerpo hacia delante en un gesto de cercanía—. Sois un pueblo muy antiguo que viene desde Magog, el nieto de Noé, tal y como explican las Sagradas Escrituras, pues Noé tuvo a Jafet y éste a Magog.

Comenzó Isidorus una narración que mantuvo boquiabierto a Wilya durante un buen rato, porque a nadie antes había escuchado contar tales cosas y con tanto colorido. Dijo que el nombre de los godos significaba fortaleza, y con toda justicia, ya que no hubo en todo el orbe una nación que hostigara a Roma del modo que lo hicieron ellos. Y que Alexander el Grande los temía tanto como Pirro o César. Contó luego de qué modo llegaron los godos a Tesalia para ayudar a Pompeyo contra el propio César, y que años más tarde devastaron Grecia, Macedonia, el Ponto, Asia e Iliria. Refirió historias de Atanarico, el primero de sus reyes, y cómo habían llegado después a la Tracia para derrotar al emperador Valente y firmar más tarde la paz con Teodosio el Hispano.

—Te habrán hablado de Alarico —inquirió.

—Claro. Murió en Vogladum —replicó él, recordando las lecciones de Galmerico.

—Me refiero a Alarico el Viejo. —Y prosiguió el hispalense al ver su cara de extrañeza—: Vivió muchos años antes. Fue el primero que venció a Roma, y para conseguirlo hizo uso no sólo de su valor y de su fuerza, sino de su inteligencia. ¿Sabes quién fue Odiseo?

—Un griego que entró en Troya escondido en un caballo de madera —repuso, bien seguro ahora.

—Eso cuentan, y se le tiene, por ese y por otros hechos, entre los grandes héroes antiguos. Alarico superó su hazaña, pues si poderosa era Troya, más lo era Roma, y empleó parecida estratagema para atravesar sus inexpugnables murallas.

—¿Con un caballo de madera?

—Ni siquiera eso necesitó. Tras un largo asedio, convencido de que nunca rendiría la ciudad, anunció al Senado que se retiraba, y como muestra de sumisión entregó trescientos esclavos a los patricios romanos. Levantó luego su campamento y se fue, y creyeron todos tras los muros que lo habían vencido. Esos esclavos eran jóvenes guerreros de su ejército, tan jóvenes que aún no tenían vello en la cara, como tú o como yo, pero de demostrado valor. Un día convenido previamente, cuando ya el asedio era nada más que un antiguo recuerdo para los romanos, los jóvenes acudieron a una de las puertas, eliminaron a los guardias y dejaron paso a Alarico y a unos pocos de sus hombres. Así acabó con la ciudad más poderosa de la tierra.

Wilya estaba absorto en las historias de Isidorus, tanto por el conocimiento que éste demostraba como por la pasión que ponía al contarlas. Pensaba por un instante que el pregonado afecto por su raza habría de ser sincero, y al momento siguiente le llegaba la duda de si el mucho conocer trae afecto o no. El buen cazador, cavilaba, conoce bien las formas, las conductas de sus presas, y no deja por ello de darles

muerte.

—No te extrañe que tenga admiración por tu pueblo y sus empresas —acotó el hispalense en una pausa de su discurso—. Tanto la tuya como la mía son dos viejas razas, pues los hispanos también venimos de Noé, como única posibilidad después de ser la tierra víctima del diluvio de Dios por los pecados de los hombres. Túbal, uno de sus nietos, es nuestro antepasado, e Hispano nuestro primer rey, que fundó y dio nombre a Hispalis, de donde nos llega Hispania.

—Todas esas cosas, ¿las has aprendido en estos libros?

—En los libros está contada casi toda la historia del mundo y son los mejores maestros para la vida, pero me queda mucho por leer, si es que Dios Nuestro Señor me da años suficientes. La mayoría de lo que sé sobre vosotros, de mi padre Severianus lo aprendí. Y desde muy pequeño, ya que me privó el Altísimo de su afecto y sabiduría cuando yo apenas contaba siete años.

Estuvo a punto de decirle que a edad parecida perdió también él al suyo, pero una suerte de timidez ante la locuacidad de aquel joven desconocido selló sus labios.

—En toda mi familia hay simpatía por vuestra causa. Por eso escaparon de Carthagine cuando cayó en manos de los imperiales para buscar refugio en la corte de Atanagildo en Hispalis. Aunque también esto lo supe de su boca, porque sucedió antes de que yo naciera.

La compañía de Savinus, y en menor medida la de Isidoras, se le hizo habitual y casi única durante las primeras semanas en Agali. Cicerón, Aristóteles y Agustín de Hippona dejaron de ser vagas referencias para, a través de sus obras y de la mano del mentor, convertirse en personajes casi vivos todas las mañanas antes del almuerzo, mientras que las horas vespertinas quedaban dedicadas a pulir hasta donde fuera posible las lagunas de la escritura.

Quedaba liberado, no obstante, de las labores propias de monjes y novicios, aunque no de sus ritmos horarios. Tampoco compartía el dormitorio común de los aprendices, pues contaba para sí con una habitación en la cara norte del mismo edificio de la biblioteca, una gélida sala en la que sólo recibía la visita de los últimos murciélagos del otoño y tan estrecha que el más bajo de sus esclavos la consideraría humillante. El refectorio, donde tenía reservado un puesto cerca del abad, era el único lugar de coincidencia con el resto de la congregación. Aunque en absoluto consideraba Wilya tal honor como un trance placentero, sino al contrario, porque desde el primer momento se supo objeto de chismosa vigilancia por parte de los comensales, lo que contribuyó a un aislamiento voluntario que fue creciendo con el paso de los días.

Si bien, de tarde en tarde, participaba de algunos actos colectivos en la iglesia, sus largos ratos de libertad estaban dedicados a ensayar por su cuenta la lectura o a mejorar la habilidad de su mano útil sobre la pizarra. Con el recuerdo siempre en sus gentes de Toletum, se ensimismaba a veces frente al ventanuco de la minúscula celda observando los quehaceres de labriegos y pastores bajo el manto gris de los primeros

nubarrones del invierno, y entre esos recuerdos crecía el de Hilde por encima de los otros con su mágica mixtura de dulzor y de nostalgia. Enseguida apreció un elemento común en aquel paisaje que contemplaba a diario antes del desayuno, y era la larga hilera de monjes trinitarios que ascendía lentamente hasta la ermita para los oficios matutinos; los había entre ellos de todas las edades, y su regreso al monasterio marcaba por lo general la hora de comienzo de sus lecciones. No olvidaba, sin embargo, la promesa hecha a Badwila de mantener sus ejercicios, y acudía a menudo hasta las lindes de un bosquecillo próximo para forzar las piernas en una carrera quebrada entre los árboles, imaginando las animosas palmadas del herrero a sus espaldas. Tampoco dejó de practicar un solo día con el martillo, y su brazo derecho parecía agradecérselo.

En estos esfuerzos estaba cuando le avisaron de que Koenraad quería verle. Era la primera vez, desde el día de su llegada, que aquel hombre mostraba algún interés por él, y ya casi había olvidado que el viejo formase parte de Agali. Vivía éste en el mismo lugar donde se produjo su encuentro, junto a la biblioteca, aunque en una sala eficazmente recogida y lejos de la actividad, una habitación algo más templada que las otras gracias a un espléndido fuego que ahora crepitaba en el hogar. Su mobiliario se reducía a un camastro, una pequeña mesa y un asiento de madera y cinchas de cuero; una repisa empotrada en el muro y apenas cubierta por un apolillado cortinaje completaba la dotación, más cercana a la celda privada de uno de aquellos monjes que a la residencia de un funcionario real.

Sin mayores preámbulos, se interesó Koenraad por su formación, y él respondió con inseguridad y titubeo, sensaciones bien anidadas en su cabeza y que venían a resumir su pensamiento ante el mundo que allí se le ofrecía, demasiado vasto para sus ojos y entendederas.

—Dime, ¿quién te educa?

—Savinus.

—Buen hombre. Amable y paciente. Por lo demás, domina bien los secretos de la Gramática. Pertenece a una familia patricia de Cesaraugusta y su hermano Vicentius es obispo trinitario de la ciudad, según he oído. Cicerón es su estandarte, la estética su virtud y la gula su defecto.

—Pero es de dogma romano.

—Así lo decidió tu madre. La educación de los menores queda en manos de la fe que elijan los padres. No sólo hay herejes trinitarios en Agali, muchos por cierto. Tenemos también colaboradores hebreos que ayudan en las traducciones, aunque raramente los verás porque viven en edificio aparte y, en cuanto a la educación de sus vástagos, prefieren vigilarla personalmente y nunca la ponen en manos de extraños a su raza.

Calló Koenraad por un instante, sopesando el efecto de sus palabras en un interlocutor que no parecía encontrar consuelo en tales argumentos.

—Deja de alarmarte por asuntos de teología —añadió ante su silencio—, si es que

eso te preocupa.

—No entiendo de teologías, pero me han enseñado a honrar la fe de mi padre.

—Una aceptable respuesta cuando faltan convicciones propias. Nadie ataca a la fe goda aquí dentro porque es norma no debatir, aunque los herejes romanos, en su afán de ganar prosélitos, sean menos dados a respetarla. Tampoco es una mera costumbre en pro de la buena convivencia, pues aquí se viene a trabajar, y sería una pérdida de tiempo dedicarse a la discusión y no a la labor que nos da sentido.

—Ya me advirtió de ello Isidorus.

—¿Conociste al de Hispalis? Es muy joven, pero inteligente. Su padre era un alto funcionario que escapó de Carthagine cuando los imperiales ocuparon la ciudad.

—Me lo contó.

—¿Y también te contó que el noble Severianus ha engendrado una familia de clérigos? Leander, el hermano mayor de Isidorus, es obispo de los suyos en Hispalis, y los demás llevan caminos parecidos.

—También él quiere ser sacerdote. Parece afable y dice admirar a nuestra raza.

—Ese mozuelo conoce la historia de los godos mejor que la mayoría de los propios godos; desde luego, hay muy pocos que la conozcan como él.

—Le hizo gracia verme por la biblioteca. Dice que no es frecuente encontrar allí a uno de los nuestros.

Se rascó el viejo lo que le quedaba de barba. Con escaso interés, como si el desordenado movimiento de sus dedos fuese una argucia para centrar un pensamiento.

—Tal vez se hayan olvidado ya de mí —admitió al fin con cierta pesadumbre—. Hace mucho que no piso aquellas losas, pero no es fácil convencer a este cuerpo de que se aleje del amor de la lumbre. Por cierto, te observé desde la ventana. Trotabas igual que un jumento entre los árboles y golpeabas luego a la tierra como si te hubiese hecho algún mal.

Wilya le expuso los motivos de su conducta, que no eran otros sino recuperar en cuanto fuese posible su cuerpo disminuido y así poder seguir soñando su sueño de guerrero. Y aunque aquella confesión podría haber sido motivo de rubor ante quien consideraba un hombre alejado del mundo de los hombres, lo expresó con tal seguridad que se llenó de vanagloria. Tosió entonces el viejo con esa tos floja que era risa.

—Pues sujeta tu brazo malogrado al tronco con algún cabestrillo y mejorarás el equilibrio en la carrera. ¿Te duele?

—Ya pasó el tiempo del dolor fuerte —mintió a medias, como si al negar la evidencia de sus molestias ganase en valentía—. Antes dolía a rabiar, pero ahora casi no lo siento.

—En todo caso —agregó severamente Koenraad—, aprovecha esa energía en algo útil. Busca a Erga en las cocinas y dile que necesitas desfogarte.

Tal vez fuera por obediencia, aunque no faltó el necesario pellizco de curiosidad.

Wilya se presentó a Erga al día siguiente de su charla con Koenraad, entre las clases de la mañana y el almuerzo. De cuantos monjes halló en torno a las perolas, era éste, con diferencia, el más corpulento, joven aún y bien parecido, si había que compararle con los otros. No le resultó nueva su cara porque ya le había visto en el refectorio, incluso dirigiendo alguna de las lecturas, y fue recibido por él con sincera simpatía que se tornó en respeto cuando supo que era hijo de quien era. Aunque también se fraguó un gesto de lástima en sus ojos al verle tan de cerca.

Desde aquel día trabajó a su lado, manejando el hacha a una mano contra los troncos, variando estiércol de los establos, cargando heno, acarreando cántaros de agua o transportando leña hasta la biblioteca. Siempre junto a Erga, nunca a sus órdenes, porque a nadie quería éste por debajo, de modo que su relación parecía más de alianza que de obediencia. Y es que el pariente real mencionado en su día por Goswinta era el único godo en un lugar casi reservado a esclavos y siervos, y ni siquiera sobre ellos tenía él ascendente ni mando, como si fuese el último entre todos. Gardingo en su juventud, favorito de su tío Atanagildo, su guerra se libraba ahora lejos de los campos de batalla y en pos de la conquista de la humildad. Alejarse de los deseos del siglo y del pecado era su idea de la perfección, si es que los mortales fueran capaces de hallar el tortuoso camino hacia esa quimera.

Se forzaba Erga en pos de una vida virtuosa, en busca de una purificación, y ese permanente castigo de su cuerpo era más honda plegaria que cualquiera de las expresadas en el templo. Y Wilya secundaba sus afanes, sus sudores, hasta donde le llegaba el brío; no por alcanzar esa modestia que se le antojaba antinatural en un noble, sino por hacer de sí mismo algo mejor, por ocupar quizá un día el lugar en palacio que aquél había menospreciado. Y lo hacía con rabia, sin llegar a comprender por qué Erga no quiso ser guerrero pudiendo serlo, y él, que lo ansiaba con la fuerza del único deseo en la vida, tal vez nunca podría.

Por su boca supo algo más de la historia de Savinus, su maestro, un hombre hecho para el estudio que había vivido en Roma durante doce años, donde conoció personalmente a dos papas: al tercero de los Iohannes y a Benedictus, que aún se sentaba en la sede. Y que a su vuelta de allí quisieron hacerle obispo, a lo que él renunció para venir a Agali.

—Mejor habría comido que aquí —apuntó con socarronería el monje mientras preparaban el escenario y los aperos para la inmediata matanza. Aunque al momento, con una inclinación de testuz, pidió perdón a los cielos por su dañina lengua.

—No es mala la comida en Agali —matizó Wilya, abortando una risa por el comentario de su compañero—. ¿Y Koenraad? Es un hombre extraño.

—La vejez. Los años nos hacen raros, y Koenraad debe de tener casi ochenta. Setenta y muchos, seguro. Ya era un hombre hecho y derecho cuando vino a Hispania con Theudis, y hace de eso más de cuarenta y cinco.

—¿Quién es Theudis? —se interesó al tiempo que arrastraba una artesa con agua hirviendo hasta el degolladero. Erga dejó de afilar el cuchillo y se le quedó mirando.

—¿Qué os enseñan a los chicos en Toletum? —Volvió a hacer girar la muela y habló ahora sobreponiéndose al chirrido del torno y al roce agudo del metal en la piedra—: Theudis fue el primer rey ostrogodo que tuvimos. Por aquel entonces los varones ilustres no hallaban apoyos entre las familias de la nobleza y el reino estaba podrido. El asesinato y el robo no encontraban escarmiento porque los propios funcionarios eran los peores bribones.

Se llegó hasta allí una cuadrilla de sirvientes dirigida por un fornido y vociferante monje. Y tras ellos, otro grupo conducía a un gorrino que se resistía a seguir sus huellas, sabedor quizá de que eran sus últimos pasos por la vida. Erga sugirió marcharse, pues habían cumplido ya con su trabajo y no le agradaba ver el espectáculo que se estaba preparando.

—Tuvieron que venir los del este a poner orden —dijo Wilya para recuperar el motivo de su conversación mientras caminaban hacia los talleres.

—Al principio no cayeron bien —admitió el sobrino de Atañagildo—, pero demostraron que eran capaces. Theudis se había ganado al pueblo y a los nobles cuando acabó con el ejército franco que sitiaba Pampilona y Cesaraugusta. Koenraad era uno de sus hombres de confianza.

—Fue un gardingo, entonces.

Se oyó un gruñido punzante, largo, una llamada de auxilio sin esperanza desde el umbral de la agonía, y le siguieron otros más cortos aunque no menos lastimeros. Luego, en un momento, regresó el silencio. Erga parecía prendido de aquel último mutismo cuando alcanzaron las cercanías de un edificio levantado con adobes y troncos, sin ventanas, y de cuya tobera manaba un hedor pestilente que obligaba a taparse la nariz. El monje, no sin cierta resistencia por su parte, le condujo adentro.

Wilya se enfrentó allí a un escenario que tenía algo de siniestro para los ojos merced a la penumbra, sólo aliviada por un par de ventanucos laterales y el fuego que ardía en el centro. Docenas de pieles colgaban, estiradas por contrapesos minerales, de ganchos o clavos fijados en las vigas más altas, y entre la neblina del humo estancado se podían distinguir de todo tipo y tamaño, desde el buey a la liebre. Otras pocas se amontonaban sobre una larga mesa de piedra junto a un pilón de agua donde dos hombres parecían trabajar con una vitela recién desollada.

—Es el secadero —le explicó Erga—. En verano es más fácil porque basta casi con tenderlos al sol, pero ahora hay que mantener los pellejos a cubierto y la labor se complica.

—¿Hacéis petos aquí?

—No, hombre, aquí no se curte para los guerreros. La mayor parte de esas pieles se convertirá en pergaminos, y éstos en códices. En los libros más importantes, porque para los corrientes está el papiro, aunque hoy, por desgracia, escasea. Pocos reflexionan sobre ello. Me refiero a la necesidad que la sabiduría tiene de una cierta destrucción. No habría libros sin esos animales, y es su muerte lo que finalmente contribuye a preservar el conocimiento. Sucede como en las monedas, que tienen dos

caras, y es como si en una estuviera la vida y en la opuesta la muerte, y nunca pueden ser separadas. No sé si lo entiendes.

Agradeció que el monje no esperase respuesta por su parte, respuesta de la que carecía, para poder salir de aquella fetidez. Una vez fuera, Erga completó su instrucción.

—Cuando están bien secos, se les libera cuidadosamente del vello para no rasgarlos. Luego, tras nuevo remojo en aguas con excrementos, las membranas son cortadas según el tamaño adecuado antes del último oreo. Y en cuanto al olor, ya verás en verano cuando el sol caiga bien sobre los cueros. Acercarse por aquí es verdadera penitencia.

No pensaba quedarse tanto tiempo como para comprobarlo, porque los olores de Toletum, por horribles que fueran, tiraban más fuerte de su corazón que cualquiera de los que allí pudiese hallar. Y el recuerdo de la ciudad le hizo regresar a su última sospecha.

—Dime, ¿fue Koenraad un gardingo?

—Durante unos años —asintió el monje tras la sorpresa por tan insistente interés —. Después regresó a Ravenna. Creo que nació allí. Mi tío lo apreciaba y le ofreció encargarse de la biblioteca. Buena parte de los libros que halles en Agali los ha conseguido él. Aunque no es sacerdote.

—Pero sí de fe goda. Lo vi en su saludo con Galmerico.

—Supongo, aunque en asuntos de fe cada cual debe responder de sí mismo.

Tras tan evasiva réplica, Wilya consideró que ese terreno no era suficientemente sólido como para seguir adelante con una charla cómoda. Cambió entonces de objetivo para interpelarle directamente.

—Y tú, ¿por qué dejaste Toletum?

—Mi alma vale más que cualquier honor. No me dio Dios Nuestro Señor el derecho a juzgar sobre la vida de los hombres, sus haciendas o sus pensamientos, porque Cristo nos dijo que quien quiera ser el primero sea siervo de todos. Al principio, cuando llegué aquí, me preguntaba con frecuente angustia si ese sentimiento nacía puro en mí o se trataba nada más que de un miedo inconfesado al mundo que había dejado atrás. Hoy sé bien que nada hay más cercano al Altísimo que la humilde vida de lo insignificante.

Extraña senda la de Erga, pensó él. Se preguntaba de qué modo puede un oso hacerse pequeño como gusano, o un noble actuar como esclavo, si tan contrarias son sus naturalezas. Y al recordar sus palabras sobre la vida y la muerte como distintas caras de una misma moneda, le parecía que ni la una ni la otra había elegido aquel hombre, sino un vagar inseguro sobre el canto.

No imaginaba que aprender en Agali fuese labor tan dura. Al agotamiento propio de enfrentarse a los nuevos retos se sumaba aquel frío seco que a todas horas hada castañetear los dientes por mucho abrigo que se procurase. Apartados casi siempre de los cuatro fogones de la biblioteca por los derechos adquiridos de los más antiguos,

Savinus y él apenas lograban mitigar esa tortura con unas brasas depositadas en un aguamanil de bronce que mantenían bajo los pies. Y si penoso resultaba leer o seguir las enseñanzas del maestro en tales condiciones, peores eran las tardes, cuando la mano aterida tenía que rayar los signos en la pizarra.

Wilya tembló, aunque esta vez de turbación, el día que Savinus le puso delante un trozo de papiro, una caña y un tintero. No abrió la boca el preceptor, sino que dejó dibujarse en ella una sonrisa que le sugería con picara expresión iniciar esa aventura. Obediente, trasladó su pizarra hasta la esquina del pliego para mantenerlo sujeto y mojó la trémula caña en el líquido oscuro.

—Enjúgala un poco antes de escribir —recomendó el preceptor—, y te ahorrarás el riesgo de manchas. Puedes copiar de esta página.

Abrió Savinus al albur la *Retórica* de Aristóteles, aquel tomo cargado por los hombros de Wilya desde el hogar de Yamin Benaser, para colocarla frente a los ojos del discípulo. Ya al trazar éste la primera letra, percibió la suavidad con que la caña se deslizaba, sin apenas presión, sin la terca resistencia del acostumbrado mineral. Bastaba con mantener el pulso firme y evitar cualquier gota fortuita que arruinase el trabajo. Y, tras cuidadosos viajes de su mano entre el tintero y la blanda superficie, concluyó que escribir así no era tormento.

Con esmerada decisión, fue completando aquella frase del griego que, según Galmerico, había sido el más grande de todos los griegos: «… los que en general tienen una pasión y no la satisfacen son enojadizos y agresivos, en especial con los que desprecian su estado; así el que padece enfermedad, contra los que la repudian…».

Concentrado en la correcta repetición de las letras, su pensamiento dio un brinco repentino al llegar a este punto, una dolorosa cabriola que le rebotó en el pecho cuando se detuvo a leer lo que había copiado. Acaso aquel griego sabio estaba pensando en él cuando lo escribió. O es que conocía muy bien a los hombres y sus íntimas reflexiones. Porque él mismo era agresivo y enojadizo por no poder cumplir su pasión, y enfermo además, o tullido, que venía a ser lo mismo.

Un goterón negro se desplomó desde la caña desatendida para ensuciar el espacio libre bajo la frase. Y así, con ese nuevo sobresalto, se desvanecieron al instante sus amargos pensamientos y regresó a la helada realidad.

—Sopla sobre la tinta para que seque bien y una vez asentada, bórrala suavemente con la piedra púmex.

Le alcanzó Savinus un trozo de mineral ceniciento, horadado en incontables puntitos que parecían entradas a la guarida de un ejército de carcoma, y muy engañoso en su peso, pues resultaba mucho más ligero que lo que su tamaño hacía suponer. Wilya siguió las instrucciones hasta eliminar los restos de su descuido, y frotó luego la zona afectada con un romo pedernal para recuperar la tersura del papiro.

—Casi todos los errores tienen su enmienda, hijo —apuntó, satisfecho, el maestro

—. No lo olvides nunca, porque Dios Nuestro Señor no mira sino el resultado de nuestras obras, y más considera Él las almas bien corregidas que aquellas que nunca sufrieron la vergüenza de una mácula. —Carraspeó después, y se apresuró a matizar —: Lo cual no significa que no debas poner la atención debida para evitar que tu trabajo sea desaliñado. Si tienes que estar rectificando cada tres o cuatro líneas, más valdrás para corrector que para escribiente. Y te convertirás —dijo entre carcajadas— en un pequeño Chilperic.

El le observaba desconcertado, como si su última frase fuese dirigida a otro.

—Ya sabes —quiso aclarar el clérigo—, Chilperic, el rey de los francos de Neustria.

Al ver que en nada cambiaba su gesto de confusión, Savinus recuperó una actitud pedagógica sin abandonar la hilaridad del tono:

—Ese hombre, Chilperic, amén de elaborar disparatadas tesis teológicas, según cuentan, y de parir versos más propios de una acémila que de la inteligencia humana, ha dispuesto añadirle al alfabeto latino unas cuantas letras griegas. Imagínate la omega conviviendo con la ese, o la delta con la uve. Omega y delta son letras griegas, Wilya, por si no lo sabías, letras cuya grafía en nada armoniza con nuestro lenguaje escrito. Si ya de por sí tan espurio intento puede considerarse como mezclar el agua con el aceite, añadámosle la decisión de sustituir algunas de nuestras letras de siempre por esas otras. Y no contento con tamaña desmesura, ha enviado orden a todas las ciudades de su reino para que todos aprendan en adelante con ese nuevo y diabólico alfabeto.

Wilya no comprendía muy bien el alcance de cuanto Savinus narraba, aunque, por el rubor de indignación que poco a poco se iba apoderando de las mejillas del preceptor, debía de ser algo muy grave.

—Y no queda ahí la insania de ese criminal reo del fuego eterno —se santiguó Savinus al pronunciar esta palabra—, sino que ha dispuesto que todos los libros ya escritos han de ser corregidos con la púmex y modificados según sus instrucciones. Si no escribimos todos de forma parecida, ¿cómo seremos capaces de leer?

Sí que lo imaginaba ahora. Se veía raspando uno a uno aquellos centenares de tomos de los estantes, borrando incluso ese ejemplar del que ahora copiaba y que con tanto aprecio habían recibido primero Galmerico y después el propio Koenraad. Y pasando luego sobre esos vados la caña, dibujando desconocidos signos, difíciles de aprender. Lo había dicho Leovigildo: un rey nunca debe exigir de sus súbditos nada imposible.

—¿Con qué fin lo habrá dispuesto, maestro? —alcanzó a preguntar.

Pero Savinus, entre cómico y furioso, estaba encelado con su soliloquio.

—Un orate, créeme, Wilya, un orate. Dios Nuestro Señor nos libre de un rey así sobre nuestras cabezas.

Entre tintas, cañas y púmex se consumieron los cortos días de diciembre, cuyas primeras luces compartía siempre con Erga y sus trabajos antes de acudir a la

biblioteca. Era esa monotonía, la obstinada invariabilidad de los acontecimientos, un peso más que sobrellevar allí. Sólo un frío paisaje en que posar los ojos, noches planas que raramente le acosaban desde las sombras gracias a la fatiga que arrastraba al lecho cada jornada, apenas tres o cuatro voces con que cruzar la suya, y otros tantos rostros nada más. Y alguno de éstos bien caro de encontrar, como el de Koenraad, con quien no volvió a intercambiar palabra hasta las celebraciones de la Epifanía. Nunca había visto al bibliotecario por la iglesia. Le observó esa madrugada durante toda la ceremonia, inmóvil y silente sobre la grada de piedra, junto al abad. Pero no estaba allí sino su cuerpo de cuero seco, nunca su pensamiento, absorto en algún lugar insospechado. Al finalizar la misa y de vuelta al edificio, se acercó a presentarle sus respetos.

El viejo caminaba despacio, sin otra compañía que una tea para iluminar sus pasos, tan cortos que parecía disponer de una larga vida por delante para alcanzar su aposento. No recibió más palabra de su parte que un saludo breve, y él se limitó a acatar ese silencio y a recoger en su mano la luz para facilitarle la marcha. Se despidieron en la puerta de la habitación de Koenraad y, con su agradecimiento, éste expresó también algo que sonaba a excusa, o quizás a consejo.

—Falté a las celebraciones de la Natividad —dijo, cansino—. No tengo ya el cuerpo para estas cosas, pero nunca se ha de morder la mano que te acoge, y menos en días tan señalados.

Wilya cumplió los trece una semana después de aquello, aunque a nadie dio noticia de su nueva edad, pues un año más o menos en nada podía cambiar el ritmo de aquella vida. Y así, con parecido gusto que días antes, perfeccionaba el trazo de su escritura bajo la vigilante mirada del mentor, y no por tener más años le resultaba más llevadero escuchar sus enseñanzas o leer sesudas reflexiones.

Hablaba Savinus de Ausonius, el poeta que cantó a su tierra narbonense, y le obligaba el maestro a copiar y retener sus elogios literarios: «¿Cómo evocar tus puertos, tus montañas y tus lagos… y tu antiguo templo marmóreo de Paros, tan colosal que habría ganado la estima de Tarquinus, de Catulus y del propio César que levantó los tejados dorados del Capitolio?… Floreces por tu comercio con los mares oriental e hispánico, y con las flotas de las aguas africanas y sicilianas, y con lo que traen por distintas vías los ríos y las olas. Todo lo que navega en el mundo amarra junto a ti».

Cada una de esas frases le traía recuerdos amables y desdichados a la vez, claroscuras imágenes de los pocos años allí vividos, cuando su padre aún era un cuerpo sólido y poderoso al que poder asirse y el olor a salitre formaba parte del aire que a diario respiraba.

Y otras veces, junto a la figura casi ajena de un Isidorus sumergido en sus lecturas de voz queda que contrastaba con el notorio murmullo de los demás leyentes, Savinus le descubría a través de los libros el ejemplo del latín más elegante y perfecto que jamás hubiera sido escrito. Y le hablaba del impar Cicerón.

—Su prosa es maravillosa, pura su oratoria como no hay otra. Y en cuanto a elegancia, nadie se le acerca.

—Petronius se le aproxima —matizó esta vez Isidoras, sin levantar la vista de su tomo.

—Tal vez —admitió el tutor a regañadientes—, aunque su obra es poco edificante. Petronius era de Massilia, tan galorromano como Ausonius —explicó a Wilya para integrarle de algún modo en el debate—. Fue favorito del sanguinario Nerón, pero acabó abriéndose las venas acusado de participar en una conjura contra el emperador. Tanto su prosa como su verso son encomiables, pero su *Satyricon* es en extremo licencioso. Tuve oportunidad de ojearlo en Roma.

—También yo lo he leído parcialmente en Hispalis, maestro, pues algunos de esos rollos están en su biblioteca. Pero no me refería tanto a lo que escribe como a la forma en que está escrito.

—¿Por qué es licencioso? —se interesó Wilya.

—La escritura —apuntó Savinus en tono severo—, de igual modo que la palabra hablada y cualquiera de nuestros actos, debe usarse para ensalzar la obra de Dios y no para enojarlo. Petronius peca gravemente contra la moral, y lo hace además como si ese pecado fuese algo risible y no una profunda maldad.

—¿Cómo lo hace?

El clérigo parecía no querer extenderse en tal asunto y, ciertamente incómodo, dejó caer un par de frases evasivas. Fue Isidoras quien respondió:

—Los paganos no consideraban pecaminosa la relación carnal entre varones, fueran éstos adultos, efebos o niños. Hasta tal punto llegaba su corrupción.

—Quieres decir que tenían trato con hombres… ¿Como con mujer?

—Eso quiere decir —sentenció ahora el educador—. Ese nefando pecado fue un proceder habitual entre los antiguos griegos, y con él contagiaron a la nación romana. Durante generaciones persistieron en su maligno error, y en los tiempos de Petronius, cuando la Palabra de Dios se perseguía con saña, era frecuente esa impudicia.

Wilya no lograba hacerse a la idea de algo parecido. Cierto que había participado en los juegos propios de la desnudez siempre que, tiempo atrás, bajaba con los amigos al río, y conocía bien las baladronadas de Berulfo o las bromas de los mayores al respecto. Pero aquellos escarceos nunca habían sobrepasado los contactos propios de la niñez, amagos de viril competencia en cuanto a tamaños y cosas de tal índole, somera satisfacción, a lo sumo, de una imperiosa curiosidad infantil; trances, en definitiva, que nadie podría calificar como pecaminosos. Su pregunta estuvo, por tanto, desprovista de malicia; sólo buscaba un poco de sentido para su íntima confusión.

—¿Puedo leer ese libro?

—No tenemos en Agali esa basura —reaccionó Savinus con perplejidad.

Sonrió por el contrario Isidoras, más amable.

—Si alguna vez vas a Hispalis, te lo mostraré.

—Nada bueno te traerá conocerlo —aseguró el clérigo—, pues la calidad de su prosa queda embozada por lo perverso de su espíritu, de igual modo que la negra tormenta oculta el benéfico brillo del sol.

—Preferibles son ciertos paganos a los herejes —Isidoras se mostraba cómodo en el debate—, porque de aquéllos, al fin y al cabo, se pueden obtener cosas de provecho si se hace buen uso de sus doctrinas.

—No veo qué mal pueda hacer un libro tan antiguo —objetó él.

—El mal no anida en el pliego que sostiene las letras, sino en las ideas que éstas transmiten. Y en cuanto a su antigüedad, inocente Wilya, puede que hayan pasado los tiempos en que tales vicios eran tomados por actos respetables, pero todavía quedan muchos de ellos en el corazón de los hombres por el trabajo incansable de los demonios, y demasiadas almas rechazan vivir según la ley de Dios.

Isidoras suscribía con un movimiento de cabeza la filípica de Savinus, cuyo rostro había adquirido un tinte cárdeno que recordaba al de aquella otra tarde en que se explayó sobre el franco Chilperic y sus dislates. La indignación tornaba repentinamente al maestro en un ser distinto, un hombre que parecía querer rellenar con una torrentera de palabras las resquebrajaduras que la proximidad del pecado provocaba en cada uno de los pliegues de su lustrosa humanidad.

—Los hay que se niegan a trabajar en jueves por santificar el día de Júpiter mientras desprecian el día del Señor —dijo, iracundo—. Y quienes buscan el día de Venus para sus galas nupciales. En muchos lugares del reino, con la complicidad de indignos clérigos, se ultraja la celebración de los oficios sagrados con cantos impíos dentro de las iglesias, y no faltan, durante las fechas de la Natividad, quienes se cubren con pieles de bestias o se visten de mujeres y, bajo el perturbador efecto de la bebida, bailan y cantan himnos obscenos durante la liturgia. Consultan augures y sacrifican animales. Y todos ellos se tienen por cristianos.

—Muchos quedan, según he oído —se sumó Isidoras a la relación de agravios—, que siguen cautivos del paganismo y adoran ídolos, árboles, fuentes, y al mismo fuego.

—La mala hierba no ha sido desarraigada —insistió Savinus—. De aquellos tiempos pasados nos vienen muchos de esos males. Creer que el bienestar puede depender del humor de una estatua de Vesta, o que una fantasía llamada Ceres decide si la cosecha ha de ser buena o mala forma parte de una fe execrable, porque una sola es la voluntad que dispone del mundo: la de Nuestro Señor.

—Júpiter, Vesta, Ceres… Sí, pero los hay peores. No concibo alma piadosa que pueda considerar con seriedad al estrafalario Vulcano —ironizó el hispalense.

Abrumado por tanto nombre desconocido, Wilya se interesó por el último.

—Vulcano, el dios cojo de las fraguas —le aclaró, sarcástico, el mentor—. ¿Quién puede rebajarse a una fe así frente a la perfección de Dios Nuestro Señor? Sólo quienes se ponen en manos del Maligno.

Aquellas palabras le trajeron el lejano recuerdo de Badwila y, en un movimiento

rápido, Wilya apretó la medalla de hierro contra el pecho para sentir su contacto en la piel. Y con ese recuerdo le vino también el de Tyz, el manco, y pensó si ese Vulcano no estaría tullido por voluntad de algún animal, o espíritu, o dios malvado, como él mismo lo estaba.

Hubo nieve abundante aquel invierno, muchas jornadas en que el cielo decidía no abrir su manto gris, rosado en el horizonte, blanquecino sobre las cabezas, y noches que trabajaban en secreto dibujando paisajes sorpresivos para los ojos de cada amanecer. Casi todo parecía entonces paralizarse en los alrededores del monasterio aunque la vida continuara entre sus edificios con talante de normalidad.

Desde su tragaluz, Wilya contemplaba cada mañana la larga hilera de clérigos trinitarios que ascendía penosamente hacia su ermita en el cerro, una lenta caravana de puntos oscuros, diminutos corpúsculos sobre la nieve. Y a su regreso notaba a Savinus más reticente que de costumbre, ocupado en recuperar el calor perdido en su caminata y entregado con mayor interés en llegarse una y otra vez hasta los fogones que a sus deberes didácticos. No reaccionaba de igual modo el joven cuerpo de Isidoras a pesar de su falta de hábito a clima tan extremo, sino que asumía en tales casos el papel de sustituto del maestro en las labores que hubiera pendientes. Y esa actitud hacía crecer en Wilya una manifiesta admiración por los conocimientos del mozo hispalense y su dinámica personalidad.

En la confianza de ese acercamiento, un día fue invitado por Isidoras a visitar aquel pequeño templo de la colina. Vaciló en su respuesta y la pospuso largamente, el tiempo necesario para digerir el alcance de tan importante decisión. Al enfrentarse a ella, notaba en las tripas igual intranquilidad que aquella vez en Toletum, cuando en compañía de Galmerico y Recaredo se había adentrado en el barrio de los hebreos. Como en aquella ocasión, también la oferta de su reciente amigo significaba dar un paso hacia territorio extraño, en este caso no precisamente prohibido por su madre, sino por su propia conciencia, por el miedo a hallar algo allí que hiciese tambalear las débiles vigas de su edificio interior aún en construcción. Decidió, por fin, prescindir de cualquier recelo para acabar sumándose junto a Isidoras al original desfile una mañana en que los copos caían casi horizontales, como filos de daga, racheados por una cruda ventisca que atacaba por la espalda.

La ermita era un lugar frígido, y tan reducido que el gran número de monjes presentes obligaba a compartir espacio hombro con hombro, de tal forma que la voz del vecino parecía hacerse una con la propia. Pronto se supo objeto de miradas cruzadas, guiños silenciosos y algunos gestos privados que no dudó en traducir como falsa compasión que acentuaba su incomodidad. Vigiló el techo, las paredes, todos los rincones, por si viese allí a los espíritus anunciados por Badwila y que no había encontrado en su llegada a Agali ni durante toda su estancia. Por lo demás, se limitó a observar la ceremonia. Le resultaba insólito escuchar las plegarias recitadas en latín, y no en godo según era obligado entre los de su fe, y mantuvo el silencio para no caer en la herejía hasta que llegó el padrenuestro, la única oración que ambos credos

compartían de principio a fin, según le habían contado tanto Orosia como Galmerico.

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre… —rezaban los clérigos.

Y recitaba él esa misma oración memorizada de niño sin comprender siquiera el significado de la mayoría de sus palabras, musitándola apenas, como un silbido en sus labios:

—*Atta unsar thu in himinam, weihnai ñamo the'n…*

—Venga tu reino a nosotros.

—*Qimai thiudinassus theins.*

—Que se haga tu voluntad…

—*Wairtai wilya…*

Al llegar a esta frase y escuchar la plegaria en boca de aquellos hombres, supo que esa lengua latina más o menos inteligible había eliminado su propio nombre, Wilya, para sustituirlo por una palabra distinta, por una idea que significaba voluntad. Y al ser consciente de ello sintió que él mismo, a través de la exclusión de su nombre, quedaba expulsado de la plegaria cuando la secta romana rezaba al Padre. Aquella ausencia, que su corazón recibió como grave ofensa, le hizo aferrarse con mayor ahínco a las convicciones de su propio padre y de su raza. Y repitió con rabia y en voz bien alta esa parte de la oración y cuanto restaba de ella. Para no olvidar de dónde venía, para defender su endeble fe.

—*Wairtai wilya theins…*

—… tanto en el cielo como en la tierra…

—*… sew in himina yah in airthai…*

En el momento de intercambiar el beso de la paz, se mantuvo tieso como una vara sin que los tímidos gestos de aproximación de quienes tenía alrededor hicieran variar su hieratismo. Concluido el ceremonial, y en tanto se organizaba el regreso, algunos clérigos cuchicheantes se reunieron en corrillos a su alrededor. Temió que fuera su novedosa presencia y su distanciada actitud el motivo de tales murmuraciones, y quedó confirmada la sospecha cuando dos de ellos le abordaron en el atrio antes de que pudiera salir a enfrentarse de nuevo con la nevada.

—Noble Wilya —dijo el más atrevido, en tanto el otro se mantenía en discreto segundo plano—, ya ves en qué condiciones hemos de rendir culto a Dios Nuestro Señor, en una pobre ermita que apenas nos acoge a todos y muy alejada del monasterio. Tal vez quieras tú interceder en Toletum para poner fin a estas penalidades que los más viejos difícilmente pueden soportar, pues si duro es el invierno, terribles son los veranos.

Él dirigió su mirada a Isidoras en demanda de ayuda, y éste se encogió de hombros dejando claro que nada tenía que ver con aquello.

—No sé que pueda hacer yo —respondió, al fin.

—Que se nos permita edificar un templo cerca del monasterio, eso necesitamos. Nosotros mismos trabajaremos para levantarlo. El abad no pone objeciones; basta con

la autorización real, y tú podrías hablar a nuestro favor.

Prometió reflexionar sobre ello, más por salir de la incómoda emboscada que por interés sincero en tal asunto. Aunque luego, de regreso al monasterio, engullido en la panza del inclemente temporal que les cegaba, pensó si no sería justo colaborar en el ahorro de una ratina tan rigurosa a aquellos hombres, a los más ancianos al menos, al propio Savinus.

Expuso sus dudas a Erga una mañana en las cuadras, mientras repartían agua y gavillas de heno seco por los pesebres, entre el rumor despreocupado de los rumiantes.

—Cualquier gesto de piedad hacia los hombres es un acto que agrada a Dios —consideró el monje.

—Son herejes —alegó él—. Y ayudar a la herejía no puede ser grato a Dios.

—No llego hasta tan lejos en mi escasa lucidez. Quizá es que no quiero llegar hasta allí, no lo sé. Pero si la santidad reside en algún lugar es en el corazón, no en la cabeza. Fíate de él y obra en consecuencia.

Se disponía a contestar cuando una punzada aguda le cruzó la pantorrilla. Con una maldición en la boca, dio un respingo hacia atrás. Enseguida acudió Erga a interesarse.

—Te has hecho un buen descosido. Vamos afuera.

Era una herida de mediada longitud, aunque profunda.

—Algún clavo suelto en los listones —concluyó el monje mientras la limpiaba al amparo de la luz—. Debería verla Koenraad.

—Se reirá de mí si le molestamos por un rasguño.

Sin atender a sus pegas, Erga le acompañó a la habitación del físico, a quien refirió las circunstancias del incidente antes de volver a su trabajo y dejarlos a solas. Éste, que hasta entonces se había limitado a escuchar desde su asiento, se dirigió al aparador, descorrió la cortina y fisgó durante un rato entre alacenas colmadas de todo tipo de artilugios, tan viejos al menos como su dueño. Regresó de allí con un pequeño saco y una ampolla de vidrio. Sobre un jirón de lino aplicó el líquido del recipiente, y por el color le pareció a Wilya que era vinagre. Luego frotó con firmeza la zona maltrecha mientras él sufría sin una queja la friega y la quemazón que ésta provocaba. El ostrogodo extrajo luego de la bolsa una rebanada de pan, tan antiguo que presentaba ya un repulsivo color verdoso. Tras ablandarlo con un poco de agua, lo dispuso en forma de cataplasma sobre el desgarro antes de afirmarlo a la pierna con un lienzo limpio.

—Ven a verme cada día para que pueda vigilar esa herida —le ordenó—. Por cierto, has mejorado tu carrera.

—Desde que sujeto mi brazo malo al cuerpo —admitió él, un tanto confuso por el halago, al tiempo que alzaba sus ropajes para mostrarle la cincha de cuero que Erga le había preparado al efecto.

—Pues olvídate por ahora del trabajo y de tus alocadas correrías entre los árboles,

si no quieres perder la cura.

Durante la semana siguiente, Wilya sustituyó la compañía matutina de Erga por la de Koenraad, a quien llevaba un haz de leña a primera hora como gesto de gratitud. Y en cada una de sus visitas al físico, éste renovaba el emplasto de pan roñoso sobre su pantorrilla, comentando de buen grado los progresos que observaba en la matadura. Tan frecuente relación fue puliendo un poco su timidez ante el viejo ostrogodo, hasta el punto de que sus conversaciones, que al principio se limitaban a banales generalidades acerca del monasterio y sus tediosos asuntos, pronto excedieron el breve tiempo dedicado a la sanación.

Enseguida pasó a interrogarle acerca de su pasado, y, aunque reticente al principio, le habló Koenraad de Ravenna, la ciudad que le vio nacer, crecer y educarse. Y del ya perdido reino ostrogodo, y de Constantinopolis, donde el oro del templo de la Santa Sabiduría se confundía con el brillo del sol, y de sus mármoles y teselas, y de sus doce columnas de plata, y de los muchos libros griegos que allí había obtenido tantos años atrás. Y de su llegada a Hispania con Theudis, según le había referido Erga, y de su posterior retorno a Ravenna antes de la llamada de Atanagildo para que hiciera de Agali un lugar de conocimiento.

—Atanagildo era convincente, pero nada habría obtenido de mí de no ser por Goswinta. ¿Conoces a la reina? —Koenraad ni siquiera le dio tiempo a responder—. Es de esas mujeres a las que uno no puede negarle nada. Bailaría hasta reventar, si ella me lo pidiese. —Rió con su risa floja de tos para acabar tosiendo de verdad.

Saber que compartían una misma fascinación por Goswinta cambió en buena parte la idea que Wilya se había creado sobre el funcionario. Esa frase y el osado humor que destilaba nada tenían en común con el arisco y distante anciano que hasta entonces había conocido. Y eso ayudó a acrecentar su propia osadía:

—¿Tú no tienes mujer?

—Las tuve —admitió, contemplando el techo—. Tres mujeres. Y me dieron hijos. Y éstos, nietos. Por ahí andan, supongo, haciéndome biznietos. Los tengo mejores y peores, pero todos lejos, muchos muertos ya. La edad, las guerras y la peste.

Un escalofrío le recorrió la espalda al oír esa última palabra, pronunciada con pánico y en voz baja en Toletum, y en Agali, siempre como rumor de algo que acecha y que es preciso alejar con oraciones.

—Sí —musitó él—. Dicen que los demonios del aire andan sueltos por algunos lugares del reino.

—Demonios en el aire —se burló el físico—. ¡Gran majadería!

—¿Qué causa la pestilencia, entonces? Savinus cree que…

—No sabría decirlo —atajó Koenraad, contundente—, y Savinus tampoco, pero ningún demonio. ¿Acaso podemos decir que sean los demonios quienes nos traen a la nariz el aroma de la hierba húmeda, el sabroso olor de las cocinas o la fetidez de las pocilgas?

Abrumado por la indignada perorata del ostrogodo, Wilya se encogió de hombros.

—Pues de igual manera nos llegan algunos males por el aire, pero nunca traídos ni llevados por demonios —matizó aquél—. Echa un poco de vino en agua y verás cómo se disuelve en ella y todo lo tiñe con su color según la cantidad que viertas. Así se dispersa el mal a través del espacio hasta alcanzarnos, pero del mismo modo que no hay seres infernales que repartan el color dentro de la copa, tampoco los hay fuera de ella. ¿Esas cosas te enseña Savinus?

—Todo el mundo lo dice.

—Pues yo nunca los he visto. Ni fuera, ni dentro. Y he abierto algún que otro cadáver de esos y otros pobres desgraciados. ¿Qué más bobadas aprendes en Agali?

Farfulló en lugar de responder, confuso por la revelación de ese trato cercano con el más horrible castigo llegado del cielo, por la impiedad de un acto prohibido y la franqueza con que aquel viejo confesaba el desacato, y por su arrogancia, que sonaba blasfema, respecto a las doctrinas más notorias. Le pareció entonces entender las reservas de Erga en cuanto a la rectitud de la fe de aquel hombre, pero pasó por alto esos pensamientos para hablarle de Ausonius, y de Aristóteles, y de Cicerón, y de Petronius, y de cuantas enseñanzas recordaba haber recibido de Savinus y del propio Isidoras.

—Resulta chocante la parquedad de miras de algunos educadores —replicó Koenraad—. En especial, cuando de Cicerón se trata. No podemos juzgar a los hombres sólo por su estética, sino por su sabiduría. Y nunca cesó de repetir Cicerón que la superior alianza entre Dios y el hombre es el raciocinio. ¿A qué tanto hablar de la exquisitez de su obra si se hurta el principal objeto de sus palabras? ¿Acaso nos invita Cicerón a creer en espíritus diabólicos que enferman a los mortales con su hálito? ¿Es esa idea razonable?

El bibliotecario hizo un intento de remover las brasas y Wilya aprovechó para añadirle algo más de leña al hogar.

—Y en cuanto a Petronius —prosiguió el anciano, acomodado de nuevo en su sitial—, emplea otra medida. Porque a éste sí que le juzga por sus historias y no por la calidad de su verbo, que también es mucha. Pregúntale, si tienes ocasión, por Séneca. ¿Ya te habló Savinus de él?

Negó con la cabeza, ocupada su boca en reavivar el fuego.

—Nació en Corduba y fue preceptor del maldito Nerón, vergüenza y oprobio del género humano a pesar de los esfuerzos de su educador. Como Petronius, y acusado de participar en la misma conjura, terminó también sin sangre en las venas. Un final común para dos almas opuestas. Mientras el galo describió con maestría el disfrute de la vida, a veces, ciertamente, con incursiones licenciosas, el hispano nos legó sesudas y apolilladas sentencias de ancianidad en un estilo hinchado y de mal gusto. Estoy seguro de que Savinus, en este caso, también elegiría a Séneca. Podríamos apostar, ¿eh, Wilya?

—¿Por qué les condenó Nerón?

—Suceden cosas así cuando se vive demasiado cerca de los poderosos. De

repente, la paternal sombra que te cobija se torna tiniebla y te devora. Yo tuve un maestro que acabó de forma parecida. Boethius se llamaba, y cuantas traducciones puedas hallar hoy de Aristóteles a él se las debemos. Era romano y de credo trinitario, pero el gran Teodorico le nombró consejero. En cierto modo se parecía a Séneca. Solía decirnos que la gloria humana no es más que un gran rumor de viento en los oídos, e intentaba vivir de acuerdo con esa máxima. Un día, de esto hace más de cincuenta años, fue acusado de traición y murió entre torturas.

—¿Y no era culpable?

—Creo que no, aunque a veces los hombres pueden decidir que no basta con sus consejos, y que la vida pide de ellos un gesto más directo, más comprometido. No sé si me entiendes.

Savinus se había excusado de su obligación aquella mañana, indispuesto por algún secreto mal, que enseguida sospechó Wilya relacionado con sus mejores o peores digestiones. Tal libertad, la retirada momentánea de las nieves y la curación definitiva de la herida, le permitieron rescatar por unas horas las aplazadas prácticas físicas y el trabajo en compañía de Erga. Algún efecto, no obstante, debía de haber hecho en él la persistente invocación a la madurez por parte del tutor, y renunció a prolongar las tentadoras caricias de un sol secuestrado durante semanas para llegarse finalmente a la biblioteca.

Isidorus ocupaba su lugar habitual, codos en la madera, embebido sobre un tomo de espesor medio, las manos sujetando sus sienes, los labios musitando palabras inaudibles. Se acercó a él por detrás, dando un rodeo para curiosear por encima de los hombros de su compañero. No había letras allí escritas, al menos no en la cantidad que una página debería tener según los libros que había visto antes, sino dibujos, signos y colores distribuidos de forma armónica en la doble superficie. Una mano de sabio, pensó, había dejado allí tal vez el recuerdo de alguno de sus sueños.

El hispalense dio un respingo en el banco cuando él se interesó por el contenido de sus lecturas.

—Astrología —dijo aún sin reponerse—. La ley de los astros.

—Es ciencia prohibida. Y a muchos han matado por esas cosas, según se dice.

—No lo es. Sólo las malas artes astrológicas merecen ser perseguidas, porque la ciencia de la Astrología fue enseñada por el mismísimo Abraham a los egipcios, aunque otros aseguran que fue Atlas su inventor. Mientras que la Astronomía estudia el movimiento circular del cielo, la Astrología sigue el curso del sol y de la luna, y las posiciones de las estrellas según las épocas. Y estos dibujos vienen a ser como un retrato de ese movimiento.

—Pues dicen que es superstición —porfió él.

—Y la hay cuando los astrólogos tratan de hallar augurios en las estrellas, o buscan en los doce signos del Zodíaco lo que ha de venirle al alma y al cuerpo, o si dicen cómo ha de ser el nacimiento, la vida o la muerte de los hombres. Muchos se ven engañados por esta obra de los demonios, pues dicen creer en dioses que

dominan desde arriba, e invitan a adorarlos de igual modo que se obra con los ídolos. Pero Cristo expulsó esa idea de la tierra, y no existe maldad en el conocimiento de los hechos del cielo. Es Dios Nuestro Señor quien lo mueve y decide según su bondadosa voluntad.

Le mostró Isidorus aquellas páginas llenas de círculos y líneas que lo atravesaban todo y en todas las direcciones, de cifras escritas en diminutos tamaños junto a signos que nada parecían significar. Y le habló, las miradas de ambos perdidas en la vitela, de nombres de estrellas que no era capaz de memorizar. Con aquellos dibujos le explicó cómo el sol se acercaba a la tierra para traer los calores y se alejaba luego para hacer los inviernos. Y por qué aparecía a diario su cara de luz para llegar al ocaso y sumergirse por fin en el océano.

—Allí sigue su curso a través de desconocidas sendas, y vuelve a salir de nuevo por el oriente.

—¿Se sumerge en las aguas y viaja luego entre la tierra, bajo nuestros pies?

—No lo sé —admitió Isidorus—, ni nadie lo ha visto jamás. Pero parece lo más sensato.

—Galmerico, mi preceptor en Toletum, dice que tal vez la tierra pudiera ser de forma redonda, como una bola de escarabajo o una boñiga de oveja, pero muy grande, y así no tendría necesidad el sol de mojarse en el abismo.

—También creían eso algunos antiguos, pero yo más bien pienso que la tierra es parecida a una rueda o disco, y que algún camino debe de haber para que cada día el sol vuelva a iluminarnos. Ningún sentido hay en que sea redonda, puesto que los seres vivos necesitamos una superficie plana para cumplir con nuestra naturaleza, y de poco servirían, de haberlas, todas esas tierras al lado opuesto, porque nada podría existir con el cielo bajo los pies y la tierra sobre la cabeza.

—Hablas de cosas que no alcanzo a entender.

—Pues que quienes defienden esa absurda idea del mundo esférico la acompañan de otra aún más inverosímil, como es creer que también hay hombres y bestias y árboles en la parte contraria a nosotros. Ellos los llaman antípodas, que quiere decir que ponen sus pisadas contrarias a las nuestras. ¿Y cómo van a andar con los pies para arriba y la cabeza abajo?

—¿Así andarían? —Apenas podía hacerse una confusa idea de tal posibilidad.

—Insensato, ¿verdad? De estar abajo, caerían hacia el éter, tanto si la tierra es redonda como si no.

—De igual modo pensarían ellos respecto a nosotros, de existir. —Sonó enérgica aquella tercera voz, insólita en el calmoso ámbito de la biblioteca.

Koenraad estaba parado frente a ellos, apoyada su vejez en una vara que sujetaba con ambas manos. Y tras él, a distancia más que respetuosa, algunos de los monjes que antes trabajaban ensimismados y ahora parecían celebrar, acompañándole, su inusual presencia en la sala. Avanzó un par de pasos para ir a sentarse al lado opuesto de la mesa que ellos ocupaban. Echó luego un vistazo superficial al tomo abierto ante

sus ojos y se acomodó el capote de pieles sobre los hombros hasta casi ocultarle las orejas.

—Nos puso Dios sobre la tierra para ser uno con ella —agregó—, para darle gloria por los siglos, no para dudar de su omnipotencia. Y de igual modo que las aves elevan su peso por los aires y no caen, sino que ascienden y se posan a voluntad, o que los peces pueblan las aguas sin ahogarse, tal vez otras criaturas puedan comportarse de modo distinto al conocido.

Los clérigos rodeaban la mesa para no perderse detalle de la polémica, y Wilya se sorprendió del valor que allí parecía tener la opinión del físico.

—Va contra la razón —objetó Isidoras.

—Será contra la tuya, porque hace mucho que Plutarco nos dijo que agua y tierra forman un cuerpo esférico, y que el sol gira en su torno de semejante modo al que lo hace el asno alrededor de la noria. Y antes que él lo consideraron muchos otros sabios como Aristóteles o Platón, y algunos geómetras han elaborado pruebas sobre ello.

—Otros no menos instruidos, entre los que se cuentan Lactantius o Agustín de Hippona, sostienen lo contrario. Y con buen criterio, opino yo, pues no cabe en seso cuerdo la aberrante existencia de seres como los antípodas que anden patas arriba y con la cabeza abajo, ni que la lluvia o la nieve caigan en sentido contrario a lo sensato.

—Es admirable que a tu edad hayas leído a esos que tanto citas, y más creo yo que hablas de oídas.

Lo dijo Koenraad con una crudeza que sonaba excesiva, y Wilya pensó si no sería su actitud uno de esos recursos de la Oratoria o la Dialéctica de los que tanto le había hablado Savinus.

—En cualquier caso —agregó el bibliotecario—, aquello que para nosotros es arriba puede ser abajo para esos hipotéticos hombres y para cuantas aves, vegetales y bestias los acompañen.

—Pudiera ser mi opinión un efecto de lecturas mal leídas y peor entendidas, y no lo niego —convino, humilde, Isidorus—. Pero nadie puede asegurar que aquella otra parte opuesta a nosotros, suponiendo que existiera, disponga de tierras donde fijar los pies. Porque también es admitido por los más antiguos sabios, en lo que yo sé, que mucho más allá de Gades nadie ha podido navegar, pues se agazapa el abismo que todo lo traga.

—Desconocemos el mundo que Dios Nuestro Señor haya creado para nosotros, e igual que existe Africa bajo las Columnas de Hércules, pudiera haber otras tierras más allá del océano.

Los monjes asistían al debate con rostro perplejo, sus ojos buscando alternativamente a los polemistas, y por la expresión de sus bocas entreabiertas supo Wilya que más de uno andaba tan perdido en tal asunto como él mismo lo estaba. Pues si las argumentaciones de Koenraad se apoyaban en la sabiduría de sus muchos años, no parecía Isidorus muy dispuesto a retirar la cara. Y nadie osaba intervenir:

todos presumían que aquel debate no debía ser interrumpido, y que terciar en él sólo contribuiría a ensuciarlo.

—Dicho queda en las Sagradas Escrituras —discurrió el joven hispalense— que nacimos de Adán, y luego de Noé, el único viviente sobre la tierra tras el diluvio. Si nadie ha podido abandonarla y cruzar el abismo de agua, ¿de qué modo habría de llegar hasta esas imaginarias superficies un hombre para ponerse a caminar del revés? Es una idea contra la fe y contra toda razón.

—¿Qué sabrás tú de la razón? —Koenraad se enderezó a duras penas ayudándose de su vara, y el corrillo de alrededor amplió inmediatamente su diámetro. Nunca hasta entonces le había visto Wilya tan indignado—. ¿No está acaso contra la razón esa esencia trina de Dios que algunos defendéis?

Un espeso murmullo tomó cuerpo entre los curiosos, que intercambiaban miradas de temerosa reserva, porque los había allí tanto del dogma godo como del romano.

—Nada tiene de irrazonable el credo que defiendo. —Isidorus se mantenía sentado, y no temblaba su voz frente a la ira del funcionario real—. En ti mismo tienes el ejemplo, pues ni cabeza ni corazón son independientes a pesar de que sus pensamientos o latidos no requieran de tu permiso para existir. Ambos forman parte de tu cuerpo, pero viven en cierto modo por su cuenta, con propia identidad.

—Verdadero es eso, pero tales partes están sometidas a mi propio ser, y ninguna de ellas es nada si yo no existo. Por eso, la razón lleva a creer en un Dios Padre único, a cuyo servicio está el Hijo y, al de éste, el Espíritu. Todos bien distintos entre sí, como distinta es la cabeza del corazón al servicio de cada hombre.

—Tampoco tú existirías sin corazón o sin cabeza, de modo que igual valor poseen para la vida, y ninguno tiene sentido sin el otro.

—¿Puedo por eso decir que hay en mí tres personas? O un número incontable de ellas si incluyo las orejas, la lengua o la verga, que igual derecho tienen a ser consideradas que la cabeza y el corazón —rió Koenraad—. En tal caso, ¿por qué conformarme con tres?

—Así te parece por ser el nuestro un mundo terrenal, pero Dios cuenta con tres.

—Absurdo, mozalbete. Presentas a la decisión de mi raciocinio un monstruo con apéndices, de igual familia que el perro guardián del Hades, la Hidra o la Bestia del Apocalipsis.

—Sólo Dios Nuestro Señor concede a cada cual la virtud de entenderlo, maestro. Y en nada podemos tú o yo, con nuestras palabras, cambiar un ápice de la verdad.

—¿Sugieres acaso que el Altísimo puso en nosotros la semilla de la inteligencia para que fuera despreciada? —El anciano levantó la voz—. ¿Tal vez para que se convirtiese en estorbo permanente del alma, con igual función que una molesta verruga en la nariz?

—Nada de eso digo. Pero esa inteligencia a la que aludes nos dice que no debemos contravenir la norma de este lugar, y nos aconseja, por tanto, dejar la polémica sobre tales materias.

Koenraad observó en derredor y pareció percatarse, por primera vez, de los testigos que se habían reunido en torno al debate.

—En eso sí que te ampara la razón —sentenció el ostrogodo antes de girar torpemente sobre los talones para abandonar la biblioteca, marcando sus pasitos un trayecto que pareció eterno entre el silencio suspendido sobre las cabezas, tonsuradas o no, de todos los presentes. Y antes de que hubiera desaparecido tras el mobiliario, cada cual regresó a su asiento sin intercambiar palabra, tan perplejos como lo estaba Wilya.

Esa noche, en la solitaria oscuridad de su celda, pensó en cómo habría de ser ese otro Wilya de cabeza abajo y los pies para arriba con el suelo encima, pisando aquél los mismos pasos que él pisaba, pensando iguales pensamientos pero al revés, colgados todos bocabajo. Y soñó con un niño así, con un pozo que le sorbía hacia arriba tirando de sus tobillos, tragado por un cielo que no era cielo, sino enlutado agujero. Era un sueño parecido al que Galmerico les había contado que tuvo el patriarca Jacob en el encinar de Mambré, pues veía en ese niño a un Jacob rodeado de ángeles en su escalera hacia unas alturas que no estaban encima, sino bajo sus plantas, y le angustiaba no saber lo que era arriba y era abajo. Las alas de los ángeles eran del color de la grana y anchas como de mariposa, y tan atroz la huella de su sombra como la que aparecía en sus pesadillas.

INGUNDIS

Agali, comienzos de primavera de 579

Llegaron los días en que el blanco de las nieves se escondió poco a poco en la tierra hasta desaparecer, y otros copos de semejante color empezaron a brotar en las ramas desnudas de los almendros. Ese anuncio de la cercana primavera hizo nacer también en Wilya un deseo que sabía inalcanzable, aunque no por ello menos intenso, y era que el tiempo corriese tan aprisa que pudiera dormirse una noche y despertar después de muchos días, tantos como faltasen para dejar cumplida su promesa y regresar, ya para siempre, a Toletum.

Creció la luz y se alargaron las jornadas, no tanto por el ciclo natural del sol en los cielos como por esa ansiedad que le acompañaba, ese oler el campo perfumado y pensar en Orosia, y en Recaredo, y en Badwila. Y en Hilde, sobre todo en Hilde. Tampoco era mitigada esa impaciencia con novedades en su aprendizaje, salvo que Savinus desertaba a menudo de sus obligaciones por el mal singular de sus tripas, y eso muy a pesar de las infusiones recetadas por los físicos y que el clérigo ingería a regañadientes.

Asumía Isidoras, según costumbre, la sustitución ocasional del tutor, aunque nunca volvieron a comentar, ni uno ni otro, aquella polémica sobre las formas de la tierra que derivó en querella teológica, hasta tal punto que parecía no haber existido jamás semejante escaramuza. Tampoco, por sus otros comentarios, asomaba hostilidad alguna en el hispalense hacia su opositor, el anciano bibliotecario.

Recién nacido marzo, recibió orden de Koenraad para que acudiera a su cuarto. Al llegar allí, comprobó con sorpresa que el físico se había abrigado para salir y fue invitado por éste a acompañarlo. Cumplieron un breve recorrido bajo el solecillo por el exterior del monasterio durante el cual Wilya sirvió apenas de segundo cayado para un viejo huraño y más que silencioso. Le citó para la fecha siguiente, y en lo sucesivo tuvo que dedicar un tiempo de cada jornada a esa obligación siempre que el cielo no estuviera cubierto.

A medida que transcurrían los días se hicieron un poco más largas las caminatas y más locuaz el ostrogodo, igual que sucediera en la semana que llevó la curación de la pierna. Se sentaban a veces en la parte trasera del edificio principal, bien protegida de los vientos, para reposar observando las labores de la poda en la cercana viña, y era entonces cuando Koenraad parecía adquirir la fuerza suficiente como para que sus palabras se entendieran al salirle de la boca. Sólo así, al recobrar un poco el resuello, podía mantener el viejo una conversación.

Wilya aprovechaba aquellos ratos para hacerle partícipe de su vida cotidiana, hasta el punto de que la renovada familiaridad le animó por fin a confesar su experiencia en la ermita del cerro y expresarle sus dudas sobre si debería interceder

por una nueva iglesia de fe romana.

—Así que es la primera vez que pasas voluntariamente tu crisma bajo el lábaro de Constantino —se admiró el ostrogodo—. Es chocante, lo de ese signo quiero decir. Desde mucho antes de que naciese aquel emperador, era el emblema de la caballería romana, imitada de una enseña de los antiguos cántabros. Constantino lo transformó en las iniciales griegas de Cristo, y ahora lo llaman crismón y figura en todas las iglesias del dogma hereje. Preside sus templos el mismo escudo que los soldados imperiales emplean en su guerra contra nosotros. ¿Qué amor podemos tener al estandarte que acabó con mi gente en Italia y tiraniza hoy a parte de nuestro reino?

—Ellos no están con los imperiales. Dice Isidorus…

—¿Isidorus? —Koenraad golpeó repetidamente el suelo con su vara—. El cachorrillo de una raza sumisa a los obispos de Roma y a Constantinopolis, una estirpe de traidores al reino.

—Pero, maestro, si Constantino escuchó la voz de Dios para anunciarle que estaba de su parte, no puede ser malo su signo —alegó—. Salvo en las armas de los imperiales, claro.

—Un trágico sarcasmo de la historia, muchacho. Aquel emperador fue un pagano, un impío hasta su muerte, un sanguinario que envenenó a su hijo e hizo morir a su esposa en agua hirviendo, entre otras fechorías.

Wilya escuchaba boquiabierto la inédita versión que Koenraad ofrecía acerca del insigne protector de la fe cristiana.

—Asesinó a media familia y se valió del cristianismo para lograr sus fines de dominio. Fue él quien obligó a aceptar la herejía de que Padre e Hijo son de igual sustancia, y lo hizo bajo amenaza de prisión o destierro a los obispos que se negasen a aceptarlo en un concilio convocado y presidido por él mismo. Cumplió sus advertencias contra los pocos que se opusieron a su blasfemia, y contra aquellos que, arrepentidos de haber apoyado semejante necedad, se retractaron después.

—¿Y qué más le daba a él que se creyese una cosa o la otra?

—Convenía a sus ambiciones un redil para mansos rebaños, y él lo creó a su gusto y medida. Con el beneplácito de sus obispos peleles, se declaró enviado del Señor y vicario de Cristo, con poder absoluto sobre la Iglesia. El pontífice máximo de la religión pagana pasaba a serlo también de la cristiana. Si hemos de admitir una gota de piedad en sus intenciones, ésta sólo se encuentra en su gesto final a las puertas de la tumba, al pedir el bautismo de manos de un obispo de la religión predicada por Arrio, y no de uno de esos trinitarios que bajo su protección conspiraban a todas horas en palacio.

Tosió Koenraad, y esta vez no era risa sino ahogo cierto. Pero se sobrepuso tras unos instantes de incertidumbre.

—¿Tú respiras bien? —inquirió de repente.

—Bien, como siempre, maestro.

—Es una buena noticia… Pues no, el emperador no eligió la herejía romana de

los tres dioses para entrar en el reino celestial, sino el camino del Único, de Dios Padre. Ciertos obispos y cortesanos lo envenenaron todo tras su muerte, mintieron a las gentes y llevaron al Imperio por el camino del error, el odio y la sangre contra quienes no estuvieran de su parte. Por tanto, no hay contradicción en que sus templos compartan ese signo con los guerreros imperiales, pues tan hostiles nos son los unos como los otros.

Pensaba Wilya en Isidorus, y no creía ver en el hispalense asomo alguno de esa aversión que sostenía Koenraad. Tampoco en Savinus, ni mucho menos en su propia madre.

—Para nada quiero yo —aclaró el anciano, más calmado— que creas que hay rencor en mis palabras. No es el rencor lo que fructifica, sino un corazón limpio de odios; pero entiende mi rabia frente al engaño y el abuso que de él hacen muchos de quienes dicen hablar en nombre del Altísimo o de la razón.

—Así que no crees que deba comentar nada a mi tío sobre esa nueva iglesia.

—Qué importa lo que yo crea. Empieza a tomar decisiones según tu buen entender.

Nunca le fue sencillo hablar con Koenraad, y no tanto por su ocasional tono arisco o por las fatigosas palabras que usaba a veces para explicar sus peculiares pareceres. Si algo áspero había en esa relación cotidiana, si algo le desconcertaba durante aquellas breves caminatas, era el respeto que el viejo parecía mostrar por sus pasos en la vida al margen de cualquier opinión que el propio ostrogodo hubiera expresado previamente. No hubo prohibición alguna ni orden tajante que saliera de su boca en todo ese tiempo, y tal trato en libertad le obligaba a él mismo a responder con convicciones propias que aún no poseía, con el aplomo de un adulto. Tampoco era su actitud la de un preceptor como Savinus, ni la de un cómplice coetáneo como Isidorus, y eso, en ocasiones, le hacía sentir a su lado igual que una muleta en la que el anciano depositaba sus achaques y sus propias reflexiones. Aunque pensaba a veces que tal vez no fuera desinterés ese distanciamiento, sino un modo particular de mostrarle aprecio que su propia ingenuidad no le permitía distinguir bien de la indiferencia.

Con su obligación diaria, Wilya adquirió también el privilegio de visitar al físico en su aposento, costumbre vedada a la mayoría de los residentes del monasterio, para quienes aquel hombre era apenas una venerable sombra de difícil acceso. Y sustituían esas visitas a los paseos cuando el bosquecillo pregonaba en sus copas agitadas la presencia de cualquier cierzo inconveniente para una salud tan frágil como la del viejo.

Soplaba con fuerza ese viento la última mañana que pasó en Agali, poco antes de que, sin previo aviso, los sirvientes llegasen en su busca para devolverle a Toletum. Iba a llamar en la puerta de Koenraad para advertir de su visita, cuando le vino de allí dentro un sonido cálido y envolvente, un rasgueo que algo tenía de prodigioso. Entró sin permiso y vio al ostrogodo sentado al amor de la lumbre, tañendo un desconocido

instrumento. Por no interrumpir, ni molestar siquiera con su llegada el embeleso del bibliotecario, tomó asiento sobre la gavilla de leña que cargaba.

El anciano le dedicó por fin su mirada de hurón, y él descifró en aquel rostro una mueca singular, como si la música hubiese cambiado sus facciones tornándolas algo más sonrosadas y menos agrias. Koenraad le mostró la causa de su metamorfosis.

—La cítara —dijo—, el mejor antídoto contra el desconsuelo y la senectud. Siempre deseé aprender a tocarla, pero mis maestros no tuvieron la paciencia necesaria para soportar mi falta de destreza. —Celebró con una risilla su propio comentario, pausa que Wilya aprovechó para dejar el combustible junto a la lumbre y acomodarse en la banqueta habitual.

—A mí me gusta como suena. —Fue sincero en su halago.

—Virtud de la propia música, no de mi gracia. No en vano dicen que el mundo fue creado según cierta armonía de los sonidos, y que hasta el mismo cielo gira de acuerdo a esa consonancia. Nuestras propias venas se vinculan a tal cualidad por las cadencias del ritmo. ¿Has escuchado alguna vez las tubas y los timbales antes de la batalla, y cómo las sienes se aceleran, y el pálpito y los gritos con ellas?

El ostrogodo pareció reflexionar de inmediato acerca de unas palabras que sin duda agraviaban las inalcanzables ansias guerreras de su contertulio, y modificó el rumbo de su glosa.

—Una obra de arte. —Le extendió la cítara para que lo comprobara—. Siete cuerdas de tripa sujetas a dos cuernos de carnero, y un caparazón de tortuga que recoge el sonido y nos lo devuelve convertido en sugestivo ensueño. Dicen que es un legado del fabuloso Hermes.

Wilya rasgó las cuerdas con medrosa torpeza mientras a duras penas sujetaba el ingenio sobre su regazo.

—Es griega —explicó Koenraad—. Tiene muchos años, bastantes más que yo si he de creer a quienes me la vendieron, y con ella se han apaciguado las penas del desamor durante generaciones.

—¿Es cierto que se amaban entre los hombres los antiguos griegos?

La música, los griegos y el amor. Sorprendente asociación de ideas, debió de pensar el bibliotecario. Pero no esquivó su obligación de maestro.

—Cierto es, en algunos casos.

—¿Y fornicaban como lo puedan hacer hombre y mujer?

—También, si salvamos las diferencias impuestas por la naturaleza.

—¿Lo hacía así Petronius?

—No lo sé. ¿De dónde has sacado tal idea?

Wilya le expuso las enseñanzas y comentarios de Savinus e Isidoras al respecto, y el anciano cambió de inmediato su talante afable.

—La sodomía es vieja como el mundo y se hizo costumbre entre algunos pueblos, los romanos entre ellos —dijo muy serio—. No voy a buscar absoluciones a ese pecado, pero hay una diferencia entre la podredumbre de ciertos hábitos y el espíritu

de esos que llamas antiguos griegos, un espíritu que nació en la camaradería de la milicia.

—Los guerreros que yo conozco sólo piensan en yacer con mujeres —replicó, y Koenraad tuvo que reprimir una de sus insignificantes carcajadas mientras recuperaba para sí el instrumento.

—No hay que ser guerrero para tener esos gustos. —Tocó de nuevo y su voz pareció fundirse por un momento con aquel sonido que todo lo envolvía—. Pero aquellos jóvenes amantes tenían una vinculación más poderosa que la carne, un pacto espiritual que les hacía mirar más por su compañero que por sí mismo. No sé si me entiendes, una especie de fidelidad; pagana, por supuesto, pero no vacía de virtudes. Muchos de los grandes héroes tuvieron su amante entre los camaradas de armas, y cuentan los poetas que verlos combatir juntos, espalda contra espalda, era un ejemplo envidiado por los propios dioses.

Pensó en cómo habría de ser una cosa así, pero no lograba imaginar a ninguno de los guerreros conocidos prendado de la bronca rudeza de un compañero, del hedor sudoroso de su cuerpo, de sus cicatrices y de las permanentes maldiciones en su boca desdentada. Cuando regresó al presente, el viejo seguía envuelto en su artística pasión:

—La música atempera a los animales más bravíos, pues incluso serpientes, aves y peces caen bajo su influjo. Y son siete las cuerdas porque siete planetas hay. Algo de bendición divina ha de esconder eso de ser músico.

Tampoco él podría ser músico aunque lo deseara, reflexionaba Wilya mientras salía de sus confusas cavilaciones para abandonarse a las armonías suscitadas por los dedos de Koenraad. Y éste, intuyendo tal vez esa pesadumbre que llevaba por dentro, palpó su brazo inane dedicándole un instante de ternura, un sentimiento que nadie podría imaginar escondido entre los pliegues de un corazón que se sospechaba hecho de tan ruda corteza como su rostro, como sus palabras.

—Jamás renuncies de antemano a la esperanza, a cualquier bendición que pueda llegarte, Wilya.

La mañana en que abandonó Agali tenía el alma encogida y un pequeño nudo le atenazaba la garganta. Dejar atrás el recuerdo de los últimos meses y, en especial, la presencia diaria de algunas de aquellas gentes con sus talantes, sus manías, sus ideas sobre el mundo y sobre la vida, no fue un acontecimiento tan grato como Wilya había imaginado. Y sólo cuando divisó la línea oscura de Toletum pintada en la lejanía del horizonte, pudo apartar de sus pensamientos el acoso de esa repentina e inesperada nostalgia.

Se adivinaba extraño a sí mismo, nadando en aquel río de sensaciones contrarias que parecía recorrerle por dentro con sus torbellinos y meandros. Regresaba a casa con un amargo sabor a pérdida entre los dientes y, al tiempo, con el indefinible gozo de quien sabe que ha crecido. Porque ahora sabía, con la confusa nitidez que dejan ciertos sentimientos, que el mundo no acababa en el hogar, que la tierra toda

guardaba secretos para quien quisiera hallarlos más allá de unas murallas, y que los hombres tenían al alcance una semilla divina llamada libertad.

La ciudad le recibió con una joven primavera en el atardecer, el Tagus reverberando de oro y verde, los colores de un sol ya agachado vivos aún en las esquinas, en las sendas, en los muros, en los rostros. Se sintió casi forastero al recorrer sus callejas, como quien hubiera pasado media vida lejos de allí y ya nada fuese igual a lo que dejó, o quizá como el que llega por vez primera y todo se le antoja nuevo y sorpresivo.

No esperaban precisamente a un extraño en su casa. Orosia, Recaredo, aquellos a quienes más amaba, el propio Lucius, Galmerico incluso, hacían guardia en la puerta como quienes reciben al señor del hogar, cada cual con lo mejor de sus deseos para ofrecerlo gratuitamente a quien regresaba, por fin, al cobijo de sus abrazos.

Entre tanto homenaje se sintió rey verdadero por un rato, protagonista único de una aventura cuya crónica no fue capaz de abordar con ilación ante la torrentera de preguntas y los comentarios admirativos o bromistas que sus respuestas generaban. Y una vez el ocaso aconsejó la retirada de los visitantes, expuso su voluntad de acompañar paseando hasta el baluarte a Galmerico y a Recaredo sin que nadie se atreviera a objetar la inconveniencia de un regreso solitario en horas tan tardías.

Durante la caminata se hicieron mil planes de futuro. Recaredo, con el entusiasmo de quien necesita contar novedades y restablecer los buenos momentos de una amistad aplazada; Galmerico, con la paciente curiosidad del que espera conocer los frutos recogidos por su pupilo en los sembrados de sabiduría de otros maestros. Charlaron largo rato a las puertas de la torre, hasta que el clérigo les recordó que su cuerpo no estaba hecho ya al relente de la noche.

Wilya tomó el camino de vuelta bajo una luna temprana que bruñía siluetas entre las sombras de un trayecto conocido. Aunque, empujado por un confuso deseo, por un intento tal vez de ampliar el alcance de su independencia, desvió sus pasos de la dirección correcta. Los cipreses parecían una horda de gigantes que elevaran sus picas plateadas hacia las estrellas al compás de la brisa. En medio de aquella danza temblaba un resplandor rojizo, intenso a veces, invisible otras por el capricho del follaje. Llegado a la altura de los árboles, confirmó la sospecha de que la fragua no estaba vacía y se fue aproximando con cuidado al edificio para garantizarse la sorpresa. Apenas podía aguantar las ganas de abrazar al herrero y contarle que nada habían podido contra él los espíritus de los monjes, y que sus piernas no se habían agarrotado sobre las losas de una iglesia sino que eran ahora más ágiles y resistentes, y su brazo bueno más fuerte que cuando se marchó.

Un rumor de voces llegado del interior del edificio le aconsejó cambiar de planes. No quería irrumpir de ese modo si Badwila estaba acompañado, trabajando quizá con sus aprendices. Encaramado a unas piedras, se asomó por uno de los ventanucos antes de decidirse. Había allí dentro cinco o seis hombres sentados, además de Badwila, guerreros todos por sus atavíos y envueltos en un espectral contraste de negrura y

brasas. Hablaba uno de ellos, el que parecía más joven, aunque estaba de espaldas y aún tardó Wilya en distinguir en él la voz y la silueta de Argimundo. Imposible entender su discurso, que los otros escuchaban con respeto casi religioso. Una vez calló éste, Badwila se retiró hacia el horno en tanto los demás iniciaban una distendida charla, brindando y bebiendo de sus cálices como si celebrasen un acontecimiento extraordinario.

A pesar de la tozuda labor del frío de la noche, de aquella posición inestable y forzadamente rígida, cuanto se desarrollaba ante sus ojos tenía más fuerza que cualquier molestia y por nada del mundo estaba dispuesto a perdérselo. Aguantó hasta que por fin el herrero se unió de nuevo al grupo con lo que parecía ser el fruto de su trabajo, una pequeña figura al rojo vivo que sujetaba en el extremo de las tenazas. Argimundo se puso en pie para despojarse sucesivamente del peto y la camisa. Como una estela de fuego abriéndose paso en la oscuridad, Badwila avanzó con su reciente obra hasta tocar con ella el hombro del joven, y un chisporroteo saltó de su carne herida, acompañado por una pequeña humareda que desapareció devorada por la penumbra. Wilya no podía ver la cara de Argimundo, pero sí percibir el estremecimiento silencioso de su cuerpo y el repulsivo olor que se liberó en la crudeza de aquel contacto. En ese momento, algo dijeron los presentes, todos al unísono como si formase parte de un coro bien ensayado, y en una lengua tan familiar como ininteligible, la lengua goda. Argimundo respondió en igual lenguaje con una frase tan velada como las anteriores, y gritaron todos por tres veces una misma palabra que Wilya quiso memorizar.

Brikan, brikan, brikan se repetía tan quedo como los labios aceptaban para no ser descubierto por su voz, y en esa palabra ignota, cuya semilla sabía salida de la raíz misma de su pueblo, buscaba un motivo de comprensión, una síntesis de cuanto estaba sucediendo ante sus ojos furtivos. Entretanto, Badwila, tras sumergir las tenazas en el pilón de agua, extrajo la figura que había forjado, la ensartó en una tira de cuero y fue a anudarla al cuello de Argimundo. Besó después al joven en la frente y le abrazó repetidas veces, y tras él lo hicieron uno a uno los demás guerreros. Cumplido este saludo, Badwila dispuso un emplasto sobre el hombro abrasado de Argimundo y le ayudó a revestir su torso desnudo, tras lo cual regresaron todos al brindis y al jolgorio, igual que si se tratase de una gran fiesta. Cuando por fin callaron, el herrero se perdió en la oscuridad para regresar al cabo con la piel de un gran lobo negro que colocó sobre el joven, cubriéndole desde la cabeza hasta casi los tobillos.

Hubo un silencio denso y muy largo, tan prolongado que las desequilibradas rodillas de Wilya no pudieron soportarlo y una impertinente tiritona se apoderó de ellas. Muy a su pesar, y para no ser finalmente descubierto como un fisgón derrumbado con estrépito, abandonó su improvisada atalaya y se fue alejando poco a poco de la fragua sin poder apartar del pensamiento aquella confusa y fascinante ceremonia. Y de camino a casa, mientras avivaba el paso para recobrar un poco del

calor perdido, creyó ver una sombra deslizándose entre las pétreas sombras de las callejas.

Despertar de nuevo en su lecho fue igual que una resurrección, como reconocerse a sí mismo tras un profundo sueño ocupado por recuerdos de Agali en el que irrumpían a veces, turbias y estridentes, algunas imágenes del ceremonial vivido desde la ventana de la herrería de Badwila. La disciplina aprendida en el monasterio le abrió los ojos antes del amanecer, pero, una vez consciente de que aquel era su dormitorio, de que su mundo volvía a ser nuevamente Toletum, se dejó llevar por el placer de tal descubrimiento para dormir hasta bien entrada la mañana.

Orosia le aguardaba sin otra preocupación que atenderlo, frente a una bandeja colmada de sus alimentos favoritos y con la satisfacción de disfrutar, por fin en privado, de su compañía. No hubo prisa alguna por parte de ella en averiguar el efecto que la estancia en el monasterio pudiera haber tenido en sus planes de futuro. Hablaron de anécdotas y asuntos triviales, y él agradeció, sin expresarlo, esa infinita paciencia de su madre. Todo el mundo parecía satisfecho con su regreso: le miraba Lucius con simpatía y cierto aire de complicidad, se le ofrecían los servidores con deferencia que le resultaba desmedida, la casa misma daba la impresión de haber sido arreglada con detalles nuevos para celebrar su vuelta. Pero él tenía necesidad de respirar cuanto antes la ciudad, de perseguir respuestas a ciertas preguntas que quedaron en el aire tras su marcha, de hallar el modo adecuado de poner orden en sentimientos que aquellos meses de ausencia no habían logrado extinguir.

Wilya deambuló sin prisas hacia el exterior de la muralla en dirección al río, con la imagen de Hilde en la cabeza, el hormigueo de su recuerdo en el estómago y la ilusión de que la luz del día pudiera ofrecerle la bienaventuranza de su encuentro. Esperar hallarla por allí era, simplemente, una corazonada, la consecuencia de saber que Badwila usaba la poterna cercana a ese suburbio para retirarse cada noche, pues nunca hasta entonces había sentido la menor curiosidad por aquella apartada zona de la ciudad. A los pies del desbaratado acueducto y entre ruinas de piedras colosales, paupérrimas chozas de madera, establos y zahúrdas conformaban una red de callejones semidesiertos que concluía casi en el mismo margen del Tagus, donde se advertían pequeñas huertas y algunas reses pastaban con indolencia.

Se detuvo antes de adentrarse en aquel territorio extraño. Repentinamente, se sintió incapaz de explicar su presencia en lugar tan impropio si es que tenía la ocasión de encontrarse frente a ella. Nada podía decirle sino una mentira, y pensó más en lo que ella habría de sentir ante la aparición de su cara horrible y su brazo colgante a la luz del día, sin sombras de fuego que disfrazasen su aspecto, que en saciar la urgencia de verla que hasta allí le había conducido.

Decepcionado consigo mismo por su cobardía, intentando engañarse con la ilusión de que habría de llegar oportunidad más propicia para sus planes, regresó hacia la barbacana. Caminaba cabizbajo, enredado en su juego interior de falacias y de excusas, cuando se abrieron las calles a una plazuela, cercana ya a la fortificación.

En la misma esquina, y a punto de chocar con él, se topó con el rostro cavernoso de Aspidius, sus ojos evadidos, el cuerpo casi desnudo, mugriento y fétido. Frenaron ambos sin saber reaccionar, y Wilya vio crecer el miedo en la mirada del viejo rey loco. Por un instante, se contagió de esa abismal vacuidad en unas pupilas que parecían querer agarrarse a las suyas, pero de alguna parte sacó valor para resistir sin un pestañeo el desafío de aquellas cuencas lívidas. El aregense extendió la mano hacia su cara, y él hubo de hacer un esfuerzo para soportar la repugnancia que le provocaba su áspero y trémulo roce.

—¿Qué te han hecho, hijo mío? —murmuró el desgraciado en un latín confuso que se le escapaba entre encías expoliadas de dientes mientras él permanecía mudo de terror y de asco—. ¿Dónde está tu madre? Oigo su voz y no la veo. ¿También tú crees que he muerto, o acaso estoy ciego y sólo me imagino sombras?

Había en aquellos ojos un pozo tan sórdido y tan profundo que le recordó al suyo, y tembló al decidir si debía asomarse a él o correr tan lejos como sus piernas le permitieran. Pero ya venía masticando el sabor de una reciente cobardía y no habría sido perdonable añadir otra más a la historia de aquella jornada.

—No lo estás —musitó Wilya con desaliento—. Ni muerto, ni ciego. Pero no conoces a mi madre, ni yo soy tu hijo.

Aspidius parecía irritado por la respuesta, aunque el tono de sus palabras mostraba únicamente un vasto desconcierto:

—Te han torturado. Por eso dices esas cosas, porque no quieres sufrir más. Pero nunca olvides quién eres, ni dejes que te engañen con sus mentiras.

Una piedra se estrelló contra el cuello del desgraciado mientras expresaba su delirante consejo. Dejó escapar un aullido y, con rictus no menos salvaje, miró alrededor buscando el origen del peligro. Un grupo de muchachos llegaba gritando hacia ellos desde el lado opuesto de la plazuela, y Wilya se apartó a un lado para no sufrir también el impacto de sus cantazos. Aspidius corrió hacia una de las callejas en busca de protección, y tras él los agresores más atrevidos, entre quienes había algunas caras conocidas. No podía faltar Berulfo en aquel escarnio, y él le afeó esa conducta cuando llegó a su altura.

—No es más que un pobre hombre.

—¡Vaya con Manoseca! Acaba de llegar y ya se cree el amo de Toletum. —Rieron sus compañeros la burla de Berulfo.

—A nadie hace daño. Y apenas puede defenderse.

—Sí. Es casi tan inútil como tú, por eso lo proteges. —Berulfo se mostraba hiriente, como de costumbre—. Corre a esconderte bajo los faldones de tus monjes y déjanos vivir.

Le ofensa le nubló los ojos, y una quemazón rabiosa le empujó sin remedio contra su antagonista. En un movimiento rápido, proyectó su frente contra la cara de Berulfo, que se dobló sobre sí mismo entre apagadas maldiciones, aunque enseguida se enderezó, con un borbotón de sangre de la nariz a la boca, para emprenderla a

golpes contra él entre el encendido aplauso de sus compinches. Wilya cayó bajo el superior peso del adversario, intentando cubrirse con el brazo hábil, maldiciéndose por su inferioridad y respondiendo a su vez con los pies, que pronto quedaron inmovilizados. Le llovían puñetazos de todas partes, y las escoceduras hacían crecer su indignación por no poder devolverlos. Un impacto en el pecho le provocó un ahogo, y el movimiento instintivo de su mano hacia allí dejó desprotegida la cara, donde se cebó Berulfo hasta llevarlo al borde de la inconsciencia.

Repentinamente, cesaron los golpes y escuchó lejanas voces alrededor. Unas manos le ayudaron a incorporarse. Con la cabeza tambaleante, la mirada opaca, sin saber sujetarse bien sobre las piernas, creyó ver entre la neblina la cara de Recaredo, y le pareció que su amigo discutía con el agresor. Y tras él, Argimundo y Hermenegildo, compañía suficiente para vencer las reticencias de cualquier rival de su edad. Por fin, pacificado el campo de batalla, le acompañaron los tres hasta un cercano regato a lavar sus heridas.

Entre los brazos amigos de Recaredo, bajo el tacto amable de aquellos húmedos dedos que le enjuagaban mataduras y moretones, Wilya se sabía protegido como en ningún otro lugar del mundo. Tan diferente su abrazo al de Orosia, tan otro el roce de su piel, pero igualmente dulce. Y pensó si no habría de ser su emoción muy parecida a la que Koenraad atribuía a los antiguos griegos, a ese pacto entre voluptuoso y espiritual que hacía de ellos envidiables guerreros. Sólo las preguntas de sus camaradas lograron rescatarle de tan turbadores pensamientos y a duras penas, dolorido en el cuerpo y en el orgullo, consiguió hacerles ver las circunstancias de la pelea. Hermenegildo se rió al escuchar su relato, y dijo que de nada le habían servido las enseñanzas del tuerto Egica, pues no se debía hacer frente a fuerzas tan superiores, y menos en defensa de una plaza sin valor, como lo era Aspidius.

—No es Aspidius el problema —objetó Argimundo—, sino Berulfo, que anda desquiciado.

Wilya agradeció íntimamente el apoyo del mayor, y al verle tan cerca recordó la noche previa en la fragua. Nada distinto había en él. Puede que sus ojos fuesen más bellos y más noble su porte, pero era el amigo de siempre y, aturdido como estaba, llegó a pensar si aquella ceremonia habría sido sólo fruto de sus ensueños.

—Motivos tiene para andar así —apuntó Recaredo—, de modo que habrá que disculparlo.

—¿Qué razón puede haber para tanta cólera? —logró balbucir él entre sus labios tumefactos.

—Ya conoces la historia de las hijas de Goswinta y Atanagildo.

—Las que casaron con los reyes francos —admitió.

—Eso es —intervino Argimundo—. Brunegilda, la menor, se casó con Sigibert de Austrasia, y el hermano de éste, Chilperic de Neustria, envidioso por ese pacto con nuestro reino, solicitó su enlace con Galsuinda, la primera hermana.

Era ése un drama de sobra conocido por la nación visigoda y que circulaba de

boca en boca por todo el reino. Ambas renunciaron a la propia fe para abrazar la religión trinitaria como gesto de obediencia hacia sus esposos. Pero, mientras el matrimonio de Brunegilda y Sigibert fue dichoso, el de su hermana se convirtió en un suplicio por la humillante presencia de Fredegundis, concubina del rey. Desengañada, Galsuinda solicitó permiso para regresar a su tierra, renunciando a la cuantiosa dote que había llevado al matrimonio, y Chilperic, presionado por los requerimientos de su amante, la asesinó para, pocas fechas después, tomar a aquélla en matrimonio. Fue una afrenta que Goswinta, aun pasados ya doce años del crimen, guardaba en su corazón como herida sin cicatrizar. Bien sabía ella que no podía hacer pagar su maldad a Chilperic, porque la corte de Neustria quedaba demasiado alejada, y su segundo esposo, Leovigildo, nunca aceptaría exponer al reino a semejante aventura para vengar a su hija. Pero sí que lo hizo Brunegilda, reina de Austrasia. Cuando hubo oportunidad, exigió la devolución de la dote de su hermana, y al negarse a ello Chilperic, su hermano Sigibert le declaró la guerra y consiguió derrotar al ejército de Neustria. Mientras éste era alzado sobre el escudo para celebrar su triunfo ante los vencidos que le habían jurado fidelidad, dos asesinos pagados por Fredegundis le clavaron dagas emponzoñadas que pusieron rápido fin a su vida.

—Ya conozco todo eso por boca de Galmerico —protestó Wilya—. Pero ¿qué tiene que ver Berulfo con aquella guerra?

—Entre las víctimas de esa última traición —se sumó Hermenegildo— había un visigodo llamado Sigila que venía sirviendo a la reina Brunegilda desde su boda. Fue gravemente herido y Chilperic ordenó luego abrasarlo con hierros candentes y separar sus miembros del cuerpo hasta la muerte.

—También mató a su familia de forma parecida —añadió Argimundo—. Sólo uno de los hijos de Sigila pudo escapar gracias a la ayuda de unos mercaderes sirios que le trajeron hasta aquí, donde fue acogido por Goswinta en agradecimiento a la lealtad de su padre.

—El nombre de ese chico es Berulfo, como habrás podido imaginar —puntualizó Recaredo.

—Pero yo no soy franco —protestó él confuso—, y nada tengo que ver con su infortunio.

—El odio, cuando crece desatado, no distingue amigos de enemigos —lo dijo Argimundo con la autoridad que emplearía Galmerico, o el mismísimo Koenraad—. Y Berulfo se frena nada más que ante un brazo más fuerte que el suyo, de modo que no vuelvas a cruzarte en su camino mientras no estés seguro de vencerlo.

Así supo Wilya que el loco Chilperic no sólo asesinaba letras y libros tal y como le había contado Savinus. También morían bajo su voluntad esposas, hermanos, hombres dignos y familias enteras, y envenenaba espíritus infantiles con la pócima lenta del rencor. Y pensó que si alguien merecía quemarse para siempre en el fuego del infierno era ese perverso demonio apadrinado por los símbolos y clérigos del dogma trinitario.

Temía su reencuentro con Badwila. Lo deseaba con el ansia de quien sabe que alguien le espera con el corazón dispuesto. Pero no era fácil mirarle de nuevo a los ojos sin que escapase de los propios la pregunta que guardaba desde aquella primera noche tras su vuelta, y sin revelar, al tiempo, que se había portado como un mocoso fisgando desde su ventana los pormenores de un acontecimiento que ya suponía confidencial. Pospuso por ello su visita para centrarse exclusivamente en la actividad palaciega, donde la llegada de Recaredo a la edad de las armas había cambiado los hábitos y obligaciones del joven rey durante los meses que Wilya había pasado en Agali. La ausencia de su mejor amigo en el aula convertía las horas de la mañana en un deber insoportable, en tanto las tardes pasaban a ser una envidiosa contemplación de los entrenamientos de su primo con la milicia, a los que también se había sumado Berulfo. Verles enfrascados en las artes del combate y dotados de peto y muñequeras para enfrentarse a espada directamente con guerreros ya diestros, descubrir los progresos hechos por los mayores, como Hermenegildo y Argimundo, se le hacía a veces insufrible. Era aquella una meta tan distante para él, tan ilusoria, que a menudo desertaba irritado de la palestra para ir a buscar fuera de allí un consuelo que no existía.

Por fin se acercó a la fragua una de esas tardes de esperanzas naufragadas, una semana después de su regreso. Y lo hizo con su mala conciencia a cuestas, dispuesto a admitir su pecado de curiosidad y la penitencia que hubiera de afrontar por su causa. Entre ascuas y martillos, Badwila bregaba con varios ayudantes cuando Wilya asomó su rostro tímido por la puerta. Nadie le prestó atención de momento, y aprovechó la ventaja de su incógnito para repasar con la vista todos los rincones, muy especialmente aquel donde, en un tiempo que ya se le hada antiguo, había ayudado a templar la espada de Leovigildo junto a Hilde, su diosa de fuego adolescente. Ella era un recuerdo agridulce bien agarrado a las tripas que le revolvía por dentro, por encima del estómago, como un hambre rara e insaciable.

—¡Eh, gardingo! —le sorprendió el grito del herrero—. ¿Tienes que pedir permiso para entrar aquí?

Se le vino encima a grandes zancadas, como aquel primer día, para estrecharlo en un nuevo abrazo, ahora sin tanto apremio ni presión, que él se encargó de completar como pudo con su extremidad buena. Así ceñidos, abandonaron el edificio para ir a sentarse al exterior, a la explanada de sus ensayos, convertida ahora en verde y mullida praderilla por el efecto vivificador de la primavera. La sonrisa del herrero despejó de inmediato todas sus prevenciones y enseguida quedaron enzarzados en un diálogo dirigido siempre por el hombrón, deseoso de conocer sus experiencias. Wilya le explicó que nunca había dejado de practicar sus carreras ni el ejercicio con el martillo, y que las labores duras del monasterio habían mejorado su fuerza. Badwila le palpó las piernas, y luego el brazo, con un gesto que no quería decir nada.

—Todavía nos queda trabajo por delante —comentó—. Si es que los clérigos no te han hecho desistir.

Fingiendo ofensa, se alzó para enfrentarse con arrogancia al gigante.

—Te dije que ningún monje me separaría de lo que quiero. Además, jamás vi por Agali aquellos espíritus que tanto te preocupan.

Badwila soltó una carcajada llena de afecto.

—Porque llevas ese hierro colgado al cuello —puntualizó entre risas—, y los espíritus se cagan de miedo. Pero no te fíes, hijo, que el veneno de los clérigos no se nota, porque se te mete dentro y desde allí opera, como hacen los gusanos con la manzana. Cuando quieres darte cuenta, te ha comido.

—Estoy deseando correr entre las picas.

—Hay gente en la fragua. ¿No temes que te vean?

—Y que se rían —dudó—. Tienes razón, mejor vuelvo más tarde.

—No es necesario.

El forjador anduvo hasta el edificio, de donde salió al poco con un par de aprendices cargados con las viejas lanzas que dispusieron en fila bajo sus indicaciones. Una vez colocadas, invitó a ambos a correr, sucesivamente, en la forma que le hacía correr a Wilya, mientras batía sus palmas con igual ritmo que en los ejercicios del pasado otoño. Y al escuchar de nuevo esa olvidada cadencia, a éste le parecía un corazón que con su pálpito le diese fuerza e impulsara sus piernas en pos de una meta que no podía aguardar. Cumplidas las galopadas de los ayudantes, desiguales en agilidad y destreza, Badwila los despachó al trabajo con el aviso de que habrían de pagar cara cualquier distracción durante su ausencia, y que igual mensaje valía para los que estaban dentro.

—Veamos lo que has progresado —sugirió esta vez a Wilya, quien sacó a la luz el arnés de cuero que colgaba oculto entre las ropas y donde acomodó su brazo izquierdo a modo de cabestrillo—. ¿Y esos arreos?

—Para correr mejor. Venga, que se hace tarde.

Tenso como una liebre recelosa, aguardó frente a las picas la primera señal, y cuando Badwila batió sus manos se lanzó a una frenética carrera, sin atender a nada que no fuera su objetivo. Hizo el trayecto sin tropiezos, y al culminarlo, jadeante y agotado, se dejó caer boca arriba sobre la hierba. Vio entonces acercarse los pies del herrero, sus botas retumbando el suelo, aplastando margaritas, doblegando tallos crecidos y brotes tiernos bajo su peso enorme. Al alzar la vista y encontrarse con su cara allá arriba, parecía más seria de lo que él esperaba. Pero el gesto cambió una vez sus ojos ansiosos interrogaron al gigante.

—Trece. Bueno, casi doce —puntualizó éste.

—¿Lo has visto? —Wilya se levantó eufórico.

—Está muy bien, no esperaba esta mejora. Apenas te inclinas ya en la carrera y eso demuestra que vas ganando en confianza. Ya veo que no sólo has aprendido oraciones entre los monjes.

—No he aprendido oraciones allí, Badwila. He conocido otras cosas y a otras gentes, pero no oraciones. Y he aprendido que Tyz no es el único dios tullido.

Badwila arqueó las cejas.

—Nunca oí hablar de eso.

—Se llama Vulcano, es el dios de las fraguas, y está cojo.

El herrero soltó una risotada tan poderosa que hizo dudar a Wilya de los conocimientos transmitidos por Savinus. Algunos aprendices asomaron sus cabezas por la puerta del edificio, y Badwila les ordenó volver a sus quehaceres con un enérgico movimiento de brazos.

—¿A eso llamas un dios? —dijo, al fin—. Es un dios romano, Wilya. ¿De verdad sabes quién fue ese Vulcano?

—Claro —respondió éste, ofendido—. Hijo de Júpiter y Juno.

—Sólo de Juno. Júpiter nada tuvo que ver en su concepción.

—Pensé que no conocerías esa historia.

—Nuestro pueblo venció a Roma, no lo olvides. A una nación no la vences hasta que has dominado a sus dioses. Es preciso conocerlos bien para alcanzar la victoria. Y Vulcano nació del cuerpo de Juno sin intervención masculina.

—Y deforme —ilustró él.

—Por eso Júpiter lo repudió arrojándole lejos de sí, y de tal caída quedó cojo. Y a partir de su desgracia desarrolló la habilidad de trabajar el fuego y los metales para forjar las armas de famosos semidioses. Hasta que su padre, que no lo era, le aceptó finalmente, de tal forma que vino a ser el único dios que trabajaba. Sí, ya conozco esa historia, y comprenderás que no puedo aceptar un dios así como protector de mi oficio.

—¿Porque es tullido?

Mudó el herrero a un semblante muy serio, y le cogió con suavidad de los hombros. Se arrodilló después para tener sus caras lo más cercanas posible y, con una ternura impropia de su cuerpo feroz, apoyó una de las manazas sobre su cuello, tomando con la otra su mano inservible de tal modo que pareciera querer regalarle parte de su fuerza.

—Un dios es un dios —dejó hablar a su boca, lentamente—, sea tullido o no, como lo es Tyz, y como Guodan es tuerto. Nada importa cómo sea su forma ni cuáles sus atributos. Pero Vulcano no puede ser un dios como es debido porque se ocupa del trabajo que pertenece a los enanos. Son los enanos quienes hacen esa labor para los dioses: tejieron para ellos la cadena con que se sometió al lobo Fenris y forjaron la espada de Tyz. Roma creía en dioses falsos, y por eso cayó, Wilya. No hagas caso de las fábulas de esos sacerdotes, que sólo reparten alimento corrompido.

—No, si ellos también se ríen de él —balbució azorado.

—Seguro que por otras razones.

—Dicen que es grotesco.

—Ningún dios es grotesco. Ninguno, ni siquiera los dioses enemigos. Todos tienen su poder, y mofarse de ellos sin conocerlos conduce a la derrota.

—Quieres decir que tú te pareces más a los enanos que a Vulcano.

—Desde luego. —Rió el herrero al enderezarse—. Si he de elegir, no dudo entre los incansables enanos y un dios falso, idiota y cornudo.

—¿Por qué idiota?

—Y cornudo por idiota. ¿No sabes el regalo que le hizo Júpiter? Le dio como esposa a Venus, y ésta pidió a Vulcano que le forjase un cinturón mágico con la virtud de enamorar a cuantos la contemplasen con él puesto.

—¿Y lo hizo?

—Naturalmente. Hay hombres que por una mujer son capaces de cualquier cosa, incluso de entregarla a otros brazos, y parece que entre los dioses romanos también los había de igual necedad. Venus y Marte se entendieron mucho mejor a partir de entonces, según dicen, y Vulcano no hizo nada por impedirlo, aparte de gimotear ante Júpiter. No irás a pensar que puedo sentir simpatía por alguien así.

—Más pena que simpatía.

—Quizá un poco, sí.

—Nunca le habría sucedido eso de no ser deforme y cojo.

—¡Ya basta! —Badwila dejó escapar un resoplido de fastidio—. Deja de compadecerte. Cuando no lo haces por ti mismo, crees verte en otros. Toma como ejemplo a Tyz y no a vencidos como ese Vulcano. Si quieres ser guerrero, tienes que pelear primero contra ti mismo, contra tus miedos. No puedes derrotarte antes del primer combate. Y eres injusto contigo, porque estás avanzando deprisa. Acabas de cumplir la prueba en trece palmadas.

—Eso me servirá para correr mejor delante del enemigo.

—O detrás. Depende de tu valor.

Wilya calló. Lo que pasaba por su cabeza no era fácilmente traducible. Menos aún en palabras que serían refutadas con energía por su amigo apenas tomaran forma de frases en el aire. Tampoco poseía ideas seguras, convincentes, pues tan pronto oteaba el futuro con ojos de esperanza como tocado con enlutados lienzos, y en situaciones como ésta siempre caía en el fácil camino de la autocompasión en lugar de rebelarse ante un destino demasiado ingrato. Le dijo por fin que no podría conseguirlo, que su ayuda sería inútil, que todos sus amigos peleaban ya en la palestra y se medían contra guerreros con armas de combate.

—Porque no se comportan neciamente, como lo haces tú. —Badwila parecía muy enfadado—. Aún no alcanzas la edad de las armas, pero si tu deseo es la milicia, dedica a ello todos tus esfuerzos, todo tu corazón. No malgastes esas energías en otros pensamientos.

—¿Hablas acaso de los estudios? Se pueden hacer ambas cosas. Ellos asisten a sus lecciones y se preparan para la guerra.

—Y tú, entretanto, miras como un bobo, te llenas la barriga de envidia y te dejas vencer por las comparaciones. Llevas una semana perdiendo el tiempo. Sí, no vayas a pensar que no conocía tu vuelta, maldito chico, pero ya renuncié a esperarte.

No se atrevió a confesarle las razones de su retraso, el verdadero motivo de su

miedo a un reencuentro que tanto deseaba, aunque la franca afectividad de Badwila le conmovió hasta el punto de estar muy cerca de delatarse. Inventó entonces una justificación que no era del todo falsa.

—Quería ver las prácticas y aprender cómo usan las armas.

—Sólo se aprende usándolas, como se aprende a correr corriendo. Pero antes debes asegurarte de que puedes mantener el equilibrio, mejorar después tu rapidez, y luego saber emplear tus cualidades en aquello que los demás no acostumbran a hacer. ¿O acaso esperas salir victorioso en un combate de esos que contemplas todas las tardes?

Él enmudeció de nuevo, sabedor de que el herrero decía la verdad, de que nunca podría ser igual que los otros. Y reconocer una cosa así equivalía a admitir su desventaja, a dejar de engañarse con ilusiones sin fundamento, tanto como aceptar definitivamente que el gardingo Wilya jamás habría de existir en la forma que siempre había cabalgado por las ilimitadas llanuras de su fantasía.

—Tú no puedes empezar como lo han hecho ellos —aconsejó Badwila—. La espada es una distancia demasiado peligrosa para ti. Quiero decir ahora mismo, mientras no tengas un brazo poderoso y una agilidad superior al oponente que te permita contrarrestar la mengua de no poder sujetar un escudo. Hasta entonces, debes aprender a combatir desde lejos o, en el peor de los casos, en un cuerpo a cuerpo muy estrecho donde la supervivencia depende del primer golpe y de la precisión con que lo asestes.

—¿Qué hacer entonces?

—Practicar en aquellas virtudes que los demás no dominan, y obtener así una superioridad sobre ellos. Y olvidarte de las armas que necesiten de ambos brazos, aunque sí debes aprender a defenderte de ellas. —El herrero extrajo un puñal de su cinto y se lo entregó—. Tienes que sentirlo como una prolongación de tu mano, acariciarlo, sopesarlo, conocer sus dimensiones igual que si se tratase de una parte más de tu palma. Una vez lo hayas conseguido, irá allá donde tú lo mandes para hacer cuanto le ordenes.

—De pequeño lanzaba el cuchillo con bastante habilidad.

—Todavía eres pequeño por mucho que te empeñes, y un cuchillo de cortar pan no es un puñal o una daga. Pero eso llevas adelantado. —Desclavó Badwila una de las picas que habían servido para la carrera—. Ésta es otra de tus ventajas —dijo, mostrándosela, al tiempo que extendía su brazo armado sobre la cabeza.

El hombrón correteó unos pasos antes de lanzar el venablo contra el tronco de un ciprés donde, tras breve vuelo, quedó incrustado con el crujido seco de la madera herida.

—Mantener la distancia, ése es el secreto. Forja tu superioridad en impedir que lleguen a ti.

—¿Y si llegan?

—Que lo hagan mermados. Y cuando suceda, que seas tú capaz de mantener la

sangre fría y la cabeza lúcida.

—¿Sin miedo?

—O con él, Wilya. Lo único importante es que Tyz te preste su fuerza y tú se la aceptes sin vanidad.

Sin vanidades, como correspondía a la fecha, pasó la Pascua con los recientes colores ya arraigados sobre la ciudad, y entre los predios espesos de vida junto al río, y en las eufóricas acrobacias de las aves, dispuestas a aceptar el nuevo tiempo con la naturalidad propia de las cosas del cielo y de la tierra. Toletum parecía regenerarse, y con él, cuanto palpitaba dentro y fuera de la piel, tal y como exigía el aliento de una cíclica juventud. Toletum resucitaba, como Cristo se levantó de la muerte, del sueño eterno, tal y como predicaban las liturgias de la estación. Con parecido impulso se sentía crecer Wilya, incitado por cuanto le rodeaba, por la robustez de los verdores y el arranque novísimo de las bestias camino del abrevadero, por los ánimos en las voces de soldados y mercaderes a quienes la crecida primavera parecía desbastar nostalgias y empujaba a hablar más alto que de costumbre.

Llegaron así las esperadas jornadas de caza en compañía de los amigos, integrados, cuando era posible, en la partida de Leovigildo y, en su caso, por vez primera como jinete a lomos de una potranca dócil y fiable. Wilya se sabía séquito, inútil acompañante de aquel grupo de hombres experimentados, de mozos ávidos por cobrar un corzo, quién sabe si su primer jabalí. Mas cabalgar junto a ellos le hacía creer en la bondad de sus propósitos, confiar un poco más en el futuro, y cada galope cumplido en un acoso sin haber dado con sus huesos en la tierra era, cuando menos, toda una victoria achacable a su pericia.

Una de esas mañanas despabiladas en que los más jóvenes habían decidido batir el soto por su cuenta, les sorprendió la noticia de que un peculiar cortejo enfilaba el camino de las carrascas, aquel que conducía hacia la puerta grande de la ciudad a lo largo de varias millas sombreadas junto a la ribera. Olvidando las apuestas sobre el ganador de la primera pieza del día, en las que Wilya siempre participaba como uno más y perdía sin conmiseración incluso ante el pequeño y débil Nantila, galoparon en busca de lo novedoso.

Apostados junto a la calzada, aún a tramos revestida por las viejas lanchas con que la remataron las legiones, y sin descabalgar sus jadeantes monturas, los vieron venir de lejos. Enseguida rivalizaron especulando sobre la procedencia de aquella nutrida expedición integrada por hombres de armas, carretas y difusos estandartes. Fue finalmente Hermenegildo el más audaz en sus presentimientos, tal vez por ese distintivo palpitar que otorga la espera de la hembra, ese ritmo que acompaña y que torna tan inquietos a quienes saben que su tálamo será en breve compartido.

—Ha de ser Ingundis.

—Demasiado pronto —objetó Argimundo—. Hasta Pentecostés no son los esponsales, y tu padre te habría puesto al corriente.

Wilya pensó en Leovigildo, y en su extraño placer por regalar sorpresas a sus

hijos. Había ocultado su regreso a Toletum tras una larguísima campaña hasta pocas horas antes de la llegada, y anunciado en público su asociación al trono, la edificación de Recopolis y la boda de Hermenegildo sin que ellos supieran previamente sobre tales decisiones. Nada tenía de extravagante la corazonada de su primo.

Piafó el caballo de éste, contagiado de la excitación de su amo y de la proximidad de yeguas nunca antes venteadas por su hocico sudoroso. Berulfo se removió inquieto, su mano crispada sobre el venablo con igual impaciencia que si tuviera a tiro una alimaña. Wilya y Recaredo cruzaron sus miradas, y éste se creyó obligado a prevenir cualquier incidente.

—Bien, por muy francos que fuesen, los de Austrasia son aliados y huéspedes de mi padre.

—Y a ellos fue leal el mío —repuso Berulfo de mala gana—. No son estos francos los que desearía echarme a la cara, aunque no dejan de ser todos ratas de la misma carnada.

Hermenegildo le dedicó una mirada torva, despectiva, antes de amenazarle:

—Ingundis tiene sangre goda. Y va a ser mi esposa. Espero que nunca lo olvides.

Eran, probablemente, francos. Extranjeros jamás vistos cuando menos, si bien ninguno de los muchachos había adquirido aún esa experiencia del contraste más allá de los embajadores que de tarde en tarde se acercaban a palacio. Al paso, desfilaron ante ellos los primeros jinetes de la comitiva, firmemente erguidos sobre los lomos de la montura, el hacha a mano, severos rostros ajados por el sol y los costurones, cabellos recogidos en trenzas y ceñidos con abalorios de colores tras el casco, receloso su ademán de forasteros, perdida la vista en un ignoto destino que, sin duda, presumían ya cercano.

Todos interrogaron a Berulfo con la mirada en busca de una confirmación. Y en su sudor anómalo, en la brasa escocida de sus ojos, en su convulsa respiración, leyeron bien claro que aquellos hombres pertenecían a la raza por él abominada, y que sólo el azar de que fuesen obedientes a una reina amiga, a una hija de Goswinta, le frenaba, no sin esfuerzo, de lanzarse contra ellos en busca de su sangre como lo haría una fiera peligrosamente herida.

Persuadido de la certeza de su intuición, Hermenegildo volvió grupas hacia la ciudad fustigando su montura, intentando ganar un tiempo que no tenía. Y tras él galoparon todos: Argimundo como la sombra amiga que era, Berulfo por sofocar su encono en los ijares del caballo, Nantila por cautela, y Recaredo por no hacer de menos a su hermano. Wilya, en cambio, quedó quieto, fascinado por aquel desfile de guerreros, en una inercia admirativa que se tornó interés al llegar a su altura los primeros carromatos. Nada de particular había en la mayoría de éstos sino atalajes, viandas y enseres de viajero, malamente embozados en badanas que se mecían al ritmo cansino de la recua. Uno, sin embargo, de mayor hechura que el resto, llamaba la atención por el meticuloso acabado de sus maderas y remaches, y sus portillas

laterales cubiertas por cortinajes de un intenso índigo sugerían la presencia de un personaje notable en su interior.

Acompasó la marcha al de esta carreta sin apartar la vista del lino azulado que apenas entreabría la brisa. Y, de inmediato, una voz contundente, en un exótico aunque bien inteligible latín, le salió al paso.

—¡Aléjate!

La frase llegó unida a la presencia de uno de los guerreros que le cortaba el paso al tiempo que hacía gestos de rechazo con su brazo, la otra mano bien afirmada en la empuñadura del hacha. Dos jinetes más se le sumaron y él entendió al momento los beneficios de aceptar la orden y mantener las distancias.

Pero aquel grito de advertencia, como si de una llave destinada a desvelar misterios se tratase, se tornó para Wilya en imprevisto aliado, y así pudo ver cómo se descorrían brevemente las colgaduras del carruaje para dejar paso a la curiosidad de un perfil femenino. Si ese rostro ligero, pálido y delicadamente jovial pertenecía a Ingundis, Hermenegildo era un hombre afortunado, pues tenía su cabello el color de los trigales en verano, y sus ojos, como torcaces grises, se movían bajo el brillante esmalte de la mañana con la gracia que sólo regalan las mujeres hermosas.

Durante largo trecho escoltó a los carros en su marcha y, no obstante la distancia, pudo atisbar jóvenes miradas que surgían a intervalos, entre indiscretas y precavidas, junto a la primera. La propia Ingundis hizo honor finalmente a tan animado esparcimiento hasta convertirse en protagonista única de amaneceres y ocasos tras la cortina, en un juego de osadías y recatos que su guardia no mostraba interés alguno por apaciguar. Wilya cabalgó un tiempo incontable pendiente de cada aparición de su contorno entre las telas, lejos aún su párvulo pensamiento de imaginar la sangre y el odio que aquella carita habría de sembrar entre quienes con tanto aprecio iban a adoptarla.

Era inútil perseguir a Badwila. Siempre se deslizaba entre las últimas sombras de la noche, que se lo tragaban de repente con la misma voracidad con que engullían a los edificios más allá del parapeto. Por eso aguardó Wilya hasta una tarde en que la luna aparecía casi plena por el horizonte, y que entretuvo en larga conversación con Galmerico en la torre donde se custodiaban los libros y las leyes.

Desde esa atalaya, y al tiempo que intentaba mantener la atención hacia los comentarios del tutor, observó cuidadosamente las líneas trazadas por las hileras de cabañas, aquel suburbio desigual encaramado sobre una giba de roca parda que se desparramaba después sin formas definidas hacia la orilla del río. Recorrió con la mirada ese itinerario una vez tras otra, buscando memorizar sus recodos y algunos edificios singulares que le sirvieran de referencia en la aventura de su decidido viaje hacia Hilde. Imaginó a veces descubrirla allí, como una figurilla insignificante desplazándose muy despacio entre otras no menos diminutas bajo el vuelo raso de las cigüeñas. Pero sólo era un deseo, el ensueño generado por esa comezón que el simple recuerdo de su nombre le resucitaba en el estómago.

Regresar a casa en horas tan tardías era una reciente costumbre que Orosia le reprochaba con inquietud contenida. Nunca se lo dijo, pero bien sabía él que en su madre habitaba el temor de que cayese víctima de merodeadores, nada infrecuentes en los arrabales y de manera especial extramuros. Aunque no era ésta la preocupación que dominaba a Wilya, sino cómo afrontar su sorpresivo encuentro con Badwila, y de qué modo desplegar la habilidad necesaria para acompañarlo hasta el lugar donde vivía sin que aquél sospechase su verdadero interés.

Aguardó, como de costumbre, una vez rendido el sol, a la salida de la fragua, sentado a medio camino entre el edificio y el acceso que el forjador cruzaba a diario. Con habilidad sorteó la extrañeza inicial del herrero, argumentando que le debía una nueva revelación tras sus últimos progresos.

—¿A estas horas?

Wilya abrió camino hacia la poterna con un Badwila no poco confuso a su lado.

—¿Por qué no hablamos el godo? —preguntó de improviso, dispuesto a completar su maniobra envolvente—. Nadie lo habla ya, excepto en las iglesias. Y el significado de las preces es tan escondido que raramente se comprende.

—Los padres de nuestros padres tampoco lo hacían. Antes de que llegaran a estas tierras ya hablaban la lengua del Imperio.

—Pues tú sí que lo hablas. Te he oído. ¿Qué significa *brikan*?

Badwila se detuvo, como si hubiese topado con un muro invisible. Pero él siguió andando con toda naturalidad hasta que el herrero recuperó su altura en un par de trancos y lo frenó con su mano sobre el hombro.

—¿Cuándo has oído esa palabra en mi boca?

Seguro de que su amigo estaba tan cautivo de la sospecha como un insecto en la melaza, reanudó la marcha sin responder hasta alcanzar por fin el límite de la ciudadela con las pisadas de aquél a sus espaldas. Una vez fuera, contempló el barrio bañado por la luna, el Tagus de plata al fondo. Y sólo entonces le explicó cómo se había convertido en testigo involuntario de la extraña ceremonia. Con la turbación en el rostro del herrero bien visible a la luz nocturna, Wilya avanzó unos pasos en la confianza de que éste se le sumase y marcara el desconocido trayecto.

—Ya supongo —añadió con leve tonillo de excusa— que es algo tan proscrito como lo que hicimos con la espada de mi tío.

—Espero, por mi bien y el de otros, que no hayas revelado a nadie lo que viste.

—Eres mi amigo y no debes temer que por mi boca te pueda llegar ningún daño, pero quiero saber qué hacía allí Argimundo.

Badwila bajó la voz y acomodó la zancada a los pasos de su acompañante.

—*Brikan* significa lucha —dijo al fin—. Y esfuerzo. Esfuerzo y lucha, la palabra que da vida a la estirpe de Tyz. Argimundo pertenece a ella desde aquella noche.

—Nunca me hablaste de esa estirpe.

—Te hablé de los viejos tiempos, Wilya, cuando la religión del Imperio no nos había idiotizado aún con la torpe baba de sus dioses. Los grandes guerreros

combatían entonces bajo las miradas de Tyz y Guodan. Tyz conduce al guerrero a la batalla, y quienes pertenecían a su estirpe eran un ejemplo para los camaradas, porque Guodan los transformaba en lobos, osos o perros durante la lucha. Multiplicado su valor, crecía el pánico entre sus enemigos, sabedores de que su sangre sería bebida por esas fieras tras la derrota. Guodan, señor de los muertos, es quien otorga tal poder a la estirpe.

—Le quemaste el brazo con un hierro al rojo.

—Ya dije que he marcado el caballo de Guodan en muchas ocasiones. Es así como llamamos a esa ceremonia.

—¿Y la piel de lobo?

—Cada cual ingresa en nuestra estirpe según su sueño.

—¿Cuál es el sueño de Argimundo?

—Solamente él te lo puede contar, si quiere. Aunque espero que no lo preguntes, que seas discreto y no descubras ante nadie que presenciaste el ritual.

—No lo haré —aseguró—. Pero yo también quiero ser de la estirpe de Tyz.

—Sólo los guerreros pueden pertenecer a ella, Wilya.

—¿En qué batalla ha estado Argimundo?

—Ya estará. Tiene el espíritu del guerrero, y pocos hay como él. A pesar de su juventud, nadie ha logrado derribarlo en el patio de armas o en la palestra.

—¿Y por qué tú? Eres un simple herrero.

Badwila le dedicó una sonrisa comprensiva.

—Combatí durante catorce años con Atanagildo —dijo con notorio orgullo—. Primero al insufrible Agila, después a los imperiales, y más tarde a los patricios traidores de Hispalis y Corduba.

Admirado, y por prolongar la conversación mientras avanzaban por las claroscuras callejas, Wilya le rogó que explicase aquella experiencia que había mantenido tan escondida.

—Agila fue un déspota con propios y extraños. Provocó sin necesidad a los ya de por sí insumisos notables de Corduba, quienes disponen de disciplinadas y bien nutridas milicias. Su arrogancia le llevó a la derrota, y allí perdió la mayor parte de su ejército, el tesoro real y a uno de sus hijos.

De aquellas cosas ya había oído hablar él durante sus correrías en palacio y por algunas explicaciones de Galmerico.

—¿Por qué le eligió la asamblea si no era un buen rey?

—Algunos cambian cuando se ven con tanto poder sobre los demás. Eso le pasó a Agila. Su elección fue un poco precipitada porque a su antecesor, Teodisclo, el último de los ostrogodos, lo mataron durante un banquete.

—¿También era un rey injusto?

—No, nada de eso. Teodisclo fue inteligente y capaz, como antes lo había sido Theudis, también de la nación ostrogoda. Pero tenía una flaqueza, y es que le perdía su gusto por la carne. Por todo tipo de carne, fuera de su propiedad o no. Los

justicieros que acabaron con él padecían una afrenta común, y es que todas sus nobles mujeres habían sufrido la fornicación real.

Badwila explicó con todo lujo de detalles cómo, tras su humillante derrota, Agila se refugió en Emérita y un buen número de nobles reunidos en Hispalis eligieron rey a Atanagildo.

—Fueron tiempos de debilidad que algunos aprovecharon para mordisquear en las fronteras del reino: los suevos, los vascones, la república cántabra y algunos jefes astures. Agila mendigó el apoyo del emperador para recuperar el trono. Entonces aún no éramos un reino poderoso como ahora, sino federados del Imperio, y Justiniano envió un ejército que desembarcó en Carthagine y tomó la ciudad.

—Lo sé. El padre de Isidorus, un amigo que conocí en Agali, escapó de allí tras la llegada de los imperiales y marchó a Hispalis con su familia.

—Como otros muchos, supongo yo. Bien, el caso es que, después de ese pacto bastardo, los imperiales avanzaron por la Betica y la Carthaginense ocupando posiciones en la costa y sin dar la cara, mientras Agila salió de Emérita para tomarnos por dos frentes. Caímos sobre él antes de que pudiese alcanzar Hispalis y le obligamos a correr de nuevo hasta la Lusitania, donde sus partidarios, conocedores de la entrega de parte del territorio a Justiniano, acabaron con su vida y se acogieron a la autoridad de Atanagildo.

Wilya seguía con particular regusto la narración de los lances guerreros de su amigo, pero no podía entender por qué no habían alcanzado ya su residencia si llevaban caminado rato suficiente como para haber llegado hasta el mismo Tagus.

—¿Tú también eres de Hispalis?

—No, no. Nací aquí, pero hubo refuerzos de varias plazas para apoyar a Atanagildo. Tras aquella victoria, atacamos a los imperiales cerca de Malaca. Era la primera vez que yo veía aquel ejército de blancos estandartes, con el lábaro rojo de Constantino en las adargas y sus arqueros de fama temible. El campo parecía aullar cuando llegamos, porque hacían sonar a un tiempo escudos y gargantas, y su chillido de raposas recorría los valles como un insulto.

Surgidos de improviso tras una esquina, unos perros les salieron al paso con actitud hostil y gruñidos amenazadores. El, de momento, se detuvo confuso, pero Badwila prosiguió sin inmutarse tanto el paseo como la narración.

—Ruido es lo único que se atreven a mostrar los imperiales aparte de sus traseros. Les pusimos en fuga, y a partir de entonces viven encerrados tras las murallas de las ciudades que nos arrebataron por la cobardía de Agila.

—Hay quien dice —apuntó Wilya sin quitar ojo al gruñido de los canes— que fue Atanagildo, y no Agila, quien llamó en su ayuda a los soldados imperiales.

—Quien quiera decir, que diga. Yo he visto lo que he visto.

Dicho esto, Badwila se colocó a cuatro patas sobre la tierra y encaró a los perros, respondiendo a sus gruñidos con otros no menos feroces que les hicieron huir, quejumbrosos, en la negrura. Mientras su amigo se erguía entre risotadas, Wilya

recordó las extraordinarias metamorfosis que Guodan operaba en quienes pertenecían a la estirpe de Tyz, y no pudo evitar imaginarse en qué fabulosa fiera habría de convertirse el enorme herrero en el instante decisivo de la batalla. Quizá Badwila había puesto en fuga a los imperiales con parecidas artes a las que acababa de emplear ante sus ojos.

—Pero no vayas a pensar que tras la victoria de Atanagildo quedaron cerradas las heridas —prosiguió éste con toda naturalidad tras el insólito episodio—, porque los dos bandos seguían enfrentados en la paz y sólo les unía su odio común al Imperio. Por eso, tras la muerte de Atanagildo, ambas facciones eligieron como solución de compromiso a un noble que predicó el olvido de toda rencilla. Ese hombre fue Liuva, tu padre.

Aquella referencia pronunciada con un respeto cierto, desde la sincera admiración, le transportó al mundo del recuerdo por un instante. Y en la cara casi circular de la señora de la noche quiso buscar el rostro de quien años atrás lo alzaba en sus brazos entre risas, de aquel padre apenas convertido ya en un nombre, tan borrosas sus facciones como las de la misma luna, velada ahora por una caprichosa cortina de delgadas nubes.

—Tardaron casi medio año en ponerse de acuerdo, aunque al menos la sangre goda dejó de correr entretanto. Ahora, esos odios se han apaciguado porque en tu tío quedan unidos todos los intereses. Ya no somos siervos. Acabaron los tiempos de sumisión porque Leovigildo ha hecho de nosotros un pueblo libre.

Badwila le tomó del hombro para, bordeando un establo, guiarlo hacia una calleja lateral.

—Así que, aunque lo mío es el yunque y el martillo, ya era guerrero a los quince años.

—Yo también lo seré. —Y ahora la voz de Wilya revelaba una singular firmeza, mientras el herrero le conducía hasta el rincón que formaba un portillo de madera con su pared de barro resquebrajado.

—Tal vez —comentó éste casi en susurros—, pero hasta entonces acostúmbrate a regresar a casa cuando caiga el sol. Y no olvides que cuanto viste aquella noche forma parte de nuestro secreto.

Al tiempo que decía esto, Badwila hizo una seña de silencio, y enseguida le mostró con el dedo una sombra que se deslizaba, cautelosa e insegura, sobre las irregulares pizarras del suelo. Dejó que ésta llegase a distancia conveniente y, con rapidez imprevista, el herrero se abalanzó sobre el intruso. Cuando Wilya salió de nuevo al albor opaco de la luna, la presa pataleaba entre sordos graznidos, agarrotado su cuello por la poderosa garra del captor.

—¡Lucius! —Se encendió de vergüenza al ver aquella cara congestionada por el ahogo.

—¿Conoces a este gazapo?

Quiso decir que era su mayordomo, pero la ira le trocó la frase.

—Es mayordomo de mi madre.

—En tal caso, mejor será que siga vivo para que te acompañe a casa.

Se engalanó por Pentecostés la iglesia de Santa María, con tan suntuario ornato que nadie, hasta esa fecha, habría sospechado que pudiera albergar tal grandeza. Festoneados para la ocasión de largas sedas, sus húmedos muros parecían haberse agigantado, y el alegre centelleo de cien blandones flameando en los candeleros regalaba a todo ojo un espectáculo prodigioso. Hasta la sonrisa de las gentes cobraba allí dentro una dimensión como de celestial beatitud. Magnífico Hermenegildo junto al altar, hermosa Ingundis frente al solio del obispo con su vestido de seda roja y una soberbia cruz de oro y turquesas sobre el pecho. Y en cada rostro de los presentes, un reflejo de ese manifiesto orgullo real, una brizna al menos de la complacencia de Leovigildo, del optimismo jovial de Recaredo, de la maternal presencia de Goswinta.

Goswinta, pensaba Wilya al contemplar su firme perfil, siempre reina pese a todo, sin permitir que un asomo de disgusto empañase la nobleza exigible en presencia de su pueblo. Porque tribulaciones familiares en familia deben quedar en tanto el Maligno no las enrede en demasía, debía de juzgar la reina. Y él la juzgaba a ella capaz de domeñar tanto a la corte como al mismísimo diablo.

Absorto en el humo prieto y serpenteante de los cirios, Wilya recordó de qué manera había cambiado Ingundis a aquella familia en tan breve tiempo. Ya la primera vez que se cruzó con la princesa franca en los corredores de palacio había vivido una desconcertante prueba, que comenzó por la natural turbación frente a su inesperada presencia para culminar en un inexplicable desasosiego. Regresaba él de una visita a su tío, encuentro en que le había hecho llegar aquella demanda de los clérigos trinitarios de Agali para que les permitiese levantar un templo más acogedor que el de la apartada colina. La opinión de Leovigildo resultó permisiva, pero él no sabía a ciencia cierta si había obrado correctamente o no con su mediación. Y en ésas estaba, dándole vueltas a lo dicho y escuchado, cuando apareció ella.

Caminaba Ingundis, vivaracha, junto a dos de sus sirvientas. La vio llegar de frente y el encuentro se hizo inevitable, y con él un incómodo rubor que luchaba por vencer la curiosidad, el deseo de contemplar de cerca aquel rostro que, a distancia y entre visillos, tan atractivo le pareció la primera vez. Pero no hubo ocasión para comparaciones, porque cuando ella llegó a su altura, y acercándosele como quien quiere hacer una confidencia, le dijo aquellas frases:

—Adora lo que has incendiado. Quema lo que has adorado.

Ella siguió su camino sin esperar reacción de su parte. Y él hubo de esperar a otras voces más expertas para comprender el significado de tan confusa sentencia. A decir del conde Egica y de Oppila, el embajador ante los francos de Neustria y Austrasia, y en conversación entre ambos que Wilya tuvo oportunidad de escuchar, Ingundis se negaba a dimitir de su fe trinitaria. Y tal actitud irritaba sobremanera a su abuela Goswinta, quien recibía esa testarudez como una gravísima falta de respeto al reino de los godos y a su futuro marido, y no dejaba de repetirle a la joven que tanto

su madre Brunegilda como su tía Galsuinda aceptaron de buen grado la fe de sus consortes cuando se desposaron. No satisfecha con su jactanciosa negativa, la futura esposa de Hermenegildo provocaba a cuanto godo hallaba a su paso con frases a modo de la que Wilya había recibido. Una rebeldía estúpida e infantil que sacaba de quicio a la reina, quien, en opinión de los aludidos, más de una vez había confesado su deseo de cruzarle la cara a su nieta. Los había incluso que aseguraban que tal deseo se había hecho realidad.

Del propio Recaredo arrancó después la confirmación de tan incómodas querellas familiares. Citando al rey, su primo le había hablado de las malas artes que sobre Ingundis había ejercido un obispo de fe romana llamado Fronimius durante su tránsito por la provincia narbonense. No sin rabia, escuchó cómo el prelado, un galo a quien su padre Liuva había aceptado en sus tierras y concedido la silla episcopal, aprovechó el viaje de la joven para llenar su corazón de odio hacia la religión de los godos y de su futura familia.

—Un muerto de hambre —había maldecido Leovigildo al saberlo— que llegó sin un mísero tremís en la talega y ha engordado a costa de mi gente. Así me lo paga, envenenando el alma de esa pobre niña. No sería malo que alguien le hiciera llegar la noticia de mi cólera. Corred la voz de que envío a un hombre para que lo degüelle, y veremos si es capaz de mantener su rollizo mondongo sobre las piernas.

La idea del rey había provocado una carcajada en cuantos la escucharon, y el mismo Recaredo se la narró a Wilya con la risa en los labios. Pero bien sabía él que no era cosa de reírse, ya que la princesa franca había exigido también la presencia de un obispo de su fe hereje en la ceremonia de esponsales para sentirse acompañada por una bendición más cercana a sus creencias. Y tal gusto era fruto de la ignorancia de la propia joven tanto como de su orgullo desafiante, pues al casamiento estaban invitados también los jerarcas de la secta romana y no menos de media docena de trinitarios podían contarse ahora en lugar destacado del coro de Santa María.

Bebiendo en otras fuentes, Wilya pudo barruntar el alcance de tan tormentosa relación. Por Galmerico supo que aquella frase que ella le había dirigido de pasada en los corredores era la misma admonición recibida por su bisabuelo Clodwig de boca de un obispo para que el rey franco abandonase el paganismo y aceptara el bautismo trinitario. Clodwig, prosélito finalmente de la herejía bajo el sobrenombre latinizado de Clodovecus, era tenido, según el preceptor, como ejemplo de codicioso asesino, pues a través de engaños y traiciones eliminó a reyes aliados y a sus propios parientes para apoderarse de sus tierras y tesoros. Había muerto pocos años después de la batalla de Vogladum, aquella en que cayó Alarico el Joven, y tanta maldad guardaba en su alma que incluso en su lecho de muerte se mofaba de los cadáveres que había dejado a su paso:

—Desgraciado de mí, tan solo y como vagabundo entre extraños, sin deudos que me socorran en la adversidad —le había contado Galmerico que se lamentaba en tal trance, pero que lo decía para burlarse de sus víctimas, y por ver si aparecía algún

familiar aún desconocido a quien poder llevarse por delante antes del último suspiro.

A Wilya no le cabía en la cabeza que el delicioso cuerpo de Ingundis albergase tan mala sangre como la atribuida por Galmerico a su bisabuelo paterno. Y de Goswinta nada sino bondades podía imaginar. Miraba a ambas, sucesivamente, espléndidas entre el oropel, y ningún muro infranqueable, ningún foso que les separase parecía existir. Y es que los corazones, se decía viéndolas en su apariencia de perfecta armonía, han de guardar sin duda invisibles parapetos que confinan más allá de las fronteras y de las normas, y que ni el más poderoso de los ejércitos puede llegar a rendir.

Tan invisibles al menos como el que últimamente se había alzado entre él y su propia madre, solemne también ella en su modestia, discreta su posición entre la multitud concurrente a Santa María, allí donde nadie pudiese decir que pretendía lugar más notable que el que le hubiera sido fijado por la suerte. Y la observaba Wilya con ambigua emoción, con ese afecto de siempre, si bien deslustrado ahora y teñido de pesadumbre por un insufrible desencuentro.

LIBRO II

(580-582)

No es impío el que suprime a los dioses, sino el que los conforma a las opiniones de los mortales.

EPICURO DE SAMOS

Tal vez fuera por el confesado miedo de Aberius a la oscuridad, o quizá para conservar el calor durante las todavía frescas noches a la intemperie, el caso es que los novicios solían dormir abrazados junto al fuego. Pero igualmente ceñidos viajaban a lomos de su mula sin aparente necesidad, como si el contacto de sus cuerpos les fuera tan imprescindible como el rezo de sus oraciones. Y a él, la contemplación de ese afectuoso vínculo le provocaba el retorno de ciertos recuerdos que hacían revivir una antigua ternura salpicada de zozobras, una visión del mundo ya extinta y enterrada. Y con esa memoria, como un viejo ensueño rescatado de las más profundas simas del olvido, llegaba también una sutil brisa de tristeza, una débil nostalgia por los tiempos pasados y los años adolescentes, por todo cuanto pudo haber sido y nunca fue, y por algunas de las cosas que en realidad sí sucedieron. Aunque aquello que antaño podría haberle desencadenado un insufrible lastre de melancolía quedaba ahora firmemente sometido a la experiencia por la certeza de que lo muerto nunca regresa, excepto para trocar en pesadillas los sueños de los débiles.

Cuando cruzaron las crecidas aguas del Durius por el añejo aunque sólido puente de Ocellum Durii, el temor que los novicios pudieran guardarle parecía haberse evaporado. Cierto que su hosco mutismo no debía de hacerles nada cómoda la compañía, y que su andrajoso y bárbaro aspecto levantaba no pocos recelos entre la gente cuando el hambre y el fracaso en la caza les obligaban a mendigar. Cierto que su presencia en tan grotesca expedición significaba a menudo un obstáculo más que una ayuda, pero con el transcurso de las jornadas se imponía en aquéllos esa irrefrenable naturaleza de la primera juventud que ni los más severos hábitos ni una drástica tonsura son capaces de domeñar. Y así, entre chanzas y comentarios, intentaban sin éxito rescatar algún monosílabo de sus labios sellados.

Por lo demás, la gradual seguridad de que no era el salvaje espectro que en principio imaginaron les había mutado en un par de parlanchines empeñados en ponerlo al día sobre mil y un pormenores por demás fútiles o molestos. Así, y ante su impasible silencio, el astur Aberius refería todo tipo de novedades y consideraciones eclesiásticas, como que el obispo que ahora ocupaba la sede romana era un tal Gregorius que antes había sido gobernador de la ciudad y a quien todos tenían por un

hombre santo.

El godo, por el contrario, siempre más interesado en su historia personal, le asaeteaba a preguntas sobre su vida en palacio y sus relaciones con Leovigildo y sus hijos.

—¿Es cierto que conociste a Hermenegildo?

—Y cómo no habría de conocerlo —censuraba burlón su compañero—, si era su primo.

—Yo tengo primos a los que no conozco, y seguro que tú también.

Como de costumbre, dejaba que las preguntas se perdiesen en el viento, por si éste quería conceder a los novicios una respuesta que él no estaba dispuesto a ofrecerles, pero esta vez, al escuchar el nombre de Hermenegildo, dedicó a Gainas una mirada tan cortante que bien podría haber partido una roca. Porque aquel nombre le traía a la memoria lo más frío del invierno.

LOS COLORES DE LA MUERTE

Toletum, comienzos de 580

Fue un invierno crudo, con las nieves enseñoreadas de campos, calles y tejados, y de los hombres sin abrigo que hoy respiraban y mañana eran hallados rígidos como la piedra donde yacían y con carámbanos ocupando en ellos el lugar destinado al alma de los vivos. Como helado quedó el corazón de Leovigildo cuando alguien tuvo el valor suficiente para confiar a su mano aquella moneda, y sus ojos rapaces identificaron la efigie y persiguieron luego el sendero marcado por las letras circunscritas.

—¿En el nombre de Dios? —contaban que bramó el rey tras aquella imprevista puñalada—. ¿Qué dios es ese que alienta a levantar el brazo armado contra un padre y no a honrarlo como ordenan los santos mandamientos? ¿Qué dios puede azuzar a un joven para hacer de él un usurpador, un tirano de su pueblo? ¡Yo abomino de ese dios, y de quienes en su nombre predican una fe tan despreciable que avergonzaría a los paganos!

Había llegado de Hispalis. La moneda acababa de ser acuñada en sus cecas y todavía conservaba el brillo y la consistencia de lo que no ha sido manoseado. La efigie de Hermenegildo ocupaba el centro y, en torno a ella, aquella frase: «Dios conceda vida al rey». Al rey Hermenegildo. Lo que ningún rey, ni siquiera él, el gran Leovigildo, había osado hacer jamás, esgrimir el sagrado nombre de Dios en su favor, unirlo a su propia imagen para justificar una autoridad que sólo el Aula Regia tenía derecho a otorgar, lo había consumado su propio hijo. Traición sobre traición. Tras aquella escena, y preso de una ira hasta entonces impensable en él, el rey se había recluido en su cámara privada, donde, a decir de los más allegados, permaneció durante varios días sin soportar otra presencia que la de Goswinta.

Wilya contemplaba la moneda con estupor, sin dar crédito a lo que veía, a lo que sus dedos estaban ciertamente tocando, a las noticias que habían llegado hasta sus oídos en las últimas fechas. Y como si algún hechicero le hubiese conferido una extraña magia de amuleto, aquella pieza de precioso metal prestada por Recaredo parecía dirigirse a él con una voz que nadie más era capaz de escuchar, y de hablarle del reciente pasado y de cuantos acontecimientos se habían venido precipitando como una torrentera de sorpresas, ácidas decisiones y pésimos augurios.

Frente al fuego, un fuego insuficiente para calmar el rigor de aquel implacable frío que se había posesionado quién sabe si para siempre de la tierra, escuchaba esa voz susurrante cargada de recuerdos. Esa voz que le hablaba de Ingundis, de su frágil y precioso cuerpo juvenil, del poder de sus ojos y de las cosas que con ellos hacía a cuantos revoloteaban a su alrededor. Porque ella tenía algo de seráfico, una gracia que le facultaba para atrapar a su gusto los corazones. Sí, ciertamente, aunque tanto tenía

de angelical como de perverso, porque con similar facilidad podía envolver hasta retorcerlas las mentes de quienes se le acercaban en exceso. Bien lo sabía él desde aquella vez en que, recién llegada, lo abordó con aquellas frases que le dejaron boquiabierto. Y después, tras su boda, cuando rogó que la acompañase hasta la basílica. ¿Quién era él para negarle nada a la huésped más mimada de palacio? ¿Acaso no soportaban sus caprichos, y con ejemplar paciencia, gentes mucho más autorizadas? ¿No se tenían sus risas por una alegría impagable, una bendita vitalidad entre aquellos arcaicos corredores?

No, él no podía negarse aunque lo hubiera deseado, y no lo deseaba porque ella utilizó su parte más celestial para pedírselo. Podía haber elegido a otro, pero lo eligió a él. Nada extraño, por otra parte, pues ningún hombre hecho y derecho de palacio habría aceptado poner sus pies en un santuario de culto romano. Sin duda percibió la inmadurez de su espíritu, la maleable oscilación de sus sentimientos, y se abalanzó sobre ellos para enredarlos en su delicadísima tela de araña. Tampoco era él compañía equívoca o improcedente para una recién casada durante las muchas horas en que los deberes mantenían a Hermenegildo apartado de su esposa. ¿Qué habría de temerse por parte de un tullido, de un mustio mozalbete sin experiencia? ¿Y qué otra cosa sino compasión podía haber despertado en ella, de haber podido despertar algo?

La veía ahora, aunque su efigie no apareciese, en el reflejo de aquella moneda. A Ingundis, caminando a su lado, cuatro pasos por delante de las sirvientas de su séquito y de la guardia personal que jamás abandonaba su rastro; interesándose por la fisonomía de su nueva ciudad, respondiendo con candorosas sonrisas a las miradas de los curiosos, dejando atrás la protección de la muralla, deteniéndose a contemplar las ruinas del circo romano devoradas por la maleza, avanzando resuelta por fin hacia la centenaria basílica erigida en el lugar donde, según la tradición, la mártir Leocadia había sido sepultada tras su apaleamiento hasta la muerte casi trescientos años antes. La primera vez que él había estado allí, apenas podía tenerse en pie. Fue llevado, y tendido sobre la lápida entre plegarias, sollozos y lamentaciones de su patética comitiva de herejes. Al ver a Ingundis arrodillarse ante aquella misma superficie desprovista de todo poder, de la mínima clemencia hacia la desgracia, Wilya no había podido evitar una sonrisa irónica. Ella captó de inmediato aquel gesto de despectiva frialdad, aunque sostuvo su posición genuflexa durante el eterno tiempo que duraron sus oraciones. Una vez fuera, y muy cuidadosamente, sin virulencia, como quien se interesa por la salud de un cachorrillo, Ingundis le interpeló sobre su manifiesta impiedad en lugar tan sagrado. Y él, desde su orgullo para con la fe de su padre, repuso que no había lugar en su corazón para supersticiones.

—No queda lejos el día —argumentó ella— en que todos en el reino de los godos acudiréis a estos templos, pues no sobrevivirán otros sobre la tierra.

Y al tiempo que *decía*, esto, con la mano acariciaba su maltrecha mejilla, y a él le recorrió un temblor que le hizo tambalearse.

Aún podía recordar su roce, esa sensación sobre la piel, ese no saber dónde te

encuentras, si en el cielo o en la tierra, si vivo, si muerto. Sí, ahí seguía ese estremecimiento, renovado ahora por el tacto de aquella moneda, por su extraña virtud restauradora. Allí estaba impresa toda la historia, que acudía al presente con la fuerza de un aparecido, de un espectro que fuera tomando cuerpo ante los ojos. De igual modo que fue creciendo lo inevitable; como una mansa brisa al principio para acelerarse luego en busca de su necesario desenlace, o de lo que todos creyeron entonces un desenlace que por fin resultó falso para convertirse en el nuevo peldaño de un proceso cuya consumación sólo podía imaginarse teñida de dolor.

No pudo evitar un reproche para con los funcionarios de la ceca hispalense. Así, a la luz del fuego, la efigie de Hermenegildo distaba mucho de parecerse a quien decía representar, y no porque los artesanos hubiesen sido benévolos o cicateros con la gracia de sus rasgos, sino porque habían omitido la forma de su alma. Tampoco podía esperarse otra cosa, pues es imposible representar lo que no existe, y Hermenegildo la había perdido tiempo atrás: quizá en los labios de Ingundis, quién sabe si en el abismo de sus pupilas, o en la perturbadora y húmeda gruta de su vientre. Cualquiera que fuese el lugar de la pérdida, ella guardaba su botín como el avaro esconde el fruto de la usura. Para sí misma, tal vez para otros menesteres. El alma de Hermenegildo, en manos de Ingundis. Nada de insólito, de imprevisible, tenía aquel hecho. Wilya conocía muy bien su influencia. Aquella caricia ante la puerta del templo martirial le había arrancado parte de su propia alma. Como otras veces que vinieron después, en las que le hizo sentir desnudo ante sus ojos, ante el mundo, como si le sorbiese dulcemente el hálito, como si a su lado se desvaneciera toda duda, toda desavenencia, para concluir por fin que nada importaba, que se podía hallar una suerte de felicidad siendo un pelele movido por sus dedos.

Todos habían sido muñequitos de Ingundis mientras vivió en Toletum. Todos, excepto Goswinta, la única que descubrió su juego y tuvo la valentía de ponerle coto. No tanto por ser reina, pues Leovigildo, gozando de mayor preeminencia que ella, andaba también cautivo del embrujo de su reciente nuera. No por reina, sino por el derecho que otorga una misma sangre, y quién sabe si un don parecido al suyo, aquel con el que había conquistado el corazón del reino visigodo muchos años antes de que su nieta asomase por allí, de que siquiera existiese. Y la edad, que en no pocas ocasiones significa una carga difícil de sobrellevar, quiso proceder más como ventaja que como impedimento en este asunto.

La experiencia de Goswinta contra la ceguera de palacio, contra los títeres que cerraban los ojos ante un espejismo. Porque espejismo y no otra cosa era Ingundis, quien, paso a paso, y tras el velo de una inocencia tan natural como devastadora, hacía crecer su influjo alimentando a todo un ejército invisible presto a la rebelión y a un implacable asedio de los más sagrados cimientos del reino. Y así, tras las frecuentes visitas al sepulcro de la venerada Leocadia con pública exhibición de sus gustos, después de las reiteradas admoniciones para que abandonase su afán proselitista en el hogar que con tanta predilección la había acogido, luego de negar

una vez tras otra el respeto debido hacia la fe de su esposo, la paciencia de Goswinta alcanzó su límite y sobrevino una tormenta que nadie pudo detener.

Esa tensión entre abuela y nieta, expresada a decir de algunos en bastante más que palabras, se convirtió finalmente en la comidilla de palacio. Hasta el punto de que Leovigildo, tras patéticas e infructuosas mediaciones, hubo de adoptar una decisión salomónica que devolviese un poco de aire limpio a tan envenenado escenario. Con ese propósito, y no sin dolor por la separación que significaba, dispuso que su primogénito asumiera el ducado de la Betica, alejándolo de sí hasta Hispalis, y a Ingundis con él. Y allá marcharon antes de que amarilleasen los campos y granaran las mieses. A casi todos pareció buena solución, una salida honorable para las partes en litigio, aunque no faltase quien, en voz baja y con la obligada disciplina, juzgaba como excesiva, por prematura, la responsabilidad de toda una provincia en tan bisoñas manos.

Los hechos, no pocas veces, dan la razón a los agoreros, aunque se precise de la paciente alianza del tiempo para confirmarlo. Un tiempo que de momento se tornó apacible en Toletum tras la forzada ausencia de Hermenegildo, y la de Argimundo, su inseparable amigo, a quien el rey encomendó muy encarecidamente la custodia de su hijo haciéndole jurar fidelidad para con él, si fuera preciso hasta la muerte; petición secundada por Goswinta, quien confiaba en la nobleza de aquel joven como en ninguna otra de entre las que conocía o pudieran anunciarse para años venideros. Un tiempo sin disonancias que pasó demasiado veloz, apenas lo que tarda en girar una moneda impulsada por la uña, como ahora rotaba la de Hermenegildo sobre la mesa, cada vez más tambaleantes su efigie y su lema en demanda de un equilibrio, de la quietud definitiva. Apenas un descanso para cerrar las heridas antes de que alguien viniese de nuevo a hurgar en ellas para hacerlas más profundas y más infectas.

Bien avanzado el otoño, durante la recolección de la oliva, llegaron los mensajeros. Desde Hispalis, y en nombre de la infamia. El primogénito del rey había abrazado la fe trinitaria. La sombra de Ingundis se cernía de nuevo sobre Toletum. La de Ingundis, y la de Leander, aquel hermano de Isidorus, el mayor de una raza sumisa a los obispos de Roma y a Constantinopolis como les consideraba Koenraad, que había sumado sus mañas a la perseverancia de la joven. El tálamo y el altar, las delicias de la noche y las perfidias del día, un cerco demasiado poderoso para resistirlo, un asedio ante el que, finalmente, Hermenegildo había claudicado. Pero si una noticia así no podía ser recibida por su padre con la mínima simpatía, peores eran sus consecuencias, pues el nuevo duque hispalense, no conforme con una decisión personal que, al margen de su gravedad pública, habría de ser respetada, se había permitido decretar, arrogándose un derecho que iba más allá de la ley, la confiscación de todo templo, tierra o hacienda que en la Betica perteneciera a la fe goda para entregarlos a la secta en cuyo credo acababa de ser confirmado. El rey reaccionó de inmediato, despachando emisarios que citaban a Hermenegildo para un encuentro en Toletum y con órdenes rotundas de devolver a cada uno lo suyo y de restaurar cuanto

había sido arbitrariamente desbaratado.

La ciudad se convirtió en un interminable peregrinar de agravios. Obispos y presbíteros expoliados exigían justicia ante un meditabundo Leovigildo que no podía ofrecerles sino una nada persuasiva petición de paciencia. Incluso algunos nobles de raza goda, siempre a través de intermediarios necesariamente discretos y de total confianza, hacían llegar su protesta al verse desprovistos de los atalajes de su fe por aquella insostenible conculcación del derecho. Y entre tantos ires y venires, llegó al fin la respuesta de Hermenegildo. El miedo hablaba por su boca: no pensaba poner pie en Toletum porque temía el odio de su padre por haber aceptado el credo romano y no quería ser asesinado. Eso dijeron quienes llevaron su palabra hasta el rey. Y viéndole a éste recibir tal mensaje hubo quien se compadeció de su destino, y no pocos asumieron ese insulto como dirigido a ellos, ya que aquel hombre a quien conocían de antiguo, aquel que había cobijado a sus hijos como polluelos de águila y los había encumbrado después hasta la cima del reino, no podía guardar semejantes intenciones hacia su propia sangre.

Miedo, sólo miedo, y ninguna palabra respecto al desafuero cometido contra los de su raza por parte de Hermenegildo. Ni el más mínimo gesto de contrición, hasta que por fin llegó la moneda como rígido emisario de la vileza. Hermenegildo, rey. Hermenegildo, aclamado en Hispalis por el clero romano, por los notables y sus milicias, quién sabe si por otros godos. Hermenegildo y su efigie impresa en metal. Sopesándola ahora en la mano, se preguntaba Wilya si su primo no habría visto también en sueños una señal dorada en el cielo, o tal vez en la tierra, reptando sobre las feraces campiñas de la Betica, o en la insidiosa voz de sus consejeros. La señal de Constantino, aquella que obliga a cruzar una línea sin retorno.

Los recuerdos de Wilya sobre el tiempo previo a aquel desastre estaban ya teñidos de disgusto y decepción: como si no fueran suficientes las trabas impuestas por el destino, o por ese dios injusto o quienquiera que fuese el responsable de todo ello, las decisiones de los humanos parecían contribuir con entusiasmo a acrecentar su hostil perplejidad ante el mundo.

El imprevisto descubrimiento de la vigilancia nocturna por parte de Lucius le había causado tal humillación que de inmediato derivó en un trato agrio y pendenciero por su parte hacia el mayordomo. Hasta tal punto le resultaba insoportable su presencia que, por venganza, le hacía objeto de cuanta maldad pudiera hallar en su corazón, mortificándolo con insolencias, caprichosas y destempladas órdenes, e incluso peligrosas provocaciones.

Con ese ánimo camorrista había tomado por costumbre poner en práctica algunos de los consejos de Badwila junto al sirviente, y a menudo se ejercitaba con el puñal a escasa distancia de su pellejo.

Rasgaba el aire la daga para incrustarse en la viga, un golpe seco a dos pasos de Lucius. Y un segundo cuchillo después, y un tercero. Recuperaba luego él sus armas mirando de soslayo al mayordomo sin sorprender en él un gesto de pánico, ni un

amago siquiera de prevención que le hiciera desistir de su concienzuda labor de acoso en el patio. Bien distinta su cara de la aterrorizada mueca que dejó escapar cuando el herrero lo alzó en el aire. Y se regodeaba Wilya en aquella ofensa, resarcimiento íntimo cuando menos por la que él mismo había recibido sabiéndose bajo acecho, y por haber frustrado con ese acto su ansiada averiguación sobre el lugar donde habitaba Badwila con la invisible Hilde.

Tanta malicia, de la que se avergonzaba a veces en soledad, aunque sin renunciar por ello a hacer efectiva su represalia, no era sino un golpe desviado, pues era Orosia la responsable de todo y Lucius un mero cumplidor de órdenes. Bien lo sabía él, pero verter sobre una madre tanta rabia no parecía a su alcance mucho más allá de las palabras, tal y como había hecho cuando ella le pidió que no culpase al mayordomo por ser obediente y criticó con preocupación sus andanzas nocturnas.

—¿Qué te traes con los herreros?

—Me tratan como lo que soy —había replicado rabioso, conocedor de la herida que abría—, un hombre que no necesita nodriza.

De poco servía la paciencia de los adultos con lo que presumían una pasajera rabieta adolescente, porque cada frase, cada gesto destinado a congraciarse se convertía para él en un nuevo agravio. Así que la vida en casa devino poco o poco en un tenso silencio donde las palabras pronunciadas en su presencia eran prácticamente las imprescindibles.

En esos sinsabores domésticos andaba cuando Ingundis entró en su vida, en la vida de todos. Y ella le enfrentó por primera vez a la contradicción. Lo que su madre no había conseguido de él, esa sumisa tolerancia al contacto casi cotidiano con la herejía trinitaria, lo había obtenido la nieta de Goswinta sin el menor esfuerzo hasta convertirle en inseparable guía de sus andanzas toletanas. Y a costa de burlas por parte de quienes, a la vista de la influencia que la reciente esposa de Hermenegildo ejercía sobre él, no dudaron en otorgarle el nada honorífico título de dama de compañía. Había sido aquél un tiempo extraño que, una vez impuesta la obligada distancia, deseó olvidar de inmediato para recuperar las preocupaciones diarias de las que Ingundis le había tenido apartado. Desaparecida por fin aquella turbadora presencia femenina, con el regusto de lo más hechizante de su recuerdo todavía en el pensamiento, emprendió la vieja búsqueda.

Fue mediado el otoño cuando, en una de sus noches de merodeo, consiguió averiguar dónde vivía Badwila. Aún hubo de madurar la decisión, y quizá si el azar no hubiese actuado como necesario mediador ante su flaqueza, nunca habría dado el paso. Quiso ese azar que una mañana quedara vacía de lecciones por una ligera indisposición de Galmerico, y Wilya decidió que ningún momento mejor que aquél, mientras el herrero estaría ocupado en la fragua. Se encaminó hacia el arrabal extramuros hasta casi alcanzar la ribera, donde una aislada pareja de olmos fijaba una guarida natural en que apostarse sin ser descubierto. Allí aguardó largo rato sentado, observando las evoluciones de aquella gente que de vez en cuando aparecía por las

callejas o en las huertas colindantes dedicándose a labores propias de siervos y esclavos.

Por fin la vio salir de su minúscula choza y afanarse con un montón de barro dispuesto junto a la puerta, destinado sin duda a remozar los adobes antes de la llegada del que ya se presumía severo invierno. Así, a la luz del día, despeinada, manchados sus brazos, sus ropas, la propia cara, ofrecía una imagen muy diferente a la de aquella pequeña diosa envuelta en un crepúsculo de brasas. Aunque se le antojó en ese momento mucho más cercana que entonces, más terrenal y semejante a sí mismo. Y el hormigueo que guardaba en el estómago comenzó a transformarse en dilema, en una lucha interior entre dos contendientes de igual fortaleza; uno que le animaba a acercarse a ella, y otro que lo paralizaba. Cuando Hilde acomodó un cántaro en su cadera para dirigirse al río en busca de agua, los luchadores cambiaron su estrategia y ahora el primero sugería quedarse quieto para favorecer el inevitable encuentro mientras que el oponente exigía salir corriendo a toda prisa y desaparecer de allí cuanto antes.

A medida que ella se aproximaba a su inseguro puesto de observación, una creciente inmovilidad se hacía dueña del cuerpo de Wilya, como aquella otra vez en que Badwila le llamó desde la fragua. Pero ahora el miedo era muy distinto, ahora tenía un cierto sabor dulzón y estaba matizado por el característico aroma de la curiosidad; era un desasosiego más amable que parecía citarle con una invitación que sólo un cobarde podría rehusar. Y fue esa velada referencia a la cobardía y el recuerdo de su anterior huida lo que al fin le decidió a ponerse en pie, caminar los pasos que les separaban y saludarla.

Hilde dibujó un gesto de sorpresa en los ojos y quedó boquiabierta. Sus labios salpicados alrededor de pequeñas motas de barro parecían querer decir algo, pero dio media vuelta y corrió hasta perderse tras la puerta de su casa. Wilya quedó quieto frente al lugar que ella había ocupado momentos antes, confuso, sin saber qué hacer ni adonde ir, tratando de comprender qué había sucedido y cada vez más seguro de que a plena luz debía de resultarle más repulsivo que bajo el protector manto que ofrece la penumbra de una fragua.

Con esa amargura añadida llegó a los catorce años, y con ellos, a la desde siempre esperada edad militar. No aceptó Orosia, sin embargo, que se trasladase definitivamente a palacio como él habría deseado, aunque sí ocasionales estancias más o menos prolongadas que facilitasen su formación. Y esta negativa de su madre le llegó con sabor a represalia, como un agravio más que añadir a la ya larga lista de ofensas a sus deseos de independencia.

Los primeros entrenamientos, con la espada y la pica, no resultaron del todo insatisfactorios, pues, a pesar de sus limitaciones físicas, poca oposición podía esperarse de espantajos de madera y muñecos de paja que sufrían sus embestidas con resignada desidia. Más comprometido fue montar un caballo de guerra y domeñar quiebros y saltos, porque, aunque se esforzaba en mantener la estabilidad, sus

frecuentes caídas provocaban carcajadas o, entre los más discretos, misericordiosas miradas al suelo para ocultar la vergüenza ajena o una risa apenas reprimida. Aun así, su terca tenacidad lo empujaba a repetir una y otra vez, entre dolores y hematomas, una experiencia para la que no parecía dotado, y con su obstinación hacía crecer la burla más o menos rotunda de los testigos. La pelea cuerpo a cuerpo en la palestra, con el único auxilio de los brazos, colmaba su sensación de fracaso, y las furiosas acometidas de los adversarios, por poco hábiles que fuesen en estas lides, le colocaban en poco tiempo en situación de derrota. En cierta ocasión, Recaredo, en un gesto que los presentes elogiaron, se hizo atar su brazo izquierdo para establecer igualdad de condiciones frente a él. Wilya se empleó a fondo en la pelea, y aunque cosechó una nueva derrota, el combate fue mucho más igualado que en lances anteriores. Bien sabía él que la generosidad de su primo era un intento de reforzar su decrépita moral ante un antagonista cuyas magníficas facultades eran ponderadas a diario por los más expertos; magro consuelo frente a la realidad, ya que ningún enemigo pondría remilgos en emplear todas sus ventajas durante la batalla si el objetivo era destrozar a un contrincante tan mermado. Aunque guardó cada uno de los instantes de aquella lid en su corazón como señal inequívoca del afecto mutuo que les unía.

Los entrenamientos y la vida en palacio acrecentaron sus relaciones con otros jóvenes aprendices y con guerreros ya talludos. Y a través de tal relación, como un signo más de crecimiento y de su pertenencia de pleno derecho al grupo de los machos adultos, Wilya se inició en el trato con prostitutas. Ellas prestaban su cuerpo por dinero, pero todos los oficios tienen sus momentos desagradables, y él parecía ser uno de ellos. Fingían sus caricias, sí, y aunque le permitían disponer de su carne, Wilya siempre creía ver que retiraban sus miradas por eludir el encuentro con su cara rota, y estaba seguro de que despreciaban su brazo medio muerto como si les tocase un sapo o una sierpe y no un hombre. Tampoco a ellas les gustaba Manoseca.

Desengañado de tales experiencias, pronto sustituyó las visitas grupales al lupanar por melancólicos paseos en solitario que buscaban la compañía de Badwila. El herrero, no obstante, parecía más preocupado por los últimos acontecimientos y las consecuencias que de éstos pudieran derivarse que por su trabajo cotidiano. Sin apenas esbozarlo con palabras, en su ademán ausente se podía leer el temor a que se descubriese la pertenencia de Argimundo a la estirpe de Tyz, y que tal revelación pusiera en evidencia a otras personas, incluido él mismo, y que todos fueran erróneamente asociados con la rebelión surgida en la Betica. Aunque ni una crítica salió de su boca hacia el joven hijo del condestable, pues le suponía afecto, pese a circunstancias en que se hubiese visto envuelto, a las viejas creencias de los ancestros.

A pesar de esa embarazosa incertidumbre, se esmeraba Badwila en sus enseñanzas y consejos. Así, obligaba a Wilya a practicar durante interminables tardes sobre los lomos de un viejo penco hasta conseguir que el movimiento y la presión de

las piernas sustituyesen con sus órdenes a unas bridas inservibles por su merma física y por la necesaria libertad de su mano derecha para el combate. Y también a brincar una y otra vez desde el suelo al espaldar del bruto con la única ayuda de su brazo sano, y desde allí de nuevo a tierra para fortalecerse y obtener una mínima soltura que le acercase a la pericia de un modesto jinete. Otras veces le hacía repetir parecidos ejercicios sobre el yunque de la fragua, animándole a saltar sobre la férrea herramienta sin usar las manos, y a posar sus pies sobre marcas de ceniza previamente dispuestas y cada vez más alejadas del punto de partida. Y entre esfuerzo y esfuerzo, mientras Wilya tomaba resuello, le insistía Badwila en que la velocidad de su pensamiento, la agilidad de sus piernas y la fortaleza de su brazo derecho eran sus armas de guerrero, y que en ellas debía trabajar diariamente para obtener la categoría de invencible:

—Porque, no nos engañemos, tu destino como guerrero ha de ser convertirte en invencible, no en victorioso.

—Es lo mismo —replicó él entre jadeos.

—No lo es. Uno se hace invencible aprendiendo a defenderse, mientras que será victorioso si aprende cómo atacar, cómo vencer. Este último podrá ser un glorioso guerrero, pero eso no significa que no pueda ser vencido.

—Entonces, mi tío es victorioso.

—Leovigildo es ambas cosas. Victorioso e invencible. Pero esa virtud no es frecuente, y tú debes buscar la invencibilidad más que la victoria. Si aprendes a defenderte, a conocer tus limitaciones, podrás sobrevivir. La mayoría te considerará invencible, y muchos necios te tomarán incluso por victorioso.

Wilya observaba al herrero con ojos perdidos, como si los conceptos que quería enseñarle quedasen demasiado lejos de su comprensión.

—El gran guerrero conoce sus flancos más débiles y es capaz de esconderlos o reforzarlos —concretó Badwila—, y al tiempo sabe cuáles son los del enemigo y cómo atacarlos. Es lo que siempre te digo: aprende a defenderte, y si te ves obligado a atacar, que tu ataque sea rápido e inesperado. Aunque tus fuerzas sean menores que las del oponente, éste se sentirá en inferioridad.

No obstante la dedicación de su amigo, a pesar de la exigencia y los trabajos a que le sometía para obtener fruto de tales hipótesis, la realidad se le hada a Wilya más y más dura, ya que apenas ligeros avances notaba en la confrontación diaria con la experiencia de sus entrenamientos, y allí donde esperaba un progreso notable no hallaba sino decepción. Sus regresos a casa, una vez por semana, tampoco contribuían a mejorar su humor. Orosia siempre intentaba quitarle la idea de la cabeza. Al principio lo había hecho casi en silencio, con tibios gestos de desaprobación, aunque sin ocultar su rostro de sufrimiento cuando contemplaba su cuerpo magullado. Pero ahora, y a medida que crecía el rumor de que una nueva guerra civil se cernía inevitablemente sobre el reino, su actitud de dócil pesadumbre había dejado paso a una activa insistencia con ruegos explícitos y llamamientos a la

cordura que él recibía como verdaderos insultos a su hombría.

Una suerte de hartazgo se había apoderado de Wilya cuando los primeros calores del verano se asentaron sobre Toletum. Un hartazgo sembrado de dudas, un dolorido cansancio que su alma identificaba cada vez más nítidamente con la idea de derrota. Por eso, cuando Galmerico le pidió llevar hasta Agali una nueva obra para su biblioteca, sólo se resistió con leves objeciones, pegas formales, que se disiparon en el aire cuando supo que el propio Koenraad había solicitado que él, y no otro, fuese el portador.

Hizo el viaje solo, negándose a aceptar la escolta que Orosia le sugería, aunque durante millas no cesó de girar la cabeza, de mirar atrás convencido de que Lucius o alguno de los siervos seguirían a distancia sus huellas por orden de su madre. Y su empeño no era un capricho, ni siquiera un respetable deseo de afirmación e independencia, sino que necesitaba alejarse de Toletum durante un par de días, un tiempo que le permitiese marcar la necesaria distancia con sus decepcionantes últimos meses. Pero no hubo amago de jinetes tras él, y esa noticia le permitió despojarse un poco de su sentimiento huraño y disfrutar abiertamente de un trayecto apacible entre suaves oteros, mareas de trigo y rebaños indolentes. Un viaje que nada tenía que ver con aquel otro que un año largo antes hubo de aceptar para cumplir con la promesa hecha a su tío.

La recepción en Agali también fue muy distinta a la primera. Ya desde la distancia se podían distinguir los muros del nuevo templo alzándose vigorosos junto a la fachada del edificio principal. Y cuando Wilya llegó al patio y fue reconocido por algunos de los monjes ocupados en la construcción, un corrillo de hábitos agradecidos abandonó aperos y andamios para rodearlo hasta detener el paso de su caballo.

—Dios Nuestro Señor te bendiga, noble Wilya.

Descabalgó abrumado por las lisonjas, por los besuqueos que los más osados ensayaban en sus manos. Hasta el preclaro Savinus, con la polvorienta túnica arremangada a la altura de la barriga y mostrando sus calzones sin el mínimo rubor, se llegó hasta él para dedicarle una afectada, aunque sincera, reverencia.

—Gracias por tu generosa intercesión. Siempre serás un nombre bendito entre nosotros.

Un extraño embarazo se apoderó de él. Nunca se había sentido tan halagado, tan importante, excepto ante los ojos de su madre, desde luego, o cuando en cualquier foro se mencionaban sus méritos por ser el hijo de Liuva. Pero aquello era bien distinto, pues tan público homenaje le estaba dedicado por sus hechos y no por ser quien era, y en esa certeza se sentía gozoso por una vez en mucho tiempo, preso de una suerte de orgullo por haber actuado al fin de modo correcto según su propia voluntad. No encontró otra forma de superar el rubor que ya notaba en las mejillas que cambiar el rumbo de la conversación.

—¿Isidoras? —interrogó a Savinus.

—El joven hispalense regresó a su tierra el último otoño.

Durante el viaje se había hecho la ilusión de poder charlar de nuevo, al menos durante un rato, con aquel chico amable y despabilado que con tanta deferencia le trató tiempo atrás. La noticia de Savinus le causó cierto desencanto, aunque, en realidad, no tenía ninguna confianza en conseguirlo. Los sucesos de la Betica implicaban directamente al obispo Leander, a quien se consideraba en Toletum responsable máximo de la traición de Hermenegildo, y parecía razonable pensar en que aquél hubiese reclamado la presencia de su hermano menor para tenerlo cerca en tiempos tan azarosos.

Tampoco su encuentro con Koenraad tuvo nada que ver con aquella recepción fría, casi agresiva, que entonces le dispensó el bibliotecario. Le saludó esta vez con insospechada afabilidad, y cuando él puso en sus manos la bolsa con el tomo confiado por Galmerico, el ostrogodo lo depositó sobre su mesa sin interesarse siquiera por su contenido. De inmediato, y con esa particular forma de sugerir que más parecía invitación que orden, le hizo acomodarse en una banqueta junto al tragaluz bajo el auspicio de los últimos fulgores vespertinos. Sin mayores comentarios, alzó la melena que protegía la nuca de Wilya y palpó vigorosamente la zona con sus afilados dedos para extenderse luego por debajo de la camisa hasta el hombro. Y éste apenas pudo reprimir un brinco en el asiento.

—Parece que duele —ironizó Koenraad, sin renunciar a su exploración—. Cuando llegaste aquí y observé tus movimientos, me sorprendió lo absurdo de tu estado, y no he dejado de pensar en ello desde entonces.

Wilya no tenía respuesta para aquellas consideraciones ni para tan imprevista y extraña situación, pero, en caso de haberla tenido, el dolor habría truncado la posibilidad de expresarla. Aunque Koenraad no parecía aguardar palabras de su parte para proseguir con su particular discurso:

—Te atendieron físicos notables que deberían haber vigilado tus progresos, y cualquiera que se llame físico conoce las técnicas de Hipócrates para reducir las luxaciones y sus posibles recidivas. Durante más de un año he maldecido su presunta incompetencia. Pero estaba equivocado.

Por fin abandonó el anciano su feroz examen para ir a sentarse frente a él. Centelleado por la bermeja lengua del sol declinante, tenía Koenraad una expresión que nunca antes le había ofrecido, o que tal vez no supo descubrir Wilya en su precedente estancia en Agali. El mensaje de sus ojos era una mixtura de piedad y de confianza que parecía rejuvenecerlos, como si éstos hubiesen renacido de entre la antigüedad de sus pliegues, de las ensombrecidas arrugas que los cercaban.

—Cuando me llamaron tras tu percance, mi mayor preocupación fue devolverte a la vida. Y hubo suerte. —Enmudeció el ostrogodo por un momento y alzó su vista al techo, como si tomase aire para expulsar algo que le doliera en el gaznate—. Aconsejé a tu madre los beneficios de la cirugía para alejar en lo posible el riesgo de que quedases tullido. Pero ella se negó. Quién sabe si por miedo a perderte, o

confiada en auxilios divinos más fiables que el mío.

Aquella revelación estremeció a Wilya. Las palabras del viejo físico descargaban en Orosia una responsabilidad sobre su estado insospechada hasta ese momento. Un borbotón de ira le nació en el pecho, desparramándose como un manantial de agua hirviente hasta traducirse en una anormal calentura en el rostro y en el interior de la cabeza. El amor por su madre, no obstante, y la certidumbre del incondicional amor de ella, acudieron como testigos llamados a juicio con el noble propósito de atemperar la confusión que atenazaba su pensamiento. Quiso creer que fue ese amor trocado en miedo el origen de tan necia decisión, o tal vez su excesiva fe en letanías, votos y ritos sobre tumbas de mártires o huesos de santos. Y prendido a esa certeza, como uncidas van la noche y el silencio, le sobrevino un sincero deseo de indulgencia hacia ella, un deseo que no conseguía hacerse sólido y se quedaba en tierra de nadie, a medio camino entre la pena y el rencor.

El viejo, como si leyese las ideas que peleaban en su caletre, insistió en la necesidad de compasión.

—No debes culparla por eso, hijo. La cirugía siempre es un riesgo y nadie podía saber el futuro de tu cuerpo. —Wilya agachó la cabeza para ocultar los incómodos lagrimones que empañaban sus ojos y le taponaban la nariz—. Puedes revocar la decisión de tu madre, si es tu deseo.

—Nadie regresa al pasado —replicó él, sorprendido.

—Nadie. Aunque puede que recuerdes, de aquellos días que pasaste aquí, algunas preguntas por mi parte que parecían sin sentido. Sobre tus dolores, tu respiración…

—No tengo esos recuerdos.

—Entonces estabas bajo la tutela de tu madre y yo sólo podía preguntar. Pero has cumplido la edad de las armas y ya puedes decidir por ti mismo.

—¿Y qué habría de decidir?

—Pasan tres años de aquella desgracia y el resultado no será tan favorable como pudo haberlo sido entonces, pero estás a tiempo de intentarlo.

—¿Tú puedes curarme?

Koenraad dejó ir una de sus risas que parecían toses.

—Te dije hace tiempo que los milagros no están a mi alcance. Puedo intentar reducir un poco el mal que tienes en el hombro, que no es precisamente una luxación. Al menos un tendón quedó atrapado entre las articulaciones cuando caíste. Ahí sigue, como un reo en el cepo. Y liberarlo exige el auxilio de la cirugía.

En un arrebato espontáneo, sin atenerse al respeto debido a los mayores cultivado desde niño, Wilya tomó en su mano sana el huesudo antebrazo de aquel hombre que de repente le ofrecía un destello de esperanza. Y se aferró a él con fuerza.

—Cúrame entonces.

—Frena tu entusiasmo, muchacho. Antes de decidirte debes saber que la cirugía es muy dolorosa, que no hay ninguna seguridad de éxito y que, por el contrario, corres el riesgo de que la parálisis se extienda o de que no sobrevivas si alguna

infección se apodera de ti.

Dudó un momento antes de responder. Tragó saliva, pero ya sabía la respuesta.

—No me importa.

—De ti depende. Y de la confianza que te merezca este viejo físico. —Koenraad extendió sus brazos en el aire. No había en ellos rastro de temblor.

—Toda mi confianza.

—Es una decisión que no hay que tomar a la ligera. Piénsatelo, al menos hasta mañana. La noche suele ser buena consejera.

Wilya abandonó la cámara del bibliotecario en un estado de euforia absolutamente desconocido. El estómago no le admitía otra cosa que emoción y estaba saturado de este sutil alimento, así que, en vez de ir al refectorio, salió a campo abierto para disfrutar de las últimas boqueadas del sol en el vecino bosquecillo, allí donde solía practicar sus carreras un año antes. Las piernas parecían ahora moverse solas, sin necesidad alguna de obligarlas. Y todo alrededor le mostraba un mundo de nuevas luces y colores, como si la vida hubiese brotado para él con misteriosa energía.

Sólo cuando quedó arropado en su celda por la soledad de la noche llegaron las reflexiones. Y con ellas el negro pensamiento de que quizá la buena voluntad de Koenraad no fuera suficiente, de que ni siquiera su pericia lograse el milagro que le había mantenido como entre nubes en las últimas horas. Y que tal vez su esperanza se viese truncada por la implacable visita del Ángel de la Muerte, o por algo peor y más terrible que eso, porque ninguna idea se le antojaba tan cruel como la posibilidad de seguir viviendo convertido en un lisiado aún más patético de lo que era. Junto a tan sombrías presunciones, y como bálsamo que atenuase el malestar de las escoceduras, reflexionaba sobre los acontecimientos que le habían conducido hasta allí, seguro de que el encargo de Galmerico había sido una excusa, una artimaña urdida entre el clérigo y el bibliotecario para hacerle saber que ambos confiaban en poner fin a sus males, y esa confianza ajena le concedía repentinas fuerzas para seguir adelante con su propósito. Entre estos y parecidos razonamientos fue derrotado por el sueño, un sueño nervioso de frecuentes y sobresaltados despertares por los que se filtraba a veces el regusto de su malévola pesadilla, aquella en que la sombra de una gigantesca mariposa lo envolvía hasta el límite de la asfixia.

De amanecida, su determinación había adquirido la fortaleza del granito. Se vistió a toda prisa para recorrer la distancia hasta el aposento de Koenraad, convencido de que aquel día que despuntaba habría de ser el primero de una nueva vida para él. El ostrogodo ya estaba levantado, ojeando a la joven luz del ventanuco el tomo que la tarde previa había quedado sobre su mesa. No necesitaron de palabras para entenderse, porque el viejo leyó en los ojos de Wilya cuanto necesitaba saber.

—Siéntate ahí y escribe a tu madre —dijo—. Pasarás algún tiempo lejos de casa y no querrás que se preocupe. Y dile la verdad.

Koenraad salió de la sala mientras él se enfrentaba a la necesidad de explicar su

decisión a la persona que en su día le negó lo que ahora iba a hacer. Con las frases más suaves y tranquilizadoras que pudo hallar, intentó transmitir en ellas la fuerza de su deseo y su confianza de que todo habría de ir bien. Sin púmex a mano, hubo de tachar varias veces antes de atinar con las palabras precisas, pero cuando por fin el físico regresó, ya había obtenido una carta decentemente legible.

Erga, que entró tras el ostrogodo, le saludó con simpatía y se hizo cargo de la misiva para desaparecer de inmediato.

—¿Qué tal has dormido esta noche? —se interesó el viejo.

—Mal. Estaba muy inquieto.

Koenraad vertió en un pote de barro parte del contenido de una de las ampollas de vidrio que guardaba en su andrajosa alacena y le añadió un buen chorro de vino. Con parsimonia, removió la mezcla hasta que ésta adquirió consistencia viscosa; se deshizo entonces de parte de ella en un aguamanil y, sin dejar de agitar el brebaje, completó el vaso con agua.

—Pues ahora dormirás aunque no quieras —aseguró, ofreciendo a Wilya su camastro, y la poción una vez éste se tumbó en él—. Bébelo despacio.

Tenía un sabor profundamente amargo y textura poco más suave que la de unas gachas molidas, pero cumplió con el consejo de apurarlo con calma. Entretanto, Koenraad le narraba anécdotas de sus experiencias como cirujano tanto en el reino como en tierras de las que él jamás había oído hablar.

—Desde luego, no hay mejor escuela de cirujanos que la guerra, y disculpa que cite de nuevo a Hipócrates, porque su…

Lentamente, el discurso del físico dejó de tener importancia para los oídos de Wilya, y los recuerdos, o tal vez esos quiméricos universos que el pensamiento humano tiene el poder de procrear, se le presentaban con mayor nitidez que cuanto sucedía en aquella pequeña estancia. Y así, junto a la deshilachada silueta del viejo hablador, descubrió la figura de un jinete que se aproximaba al trote.

—… y el morbo inguinal se llevó a miles en Toletum. Fue el año en que murió tu padre…

Su padre, el rey Liuva, era aquel jinete que había llegado a su altura para compartir con él su sudor de guerrero, y alzarlo después con sus manos. Y él se sentía pequeño, minúsculo, mientras jugueteaba entre los brazos de aquel coloso. Después, Liuva le depositaba suavemente sobre la cabalgadura, montaba tras él e incitaba al caballo a un medio galope que producía en el ombligo tanto miedo como placer. Y a partir de ahí, ya nada era importante, ningún sentimiento tenía poder sobre él, protegido como estaba por la todopoderosa presencia paterna.

—… Tal vez, después de todo, puedas aprender a tocar la cítara para mí.

Wilya intentó abrir los ojos contra la resistencia de unos párpados desobedientes que no parecían suyos. De sí mismo, de lo que debería ser su cuerpo, percibía nada más que un cuello rígido y muy dolorido hasta el hombro. Poco a poco, y como retazos de un sueño, por su pensamiento desfilaron imágenes inconexas y absurdas,

imágenes de las que apenas lograba atrapar las desdibujadas caras de Koenraad y Erga pululando alrededor, y frases sin sentido de uno y otro, quién sabe si dirigidas a él. Y entre ellas el rostro maternal de Orosia, y sus manos acariciándole, y hablando también ella con palabras que no lograba recordar, pero cuyo entrañable significado se le había adherido con fuerza a la memoria. Súbitamente, tan oscuros recuerdos sobre su madre pasaban a pertenecer a otra edad, a otro tiempo, aquel que siguió a su caída, y le poseía entonces la idea de que estaba tendido en el lecho de casa, y que los años vividos tras el percance no habían sido ciertos, sino tan sólo una pesadilla sufrida durante el letargo de ese agónico espacio que separa la vida de la muerte.

La luz tenía un color lechoso y las vigas del techo se le antojaron de repente poderosas rejas de una mazmorra. Confuso, quiso levantarse en busca de la verdad. Y al hacerlo, la dolorosa evidencia de su busto vendado se le hizo insufrible. Se notaba débil y vacilante, pero la curiosidad era más intensa que el malestar. Sentado por fin sobre la cama, recuperándose del esfuerzo, Wilya se enfrentó a un lugar desconocido. No era la discretísima celda de Koenraad donde había bebido aquella repugnante pócima. Aquella estancia era al menos diez veces más grande que el misérrimo rincón del bibliotecario y poseía algo de mágico, como un embrujo que la hacía particularmente atractiva a unos ojos recién salidos de la negrura. Sus tres ventanas estaban protegidas con finas láminas de yeso traslúcido enmarcadas en plomo, un lujo poco frecuente que había tenido ocasión de apreciar en algunas salas de palacio y en casa del hebreo Yamin Benaser durante su visita en compañía de Galmerico y Recaredo, un ingenio que su propia madre elogiaba en ocasiones con el propósito de instalarlo, pues prevenía contra el frío mejor que la madera y proporcionaba una luminosidad amortiguada que muchos tenían por signo de distinción.

Ensayó unos pasos sobre el enlosado en dirección a la ventana más próxima, ante la que se extendía una larga tarima sobre la que descansaban innumerables volúmenes. Más allá, y en una posición centrada, se abría el hueco de una chimenea en torno a la cual se disponían una mesa y un par de sitiales y, más lejos, un entramado de tablones y mampostería, que, junto a trastos de indeterminado origen, dejaba ver recipientes de toda especie y una colección de macetas de muy distintos tamaños que daban cobijo a desconocidas plantas. Antes de que Wilya pudiese alcanzar el objetivo, Erga aparece en la sala y corrió hasta él para sostener su cuerpo.

—Tienes que permanecer en cama —le amonestó con ese tone siempre condescendiente que mostraba el pariente de Atanagildo.

—¿Qué lugar es éste, tan extraño?

—Es de Koenraad. Muy pocos lo conocen, y muchos menos tienen permitido el acceso.

—¿Y todas esas plantas?

—Son sus hierbas, a mí no me preguntes. Pero no se te ocurra tocar nada.

El aludido se presentó ante ellos mientras desandaban el camino hacia el lecho y Wilya ensayaba tímidos movimientos con su brazo izquierdo. Su reprimenda sonó

mucho más enérgica que la de Erga:

—Todavía tienes las suturas frescas, ya habrá tiempo de probarse.

Acomodado de nuevo el paciente sobre un mullido almohadón, el tono del Koenraad cambió de inmediato para interesarse por cien detalles acerca de su estado general y aspectos tan menores que no parecían guardar relación alguna con el motivo de aquel interrogatorio. Asentía el físico a sus respuestas con silenciosos meneos de cabeza hasta que él se quejó de hambre.

—Buen síntoma. Tu madre se alegrará de verte comer después de tanto velar lo que ya creía perdido.

—¿Tan pronto ha llegado mi madre?

—¿Pronto? Hoy se cumple el quinto día desde que hurgué en tus huesos, muchacho.

Enseguida hubo comida ligera para él, y el irremplazable maná de la presencia de Orosia, quien, al tiempo que le ofrecía besos y atenciones, recomendaba ir despacio, tener calma y aplazar el retorno a casa hasta que su salud se viese con las necesarias fuerzas como para no recaer.

Y así, tal y como ella aconsejaba, sucedieron las cosas, pues una vez su madre certificó que dejaba en Agali un hijo vivo y regresó a casa, Wilya quedó bajo la exclusiva tutela de Koenraad y sus remedios. Al principio como un cuerpo tendido y doliente a merced de Erga, quien a diario mostraba que la humildad no está obligadamente reñida con la fortaleza física. Y al cabo de unas jornadas, cuando el ostrogodo cortó los costurones que le recorrían el hombro hasta la nuca y sustituyó emplastos y aparatosos vendajes, como un muchacho débil aunque capaz de andar.

En su nuevo estado, Wilya cambió el lecho por uno de los sitiales junto a la ventana, que exigía abierta para poder vivir al menos desde lejos la verdadera luz de unos campos cuyo disfrute por el momento se le negaba. Y entretanto le crecía la envidia por el aire libre, a medida que el dolor dejaba paso a una irritante picazón, y siempre a cubierto de las miradas del físico, ensayaba con el brazo izquierdo esfuerzos y movimientos con resultado decepcionante. Cierto que se había mitigado un poco el daño, ese continuo tormento que le recorría desde el hombro hasta los dedos cada vez que intentaba variar la caída natural del brazo, pero éste seguía siendo tan inservible como antes. Por fin, un día acopió el valor necesario para afrontar los hechos y hacerle a Koenraad la única pregunta que tenía verdadera importancia para él.

—No voy a curar, ¿verdad?

—Claro que curarás. Antes de que la herida cicatrice ya podrás salir de aquí y dar unos paseos.

—Hablo de mi brazo, no de la herida.

El viejo le miró con una expresión parecida a la de aquella tarde en que el sol poniente jugueteaba con sus arrugas, pero ahora Wilya no pudo descubrir en sus ojos esa insólita juventud que le había impresionado, sino la adustez propia de quienes

llevan detrás mucha vida, demasiados desengaños.

—Ni mis manos ni mi ciencia obran milagros, ya te lo dije. Y abandona esa mueca sombría, que ningún beneficio te trae.

El no hizo el menor esfuerzo por ocultar su decepción y fue a tenderse en el lecho con aire de derrota. Koenraad salió de la sala sin más comentarios y regresó al poco portando unos artilugios que dejó en la mesa antes de tomar asiento frente a ella.

—Lo que pasa es que estás aburrido —apuntó—. Ven acá.

Wilya obedeció a regañadientes, la cabeza gacha, los pasos deliberadamente lentos, hasta llegar a la altura del ostrogodo. Sobre la mesa halló un objeto nunca visto, una lustrosa tabla cuadrada dividida por líneas en múltiples cuadrados más pequeños y sobre los cuales Koenraad desplegaba extrañas figurillas de colores talladas en marfil. Más por curiosidad que por obediencia, ocupó la silla vacía sin perder detalle de las evoluciones del viejo, que extraía de una caja los muñecos para disponerlos en doble fila sobre dos de los rincones de aquella superficie. Los había rojos y verdes, de distintas formas y tamaños, aunque algunos se repetían o eran asombrosamente parecidos, y entre ellos creyó distinguir efigies de caballo.

—Esto es el chaturanga, o el chatrang, según dónde se le nombre —dijo Koenraad, una vez pareció haber concluido su minuciosa ceremonia—. Muy propio para ti, tan entusiasta de la guerra, y para quienes preferimos simularla al abrigo de un techado.

Contó el viejo que aquel juego llegaba de la lejana India, donde se conocía muchísimos años antes de que el gran Alexander la hollara con sus ejércitos, y que pasó después a Persia, y que su nombre venía a significar cuatro fuerzas o algo parecido, pues cuatro eran los bandos que podían jugarlo y cuatro el tipo de tropas en combate por cada uno de ellos. Le mostró después, una por una, las figurillas de color rojo, que representaban un rey, un elefante, un jinete, un carro de guerra y cuatro infantes. Ocho en total, que se correspondían con el número de cuadraditos que el tablero tenía en cada uno de sus lados. Y las verdes eran exactamente iguales, como las negras y las amarillas que aún quedaban en la caja.

El juego, según Koenraad, exigía de dos parejas que se disputaban el dominio sobre la tabla. Los jugadores sentados frente a frente eran aliados y debían vencer a los reyes de la alianza contraria. Si uno de los reyes caía, su propietario quedaba eliminado y sus fuerzas supervivientes pasaban a engrosar el ejército amigo. También se podía jugar entre dos personas, y en ese caso cada jugador disponía del doble de fuerzas alineadas en dos filas a lo largo de todo un lado del tablero, pasando uno de los dos reyes a representar la figura de consejero real.

—El juego resulta más apasionante si se juega con todas las piezas, pero para aprender es mejor prescindir de los aliados.

Después, con notable paciencia, el viejo pasó a explicarle la forma en que cada una de las figuras debía ser movida en el tablero, y siempre según la voluntad de un dado de cuatro caras previamente lanzado que mostraba cifras del dos al cinco, de

modo que el dos le daba vida al elefante, el tres al jinete, el cuatro al carro, y el cinco facultaba para elegir entre la infantería o el rey. Wilya parecía aprender deprisa: enseguida se enzarzaron en el primer combate, y de este modo pasó largamente el tiempo con su cabeza dedicada a quehaceres más saludables que pensar en sus desdichas.

—Nunca entres en sitio alguno cuya salida no conozcas, porque puede ser una trampa. Ataca en primer lugar a las piezas débiles, y hazlo sin piedad, para que su caída debilite el corazón de las fuertes y éstas sean más vulnerables.

Consejos de este tenor se hicieron cotidianos por parte de Koenraad, pues aquel entretenimiento que Wilya había recibido como paliativo de sus largas horas de encierro y espera llegó a convertirse en una pasión para él. Y poco importaba que una vez tras otra el viejo acabase con su rey o que el tablero quedara ferozmente despojado de sus figurillas, porque de inmediato retaba al ostrogodo a un nuevo lance. Por otra parte, esos breves y puntuales consejos eran las únicas palabras admitidas por él, ya que exigía un sepulcral silencio para jugar, convencido de que las conversaciones que siempre intentaba abrir el rival no eran sino artimañas destinadas a distraer su atención. Y tal era su embeleso por el juego que cada tregua provocada por las esporádicas visitas de Erga para traer alimento eran recibidas también como una contrariedad.

Fue una mañana, tras una de esas habituales derrotas, cuando el físico le llamó a la luz de una ventana para retirar el atalaje que cubría su herida, tal y como hacía a diario para practicar sus curas y revisiones. Pero esta vez, y después de la consabida manipulación de músculos y tendones, arrojó lejos la protección en lugar de volver a anudársela.

—Ya no la necesitas. Y puedes volver a ponerte eso, si quieres. —Koenraad señalaba el colgante que le había preparado Badwila antes de su primera visita a Agali, apartado junto a su ropa y objetos personales tras la cirugía—. ¿Es una reliquia?

El se encogió de hombros soslayando la respuesta y acató de buen grado una sugerencia que le reintegraba a la protección del hierro, aunque no parecía haberla necesitado hasta entonces.

—A ver cómo alzas tu mano hasta la mía. —El físico ofreció su palma a la altura del pecho.

En pie frente al viejo, Wilya observaba su propia mano inmóvil y temblorosa sin percibir ningún cambio en ella a pesar de los esfuerzos de su voluntad.

—Mírame a mí —dijo aquél, cortante.

Ahora fijó sus ojos en la palma del físico, que se mantenía a la espera, como quien aguarda la pronta llegada de un buen amigo. Envidió la firmeza de esa mano, la savia que atesoraba a pesar de tantos años gastados en vivir. La suya no era igual, la suya seguía siendo una rama seca, una maldición con el peso de una roca colgada del hombro.

—No puedo.

—Pues ya puedes ir pudiendo, porque sólo volveremos a jugar si mueves tus piezas con la izquierda.

—No es justo —bramó, al tiempo que su ánimo mudaba de la decepción a la ira.

—La vida no está hecha para la justicia, muchacho.

—Dios no es justo conmigo. —Apenas iniciada la frase, recordó con temor el día que Galmerico le cruzó la cara en respuesta a una blasfemia parecida. Koenraad, por el contrario, había esbozado algo similar a una carcajada.

—¿Y quién ha dicho que tenga que serlo?

El físico le dedicó un indulgente pescozón, pero él estaba a punto de derrumbarse sobre sus propios escombros.

—Podría hablarte de injusticias verdaderas, Wilya, pero prefiero contarte una historia. Escucha:

»Noé, siendo ya muy anciano, muchísimo más que yo, cerca ya de morir y con la cabeza no poco desquiciada como corresponde a tan infrecuente edad, reprochó a Dios la injusticia de haber hecho perecer a todos los seres vivos de la tierra con su devastador diluvio, fueran éstos culpables de pecado o no, fueran niños o adultos, fueran machos o hembras, fueran animales de pensamiento o simples bestias.

»Dios, que le quería bien y por eso le había salvado del castigo, prometió una respuesta a sus dudas si era capaz de cumplir en el desierto un ayuno de igual tiempo que el que estuvo lloviendo sobre las tierras, que fueron cuarenta días. Y allí se fue Noé por conseguir entender lo que no entendía.

»Cada jornada, al anochecer, y antes de que el anciano fuera vencido por el sueño y por el hambre, Dios le preguntaba: “¿Ya has comprendido, Noé?”. Y él respondía: “No, Señor de la vida, en nada han cambiado mis entendederas a pesar del fuego del sol, de mi lengua reseca por la sed y del hambre que atesoran mis tripas por hallar una respuesta”. Y así un ocaso tras otro, la misma pregunta de Dios, igual respuesta de Noé.

»El cuadragésimo día, aquel que, según el pacto, habría de ser el último, fue mucho más caluroso que los precedentes, y Dios se apiadó del pobre Noé y de sus calamidades e hizo crecer en la tierra reseca una tupida higuera, y ordenó brotar al pie de sus raíces un manantial de agua fresca. Y Dios le dijo a Noé: “Come y bebe hasta saciarte si es tu deseo, y descansa luego bajo esa sombra que te ofrece el árbol”.

»Y así lo hizo el viejo patriarca, que quedó tumbado bajo la hospitalaria higuera, lengua y panza bien ahitas, sin darse cuenta de que lo hada junto a un hormiguero que acababa de abrirse en la tierra siguiendo la llamada de la reciente fuente nutricia. Una de la hormigas trepó por su cuerpo hasta perderse entre los ropajes, tan dentro tan dentro que acabó mordiendo a Noé en aquella parte que le distinguía como varón. Raptado de tan innoble forma del sueño y aullando de dolor, aplastó Noé a la hormiga culpable de su padecimiento y, fuera de sí, pisoteó por los alrededores matando con las plantas de sus pies a miles de ellas.

»Cuando se hubo calmado, le dijo Dios: “Si sólo fue una la que te ofendió, ¿por qué castigaste a tantas que ninguna culpa tenían?”. Y comprendió Noé las razones y la naturaleza de su Dios.

—¿Eso dicen las Sagradas Escrituras?

—No, no lo dicen. Es una piadosa leyenda que corre entre los ismaelitas, gente de las tierras de Arabia.

—Ése es un Dios mezquino y vengativo que en nada se distingue de los dioses paganos.

—En nada, Wilya, en nada. Hay que tener cuidado con los dioses que elegimos para que nos premien o castiguen. Porque no te engañes, que no son los dioses quienes nos eligen, sino nosotros a ellos.

Koenraad regresó a la mesa de juego y le hizo un gesto para que siguiese sus pasos. Una vez allí, señaló al tablero.

—Mira el chaturanga —dijo—. Es como la vida: tomas tus decisiones y no puedes volverte atrás. Cada movimiento está determinado por el paso previo. El segundo es consecuencia del primero, y así sucesivamente. Ninguna justicia o injusticia hay en ello. Y eres tú quien los decide, ningún dios.

—Pues a mí me parece que no es así, que nosotros somos esas figurillas que se mueven por la voluntad de otro que ni siquiera es de su naturaleza.

—Tienes alma de esclavo —concluyó Koenraad.

El físico dejó su sentencia en el aire, como una densa e invisible humareda que gravitara entre ambos, y marchó al lado opuesto de la sala, allí donde sus plantas se reunían en caprichoso bancal. Wilya no había sabido responderle. Tal vez debió rebelarse contra el arbitrario juicio que aquel hombre había lanzado sobre él. Quizá contestar con parecida frialdad para decirle claramente que sólo era un descreído, un viejo sin una gota de piedad en sus entrañas. Pero ni siquiera estaba muy seguro de que todo eso fuera cierto, y su orgullo no podía permitirse una controversia que sin duda le condenaría a una nueva y tal vez más humillante derrota. Lentamente, con estas ideas rondándole la cabeza, se fue aproximando al pequeño vergel, cuidándose de mantener la distancia con el ostrogodo, que hurgaba la tierra de una de las macetas en busca de raíces.

—¿Qué planta es ésa? —dijo tímidamente por anudar el hilo roto de la conversación.

—Helléborus.

—¿Y ésta de aquí?

—Datura. No la toques.

La frialdad del físico no invitaba al desparpajo y Wilya se dedicó a fisgar entre los tiestos, pero antes de que pudiera interesarse por el nombre de las plantas que tenía ante sí, le llegaba la voz del anciano que anunciaba una tras otra cada una de ellas y alguna de sus virtudes: mandrágora, verbena, belladona, ruda, hinojo, beleño, valeriana, dulcamara, y así sucesivamente hasta que perdió la cuenta de cuáles eran

unas y otras y cuáles debía evitar por el veneno que contenían. Una vez acabado su periplo, ya junto al helléborus que manipulaba Koenraad, éste le animó a aproximarse para observar de cerca sus negras raíces.

—El helléborus es también una buena parábola de la vida —apuntó el ostrogodo —. Su nombre, que nos llega de la lengua griega, significa alimento dañino. Pero del mismo modo que puede matarte, es capaz de curar la locura y muchos otros males, y hasta de prolongar los días de una persona sana si se administra sabiamente.

—No alcanzo a comprender esa parábola.

—Quiero decir que casi nada es inocente. Hasta los hechos más insignificantes tienen su luz y su sombra. Es cierto que nos trata el mundo con desigual fortuna, pero no por ello podemos permitir que sólo las sombras se hagan dueñas de nuestras almas.

—¿A eso te referías cuando dijiste que tengo alma de esclavo? Esclavo de las sombras.

—Acompáñame.

Koenraad se encaminó a la puerta. Wilya siguió el lento rastro de sus pies, aproximándose por primera vez a aquel lugar que había servido de acceso para otros, siempre cerrado para él. Y al traspasar el umbral le sobrevino la extraña sensación de que abandonaba un espacio muy antiguo y casi ilusorio, sensación que se trocó en asombro al descubrirse en el interior del estrecho cuarto del bibliotecario, aquel donde éste le recibió por primera vez, allí donde tiempo atrás fue atendido de su herida en la pierna y se celebraron sus frecuentes charlas; ese recinto en que, un día cuya distancia respecto al presente no lograba calcular, había bebido un brebaje que le sumió en el mundo de la inconsciencia. Porque aquella puerta no era otra cosa que el armario donde Koenraad apilaba sus trastos, el embozo de una abertura que, merced a un ingenio dotado de goznes, permitía el paso entre ambas estancias.

—¿Sorprendido? —El físico le dedicó un guiño—. Pues así es la vida, así somos las personas. Una cosa es la apariencia y otra muy distinta el universo que guardamos dentro. Tu apariencia, Wilya, puede resultar digna de conmiseración para quien no te conozca, y hasta tú mismo puedes rebozarte si quieres en esa confortable lástima, pero te estarás engañando.

El anciano le tomó de los hombros y sostuvo una firme mirada sobre sus ojos incrédulos, como si quisiese grabar en ellos el marchamo de sus palabras.

—Es pronto para saber cómo habrá de mudar la condición de tu brazo. Al menos han menguado los dolores y ese molesto hormigueo que venías padeciendo. Cuanto consigas a partir de hoy, de ti depende. Vuelve ahora a tu celda, y empéñate en ello con toda la fuerza que puedas hallar.

La vida cotidiana de Wilya cobró, a partir de entonces, un rumbo muy parecido al de su anterior permanencia en Agali, si bien esta vez libre de todas aquellas primeras obligaciones y consagrado de modo preferente a su recuperación física. Así, amén de ejercitarse a todas horas con la daga o el martillo, se sumaba a los trabajos de Erga

con inusitada entrega y parecida humildad, y cabalgaba diariamente varias millas por los dominios del monasterio y aún más allá. Las visitas a Savinus, a las que nunca renunció, tenían ahora un sabor distinto, y las lecciones que de él recibía se asemejaban más a las pláticas con Koenraad que a la rigidez propia de un preceptor que exigiese resultados; y no tanto por molicie del docente respecto a asuntos de disciplina como por el esmero que el clérigo trinitario ponía en su trato con quien consideraba un benefactor de su religión.

Ya en la soledad de su cubículo, y antes de quedar rendido sobre el camastro, juzgaba cada noche los progresos obtenidos, que no eran muchos, y se permitía caer a veces en brazos de un ánimo vacilante que fluctuaba entre la negra desilusión y los albores de una esperanza demasiado lejana. Pero cuando llegaban estas flaquezas, su terca voluntad se aferraba a las pequeñas victorias obtenidas, como el hecho de que sus dedos podían, no sin padecimiento, plegarse hasta casi cerrar la mano y sus yemas percibían el roce de los objetos, y que el codo capitulaba a menudo ante la fuerza de sus deseos en un ángulo mínimo aunque apreciable.

Fue esta sensación de logro, unida al ansia por volver a jugar al chaturanga, lo que le impulsó una mañana, cuando ya el verano declinaba, a visitar el cuarto del físico tras muchas jornadas sin saber de él. Koenraad parecía de buen humor y aceptó el desafío. Entre ambos desplazaron al centro de la sala una mesilla de patas inestables habitualmente arrinconada contra la pared. Se sentaron enfrentados y el viejo comenzó a colocar sus piezas hasta que las ocho estuvieron dispuestas en orden de combate. Luego, ofreció la caja a Wilya para que desplegase las suyas sobre el tablero.

Lo intentó en vano. El codo cedía, pero no lo suficiente. En un giro grotesco, venció su cuerpo hacia la derecha para permitir que el hombro izquierdo ayudase, desde su mayor altura, a elevar ese peso muerto que temblaba en el aire, para al menos ganar la superficie de la mesa y, una vez allí, aunque fuese reptando, alcanzar la caja que guardaba las figurillas. Koenraad contemplaba impasible su dramática exhibición, su inútil denuedo, su semblante congestionado, los chorretones de sudor que le recorrían el rostro, y negó severamente con la cabeza cuando hizo ademán de ayudarse con el brazo derecho para conseguir el objetivo. Wilya se rindió al fin con un gruñido de fastidio.

—Quizá mañana —concluyó el anciano.

—No —replicó él, resuelto—. Jugaremos hoy.

Y de inmediato tomó con su mano hábil el tablero y la caja para retirarlos de la mesa y disponerlos en el suelo. Allí sentado, acometió una nueva intentona, ahora con la ventaja que le otorgaban la cercanía y la mínima altura. Con un movimiento torpe aunque pertinaz, consiguió emplazar la primera pieza en su cuadrado, y se dispuso a hacer lo mismo con la siguiente.

—Eres listo, chico, muy astuto. —Koenraad sonreía desde su banqueta. Se levantó para aproximarse, y un ahogado crujir de huesos rasgó el silencio del

cuartucho cuando fue a sentarse frente a Wilya—. Y en honor a esa agudeza, aunque me cueste la salud —admitió entre resoplidos—, jugaré contigo por esta vez.

—Marcaste las condiciones del combate, no el campo de batalla.

Fue un duelo largo y tedioso, pues si uno se tomaba su tiempo para decidir los movimientos determinados por el dado y otro tanto para ejecutarlos con su mano lisiada, el otro padecía lo indecible en aquella postura tan innatural para su edad, y tal suplicio afectaba no poco a su claridad de discernimiento.

—Juegas a la defensiva —apuntó en un momento el ostrogodo—. Así nunca conseguirás vencerme, aunque debo admitir que cada día es más difícil ganarte.

Wilya recibió la observación como un elogio. Sin proponérselo, estaba cumpliendo al pie de la letra el consejo de Badwila de convertirse poco a poco en invencible. Aunque en el fondo de su corazón, y tratándose del chaturanga, no renunciaba a ser victorioso, pues en nada se distinguían sus fuerzas en el tablero de las del rival, y porque allí, en el interior de aquel pequeño campo de batalla, su inferioridad física no existía. Ninguna de aquellas pequeñas piezas era tullida, ni sufría carencias que la hicieran menos valiosa que las que había enfrente, y contra ellas peleaba en igualdad. Su victoria o su derrota no dependía de sí misma, sino de la suerte del dado y la destreza de su dueño. No eran aquellos guerreros alegres ni desgraciados, ni cobardes ni valerosos, ni siquiera la muerte era cosa cierta para ellos, ya que regresaban a la vida una y otra vez sin que su naturaleza fuese diferente a la del combate anterior o la del venidero. No, aquellas figuritas nunca podían ser semejantes a los seres humanos. Éstos eran todos distintos entre sí en virtud de sus habilidades y circunstancias, y morían de una vez para nunca más volver. Y sólo quienes tuvieran alma de esclavo podrían creer lo contrario, como cabalmente le había reprochado su maestro.

Aquella partida nunca terminó. Él estaba agotado antes de que alguna de las piezas hubiese caído. Como, por razones muy distintas, lo estaba Koenraad, que tuvo que reclamar su ayuda para volver a una dolorida verticalidad.

—La zanjaremos otro día, sobre una mesa, y sentados como Dios manda. Ahora, necesito estirar la piernas.

Pasearon juntos por los corredores del monasterio, el viejo sustentado en su báculo y en el brazo sano de Wilya, hasta alcanzar la puerta trasera que daba a los huertos. El sol de mediodía era llevadero y una brisa suave agitaba la sombra de los frutales sobre la tierra húmeda de riegos. Caminaban ambos en silencio, como si cuanto tuvieran que decirse hubiese quedado allá arriba, pendiente, como la partida, de mejores momentos.

—Has tenido la habilidad de vencerme —soltó de repente el bibliotecario—, de salvar la prueba que te impuse. Con argucias, pero tanto valen en la vida como la mejor de las ciencias.

Él quiso responder con unas palabras de gratitud que también sonasen a disculpa, pero Koenraad se adelantó.

—Eso demuestra dos cosas. La primera, que no estoy libre del pecado de jactancia. La segunda, que eres tenaz e inteligente, que te ha sido dada la rara virtud de aprender deprisa. Yo debo cultivar mi modestia, y tú seguir aprendiendo hasta donde la cabeza y el cuerpo te lo permitan. ¿Hoy no cabalgas?

—Lo haré esta tarde.

—A veces te observo desde la ventana.

—Me gustan aquellas tierras junto al bosque —admitió—. Y al caballo también.

—Te queda mucho para parecer un ávaro, pero si perseveras podrás mejorar tu monta.

—¿Qué tiene que ver la avaricia con los caballos?

—Nada —rió el ostrogodo—. No hablaba de avaros, sino de ávaros, que son un pueblo del oriente.

—Nunca oí hablar de ellos.

—Pero sí que habrás oído de los hunos.

—Claro. A su rey Atila le vencieron en batalla nuestro rey Teodoredo y las fuerzas de Roma.

—La única que perdió. Los hunos eran los mejores jinetes que jamás se conocieron. Se decía de ellos que dormían a lomos de su cabalgadura y que, en caso de necesidad, se alimentaban de su sangre.

Wilya hizo un gesto admirativo que no ocultaba cierta repulsión.

—Pues los hunos, con toda su fama, cayeron ante los ávaros, que les superan como jinetes —aclaró Koenraad.

—¿Cuándo pasó eso?

—Antes de que yo naciese, pero aún hoy amenazan al Imperio, y a los francos. Sigibert de Austrasia libró varias batallas contra ellos y apenas pudo conservar su fronteras. Parece que sus espadas son distintas y más dañinas que las usuales gracias a una ligera curvatura de la hoja. Y emplean algo que les hace invencibles a caballo.

—¿Qué es?

—Algo que los demás tienen por inútil, ridículo y molesto para la cabalgadura.

Koenraad dibujó en la arena con su bastón. Una línea curva, cerrada por otra recta en sus extremos inferiores.

—Parece un pórtico.

—Se le asemeja —admitió el bibliotecario—, pero es más o menos de ese tamaño. Es un aparejo metálico que cuelga de la silla, uno a cada lado. Lo llaman estribo. El jinete coloca sus pies en ellos, y le sirven de apoyo.

Wilya no se hada una idea exacta de la descripción de Koenraad, aunque si ese artilugio facilitaba la monta, por pequeña que fuese la ayuda, merecía la pena tener en consideración cuanto contaba.

—Nuestros jinetes —abundó éste— necesitan ajustarse al lomo del caballo para mantenerse firmes con la ayuda de las rodillas. El estribo, por el contrario, permite colocar la silla más atrás, en una posición más cómoda para hombre y bestia, y la

cabalgada se vuelve menos rígida. Durante el combate, el lancero ávaro ataca sin riesgo de caída, y en su lanzada se suman su propia fuerza y la del bruto. Esta sujeción les facilita el uso del arco y la espada, y les permite combatir desde el propio caballo sin necesidad de poner pie a tierra como hacen el resto de los jinetes en la batalla. Imagina la ventaja que cobran sobre el enemigo tanto en fortaleza como en rapidez de movimiento.

Él escuchaba boquiabierto, mirando sucesivamente a su interlocutor y al dibujo, intentando memorizar aquella forma marcada en la tierra.

—Tampoco es un invento nuevo —agregó el ostrogodo—. Si bien el hierro de los ávaros los hace mucho más resistentes, en los mejores tiempos de la vieja Roma los escitas ya usaban lazos de cuero para cumplir esa misma función.

—Si tan favorables resultan, ¿por qué ese desprecio?

—La necedad no conoce límites, y nada es más difícil de vencer que las malas costumbres.

Aún hubo de pasar mucho tiempo para que reanudaran aquella partida aplazada, aunque no sus relaciones, que a partir de aquella fecha fueron casi diarias. Un tiempo que Wilya empleó con entusiasmo y aprovechamiento mientras en los graneros y pajares del monasterio culminaban las labores de la cosecha y se abría el alegre periodo de vendimia. Así, el esfuerzo dedicado a su brazo presentaba frutos cada vez más notables, y la monta había dejado de ser una peligrosa práctica para tornarse en algo parecido a un placer merced a las recomendaciones del viejo ostrogodo. Y gracias a Erga, que obtuvo de la destreza de los curtidores aquellos resistentes lazos de cuero que ahora colgaban de la silla y le permitían una seguridad que jamás habría imaginado al cabalgar, amén de un valioso apoyo para ganar desde el suelo los lomos del caballo sin necesidad de saltos.

Una desconocida confianza, rayana en la euforia, le invadía en los comienzos de aquel otoño. Estaba muy lejos de considerarse curado, pero su mano izquierda había adquirido la suficiente flexibilidad y fuerza como para sujetar las riendas o agarrar objetos de muy moderado peso. El codo cedía poco a poco, cerrando cada vez más el ángulo del brazo, y los dedos casi alcanzaban ya la altura de un hombro sin embargo débil, que no avanzaba al mismo paso que el resto de sus articulaciones.

Tumbado boca abajo sobre el piso, Wilya intentaba izar su cuerpo con la flexión de los brazos y el apoyo en la punta de los pies, como cuando de pequeño competía con otros chicos y lograba hacerlo varias veces, igual que los guerreros fortalecían sus músculos repitiendo sin descanso el ejercicio hasta llegar más allá del centenar. Pero en su caso era pedir demasiado.

—No quieras ir tan deprisa —le advertía Koenraad cada vez que él se empeñaba en mostrarle sus progresos—. Te he visto hacerlo con un solo brazo, algo que no todos pueden conseguir, así que considérate afortunado. Levanta del suelo y ven conmigo.

El ostrogodo tomó su manto y la cachava y se encaminó al exterior del edificio

con Wilya como sostén; una imagen, la de la pareja, que ya se había hecho familiar entre los moradores del monasterio por sus habituales paseos.

—Pronto volverás con tus amigos a robar uvas, manzanas y bellotas, a bañarte y pescar en el río y a perseguir jovencitas —dijo el viejo—. No le pidas excesos a tu cuerpo y disfruta de tus años mozos.

—Me aburren esos juegos.

—¿También te aburren las jovencitas?

—No —repuso turbado—. Pero quiero ser guerrero, ya te lo dije.

—¡Ah, claro! El gardingo Wilya.

Koenraad detuvo el paso. A veces lo hacía para recuperar el resuello; otras, cuando se disponía a decir algo que consideraba importante.

—Es posible que nunca recuperes tu hombro.

Wilya agachó la cabeza y respondió en un susurro:

—Lo sé. —Y luego la alzó para enfrentarse a la mirada del anciano y rescatar la fuerza de su voz—. Sé que mi hombro no sanará del todo. Pero no me importa. Lo que haya de ser en el futuro depende de mí. Y no es lo mismo un tullido que un medio tullido. Tú ya me has dado más que suficiente.

Un estremecimiento recorrió el rostro de Koenraad, un leve temblor de párpados que no pasó inadvertido para Wilya, aunque aquél quiso ocultarlo retirando su mirada y aferrándose con cordialidad al brazo en que se sujetaba. El viejo aceleró el paso, hasta donde sus facultades se lo permitían.

—¿Adonde vamos tan deprisa?

—A velar un cadáver.

El templo distaba apenas un paseo del edificio, pero el atardecer se había vuelto más que fresco, con un viento rebelde que traía desde el horizonte negros nubarrones cargados de lluvia. A Wilya le pareció un panorama demasiado sombrío para lo que iban a hacer.

—Nunca he velado un cadáver —admitió.

—Ya te puedes ir acostumbrando, si vas a ser guerrero. —Koenraad peleaba contra las ráfagas que intentaban despojarle del manto—. A veces, los muertos nos enseñan cosas importantes.

La oscuridad de la iglesia quedaba rota al fondo, al pie del altar, por una mínima y fantasmal iridiscencia, un halo de luz que apenas conseguía abrirse paso entre las densas tinieblas. A medida que avanzaban por el pasillo central entre el revoloteo de los murciélagos, Wilya logró distinguir algunos detalles de la escena. Cuatro velones de cera llameaban, como señalando los puntos cardinales, en torno a una tarima donde se había dispuesto el cadáver, que sólo mostraba el rostro entre la ominosa blancura del sudario. Más adelante pudo observar las siluetas de un pequeño grupo de monjes que, a respetuosa distancia, permanecían en actitud recogida, los unos sentados, arrodillados otros en oración. Se unieron a los primeros tras un silencioso saludo del bibliotecario a los presentes, y así aguardaron durante largo rato. Wilya

estaba muy incómodo, como siempre lo había estado en lugares parecidos, mucho más en horas tan tardías, y poco importaba que el templo perteneciese a la fe goda, porque sus penumbras eran tan siniestras como en los romanos.

Poco a poco, de uno en uno o en parejas, los presentes fueron abandonando el recinto hasta que los dos quedaron a solas con el difunto. En ese momento, Koenraad se puso en pie, tomó uno de los cirios y se encaminó hacia el túmulo.

—Venga, aprovechemos ahora que se reúnen todos en el refectorio.

Él no estaba dispuesto a acompañarlo en aquella aventura. Ya era bastante asistir a un velatorio como para que encima le exigiese contemplar de cerca al desconocido muerto.

—Vamos, acércate, no seas pusilánime.

Por fin avanzó indeciso hacia el anciano, que se encontraba ya junto al cadáver.

—El miedo, a los vivos, Wilya. Este pobre monje ya no puede hacer mal a nadie —decía Koenraad mientras retiraba parte del sudario dejando a la vista hasta más debajo de la panza.

Ayudándose de la temblorosa luz, el físico le fue mostrando detalles de aquel cuerpo, como el color verdoso medio oculto entre el vello junto a la ingle, y las coloraciones violáceas en aquellas partes que estaban en contacto con la tabla que lo sustentaba.

—Fíjate en esto, chico. La naturaleza es la mejor maestra. —Había alzado la tupida barba del cadáver y señalaba ahora a la parte superior del pecho, allí donde las clavículas se unían y comenzaba el cuello, en cuya superficie se apreciaba con claridad una mancha de color pardo oscuro de forma triangular.

Tras un rápido vistazo general al cadáver, Koenraad le pasó la vela y recompuso el sudario hasta devolver al difunto la dignidad perdida. Reintegrada luego la luz a su candelero, volvieron a sentarse.

—Esa última mancha que acabas de ver —musitó el ostrogodo con emoción— nos muestra que murió envenenado.

El respetuoso temor que sobrecogía a Wilya mudó en curiosidad como por arte de magia.

—No digo que por mano de hombre —se apresuró a puntualizar Koenraad—, aunque quién sabe, sino que probablemente por ignorancia engulló algo que no debía. Las condiciones de su muerte ya me habían hecho pensar en ello, pero toda conjetura es vana si no se confirma con pruebas.

Le explicó el físico que aquellas otras manchas, la verdusca y las violáceas, eran comunes a todos los cadáveres, pero que la descubierta en la zona escapular, que también podía presentarse en el cuello, sólo la mostraban quienes fallecían de forma antinatural. Así, el color pardo delataba muerte por veneno, aunque el cianuro solía pintar azul oscuro, el cereza venía a indicar asfixia por humos, y el rosa pálido por excesiva pérdida de sangre. Era preciso aguardar medio día desde la muerte para que esas señales se revelasen, aunque a veces brotaban mucho antes. Y del mismo modo

que las manchas, otros detalles de un cadáver podían hablar de su fallecimiento, como la piel de gallina en el rostro y las manchas verdes en torno a la boca o los orificios nasales de los ahogados.

—La muerte, como la vida, querido Wilya, también tiene sus colores.

Quedó allí el monje a la espera de sepultura, y abandonaron ambos el templo en animada charla para someterse al poder de la tormenta, interesado el discípulo en tan inauditos conocimientos, gustoso y ufano el mentor de poder compartirlos.

Y no murió en aquel lúgubre y lluvioso anochecer ese mutuo interés, sino que, a lo largo de las semanas que siguieron, Koenraad se encargó de iniciarle en sencillas prácticas y recetas, como el poder curativo del pan viejo sobre algunas heridas que ya había tenido ocasión de experimentar en propia carne durante su anterior visita, o las virtudes y peligros de algunas plantas. También le instruyó en elementales nociones respecto al cuerpo y las mejores maneras de conservarlo sano, así como en las diferencias que entre hombres y mujeres se presentan a la hora de entender los males y sus remedios. Y al mencionar el físico a las mujeres, tomó forma en el pensamiento de Wilya el recuerdo de Hilde, para interesarse de inmediato por aquella afirmación de Badwila respecto a la inconveniencia de que ellas visitasen las fraguas.

—Son antiguas supersticiones —rechazó Koenraad— basadas en el hecho de que sangran durante varios días seguidos y no mueren, algo que los hombres no podemos hacer. Quienes eso creen las tienen por brujas, y por miedo las apartan durante esas fechas.

—Pues Savinus lo cree sinceramente. Y que su sangre corroe el hierro y otros metales.

—Habrá leído al viejo Plinius. Espera.

Pasó Koenraad a la gran sala tras el aparador para regresar al cabo con un tomo entre sus manos.

—Oigamos su *Historia Natural* —dijo, tras rebuscar entre sus páginas:

«Difícilmente hallaremos nada más prodigioso que el flujo menstrual. La proximidad de una mujer en este estado hace agriar el mosto, los cereales mueren a su contacto, así como los injertos, las plantas de los jardines se secan, y caen los frutos de los árboles bajo los que ella se sienta; se enturbia el resplandor de los espejos bajo su mirada, el filo del acero se debilita, el brillo del marfil desparece y mueren los enjambres de abejas; incluso el bronce y el hierro se oxidan y el propio bronce toma un olor espantoso; la rabia entra a los perros que prueban dicho líquido y su mordedura inocula un veneno sin remedio.

»Hay más: el asfalto, esa sustancia tenaz y viscosa que en una época precisa del año flota en un lago de Judea que por eso llaman Asphaltites y que no se deja dividir por nada pues se adhiere a todo lo que toca, es roto por un hilo infectado de ese veneno.

»Se dice incluso que las hormigas, esos animalejos minúsculos, le son sensibles, pues abandonan los granos que transportan y no los vuelven a recoger si han sido

tocados por él. Este flujo tan curioso y pernicioso aparece cada treinta días en la mujer, y con más intensidad cada tres meses».

—¿Qué opinas? —inquirió el ostrogodo tras una pausa—. No lo sé. Parece, en efecto, un veneno peligroso. —Eso dice Plinius, pero exagera en cuanto a las funestas cualidades de esa sangre. Igual que con los colores de la muerte, hay que experimentar para saberlo. Y te aseguro que nunca he conseguido tan prodigiosos resultados como los que él describe.

—¿Por qué nos engaña entonces en sus escritos?

—No lo hace con voluntad de engañar, sino que da crédito a mentiras que se tienen por ciertas desde mucho tiempo atrás sin haber puesto a prueba esas creencias.

—Tú pareces haberlo probado todo.

Sonrió el físico e hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Nadie puede hacer eso que dices. Algunas cosas conozco, pero no las sabría de haberme dejado llevar por la pereza cuando el sendero se empinaba demasiado.

Dijo Koenraad que los seres humanos eran como las polillas que revolotean en torno a la llama de la vela; algunas se abrasaban en ella, o caían chamuscadas al suelo intentando volar de nuevo para retornar de inmediato a ese peligro cierto.

—Así somos, Wilya, como insectos en busca de la luz, de la única verdad. A quienes viven alejados de ella les resulta difícil recordar su brillo y su calor, y se conforman con lo que otros les cuentan para no correr el riesgo de abrasarse. Aceptamos las leyendas por miedo o por vagancia.

FRÍA PIEDRA

Agali, noviembre de 580

A pesar del tiempo empleado en su heterodoxo y somero aprendizaje en las artes de la vida y de la muerte, y de la diaria y enconada entrega a sus ejercicios físicos, Wilya nunca abandonó mientras estuvo en Agali su irrevocable pasión por el chaturanga. En cierto modo, y más allá de su entusiasmo por el juego, cada partida significaba una prolongación de su adiestramiento. Si bien el brazo izquierdo alcanzaba con mediano esfuerzo la altura de la mesa y sus dedos sostenían con cierta firmeza las piezas de marfil, el hombro no soportaba tan forzada y duradera posición, y, al cabo de un rato, se le hacía preciso reposar el brazo sobre el muslo, en una altura más acorde con las posibilidades de la articulación superior. Y en tales coyunturas, el viejo le concedía tres o cuatro jugadas con la diestra hasta que la izquierda hubiese reposado, ventaja que él rechazaba por orgullo y como prueba de tesón.

Una delgada luna de cuernos afilados se agazapaba tras las nubes la fría tarde de su primera victoria. Fue una victoria defensiva, no obstante, pues una de las reglas del juego determinaba que un rey cercado, es decir, libre de ataque y sin posibilidades de movimiento por las posiciones del rival, resultaba de inmediato vencedor. Así que ni siquiera fue una victoria gloriosa, de las que obtenía Koenraad eliminando uno tras otro a sus combatientes hasta liquidarlo. Había ganado por ceguera y error del adversario, quizá por agotamiento. Pero era una victoria.

Antes de retirarse a su celda, como siempre tras la partida, y tal vez movido por la dicha que el desenlace del juego le había procurado, quiso prolongar la conversación con una pregunta que llevaba madurando en su cabeza, aunque sin acopio de valor suficiente para expresarla. Y es que en las últimas fechas venía observando un raro proceder en la comunidad de monjes trinitarios, pues los sorprendía a veces cuchicheando en inquietos corrillos, se había reducido notablemente el número de ellos que trabajaba en la construcción de su templo, y el mismo Savinus se mostraba circunspecto, casi huidizo. Ya se lo había preguntado a Erga, pero el sobrino de Atanagildo se había limitado a responder que se trataba de asuntos teológicos y no había podido conseguir de su boca ni una palabra más al respecto.

—No hay que darle importancia —sentenció Koenraad—. Savinus debe de estar avergonzado por el proceder de su hermano Vicentius, el que es obispo en Cesaraugusta.

Wilya quiso saber en qué grave pecado había incurrido Vicentius para esa vergüenza, y qué tenía que ver esa falta con la deserción de los trinitarios ante los muros de un edificio por el que tanto habían suplicado.

—Tu tío reunió en Toletum a los obispos del credo godo.

En ese sínodo, según las explicaciones de Koenraad, se habían eliminado ciertas

trabas para que los de fe romana fuesen admitidos en la religión de los godos. Así, Leovigildo había logrado de los obispos que se suprimiera en adelante la obligación de un segundo bautismo para los conversos. Ahora bastaba con la imposición de manos sobre los nuevos fieles, y que éstos comulgaran y orasen según la nueva liturgia que glorificaba al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo, lo que venía a otorgar al Hijo igual categoría que el Padre. La noticia de esa decisión había tenido, al parecer, efectos inmediatos y no eran pocos quienes, en Agali y en todo el reino, libres ya de la ingrata y pública exigencia de una nueva triple inmersión en las aguas bautismales, se habían sumado a la fe goda con presteza y regocijo. Entre ellos Vicentius, y con él su feligresía.

—Ya sabes —razonó el ostrogodo—, gánate al pastor y obtendrás su rebaño, pues él lo llevará por la senda que le indiques.

—Bien hecho está, si así se ganan fieles para la religión de nuestros padres.

—Leovigildo busca sumar apoyos al tiempo que tiende una mano a Hermenegildo para facilitar su regreso al hogar que abandonó. Pero me parece a mí que tu primo, preso de orgullo o de pánico, nunca aceptará el gesto. A pesar de la invitación de su padre, ni siquiera asistió al sínodo.

—Dicen que Ingundis le tiene hechizado.

—Pues no se rompen los hechizos con renuncias como las que ha hecho Leovigildo, que no ha dudado en adulterar lo más sagrado de la fe goda. Hay quienes, por un hijo, pueden poner en peligro su trono, y me temo que tu tío es uno de ellos. Francamente, Wilya, hablar de fe en este caso resulta casi risible.

—Yo no sé de teologías.

—Mejor para ti —dijo un Koenraad concluyente—. La vida sería más sencilla sin tanta máscara.

—¿De qué máscara hablas?

—Todos estamos hechos de forma parecida, pero nos empeñamos en distinguir a los hombres por su fe. Y ésta no es sino una máscara que emboza la distancia que a todos nos separa de la verdad, como ya te dije.

—Sí —admitió—, las polillas y las leyendas que cubren ese vacío que nos separa de la luz. Pero Dios nos dejó su palabra para poder andar ese camino.

—Palabra que no parece la misma para godos que para trinitarios. Como no lo es para otros que dicen seguir al mismo Dios, o similar. ¿A qué Dios sigues tú, Wilya?

Se encogió de hombros, confuso y rendido ante la abrumadora argumentación del ostrogodo. Éste caminó hasta el mueble donde guardaba sus aperos y algún que otro volumen desperdigado. Tomó dos de ellos y volvió a sentarse.

—Veamos si es este del que nos hablan los Hechos de los Apóstoles —comentó Koenraad antes de leer:

«Reunidos tras la traición de Judas, y resueltos a completar la docena que eran antes de la muerte de Cristo, se eligieron a dos candidatos: José Barrabás, al que llamaban el Justo, y Matías. Y oraron así: “Señor, tú que conoces los corazones de

todos, señala a cuál de estos dos has elegido para ocupar el puesto de este ministerio del cual se apartó Judas para irse a su lugar".

»Echaron a suertes y le tocó a Matías, que se unió a los once apóstoles».

El viejo le miró fijamente antes de interpelarlo. —Echaron a suertes —reiteró la frase con acidez ante el silencio de su boquiabierto interlocutor—. Matías fue escogido por la suerte. ¿Es acaso la fortuna un dios, como creen los paganos? ¿Es éste el dios que tú sigues? ¿Es tal vez tu dios aquella fatalidad que decidió por sorteo que tú y no otro quedases tullido? —No lo sé— repuso él desconcertado.

—A la fortuna tienen por Dios desde que Jesucristo abandonó esta tierra, y aún se atreven a perseguir hasta la muerte a los viejos augures. Hipocresía, Wilya, la hipocresía es una de sus máscaras. En su diabólica soberbia silencian la Palabra de Dios, o la suman a sus intrigas. —No imagino cómo pueda tapársele la boca a Dios. Koenraad alzó los ojos, y en sus labios parecía dibujarse una sonrisa que quizá significaba un poco de compasión hacia pregunta tan ingenua.

—Las Sagradas Escrituras —habló, al fin—. Ellos han decidido cuáles son buenas y cuáles no. —¿Los trinitarios?

—De ellos nos llegó el error. Pero de ese pecado tampoco se libra el dogma godo.

—Me explicó Galmerico que a Dios sólo se le puede escuchar a veces, porque habla una lengua que no es la nuestra y que nadie es capaz de hablar. Tal vez ellos le hayan escuchado cuando decidieron eso.

—No es tan simple. Las palabras divinas quedaron escritas por los hombres. Y hombres fueron quienes luego adoptaron unas y rechazaron otras. Y cuando se consumó tal fraude ni siquiera tuvieron la valentía de admitir que su dictamen había sido fruto de un juicio humano. Eso sería aceptar que su fe puede ser discutida, y tal debate va contra su propio dogma, ¿comprendes?

—Quieres decir que no reflexionan sobre aquello en lo que creen.

—Algo así. Imagina que has atrapado un tábano entre las manos. El insecto da vueltas en esa angosta mazmorra que le has preparado, siempre con igual zumbido hasta que, finalmente, se detiene, calla. Tú sabes que está ahí, pero no lo puedes mostrar a nadie, ni tú mismo te atreves a comprobarlo, porque si abres un hueco puede huir y dejará de estar. —Koenraad carraspeó. Parecía excitado y las palabras que salían de su garganta sonaban quebradas—. Pues bien —prosiguió, ensayando ahora un tono más calmo—, su fe es como ese moscardón, y ellos viven presos a su vez, condenados a mantener sus manos cerradas para siempre y a no saber nunca qué forma tiene el insecto, ni siquiera si sigue ahí dentro, si vivo o si muerto. Es algo que va contra la inteligencia.

Al escuchar al bibliotecario, Wilya se preguntaba por qué encerrar el pensamiento de los hombres dentro de las manos igual que si fueran tábanos; o entre vallados y corrales como se hace con los caballos, si éstos pastan más alegres en campo abierto. Y si no sería todo un afán de amos para que no corran lejos de ellos los caballos, y en parecido modo los pensamientos.

—Ya, pero decías que acallaron una parte de las palabras de Dios —alegó.

—Su mayor pecado es que responsabilizan al mismo Dios de tan inmoral acto. Se cuenta que tomaron unos libros y los dispusieron sobre el altar. Como en la elección del apóstol Matías, rezaron luego al Altísimo pidiéndole que, si existía alguna palabra falsa en ellos, los arrojase al suelo.

—Y no cayeron.

—Como no habría caído ninguno de los muchos testimonios que fueron excluidos de esa misma prueba. Algunos obispos presentes se negaron a admitir la intervención del Espíritu en aquella farsa, pero su llamada a la cordura no impidió que prosperase la conspiración y hoy viven todos de ese engaño, sin voces ya que reclamen desde dentro. Sea cierto lo que se cuenta o simple alegoría, no deja de expresar una verdad.

—Si tú no crees en esas cosas, ¿por qué saludaste a Galmerico con la oración de Arrio?

—Ni creo ni dejo de creer. Mi familia me legó esta fe y en ella he crecido, y Galmerico merece de mi parte el más sincero de los respetos. Lo cual no me impide abrir las manos de vez en cuando para observar de cerca el moscardón que cobijan, con igual libertad que pongo en duda las patrañas de Plinius y husmeo cadáveres en busca de conocimiento.

—¿Por qué permitió Dios esa mentira?

Gruñó Koenraad al tiempo que iniciaba un penoso ademán de incorporarse. Sólo cuando estuvo en pie, las manos bien asentadas sobre el hombro de Wilya, respondió a su interés.

—Haces a veces preguntas intrincadas, muchacho. No lo sé, en realidad, aunque tal vez al Altísimo no le preocupen excesivamente ciertas consideraciones humanas. O quizá es que se toma su tiempo para juzgarlas. Por cierto, llévate ese libro que trajiste y ayúdame a llegar a la cama antes de irte.

Wilya tomó el volumen, el segundo de los que el anciano había sacado del armario, y curioseó su título: *El banquete*. Su autor era Platón, de quien había oído hablar como preceptor del afamado Aristóteles.

—Razona sobre los amores entre hombres de los antiguos griegos, asunto en el que tiempo atrás parecías interesado.

Sorprendido de que el viejo recordase aquella conversación, agradeció íntimamente su gesto. Pero su pregunta, fuera de lugar, desconcertó a un Koenraad de mirada apagada por el peso de unos párpados que necesitaban ya cerrarse:

—¿Alguna vez oíste hablar de la estirpe de Tyz?

—Una vieja costumbre pagana —respondió, sin decidirse todavía a disfrutar del lecho donde acababa de sentarse—. Una leyenda más de nuestros antepasados.

—No es una leyenda, ni es antigua. Yo conozco a algunos que pertenecen a ella.

—Tyz y sus compañeros están muertos hace mucho tiempo —alegó Koenraad con desgana—. Es ridículo adorar a dioses muertos.

—¿Y qué otra cosa hacemos los cristianos? A Tyz nadie le vio morir, y Cristo lo

es sólo porque murió.

—No porque murió, sino porque fue resucitado de entre los muertos, según dicen.

—Tyz no necesita resucitar porque no ha muerto —replicó él con decisión—. Sólo perdió su mano.

—Por iluso.

—La ofreció para salvar a los hombres de la cólera de Fenris. ¿De qué cólera nos protege Cristo, de la de su propio Padre?

—Tal vez —admitió el viejo entre bostezos.

—¿Acaso le frena cuando decide pisotear a las hormigas inocentes que corretean a sus pies?

Koenraad dejó escapar una de sus risas que parecían toses, pero pasó por alto la metáfora de Noé y las hormigas.

—Los dioses mueren cuando muere la fe de los hombres, Wilya.

Aquella idea era muy parecida a la que defendía Badwila. El herrero le había dicho que sólo se consigue vencer a una nación cuando sus dioses han sido vencidos. Aunque se refería a los dioses romanos y no precisamente a los de la nación goda.

—Por eso no ha muerto Tyz —insistió—, porque aún sobrevive la fe en él.

—Todos los pueblos tienen gente orgullosa de su sangre y de sus tradiciones, y de entre esa gente no faltan quienes se imaginan predilectos de una patria celestial. Quizá éstos sostienen todavía ciertas creencias.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Mira, hijo, he tenido en mis manos las vidas de nobles, esclavos y filósofos. He contemplado la desnudez de las más bellas mujeres y el horror de cuerpos mutilados, de miembros podridos. Y en todos ellos, a pesar del mal que los acechaba, latía el mejor de los milagros, el milagro de vivir. Aférrate a él con fuerza, Wilya, no le dejes marchitarse. —Koenraad se tumbó en el lecho y cerró los ojos. Antes de abandonarse en manos del sueño todavía añadió—: Y olvídate si puedes de los dioses muertos, que si alguno existe es aquel que podemos respirar. Cierta vez dijiste que el aire está lleno de demonios, que el mal nos entra por la boca y la nariz, pero yo solamente respiro vida alrededor.

Algunas jornadas después de aquella conversación nocturna, Wilya regresaba a casa con el mismo códice que le había llevado hasta Agali en un viaje que entonces imaginaba de un par de días y que finalmente devino en una estancia de más de cinco meses. Aunque el joven que ahora cabalgaba bajo la ventisca de diciembre se parecía muy poco al chico agobiado que huyó de Toletum en busca de un poco de sosiego para sus maltrechos pensamientos. Cierto que de aquel mozalbete triste y confuso sobrevivía aún la cicatriz que hacía asemejar la mitad izquierda de su rostro a un rojizo campo roturado, y que persistía en él aquella gravosa caída del hombro que mancillaba su esbeltez y constreñía levemente la necesaria soltura en los andares. Cierto que su imperfección, aunque en parte reparada, no podía equipararle del todo a un hombre sano. Pero había ganado en estatura, una rudimentaria pelusa parda le

asomaba en la cara, su cuerpo era más poderoso que antes y en el brazo derecho atesoraba tanta fuerza como la que podía presumírsele al mejor de los guerreros. Y llevaba en el alma la confianza que sólo otorga la seguridad de contar con un buen maestro y amigo como lo era Koenraad.

La imprevista llegada, casi en vísperas de su decimoquinto aniversario, provocó la lógica conmoción entre los suyos. Y no tanto por el hecho de contar de nuevo con tan amado o distinguido morador como por las transformaciones operadas en él. En efecto, se trataba de alguien distinto, un chico más corpulento, hablador y desenvuelto que aquel áspero y malhumorado mocoso que había salido de allí el verano anterior. El interés de Orosia, más allá de los cambios que a la vista estaban, era su salud. Y él, tanto por complacer a su madre como por demostrarse a sí mismo las virtudes de su progreso, se afanaba ante ella en mil y un ejercicios antes imposibles, y en alabar la ciencia que el viejo físico había derramado sobre sus males. Y ella alababa a su vez a Dios y bendecía las buenas artes del viejo ostrogodo prometiendo para él un estipendio acorde con su buen hacer.

La alegría de Orosia era, no obstante, una alegría contenida, pues si contemplar la mejora de un hijo complace el corazón de toda madre, el de ella estaba dividido al saber que tan beneficioso cambio reforzaba la antigua y nunca olvidada decisión de Wilya de convertirse en guerrero. Y más ahora que la sombra de la hostilidad tomaba cuerpo en Toletum. Leovigildo había emplazado a sus condes para después de la siembra, y con ellos a sus ejércitos, para marchar por fin contra el hijo rebelde. Una guerra que nadie podía impedir, excepto que la improbable reflexión de Hermenegildo ante la mano tendida de su padre le hiciese desandar el camino que tan lejos le había llevado. Pero no, no había indicios de que algo así pudiera suceder, y sólo silencios, cuando no tozudas ofensas, llegaban a la ciudad desde la boca del primogénito usurpador acantonado en Hispalis.

Y tal noticia, la de los preparativos para la guerra, no podía sino provocar en Wilya un afán más acendrado si cabe por estar dispuesto, por responder con la mejor de sus actitudes a los emocionantes días que se anunciaban. Por eso se reintegró de inmediato a las actividades de palacio, aunque esta vez, y al contrario de lo sucedido en su anterior viaje a Agali, la primera visita fue para Badwila. Ya desde los primeros abrazos del reencuentro, confesó el herrero que había temido por su salud ante tan larga ausencia y por las contradictorias noticias que circulaban en Toletum, y él, tanto por vanagloria como por calmar la inquietud de su amigo, exhibió sus nuevas cicatrices como quien muestra el resultado de una cruenta y victoriosa batalla. Porque ese mérito, y no menor, tenía para él su convalecencia en el monasterio, el de un combate contra todos y contra sí mismo del que había salido, si no triunfante, sí al menos invicto. Y, sin admitir más preámbulos, como si el tiempo fuese para él un valioso tesoro que no debiera ser malgastado, exigió del forjador la fabricación de aquellos artilugios llamados estribos que Koenraad había dibujado en la arena y cuya analogía en cuero tan satisfactorios progresos le brindaban en la monta.

Siguieron después días de exaltación en los alrededores de la fragua, ya que las pruebas que Wilya afrontaba a petición de Badwila eran superadas con resultados más que notables. Así, las habituales carreras entre picas cayeron en desuso una vez el herrero confirmó repetidamente que sus piernas eran tan ágiles y robustas como las de cualquier joven de sus años. La habilidad de sus lanzamientos, tanto del puñal como del venablo, competía con la del propio instructor, y la potencia de su lanza y sus virtudes como jinete, merced a los soportes forjados por el herrero, parecían crecer semana a semana.

Algo semejante sucedió al entrar de nuevo en contacto con la milicia y sus amigos. Tras la inicial curiosidad por los efectos de la cirugía en su cuerpo, que enseguida se convirtió en comidilla para propios y extraños, el cotidiano contraste de sus nuevas habilidades mostró que aquel jovencito ya no era tan fácil de batir como meses antes, y el propio Leovigildo, que seguía a diario la formación de sus hombres con meticuloso interés, elogió la fortaleza de su brazo bueno cuando medía su pulso con el de contrastados combatientes. Las competiciones ecuestres, aquellas que tiempo atrás se resolvían irremediablemente con humillantes desenlaces, eran ahora una de sus más cabales habilidades ante el pasmo de quienes en voz baja se burlaban de los extravagantes apéndices colgados de su silla. Siempre le quedaba, no obstante, aquella duda acerca de su brazo izquierdo, pues si bien éste había ganado en fuerza y podía ejercitarse sin necesidad del arnés, la fatiga lo agarrotaba y enseguida exigía una postura de reposo que mermaba notablemente sus capacidades en la pelea.

Confiado en que ingenio y voluntad serían sus aliados para disimular esa carencia y sobreponerse a toda traba, y a medida que las fechas decisivas se acercaban, Wilya insistía en obtener de su madre el pago de sus armas y los gastos de la campaña. Y ella, a pesar de sus iniciales dilaciones, de sus consejos en contra de semejante idea y de sentenciar que, aun con su notable mejoría, jamás podría ser como los demás, acabó cediendo de mala gana a sus deseos. Lucius, a la vista del desencuentro que tal asunto provocaba a menudo entre madre e hijo, quiso obtener permiso de Orosia para acompañar a éste en la futura empresa y encargarse noche y día de su custodia.

—Yo llevaré tu escudo —aseguró el mayordomo—. Allí donde vayas, yo seré tu defensa.

Bastante ridículo había pasado ya por su culpa, pensó Wilya, como para aceptar una oferta tan descabellada, pero retuvo para sí un reproche que devolvería al presente un tiempo de malos recuerdos, una época que ya le sonaba lejana y que quería olvidar a toda costa. Y su respuesta adquirió el tono resolutivo de un hombre maduro.

—Te lo agradezco, Lucius, pero puedo defenderme solo.

Muchos cambios parecían haberse operado en él tras su regreso a Toletum. Y no sólo por su mejoría física y por la templada solidez con que ahora defendía sus convicciones, sino incluso en sus costumbres, pues, para asombro general, tanto en los momentos de holganza que disfrutaba en casa como aquellos que disponía en la

estancia habilitada para él en palacio, leía. Leía aquel tomo prestado por Koenraad que un griego llamado Platón había bautizado con el título de *El banquete* y en el que se hablaba del amor entre varones, esa inconcebible idea que se le metía a veces en la cabeza provocándole allí no pocas dudas y zozobras. Y se apartaba de todos para hacerlo, para que nadie escuchase aquellas cosas en sus labios. Ya le habría gustado a él leer en voz baja como hacía Isidoras, tan baja que no parecía estar leyendo sino ensimismado en sus pensamientos. Pero no, él no sabía leer así, como no sabía hacerlo nadie de cuantos había conocido, y el inevitable ronroneo podía dejar escapar alguna frase inconveniente. Tampoco es que le resultara sencillo avanzar en la lectura a pesar de hacerlo en voz alta, ya que muchas de las palabras allí escritas carecían de sentido para él y algunas de aquellas frases se asemejaban más a intrincados acertijos para sabios que a explicaciones para la gente normal. Según le había comentado el bibliotecario, el libro, escrito muchos siglos atrás, venía a resumir la cena que un tal Agatón ofreció a sus amigos tras el éxito obtenido ante treinta mil atenienses por la primera de sus tragedias, y asistían a ella personajes tan ilustres como el filósofo Sócrates, el padre de la comedia Aristófanes, el médico Erixímaco, el retórico Fedro, el amante del anfitrión, Pausanias, y el estadista Alcibíades. Según Koenraad, los griegos eran gente gustosa del orden, y antes de comenzar sus fiestas acordaban tanto la cantidad de vino que beberían como el objeto de su charla. Y en esta ocasión habían decidido mantenerse sobrios y hablar sobre Eros, el dios que ellos consideraban del amor y la belleza.

Ya casi había terminado de leer el primero de los discursos, el de Pedro, quien tenía a Eros por el dios más antiguo de todos, y consideraba como el mayor bien para un joven recién llegado a la adolescencia el poder contar con la ayuda de un amante virtuoso. Opinaba Fedro que un ejército formado por amantes y amados, por pequeño que fuese, vencería a cualquier otro, porque sus guerreros soportarían antes la muerte que la vergüenza de mostrarse cobarde ante su enamorado. Y ensalzaba por ello el amor de Aquiles, que mató a Héctor para vengar a su amante Patroclo, aunque sabía que al hacerlo estaba renunciando a la larga vida anunciada por los dioses. La lectura le había recordado aquellas palabras de Koenraad sobre los enamorados que combatían juntos, y sus posteriores explicaciones de que realmente había existido un ejército así en la vieja ciudad de Tebas.

Pero más de una duda le importunaba a medida que conseguía progresar en aquella sorprendente obra, como por ejemplo el distingo que Fedro hacía entre amante y amado, y la aseveración de que los dioses valoraban más el afecto del amado por el amante que a la inversa. Por lo que podía deducir de aquellos párrafos leídos y de las mínimas explicaciones que el bibliotecario le había ofrecido al respecto tras entregarle el libro, el amante había de ser de mayor edad que el amado, como si aquél lo tuviese a éste en una especie de adopción. Y semejantes peculiaridades le parecían a Wilya inútiles ceremoniales que cegaban más si cabe su raciocinio ante la nebulosa idea de amar contra natura.

Ya desde fechas antes de la Pascua, la iglesia de los Apóstoles San Pedro y San Pablo había renunciado a su voluntario recogimiento extramuros para verse rodeada poco a poco de hombres, pabellones, hogueras, chamizos y estandartes, y el viejo circo romano más parecía un gigantesco establo al aire libre atestado de caballerías y rebaños que el acostumbrado pedregal solitario que diariamente se divisaba desde las murallas. Una vez celebrada la festividad con la magnificencia que merecía, las tropas tomaron posiciones frente al templo para recibir la bendición del obispo Uldidas, quien a pesar de su magra estampa se había vestido con tan ricas hopalandas que parecía haber ensanchado en carnes y dignidad. Nunca antes lo había hecho Leovigildo, nunca hasta entonces había organizado así la despedida de Toletum al principio de sus campañas, pero ya que comenzaba una guerra contra un usurpador y contra el dios trino que éste había escogido para amparar su fechoría, quiso el rey recibir del suyo, del Dios único, la gracia necesaria para él y para sus ejércitos.

Wilya estaba impresionado por aquella sorprendente muestra de poder. No menos de diez condes habían acudido a la llamada del rey, y sus guerreros con ellos, de modo que en aquella pradera frente a la iglesia bajo un cielo limpio de nubes se daban cita unos cinco mil hombres dispuestos para el combate. Ver de cerca a los afamados lanceros de los Campos Góticos le causaba una excitación que jamás había imaginado, una suerte de éxtasis comparable al hecho de hallarse ahora entre los gardingos, casi codo a codo junto al mismísimo Leovigildo.

Allí, entre los nobles palatinos, estaba Recaredo, desde luego, como estaban Berulfo y el pequeño Nantila, recién llegado a su edad militar, pero también otros que Wilya había tenido ocasión de conocer en los últimos días mientras se alojaban en palacio a la espera del momento de la partida. Entre ellos, Claudius, un noble hispano de la ciudad de Cauca, en el valle del Durius, descendiente de la familia senatorial del antiguo emperador Teodosio, y cuyas virtudes militares eran elogiadas de forma tan unánime que le había sido asignado el mando de la caballería. Vestía Claudius bruñida coraza al estilo romano con una cabeza dorada de león en el pecho, y esa defensa, amén de su nombre, el rostro afeitado, el cabello corto y tan oscuro como sus ojos, y su estatura ligeramente más baja, le distinguía de los otros jefes ahí presentes. Por el contrario, la ancha envergadura de sus hombros, sus armas y el resto del atuendo podían hacerle pasar por cualquiera de aquellos eminentes guerreros que había a su lado.

Y es que todos, a pesar de no existir riesgo inmediato de combate, exhibían su indumentaria de batalla para recibir la bendición episcopal y despedirse gloriosamente de la ciudad que les contemplaba a distancia. Wilya vestía la cota de malla trabajada por Badwila y sus aprendices, y tres dagas, espada y lanza, y una ligera rodela de madera y bronce que, según el herrero, le habría de ser útil si los imperiales peleaban junto a Hermenegildo.

—Tienen muy buenos arcos de tejo —le había advertido—, y hacen daño desde media milla de distancia.

Como aderezado para el combate, a su lado, estaba Chindasvinto, hijo del conde de Pampalica, que había asumido el mando de sus tropas por la grave enfermedad de su padre. Aunque más corpulento y rubio, era el joven Chindasvinto de una edad similar a la de Hermenegildo y, por cuanto había deducido Wilya de su breve relación con él, parecía un hombre instruido, aunque de ideas bastante extremas, pues entre otras cosas estaba en desacuerdo con que los inferiores pudiesen denunciar a los nobles tal y como decía la ley, y se declaraba partidario de castrar a los sodomitas.

—Proliferan hasta entre los obispos —había censurado con dureza en una de las reuniones juveniles mantenida días atrás—. Si por mí fuera, una vez castrados, los enviaría a todos al exilio.

Tal afirmación le había revuelto las tripas a Wilya, que se preguntó si de verdad aquel joven sería capaz de hacer lo que anunciaba con Aquiles y con tantos otros héroes; aunque no se aventuró a opinar, pues ni tenía claro dónde estaba la justicia o la injusticia en un asunto como ése, ni si merecía la pena discutir con quien, como Chindasvinto, parecía hacer tan buenas migas con Berulfo.

Con la bendición en nombre del Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo, despidió el obispo Uldidas al ejército, que inició una polvorienta marcha en busca del puente que llevaba al sur, con Leovigildo y sus gardingos en cabeza y los infantes detrás, seguidos de carretas de vituallas, auxiliares y rebaños, flanqueados todos por dos filas de una caballería sin prisas.

Y sin prisas avanzó la columna después de haber perdido de vista Toletum a un paso que, ya al tercer día, se antojaba más que tedioso. Una indolente rutina que Wilya intentaba paliar de cualquier manera, de modo que siempre se ofrecía voluntario para integrar las avanzadillas, o se le veía galopar sin necesidad alguna entre la cabeza y la cola de la expedición, o incluso a veces, ante el asombro de los testigos y siempre a prudencial distancia, intentando leer a lomos del caballo.

La sensación de aburrimiento no le era exclusiva, pues cada atardecer, cuando acampaban, el comentario general de los más avisados en torno al fuego era precisamente esa lentitud impuesta a un ejército que debería marchar a paso vivo en busca de una pronta derrota del enemigo. Y no sólo eso, sino que en lugar de dirigirse hacia la puesta de sol, hacia la Lusitania, donde nuevas tropas habrían de sumárseles, lo hacían hacia el sureste por una ruta que les alejaba innecesariamente de los posibles campos de batalla. Quienes decían estar al cabo de los pensamientos del rey justificaban aquel rodeo por la obligación de asegurarse antes la lealtad de algunas plazas, como las de la levantisca Orospeda, que habrían de quedar en retaguardia una vez iniciada la incursión en la Betica. Las malas lenguas, por el contrario, sostenían que Leovigildo, tanto con su perezosa marcha como con la elección de aquel camino desviado, únicamente buscaba ganar tiempo y retrasar el momento decisivo de enfrentarse a su hijo, en la esperanza de que sus últimos mensajes de paz resultasen eficaces.

En la mañana del sexto día se reveló sobre una colina roja del horizonte la

mancha de una ciudad que los entendidos llamaron Laminium, nombre que él había escuchado de Badwila, quien elogiaba aquella meseta de bordes escarpados como lugar famoso por sus canteras, pues daba unas piedras únicas para afilar el hierro. Según algunos, las mágicas fuentes del Anas quedaban poco más allá de aquel cruce de caminos, y Wilya pensó si sería tan afortunado de que su paso les acercase a lugar tan especial, ya que nunca había visto cascadas y lagunas tan bellas como contaban quienes decían haber estado por allí.

Pero no tuvo ocasión de contemplar maravillosas fuentes, ni siquiera de ver Laminium de cerca. Antes de que los muros de la ciudad cobrasen una línea definida ante sus ojos, dos jinetes llegaron al galope hasta Leovigildo y éste ordenó un alto. Wilya trotó hasta la vanguardia, y como él todos los nobles, que pronto rodearon al rey y a los emisarios sin poder enterarse de lo sucedido. Leovigildo despidió a éstos, llamó a sus gardingos y a los condes, y allí mismo, sentados en la dura tierra, celebraron asamblea.

Los vascones habían bajado de sus montañas y asolaban la ribera izquierda del Iberus. Cesaraugusta daba asilo a centenares de huidos de la devastación propiciada por aquellos paganos salvajes que robaban y mataban sin misericordia y daban al fuego todo cuanto no podían llevarse.

—Casi todas las primaveras lo hacen —observó desdeñoso uno de los condes—. Dos o tres semanas de rapiña y volverán a sus agujeros en cuanto vean asomar a nuestras tropas, como siempre.

—Esta vez es distinto —apuntó Leovigildo—. No son cuatro partidas de salteadores, sino cientos de hombres, un verdadero ejército organizado en columnas independientes. Nuestras guarniciones a duras penas podrán defender las ciudades, y no todas. Vamos a ir contra ellos.

La decisión provocó el desconcierto entre los reunidos, desconcierto que de inmediato se tradujo en rumor y cuchicheos. Los de opinión más resuelta desaconsejaron emprender semejante proyecto, pues una marcha hacia el norte dejaría Toletum desguarnecida ante los rebeldes.

—Mi hijo no se moverá de lugar seguro sin la ayuda de los imperiales —descartó el rey—. Y no la tendrá.

—No sólo es que haya pactado con ellos —advirtió Claudius—. Todos sabemos que Hermenegildo les ha pagado muy bien para conseguir su apoyo.

—Y yo la misma cantidad para que hagan lo contrario —sonrió Leovigildo con suficiencia de viejo zorro.

—Dinero malgastado, señor —auguró un tercero—. El emperador Tiberio desprecia cualquier acuerdo con nosotros. Nos tiene/por bárbaros, como antes Justiniano y luego Justino.

—La comadreja no saldrá de su madriguera. Desde que estoy al frente de la nación goda ningún imperial se ha atrevido a dar un paso más allá de sus muros. No lo hicieron mientras combatíamos en Cantabria o en Galecia y no lo harán ahora.

—Pero ahora no es lo mismo, padre —intervino Recaredo—. Nuestras fuerzas están divididas, y parte de ellas son sus aliados.

—¿Divididas? No sobrevalores las fuerzas de tu hermano. Apenas dos o tres guarniciones se le han unido. El resto son milicias privadas y sicarios de esos obispos fanáticos que le han envenenado el corazón.

Wilya observó a Claudius. El hispano era de fe trinitaria, pero no se había sentido herido por aquella frase, al menos no era eso lo que decían sus ojos, tan inflexibles y ardientes como antes y sin perder detalle del debate.

—Pues todos ellos —dijo Chindasvinto con una firmeza que parecía impropia de su edad— han estado siempre dispuestos a acoger de buen grado a sus correligionarios del Imperio. Ya lo hicieron en la última guerra civil y también pueden hacerlo ahora.

—Te equivocas, joven amigo. Los de Constantinopolis nunca apoyarán a un tirano, a menos que se sepan tan fuertes como para sacar provecho. Y saben que no lo son.

—Es un riesgo cambiar de planes a estas alturas —insistió Claudius.

—Eso mismo han pensado los vascones, por eso actúan con tanta audacia.

Leovigildo dispuso que la mayoría de los condes regresase a Toletum, y con ellos infantería, auxiliares, avituallamientos y los lanceros menos expertos, y que, transcurridas dos semanas sin noticias alarmantes del sur, se reintegrasen a sus campos y ciudades para atender a la futura cosecha o a las labores que les fueran propias. Dividió el resto de la caballería en dos columnas, una de quinientos hombres a sus órdenes y otra de doscientos bajo el mando de Claudius, dotando a cada uno de los jinetes de varias raciones de tocino, pan y frutos secos que habrían de administrar con buen criterio ante el riesgo de no hallar lugares donde aprovisionarse.

La columna real se dirigió a Laminium, de donde partía una vieja calzada que, a través de las serranías, habría de llevarla a la costa oriental para cabalgar desde ahí hasta la desembocadura del Iberas y enfrentarse a las expediciones más avanzadas de los vascones. Wilya, y con él los más jóvenes, quedó bajo el mando de Claudius, que ordenó tomar la vía que llevaba a Cesaraugusta y, ahora sí, al galope.

Cuatro jornadas después de la asamblea celebrada frente a las canteras de Laminium, la partida de Claudius alcanzó los ruinosos muros de Segobriga, una bella ciudad entre verdes oteros erigida en tierras de los viejos celtíberos que les recibió con persistente lluvia. Acamparon en la parte baja del cerrillo y fuera de la población, junto a los restos de lo que en días gloriosos hubo de ser un magnífico anfiteatro de piedra gris, pero el general se negó a conceder a los caballos más descanso que el que esa noche les proporcionase. Habían sido cuatro días de cabalgada tan sólo interrumpida para permitir abrevar a las monturas y reponer fuerzas tras el ocaso con unas pocas horas de sueño; cuatro días en que los cielos habían decidido cambiar la luz que les despidió de Toletum y acompañó en las primeras jornadas por oscuros nubarrones que tan pronto descargaban como agua, tan pronto como granizo, para

convertir el suelo en pegajoso barrizal.

El día siguiente nació limpio y de temperatura amable. Y como ése vinieron los sucesivos, en que los jinetes, bien aprovisionados por la abundante caza, galoparon hacia el norte a través de bosques de encinas, lomas y quebradas hasta cruzar el Tagus por un terreno inhóspito entre sierras dominado por rapaces donde raramente podían verse indicios de vida humana.

Una vez la tierra se tornó algo menos áspera, y dominando una hondonada cubierta por campos de incipientes mieses iluminados por el sol de media mañana, se echaron a la vista Segontia. Y allí, por fin, admitió Claudius un reposo junto al la ribera del río que se hacía obligado no sólo para las bestias, sino para los mismos jinetes. El propio comandante, una vez dictadas las órdenes para la organización del campamento, se llegó hasta la fortaleza a dar noticias del cambio de planes decidido por Leovigildo y del pronto regreso del conde y la mayoría de sus hombres a la ciudad. Y sus jóvenes lugartenientes se le sumaron gustosos, tanto por estirar las piernas después de tantas horas sobre la silla como por curiosear entre las desconocidas callejas.

De inmediato comprobaron que Segontia era una gran plaza, casi comparable a Toletum, si no en cuanto a su importancia en el reino o el número de sus habitantes, sí al menos por el fluido movimiento que se veía en sus calles principales. En ella venían a encontrarse los caminos que unían Tarraco y Cesaraugusta con la propia capital y Emérita. Y esa cualidad de encrucijada, unida a la generosa vega del río Fenarius, había hecho de aquellas ondulantes tierras un lugar especialmente rico y cosmopolita ya antes de que los romanos fijasen sus ojos en él, al menos desde los lejanos tiempos de los arévacos, a quienes se atribuía la feliz idea de su fundación. Disponía de una espléndida basílica levantada en la parte baja cuya alzada sobresalía entre villas rodeadas de hortalizas y frutales, su abastecido mercado podía competir en actividad con los mejores, y su ciudadela, encumbrada sobre un collado pedregoso, parecía una roca inexpugnable.

Y al mismo paso que hombres y mercancías, o quizá más veloces, en Segontia circulaban los rumores. De ese modo llegó a oídos de Claudius y sus acompañantes la noticia de que algunas partidas de vascones habían cruzado el Iberus en algún lugar entre Calagurris y Vareia y asolaban aldeas y villorrios de la comarca.

—Nunca se habían atrevido a cruzar el río —apuntó Chindasvinto—. Deberíamos darles un escarmiento.

Pero Claudius aconsejó a sus hombres olvidarse de toda impaciencia y dedicar el resto del día al descanso. Así lo hicieron, y quien no se tumbó a dormir fue en busca de las tabernas de la ciudad, o directamente al lupanar para desquitarse de tantas jornadas lejos de la hueste de prostitutas que les había acompañado hasta Laminium. Wilya eligió un pradillo en las proximidades del Fenarius para gozar a solas de una tarde radiante entre brotes tiernos de frutales y de la lectura tanto tiempo postergada.

Leído a salto de mata durante la calmosa primera parte del viaje, el discurso de

Pausanias, cuya única virtud ponderada en el libro era la de ser amante de Agatón, le había resultado sencillo de entender, pues trataba de la distinción entre dos amores bien diferentes, uno vulgar y el otro elevado. No lo expresaba, pero debía de considerar el que le unía a Agatón de esta última categoría, ya que nadie se llama a sí mismo vulgar públicamente. Según Pausanias, entregarse del todo para alcanzar la virtud era bello, mientras que todos los otros amores resultaban vulgares, y siempre era más hermoso amar a las claras que a escondidas, especialmente a los más nobles y mejores aunque fuesen los más feos.

Había hablado luego el médico Erixímaco, tras aconsejar a Aristófanes varios remedios contra el hipo, y su disertación le pareció a Wilya bastante más enrevesada que la precedente. De sus frases pudo conjeturar, no obstante, que todo el asunto se limitaba a la armonía o desigualdad que hubiere entre los hombres y las cosas, y que también podía hallarse vulgaridad y belleza en esas relaciones. Aquella intervención de Erixímaco, más le había parecido una apología de su oficio de sanador que un discurso sobre lo que a él le interesaba.

No sucedía igual ahora con Aristófanes, que tomaba la palabra para explicar una divertida historia según la cual fueron tres, y no dos, los sexos al principio de los tiempos: los ya conocidos masculino y femenino, y un tercero que se llamaba andrógino y era común a los otros dos. Aseguraba Aristófanes que la figura de los seres humanos era entonces esférica, con la espalda y los costados en forma de círculo, y que tenían cuatro brazos y otras tantas piernas, y dos rostros situados en direcciones opuestas, y también cuatro orejas, y dos órganos sexuales. Caminaban aquellos humanos erectos en cualquiera de las direcciones que eligiesen, pero cuando querían correr lo hacían como los saltimbanquis, dando vueltas y apoyándose sucesivamente en sus ocho miembros. Y explicaba Aristófanes que si estaban hechos de esta forma esférica era por parecerse a sus progenitores, que no eran otros que el sol, principio de lo masculino, la tierra, de lo femenino, y la luna que participa de los dos anteriores.

Tan extravagante idea evocó en Wilya aquella discusión suscitada en Agali entre Koenraad e Isidoras sobre si la tierra sería o no redonda, y se admiró de hallar esa opinión favorable al ostrogodo escrita en una obra tan antigua. El caso es que, según aquel griego, los seres humanos eran tan orgullosos que el dios Zeus quiso castigarlos, y por eso cortó en dos a cada uno de ellos, de forma que fuesen más débiles y, al ser doblemente numerosos, resultasen más útiles para los fines de los dioses. Aristófanes hacía una pormenorizada y graciosa narración de cómo Zeus, con la ayuda de Apolo, había ejecutado ese plan, y la dramática orfandad en que los seres humanos quedaron a partir de entonces, ya que cada parte echaba de menos a su mitad, y en cuanto podía se abrazaba a ella anhelando ser una sola naturaleza como antes lo habían sido. Zeus, por piedad, y por dar cierta solución al problema, decidió trasladar los órganos sexuales a la parte delantera, pues hasta entonces no estaban ahí. Y de este modo, si en el abrazo se encontraba hombre con mujer, engendraban, y si

eran hombre con hombre o mujer con mujer, hallaban la felicidad de un contacto pleno.

Decía Aristófanes que aquellos hombres que buscan a otros hombres no lo hacen por desvergüenza, sino por audacia, hombría y virilidad, porque desean abrazarse a lo que es semejante a ellos, y que no es la unión en los placeres sexuales lo que pretenden, sino que sus almas desean cosas que no pueden ser expresadas con palabras. Y que la raza humana sólo podrá alcanzar la felicidad cuando lleve a su culminación el amor y cada cual encuentre a su propio amado, retornando así a su antigua naturaleza.

El rojizo crepúsculo ocultó las líneas que seguían. La brisa rizaba la superficie del agua con un rumor silbante que no se atrevía a romper del todo el sosiego de un dulce ocaso, y a Wilya le dolía el brazo de mantenerlo tanto rato en posición forzada, y la cabeza de pensar en cosas que ahora le parecían sensatas y un instante después tan nefandas como descabelladas.

La calzada hasta Cesaraugusta era magnífica, y la larga hilera de jinetes avanzaba por ella con veloz desahogo a pesar de los numerosos viajeros que circulaban en dirección contraria y que, entre admirados y temerosos, se detenían al margen para cederles el paso apenas avistada la atronadora polvareda que se les venía encima. Ya en las proximidades de Bilbilis, apenas a sesenta millas de Cesaraugusta, y en una parada de avituallamiento, volvieron a oír sobre los vascones. Las partidas más temibles habían amenazado la propia Cesaraugusta, pero finalmente renunciaron a un asedio que presumían largo para buscar botín menos costoso siguiendo el curso del Iberus. La incursión de la que ya oyeron hablar en Segontia había asolado la frontera sureña del ducado de Cantabria y, tras cruzar el río, se cebaba ahora en tierras limítrofes, aguas abajo. Eran varios los grupos implicados en tan insólita aventura, aunque, según los testigos, andarían ya probablemente de retirada en busca de posiciones más seguras, pues la noticia de la llegada de Leovigildo corría ya de boca en boca por la zona.

Claudius reunió a sus gardingos y les hizo saber su plan. Él, con el grueso de la columna, llegaría hasta Cesaraugusta y cruzaría el Iberus para ir en busca del ejército del rey y tomar a los vascones por dos frentes, tal y como había sido ordenado. Medio centenar de lanceros, al mando de Recaredo, se dirigiría entretanto hacia el norte contra los que pudiesen quedar en aquellas tierras.

—Calagurris está a tres jornadas de marcha —informó al joven rey, señalando su dirección en el horizonte—. Su guarnición os dará apoyo.

Recaredo no abandonaba la sonrisa que aquella orden le había dibujado en el rostro. No sólo era su primera campaña, sino su primera misión con mando sobre las tropas.

—No plantéis cara abiertamente —aconsejó el comandante—. Hostigadles, pero renunciad al combate frontal contra fuerzas cuyo número desconocemos. Bastará con que se vean perseguidos para que corran.

Claudius ofreció un abrazo a Recaredo y deseó ánimo a los demás bisoños que iban a compartir su suerte.

—Cordura, amigos —insistió una vez más el hispano antes de partir—. Nos esperan batallas de verdad, y ya habrá tiempo de mostrar vuestro valor en ellas.

Ver a Recaredo al frente de la partida suscitaba en Wilya un extraño placer, muy parecido al que sentía cuando jugaban a los reyes y su primo ocupaba el puesto principal para ordenarle pruebas sencillas y lucidas. Cabalgar ahora junto a él, y bajo sus órdenes directas, era como regresar a aquella feliz y lejana infancia que había quedado truncada por un perverso capricho del destino. Con ellos galopaban, además, otros compañeros de travesuras como Berulfo y Nantila, seguramente tan emocionados como lo estaba él. Cierto que faltaban dos, que Hermenegildo y Argimundo habían renunciado a aquellos años comunes para enredarse juntos en juegos mucho más azarosos, pero había otros, como Chindasvinto y cincuenta veteranos guerreros, que aunque jamás podrían ocupar su sitio en el recuerdo, parecían más que digna compañía para la empresa que se disponían a cumplir.

Tres jornadas les había augurado Claudius hasta Calagurris, pero sin explicarles las condiciones de esa marcha. Abandonada la cómoda calzada que conducía a Cesaraugusta, el terreno devino enseguida duro e inhóspito, pues se hacía necesario atravesar una tortuosa sierra cuyos picachos sólo podían ser soslayados buscando rodeos entre arroyos y roquedales que impedían el avance directo y veloz mantenido hasta entonces. Era, no obstante, un territorio de salvaje hermosura que sorprendía a cada paso con el tránsito de huidizas fieras, con piedras talladas de extraños signos, o con algo que les mantuvo pasmados durante un buen rato, un colosal pedrusco calzado en la tierra y tapizado de musgo que, según Chindasvinto, había sido levantado por los antiguos paganos para rendir homenaje a sus dioses. Tal vez fuera la confianza depositada en aquel joven que decía conocer aquellas tierras de un anterior viaje con su padre, o quizá por desoír las tímidas opiniones que los decanos, con más experiencia a sus espaldas, dejaban caer de tarde en tarde, pero cuando amaneció el tercer día, nuboso y más frío de lo deseable, todos sabían que andaban perdidos y sólo la confianza de marchar hacia el norte conservaba intacta su moral.

Recaredo despachó avanzadillas, tanto por ahorrarse inesperados encuentros con el enemigo como por hallar una salida airosa a la confusión en que todos andaban envueltos. A media tarde, el lejano mugido de un cuerno resonó entre las peñas para anunciar el hallazgo de un estrecho y largo valle que hacía presumir un camino más llevadero, y siguiendo su traza alcanzaron poco antes de la puesta de sol los restos calcinados de un villorrio y varios cadáveres en su entorno. Indicios de los vascones aparecían al fin ante sus ojos, y el celo de los exploradores determinó que no habían pasado más de dos días desde aquella triste hazaña y que sus autores viajaban hacia poniente.

Tras una noche nerviosa que se hizo más larga de lo habitual, los jinetes siguieron las huellas a lo largo del valle hasta que en el horizonte aparecieron tierras más

suaves que hacían suponer el lejano cauce del Iberus. El rastro, por el contrario, seguía la falda de las agrestes cumbres, como si los vascones evitasen pisar territorio abierto. Recaredo organizó dos pequeños grupos de exploradores, uno a las órdenes de un decano que habría de recorrer la campiña a la derecha de la columna, y otro a su izquierda que, bajo el mando de Berulfo, batiría la zona más elevada. Y así cabalgaron durante buena parte del día, ahora por un terreno más propicio para el trote, pero sin fruto alguno hasta que una estela de humo negro nacida entre la espesura de la cordillera llamó su atención.

Alcanzaron las proximidades del lugar con cautela, recordando todos la sensatez que Claudius les había recomendado y dispuestos los más jóvenes a afrontar su primer combate con el temple necesario. Recaredo hizo formar la columna en dos líneas que avanzaron por el bosque a paso de caballo para cubrir un amplio frente sin perder contacto. Ante ellos se abrió un calvero, donde una miserable choza de madera humeaba ya casi consumida por las llamas. Berulfo y sus hombres apaleaban a dos mujeres, y al menos cuatro cuerpos tendidos se distinguían entre las tablas humeantes y en sus proximidades. Recaredo galopó hasta ahí seguido de sus jinetes, puso pie a tierra y pidió explicaciones de lo sucedido.

—Los del chamizo eran apestados —apuntó Berulfo.

—¿Y ésos de ahí? —dijo Recaredo, señalando otros dos cadáveres que, como las mujeres, vestían pieles mal curtidas y ceñidas al cuerpo con cordeles y tiras de cuero.

—Ésos no querían hablar.

—Ahora seguro que no lo harán —terció Wilya.

Berulfo le dedicó una mirada sardónica y, agarrada del pelo, arrastró hasta sus pies a la joven que poco antes abofeteaba.

—Ya que evitas a las meretrices, toma a esta zorra y desahógate con ella. —Y se dirigió a los hombres que le habían acompañado en aquella fechoría—: Se sentirá mejor después, ¿verdad?

Los guerreros rieron la burla de su jefe mientras Wilya se arrodillaba junto a la muchacha. Desprovisto del casco para aparentar menor ferocidad, intentó comunicarse con ella en el tono más benigno que pudo hallar, pero de aquella boca tumefacta apenas salieron un par de frases temblorosas e incomprensibles.

—No te entenderá, hablan una lengua rara —aseguró Berulfo—. Yo creo que son de ellos.

—No, no lo son —aventuró Chindasvinto, que se había sumado al interrogatorio —, aunque hablan parecido.

—Tampoco parecen hispanos —apuntó un impaciente Recaredo—, ni mucho menos godos.

—Podrían ser vascones —admitió Chindasvinto—, aunque no de las tierras altas porque nunca llevan mujeres en sus correrías. Hay muchos de ellos entre Pampilona y el Iberas, y aun más al sur, pero son cristianos y nada tienen que ver con los que buscamos.

—¿Cristianos que no entienden el latín? Traed a aquella otra.

Llevaron a la segunda mujer ante Recaredo, quien, mediante frases muy simples y señas con las manos, intentó comunicarse con ella. Alguna palabra suelta sí que conocía, y por fin, de la extraña jerga y de los temerosos gestos de ambas mujeres pudieron concluir que los salteadores que buscaban les habían robado sus cabras la misma víspera antes de perderse en las profundidades del bosque.

Recaredo ordenó montar de inmediato para aprovechar la luz que quedaba y ganar en lo posible el terreno perdido. Ante el pasmo de todos, Berulfo rebanó el cuello a uno de los cadáveres y colgó de su silla la sanguinolenta cabeza obtenida, como si se tratase de un trofeo de caza.

—Oí en Segontia —comentó una vez se sumó al grupo— que los antiguos celtíberos ataban las cabezas del enemigo a las crines de sus caballos.

—Era un mísero pastor, Berulfo —le reprochó Nantila.

—Ya la cambiaré por otra mejor cuando llegue el momento.

Reagrupada la columna, cabalgaron en la dirección que las mujeres habían señalado hasta que el sol decidió acostarse. La última gesta de Berulfo antes de abandonar aquel calvero fue el comadreo general durante el sobrio refrigerio. Los había que reprochaban un acto que, por pagano, no podía agradar a los cielos, mientras que otros lo tenían por un detalle guerrero que sin duda habría de infundir pánico en los enemigos que lo contemplasen.

El día siguiente amaneció triste y feo, con una fina lluvia que a veces parecía no caer sino estar suspendida en el aire y que ocultaba a la vista todo aquello que estuviese a más de diez o doce pasos de distancia. Pesaban las capas empapadas sobre los hombros, y los caballos, siempre cautos, parecían pensárselo dos veces antes de fijar sus cascos sobre una inclinada y escurridiza tierra donde no era sencillo distinguir los guijarros de la arena.

Tras varias horas de ingrata marcha, por fin dieron con ellos. Abajo, en una vaguada semioculta por la bruma, varios carros intentaban vadear un riachuelo que serpenteaba como piel de plata entre la hierba. No eran muchos, tal vez un par de docenas, y apenas siete u ocho de ellos montados. Recaredo dividió las fuerzas en dos cuerpos. El que dispuso bajo las órdenes de Chindasvinto debía descender por el bosque sin ser visto hasta llegar a la altura de los vascones. Una vez conseguida esa posición, los jinetes al mando del joven rey iniciarían el ataque y aquéllos sorprenderían por la espalda al enemigo.

Wilya aguardaba tenso la orden, la lanza bien afianzada, las suelas firmes en los estribos, el casco ceñido, el sudor mezclado con la lluvia en su rostro, mientras observaba las evoluciones de aquellos hombres, algunos de los cuales ya habían alcanzado la orilla opuesta del arroyo y ayudaban desde ahí a quienes dirigían las carretas, donde sin duda se acopiaba el fruto de su pillaje. Recaredo alzó su mano y los jinetes afirmaron sus cuerpos sobre las monturas.

—Mantente en la retaguardia —le dijo su primo—, por si disponen de arcos o

venablos.

Sabía que la orden de Recaredo era un consejo bienintencionado, pero lo recibió como un insulto.

—Tengo un escudo, como todos —protestó.

—Y a distancia, Manoseca —añadió Berulfo—, que quien no es capaz de montar a una mujer tampoco debe andar cerca de nuestros culos.

Recaredo cortó de inmediato la presumible disputa con un gesto del brazo, y los jinetes abandonaron la protección de la arboleda para iniciar un suave trote. Antes de que la voluntad de Wilya pudiese decidir nada al respecto, su caballo, envidioso quizá de la alegría de sus congéneres, galopaba cuesta abajo entre una cortina de agua y una barrera de lanzas. Los vascones apenas tuvieron tiempo de darse cuenta de lo que sucedía y las primeras picas causaron una carnicería entre ellos sin darles ocasión de usar sus armas. Al mismo tiempo, y con un alarido que parecía salir de la garganta del demonio, los hombres de Chindasvinto surgieron de la espesura para cargar a sus espaldas y acabar con las esperanzas de quienes aún pretendían defenderse.

Wilya veía a Recaredo usar su lanza con una soltura asombrosa, y a Berulfo, que rebanaba cuellos y quebraba miembros con la espada sin aparente esfuerzo, pero él, por más afán que ponía en picar con los talones a su caballo, siempre llegaba tarde a un desconcertado enemigo cuyo único deseo era correr por la ladera para ganar la protección que pudiese brindarle el cercano bosque. En su medio galope dejó atrás varios cuerpos sin vida o malheridos que sembraban las riberas del riachuelo, y a los bueyes que, uncidos a sus carretas, degustaban indolentes la húmeda hierba sin hombres ya que los jaleasen. De repente, la lluvia, como si respondiese a una solidaria llamada de la sangre vertida, se hizo más y más densa hasta convertirse en un violento torrente venido de un cielo invisible que impedía divisar amigos ni enemigos. Un grito llamó su atención y, cegado por el velo de agua, se dirigió como pudo hacia el lugar de donde provenía hasta descubrir a Nantila tendido en el suelo. El muchacho había caído de un caballo que se retorcía en el barro sin poder recuperar la posición natural sobre sus patas. Ni podría recuperarla nunca, pues al menos una de ellas estaba rota, así que Wilya ayudó al amigo a reunir sus armas y vituallas y le aupó a la grupa de su propia montura.

Trotaron hacia el bosque donde creían haber visto desaparecer a los vascones y a sus compañeros encelados en la persecución, pero ni una voz, ni un rumor se oía más allá del rugido de aquel diluvio que golpeaba con encolerizado ímpetu a pesar de la protección de las copas de los árboles. Al cabo de un rato, y muy lentamente, el agua se fue retirando para dejar paso a una espesa niebla que parecía bajar desde las cimas para apoderarse de toda forma, de toda luz. Ahora fueron ambos quienes gritaron en busca de una ayuda que no existía, hasta que la fatiga y el hambre les decidió a descabalgar a la espera de que clarease un poco. Y sentados estaban, tomando un bocado y charlando sobre sus recuerdos de Toletum por disimular lo que no querían llamar miedo, cuando unos fantasmas surgidos de entre la bruma se arrojaron sobre

ellos y acabaron violentamente con cualquier resistencia por su parte.

Despertó muy dolorido. No sólo en su siempre débil hombro izquierdo, sino que la cabeza le daba vueltas en torno a un punto de la nuca que escoda como si hubiesen fijado en él una brasa candente. Creía tener los ojos abiertos, pero la oscuridad era tan intensa que dudaba de la certeza de sus impresiones. Poco a poco, y a medida que iba percibiendo detalles sobre su cuerpo, supo que tenía las muñecas firmemente atadas a la espalda, como amarrados estaban sus pies, y que yacía sobre una superficie dura y punzante. Quiso moverse en busca de una postura menos incómoda, y al hacerlo, sus piernas se enfrentaron a una paradójica resistencia.

—¿Estás bien, Wilya?

La voz era de Nantila, y escucharla tan próxima resultaba al menos tranquilizador. Respondió con una afirmación de la que ni él mismo estaba seguro.

—Nos han atado por los pies —susurró su compañero—. Debemos movernos al tiempo si quieres cambiar de postura.

Desde luego que quería, pero lo que más deseaba Wilya en aquel momento era saber. Saber qué había sucedido, saber qué lugar era aquel donde no existía la mínima luz, saber por qué estaban allí y quiénes les habían sorprendido como a un par de incautos.

Nantila explicó cuanto recordaba. Que se les echaron encima siete u ocho sombras que resultaron ser hombres, que no pudieron hacer nada por defenderse de sus golpes, y que había recobrado la consciencia en los alrededores de la cueva donde ahora se hallaban.

—¿Son vascones?

—No lo sé. ¿Crees que nos matarán?

—Ya lo habrían hecho —dijo por tranquilizarle.

—Puede que nos hayan abandonado aquí para que nadie nos encuentre. —La voz de Nantila temblaba—. Hasta que muramos.

Era una posibilidad angustiosa y nada insensata. Los vascones no hacían prisioneros, al menos nunca en zonas tan alejadas de sus tierras, y poco podía importarles dejar dos cadáveres más o menos en su huida. Pero si no habían sido ellos, si sus asaltantes eran otros, quizá no querían correr el riesgo de que Recaredo hallara sus cuerpos en el bosque y buscase venganza contra los autores de su muerte. Aunque no quiso aceptar esa idea ante su compañero.

—¿Tú estás bien?

—Tengo mucho frío.

También Wilya lo tenía, y hasta ese momento no fue consciente de que estaba desnudo. Le habían despojado de todo, y era de suponer que Nantila se encontraba en situación parecida. Un sentimiento de piedad hacia el chico se apoderó de él al pensar en la mala suerte que había conducido hasta allí al primogénito del conde de Toletum apenas cumplida su edad militar, y que sin duda le habría ido mejor de haberse unido a la expedición de Leovigildo que acompañando a sus amigos bajo las órdenes de

Claudius. En cuanto a él, no era piedad lo que necesitaba sino censura. Se sentía ridículo al contrastar aquella imagen de guerrero que siempre se había forjado con esta otra, mucho más real, de su maniatada desnudez. Y todo como consecuencia de una ineptitud que posiblemente ya no tendría oportunidad de reparar.

—Hay que salir de aquí —dijo—, pero no veo nada.

—Yo sí que te veo, al menos tu silueta. Los ojos se acostumbran con el tiempo a esta oscuridad. Fíjate arriba.

Efectivamente, pudo descubrir un contraste esperanzador en el lugar que Nantila le indicaba. Allí fuera, en algún sitio más lejano que próximo, luda el sol y sus débiles rayos dibujaban un gris oscuro en la roca que rompía la negrura circundante. Todo parecía indicar que se hallaban en una sima, al fondo de un talud cuya altura era imposible calcular. Intentaron incorporarse, pero las estrechas ligaduras que unían sus talones impedían todo intento de ponerse en pie al tiempo que les desollaban los tobillos. De no ser dramática, la situación tendría mucho de cómica, pensó Wilya. Su amigo y él debían de parecerse un poco a aquellos antípodas sobre los que Koenraad y el joven hispalense discutieron en Agali. Y el recuerdo de los seres que caminaban con sus plantas enfrentadas, fueran ciertos o fruto de la fábula, le brindó una idea que enseguida propuso poner en práctica a Nantila.

Como sabandijas entre los guijarros, se arrastraron hasta alcanzar lo que parecía ser el límite vertical de la sima. Wilya era más alto y fornido que su compañero, así que eligió el papel de quienes caminaban cabeza abajo y, con la fuerza de sus piernas y el penoso avance de la espalda y los brazos maniatados sobre aquella cortante superficie, cuidando siempre de no excederse en el empuje, pues la firmeza de sus plantas eran el único punto de sujeción para Nantila, lo empinó cuanto pudo hacia lo desconocido.

—Hay dos hombres en la entrada —comentó éste de repente—. Bájame ya.

Aflojó la presión de sus piernas hasta que ambos quedaron tendidos junto a la pared empapados en sudor, lacerados y jadeantes.

—¿Podremos salir?

—Imposible. Hay por lo menos cincuenta pasos hasta la salida, y la vigilan.

—Aprovecharemos la noche.

—Ni de noche ni de día —sentenció Nantila—. Tardaríamos horas en arrastrarnos hasta ahí. Además, ¿cómo piensas salir del agujero?

—¿Qué profundidad le calculas?

—Como hombre y medio de altura.

—Todavía me quedaba margen para seguir avanzando. Si te empujo, puedes llegar hasta arriba. Después… —Cerró la boca. Sí, era un desvarío pensar en ello, pues aunque Nantila alcanzase la cima luego tendría que izarle a él con la única ayuda de sus piernas. Y era demasiado robusto para la fuerza de su compañero. Aunque si lo intentasen al revés, si fuese él el primero en subir, quizá habría oportunidad de conseguirlo.

—Sin brazos no hay después. Moriremos aquí abajo.

Tal vez su amigo tenía razón y aquella gruta helada era en realidad el lugar elegido por el destino, o por un dios, o por quienquiera que fuese el que decidía esas cosas, para guardar sus cuerpos a la espera de la resurrección de los muertos. Y que nadie tuviera la misericordia de darles la tierra debida según las leyes sagradas y sus restos quedasen a merced de tenebrosas alimañas. También era posible que aquella negra caverna no fuese otra cosa que la confirmación de una profecía, aquella que tiempo atrás le precipitó al fondo de un pozo para anunciarle que siempre sería un tullido y que una sombra habría de asaltar sus sueños hasta el final de sus días. Pero no, no había mariposas por ahí, y se negaba a aceptar tan mansamente la muerte.

—Pues recuperemos los brazos —dijo con decisión—. Date la vuelta.

Wilya se arrastró como pudo hasta la espalda de su compañero, y en esa forzada posición mordisqueó las ligaduras de sus muñecas hasta que el dolor en las articulaciones se hizo insoportable para ambos. Tras un largo respiro volvieron a intentarlo, una y otra vez, alternándose dientes y sogas, hasta que fueron vencidos por el agotamiento.

Era imposible adivinar el paso de los días sumidos en aquella oscuridad. Sus captores, sin el menor interés por acallar sus gritos, parecían haberse olvidado de su existencia, de modo que ni siquiera unas gotas de agua recibían de ellos. Rendidos, mermados por la fiebre y la debilidad, habían limitado sus conversaciones a lo imprescindible, y los ya escasos ánimos de Wilya, sus mustios intentos de perseverar en aquel quimérico esfuerzo que podría liberarles de sus ataduras eran recibidos por Nantila con una doliente negativa. Quería morir en paz, le respondía, sin más sufrimientos que los necesarios. Y al tiempo que escuchaba esta rendición de su camarada, a él le venían a la memoria las palabras del padre de éste durante su adiestramiento. Probad a estar tres días sin beber, les había dicho Egica, y conoceréis lo que es tortura. No le faltaba razón. Pero probad además, pensaba ahora Wilya en su delirio, a asistir impotente a la muerte de un amigo entre llagas, gemidos y excrementos, y sabréis lo que es agonía.

A veces, y como el silbido de una sierpe que rompiera aquel mortuorio silencio, oía musitar a su compañero, y en su impenetrable cuchicheo quería imaginar una plegaria. Él, sin embargo, se negaba a rezar. No sabía quién podría estar, ni dónde, escuchando su pesadumbre; si un Padre, si un Señor de tres cabezas, si el manco Tyz o si aquella vesánica deidad que enseñó a Noé que nada importaba la muerte de una hormiga o de un millar. Poco más que una hormiga valía él ahora, reflexionaba, y las hormigas no saben de oraciones.

Al principio creyó que formaban parte de su pesadilla, de esa insana duermevela a que le tenían sometido la calentura, la purulencia de sus heridas y la extenuación. Creyó que aquellas voces llegaban desde algún lugar de su cabeza, como los pensamientos que tan a menudo iban y venían sin que él mismo los llamase. Pero, a medida que crecía la fuerza de aquel grito y una vez pudo abrir los ojos, vio también

crecer la luz, una luz que cabrioleaba por el techo dibujando cobrizos contornos entre grietas y recovecos, como imágenes de un absurdo sueño. Luego, una vez distinguió aquellas veladas siluetas a la luz de los hachones que portaban, supo que no era una alucinación. Un hombre pequeño, enjuto y gesticulante, gritaba a otros que le acompañaban entre un fárrago de palabras mitad inteligibles, mitad en lengua extraña. Parecía tener autoridad sobre ellos, pues un miedo atroz dominaba sus rostros sumisos a pesar de ser mucho más recios que él y de aspecto sin duda más temible. Bajo la supervisión de aquella mirada implacable que se mantenía al borde de la sima, varios hombres descendieron hasta ellos, cortaron sus ligaduras y les tomaron en brazos para llevarlos hasta la zona llana de la cueva. Cuando estuvieron allí y el hombrecillo pudo comprobar su desdichado aspecto, se inflamó en lo que parecía ser una retahíla de amenazas e imprecaciones que hizo bajar la cerviz de los otros. De inmediato les ofrecieron agua, que él apuró con ansia feroz, y su amigo, sin conciencia verdadera de los sucesos que estaba viviendo, apenas pudo tragar.

Cubierta su desnudez con unos harapos, fueron trasladados hasta una mísera carreta que aguardaba en el exterior. Nantila, en su desmayo, nada parecía sentir, pero a Wilya le dolió la luz de un día neblinoso y hubo de cerrar los ojos para frenar las involuntarias lágrimas que los anegaban, hasta que poco a poco se habituaron de nuevo a la vida. En silencio, sin que de la boca de aquel hombrecillo enérgico que dirigía el paso del asno encargado del transporte brotase siquiera un carraspeo, viajaron largo rato por una estrecha senda abierta en la foresta para alcanzar una quebrada a cuyos pies discurría la corriente de un río que trazaba alegres y sonoros saltos. El camino se empinaba desde allí hacia unas alturas que la arboleda impedía ver, y él se dejó ir en brazos del sueño durante un tiempo impreciso hasta que le despertaron voces alrededor.

Se habían detenido en una mínima explanada entre las boscosas laderas, un lugar habitado, al parecer, en medio de aquella naturaleza salvaje. Entre varios hombres, ya talludos en su mayoría, descendieron a Nantila, lo depositaron sobre unas angarillas y desparecieron con él en el interior de un minúsculo edificio de piedra alzado junto a la boca de una gruta. Wilya observó que algunos de ellos, reunidos en torno al carro tanto por prestar ayuda como por curiosidad, estaban tonsurados al modo romano, y su propio salvador mostraba el gran círculo rapado en la crisma. Saberse en manos de sacerdotes trinitarios no le hizo ninguna gracia y quiso levantarse por su cuenta, pero la debilidad y las hagas de los pies le hicieron desistir y hubo de aguardar a que regresaran quienes habían ayudado a su amigo para recibir de ellos parecidas atenciones.

El edificio era un rudimentario e inacabado habitáculo sin muros interiores cuya única dotación parecía ser una larga mesa rodeada de banquetas junto al hogar y varios lechos de heno distribuidos al fondo, todos vacíos excepto el ocupado por Nantila, a quien dos de aquellos hombres adecentaban con agua al tiempo que medían el alcance de sus desgarros. Él fue tendido en el adyacente para recibir de inmediato

iguales cuidados que su amigo, y sólo entonces aquel hombrecillo de aspecto insignificante a quien debían la vida se aproximó para presentarse como Asellius y desearles una saludable estancia en nombre del Señor.

Las atenciones y la pericia de aquella gente devolvieron la salud a Nantila en pocos días, y en cierto modo al propio Wilya, que se sentía recuperado de las heridas y capaz de andar, pero preso de una especie de temblorosa languidez que le nacía en un sitio impreciso dentro del cuerpo, entre las tripas y el corazón, y que quiso achacar a la pérdida de su protector de hierro. Cierto que había perdido más cosas en aquel percance, y tan valiosas como su caballo, sus armas y el libro prestado por Koenraad que ahora nunca podría devolverle ni terminar de leer. Y su propia estima, también extraviada entre la bruma del bosque y la lóbrega soledad de aquella sima. Pero el colgante de Badwila se le hada imprescindible en un lugar tan extraño como aquel al que habían ido a parar, un lugar donde tanto los susurros como los profundos y extáticos silencios de aquellos hombres o el viento nocturno que ululaba entre las grietas del tosco edificio dejaban ver la existencia de espíritus poco gratos.

Confirmada su recuperación, Asellius les invitó a mover las piernas y conocer los alrededores. Qué distinta su voz, qué diferente la conducta y la mirada de ese hombre de las de aquel otro que había surgido repentinamente para redimirlos de la muerte. Nada quedaba, al parecer, del basilisco que amedrentó a sus captores, y ahora Asellius se presentaba como un alma plácida que, de no ser por sus notables diferencias físicas, a Wilya le recordaba al humilde Erga que había conocido en Agalí. Y qué distintos ellos también de los presuntuosos guerreros que habían partido de Toletum en busca de gloria, vestidos ahora, y gracias a la caridad de aquella gente, peor que meros siervos, como misérrimos campesinos.

Frente a ellos, y más allá de un hermoso valle cubierto por los colores de la avanzada primavera y recorrido por un riachuelo de sumiso caudal, se veían altísimas cumbres nevadas, pertenecientes, según el clérigo, al ducado de Cantabria y muy distintas, por su aspereza, al monte Dircetius por cuyas laderas paseaban.

—Monte honrado con las gracias del Altísimo —añadió.

Enseguida, y por saciar la curiosidad de ambos ante su enigmática afirmación, pasó a narrarles una historia acontecida en lugar tan inhóspito y apartado. Y les habló de un tal Emilianus, hispano nacido en una aldea próxima llamada Vergegio, que tuvo la visita de un ángel mientras cuidaba sus rebaños, y de él recibió la orden de ir en busca de un viejo eremita que le instruyó en el camino de la salvación. Cumplido el tiempo, Emilianus marchó a ese mismo monte Dircetius a vivir en soledad, en una de aquellas grutas que se abrían junto al edificio donde les había sido devuelta la salud. Y allí pasó cuarenta años en oración, haciendo milagros y enfrentándose al demonio.

Wilya percibió la culebrilla de un escalofrío en la espalda, y Nantila debió de sentir algo parecido porque preguntó con voz temerosa:

—En este monte… ¿Habita el demonio?

—En cualquier parte. Así lo permite Dios Nuestro Señor para poner a prueba a

los hombres.

Asellius pormenorizó algunos detalles de esa particular guerra entre Emilianus y el Maligno. Dijo que la primera vez, al poco tiempo de habitar su cueva, el tentador le retó a pelear, y el santo varón, cuando las fuerzas le tenían casi abandonado, rezó a Jesús en demanda de socorro y el ángel malo se evaporó en el aire de inmediato. Y que otra vez expulsó al diablo de un diácono a quien tenía enloquecido; y como ésa, otras muchas más lo echó de cuerpos de siervos y notables de todas las edades y de lugares muy distantes entre sí. Y que había limpiado de su malvada presencia hogares donde provocaba actos tan sucios como introducir basura en la comida, o tan insensatos como elevar ropas y vestidos hasta el techo ante la desesperación de las buenas gentes.

No se quedaban ahí los milagros obrados por el inimitable varón, según aquel clérigo hirsuto que les tenía atrapados con su relato, sino que se contaban por decenas los ciegos, paralíticos, cojos y otros muchos y variados enfermos que habían sido sanados por su bendita mediación ante el Altísimo. Y que no fueron una ni dos, sino muchas, las veces en que, sin alimento con que satisfacer a sus numerosos visitantes, su oración había obrado el milagro de multiplicar las viandas, como las Sagradas Escrituras dicen que hizo Nuestro Señor Jesucristo en ocasiones de necesidad.

Según Asellius, tal fama adquirieron sus méritos que el obispo de Tirassona le consagró sacerdote y, muy a pesar de los deseos de Emilianus, después de cuarenta años viviendo en soledad, hubo de regresar a Vergegio para atender ahí sus obligaciones pastorales. Pero como se dedicaba a repartir los bienes de su iglesia entre los más pobres, fue denunciado por otros presbíteros y finalmente marchó de su pueblo para volver de nuevo a su retiro. Y en torno a la gruta que habitaba, y a imitación suya, otros venerables varones, clérigos o legos, ocuparon cuevas de las muchas que había en el monte Dircetius y en los circundantes.

—Yo mismo, que hice otro tanto —dijo Asellius, ya de vuelta hacia el edificio donde se alojaban—, tuve la bendición de Dios al compartir con él sus últimos días.

—Pensé que hablabas de hechos antiguos —apuntó Nantila.

—No tan antiguos. El próximo diciembre hará siete años que el venerable Emilianus fue llevado a la morada celestial, poco después de que Leovigildo castigara a la república de Cantabria. Vosotros sois godos y habréis oído hablar de ello.

—Desde luego —alegó el locuaz Nantila—. Wilya es sobrino del rey.

—Y Nantila, hijo del conde de Toletum —añadió él—. Seguro que su padre participó en esa campaña.

—Pues el Señor profetizó aquella guerra por boca de Emilianus —repuso el cenobita, que no parecía impresionado por la dignidad de sus huéspedes.

Un año antes de su muerte, según el clérigo, el hombre santo fue visitado por un ángel para anunciarle que pronto habría de gozar de la visión de Dios, y también le fue revelada la destrucción de Cantabria. El propio Asellius había viajado hasta Amaia, su ciudad principal, para solicitar audiencia en nombre de Emilianus. Y una

vez aceptada ésta y el bendito varón estuvo ante los senadores, censuró sus crímenes, pues eran frecuentes entre ellos el homicidio, el incesto, los hurtos y el perjurio, y les exigió penitencia. Y como se burlaron de él por lo anciano que era y por las cosas que decía, les anunció que se arrepentirían pronto de sus perversas obras, lo cual hizo cumplir Leovigildo a fuerza de espada.

Nantila ponderaba asombrado aquella figura magnífica que se presentaba a sus oídos, y su divina facultad de bendecir con sus milagrosas obras. Bendecir, o castigar, apuntó el hombrecillo, pues tanto se enseña el camino recto de una forma como de otra, y pasó a enunciarles una nueva hazaña de quien había sido su maestro. Disponía Emilianus, al parecer, de un caballo que un día le fue robado por dos bandidos, mas enseguida regresaron éstos a la cueva a devolver el animal y pidiendo perdón al santo, pues ambos habían quedado ciegos por su mala acción. Pero no les perdonó, y perdida quedó para siempre la luz de sus ojos como ejemplo para quienes se dejan tentar por el Maligno.

—Y a esa justicia de Emilianus debéis vuestra vida, jóvenes amigos, porque mentar su nombre por estas tierras y el recuerdo de estos hechos afloja a todo el que guarda temor de Dios por duro y cruel que parezca su corazón. Si por robar un caballo aquéllos merecieron la ceguera, ¿qué castigo no habrían de recibir quienes roban la vida de dos inocentes?

Así que esa virtud tenían sus gritos, pensó Wilya, una amenaza venida de los cielos. Sí que debía de ser poderoso el terror hacia aquel santo si simplemente con su mera evocación tan insignificante personaje había conseguido amedrentar a una partida de asesinos.

—Por su lenguaje imaginé que serían vascones —comentó.

—Sólo son unos pobres paganos que viven del pillaje, pero cuando supieron que sois guerreros, temieron por sus vidas y se acercaron demasiado al crimen. Por fortuna, uno de ellos confesó su dilema y Dios Nuestro Señor me permitió llegar a tiempo.

Ambos agradecieron a Asellius su intercesión, prometiéndole el envío de una merecida recompensa en cuanto regresasen a casa y contaran cuanto había hecho en su favor.

—No, a mí no —repuso éste—. Agradecedlo a Emilianus, que os espera.

—Cómo nos va a esperar —inquirió confuso Wilya—, si dijiste que ya murió.

—Cumplidos largamente los cien años se fue en busca del Altísimo y ahí goza de la visión divina, pero algo suyo sigue aquí, con nosotros. Y eso es lo que nos ha hecho custodiar el oratorio que le vio vivir y morir. Si con su vida nos dio ejemplo, con su muerte nos ha reunido en este cenobio.

Habían llegado a las inmediaciones del edificio. Poco antes de alcanzar sus incompletos muros, tres pequeñas bocas se abrían en la peña, y Asellius les condujo a la central. Un hachón que iluminaba el comienzo de la gruta teñía la piedra de un color semejante al vino bermejo. El clérigo lo tomó en su mano y se adentró unos

pasos por delante. El lugar era tan mínimo y austero que enseguida la luz mostró cuanto guardaba en su interior, que se resumía en un pequeño altar excavado en forma de nicho a la derecha y un sepulcro a la izquierda.

—Ved —balbució Asellius, como sobrecogido al quebrar aquel silencio—, ved el lugar donde reposa Emilianus, y donde el poder del Padre Eterno se manifiesta aun después de su muerte, pues dos ciegos recobraron su vista rezando ante sus huesos y el cadáver de una niñita retornó a la vida tras ser ofrecida en el ara de sus plegarias.

Dicho esto, se dirigió a la sepultura y se persignó antes de arrodillarse ante ella. Era un sarcófago humilde, ligeramente elevado sobre el suelo por un murete de rocas y mortero, y sin otra inscripción que una cruz toscamente tallada sobre la lápida. Nantila imitó al sacerdote y ambos oraron en silencio frente a los restos de aquel hombre santo. Wilya, por el contrario, asistía perplejo a esa muestra de sagrado recogimiento en una estrechez que parecía balancearse por efecto del fuego y del humo. Una extraña e invisible escarcha le congelaba el corazón, y las piernas, y la espalda. Se aproximó lentamente pensando si debería dar las gracias, si en realidad el poder de aquel hombre, o de lo que allí dentro quedase del mismo, era tan sublime como para hacer milagros, esos milagros que otros no habían conseguido. Extendió su brazo izquierdo y posó su mano sobre el sepulcro. Pero no sintió nada, nada más allá de un insoportable frío que le pertenecía a él más que a la piedra, y una repugnante vergüenza por lo que estaba haciendo.

EMERITA

Monte Dircetius, primavera de 581

Avanzado mayo, y a la vista de la mejora en su salud, les permitió Asellius que abandonasen la comunidad y dispuso su viaje hasta Vergegio, donde, y merced a una brevísima carta de presentación que él mismo suscribió, habrían de encontrar el modo de volver con su gente. Así lo hicieron, acompañados en el camino por un par de aquellos mudos ermitaños, y en pocas horas se plantaron en la patria de Emilianus. El pueblo se alzaba en una suave colina rodeada de escuálidas cepas y algunas tierras de labor, y con los avales que portaban, no les fue difícil sumarse a unos comerciantes de Arenetum que esa misma tarde partían de regreso a casa.

Era una expedición modesta, apenas media docena de mulas libres de carga y otros tantos hombres a sus lomos. Ellos caminaban a su lado, o a la cola cuando las acémilas, con más frecuencia de la deseable, decidían caprichosamente alegrar el paso. Enseguida dejaron atrás las alturas siguiendo el curso del riachuelo y, orillando sin detenerse un par de aldeas que encontraron en el camino, prosiguieron la marcha hasta que amenazó el ocaso y acamparon en un sotillo junto a la ribera y al socaire de los vientos de la noche.

No eran muy locuaces los mercaderes, quizá timoratos frente a una raza diferente a la suya, tal vez recelosos de la condición de guerreros con que los jóvenes les habían sido presentados. Desde luego, ellos dos parecían cualquier cosa menos guerreros, reflexionaba Wilya mientras daba cuenta de los nabos crudos y el mendrugo de pan de cebada con que los ermitaños les habían aprovisionado para el viaje. Dos miserables pordioseros a la luz de la luna, eso parecían. Tampoco Nantila estaba hablador, y no a consecuencia de la agotadora caminata que al propio Wilya le había robado el aliento y las ganas de cháchara. Su amigo había perdido el habla desde el día en que Asellius les condujo ante la tumba del santo. Desde que salió de aquella gruta no había vuelto a ser como era, vivía ensimismado, como si nada en el mundo le importase. Y cada vez que Wilya intentaba comunicarse con él, tenía la impresión de que Nantila recorría un largo camino de vuelta desde algún sitio, como si llegara de un viaje a través de su cabeza antes de responder a sus requerimientos.

La mañana siguiente cruzaron a la ribera opuesta para llegar hasta un lugar llamado Tritium, donde los comerciantes hicieron una parada para adquirir mercancías. La ciudad, pues eso era o había sido alguna vez aquel vasto asentamiento a pesar de que muchos de sus edificios se presentasen ahora como pura ruina, se alzaba sobre un cerro desde el que podía contemplarse un verdísimo y florido valle cerrado en la lejanía por los violáceos picachos de una sierra.

Hada mucho calor, y ambos aprovecharon para tumbarse a la sombra de unos almendros junto al húmedo frescor de un abrevadero a la espera de que los

mercaderes cerrasen sus negocios. De improviso, Nantila se puso en pie y comenzó a caminar hacia la parte alta de la ciudad sin atender a las llamadas de Wilya. Éste siguió sus pasos de mala gana hasta descubrir adonde se dirigía el hijo del conde toletano. Era una basílica levantada sobre los restos de antiguas edificaciones, un templo en el que Nantila entró sin detenerse, como si sus andares fuesen dominados por alguien invisible que le reclamara con una voz que sólo él podía escuchar. Wilya, por el contrario, se detuvo dubitativo ante la puerta, observó el crismón que la presidía y dio media vuelta. No estaba dispuesto a doblegar su cabeza bajo aquel lábaro, el indigno símbolo de trinitarios e imperiales. Le parecía inconcebible que su amigo lo hubiese hecho con tal desfachatez y empezó a sospechar que andaba trastornado por los padecimientos de las últimas semanas.

Tras largo rato aguardando, observó que los mercaderes llegaban al lugar de la cita. Aquella gente no parecía tener intenciones de esperar, así que corrió hasta la puerta del templo para gritar desde allí el nombre de su amigo. Nantila estaba de hinojos ante el ara y parecía sordo a sus voces. Aventuró unos pasos hacia el interior y volvió a llamarle, ahora más fuerte, con un berrido que sonaba blasfemo entre aquellas poderosas columnas hechas al recogimiento. Y esta vez sí, esta vez Nantila giró el rostro con gesto de incomprensión.

—Corre, corre o los perdemos —gritó, y para demostrar que no bromeaba, él mismo echó a correr sin considerar si su amigo venía detrás o no.

A duras penas pudo alcanzar la comitiva a las afueras de la ciudad, y eso que ahora las seis mulas cargaban con serones de esparto colmados de vasijas de arcilla de todo tipo y tamaño y sus dueños marchaban a pie y cuidando, por el bien de su compra, de que el paso fuese más lento. Aún tardó Nantila en unirse al grupo, y Wilya, sin haber recuperado del todo el resuello tras la carrera, se rezagó para unirse al cansino trote de su compañero.

—¿Qué te pasa? Parece que hayas perdido el seso.

Este le respondió con una sonrisa, una beatífica expresión en la que se podía adivinar la huella de aquel pliegue de labios con que Asellius les premiaba en todo momento y que siempre suscribía el final de cada una de sus parrafadas. Y entonces supo Wilya que su candoroso amigo era víctima de los hechizos de aquel lugar temible donde los demonios campaban a sus anchas. Como él mismo lo era, aunque de modo bien distinto, pues si a Nantila parecían haberle robado la razón, a él le devoraban por dentro desde que tuvo la osadía de desafiar con un milagro imposible a los huesos del santo, y tanto hielo como fuego parecían recorrer sus entrañas desde entonces trayéndole aquella flojera, ese temblor de piernas y la opresiva sensación de que le faltaba el aire, como si un mal presagio se hubiese enseñoreado de su pecho.

Cuando, dos días después, la caravana llegó a Arenetum, apenas podía tenerse en pie y Nantila había puesto a prueba sus habilidades como negociador para que no le abandonasen en alguno de los villorrios del camino. De poco sirvió el argumento de que viajaban bajo la protección de Emilianus, ya que aquella gente no parecía tan

sensible a las amenazas celestiales como los salteadores del monte Dircetius, y apelar al nombre del rey en tan perdidos pagos resultaba tan cómico como inútil. Únicamente la decisión de adquirir el lote completo que transportaba una de las mulas convenció a los mercaderes de que sustituyeran los cántaros, escudillas y pucheros que viajaban a sus lomos por el derrotado cuerpo de su amigo. Desde luego, se trataba de una compra cuya única garantía de pago era la propia palabra de Nantila, pues ni una mala moneda llevaban encima y la promesa de una futura retribución cuando se hubiesen reunido con los suyos sólo había persuadido a los comerciantes tras una acalorada disputa. Y de esa discusión concluyeron que no era mal negocio ocultar aquellas mercancías en lugar seguro cerca de la calzada para recuperarlas una vez el enfermo estuviese a salvo y obtener de esa forma doble beneficio con ellas.

La ciudad ocupaba una hoya al pie de unas peñas arcillosas, en la margen izquierda de un río sin demasiadas pretensiones, pero poco más pudo saber Wilya de aquel sitio excepto que las cigüeñas parecían tenerle especial aprecio por la cantidad de ellas que dominaban sus cielos compitiendo con la negra algarabía de los vencejos. Lo último que vio antes de caer en un pegajoso y mórbido sueño fue la afligida cara de Nantila, quien parecía haberse olvidado de su inexplicable recogimiento para dedicarse en cuerpo y alma a su mala salud. Después, y sin que pudiese determinar si lo que veía o escuchaba era cierto o fruto de la fiebre, creyó hallarse en una amplísima y soleada cámara frecuentada por hombres y mujeres de toda edad, pues tanto asomaban por allí vetustos varones, mozas y matronas, como oía las voces de chiquillos que parecían jugar a poca distancia de sus oídos. Y luego, esas imágenes plenas de luz y de vida se tornaban en extrañas apariencias para verse a sí mismo reflejado en el agua turbia de un estanque mientras a sus espaldas aquella eterna sombra rojiza de sus pesadillas batía las alas con intención de convertirlo también en sombra. Otras veces era la niña Hilde quien se acercaba a curiosear sabiéndole dormido, y cuando él abría los ojos ella salía corriendo de la habitación, como si su sola mirada tuviese el poder de herirla. O bien su madre, que no temía a sus ojos y le acariciaba la frente y el pelo antes de besarle muchas veces y marcharse en silencio, un silencio que dolía como el mordisco de un perro.

O Recaredo. Sí, también él aproximaba su rostro para dirigirle unas palabras, y estrecharlo después al no obtener respuesta de sus labios. Y así, arrugado bajo el cálido abrigo de su abrazo, acogido entre el azul de sus ojos y el rizo enérgico de una cabellera que le caía como cascada de bronce sobre la cara, Wilya pensaba en los guerreros amantes de Tebas, y en cómo habría de ser el combate, espalda contra espalda, junto a su primo.

—No conozco remedios para él —escuchó decir en algún lugar enfrente, y abrió los ojos para distinguir varios rostros conocidos. Allí estaban Recaredo, y Berulfo, y Chindasvinto, y tres hombres más que por sus indumentarias debían de ser nobles o ricos hacendados, y Nantila, que, apartado del grupo, observaba tembloroso cuanto

allí sucedía—. Ni siquiera sé a qué especie pertenece el mal que le posee.

El sí que lo sabía, decidió en su aturdimiento, sabía que había sido herido por alguno de los espíritus que poblaban aquel monte, o quizá el mismísimo Emilianus, el que venda al Maligno, se había tomado su venganza ante la afrenta de un majadero. Podía haberle cegado, o haberle hecho desaparecer en la asfixiante atmósfera de aquella gruta sepulcral, pero había elegido castigarle con un mal desconocido para los hombres. Si al menos Koenraad estuviera allí, si él pudiese atenderle, recurriría sin duda a alguno de sus ungüentos para expulsar de su cuerpo esos demonios del aire en los que el viejo ostrogodo decía no creer, pero que tan ciertos eran.

—Abre los ojos —seguía la voz—, creo que entiende y hasta se mueve a veces, pero ni una palabra sale de su boca, y no hay modo de reducir esa fiebre.

—Espero que no sea el morbo inguinal —observó otro de ellos—. He oído de algunos casos…

El primero, que debía de ser físico según el confuso entender de Wilya, negó escéptico con la cabeza, pero Nantila, ajeno a este gesto, prorrumpió en un lloriqueo convulso.

—No, la peste no. —Se persignaba entre gemidos de terror—. La peste no.

Berulfo le abofeteó.

—Tranquilízate y calla —gritaba éste, amenazándole con el puño—. No temas por tu vida, que no es la peste.

En Arenetum les hablaron de un ser extraño, alguien que vivía millas arriba, en el bosque, y cuya fama de adivinador venía de antiguo. El propietario que había recogido a Wilya en su quinta argumentó que a su parecer sólo eran cuentos de viejas, pero que contasen con su ayuda si no se hallaba otro remedio. Los presbíteros consultados, por el contrario, desaconsejaron semejante disparate, pues de todos era conocido que aquella malvada criatura, cuyo sexo nadie había determinado con seguridad, tenía tratos con el diablo y hasta podría ser unas de sus infernales criaturas. Recaredo decidió que la vida de su primo bien merecía conocer a quien pudiera sanarlo, fuera físico, augur o cosa diabólica, y enseguida determinó salir en su busca. Con él viajaron Berulfo, Chindasvinto y cuatro de sus lanceros, amén de dos siervos conocedores del camino que se encargaban del carro donde el yacente Wilya fue acomodado. Nantila, preso de un confesado pánico hacia aquella aventura, quedó en la villa rezando por el buen final de tan comprometida embajada.

Como salieron con el alba, antes de que el sol alcanzase su cénit ya estaban al pie del roquedal donde habitaba el hechicero. Desde allí, y según indicaron los siervos, una trocha de milla y media a través de la fronda conducía hasta arriba, aunque lo empinado de la ladera y el espesor de la maleza obligaba a seguirla andando o a caballo. Recaredo hizo que acomodasen al enfermo en su propia cabalgadura y él mismo le sujetó con su brazo para mantenerlo erguido y arropado con su capa. Cuando recomendó a los sirvientes que permaneciesen allí para custodia del carro y los bueyes, ambos suspiraron de alivio.

Por hacer más llevadero el incómodo y lento ascenso, Recaredo le hablaba al oído de las hazañas conseguidas contra los vascones, y de cómo tras la primera escaramuza anduvieron en su busca durante dos días, y que, tras darlos por muertos, combatieron tres veces más contra partidas que se retiraban, hasta que se acantonaron en Calagurris, donde recibieron la alegre noticia de que un patricio de Arenetum les tenía acogidos en su residencia.

Pero Wilya no podía responder. Tiritaba y creía sentir que la mismísima tierra temblaba a su alrededor; los árboles y la húmeda hojarasca agitados por un viento que no existía fuera, sino que manaba de sí mismo, de su carne enferma y sola ante una muerte que imaginaba cabalgando a su lado. Y se preguntaba de qué color sería su muerte, qué color habría de tomar su cuerpo al quedarse a solas con la tierra, si el pardo del veneno o el blanco pálido de la tristeza. Y luchando contra ella, contra ese final dictado por la maldición de un santo trinitario, el brazo amigo de Recaredo sujetaba su cintura para que no escapase como un caballo desbocado hacia el miedo, hacia la nada; su abrazo firme y decidido, su cuerpo joven protegiéndole la espalda, como lo haría su madre si pudiera, si la distancia no existiese. Su madre Orosia, tan lejos, tan cruelmente callada en sus pesadillas.

No podía haber confusión, porque la senda acababa allí, como desaparecida de repente ante una gran peña escoltada por la osamenta de un gigantesco castaño milenario. Era un territorio umbrío dominado por algo maléfico, donde la luz parecía una especie de humo viscoso suspendido ante los ojos. Sin poder evitar un escalofrío de aprensión, Recaredo descabalgó y dos lanceros se hicieron cargo de Wilya. El grupo se dispersó por los alrededores en busca de cualquier signo de vida, pero nada vivo parecía existir por allí hasta que Chindasvinto descubrió en el tronco muerto del castaño una grieta por la que cabían dos hombres bien apretados.

Hicieron fuego y, una vez provistos de teas, Recaredo abrió marcha en el interior del árbol, con los demás tras sus pasos. Enseguida se ensanchaba el pasillo y, aunque no resultaba fácil distinguir si las paredes eran de piedra o de madera, el lugar daba la impresión de pertenecer a una gruta abierta en la gran peña por mano de hombre o de demonio. Descendieron por unos toscos escalones hasta que, repentinamente, el joven rey se detuvo. Frente a ellos, y a la sórdida luz de las antorchas, se veía a alguien sentado, alguien de ojos blancos y vidriosos, como blancos eran los tres o cuatro mechones de cabello que le caían sobre los hombros, y su escasa carne, que permitía ver al trasluz el recorrido de las venas. Imposible imaginar su edad. Difícil averiguar si era hombre o mujer, pues ningún vello aparecía en su rostro de mármol y sus facciones nada expresaban en tal sentido. Sobre un piso alfombrado de huesos, miraba hacia ningún lugar como hacen los ciegos, aunque todos los presentes estaban seguros de que observaba cada uno de sus movimientos sin perder detalle. Sobreponiéndose a tan repulsiva escena, Recaredo hizo avanzar a los guerreros que portaban a Wilya sobre sus hombros.

—Este joven se muere —dijo con la mayor firmeza que pudo extraer de su

trémulo interior—. Te ruego que hagas algo por él.

Hubo unos instantes de silencio que parecieron eternos, y todos pensaron si aquella criatura que tenían enfrente sería sorda además de ciega.

—Vuela, pero no grazna —habló, por fin, y su voz parecía venir no de una garganta humana sino de lo más profundo de aquella caverna—. No es negro su manto sino grana. No figura entre los carroñeros, pero ya se cierne para asistir a la gran pérdida.

Calló, y todos quedaron perplejos. No todos, realmente, porque Wilya, aun dominado por la fiebre, había entendido lo que le decía aquel repulsivo ser. Al menos las dos primeras frases, esas que hablaban de forma clara sobre su pesadilla, de aquella mariposa que le llevó al fondo de un pozo y cambió su destino para siempre. Había hablado para él, sólo para sus oídos, y nadie más podía comprender el alcance de sus palabras. Aunque su última frase era desconcertante.

—Demasiado enigmáticas tus palabras. ¿Quieres decir que morirá? —insistió Recaredo, y la ausencia de respuesta excitó su tono—. Venimos de lejos. ¿Acaso este enfermo no merece de ti un remedio?

—¡Bah, bah, bah! —repuso la criatura, y ahora su voz se parecía al bufido de cien culebras—, no le matará ese mal. Y dejadme en paz, que no estoy para escuchar simplezas.

—¿Y quién eres tú, miserable despojo —Berulfo avanzó unos pasos con la espada desnuda en la mano—, para hablarle así a un rey?

Sin moverse, la criatura lanzó un aullido horripilante que frenó en seco a Berulfo e hizo retroceder espantados a los demás. En su mano izquierda blandía una cosa extraña, similar a un pequeño esqueleto o una raíz seca que parecía cobrar vida cuando la agitaba.

—Veo en tus ojos una profunda sima —dijo a Berulfo apuntándole con aquel objeto, y su voz tenía ahora algo de diabólico, como si no viniese de sus labios siempre inmóviles—. Y a la venganza agazapada en el fondo de esa oscuridad. Necesitas una respuesta. ¿La deseas?

—No, Berulfo —le agarró Chindasvinto para detenerlo—, no lo aceptes, no te atrevas a eso. Es un nigromante.

—Nunca he visto la sangre negra de un demonio.

Berulfo se abalanzó hacia la criatura, pero algo se interpuso entre ambos. Algo terrible, un rostro, una imagen cerúlea como la muerte y larga como un ciprés que parecía tapizar toda la gruta, o fluir de sus paredes. Berulfo cayó al suelo pataleando, cubriéndose la cabeza con los brazos y aullando como un galgo apaleado. Los demás, incapaces de reaccionar, también pudieron oír aquella voz lóbrega y quejumbrosa que nada de más abajo de la tierra.

—Berulfo, hijo mío —decía la voz.

Y éste se retorcía, las manos en las orejas para protegerlas e intentando ahogar con lastimeros chillidos aquel sonido que le asaltaba.

—Berulfo, hijo mío —decía la voz, y lo repitió varias veces como un eco hasta que el mentado tuvo valor de girarse, mirar al techo y, entre sollozos, responder con un susurro apenas audible:

—¿Por qué me hablas desde la muerte, padre?

Nadie se atrevía a mover un músculo. Wilya yacía en el suelo, abandonado por sus asistentes que, como los otros dos lanceros, habían escapado despavoridos. Recaredo y Chindasvinto, también aterrados, observaban tanto a la inmóvil criatura como a Berulfo; sólo a ellos, porque aquel rostro que se había adueñado de la gruta resultaba demasiado horrible para ser mirado. Aunque su voz, de la que no era posible sustraerse, era igualmente insoportable.

—Devuélveme la sangre, Berulfo —decía el espectro de Sigila o lo que aquello fuera, y las palabras parecían llegar desde una fosa muy honda y angosta, excavada tal vez a las puertas del mismísimo averno—. Devuélveme la sangre, Berulfo, que fluya de nuevo por mis venas de piedra, por los ríos secos de mi cuerpo, por las cuencas vacías una vez más. Devuélveme la sangre que me robaron.

Los gritos de Berulfo erizaban la piel mientras éste huía a toda prisa de la gruta, tropezando sin poder hallar la salida, golpeándose en su carrera contra las paredes. Y una vez consiguió escapar, aquella presencia se esfumó sin dejar rastro.

—Y tú, hijo de conde —dijo ahora la cosa de ojos marmóreos dirigiéndose a Chindasvinto—, ¿no quieres conocer lo que te traerán los años venideros?

Este negó con cara de espanto y rogó a Recaredo que marchasen de allí. En ese momento vieron el cuerpo de Wilya tendido, y entre ambos se dispusieron a cargar con él. Pero la criatura ya había empezado a hablar entre espeluznantes carcajadas.

—Te sentarás en el trono, hijo de conde. Sí, pasarán diez reyes, y cuando esos cabellos que te mesas por no oírme sean blancos de edad y rojos de sangre derramada, también serás rey. Llamado por los tuyos rey de la destrucción y la venganza, el Maligno beberá en tu honor temeroso de perderte, temeroso de perder contigo el tiempo del terror sobre la tierra.

En ese momento, Berulfo se presentó de nuevo en la gruta para lanzar una pica sobre la criatura que, ensartada contra la pared, expiró con un siniestro resoplido, similar al que hace el vendaval cuando atraviesa los postigos mal cerrados. Arrojó después la tea sobre su cuerpo y un chisporroteo se apoderó de aquella cosa infernal, que quedó consumida en un instante como si fuera yesca. Una vez estuvieron todos fuera, lanzó las antorchas restantes al fondo del castaño para convertirlo en fervorosa pira.

—Hijo de un demonio —mascullaba para sí Berulfo a cada paso mientras se alejaba, la cabeza gacha, el espíritu arrebatado por un terrible salteador—. Hijo de un demonio —repetía luego, cabalgando entre las ramas del bosque herido y la carne humeante de la tierra.

Aún tardó un par de semanas en recuperar la salud, y no del todo, pues si bien la fiebre había desaparecido por completo, Wilya se sentía débil e incapaz de soportar

los esfuerzos que se le suponen a un hombre sano. Quedaba, además, aquella herida abierta por las palabras de la extraña criatura que le pesaban como una piedra de moler colgada del corazón, y que al principio quiso atribuir a los efectos que el desconocido mal había causado en su cabeza más que a hechos verdaderamente sucedidos. Pero el testimonio de Recaredo, que se ocupó de él durante todo ese tiempo con la fidelidad de un amigo y casi con el afecto de un amante, le convenció de que aquel viaje había sido cosa cierta y no fruto de una alucinación, como cierto había sido, por terrible y extraordinario que pudiera parecer, cuanto había visto y escuchado. Y tan verídico era, que enseguida comprobó que todos andaban presos de una angustia similar a la suya. Berulfo se había vuelto desde entonces huidizo y más malhumorado que de costumbre, y a Chindasvinto se le veía más reflexivo de lo habitual y poseído por una suerte de congoja en el rostro y en los andares. En cuanto a Nantila, se mostraba siempre distante y respetuoso con todos aquellos silencios que parecían beneficiar al suyo.

Sólo al despedirse de Arenetum, y como si aquel lugar y sus alrededores poseyeran algún extraño poder sobre ellos que fuera desapareciendo al alejarse, recobraron un poco del temple perdido. Todos, excepto Berulfo, inmerso en un mutismo raro en busca de sus soledades personales que apenas se vio mitigado al hallarse de nuevo entre los quehaceres cotidianos del ejército acantonado en las proximidades de Pampilona.

Allí supieron de las hazañas de Leovigildo, quien, recorriendo la costa de la Tarraconense, había expulsado a los vascones de la ciudad de Roda cuando la saqueaban, y que en recuerdo de la victoria había ordenado acuñar en todas las cecas de la provincia una moneda que dijese bien claro: «Con la ayuda de Dios tomó Roda». Y que tras aquel triunfo, primero solo y unidas después sus fuerzas a las de Claudius, había derrotado a cuantas columnas de invasores halló por el camino poniéndolos en fuga hacia sus tierras. Y no había conseguido únicamente victorias militares, sino que antes de echarse los vascones a la cara había ganado para su causa y apartado de la de Hermenegildo a muchos trinitarios que halló en su camino. Contaban de unos hechos notables sucedidos en un monasterio consagrado al santo Martinus cuyos clérigos, adictos en secreto al usurpador, quisieron con malas artes ganar para su partido a algunos guerreros del rey, y éstos, en cabal respuesta a sus intrigas, saquearon aquel lugar tan sagrado para la gente de fe romana. Leovigildo había devuelto todos sus bienes a tan indignos levitas, quienes a partir de ahí alabaron su sabiduría y la justicia de sus razones.

—Parece muy a bien con Dios el rey últimamente —se comentaba de buen humor por el campamento.

—No son asuntos divinos, sino muy terrenos —concluían otros—. Si su primogénito usa a su dios como enseña, él hace otro tanto, y ahorra además mártires para la causa del tirano.

Todavía estuvo algunos días Leovigildo en la ciudad, donde había convocado a

los obispos de Calagurris y de la propia Pampilona a fin de resolver con su concurso ciertas denuncias sobre el comportamiento de varios de sus notables, a quienes se acusaba de colaboración con los salteadores por haber favorecido su abastecimiento en las primeras jornadas de la correría. Cumplidas las sentencias, marchó al frente de su ejército de nuevo hacia el Iberas, aunque antes de tener a la vista la ciudad de Vareia tomó dirección hacia el norte tras las huellas de las últimas partidas de montaraces que habían seguido aquel camino en su retirada. Los más arrojados aconsejaban perseguir al enemigo hasta sus pueblos y convertirlos en cenizas como escarmiento por sus atropellos, pero tanto el rey como Claudius, que conocían bien el territorio por anteriores campañas, sabían de las limitaciones de una fuerza como la suya, concebida para un veloz acoso y no para el asedio, y que aventurarse en los bosques y desfiladeros de aquellas altas vertientes era empresa harto arriesgada para cualquiera, más si no se disponía del necesario avituallamiento para una larga campaña.

Sin resistencia enemiga a la vista, Leovigildo apuró el camino por la llanura hasta las faldas de la gran cordillera azul que cerraba el norte, y cuyas angostas veredas elegían los paganos vascones para salir de sus abrigaderos. Tras varios días de examen de la comarca, decidió acampar en las proximidades de una aldea, donde dirigió la traza de una ciudad fortificada que defendiese el valle y que habría de llamarse Victoriacum en recuerdo de tan triunfal campaña. A tal efecto, despachó legados tanto a Pampilona, Vareia, Calagurris y otras ciudades próximas, como a las más lejanas pero poderosas Tirassona y Cesaraugusta para reclutar colonos con que poblar la fortaleza y explotar en propiedad las feraces tierras circundantes. Y órdenes parecidas envió a estas guarniciones y a las de los Campos Góticos para dotar con tropas suficientes el que habría de ser puesto avanzado frente a presumibles intentonas por parte de los naturales de aquellas cumbres.

Allí, cerrada por fin la campaña militar, pasó el ejército el verano y la primera parte del otoño dedicado a trabajos más propios de leñadores, canteros y constructores que de guerreros, y cuando Leovigildo decidió el regreso a casa, algunos de los muros tenían ya el aspecto de un recinto capaz de salvaguardar con eficacia a una población que crecía diariamente. El rey encomendó a Chindasvinto el gobierno de Victoriacum, pues su residencia de Pampalica distaba apenas ochenta millas del lugar y buena parte de los guerreros que habrían de quedar allí ya habían estado a sus órdenes en la ciudad que su padre gobernaba, y hacia la que se dirigió Claudius de vuelta a su patria para dar noticia del nombramiento.

Viajó por fin Leovigildo con el resto de sus hombres hacia Cesaraugusta, donde tomó la calzada que discurría por la Celtiberia hasta Toletum. Y al llegar a esta comarca observaron con disgusto los destrozos que la langosta había causado durante el verano. Según les contaron, en una extensión de más de veinte millas a la redonda ni árboles, ni viñas, ni cultivos habían sobrevivido a la calamidad llevando la pobreza a sus habitantes. Ni las semanas transcurridas desde entonces ni las primeras lluvias

otoñales habían logrado borrar la huella de la plaga, y sólo las insolentes cornejas se atrevían a sobrevolar tanta desolación.

Agonizaba octubre cuando el rey decidió abandonar la vía principal para internarse en una calzada que se abría a la izquierda, aquella por la que los jóvenes bajo las órdenes de Claudius habían llegado meses antes en su cabalgada desde Laminium. Y se extrañaron todos del cambio de rumbo, pues estaban deseando llegar a casa y disfrutar del invierno tras tan larga ausencia lejos de sus familias, pero nadie objetó la caprichosa orden de Leovigildo hasta que, al cabo de dos jornadas, y tras cruzar el Tagus, el rey eligió un nuevo desvío hacia una senda mucho más incómoda y envió por delante a media docena de guerreros.

—La gente echa de menos Toletum, padre —le dijo Recaredo—. ¿Qué se nos ha perdido por estas sierras?

—Ya va siendo hora de que conozcas el lugar donde habrás de residir.

Y, efectivamente, ese mismo día se presentaron ante Recopolis para fascinación de todos. Porque ya desde la lejanía se apreciaba como una ciudad hermosa, encaramada en una alta meseta sobre una vega del Tagus, cuyas aguas abrazaban en un generoso meandro buena parte de los riscos donde se erguían sus murallas. Una vez cruzaron su puerta, entre el entusiasmo de autoridades y moradores por la repentina visita real, pudieron comprobar hasta qué punto su asombro era fundado.

Con la ilusión de quien entrega un obsequio y espera el correspondiente beneplácito del agasajado, Leovigildo mostraba a su hijo los pormenores de aquel enclave, pues eso y no otra cosa era Recopolis, un verdadero regalo que en el corto espacio de tres años desde su fundación se había convertido en un espléndido lugar rodeado de huertas, sementeras y jardines, en un centinela que dominaba sierras y caminos desde el corazón de la Celtiberia. Por si aquella abundancia fuese poca, disponía de una ceca que ya acuñaba moneda, de un acueducto que surtía del agua necesaria a la cisterna común y, a muy pocos pasos de sus fortificaciones, de una cantera y leña suficiente como para seguir creciendo durante muchos años más.

No paraban ahí las excelencias de la ciudad. El palacio era notablemente más grande y lujoso que el de Toletum, y desde sus ventanas se dominaba un vastísimo valle por el que la vista podía perseguir el recorrido del Tagus durante muchas millas. Y adjunta al palacio, en la zona más alta de la ciudad, una basílica donde los artesanos, traídos desde Emérita, habían mostrado su bien ganada fama sobre la piedra de columnas y capiteles. Leovigildo hizo notar a sus acompañantes la particular traza del templo, pues sus muros interiores formaban la figura de una cruz, algo nunca visto en el reino, y el añadido de varias salas anexas que habrían de servir como mausoleo de reyes, donde él mismo deseaba ser inhumado una vez el Todopoderoso decidiese que sus días se habían cumplido.

Recopolis parecía un lugar cercano a los cielos, una excelente tierra tanto para vivir como para reposar los huesos, pero Recaredo no alcanzaba a entender los planes de su padre.

—Si debo gobernar sobre el norte —inquirió—, podías haber elegido para mí Segontia, Cesaraugusta o Tarraco, que ya son urbes vigorosas y disponen de buenas vías. ¿Por qué una nueva ciudad?

—Algún día lo comprenderás.

Tras las apacibles jornadas que disfrutaron en Recopolis, y siguiendo el cauce del Tagus entre arboledas que ya vestían de color naranja, los jinetes de Leovigildo llegaron a Toletum bajo una suave llovizna. Wilya, como todos sus compañeros del rey abajo, se sentía feliz; por el regreso, y orgulloso además de formar parte de la comitiva real tras tan larga campaña. Cierto que su comportamiento había distado mucho del exigible a un buen guerrero, pero guardaba un montón de sucesos que contar a los suyos, y otros, como el cautiverio y la enfermedad sufridos, que sería mejor reservarse por no infundir preocupación a su madre. Más difícil era justificar la pérdida de sus armas, aunque siempre podía atribuir, el percance a los pormenores del combate. Sí que les contaría, lógicamente, tantas buenas cosas y tan bien hechas, como el severo trabajo durante el tiempo que había pasado en Victoriacum, y las partidas de caza entre aquellos bosques de gigantescos árboles, y quizá sobre los vascones y lo distintos que resultaban de los godos y de los mismos hispanos, y de su extraña forma de hablar de la que había aprendido alguna palabra suelta. También les mostraría las piezas que había labrado sobre madera de roble siguiendo los modelos del chaturanga para paliar en sus horas de descanso la ausencia de un libro con que entretener el pensamiento.

Sobre estas y otras muchas cosas reflexionaba Wilya cuando la tropa llegó a la puerta de la ciudadela y la comitiva palaciega salió a su encuentro. Pronto se dispersaron los guerreros en el interior o con destino a sus hogares, pues el día se había metido en agua y no resultaba grato prolongar las efusiones y despedidas en el patio de armas como venía siendo costumbre. El mismo se disponía a dirigirse a casa cuando Galmerico llamó su atención y le invitó a pasar a cubierto. Sin más preámbulos, y tomándole de los hombros en un gesto afectuoso, el anciano clérigo habló muy serio.

—Hallarás muy triste tu hogar, hijo. Tu madre ha fallecido.

Quedó mudo. Al principio, recién pronunciadas, aquellas palabras parecían no tener ningún sentido, como si hubiesen sido dichas en una lengua bárbara, pero a medida que Wilya se hizo a la idea de lo que significaban, la confusión dejó paso a la incredulidad, y de inmediato a la necesidad de saber.

—Sucedió mediado septiembre, poco antes de la vendimia.

—¿Por qué no me enviasteis noticias de su mal? —Quiso descargar el sentimiento de culpa, que empezaba a percibir como una bola en la garganta.

—De nada te habría servido cabalgar sin reposo.

—Podría al menos haber asistido a su entierro —protestó entre lágrimas.

—Ni entierro hubo, Wilya, no te atormentes. —Y antes de que él pudiese pedir explicaciones por tan extraña respuesta, Galmerico se adelantó con voz muy queda

—: La peste se la llevó.

—¿La peste? —repitió con una mueca de terror.

—Así es. Y su cuerpo hubo de ser quemado allí mismo, en la villa, y como el suyo los de otros pobres desgraciados que sufrieron el mismo mal. Ya conocíamos los planes de regreso de Leovigildo, así que de nada servía adelantarte la pena unas semanas porque nada podías hacer.

Wilya caminó bajo la lluvia, olvidada la montura, olvidado todo lo que no fuese aquella dramática verdad. Las calles, vacías por el aguacero, no le recibían como a un héroe que regresa, sino como a un huérfano cabizbajo digno de compasión, y hasta las ventanas y postigos de las casas parecían mirarle con una infinita tristeza. Como triste descubrió su hogar, según había anunciado Galmerico, pues aunque Lucius mostró un medido gozo al verle indemne, se observaba en el mayordomo un desconsuelo que le mantenía alejado de cuanto sucediera a su alrededor y, aunque rondaba escasamente los cuarenta años, por su aspecto macilento y apesadumbrado parecía andar muchos por delante de esa edad.

La casa, siempre alegre y bulliciosa por el trajín de los siervos, era ahora un lugar donde la discreción parecía haberse apropiado de todo: de las personas, de los muebles, de los mismos animales que ni rebuznaban ni mugían ni ladraban, como si temiesen hacer daño con su voz a aquel profundo silencio que ni siquiera las gallinas osaban romper con sus naturales cacareos. Era un silencio doliente, como un amargo e invisible vaho que todo lo envolviese y que hacía transcurrir el tiempo con una lentitud que a ratos resultaba desesperante y a ratos necesaria para soportar tanta aflicción.

Y, en ese paso lento de las horas, de los días, entre furtivos cruces de miradas que todos querían evitarle por no llamar el llanto a sus ojos y a los de ellos, Wilya se atormentaba con recuerdos. Porque los recuerdos, tras aquella inesperada visita del Ángel de la Muerte, parecían cobrar la extraña virtud de convertirse en testigos delatores de oportunidades malgastadas y de todo cuanto de malo había hecho en el tiempo que convivió con su madre. Aunque a veces no, a veces un detalle sin importancia, un olor, un objeto, le traía a la memoria los mejores momentos pasados con ella, y entonces lloraba con lágrimas muy distintas, mucho más ligeras y que hasta sabían dulces y no saladas al llegarle a los labios.

Y es que Koenraad tenía razón en aquella carta que le dirigió tras conocer la muerte de Orosia y que Lucius había guardado para entregársela cuando regresó a Toletum. Entre afectivas frases destinadas a consolarlo desde la distancia había una que le hizo reflexionar. Nada duele tanto, había escrito el ostrogodo, como despedirse de quien alguna vez nos hizo feliz. En su respuesta, más que insolente, Wilya había recordado al bibliotecario de Agali aquella fábula de Noé y las hormigas para concluir que la muerte de su madre debía ser imputada a la ira caprichosa de un dios loco y malvado. Pero tenía razón el viejo físico y nada dolía tanto como aquella pérdida, porque nadie como ella le había hecho feliz, siempre pendiente, en todo

momento dispuesta, y aun frente a sus ridículos caprichos o justificados deseos, guardando para sí reproches que sin duda había merecido, y devolviéndole sólo bien por mal.

Como un tormento, una frase se repetía ahora en su cabeza, una frase de su madre. Orosia siempre te estará esperando, había dicho ella cuando le animó a lanzarse a volar y convertirse en hombre. Y al regresar de su vuelo más largo, ella no estaba, y nunca más estaría esperándole. Se sabía solo, completamente solo. Ya era un hombre, aunque un hombre sin apoyo y acosado por la sombra de aquella maldición lanzada por un ser diabólico. No figuraba entre los carroñeros, le había augurado aquella criatura del infierno, pero se cernía sobre él para asistir a una gran pérdida. Quienquiera que fuese, espíritu o demonio, se había llevado a su madre una vez dictado aquel veredicto. Ya venía cerniéndose sobre su vida devorándole la salud, las esperanzas, desde aquel maldito día en que se cruzó en su camino y él decidió perseguir sus engañosas acrobacias de mariposa.

Por no prolongar el duelo que se había apoderado de la casa, y para olvidar un poco él mismo la ausencia de quien tiempo atrás la alegraba con su solo existir, Wilya se propuso recuperar cuanto antes la vida palaciega. La reina Goswinta, como de costumbre ocupada en los mil detalles necesarios para mantener con todo decoro aquel otro hogar, parecía más avejentada que meses atrás merced a las cataratas que habían velado sus ojos. Pero esa nube anidada en sus iris azules, que los hacía ahora más claros y celestes, no le impedía mostrar un regocijo más propio de moza que de gran señora ante la noticia de que Hermenegildo e Ingundis habían tenido descendencia, un varón a quien habían llamado Atanagildo en recuerdo de su anterior esposo y abuelo de la reciente madre. Consideraba la reina que en ese niño se habían fundido la sangre de Leovigildo a través de su hijo y la suya propia merced a su nieta. Y dado que con su actual esposo no había podido tener sucesión, el Dios Padre se la concedía a ambos de aquel modo.

Leovigildo, si bien con más mesura que su esposa, también participaba de una felicidad que a Wilya le resultaba chocante teniendo en cuenta que lo que le había nacido en la persona de su nieto era un enemigo más en la provincia bética, pues si enemigos eran Hermenegildo e Ingundis, era lógico pensar que también lo sería aquel niño que recibiría las aguas bautismales según el rito trinitario. Pero no quiso trasladar al rey semejantes reflexiones en la primera ocasión que tuvo de hablar a solas con él. Muy al contrario, se guardó de decir algo que pudiese ofender la generosidad mostrada por Leovigildo durante toda la audiencia, ya que su tío le ofreció trasladarse definitivamente a palacio si tal era su deseo, le aconsejó luego sobre asuntos de la vida diaria que habría de afrontar tras la muerte de su madre, y concluyó por fin alabando su coraje durante la campaña contra los vascones. Y él, nada ufano de esto último, tras agradecer tan claras muestras de apoyo, alegó en su contra que la bisoñez le había traicionado en los momentos decisivos.

—La bisoñez se cura en el combate, querido sobrino. Y en Victoriacum trabajaste

como el que más, a pesar de…

—A pesar de ser casi un tullido —le interrumpió, asumiendo la verdad con franqueza nunca oída.

—No importa lo que seas. Necesitaré gente fiel y despierta a mi lado cuando marchemos contra Hispalis.

—¿Iremos por fin a la Betica?

—Tu primo no cede. Ni siquiera ser padre y saber lo que se siente por un hijo ha mermado su obstinación. En primavera partiremos, así que no te dejes llevar por el desánimo y persevera.

Naturalmente, también visitó a Badwila, y como si el herrero sólo supiese mostrar la gradación de sus afectos con la fuerza bruta, su abrazo casi le partió en dos. Él, por su parte, se sinceró con el hombrón como no lo había querido hacer con nadie, contándole hasta el último pormenor de su primera experiencia como guerrero, incluso aquellos episodios que por prudencia había decidido ocultar a su madre y que ella ya jamás podría escuchar. Todo, excepto el significado del augurio que había recibido en los montes de Arenetum. El herrero interpretó la desventura como la confirmación de sus advertencias.

—Aquellos salteadores te dejaron desnudo, sí, pero tu más grave desnudez fue verte privado del amuleto de hierro. Nada te habría sucedido de haberlo conservado, pues todos tus males vinieron sin duda de aquel lugar nefando plagado de clérigos y espectros. —Y de inmediato dispuso Badwila un improvisado colgante que le anudó al cuello antes de prometerle las mejores armas para la campaña que ya se anunciaba.

Wilya no tuvo valor para preguntarle por Hilde, que seguía apareciendo tanto en sus sueños como en sus pesadillas, pues pensó que para qué interesarse por alguien a quien su presencia causaba tal pavor que le hacía correr lejos.

Lucius, por fin, y tras un tiempo prudencial, se permitió romper aquel silencio que le encadenaba para sugerirle la necesidad de comprometerse con su hacienda y evitar así el desorden y la ruina en que la mala administración sume a toda propiedad. Estaba la casa, pero también los silos, la villa, las vides, los campos de cereales y los olivares en los alrededores de Toletum, y las posesiones de sus padres en la Narbonense que superaban en tres o cuatro veces a las anteriores, amén de colonos, sirvientes y esclavos. Y a todo ello había que dar respuesta con una correcta atención a los ingresos y gastos, y adoptar decisiones sobre si vender o comprar aquí o allá. Jamás se había preocupado de aquellas cosas, y ningún interés tenía en hacerlo ahora.

—Tú debes saber de todo eso.

—Algo sé, pero es tu hacienda, y corresponde al propietario tomar decisiones sobre lo que es suyo.

—Mi madre confiaba en ti, Lucius, y también he heredado de ella esa confianza. Encárgate de todo y sabré recompensarte. Igual que cuando ella vivía.

—Nada es igual sin ella —murmuró el mayordomo agachando la testuz, y Wilya respetó su lucha por ocultar las lágrimas.

Por lo demás, la vida transcurría en la ciudad con el sosiego propio de un tiempo perezoso que ya comenzaba a enfriar los muros y la piel, y cubría la tierra de hojarasca.

Sus presunciones sobre Nantila no tardaron en confirmarse. A las pocas semanas de regresar a Toletum, el hijo del conde palatino anunció su deseo de recibir formación en la escuela episcopal de la ciudad con el propósito de ser consagrado presbítero. Aquel extraño proceder de su amigo desde que ambos fueron recogidos en el monte Dircetius, su tenaz ensimismamiento, tan prolongados mutismos, su desconocida forma de mirar cuanto le rodeaba, todos esos detalles y muchos más que para otros podían haber pasado inadvertidos, tenían para Wilya un claro significado. El mismo poder que a él le había hecho enfermar bullía desde entonces en la cabeza de Nantila en forma de pensamientos que ahora por fin se habían revelado públicamente. No le sorprendió, por tanto, esa decisión, aunque tampoco pudo evitar un ácido juicio sobre las ironías con que el destino entretejía las vidas de los hombres, pues él, deseando con todas sus fuerzas ser guerrero, se veía menguado en ese afán por una tara física, mientras que Nantila decidía renunciar voluntariamente al futuro con que todo noble godo soñaba desde la infancia para tomar la senda eclesiástica. Como Erga.

La despedida, una mañana fría y luminosa, reunió a los cuatro amigos en un paseo por las calles. Wilya, Recaredo y Berulfo asistían a las explicaciones de Nantila con ánimo apagado, como si aquella separación fuese una ruptura más en el sólido grupo que les había visto crecer, abierta en su día por los dos mayores y prolongada ahora por el más pequeño. Éste, por el contrario, glosaba jubiloso los motivos de su decisión, que comenzó a fraguarse ante la tumba del venerable Emilianus y tomó cuerpo merced al ejemplo recibido de aquellos hombres retirados de los deseos terrenales, que habían hecho de la oración y de la custodia del sepulcro un propósito de santidad. Para él había sido, dijo, como vislumbrar la luz de otro mundo, de un mundo que le llamaba con voz más poderosa que cualquier otra de las que oía alrededor.

—A ti te debo haber podido escuchar la llamada del Altísimo. —Nantila aferró el brazo de Wilya con afecto—. De no haberme ayudado cuando caí del caballo, quién sabe lo que habría sido de mí.

—No me enredes —replicó él—. Yo no te metí esas ideas en la cabeza.

—Wilya vivió como tú en aquel monte —terció Recaredo—, y no se le ha ocurrido entrar en religión.

—Y menos del credo romano —recalcó éste—. Galmerico está que echa los dientes contigo.

—Lo sé, y me duele el daño que haya podido causarle.

—Allá tú si decides ser clérigo —dijo Berulfo—, pero no entiendo por qué ofendes así a la fe goda.

—Sólo quiero seguir los pasos de Emilianus. Y él era trinitario, como lo son

Asellius y los demás. No es ofensa.

—Pues sí que lo parece, ahora que Leovigildo ha querido acercar ambos credos —insistió Wilya.

—Poca gracia le debe de haber hecho a tu propio padre —abundó Recaredo.

Nantila cabeceó admitiendo el conflicto con Egica, aunque no parecía dispuesto a ahondar en asuntos domésticos.

—Además —Berulfo rompió el repentino silencio creado—, sólo un imbécil renunciaría de por vida a las mujeres.

Los amigos rieron la frase, incluso el propio Nantila, que sabía muy bien el precio de su decisión. Desde que esa misma tarde quedase bajo las órdenes del prefecto para ser tonsurado, la castidad sería una exigencia por la que habría de ser medido a diario. Cumplidos los dieciocho, y esta vez de forma pública, debería pronunciar su voto de celibato para recibir el subdiaconado, y sólo a los veinticinco, si mantenía su juramento, podría ser consagrado diácono o presbítero según sus méritos.

—No es para reírse —protestó Berulfo—. Al menos a nuestros sacerdotes no se les exige una decisión tan contra natura como ésa.

—Ningún sacrificio es vano si acorta el camino que lleva al Señor —sentenció Nantila.

—Para qué necesitas ir a esa escuela, si ya hablas como un marchito clérigo romano —alegó Berulfo con desprecio antes de dar media vuelta y abandonar la compañía de sus amigos sin despedirse. Aunque ninguno de ellos se lo tuvo en cuenta, porque sabían que desde los sucesos de la gruta de Arenetum ya no era el mismo, y que tan pronto aparecía como desaparecía, que tanto hablaba como decidía callar, y que sus reacciones se habían tornado tan imprevistas como a menudo violentas.

Mientras Nantila vivía sus primeras jornadas como novicio, pocos días antes de la Natividad, un pequeño ejército llegó hasta las puertas de Toletum. Eran apenas cien jinetes godos, pero la noticia, por inesperada, creó en palacio revuelo semejante al que habría causado el asalto de diez mil guerreros. Obedecían las órdenes de Witerico, un noble de unos veinticinco años de elevada estatura y rostro afilado, que de inmediato fue recibido por Leovigildo y sus gardingos, a quienes refirió las nuevas ofensas urdidas por los enemigos del reino. Por él supieron que buena parte de la provincia lusitana se había sumado a la rebelión de Hermenegildo, y con parecidas infamias a las consumadas dos años antes en la Betica, pues los templos de fe goda habían sido ocupados por los trinitarios y sus legítimos sacerdotes expulsados de ellos como si de malhechores se tratase. Witerico, a quien el rey parecía tener en alta estima por ser discípulo y protegido de Claudius y haber participado con él en la última campaña de la Orospeda, refirió cómo el duque Tulga había caído bajo las dagas de los conspiradores, y que el conde Segga se había visto forzado a escapar de Emérita para no sufrir igual fin hasta conseguir refugio en Norba, donde el conde Vagrila le había acogido de buen grado a pesar de que los rebeldes amenazaban con

un asedio a la ciudad. Y que ambos se mantenían leales a la espera de órdenes.

—¿Y Masona? —El rey alzó su voz sobre el rumor de indignación que aquel relato había arrancado entre los reunidos.

—El obispo trinitario es una de las cabezas de la hidra rebelde.

—Malo es que los hispanos apadrinen sediciones —Leovigildo volcó de un puntapié el escabel en que apoyaba sus suelas— pero que lo haga un godo es una traición imperdonable.

—Sigue el mal ejemplo de otro godo de mayor rango —apuntó Witerico—, si me permites hablar así de tu primogénito.

—Tu lengua es atrevida, aunque no te falte razón. Espero que pronto demuestres parecido valor en el combate, según acredita tu fama.

—Estoy impaciente por hacer honor a ella, señor.

—De momento, haz honor a nuestra hospitalidad, y ocúpate de que tus hombres queden bien alojados mientras pasa lo más duro del invierno.

Las palabras del rey fueron recibidas por todos como una señal, y a los pocos días ya corría por la ciudad el rumor de que Leovigildo marcharía contra Emérita en cuanto se apaciguasen un poco los fríos, desde luego mucho antes de las acostumbradas fechas de la Pascua en que solía comenzar sus campañas, quizá incluso cuando los almendros comenzasen a florear. Y con esa seguridad, convencido de que el mes de marzo no habría de verle en Toletum, Wilya apuraba a Badwila para que tuviese sus armas dispuestas cuanto antes. La primera sorpresa le llegó poco después de que hubiese cumplido los dieciséis, cuando el herrero le presentó un arma que recordaba a los mazos que portaban algunos hombres de la infantería de Leovigildo, aunque muy distinta en su ingenio, pues si éstos consistían en un garrote de madera culminado por afilados pinchos metálicos, aquélla era un mango de roble de cuyo extremo partían tres cadenillas rematadas cada una de ellas por una espinosa y cortante bola de hierro y plomo.

—Pesa más que una espada —se quejó cuando la tuvo en su mano.

—Sí, pero es mucho más poderosa. Golpea a mayor distancia y puede derribar hasta un caballo si se dirige contra su cabeza o sus patas.

—No parece fácil de manejar.

—Debes cuidar de no herirte a ti mismo, pero tu brazo derecho tiene ya la fuerza de un oso, así que aprende a usarla y nadie se atreverá a acercarse a ti.

Su brazo derecho, cavilaba él, podía parecerse al de un oso según opinión del herrero, aunque no así su cara, demasiado lampiña para su gusto, por lo que se cuidaba a diario de rasurar esa pelusa tostada y ligera que le asomaba en las mejillas y bajo la nariz con el deseo de que pronto pudiese ser tenida por una barba decente. Lucius, con su habitual paciencia y no poca pericia, le ayudaba a menudo en tal empresa, y en tan prolijos trabajos andaban atareados cierta mañana cuando los sirvientes anunciaron la imprevista visita de un par de clérigos trinitarios. Wilya se negó a recibir a tan inoportunos y molestos visitantes, y de no ser por la mediación

del mayordomo, que se ofreció a atenderlos en su nombre, los habría expulsado sin mayores miramientos.

Cumplido con creces el deber de hospitalidad y despedidos por fin los huéspedes, pasó Lucius a referirle los motivos de tan singular visita. La pareja de sacerdotes decía pertenecer al pequeño monasterio fundado por la difunta Orosia en la villa, buena parte del cual, como el modesto oratorio dedicado al culto y algunas viviendas anejas, había sido entregado a las llamas para detener el avance del morbo inguinal que cinco meses antes se había llevado las vidas de su madre y de otra veintena de desgraciados. Era intención de aquellos clérigos levantar de nuevo el sagrado edificio, y por tal motivo solicitaban conformidad del nuevo propietario.

—Conformidad y dinero —ironizó Wilya al escuchar la propuesta.

—Mucho dinero. También necesitan nuevas reliquias para el templo.

—Los trinitarios de Agali, al menos, sufragan su propia iglesia, pero éstos han vivido mal acostumbrados al amparo de mi madre. En nada me atañe a mí lo que ella hiciera con su fe.

—Les haré saber tu negativa.

—¿Crees que obro rectamente, Lucius? —dudó. El mayordomo se encogió de hombros.

—¿Y quién soy yo para decidir sobre un patrimonio que no me pertenece?

—No te pido que decidas, sólo tu opinión.

—Si he de guiarme por la voz de mis tripas, bien decidido. Esa gente me causa tanta antipatía como a ti.

—No sabía que siguieses la religión de los godos.

—Y no la sigo, aunque la fe predicada por Arrio tenía ya muchos seguidores en estas tierras antes de que llegaseis los godos. Si no te aburre escuchar sobre mis orígenes lo entenderás perfectamente.

Con su aquiescencia, pasó Lucius a explicarle lo que le había propuesto. De esta forma supo Wilya que la madre del mayordomo había pertenecido a una familia de colonos propiedad de un hacendado de Asturica, y que un buen día, aún moza, escapó de allí en busca de horizontes menos negros y crueles que los que le brindaba su amo. Y que en su fuga fue a parar a manos de un señor de Abula que la tomó como concubina y, una vez pasados los veinte años que marcaba la ley, le otorgó la libertad para luego casarse con ella. Ese hombre, padre de Lucius, se había arriesgado a un grave castigo por amor, pues, sabiendo como sabía que ella pertenecía a otro, estaba obligado a devolverla a su legítimo propietario. Afortunadamente, nunca lo hizo y tuvo buen cuidado de ocultar la procedencia de su amante, ya que de haber sido descubierto el delito antes de cumplirse el límite legal, tanto su madre como él mismo, fruto de ese concubinato, habrían pasado a pertenecer, ahora como esclavos, al indeseable del que ella había huido.

—Eso dice la ley para los colonos —admitió Wilya—. Veinte años para una mujer, treinta para un hombre. Y siendo hijo de un notable, ¿qué haces tan lejos de tu

tierra y dedicado a estos menesteres?

—Mi padre era viudo cuando conoció a mi madre, y ya tenía otros tres hijos varones con más años y derechos que yo. Al morir ella, tuve que ganarme el pan, y en busca de pan acabé en Toletum.

—Así que eres un liberto. Pero eso, ¿qué tiene que ver con los trinitarios?

—¿Oíste hablar de Priscilianus?

Su respuesta negativa alentó de nuevo la locuacidad del mayordomo, que en un pormenorizado y ferviente relato le puso al tanto de tan desconocido personaje. Priscilianus, según Lucius, había sido un obispo de fe romana de la ciudad de Abula, esa misma que había acogido a su madre, y cuya palabra era especialmente amada entre los pobres, pues, como Cristo, predicaba la igualdad de todos los hombres al tiempo que rechazaba la opulencia de la Iglesia y su alianza con el Imperio. Para escándalo de algunos, aceptaba mujeres junto a él, y esclavos en sus liturgias, celebradas éstas a menudo lejos de los templos y en las que se leían tanto las Sagradas Escrituras autorizadas como aquellas que no lo eran, porque sostenía que el Espíritu no acepta cánones para expresarse. Denunciado por envidias de otros obispos, que le acusaron falsamente de mago y hereje, y a instigación de éstos, el emperador ordenó su ejecución junto a varios de sus seguidores, convirtiéndose así en el primer mártir cristiano cuya sangre había sido derramada por otros que se hacían llamar cristianos. Dijo Lucius que sus padres habían sido fieles, como él lo seguía siendo, a la prédica de tan santo varón; a una fe que, después de casi doscientos años de su muerte y a pesar de la persecución sufrida por sus seguidores, permanecía secretamente viva en el alma de muchos, incluso de algunos obispos y presbíteros, sobre todo en la Galecia que vio nacer al mártir y en la Lusitania y en las Galias, donde había predicado. Apenas veinte años atrás, un concilio trinitario celebrado en Bracara había vuelto a lanzar su anatemas contra Priscilianus y animado a la persecución de sus discípulos.

Al escuchar estos pormenores, Wilya pensó si Koenraad sería también adicto a la misma secta que Lucius, porque el ostrogodo, durante sus largos coloquios en Agali, había defendido con uñas y dientes el derecho a tomar en consideración todas las Escrituras y no solamente las elegidas bajo el auspicio de los más poderosos.

—Y en nada han cambiado esos clérigos desde entonces —puntualizó el mayordomo—. Disfrazan de teología lo que a menudo es ambición, así que comprenderás que no me causen el menor agrado. Pero dicho esto, que, como antes te anuncié, es lo que me dictan las vísceras, tal vez sería bueno considerar también los deseos de Orosia.

—Yo soy fiel a la religión de mi padre, y ninguna promesa me ata a esos deseos que dices. Aunque —reflexionó— quizá convenga ver de cerca lo que se pueda hacer por aquellas gentes sin caer en la ciega indulgencia de mi madre.

—Si así lo decides, puedo trasladarme a la villa para comprobar el alcance de esas necesidades.

—Antes de la Pascua marcharé con el rey a la Lusitania. Cuando eso suceda puedes hacerlo; hasta entonces prefiero que sigas aquí. Pero dime, Lucius, ¿sabía mi madre todo lo que acabas de contarme?

—No. —El mayordomo humilló la mirada—. Nunca me habría atrevido a confesárselo.

—¿Por pudor sobre tu origen?

—No tanto por mi origen como por la fe secreta que guardo, tan contraria a la suya.

—Ella era comprensiva y lo habría admitido de buen grado.

—Bien sé yo de sus virtudes —admitió Lucius con gesto de pesar—, pero me espantaba el riesgo de abrir cualquier grieta entre nosotros.

Todos decían que, antes de que la primavera se desperezase, Leovigildo iría contra Emérita. Y así sucedió, pues no había expirado febrero cuando sus tropas se congregaron frente al templo de San Pedro y San Pablo para recibir la bendición episcopal. Esta vez no era el magnífico ejército que un año antes había suscitado el asombro entre los habitantes de Toletum, sino siquiera la mitad de aquél. Y es que el rey no había querido alterar los planes previstos para la que presumía larga campaña contra la ética, y por lo tanto la mayor parte de las fuerzas de los Campos Góticos y sus necesarios pertrechos y avituallamientos no estarían disponibles hasta después de la cosecha. Dos mil guerreros y medio millar de auxiliares le parecían a Leovigildo vanguardia suficiente para someter la Lusitania antes de ir contra su primogénito en Hispalis cuando los calores comenzasen a apretar. Y con ellos, como otros nobles, estaban Claudius, Witerico, Recaredo, Berulfo y el propio Wilya.

Sobre la armadura de cuero, una loriga de anillos entrecruzados cubría su cuerpo de la cabeza a las rodillas, y junto a sus armas habituales, ajustada por un arnés a la silla del caballo, aquella extraña maza cuya eficacia había podido contrastar en las previas semanas de adiestramiento. Un yelmo, por fin, protegía su cabeza, un casco cuyo aspecto había llamado la atención, pues fundida al frontis y por encima del protector nasal, una pieza de hierro negro con forma de mariposa destacaba sobre la brillante superficie. No era muy grande, apenas tres dedos de alto, y sólo de cerca podía ser apreciada en sus detalles, pero Wilya se sentía objeto de curiosidad por tan insólito adorno en su atuendo militar, y él mismo no podía creer del todo que aquella figura maldita se le hubiese encaramado a la frente como orgulloso emblema. Porque las cosas habían sucedido muy deprisa y pocos días antes de la partida, cuando Badwila le obsequió con un regalo, un nuevo colgante de hierro que quiso anudar personalmente en su cuello.

—Tus cicatrices ya se han endurecido —le había dicho el herrero, palpándole el hombro—. Cuida siempre de tu parte más débil, tu costado izquierdo, y todo irá bien. Y nunca lo olvides: ojos de serpiente y pies de liebre en la batalla.

—Y brazo de oso —había añadido él, al tiempo que observaba el amuleto que su amigo acababa de colgarle, aunque de inmediato se sintió sobrecogido por lo que veía

—. ¿Una mariposa?

—Es el símbolo de tu sueño.

—No me gusta esa imagen, odio lo que representa.

—Mira, Wilya, no a todos los hombres les es concedido asomarse a su destino. Y tú has sido agraciado con ello por el capricho de un espíritu que te llevó a ese sueño largo hasta las puertas de la muerte.

—No lo quiero —había protestado iracundo.

—Deseabas pertenecer a la estirpe de Tyz, y te dije que cada cual lo hace de acuerdo con su sueño. ¿Has olvidado a Argimundo?

—Es ridículo comparar un lobo con una mariposa.

—Nada es ridículo cuando hablamos de Tyz. —Aún recordaba Wilya el furioso ardor con que Badwila le había dirigido aquella frase, como cuando años atrás le regañaba por su apocamiento—. Cada cual de acuerdo con su sueño, y ella posee el poder del tuyo, es el símbolo de tu búsqueda de la Linde Negra.

—¿De qué linde hablas?

—Los de la estirpe saben que Tyzfingir está allí, al otro lado. Solamente en ese lugar puede ser hallada. Muy pocos llegan hasta ella, y menos los que regresan para empuñarla y lograr las mejores victorias. Renunciar a tu símbolo es renunciar a ese paso, renunciar a todo.

Esa advertencia había frenado el impulso por desprenderse de la figura de hierro que descansaba en su pecho. Tal vez, recapacitó entonces, Badwila tenía razón y negársela significaba desertar para siempre de un sueño nacido frente a aquella furtiva ceremonia en la fragua y alimentado después día tras día con sus quiméricas ilusiones de guerrero. Y él no quería renunciar a ello, no quería renunciar a nada. Al fin y al cabo, y más allá de lo que representase esa figura de metal, la palabra de su buen amigo le había dirigido siempre como un guía fiable en los momentos de incertidumbre, y sólo un ingrato o un insolente podía ponerla en entredicho tras haber crecido en edad y entereza.

—Tú también habrás cruzado esa linde —quiso conocer.

—Yo me limito a ayudar para que los elegidos puedan hacerlo. Lo demás depende de ellos mismos.

—¿Y cómo lo consigues?

—Con los ritos aprendidos de mi padre, que los aprendió del suyo, y aquél del suyo, y así sucesivamente durante muchas generaciones.

—Así que Hilde los aprenderá de ti.

—Las mujeres no pueden participar en esto porque la sangre de su menstruación enloquece a los espíritus.

Wilya evocó sus charlas con Koenraad y el escepticismo de éste sobre tal asunto. Desde luego, nunca se había pronunciado el ostrogodo contra el poder de esa sangre frente a los espíritus, sino ante objetos bien terrenos como las abejas, el hierro o el betún. Aunque tampoco en los espíritus creía el bibliotecario de Agali, así que

difícilmente habría de tener una opinión favorable a las palabras de Badwila, considerándolas sin duda como ridículas supersticiones, pueriles doctrinas de los antiguos. Pero, al fin y al cabo, ¿a quién creer de entre todos esos adultos que decían conocer la verdad, la única verdad? ¿Acaso a Galmerico, que defendía la religión de su buen padre Liuva? ¿A Badwila, custodio de la mucho más arcaica fe de los ancestros? ¿Quizás a Lucius, devoto de una perseguida e ignota secta de mártires? ¿O tal vez a Koenraad, cuyo escepticismo impugnaba cuantas creencias llegaban a sus oídos?

—Por eso había pensado en ti para sucederme, como si fueses mi hijo —agregó Badwila.

La propuesta le había tomado por sorpresa, y no por el afecto que demostraba por parte del herrero, pues aunque éste nunca podría ocupar el lugar que por derecho pertenecía a Liuva, casi como un padre se había portado con él desde que se conocieron. Lo verdaderamente insólito de su oferta era la oscura herencia que quería poner en sus manos y la confianza que representaba su invitación a aceptarla. Y Wilya, que creía juzgarse a sí mismo con cierta equidad, sabía que apenas era un aprendiz en absoluto merecedor de tan alto designio, y que sólo un guerrero experto, como el propio Badwila lo había sido antes de dedicarse al arte de la forja, debía recibir tan honroso legado. Aunque en aquel momento de franqueza también admitió para sí que tal vez tenía miedo, un terrible pavor a tan desconocida responsabilidad, y que tantas elucubraciones en su cabeza no eran sino paletadas de arena destinadas a esconder bien enterrada esta última y única verdad.

—Yo no sé godo —se le ocurrió balbucir como excusa.

—Ni yo tampoco. Basta con unas pocas palabras.

—¿Me marcarás como a Argimundo?

—Lo que te propongo es mucho más importante que eso. Es aprender a cruzar la Linde Negra y poder enseñárselo a otros.

Había agradecido con un sincero apretón de manos la fe que el herrero depositaba en él, aunque, sin desairar ni asumir de forma clara su propuesta, se las arregló para posponer la decisión hasta mejor momento, porque todo su interés estaba en la inminente campaña de la Lusitania.

Lo que Wilya no había podido ni querido rechazar era aquel colgante, símbolo íntimo de su vinculación a la estirpe de Tyz, ni su copia bien visible en el yelmo para sorpresa y curiosidad de cuantos compañeros de armas le flanqueaban ahora en la avanzadilla que abría camino al resto de las tropas. Y es que el paso del ejército tras recibir la bendición de Uldidas en nada se parecía al que un año antes había partido por la vía de Laminium; muy al contrario, Leovigildo se mostraba ansioso por devolver las plazas insumisas a su soberanía, y de su ánimo decidido participaban todos, del primer noble al último siervo.

Con tan crecido entusiasmo tomaron la calzada que seguía la ribera del Tagus, que antes de cumplirse la tercera jornada de viaje los jinetes más veloces ya tenían a

la vista Lebura, un enclave en los límites de la Lusitania cuya tibia actitud frente a los rebeldes amenazaba Toletum. Pero ni siquiera fue necesario que el grueso del ejército se plantase ante sus defensas de troncos y tierra, ya que la guarnición se puso de buen grado bajo las órdenes del rey apenas llegaron sus emisarios conminándola a elegir bando.

Tiempo parecido emplearon luego las vanguardias en alcanzar el horizonte de Augustobriga, donde sí hubieron de detenerse, pues el seso de sus jerarcas no parecía tan propicio a la lucidez como los de Lebura. Al atardecer de ese mismo día llegó Leovigildo a las colinas que bordeaban aquel valle, y de inmediato ordenó a su gente hacerse fuerte entre el río y un bosquecillo que se extendía a poca distancia de la muralla, apremiando a los auxiliares a construir las necesarias máquinas de asalto y obligándolos a trabajar bajo la luz de las antorchas cuando cayó la noche.

Ya desde el alba, humeantes aún las hogueras del campamento, un par de catapultas amenazaban los muros y empalizadas de Augustobriga, y otras tantas escalas y arietes estaban dispuestos para el asalto. El cuerno de Leovigildo resonó en la campiña y los infantes tomaron posiciones, y así, dispuestos ya en formación, recibieron su desayuno en tanto la caballería se desplegaba calmosamente por las alas a la espera de la primera brecha. Fue en ese momento, mientras la infantería daba cuenta de sus raciones de tocino, cuando un jinete abandonó las líneas al galope en dirección a la ciudad y se detuvo a distancia suficiente como para que su voz fuese escuchada por los defensores.

—Berulfo parece impaciente por combatir —comentó Recaredo.

—No creo que le acepten el desafío, y es blanco fácil para los arqueros —dijo el rey, e hizo una seña a sus asistentes, dos de los cuales partieron en busca del joven que ahora trotaba burlonamente ante la puerta principal.

Pero se equivocaba Leovigildo, pues, al poco de lanzar Berulfo sus insultos y provocaciones, las hojas del portón se abrieron lo suficiente como para dejar paso a un jinete que desde allí mismo acometió con su pica al retador. Ante el pasmo de unos y otros, Berulfo puso pie a tierra y aguardó la embestida con el único amparo de su espada. Cuando el rival lo tuvo a su alcance y todos le veían ya ensartado como un inocente corzo, el joven saltó de improviso hasta el flanco opuesto de la cabalgadura, allí donde la lanza no podía herirlo, y de un certero golpe tajó la panza del caballo, que se vino al suelo con metálico estruendo y relinchos lastimeros. El adversario, aun cojeando por el percance, se alzó con cierta agilidad y desnudó su espada para dar escarmiento a la afrenta sufrida. Duró poco el combate, pues pronto quedó astillado el escudo del defensor ante el empuje de Berulfo, y en otras tres o cuatro arremetidas de éste, manó abundante la sangre del oponente, y con ella se le escaparon fuerza y ganas para seguir la disputa. Un clamor llegado desde las filas del rey refrendó la victoria de Berulfo mientras el antagonista se derrumbaba a sus pies.

Wilya y Recaredo se intercambiaron una mirada temerosa por lo que imaginaban sucedería a continuación. Pero no, su amigo no rebanó el cuello del derrotado, sino

que aupó el cuerpo desfallecido del rival a su propio caballo y le condujo hasta la entrada de la ciudad, donde lo dejó tendido antes de dar media vuelta y regresar al galope hacia sus filas. Cuando el portón se abrió de nuevo para recoger lo que quedaba de su héroe vencido, las primeras rocas agrietaban ya los muros rebeldes, y antes de que escalas y arietes llegasen a rozarlos, sus defensores se habían sometido al rey Leovigildo.

Ni siquiera un día pasó el rey en Augustobriga. Una vez recibida la lealtad de la plaza y castigados los responsables de su actitud levantisca, siguió camino al frente de su ejército con la intención de desviarse hacia Norba y romper su asedio. Pero no fue preciso tal desvío, porque antes de que culminase el día de su reciente victoria, vieron llegar de frente un apresurado grupo de jinetes procedentes de la ciudad que pretendían socorrer. Cabalgaban a las órdenes de los condes Segga y Vagrila, dos hombres muy distintos entre sí, pues si el primero se asemejaba a Egica en edad y orondas carnes, el segundo, flaco y no tan maduro, resultaba de estatura más pequeña de lo esperable en un godo de tan alta dignidad. Por ellos supieron que los insurrectos, conocedores de la llegada de Leovigildo, habían levantado un cerco que nunca fue muy estrecho por la baja moral de los sitiadores, que ahora corrían a reunirse con las fuerzas de Emérita, donde los sediciosos pretendían, al parecer, presentar batalla al ejército real.

Leovigildo acogió con gusto esas noticias. No sólo había ahorrado a sus hombres el combate tras una incómoda marcha de varias jornadas, sino que la tropa se veía ahora engrosada con casi dos centenares de guerreros por las fuerzas sumadas en su avance, y además la línea de aprovisionamiento de su retaguardia quedaba asegurada con la lealtad de Norba. Emérita estaba a cinco días de marcha a paso vivo desde allí, y la vieja calzada romana permitía un avance rápido y seguro sin riesgo de emboscadas. Presumía el rey, y sus nobles coincidían con él, que las fuerzas de Emérita no tendrían la osadía necesaria como para plantarles cara, y que seguramente aguardarían tras las defensas de la ciudad a la espera de una improbable ayuda de Hermenegildo. Y con esta confianza dejó atrás el ejército las tierras del Tagus para ir hacia el sur en busca de las riberas del Anas.

Nada hacía suponer que una nueva guerra civil hubiera amanecido en aquellos pagos. A lo largo del viaje, tanto aldeas como villas vivían en la normalidad más completa, dedicadas sus gentes a los quehaceres cotidianos, entregados los labriegos a la poda de las cepas y, como siempre, viajeros incansables de acá para allá los mercaderes. Mercaderes que, llegados desde Emérita e incluso desde la propia Betica, confirmaban los cálculos del rey, pues ningún movimiento notable de tropas parecía existir en el recorrido que les separaba de la capital lusitana, aunque sí en el interior de la ciudad, donde el nervioso trajín de la milicia hada presagiar una pronta contienda.

A media mañana del quinto día, a menos de diez millas de su objetivo, divisaron partidas de exploradores enemigos que vigilaban sus pasos, y el rey despachó varios

grupos de jinetes para darles alcance. De regreso, y sin haber podido entablar combate, éstos informaron de que el ejército de Emérita aguardaba a sus puertas. Y en efecto, una vez a la vista la ciudad, el rey ordenó plantar el estandarte azul en las proximidades de un viejo circo romano que distaba media milla de las murallas, frente a un adversario al que pensaba acometer a primera hora del día siguiente. Esa noche, en su tienda, y tras haber estudiado con detalle el campo enemigo, Leovigildo discutió con sus gardingos el mejor modo de plantear la batalla. Las fuerzas eran parejas en número, aunque desde luego muy inferiores en calidad las de los rebeldes, porque la mayor parte de ellas pertenecía a las milicias de los notables locales y sólo su caballería goda, en apariencia poco nutrida, podía equipararse en temple con las tropas reales. Claudius recomendó aplazar el ataque hasta confirmar que Hermenegildo no hubiese enviado refuerzos que pudieran sorprenderles en plena batalla.

—No hay tales refuerzos —dijo Segga, que conocía tan bien Emérita como al ejército que tenía enfrente—. De haberlos, nunca elegirían campo abierto para combatir, sino que aguardarían tras los muros a la espera de tener superioridad.

—Yo estoy con Claudius —replicó Recaredo—. Me parece poco sólido tu argumento, conde, o es que se me escapa algún detalle.

—La ciudad es poderosa, pero fácil de cercar —argumentó Segga—. Al otro lado, por el sur, dispone de una única salida, un largo puente de piedra sobre el Anas que puede ser bloqueado sin dificultades. A esta parte, tres puertas. Encerrarse ahí sin esperanza de ayuda, por tardía que sea, es suicida. Así que si han decidido librar batalla es porque tienen la seguridad de no poder recibirla.

—¿Y quién nos asegura que esa ayuda no está ya detrás los muros, dispuesta a tomarnos en dos frentes en el momento propicio? —reiteró Claudius.

Tras una acalorada controversia en la que cada cual expuso su criterio, Leovigildo decidió mantener su plan, aunque en atención a los recelos expresados por algunos, envió esa misma noche rastreadores que batieran el territorio para prevenir sorpresas, y a los nobles a sus tiendas para que intentasen dormir el nervioso sueño que precede al combate.

Y desde luego que fue un reposo intranquilo, al menos para Wilya, que por primera vez en su vida se sabía en un verdadero campo de batalla. Pero no era la inquietud por lo que habría de suceder al día siguiente lo que dominaba su irregular duermevela, sino las extrañas imágenes que de tanto en tanto le asaltaban. Imágenes de la ciudad más poderosa que jamás había visto, la que tenía enfrente, tal y como la había contemplado al llegar, bañada ya por el crepúsculo, con el Anas guardándole las espaldas. Imágenes que se mezclaban con las que había podido atrapar bajo la luz de la luna cuando tras la reunión abandonó el pabellón real, y que poco a poco le dirigieron a un sueño algo más profundo, un sueño que quedó tan desvanecido en su cabeza al despertar que sólo retazos de él, bellos pero inasibles fragmentos, flotaban en su memoria cuando, antes del alba, se levantó para vestir sus armas.

El enemigo se había desplegado en una ligera altura ante la puerta, sobre sembrados que ya verdeaban y protegido en su ala derecha por lustrosas huertas a la ribera del río. A distancia, en el lado opuesto, dispersos rebaños de ovejas pastaban indiferentes a las inquietudes humanas. Tres o cuatro jinetes de ambos bandos se enzarzaron, como era costumbre entre godos, en retos singulares con resultado diverso, mientras Leovigildo decidía centrar el ataque principal sobre el ala izquierda de los defensores, elección que contó con la íntima aprobación de Wilya, porque aquel punto era sin duda el más débil del ejército rival. Lo que no le pareció tan bien fue la orden del rey, que le ponía al frente de cien jinetes como fuerza de reserva en previsión de que la ciudad guardase refuerzos que pudieran intentar una encerrona. Humillado por la disposición real, pues era el único noble apartado del combate, acató el mandato sin una palabra de protesta, y ni siquiera mostró su disgusto cuando Recaredo vino a despedirse de él con un solidario abrazo.

Azuzada primero por una breve arenga del rey y después por el rítmico redoble de los timbales y el metálico mugido de las tubas, avanzó por fin la infantería hacia la zona elegida, y el grueso de la caballería a su derecha, con Leovigildo al frente, dominando las lomas colindantes. Pero cuando los arqueros empezaron a causar las primeras bajas en ambas filas, Wilya ya había tomado su decisión. Dirigió a sus hombres hacia el circo y, sustrayéndose a la vista del enemigo, rodeó sus maltrechos sillares para alcanzar los huertos junto al Anas. Desde allí, la percepción de la batalla resultaba muy distinta. Los infantes defensores, muy superiores en número, habían acudido a socorrer el flanco atacado, basculando unos directamente contra la infantería *real, y los menos contra la arremetida de los jinetes del rey que* ya se producía. La caballería enemiga, mitad hispana y mitad goda, y en número aproximado a las fuerzas que mandaba Wilya, se mantenía expectante, indecisa en su retaguardia, próxima al portón de entrada y sin duda con los jefes de la rebelión entre sus filas.

—Todos conmigo —gritó a los suyos, y se lanzó al galope en dirección a la muralla—. Seguidme.

La cabalgada, a lo largo de la línea que marcaban los muros de la ciudad, ni siquiera sufrió hostigamiento desde los altos parapetos, pues las fuerzas disponibles de Emérita parecían estar prácticamente todas en el campo. Y así, la carga, llegada casi desde sus propias posiciones, tomó a la caballería enemiga por su derecha, y antes de que sus jinetes pudiesen girar para protegerse con los escudos, las lanzas atacantes diezmaron sus filas. Allí, en aquel maremágnum de relinchos y alaridos, cuando su pica quedó atravesada en el costado de un anónimo hispano, Wilya supo lo que era una batalla. Otros tres rivales más cayeron después bajo el furor de su maza, alguno de ellos godo, aunque tan desconocido para él como su primer muerto. Muchos defensores retrocedieron entonces hacia la puerta en busca de cobijo, y hasta allí llegó Wilya con sus hombres para continuar la carnicería, ya que nadie quiso franquearles el paso por miedo a que con ellos entrasen también los atacantes, y ni

siquiera saetas, piedras o hirviente aceite se atrevían a emplear desde el baluarte por no herir a los suyos. Por fin, y en un ligero respiro del combate, contempló a sus espaldas que el rostro de la batalla había cambiado por completo, pues los enemigos habían depuesto las armas o corrían dispersos por los sembrados evitando todo enfrentamiento.

Apresados, muertos o malheridos los caudillos rebeldes, Leovigildo exigió a sus ocupantes la inmediata rendición de la ciudad, amenazando con someterla a sangre y fuego en caso de resistencia. Y al poco de lanzar su desafío, el portón se abrió de par en par y las fuerzas reales desfilaban por las calles de Emérita. De camino al palacio ducal, donde el rey y sus gardingos habían de tomar posesión de la plaza, Wilya tuvo ocasión de recibir los parabienes de sus compañeros y la sonriente regañina de su tío, sabedor de que su desobediencia había ahorrado muchas bajas y decidido la batalla con mayor rapidez de la prevista. Entre felicitaciones, tuvo ocasión de admirar, siquiera fugazmente, la magnificencia de una urbe famosa en el reino tanto por su riqueza como por su historia, heredadas ambas de los siglos precedentes cuando los romanos la habían convertido en capital de Hispania y en una de las principales ciudades de su imperio. Muchas huellas de aquella época quedaban todavía en portentosos edificios deslucidos por el abandono y el largo tiempo transcurrido; incluso en el suelo de las calles, revestidas de firmes losas y dotadas de canales de agua y cloacas, algo casi desconocido en Toletum. Contemplar esa grandeza generaba en Wilya un secreto entusiasmo hacia sus fundadores, fascinación que se trocó en orgullo al pasar como vencedor bajo el arco de piedra que un día le fue dedicado al emperador Trajano. Y en ese momento cayó en la cuenta de que no había pensado en la protección de Tyz cuando decidió el ataque, ni después en plena batalla. Pero su alegría era demasiado poderosa como para reprocharse cualquier olvido en tales circunstancias.

Una vez en palacio, y antes de cualquier otra ceremonia que festejase la victoria, el rey quiso juzgar a los culpables de la rebelión y ordenó llevar a su presencia a cuantos principales habían participado en la conjura. A tal efecto encomendó a Witerico, a Recaredo y al propio Wilya que buscasen al obispo Masona para hacerle llegar la orden real. Pero no estaba el hijo menor de Leovigildo para paseos, porque una lanza enemiga le había rasgado una pierna durante el combate y, sin que nadie hubiese notado por su parte la menor queja, se hallaba en aquellos momentos en manos de los físicos. Wilya acudió a interesarse por su primo, y al contemplar su fea herida y las curas que se le aplicaban, hizo traer hasta allí el talego donde guardaba sus bártulos personales y, ante la sorpresa de los cuidadores, extrajo de él media hogaza rancia y verdusca que ofreció a los físicos.

—Antes de coserla, limpiadla con vinagre —ordenó—, y aplicad luego un emplasto de este pan que cubriréis con lienzo.

—Esa inmundicia infectará la herida —protestó espantado uno de ellos.

—Obedeced —dijo Recaredo, estrechándole la mano—. La suerte está de su parte

y nada se le puede negar hoy al héroe de Emérita.

—Lo aprendí en Agali —se justificó él—, en propia carne.

—Ya imagino que lo habrás leído en alguno de tus libros.

—No se lo debo a los libros, sino a la sabiduría de Koenraad. Y ahora descansa mientras cumplo una orden del rey.

—Que cumplirás a tu modo, como es de suponer —bromeó Recaredo, y le respondió Wilya con un guiño cómplice.

—Y no olvidéis cambiar a diario el remedio —dijo como despedida a los físicos, que ya preparaban el ungüento a pesar de sus muecas de incredulidad.

Conducidos por Witerico, buen conocedor de la ciudad, una partida de guerreros al mando de Wilya llegó hasta la basílica de Santa Eulalia, donde, según los rumores, se había refugiado el obispo Masona tras conocer la derrota de los suyos. El gentío congregado alrededor del santuario venía a dar la razón a quienes señalaron el paradero del obispo sedicioso, y esa pequeña muchedumbre de fieles, lejos de ayudar a su ocultamiento, mostraba claramente su presencia bajo aquel sagrado techo. Era un edificio extramuros, alzado en medio de un cementerio que no había crecido a sus expensas, pues muchos de los enterramientos parecían de mayor antigüedad que los cien años con que contaba aquella iglesia erigida sobre el sepulcro de la mártir. Las ruinas de un templo en su día dedicado a Marte indicaban que tal vez los romanos habían sepultado allí a los suyos antes de que el credo romano existiese. Más abajo, en una vaguada al pie de la basílica, se divisaba otra construcción, un hospital que, según el noble lusitano, había fundado el propio Masona para atender en la enfermedad y sin distinciones de raza o condición a quien lo necesitase, obra por la que el prelado había recibido la admiración de propios y extraños. Y es que el mismo Witerico, aun sabiendo que hablaba de un traidor, no podía ocultar una cierta reverencia por el hombre que habían de conducir ante Leovigildo.

Tal y como exigía la costumbre, ambos entraron desarmados en el templo mientras sus hombres vigilaban en el exterior cualquier síntoma de altercado entre los reunidos. No fue preciso investigar el paradero del obispo: apenas cruzaron el pequeño atrio se toparon con él. Estaba en medio de la nave, escoltado por un nutrido grupo de clérigos, siervos y asistentes que parecían dispuestos para una procesión. Bien parecido y no muy grande, aunque ancho y macizo, de mirada profunda como de lobo sabio, Masona habría pasado por el mejor de los godos de no ser por su inexistente barba y el cortísimo pelo rubio que se adivinaba bajo su tiara episcopal. Sin intercambiar palabra con los nobles que tenía enfrente, y a un golpe de su báculo, el jerarca abrió el paso de tan peculiar comitiva.

Ya en el exterior, mientras acompañaba a paso de caballo un cortejo que era seguido a distancia por mucha de la gente que antes se reunía en los alrededores del templo, Wilya pudo observar la opulencia de que hacían gala aquellos clérigos, pues hasta sus esclavos vestían hopalandas de rica seda, y el propio Masona y varios de sus presbíteros lucían además enjoyadas prendas, broches o adornos más dignos del

tesoro real que de los humildes siervos de Dios que decían ser. Recordó sus conversaciones con Lucius tras confesarle el mayordomo su secreta religión, y que éste le había hablado de Emérita, no sin cierto desdén, como la iglesia más acaudalada del reino. Y todo merced a un físico griego llamado Paulus, que muchos años atrás había sido obispo y sanado a la esposa del más rico hacendado de la Lusitania, quien, agradecido y sin hijos, le nombró heredero de todos sus bienes. El tal Paulus, lejos de poner su fortuna al servicio de la Iglesia, la empleó en su propio provecho, aunque, cercana su muerte, decidió por fin legarla a quien por derecho correspondía, con la condición de que su sobrino Fidelis le sucediese en tan principesco cargo. A pesar de su escandalosa propuesta, Fidelis había sido nombrado obispo, y con él un lujo desmedido se enseñoreó de aquella sede, hasta el punto de que había hecho revestir su palacio episcopal con preciosos y caros mármoles desde el suelo hasta el techo e incluso espejos de plata bruñida colgaban de sus paredes. Esa opulenta y lustrosa iglesia trinitaria era la que había recibido el godo Masona cuando asumió su pastoreo.

Tras un largo recorrido por las calles que llamaba la atención de cuantos la contemplaban, la comitiva llegó hasta la fortaleza ducal, en cuya puerta hubo de concluir la caminata de la mayoría, pues tan sólo al obispo y a sus guardianes se les permitió la entrada. Leovigildo, los condes Segga y Vagrila, los nobles, y algunos jueces locales que aguardaban sentados en la sala principal, se pusieron en pie cuando entró Masona y no volvieron a acomodarse hasta que éste aceptó un escabel que se había dispuesto frente a ellos. Wilya y Witerico ocuparon sus asientos junto a Berulfo y Recaredo, que se mostraba animoso a pesar del ensangrentado vendaje de su pierna. Durante un rato sólo hubo silencio en la estancia, un silencio tenso y frío sostenido en la firme mirada que Leovigildo y Masona se dirigían mutuamente. Separados por tan pocos pasos, parecía que en cualquier momento habría de desencadenarse una cruenta pelea entre el águila y el lobo, pues si en los ojos del rey había fuego de ira, en los del obispo llameaba una vehemencia no menos poderosa.

—Hace nueve años —dijo al fin Leovigildo con voz grave, aunque más calmada de lo que cabía esperarse— el pueblo me pidió acabar con un obispo inmoral que se enriquecía a su costa y trabajaba desde la sombra a favor de los imperiales. No me tembló entonces el pulso para expulsar al griego Fidelis. Yo te hice metropolitano de la Lusitania, yo te senté en la sede emeritense porque necesitábamos un hombre justo que devolviese la confianza a estas gentes.

—Y a la vista está que me esforcé en devolvérsela —repuso Masona con parecido sosiego al de las palabras que había escuchado.

—Ciertamente, has sido un ejemplo para todos, y no es nada fácil en una ciudad como ésta, donde se mezclan razas y pareceres tan variopintos. No es sencillo ganarse el respeto general de godos, hispanos, judíos, sirios, griegos o africanos. Tan fructífera ha sido tu labor que acepté después, bien resignado y sin objeciones, tu conversión a la herejía trinitaria que defiende la secta romana. Pero tu apoyo a

Hermenegildo y a los asesinos del duque Tulga te suma a la fila de los traidores.

—Ni quise ni nada tuve que ver con esa desgraciada y censurable muerte —se defendió el obispo en tono algo más enérgico—. Y, por lo que cuentan, los responsables ya han pagado con su vida en el campo de batalla.

—Bien sé que no fue tu mano la que acuchilló a Tulga, sino manos que se santiguaban según tu fe y que por veredicto divino se retuercen en el infierno. Pero no es ese el juicio que hoy nos ocupa, sino el de tu traición a las leyes y al rey.

—¿De qué leyes me hablas? —replicó el obispo— ¿De las que recibiste de tus padres o de las que tú mismo dispones según las conveniencias?

—Sujeta tus palabras ante el rey, necio —le censuró un indignado Segga.

—¿Qué mayor prueba de traición que negarle al rey y a su asamblea el derecho de reformar las leyes? —terció Vagrila.

Leovigildo hizo un gesto en solicitud de calma para recuperar de inmediato el protagonismo.

—Ninguna ley ha cambiado, Masona, nada que abogue por tu derecho a proclamar la rebeldía.

—Has aceptado que el Hijo es de igual naturaleza que el Padre, aunque te niegues a reconocerle al Espíritu lo que es suyo.

—¡Maldita sea! —Bramó esta vez el rey—. No estamos aquí para discutir de teologías.

—No es teología, aunque así lo hayas querido presentar. Sabes que esa herética opinión ya la defendió hace mucho Macedonius, y que el obispo Wulfila, a quien tanto veneráis a pesar de que inoculó en nuestra nación la perfidia de Arrio, la condenaba sin reservas. Así que has abandonado un mal para caer en otro, y todo por ganarte a unos pocos de fe quebradiza y socavar la fortaleza de tu primogénito.

—¿Ése es el cambio de ley en que decías ampararte? —El rey sosegó su furia—. Bien, pues te diré que no sólo esas cosas aceptó nuestro sínodo de obispos, sino que también dio validez a la oración en vuestras iglesias trinitarias, equiparándolas así a las nuestras.

—Un gesto inútil.

—¿Crees inútil el hecho de que todos los cristianos puedan orar conjuntamente sin distinción de credos?

—Ningún católico ensuciará sus suelas pisando templos arrianos.

—Tan católicos nos sentimos nosotros como herejes os consideramos a vosotros, así que apartemos, si te parece, ciertas palabras que puedan causarnos ofensa mutua.

—Ofenden los actos, no las palabras, y a los ojos del Altísimo los vuestros mancillan y corrompen.

—Me pregunto con qué absurda norma juzgas nuestros actos si no es válida también para los vuestros. Pero dejémonos de retóricas y explícame la maldad de unas disposiciones que sólo buscan la concordia.

—El engaño, no la concordia —aseguró tajante el metropolitano—. Porque no

hay verdades mediadas. Una sola es la verdad y hay que tomarla completa y sin componendas.

—Resulta conmovedor ver con qué facilidad cercenas una mano tendida.

—Tiempo atrás viví en vuestra superstición, y cada día me someto a penitencia para que Dios perdone aquella falta. No puedo estar con vosotros, sino al lado de quienes defienden mi mismo credo.

—Bien dicho, obispo —aplaudió el rey con ironía—. Explícame entonces por qué es grato a los ojos de ese Dios que elijas el bando de Hermenegildo y no el del Claudius, aquí presente, que también comparte tu religión y me es leal como ninguno. —Calló Masona, y Leovigildo aprovechó el momentáneo lapso que le brindaba para responderse él mismo—: Yo te lo diré. Porque sobre todas las cosas, y más allá de esa integridad moral de la que tanto te jactas, lo que deseas es un rey trinitario, por eso eliges a mi hijo aun a sabiendas de que apoyas a un tirano.

—No puede ser tirano quien se pliega a la voluntad del Dios verdadero.

Las palabras del prelado levantaron un rumor de indignación entre los asientos de enfrente, pero el rey cortó de raíz cualquier comentario.

—Mira, Masona —argumentó, y parecía sinceramente triste en su expresión—, hubo un tiempo en que te tuve como amigo, y bien sabe el Cielo que me gustaría seguir con ese mismo sentimiento, pero sólo tu corazón entiende por qué me cierras las puertas.

—Dios no desea para mí amigos que no respetan ni su ley ni su credo, pues ésos son sus más cerrados enemigos. Únete como rey a nuestra fe católica, la única, la verdadera, y todas las puertas de mi corazón quedarán abiertas para ti.

—¿Hablas de respeto? —dijo Leovigildo, sin ocultar ahora un gesto de sarcasmo en su rostro y en su voz, que se encendían a medida que hablaba—. Nuestros obispos, con ese cambio del que tanto abominas, han admitido la bondad de honrar las reliquias, un acto que siempre habíamos tenido por idólatra.

—Lo sé, pero no basta.

—Y fíjate si respeto ahora las reliquias —prosiguió el rey, sin atender a la respuesta del metropolitano—, que te ordeno devuelvas de inmediato el manto de la santa Eulalia para que sea custodiado por la fe goda, tal y como lo era antes de tu apostasía.

—Puedes, si es tu gusto, rasgar mi carne con hierros ardientes, pero nunca haré tal cosa.

—Antes de que acabe la siega te presentarás en Toletum camino del exilio que entonces te fijaré, y me entregarás esa reliquia, tan usurpada a sus legítimos propietarios como Hermenegildo usurpa un trono que no le pertenece.

—Adonde ordenes iré, pero que me alcancen las llamas eternas si tus manos tocan jamás tan sagrada prenda.

—Hasta que llegue aquel momento, reflexiona. Y busca ya quien te acoja porque hoy mismo nombraré un nuevo obispo para los trinitarios de Emérita que ocupará tu

hermoso palacio.

Con estas palabras dio por concluido el juicio Leovigildo y los guardias acompañaron a Masona al exterior, donde quedó libre para hacer su voluntad hasta la fecha fijada para su comparecencia en la capital del reino. Esa misma tarde, el rey nombró como sucesor a un presbítero de origen egipcio llamado Nepopis, a quien emplazó para reunirse con él junto a Sunna, el metropolitano de fe goda, y varios jueces y sacerdotes de ambos credos con quienes discutió largamente sobre la restitución de las iglesias y posesiones ilegalmente arrebatadas por los trinitarios. E incluso después, como preámbulo de la cena con que, al fin, celebraron la victoria, Leovigildo y sus gardingos siguieron escuchando a ofensores y ofendidos para impartir justicia.

Por la noche, cuando se asomó al mirador del dormitorio que le había sido asignado en palacio, Wilya descubrió el más largo puente visto nunca, aquel que desde la puerta occidental de la ciudad atravesaba el anchuroso Anas de orilla a orilla apoyándose en las tierras de una isla. Supo entonces que ese paisaje era el que había recibido en sueños la noche previa en su tienda, como si el sublime instante que ahora vivía le hubiese sido anunciado con desconocido propósito muchas horas antes de hacerse cierto. Y a pesar del agotamiento que arrastraba por la dura jornada, aún pasó largo rato con los ojos prendidos en tan hermosa visión, contemplando cómo más allá de la muralla se deslizaba lento el río, casi inmóvil, e imaginando el lejano zigzagueo de aquella gigantesca sierpe entre ventosos oteros, plateado su lomo por el plenilunio.

EL SUEÑO DE UN REY

Emerita, primavera de 582

Lo que viene después de una batalla cada cual lo cuenta a su modo y es algo que el guerrero debe vivir por sí mismo, le había dicho su tío cuando él tenía doce años. Y no le faltaba razón al rey, pues aún varios días después del combate, Wilya parecía poseído por una embriagadora euforia que le impedía explicarse sus íntimos sentimientos. Se sabía un héroe, y no porque su cabeza le hiciese discurrir de ese modo, sino porque los demás estaban convencidos de ello y como tal lo trataban. Pero qué era un héroe, al fin y al cabo, si Berulfo también había sido aclamado ante Augustobriga y en nada se perecían ambos, ni en sus virtudes físicas ni en el fondo de su corazón. Había repasado cien veces en su pensamiento las circunstancias de aquella primera batalla, y sólo después de hacerlo pudo comprender el alcance de sus actos, justamente en el instante en que algo similar al miedo, aunque mucho más leve, anidó en sus tripas. Igual que si un velo se hubiese descorrido ante sus ojos, a partir de entonces, el peligro y la muerte que habían revoloteado a su alrededor fueron reconocibles para su entendimiento. El sabor de la fatiga, el color de los gemidos de los que hablaba su tío, habían quedado cegados en su conciencia hasta ese preciso momento, como si acabara de despertar de un sueño. Él no había sabido distinguir, contra lo que afirmaba Leovigildo, ni mucho menos recordar luego, el rostro de sus enemigos, ni la sangre de la que, junto con la vida, les había despojado con la habilidad de su brazo. Todo parecía haber sucedido muy deprisa. Y quizá eso, y no otra cosa, era ser guerrero y ser héroe: decidir deprisa, combatir deprisa, herir deprisa y, si acaso, pensar en todo ello más tarde, una vez las almas de los muertos se hubiesen evaporado por completo de la tierra.

Así que aquellos primeros espléndidos días de gloria en Emerita habían dejado paso a un sentimiento turbio y pegajoso, una emoción a la que no era capaz de poner nombre, aunque la percibía muy distante de la placidez que le había poseído al entrar en la ciudad conquistada. Entretanto, y sin concederle excesiva importancia a su oculta metamorfosis, desempeñaba con su mejor hacer las obligaciones que exigía la pacificación de la urbe y su retorno a las leyes del reino, bien a las órdenes directas del rey o bajo la tutela de Claudius, que se había convertido por voluntad de Leovigildo en el nuevo duque de la Lusitania. Y en ese ejercicio, tanto se hacía cargo de revisar las tropas acampadas extramuros como de interesarse por los heridos, asistir a las audiencias o servir de séquito a sus superiores cuando decidían moverse por la ciudad.

El rey había anunciado su deseo de celebrar la Pascua en la capital lusitana por dar mayor solemnidad al nombramiento de Claudius y al propio retorno de la plaza a su soberanía. Y ya desde la mañana siguiente a la victoria adquirió la rutina de visitar

a diario y de amanecida, tal y como se acostumbraba entre godos, los templos de uno y otro credo, para dar ejemplo con su conducta de las nuevas disposiciones aprobadas en el sínodo celebrado cuatro meses atrás. Aunque había elegido para abrir su peregrinaje la basílica de la mártir Eulalia, el lugar más sagrado de entre los de religión romana, no despreció otros templos más modestos, poseyeran o no reliquias en su patrimonio. Bien sabía Wilya, que le había acompañado varias veces, que, además de la piedad, movían al rey otras intenciones, como la de verificar personalmente que sus sentencias sobre la devolución de las propiedades arbitrariamente tomadas por los trinitarios fuesen cumplidas sin demora.

Distinto era el motivo que le había llevado a orar ante el altar de la iglesia de Santa Ierusalem, la más antigua de cuantas había en Emérita, que siempre había pertenecido a la secta romana y exenta, por tanto, de cualquier litigio. Muy al contrario, una vez concluyó sus preces, y para alborozo de los clérigos que las habían dirigido, su tío hizo entrega de una espléndida limosna en forma de sueldos de oro a la que se sumaron los dos valiosos anillos que esa mañana adornaban sus dedos. No pudo evitar Wilya, como testigo de tal largueza, un recuerdo hacia la sagaz opinión de Koenraad sobre la causa de las recientes disposiciones reales, que no era otra sino ganarse al pastor para obtener su rebaño. Pero se guardó cualquier comentario al respecto, por no ofender al rey y porque tal vez éste actuaba de buena fe, pues también se había mostrado generoso en los templos de religión goda visitados en jornadas precedentes.

—¿Qué pensamientos tienes en la cabeza antes del desayuno? —le interrogó Leovigildo de regreso al palacio ducal.

Pensó si su tío sería adivino, o si quizá él no había sabido frenar en su expresión las sospechas sobre tan desmedida caridad en aquel templo.

—Ninguno en especial —quiso escabullirse.

—Hace varios días que te observo, y has pasado del júbilo al mutismo sin aparente motivo. —Wilya respiró aliviado al saber que el interés del rey iba por rutas muy distintas a las que él había temido—. Es un desánimo inesperado que te llega de dentro, como una rueda de moler que se cuelga de las tripas. ¿No es cierto?

No se había equivocado al juzgar la perspicacia del rey, pues algo así le sucedía, y asintió con la cabeza.

—Siempre pasa después del primer combate —aseguró Leovigildo.

—No ha sido el primero —protestó—. Ya combatí contra los vascones.

—Pero tu primer muerto quedó aquí, a las puertas de Emérita.

Tal vez fuera eso. Sabía que su tío hablaba con la voz de la experiencia, y que ese extraño sentimiento que le había llegado sin saber cómo ni cuándo era el único culpable de su cambio de humor.

—La guerra retuerce el corazón de los hombres, Wilya, y nos hace raros, distintos a lo que creemos ser. Y altera también el orden de las cosas, porque obliga a los padres a enterrar a los hijos, y no al revés como dicta la naturaleza, según dicen que

dijo un sabio antiguo cuyo nombre no recuerdo y que Galmerico te explicará mejor que yo.

—Dime, señor, ¿tú también llevas la carga de esa rueda de moler?

—Todos, hasta el más impasible, la llevamos. Y jamás desaparece de ahí, así que el buen guerrero aprende a endurecer las tripas para que su peso resulte algo más liviano.

Wilya meditaba sobre cuál sería el método más efectivo para endurecer las tripas cuando se encontraron con Witerico, que llegaba presuroso en busca del rey y, por el rictus de su cara, con noticias poco alentadoras. En efecto, no lo eran: según mensajeros llegados del este, el ejército del reino suevo se dirigía hacia la Betica con la intención de unir sus fuerzas a las de Hermenegildo. Leovigildo galopó hasta palacio para reunir a sus gardingos y discutir con ellos qué hacer ante tan imprevista fatalidad, y allí fue informado con más detalle de los movimientos enemigos. Al parecer, los suevos, tan trinitarios como el usurpador, habían decidido apoyarle quebrantando así su juramento de fidelidad, y ahora el mismísimo rey Miro cabalgaba al frente de trescientos caballos mientras que el grueso de sus tropas, de unos tres mil hombres, seguía sus pasos a menos de una jornada de distancia. Ni una choza, ni una huerta, ni una oveja goda habían tocado en su marcha, indicio claro de que su interés estaba más al sur y de que se guardaban para mejores empresas. En el debate que se abrió a continuación los había partidarios de salir de inmediato contra el enemigo, otros que aconsejaban mantenerse en la ciudad a la espera de conocer mejor los propósitos de los suevos y, por fin, quienes callaban indecisos o aguardaban respetuosos el criterio real.

—Si su intención es sumar fuerzas con Hermenegildo —apuntó el conde Segga —, hay que impedirles el paso por el puente de Metellinum, cuya guarnición sin duda nos es hostil.

—Necesitamos al menos dos jornadas de marcha rápida para llevar allí nuestro ejército —replicó Claudius—. Cuando queramos llegar, ya habrán cruzado el Anas.

—Pues si lo consiguen —terció Witerico—, se harán fuertes al otro lado, y con tropas tan parejas en número será difícil echarlos de la ciudad.

—Los echaremos, tenedlo por seguro —alardeó Berulfo—. Hay que partir de inmediato.

—Quién sabe —auguró Segga, más prudente— si allí mismo aguarda ya el ejército de Hispalis para venir con los suevos contra nosotros o ir directamente hasta Toletum.

Todos miraban al rey para defender sus opiniones, pero Leovigildo entretanto mascullaba, maldiciendo en voz baja la ineptitud de sus espías y exploradores, incapaces de dar la voz de alarma hasta que la columna enemiga se había plantado como un invisible fantasma a dos o tres jornadas de sus barbas. Aunque, por la libertad y descuido con que avanzaba el ejército suevo, tal vez sus rastreadores no eran mucho más avispados y ni siquiera tenían noticia de su presencia en Emérita,

creyéndole quizá en Toletum entregado a los preparativos de la futura campaña.

—La caballería llegará antes que ellos —dijo por fin.

—¿Vamos a oponer nuestros quinientos jinetes disponibles a más de tres mil suevos? —objetó Recaredo.

El rey no respondió directamente a su hijo, sino a través de órdenes que, por la determinación de su voz, parecían existir en su cabeza desde mucho antes de que abriera el debate con sus nobles. Y así, decidió que él mismo, iría al frente de sus jinetes junto a Claudius, Witerico, Wilya y Berulfo, mientras Segga quedaría en la ciudad atendiendo a sus deberes. De nada sirvieron las protestas de Recaredo por su exclusión. Aunque su herida no había causado fiebres ni llamativas hinchazones, era lo suficientemente seria, y tan notoria la cojera del joven, como para alejarlo de cualquier partida de guerra. En cuanto a Vagrila, hada ya dos días que había regresado a Norba con su gente, de modo que no se podía contar con su concurso.

Una hora después, la columna de Leovigildo cabalgaba hacia el este, alejándose del Anas con la intención de recuperar su ribera derecha corriente arriba una vez salvado el arco de más de quince millas que su cauce dibujaba antes de besar a Emérita. Avanzada la tarde, alcanzaron de nuevo aquellas aguas y abrevaron en ella los caballos, y a partir de ahí el río se convirtió en el mejor guía, pues remontándolo por su orilla no había pérdida hasta su destino. Ya entre luces, divisaron el puente de Metellinum. Nada por allí hacía presagiar la presencia de tropas, pero el rey despachó exploradores que vigilasen la ciudad desde las alturas, y a otros hacia el norte para buscar noticias de los suevos. Cuando todos partieron, ordenó acampar en uno de los muchos oteros que rodeaban la ciudad bajo la cautelosa protección de un tupido encinar.

Privados del fuego por no delatar su presencia y pendientes del resultado de la labor de los rastreadores, la noche resultó más larga de lo esperable, y buena parte de ella la emplearon, tanto nobles como guerreros, en dormitar entre charlas. Allí se enteró Wilya con todo detalle del verdadero alcance de la traición de Miro, aliado secretamente con Guntram, el rey franco de Burgundia, aquél contra quien años atrás había combatido su padre Liuva. O no tan secretamente, porque los confidentes de Leovigildo en las cortes francas le tenían informado de aquellos manejos. Si bien esa furtiva alianza nunca había preocupado en exceso al rey de los godos, el apoyo suevo a Hermenegildo era ya mucho más grave, pues significaba una coalición de todas las naciones trinitarias fronterizas en su contra. Y aunque Guntram permaneciese de momento a la expectativa y los imperiales fueran demasiado astutos como para enredarse directamente en la guerra civil, el ejemplo de los suevos podía animarles a intervenir al saberse tan superiores en número y con tantos frentes abiertos. Por eso, arengaba Leovigildo a sus hombres, era tan importante la batalla que iban a librar, y pedía a todos ellos una oración para que la temeridad de Miro siguiera intacta hasta el día siguiente y no decidiese aguardar la llegada de todo su ejército para entrar en Metellinum; ciudad, según los informes que iban llegando, plácidamente dormida

donde apenas se apreciaba el movimiento de una guardia muy exigua en el murallón de entrada.

Todavía no asomaba el sol cuando llegaron los exploradores del norte avisando de la próxima llegada de Miro y sus jinetes. Leovigildo distribuyó a los suyos en tres columnas emboscadas en lomas contiguas, con la esperanza de que un veloz ataque por sorpresa desde su ventajosa posición y la pronta muerte del rey enemigo les daría una primera y quizá definitiva victoria. El ataque tenía que ser imprevisto, de modo que el cuerno quedaría esta vez mudo y sólo el avance de la columna del rey, que ocupaba el centro, sería la señal para la acometida de las dos restantes al mando de quingentarios.

Wilya observaba junto a su tío el estrecho camino que conducía al puente. Al poco, y en galope corto, vieron llegar por él a varios jinetes que cruzaron el Anas para solicitar, al parecer, su entrada en la ciudad. Hubo allí un diálogo entre éstos y los defensores del portón, que, si bien no aparentaba ser hostil, se alargó por un buen rato, hasta que los suevos dieron media vuelta y desaparecieron de nuevo tras las ondulaciones del terreno. No tardó mucho en llegar la caballería de Miro y distinguirse entre la polvareda el dorado estandarte del reino suevo con su dragón verde.

Tras mucho meditarlo, Wilya se atrevió por fin a hablarle al rey.

—¿Por qué exponer nuestras tropas a una batalla que nos puede debilitar?

—¿Quieres dejarlos pasar ante nuestros ojos y enfrentarnos luego a fuerzas muy superiores? —alegó Witerico, sorprendido de aquella duda en momento tan crítico.

—Puedes exigir a Miro que cumpla su juramento —le insistía Wilya a su tío, desoyendo otras voces—. Si lo hace, no sólo ahorramos bajas, sino que sumaremos sus tropas a las nuestras.

—Les doblamos en número —intervino Berulfo—. No tienen salvación.

—Así que quieres que me plante ante Miro —reflexionó en voz alta Leovigildo— y que le eche en cara, así, sin la amenaza de las armas, la fragilidad de su palabra.

—Si no acepta, atacamos —corroboró Wilya.

—Pero perdemos la ventaja de la emboscada —apuntó Claudius.

Leovigildo hizo un gesto para que se le aproximase el portador del estandarte real, tomó la enseña y se la entregó a Wilya.

—Anda —dijo el rey—, ve y háblale tú como lo haría yo.

Con el estandarte en la mano, quedó pasmado por la propuesta, pues no sabía si su tío lo decía seriamente o se mofaba de la ingenuidad de su idea.

—¿No eres un gardingo? Demuéstralo. —Y con un azote en el anca de su caballo le conminó a avanzar.

Y efectivamente, Wilya avanzó ante los ojos atónitos de sus compañeros y temblando por la responsabilidad que se le había venido encima; primero al paso y enseguida al trote, animada su montura por la cuesta abajo. A una señal de Leovigildo, Claudius se sumó sin rechistar a la insólita legación real.

Los suevos aflojaron la marcha al divisar la pareja de jinetes que les venía de frente, aunque, una vez identificado el estandarte godo, cundió el nerviosismo entre sus filas, que se desplegaron junto a su rey para protegerlo de un peligro sin duda inesperado. Detenidos en medio del camino, en compacta formación en torno a Miro, oteaban los alrededores en busca de fuerzas enemigas, y al no verlas, éste envió por delante a dos de sus nobles para encontrarse con quienes llegaban. Tras un breve intercambio de palabras, los cuatro jinetes llegaron hasta la caballería sueva, y Miro aceptó recibir, aunque sin desmontar, a los emisarios.

Wilya tenía la boca seca, y el corazón le palpitaba con desusado empuje. Ni siquiera frente a los nobles suevos que les salieron al paso, de apariencia tan cercana a su propia gente que le parecía estar hablando con godos, había podido contener esa desagradable sensación, y al verse ahora ante aquel hombre demacrado y cercano a la vejez que enjugaba con un lienzo su frente sudorosa, la garganta parecía negarle el derecho a pronunciar palabra.

—Te hablo —consiguió decir— en nombre de mi rey Leovigildo.

—¿Es tu rey hereje tan holgazán que envía a un mocoso a hablar en su nombre? —repuso Miro—. Un feo mocoso que ni siquiera sabe sujetarse sobre el caballo —añadió al descubrir los estribos—. ¿O es que tiene miedo a hacerlo por sí mismo?

Azuzado en su amor propio por la altanería del suevo, Wilya se liberó al instante de la timorata opresión que le venía atenazando.

—Mi rey no quiere mezclar su aliento con el de un embustero.

—Frena tu lengua si quieres conservarla. —Y Miro frenó a su vez las armas que aquel insulto había desenvainado alrededor.

—Mi lengua no miente, mientras que la tuya jura lealtad y paga tributo a Leovigildo cuando se ve en peligro, y luego conspira contra su señor con los francos de Burgundia.

—Lo que yo tenga con Guntram no atañe a los godos.

—Has violado nuestra frontera para ir a lamer las botas de Hermenegildo. ¿Tampoco eso nos atañe?

—Aparta de mi camino, mozuelo, si no quieres acabar tus días aquí mismo.

—Tu palabra es demasiado frágil para tanta jactancia, y mi rey no será hoy tan generoso como lo fue hace años. Ésta es la última oferta de Leovigildo: fidelidad o sangre. Tú eliges.

Dicho esto, Wilya volvió grupas, y Claudius tras él, para cabalgar en dirección al cerro. No habían recorrido cincuenta pasos cuando en las alturas se hizo presente la columna real, que avanzaba desplegada al trote ocupando buena parte de la colina, y enseguida las otras dos, amenazando los flancos y cortando la retirada de la caballería sueva.

Las calles de Emérita recibieron con júbilo al triunfante Leovigildo, vencedor de los suevos sin derramar una sola gota de sangre. Porque lealtad, y no sangre, había elegido Miro al verse rodeado por fuerzas superiores y tan lejos de su ejército, de tal

modo que los hombres que quería poner a disposición del rebelde no le sirvieron para sus propósitos y, como él, quedaron a las órdenes de quien, según la palabra empeñada, era su verdadero amo. Pero lejos de agregar aquellas tropas a las suyas, convencido Leovigildo de que las querellas del reino godo entre godos debían resolverse, y sabedor de las dificultades para abastecer a tanta gente, decidió enviarlas de vuelta a su tierra. Y para asegurarse de que ese retorno había de ser pacífico y de que el juramento de Miro no era una nueva añagaza, quedó el rey suevo como rehén, acompañado por un séquito de medio centenar de allegados y sirvientes, entre los que figuraba su propio hijo Eborico.

Celebrada la Pascua con la fastuosidad propia de la capital lusitana, y acrecentada si cabe por la reciente victoria, decidió el rey regresar a Toletum para preparar debidamente la campaña contra la Betica. No fue una comitiva numerosa, porque la mayor parte del ejército que había llevado hasta Emérita allí quedó bajo el mando de Claudius a la espera del mucho más poderoso que tres meses después habría de encabezar el propio Leovigildo. Como quedaron también Witerico y Berulfo a disposición del propio duque y del conde Segga, de modo que solamente Recaredo y Wilya figuraban como nobles en la expedición real, amén de Miro y los señores suevos que le acompañaban. Un séquito, el nuevo, más que preocupado por la salud de su rey, pues la enfermedad había hecho mella en él a poco de ingresar en Emérita como cautivo y, al no recuperarse, hubo de viajar tendido en un carruaje y no a caballo como correspondía a un guerrero de su condición.

Wilya tenía sus propios pensamientos sobre ese mal. Ya durante su tenso diálogo en el camino de Metellinum había distinguido en Miro a un hombre poseído por la fiebre, en manos de una dolencia que le presentaba mayor y más débil de lo que era, y que sin duda había mediado de forma decisiva en el balance final de aquella incruenta guerra entre godos y suevos. Estaba seguro de que sus prisas por llegar a Hispalis y la imprudencia demostrada para conseguirlo tenían relación con aquel mal, y que de haberse sentido sano o no tan abatido el rey de los suevos, habría resultado mucho más cara la segura victoria en la emboscada. Con parecida certeza sabía que la deshonra sufrida por la capitulación y las posteriores exigencias de Leovigildo tenían mucho que ver con el agravamiento. Porque, además de reclamar la firma de Miro sobre el pergamino que recogía los términos de su vasallaje, el rey de los godos había obligado a sumar su león al estandarte de los suevos para que jamás olvidasen su compromiso de obediencia, de modo que ahora, y tras el apresurado trabajo de las costureras, dragón verde y león rojo se enfrentaban sobre el paño dorado que flameaba en el transporte donde yacía el febril cuerpo del rey derrotado.

Por curiosidad, por matar un poco el tedio del viaje, y por sincero interés hacia la salud del rey suevo, Wilya se acostumbró a frecuentar la compañía del grupo de rehenes, entre los cuales había descubierto un personaje más que llamativo. De recia y fibrosa apariencia y edad cercana a los cuarenta años, vestía un oscuro y burdo sayal de lana muy semejante al que llevaban los clérigos de iglesias pobres, pero ni

trinitario ni de la fe goda parecía, pues en lugar de tonsura mostraba la cabeza completamente rasurada salvo un mechón pajizo que, a modo de cresta, le sobrevivía en lo alto del cráneo. Más allá de la estampa, su comportamiento resultaba particularmente extraño, ya que, sin reparar en los rigores propios de aquella época de deshielos, no perdía ocasión de zambullir sus carnes en cualquier corriente de agua que divisase, y cada vez que la marcha hacía un alto para descansar, él pasaba varias horas arrodillado en oración antes de permitirse el mínimo refrigerio.

Enseguida supo, por uno de los clérigos que integraban el séquito suevo, que se trataba de un extranjero llegado a Bracara desde la lejana isla de Scotia, y que, aunque trinitario, mostraba tan desmedidas costumbres y opiniones que hasta ellos le tenían por sospechoso. Además de su aspecto, y entre otros extravíos, defendía la celebración de la Pascua en viernes, tal y como era costumbre entre godos y hebreos, y no en domingo como mandaba el canon romano. Por si tanta rareza fuera poca, la pequeña cruz que colgaba de su cuello tampoco era exactamente la cristiana, sino que sumaba a ésta un extraño círculo en torno al nudo de ambos brazos. Según ellos, hablaba una lengua más que rara, además de un latín tan pulcro y relamido que producía no pocas risas entre sus oyentes, pues lo declinaba tal y como lo hacían los antiguos y para él no parecían existir las preposiciones. Tanta intriga le creó aquel hombre que, tras comentar los hechos con su primo, por fin se decidieron a abordarle, y a lo largo de los días, cabalgando a ambos lados de la mula en que viajaba el clérigo, tuvieron ocasión de escuchar su sorprendente historia.

Se hacía llamar Gur, y su latín era, en efecto, tan sugestivo como su persona. En su boca, esa lengua parecía mucho más limpia y precisa que la que estaban habituados a oír, y notablemente más sabia que la que ellos mismos eran capaces de hablar. Y, aunque a veces se le escapaban palabras o breves expresiones en su incomprensible jerga, escucharle resultaba placentero y hasta divertido.

Dos años llevaba en el reino suevo tras llegar a una ciudad fundada con el nombre de Britonia por gentes venidas de la isla de Brittania, vecina a la suya, que abandonaron sus tierras y cruzaron las aguas cuando el poder del Imperio romano cayó frente a los bárbaros llegados desde más allá del mar. Allí, a lo largo de muchos decenios y con la cristiana protección de los reyes suevos, había crecido una vigorosa comunidad que conservaba el recuerdo de su antigua lengua y seguía las reglas de la secta escota, distintas pero no contrarias a las de la religión romana. En ese lugar habitó Gur durante varios meses bajo la tutela del venerable abad Mahiloc, pues no era usanza entre ellos tener obispos, sino abades, y fue éste quien le alentó a predicar la Palabra de Dios entre los paganos galaicos y astures. Con el propósito de conseguir el apoyo real, se dirigió el extranjero a la corte del rey Miro, quien no sólo aprobaba tan santa aspiración, sino que le prometió además levantar un monasterio en Bracara que sirviese de morada a los clérigos escotos en la capital y como sementera de sus apostólicos afanes. Y empeñado en este proyecto le había sorprendido la noticia de la partida de Miro al frente de su ejército, a la que él se había sumado por lealtad y por

conocer nuevos horizontes.

Mas no era tan breve la historia de Gur, sino que se remontaba muchos años atrás, allá en su isla de Scotia, un lugar donde, según creencia extendida en Hispania, ni sierpes ni abejas había, y cuya arena era poseedora de un poder tan particular sobre estas bestias que, esparcida en otros lugares de la tierra, protegía contra las culebras y hacía que los enjambres abandonasen para siempre los panales. Pues bien, sucedió allí que un príncipe llamado Columkill de Gallan, decidido a abandonar la vida mundana para dedicarse al Señor, fue consagrado sacerdote e ingresó en uno de los muchos monasterios que por aquellas tierras proliferan. Y en su retiro, amén de hacer caridades y aprender la lengua griega como viene siendo obligación entre sus clérigos, emprendió la loable empresa de escribir un libro de salmos destinado al rezo de sus compañeros. Tarea que, sin él saberlo ni pretenderlo, condujo su destino por inesperadas sendas, pues al conocerse el resultado final de tan magna obra, llovieron sobre su autor todo tipo de acusaciones como plagiario de un salterio más que popular y previamente escrito por el venerable monje Finnian.

Las denuncias por este hecho llegaron hasta el rey, quien, tras largas y sesudas deliberaciones con sus consejeros, concluyó que el libro de Columkill había salido del de Finnian como el ternero salía de la vaca. Azuzada por las protestas del príncipe ante semejante ofensa, la noble familia de éste se rebeló contra la sentencia, y al no ceder el rey en su opinión, le declararon la guerra hasta su derrota. Pero no bastó la victoria de las armas. La mala fama de Columkill había alcanzado todos los rincones de Scotia y tanto abades como caudillos de clanes le tenían por culpable de la sangre vertida, de modo que decidieron su exilio en tanto su confesor le imponía como penitencia salvar para Dios tantas almas como muertes había provocado su orgullo.

De Aedan de Dál Riata, un escoto que reinaba en tierras de Brittania, consiguió Columkill la cesión de un islote frente a sus costas llamado Iouan, y allí, sobre humildes pedregales, entre enfurecidas aguas, bajo el fragor de los vientos y los salvajes alaridos de gaviotas y cuervos marinos, fundó el príncipe monje un monasterio con doce discípulos que le acompañaron al exilio. Y tras sus muros, en anaqueles que guardaban piadosos tomos y vitelas, quedó aquel sangriento salterio al que todos conocían ya con el nombre nativo de Cathach, el *Libro de la batalla*.

Bien que cumplió Columkill con la expiación impuesta por su confesor, pues exigió de sus compañeros una vida austera y entregada, y por dar ejemplo hizo de la suya una muestra de recogimiento durante el día y de aspereza por la noche, porque en lugar de cama usaba una fría losa para yacer y una piedra como almohada. Y con la ayuda del Altísimo no sólo ganó almas, sino que realizó milagros y cosas extraordinarias en el país de los Cruithne, aquellos idólatras a quienes los romanos llamaron pictos por los dibujos con que adornaban sus cuerpos. Resucitó cierta vez a un niño, y otra, por el contrario, anunció la muerte de uno sano siete días antes de que se produjese. Y entre sus prodigios con aquellos paganos se contaba uno más que sorprendente, pues tomó una de las piedras del lecho de un río, y tras bendecirla con

la señal de la cruz, el mineral flotaba en las aguas sin hundirse como si, recibida la Gracia de Dios de aquellas venerables manos, no deseara volver al lugar de donde había salido.

En cierta ocasión, una de las fuentes principales de los pictos quedó poseída por el diablo, de tal modo que provocaba enfermedades simplemente con tocar su agua. Conocedor del mal, Columkill la bendijo y bebió de ella, y con él todos los monjes que le acompañaban, ante el asombro de aquellas gentes y de los sacerdotes paganos, a quienes conminó a convertirse de inmediato al Dios verdadero, porque aquellos que creen en la Santísima Trinidad pueden beber los venenos sin sufrir daño alguno. Y ni siquiera el palacio del rey de los pictos quedaba fuera de su ascendiente, ya que, si hallaba sus puertas cerradas, le bastaba con hacer la señal de la cruz para que éstas se abrieran milagrosamente, y si alguno de sus enemigos pretendía dañarlo con las armas o el fuego, el Señor posaba su invisible voluntad sobre el bienaventurado para librarle de todo mal o asechanza.

No sólo hombres y elementos se plegaban a la beatitud de Columkill, sino incluso terribles y diabólicas fieras, como sucedió una vez en que se disponía a cruzar con sus compañeros el lago del río Nesa y dieron con unas gentes que prestaban auxilio a un joven malherido por un monstruo que habitaba en aquellas profundidades. Hizo que le guiaran hasta el lugar y ordenó a uno de sus discípulos que se echase al agua, y al poco, con un espantoso rugido y sus gigantescas fauces abiertas, la bestia emergió dispuesta a devorar al monje. Mientras todos temblaban de terror, el santo varón alzó su mano, e invocando al Señor hizo la salvífica señal de la cruz conminando a la feroz criatura a retirarse. Asustado por sus palabras, el monstruo regresó al abismo cuando tenía al clérigo al alcance de la boca, y todos aquellos idólatras adoraron al dios de los cristianos por lo que acababan de presenciar.

Si su predicación entre los paganos se veía colmada de bendiciones divinas, su estancia en el monasterio de Iouan no era menos milagrosa, pues una corona de luz extraordinaria rodeaba al santo abad tanto de día como de noche, y si faltaba el vino para la misa, con sus oraciones transformaba el agua en el purísimo licor que tras la consagración habría de ser la sangre de Cristo, como hiciera Nuestro Señor en las bodas de Caná. Cierta vez, y previa orden a sus discípulos de que no debían acercársele bajo ningún pretexto, decidió confinarse solo, sin comer ni beber, por espacio de tres días. Y durante las noches que duró su recogimiento, maravillosos rayos de luz salían del lugar donde se hallaba, y se escuchaban allí extraños cánticos que jamás nadie había oído. Cumplida la fecha, salió de su encierro para contar que el Espíritu Santo había descendido sobre él, y que había conocido muchos secretos sobre las partes más indescifrables de las Escrituras y otros nunca revelados a los hombres desde el principio de los tiempos, tanto del pasado como del futuro.

Y así sucedía, en efecto, porque Columkill era capaz de estar en lugares y de ver cosas que sólo en espíritu podía visitar o conocer; puesto que su cuerpo se encontraba en otra parte, como a menudo comprobaban los monjes del monasterio que, en

ausencia del santísimo abad, podían escuchar su voz cantando salmos se hallaran donde se hallasen. Virtud que quedó demostrada, si no lo estaba ya, un día en que llamó a todos a reunirse en la iglesia para rezar por el rey Aedan y su hijo Artur, que, según dijo, se enfrentaban con sus tropas a los bárbaros en aquel mismo momento y muy lejos de allí. Tras una larguísima oración, alzó sus ojos al cielo y dijo que su protector había vencido a costa de trescientas bajas en su ejército. Mucho tiempo después, llegadas a Iouan noticias de tan desconocida batalla, todo había sido cierto, y como eso otras muchas profecías, pues el beatísimo abad podía ver en el interior de los hombres su limpieza o su pecado sin tenerlos siquiera delante, y saber además lo que les deparaba el futuro.

Una tarde pidió a sus compañeros que le dejasen solo para acercarse a orar en un baldío al poniente del monasterio. Dominado por los demonios de la curiosidad y la imprudencia, y desoyendo su ruego, uno de los monjes marchó por diferente camino hasta un cerrillo que dominaba el pequeño llano, y allí descubrió al venerable Columkill en pie, con los brazos abiertos, como rezando a las alturas. Y quedó pasmado el intruso porque había también una multitud de ángeles que, vestidos de blanquísimos ropajes y revoloteando con maravillosa ligereza, rodeaban al santo, silenciosos al principio mientras éste oraba, y luego en amena conversación con él. Repentinamente, y como si hubiesen descubierto la presencia del husmeador, los seres celestiales partieron a toda prisa a su lugar más allá de las nubes. Cuando el abad regresó al monasterio, reunió a sus monjes y, muy enojado, quiso saber quién de ellos había desobedecido su mandato. Respondieron todos que no sabían nada de cuanto les decía, hasta que el transgresor, con lágrimas en los ojos, cayó de rodillas ante él solicitando su perdón. Y Columkill le perdonó, aunque exhortándole en privado a no decir jamás a sus compañeros cuanto había visto en aquel páramo.

—Santo varón parece haber sido ese Columkill por lo que cuentas de él —elogió Recaredo—. Sin duda hay disputa en tu patria por sus reliquias.

—La habrá cuando existan. Columkill vive aún; con más de sesenta años, pero el Señor tiene a bien conservarlo entre los vivos.

—Una buena historia, Gur. —La narración del escoto, a pesar de sus diferencias, había traído a la memoria de Wilya aquella otra de Emilianus en el monte Dircetius que provocó el arrobamiento de Nantila—. Aunque con tantos ángeles de por medio más suena a piadosa fábula que a verdad.

—Cierta y bien cierta es, os lo aseguro.

—Dime entonces —porfió él—: si a nadie contó el monje desobediente aquellas maravillas que tuvo ante sus ojos, ¿cómo es posible que hayan llegado a tus oídos y ahora a los nuestros?

—Porque yo, noble joven, soy aquel hombre inmoral que desobedeció al santo abad —confesó compungido Gur—. Y mi castigo es hallarme ahora en este exilio.

—Así que tú has visto a los ángeles —exclamó admirado Recaredo, y Wilya temió por un momento que su primo sufriera parecido hechizo al que había poseído al

hijo del conde Egica.

—Como ahora os veo a vosotros.

—¿No dices que hubo perdón para ti? —arguyó Wilya.

—Lo hubo, pero toda falta tiene su penitencia, y la mía fue dejar la isla de Iouan durante doce años. Nada dije a mis hermanos del monasterio, pero bueno es que el mundo conozca la santidad de Columkill y mi propio pecado.

—Bendita sea la penitencia si has podido contemplar a los ángeles. —Recaredo parecía entusiasmado con aquella posibilidad.

—Mi escarmiento no fue por gozar de tan beatífica visión, sino por desobediencia y soberbia, por haberme creído digno de derechos que no poseo.

—Te juzgas con excesiva severidad, Gur —opinó el hijo de Leovigildo.

—Me juzga mi pecado, mi defecto, mi primer enemigo y el peor de ellos, el que siempre vive dentro de mí, como vivía la serpiente en el paraíso, y como Judas estaba entre los elegidos del Señor.

Como vive Loki, pensó Wilya, el padre del lobo Fenris, el horrible dios que asume toda forma imaginable, entre los doce dioses buenos, almorzando a su mesa mientras urde su destrucción. Y sumando trece, como Jesús con sus apóstoles y Columkill con sus monjes, dando quizá la razón a esos adivinos que entre raíces maléficas, uñas de erizo, huesos de ratón o dientes de topo renegaban de esa cifra como fuente de todas las desgracias.

—También ahora pecas de inmodestia, comparándote con el traidor Judas y hasta con el poderoso Maligno —dijo por consolarlo, aunque sonaba a reproche.

—No es pecado admitir la culpa, ni engrandecerla hasta la propia humillación. Cada cual lleva dentro de sí a su destructor, y es preciso conocerlo bien si deseas vencer en esa guerra contra él que sólo concluye con la muerte.

La estancia de Gur en Toletum fue breve, demasiado breve para gusto de Wilya y de su primo, que se habían habituado a frecuentar su compañía y oír de sus labios las sorprendentes historias sobre Columkill de Gallan, las hazañas de Aedan de Dál Riata y de su hijo Artur frente a los sajones, y otras mucho más cotidianas sobre las particulares costumbres de escotos, britanos, pictos y demás gentes de las islas septentrionales con quienes el reino de los godos mantenía esporádicas relaciones mercantiles desde sus puertos cantábricos y lusitanos. Y es que la enfermedad de Miro, lejos de aliviarse tras la penosa marcha, se agravó a los pocos días de haber llegado a la ciudad, y Leovigildo permitió que el monarca suevo regresara a su tierra para que el fallecimiento que todos auguraban se produjese al menos entre los suyos. Con él partió Gur, y buena parte del cortejo que había velado por su rey desde Emérita, quedando Eborico como rehén más notable en la corte toletana.

El hijo de Miro era un joven de saludable presencia, aunque tan reservado y huidizo que durante el viaje solamente se había preocupado de su padre, como si el resto del mundo no existiese y todas las obligaciones de su rango, excepto la del amor filial, hubieran desaparecido tras la rendición sueva. Ni un asomo de orgullo había en

sus ojos clarísimos ni en su porte, tan magníficos ambos que atrapaban la mirada de las mujeres menos recatadas, y no sólo por curiosidad ante el desconocido, sino por evidente admiración. Un buen y bello mozo, según palabras de la reina Goswinta, un mozo que despidió a su padre entre lágrimas, sabedor de que no volvería a verlo, y que una vez la comitiva partió hacia Bracara, quedó sumido en tal estado de misantropía que raramente abandonaba las estancias asignadas a él y a su séquito. Tal vez añoraba a su esposa, sus paisajes, o al padre que ya daba por muerto, pero a Wilya le recordó, en cierto modo, a Aspidius, el viejo rey loco de Aregia que vagaba por las plazuelas de Toletum en busca de quién sabe qué respuestas. Cierto que en riada se asemejaban el suevo y el aregense en raza, edad o salud, mucho menos en aspecto, pero ambos estaban unidos por una misma condena, la de vivir excluidos de cuanto habían amado. Y para Wilya ese destino resultaba tan cruel que él mismo, en similares circunstancias, se creía incapaz de soportarlo.

Pese a todo, pronto olvidó la existencia de Eborico, tanto por el voluntario encierro del heredero suevo como por los acontecimientos que atrapaban su atención en la ciudad. Con Galmerico pocas palabras podía cruzar, porque el clérigo andaba consagrado a la enseñanza de los más pequeños con idéntico entusiasmo que les había dedicado a ellos en años precedentes. Escribió a Koenraad una larga misiva para referirle sus éxitos en la campaña lusitana, deteniéndose con orgullo en el episodio de Metellinum y en la confianza que Leóvigildo le había demostrado poniendo en sus manos el estandarte real. Y que todo ello se lo debía en buena medida a sus consejos, pues la sugerencia de parlamentar con Miro no había sido otra cosa que llevar a la práctica aquella enseñanza del chaturanga para cuatro jugadores, según la cual era preferible intentar sumar fuerzas antes que reducirlas en combate. Porque el chaturanga, discurrió largamente en su epístola, más que una ociosa distracción, era una forma de ver las cosas muy distinta a la que solía enseñarse, parecida seguramente a la manera de pensar que debían de tener los filósofos. Y gracias a él había tenido la oportunidad de conocerla, por lo que le estaba muy sinceramente reconocido, casi tanto como por haberle devuelto cierta vida a su mortecino apéndice y enseñarle la utilidad de los estribos, herramienta que, para su asombro, seguían despreciando los guerreros por considerarla molesta para el caballo durante el galope e indigna de un buen jinete.

Y en esos mismos días, animado por la buena influencia que el chaturanga parecía ejercer sobre él, Wilya concluyó sus piezas y el tablero necesario para poder seguir practicando el juego en que le había iniciado el ostrogodo. Eligió a Lucius como rival, quien aceptó la propuesta con la obediencia exigible a todo mayordomo, aunque sin demasiado interés por sus explicaciones en cuanto a normas y concentración. Así, cuando él le instaba a lanzar el dado, Lucius le exponía lo avanzadas que iban las labores de reconstrucción en la villa; si le descifraba por enésima vez el correcto movimiento del elefante, éste recordaba de repente que era necesario reponer las reservas de aceite o reparar el techado de las cuadras antes de

que llegasen las tormentas de finales del verano; de modo que cualquier intento de progresar era frustrado tanto por la impericia y la desidia de su antagonista como por la obstinación de éste en plantear asuntos domésticos mientras disputaban la partida.

Tampoco podía faltar su obligada visita a la fragua de Badwila, quien recibió con entusiasmo su narración personal de los hechos, un relato precedido por los rumores, pues sus hazañas corrían ya de boca en boca por la ciudad antes de que él hubiera franqueado sus muros. El hijo de Liuva, aquel a quien apodaban Manoseca, hacía honor a la sangre real, y el pueblo había comenzado a labrar una nueva leyenda, el cimiento donde habría de asentarse la efigie de uno de sus más recientes héroes.

—Tómatelo con calma —le advirtió el herrero—. La gente que hoy te ensalza mañana te crucifica. ¿Y tu brazo?

—Igual. No puedo elevarlo sobre el hombro, ni mantenerlo alzado sin dolor. Pero me las apaño.

—No te exijas más de lo necesario. Tiempo atrás te tenían por lisiado, ahora te pedirán que seas un héroe cada uno de los días de tu vida. Tú limítate a cumplir con tu deber, y quien quiera hablar que hable.

—Invencible más que victorioso.

—Así es. —Badwila le premió con una palmada de aprobación en la espalda—. Y parece que la mariposa que forjé en tu yelmo no te ha traído precisamente la desgracia.

—De eso quería hablarte. Lo he meditado y creo que tienes razón, que la fe de nuestros ancestros no debe perderse y, ya que no la puedes encomendar a tu hija, estoy dispuesto a recibirla.

Aquel anuncio provocó en el herrero una expresión de felicidad distinta a cualquier otra que Wilya hubiera contemplado en su rostro. Le había visto carcajearse con voz de trueno o reír de alegría como respuesta a alguna ocurrencia graciosa por su parte, o cuando progresaba bajo la paciente y disciplinada tutela de su adiestramiento; conocía incluso sus gestos de duda, desesperanza o cólera si las cosas se torcían, pero nunca antes había descubierto esa extraña luz en sus ojos que tanto tenía de asombro como de éxtasis. Hacer feliz a Badwila era sentirse feliz él mismo, como devolverle un poco de lo mucho que éste le había dado sin pedir nada a cambio. Convinieron en aguardar al final de la inminente campaña de la Betica, una vez el reino hubiese sido pacificado y él regresara a Toletum para quedarse definitivamente. Parecía un plazo razonable, porque ninguno de los dos tenía duda de que la guerra habría de inclinarse a favor de quienes estaban amparados por la justicia, y de que el desenlace no llevaría más de un año.

Evitar ese periodo de sangre, por corto que fuese, era una idea fija en la cabeza de Leovigildo, quien, desde el momento en que plantó pie en la capital tras su expedición lusitana, había multiplicado los mensajes a su primogénito para que depusiera su actitud rebelde y conjurase así los estragos que se avecinaban. Pero de nada servía el ejemplo de la derrota de sus acólitos en Emérita, ni siquiera la noticia

de que sus aliados suevos nunca combatirían a su lado, porque Hermenegildo sólo respondía con el silencio o con desplantes, y toda esperanza de lograr un arreglo pacífico se desmoronaba a medida que se iba acercando el día en que el rey había convocado al ejército.

Antes de esa fecha, y cumpliendo con creces la orden real, pues el verano llegaba con adelanto y acababa de comenzar la siega, el depuesto obispo Masona se presentó en Toletum con una comitiva tan menguada que entre siervos y clérigos ni siquiera sumaban veinte personas. Recibido de inmediato en audiencia, Leovigildo le recordó el encuentro mantenido en Emérita y su demanda sobre la restitución de la reliquia de la santa Eulalia a la iglesia goda.

—Te pedí reflexionar sobre la equidad de esa petición —dijo el rey—. Espero que el tiempo pasado desde entonces haya servido para fortalecer tu buen juicio.

—No existe en mí otra fortaleza que la fe verdadera.

—Guardas en tu poder algo que no te pertenece. Si tu fe es tan firme y tan sincera como dices deberías admitir que el hurto está castigado tanto en la tierra como en el Cielo.

—Ahórrate sofismas —replicó Masona con firmeza—, porque ese manto no será profanado por manos herejes. Nunca te entregaré lo que pides, y no me vas a atemorizar con amenazas. Puedes torturarme hasta la muerte y mi boca seguirá diciendo mil veces lo mismo.

—Eso te gustaría, pobre necio, convertirte en mártir, ganar para ti la piedad de las gentes simples y verter sobre mí fama de verdugo de trinitarios. Así encubrirías la verdad, el hecho de que tu delito es de traición y que nada tienen que ver tus creencias con el castigo. No pienso tocar ni el ribete de tu carísima túnica. —Dicho esto, Leovigildo se puso en pie y dictó sentencia—: Que Masona, hostil a nuestra autoridad, traidor al reino y a las leyes, sea apartado de mi presencia y conducido al exilio.

Y al exilio marchó desde allí mismo el que fuera obispo emeritense, hacia un monasterio a unas sesenta millas al nordeste de la capital, en las proximidades de Complutum, que lo acogió con un séquito limitado a tres sirvientes.

Tras el episodio de Masona, una especie de inquietud se apoderó de la corte toletana. Y no porque el castigo al traidor hubiese parecido injusto o excesivo, pues no faltaban incluso los partidarios de forzar su voluntad con métodos más extremos, sino porque aquella pétrea resistencia frente a la autoridad real hacía presagiar una campaña dura si el brazo de los obispos trinitarios que sostenían a Hermenegildo era tan inquebrantable como el de aquel godo renegado, que, escudándose en su herética fe, rechazaba cualquier sometimiento a Leovigildo.

—Combatirán hasta el final, al menos los godos —opinó Wilya al respecto una mañana en que había salido de caza con Recaredo. Aunque la caza, en realidad, era una excusa, una forma de distracción que parecía acortar un poco las jornadas que les separaban de la partida hacia Hispalis. Raramente cobraban pieza, porque, más que

perseguir venados o jabalíes, dedicaban aquellas horas lejos de la ciudad a disfrutar del galope y a dialogar desenfadadamente de sus asuntos. Ese día, la inminencia de la guerra, la terca actitud del exiliado Masona y los comentarios que ésta generaba en los corrillos de la corte, habían desplazado el protagonismo que últimamente tenían en sus charlas las increíbles historias de Gur. Ahora, ya de regreso, en las cercanías de la muralla, caminaban sudorosos bajo la sombra de un bosquecillo junto al río para concederles un respiro a los caballos.

—Por la cuenta que les tiene —admitió el joven rey al tiempo que se tumbaba mirando el firmamento entre las ramas, las manos cruzadas bajo la nuca, como cuando de pequeño se echaba a descansar bajo el gran nogal del patio de armas—. Sobre todo Hermenegildo.

Wilya se tendió a su lado. Sentía un placer especial en compañía de su primo, una sensación que a veces le parecía sana y otras pecaminosa, esto último más por cuanto había podido leer y escuchar sobre el asunto que por los dictados de su corazón, pues nada reprobable veía en el hecho de amarle por encima de cualquier cosa, hasta el punto de dar la vida por él si fuera preciso. Y sentir su cercanía bajo las copas de aquellos árboles, con el murmullo del Tagus a dos pasos, le parecía el mejor ejemplo de la felicidad. Era una felicidad muy simple, tan sencilla como la que proporciona una oportuna palabra de ánimo o la brisa que a rachas aliviaba el tórrido mediodía, pero tan satisfactoria que no deseaba cambiarla por nada.

—¿Y por qué Hermenegildo más que el resto? —Recaredo nunca había hecho el menor comentario acerca de su hermano desde que éste declaró su rebeldía, al menos no más allá de meros monosílabos en respuesta a terceras opiniones, nunca por propia iniciativa. Y él había respetado esa reserva, sabedor de que aquel conflicto, por fuerza, tenía que desatar una tormenta de dudas, una dolorosa aflicción en el espíritu de su querido primo.

—Sabe lo que le espera.

También Wilya lo sabía. Como a todo usurpador vencido, y según dictaba la costumbre, le sería amputada la mano diestra o le decalvarían. O ambas cosas. No tenía claro cuál de los dos castigos era más cruel. Perder la mano le parecía terrible, pero los padecimientos de un hombre al que arrancan el cuero cabelludo debían de ser insoportables. De no ser decalvado, le tonsurarían, para que, en su nuevo estado de clérigo novicio y manco, se acogiese al asilo de alguna iglesia, porque de inmediato perdería todas sus posesiones y sus derechos serían derogados. La derrota, de no morir en el campo de batalla, significaba para Hermenegildo otro tipo de muerte, ya que, aunque se le permitiese seguir respirando, su nombre quedaría borrado de la historia de los nobles godos para caer en el oscuro anonimato del clero inferior. Sí, claro que lo sabía, pero lo que le sorprendió fue la frialdad con que Recaredo había dicho aquella frase, como si no le importara nada el destino que aguardaba a su hermano.

—No parece preocuparte mucho lo que le pueda pasar.

—Lo único que me preocupa es lo que nos pase a nosotros. Lo único que me interesa es la victoria. El problema lo tiene quien está enfrente.

—¿Y si la batalla te llevase a encontrarte con él?

—Dudo que suceda, pero en ese caso le combatiría con la misma rabia que si fuese un desconocido.

Recaredo se giró en busca de una posición más cómoda, de cara al río. El, entretanto, le daba vueltas al desapego que traslucían las frases de su primo. Se imaginó él mismo enfrentado a Hermenegildo y no pudo evitar un cierto estremecimiento. Al fin y al cabo, y aunque nunca se habían guardado mutua simpatía, eran parientes cercanos, y no sería capaz de olvidar ese hecho si tuviera que batirse a muerte con él. Tal vez Recaredo exageraba su indiferencia en un intento de sobrellevar lo que sin duda era una carga, o puede que el amor a su padre se sintiera tan maltratado por el desprecio sufrido por parte del primogénito, que, puestos en una balanza, elegía sin dudar el primero negando la existencia del segundo. Quizás ahí estaba la solución a sus tripas blandas, en no reconocer a quien matas aunque sea de tu sangre, en no mirarle a los ojos mientras luchas, en imaginar que quien está enfrente no tiene alma, ni historia.

—Mira —le dijo su primo de repente—, eso sí que es un ángel de verdad, y no los del monje escoto.

Wilya se enderezó para seguir las indicaciones de Recaredo. A no más de treinta pasos de donde se hallaban, un grupo de jovencitas disfrutaba de la delicias del Tagus, y una de ellas había abandonado el abrigo de las aguas para ir en busca de sus ropas. Caminaba desde la ribera de frente a ellos, recreándose en las caricias del sol en aquel recodo del río lo suficientemente apartado de la ciudad como para preocuparse de miradas indiscretas. Quedó embelesado ante la visión de aquella muchacha de cabello claro, y sus ojos recorrieron sucesivamente en la distancia sus blanquísimos pechos, la dulce curva de sus caderas y el rizado vello trigueño de un pubis que sus piernas descubrían al andar. Más le parecía una diosa antigua recién emergida de las aguas que un ser humano, hasta que ella alzó su rostro y él pudo distinguir aquellas dos almendras celestes que pertenecían a Hilde. Boquiabierto, ni siquiera supo responder a las puntualizaciones admirativas de su primo.

—Se te va a caer la baba, Wilya. Mejor será que culmines tus deseos, no te vayas a quedar tonto para siempre.

Pero Wilya no reaccionaba a otro estímulo que no fuera la contemplación del primoroso cuerpo de Hilde, flexible como el oro puro, abrasador como el fuego. Siempre tan huidiza con él, nunca le había pasado por la imaginación que podía verla así, completamente desnuda, y aceptó que aquella oportunidad era un regalo decidido por alguien, sin duda celestial, porque el infierno no podía tener nada que ver con aquella deliciosa criatura. Qué distinta esa mujer que ahora tenía delante de aquella niña de rostro coloradote y trenzas que conoció en la fragua, incluso de la adolescente que se decidió a abordar casi dos años antes en las proximidades de su choza. Qué

distinto él mismo, a quien la guerra y otros avatares de la vida le habían hecho pasar tan deprisa de mocoso a joven, y olvidar en ese precipitado tránsito aquel cosquilleo que le provocaba la simple evocación de la chiquilla.

—Vamos, primo —arengaba Recaredo—. No me digas que el héroe de Emérita y Metellinum vacila ante un reto tan fascinante.

Wilya le hizo un gesto con la mano para que guardase silencio, pero éste no parecía dispuesto a secundar su ruego.

—Para penetrar en esa gruta no necesitas dos brazos sanos, ni tener una bellísima cara. Bastará con tu arma bien erguida. No encontrarás alimañas en esa dulce caverna, sino cálido y poderoso placer. Seguro que te dejará un regusto mejor que el del buen vino, y ni siquiera la desmemoria de la vejez te hará olvidar jamás este pródigo día.

Las palabras de Recaredo tenían el molesto poder de violar aquel inesperado y hermoso silencio que rodeaba la figura de Hilde, ahora sentada mirando al río. Wilya no quería acercarse a ella, le bastaba con observar la limpia línea de su espalda, con vivir plenamente el admirable momento que le había sido dado y disfrutar en lo posible con el resurgir del viejo hormigueo, ahora más extenso y enérgico que antes, pues no se contentaba con hacer de las suyas en el estómago, sino que descendía con brutal potencia hasta más abajo del vientre para endurecer su sexo y hacerlo crecer hasta el punto de que la ropa resultaba incómoda. Pero temía demasiado aquella dulce caverna, como la llamaba Recaredo, como para seguir sus recomendaciones. Todos sus intentos de aproximación habían concluido en fracaso, y no quería arriesgarse al ridículo de una nueva negativa, mucho menos en semejante coyuntura.

—Aprovecha ahora que no te ve. —El empujón de su primo casi le llevó hasta el claro, y a punto estuvo de ponerlo en evidencia—. Corre y tómala.

Corrió, pero en dirección contraria a la propuesta, hasta alcanzar su caballo y salir al galope, como si el mismísimo diablo siguiese la estela de sus cascos, hacia la puerta más cercana de la ciudad.

El ejército que Leovigildo reunió en Toletum ese verano era el más grandioso que jamás hubieran visto los habitantes de la ciudad y, seguramente, cualquiera de los guerreros que acamparon en la planicie en torno a la iglesia de los Santos Apóstoles. A las tradicionales guarniciones de los Campos Góticos se habían unido fuerzas de toda la Tarraconense e incluso buena parte de las establecidas en tierras cántabras y astures, que aprovecharon la bonanza en aquellas fronteras para prestar sus armas al rey Y con ellas, la mayoría de sus condes, todos aquellos cuya presencia no resultaba imprescindible para el correcto gobierno de sus correspondientes ciudades en aquel momento y en los meses venideros. De no menos de diez mil combatientes, según las presunciones más moderadas, disponía el monarca para dar su merecido al usurpador, pues a los que acudieron a su convocatoria en la capital habían de unirse las tropas que aguardaban acantonadas en la Lusitania tras la campaña de la última primavera y las del resto de la provincia. La expedición tardó horas en desaparecer por el

horizonte, y su marcha, cerrada por un centenar largo de transportes auxiliares y nutridísimos rebaños, cubría un par de millas de calzada. Como cada vez que el rey partía a la guerra, Toletum había quedado inquieta y mustia, con un amargo sabor a despedida y a incierto futuro dominando hogares, calles y murallas. Pero en esta ocasión, una atmósfera de eufórica esperanza compensaba hasta cierto punto esos sinsabores tras el magnífico poder desplegado ante sus ojos y la firme voluntad de Leovigildo de usarlo sin reparos contra su hijo rebelde y cuantos le sostenían.

El viaje, aburrido por las rutinas e incómodo por los calores, se aliviaba entre chanzas y parloteos nocturnos, a los que se había unido el joven Chindasvinto, conde ya de Pampalica tras la muerte de su padre. Pero la cabeza de Wilya se hallaba muy distante de aquellas charlas de los más jóvenes, que a veces le resultaban tan frívolas como fuera de la realidad, quizá una forma de encubrir con fanfarronadas lo que sólo era el ansia normal en vísperas del primer combate de una larga campaña. El, por el contrario, se mostraba más callado que de costumbre rumiando las palabras de Recaredo sobre la insignificancia de combatir contra su hermano, contra sus amigos, y se imaginaba a Argimundo convertido en un gigantesco lobo negro merced a las cualidades de su estirpe y destrozando a dentelladas a cuantos podía hallar a su paso. Otras veces, veía a ese Argimundo tan distinto de aquel excelente mozo con quien había compartido aula y aventuras, feroz ahora, y manejando quizá la invencible espada del dios Tyz. Y pensar en toparse con él en plena batalla le paralizaba durante un buen rato la respiración.

Por otra parte, pronto se cumpliría un año de la muerte de su madre, y a menudo ese sentimiento de ausencia resucitaba como un caballo salvaje que le castigara con inesperadas coces en el corazón. Y él apilaba junto a la víscera magullada los mejores recuerdos para calmar la herida, y le daba por pensar si ella estaría viendo su largo vuelo, si por fin habrían desaparecido sus temores sobre un hijo en quien no confiaba como guerrero, para concluir que si el orgullo formaba parte de las virtudes o defectos del otro mundo, Orosia tenía motivos para mostrarse bien ufana ante quienquiera que ahora tuviese alrededor. Al menos eso quería creer, aunque sin dudarlo habría dado media vida por ver la expresión de ese orgullo en sus ojos, por escuchar de sus labios una nueva palabra de aliento y por hallarla esperándole en casa a su regreso.

Algunas noches soñaba con Hilde, con su cuerpo de leche dulce surgido de las aguas como una deidad pagana. Y por la mañana despertaba húmedo, con esa inundación pegajosa que deja entre la ropa y la piel la plenitud del involuntario placer nocturno. Intentaba entonces recrear cada uno de los pasos del sueño vivido sin lograrlo del todo, rescatando si acaso alguna difusa imagen para convertirla a su gusto en una aventura completa que solamente se hacía cierta en los rincones de su imaginación. A veces, el alba le sorprendía a medio camino y entonces notaba su carne firme, crecida e insatisfecha. Nunca en esos casos buscaba a las mujeres disponibles en el campamento como solían hacer otros, sino que dejaba que la

tempestad trajese lentamente la calma, o bien consolaba su privada tormenta de fuego en un apasionado quehacer solitario con Hilde, siempre con ella, en el pensamiento.

Y es que una especie de algarada, casi un motín, se había producido en su interior desde el día en que descubrió junto al río a quien tiempo atrás fuera objeto de su íntima devoción, de aquel interés infantil que nunca se atrevió a definir, pero que ahora, pasados casi dos años y ante la irresistible presencia de su hermosura, sabía con certeza que era atracción. Y no sólo atracción por su ardiente desnudez, sino quizá eso que algunos con más años y experiencia llamaban amor. Porque pensar en la hija de Badwila le hacía trastabillar cuando andaba, equivocarse al hablar y consumirse de impaciencia en el deseo de que aquella guerra acabase cuanto antes para poder recuperar su cercanía. Cierto que había recibido varias negativas, que su rostro debía de resultarle repulsivo a una mujer tan bella, pero tenía que intentarlo de nuevo aunque pensar en esa escena le hiciera temblar de inseguridad.

Aquel alboroto de sentimientos, a pesar de lo dolorosa que pudiese resultar la lejanía de la amada y las dudas que roían su corazón, había traído sin embargo cierta paz a su cabeza. Recaredo nunca lo sabría de su boca, pero al haberle hecho notar la presencia de aquel querubín godo a orillas del Tagus, había despejado, como un manotazo espanta los moscones, todas las incertidumbres respecto a su primo. En nada había variado el afecto que le tenía, sino que, muy al contrario, ahora era una estima libre de sospechas. Porque seguía siendo feliz a su lado, y la disposición a ofrecer su vida por él si fuera preciso era, si cabe, más intensa y sincera que entonces. Otra cosa era compartir su carne como hacían los antiguos griegos con sus amantes, pues la idea de una relación tan íntima con él no le excitaba en absoluto, menos después de haber contemplado en su plenitud la figura de Hilde. Así que, sin quererlo, sin sospecharlo siquiera, con su directa incitación a la lujuria, su primo había hecho por él más que todas las reflexiones o lecturas que en los últimos tiempos le habían sorbido el seso.

Con este ánimo dividido entre sus obligaciones militares y el deseo de volver a ver a la protagonista de sus sueños y vigilias, recorrió el monótono camino que condujo el ejército de Leovigildo al encuentro de las tropas mandadas por Claudius, a las que se habían unido no sólo las de la propia Emérita, sino las de varias ciudades más de la ahora leal Lusitania. A lo largo de tres días, el magnífico puente sobre el Anas presenció el trasiego de hombres, cabalgaduras, pertrechos y reses en un desfile hacia el sur que dejó pasmados de asombro a los emeritenses y creó en las calles de la ciudad tal desconcierto que, a pesar del orden impuesto para evitar el caos, paralizó toda actividad que no estuviera relacionada con la expedición.

Una vez cruzado el puente, poco más de cien millas les separaban de Hispalis, una semana de marcha teniendo en cuenta que la proximidad del territorio enemigo obligaba a tomar precauciones y el paso se haría más lento del que habían mantenido hasta llegar a la capital lusitana. Leovigildo envió dos columnas de caballería para proteger los flancos, aunque, a medida que pasaban los días, todo confirmaba que las

fuerzas de Hermenegildo se mantenían a la defensiva tras los muros de la capital bética. Así, la pacífica y despreocupada actividad en las aldeas y pequeñas ciudades que iban hallando a su paso en nada se distinguía de las que habían dejado atrás, y las magras guarniciones que pudieron encontrarse se sumaban de inmediato, y sin combatir, a los intereses de los recién llegados apenas tenían a la vista la vanguardia de las fuerzas reales.

Pero lo que parecía iba a ser un trayecto calmo y sin obstáculos hasta las mismas puertas de Hispalis se convirtió de repente en espinosa maleza cuando estaban cerca de su objetivo, con las solemnes aguas del Betis a la vista. En su ribera derecha, y como un enorme guijarro que apareciera en medio del camino, se alzaba Italica, una ciudad de formidables fortificaciones. Los más viejos o sabidos enseguida hicieron públicas sus conjeturas sobre la resistencia de aquelia plaza fundada casi ochocientos años antes por el Escipión que llamaban Africano, el mítico general que venció a Aníbal.

—Ni aníbales ni escipiones —alardeaban los más optimistas—. Tres horas nos aguantará.

—Se acabó el paseo —sentenció, por el contrario, Claudius—. Aquí empieza la sangre.

Leovigildo envió legados a la ciudad antes de tomar cualquier otra decisión, aunque su olfato le decía, como al jefe de su ejército, que tendrían que combatir, y de inmediato despachó a las fuerzas auxiliares disponibles en busca de madera. Poco hubo de esperar la respuesta, pues los emisarios fueron recibidos a saetazos y regresaron a toda prisa sin haber podido decir palabra, así que a media tarde de aquel día de septiembre quedó acantonado el ejército real frente a los muros de Italica.

En la asamblea de nobles previa a la batalla se discutió la conveniencia de asaltar la plaza, o bien someterla a asedio con parte de las tropas mientras que el grueso del ejército se dirigía directamente a Hispalis rodeando las colinas sobre las que se alzaba aquel inconveniente. El rey no estaba dispuesto a dividir sus fuerzas, menos a dejar parte de ellas dedicadas al asedio de una guarnición cuya entereza ignoraban. Una salida inesperada de los defensores, si éstos eran suficientemente numerosos y atrevidos, podía provocar un desastre en la retaguardia y cortar la seguridad de sus líneas de abastecimiento. Por otra parte, Italica controlaba parte del tráfico fluvial al norte de Hispalis, uno de los principales medios de avituallamiento desde la rebelde Corduba, así que lo más aconsejable, aunque eso retrasase los planes respecto a la capital bética, era tomar la ciudad con el menor número posible de bajas y no dejar enemigos a la espalda.

A lo largo de los días siguientes, y para evitar cualquier sorpresa, el campamento fue protegido por empalizadas y taludes de tierra. Leovigildo dividió sus tropas en dos cuerpos, uno dispuesto frente a las puertas de la dudad y otro ante las murallas de las colinas, y los auxiliares trabajaron día y noche para dotar a ambos de las correspondientes máquinas de guerra. Entretanto, y como de costumbre, algunos

campeones desafiaron a los asediados con gritos insultantes, lo que provocó varios combates singulares que se saldaron en su mayoría a favor de los hombres del rey. Berulfo, naturalmente, fue de los primeros retadores, y combatió como siempre, como si una locura febril se apoderase de él frente al rival.

Cuando estuvieron dispuestas, las catapultas comenzaron a golpear la ciudad, bien con rocas, que se dirigían directamente contra los muros, bien con llameantes bolas de yesca impregnadas de aceite y pez lanzadas más allá de las defensas, contra las calles y edificios que hubiera al alcance. El castigo duró un día entero, sin descanso, y aún tras ponerse el sol, los proyectiles de fuego siguieron turbando el duermevela de los defensores hasta bien avanzada la noche, que delató la pujanza de varios incendios en el interior de la plaza.

Al amanecer del siguiente día se reanudó el ataque de catapultas desde las colinas, mientras que las que amenazaban la fachada principal descansaron para no perjudicar el avance de los arietes y de varios bastidores. Estos últimos, ingenios construidos bajo la directa supervisión de Claudius, contaban con sólidas protecciones de madera y cuero húmedo que permitían el acercamiento a los muros de una docena de hombres encargados de socavarlos y de acarrear hasta allí leña suficiente como para que el fuego y el calor ablandasen cimientos y argamasa.

—¿Cuánta gente vivirá ahí dentro? —preguntó Leovigildo sin quitar ojo al despliegue de sus tropas—. ¿Dos mil, tres mil almas?

—Ahora no lo sé —apuntó Claudius—, pero es la cuna de los emperadores Trajano y Adriano, y en tiempos fue una población tan numerosa que superaba a la de Hispalis. Si es cierto lo que cuentan sobre su anfiteatro, puede cobijar a todo nuestro ejército.

—Ya conozco esas leyendas del pasado. No más de cuatro mil —decidió el rey—. Un guerrero por cada diez habitantes hacen…

—Cuatrocientos —repuso de inmediato Wilya.

—Buen cálculo, sobrino. Cuatrocientos hombres, y creo que soy generoso.

—Puede que Hermenegildo haya reforzado la guarnición al saber de nuestra llegada —puntualizó Chindasvinto, y Recaredo suscribió la frase.

—Si no ha dado la cara hasta ahora es porque guarda todas su; fuerzas junto a él. Enseguida lo veremos.

Las máquinas de asedio alcanzaron las defensas bajo una lluvia de flechas, y las piedras lanzadas desde las alturas desportillaron el ariete que atacaba la puerta provocando la huida de sus ocupantes, que corrieron a refugiarse bajo la protección del más próximo. A pesar de las dificultades, los ingenios de guerra, distribuidos a lo largo de la muralla a considerable distancia los unos de los otros, parecían operar con cierta soltura, ya que la respuesta de los defensores se concentraba en tres o cuatro de ellos, especialmente en los arietes, que se cebaban en las zonas más vulnerables tras el castigo de las catapultas.

—No dan abasto —dictó el rey—. Doscientos y ni uno más. Preparad el asalto.

Sólo quiero bajas entre los combatientes, que se respete a la población y nada de saqueos.

Antes del mediodía, varias hogueras lamían los cimientos de la muralla, y los bastidores iban y venían con nuevas cargas de leña para alimentar el vigor de las piras. La labor de los arietes, tras varias horas de golpeo, comenzaba a traducirse en pequeños derrumbamientos en la parte superior de los muros y la consiguiente retirada de sus defensores hacia posiciones más seguras. De repente se escuchó un prolongado y sordo rumor y, como si hubiese existido un acuerdo previo entre los sillares, el lienzo cedió en tres puntos distintos para convertir la fortificación en una dentadura mellada casi oculta por una gran nube de polvo. En ese momento sonó el cuerno de Leovigildo y su ejército se lanzó en busca del enemigo.

Las apreciaciones del rey sobre la ciudad no eran infundadas. Aparte del extenso perímetro de sus murallas, nada quedaba de aquel viejo esplendor mencionado por el general hispano. Italica parecía una enorme ruina y solamente un cogollo de sus edificios se mantenía en pie, habitado por gentes temerosas que se encerraron en sus casas cuando las fuerzas reales tomaron las calles. Sucedió tan deprisa que Wilya ni siquiera tuvo la oportunidad de combatir, porque cuando quiso llegar a la refriega, las puertas habían sido abiertas por los primeros asaltantes y no había resistencia. La ciudad era ya un lugar castigado por el cielo desde mucho antes de que las catapultas hicieran su trabajo. Una enorme cabeza femenina coronada por una torre, que Claudius atribuyó a la diosa Fortuna, protectora de toda ciudad romana, yacía solitaria y sin cuerpo al que aferrarse en la plaza principal, frente a una basílica que Leovigildo visitó como primer acto de acercamiento a la población reconquistada. Viendo aquello, Wilya pensó en los dioses de los pueblos vencidos, y en la facilidad con que unas divinidades sustituían a otras en el corazón de los hombres según los vaivenes del destino. Ante la paradójica visión de la cabeza decapitada junto al templo, las opiniones de Koenraad adquirían un valor casi tangible, porque allí mismo quedaba demostrado que son los hombres quienes eligen a sus dioses y no al contrario, y que lo más sagrado puede convertirse en despojo según los vaivenes de la voluntad humana.

Otros despojos muy distintos adornaron esa plaza a partir del día siguiente, una vez Leovigildo atendió la demanda de justicia exigida por el obispo local. Varias mujeres habían sido violadas tras el asalto, e incluso alguna fue muerta por resistirse al frenesí de ciertos guerreros que, desobedientes a la orden de respetar a la población, dieron rienda suelta a sus antojos. Como una hilera de pececillos puestos a secar al sol, los prepucios de los responsables fueron clavados en una viga y exhibidos públicamente para ejemplo de propios y extraños, y se obligó a desfilar a las tropas ante el escalofriante mástil alzado frente a la entrada principal de la basílica.

Tras aquella primera y fácil victoria, todos consideraban que la llegada a Hispalis sería cuestión de horas. El rey, no obstante, tenía otros planes. Hizo avanzar a su

ejército río abajo a la distancia de una milla de la ciudad que acababan de tomar, hasta una gran loma desde la que se dominaban el curso del Betis y la calzada que conducía a la capital de Hermenegildo, y ordenó acampar allí con todo tipo de precauciones defensivas. Cuando estuvo dispuesto el reducto, envió sendas columnas a las órdenes de Claudius y Recaredo para que batiesen las tierras aledañas en previsión de posibles guarniciones enemigas que pudieran sorprender la futura marcha. Y una vez cumplida; estas disposiciones, dedicó a todos sus auxiliares y un tercio de los guerreros, en rigurosos turnos, a restaurar las dañadas murallas de Italica.

Esa incomprensible espera por las cautelas de Leovigildo parecía exagerada a la mayoría, y al propio Wilya que, excluido a su pesar de las expediciones, veía pasar los días sin más entretenimiento que la supervisión de las obras mientras aguardaba impaciente noticias de otros, pues tanto Berulfo como Chindasvinto, y el mismo Witerico, habían acompañado a Recaredo. Tan prolongada inactividad dejaba demasiado tiempo libre y su pensamiento viajaba a menudo hasta Toletum para imaginarse a Hilde, así que buscaba cualquier tipo de obligación suplementaria para ahogar en lo posible la intensa añoranza que le provocaba su lejanía.

Cierta noche, tras una de aquellas insípidas jornadas, Leovigildo le hizo llamar para que acudiese a su pabellón. Salvo las asambleas con sus gardingos, no era frecuente que su tío se dedicase tras la cena a otra cosa que el descanso, y raramente participaba en las reuniones que a menudo congregaban a nobles y tropa en torno a las hogueras para dedicarse al juego o al intercambio de opiniones más o menos subidas de tono. Ya había pasado incluso el tiempo permitido para estas expansiones y en el campamento reinaba un imperativo silencio, de modo que esa llamada en horas tan tardías le hizo temer algún percance o indisposición del rey y acudió más que inquieto a la convocatoria. Los temores desaparecieron, no obstante, en cuanto la guardia le franqueó la entrada, porque Leovigildo, lejos de mostrar síntomas de ningún mal, acudió a recibirle con un par de cálices de vino y mandó a descansar a los sirvientes.

—Hay nuevo emperador en Constantinopolis —dijo el rey—. Tiberio murió en agosto, dicen que envenenado, y ahora un tal Mauricio ocupa su trono.

Wilya contestó con un mohín de indiferencia. Aparte de que había sido un afamado jefe militar antes de conseguir la máxima autoridad imperial, poco le decía el nombre de Tiberio, y mucho menos el de su sucesor. Su tío tampoco hizo más comentarios al respecto y le entregó una moneda, limpia y reluciente.

—¿Qué te parece? Acaba de salir de la ceca.

A la luz de los hachones no era fácil distinguir su leyenda, pero se asemejaba demasiado a la que año y medio antes había hecho acuñar tras la victoria en Roda como para no entenderla.

—Con la ayuda de Dios tomó Italica —leyó al fin.

El rey asintió con la cabeza sin ocultar una mueca de desdén.

—Ridículo, ¿no crees?

—Es una bella pieza, muy bien trabajada —argumentó él, perplejo tanto por el gesto como por la valoración de su tío.

—La inscripción. —Leovigildo bebió un largo trago—. De tan blasfema resulta ridícula. Pero si mi hijo se arroga ante el pueblo la bendición de Dios para justificar la vileza de sus actos, mayor derecho tengo yo, que defiendo la legalidad.

—El rey tiene derecho a todo eso, sí.

—Estoy deseando que acabe esta maldita guerra. Por muchos motivos, pero uno de ellos es precisamente éste. En cuanto todo termine, el nombre de Dios desaparecerá para siempre de las monedas. ¿No crees que es indigno mezclar su santo nombre en estos asuntos?

—Yo de religión, tío, no sé más allá de lo que heredé de mi padre.

—Tu padre, claro. Luego hablaremos de mi querido hermano. Pues digo yo que buena es la religión cuando nos hace mejores, pero si se convierte en un obstáculo para el convivir de las gentes, debe ser revisada. Es mi obligación que en el reino de los godos arraigue la concordia, y si para eso es preciso cambiar ciertas cosas, debo hacerlo.

—Si buscas mi parecer, creo que es una postura ponderada e inteligente, aunque los trinitarios no parecen dispuestos a ningún acuerdo.

—Son estatuas. Si quieres acercarte a ellos, la única forma es que tú des los pasos que os distancian, porque jamás se moverán. Ya viste al terco de Masona.

El rey apuró su copa de un trago antes de proseguir. No había signos de cólera en sus palabras, pero sin duda tenía necesidad de vaciar de dilemas su interior, o si éstos no existían, porque su determinación parecía firme, sí al menos de compartir pensamientos que le mordisqueaban el alma. Wilya agradeció por primera vez haberse quedado allí y ser el único amigo o pariente digno de confianza que Leovigildo tenía a mano para desahogarse.

—Pero no te engañes, sobrino. A menudo, la religión sólo es un pretexto. Si rascas un poco sobre la débil superficie de los argumentos, enseguida aparecen los intereses. ¿Acaso crees que el Imperio sería más benévolo con nosotros si fuésemos trinitarios?

—Ambos rezamos al mismo Dios Padre.

—Y qué importan esos pequeños detalles. Ya lo vimos en Septe hace treinta años. Nuestras tropas, que tenían sitiada y casi rendida la ciudad, respetaron el descanso dominical para no profanar el día santo con la guerra, y ellos aprovecharon para atacarnos por tierra y por mar hasta aniquilar nuestro ejército. Nosotros oramos y ellos combatieron, pero ¿quién se acuerda ya de los vergonzosos orígenes de su victoria? Lo que cuenta es que Septe pertenece al Imperio, y desde ella domina las Columnas de Hércules y la navegación entre el mar interior y el océano.

—Nunca he oído hablar de esos hechos.

—Porque sonroja recordarlos, Wilya. No, un rey debe adiestrar a su ejército para

el combate y a sus condes para la justicia, y no para los rezos, que de eso ya se encargan los obispos. Creer en lo que se quiera y predicarlo no hace mal a nadie, pero todos han de ser iguales ante la ley, y ésta es la que gobierna sobre unos y otros. Emplear el nombre de Dios como escudo del provecho propio es un acto sacrílego.

Dicho esto, Leovigildo tomó un manto y le invitó a pasear con él al aire libre. La cerrazón de la noche dejaba ver entre nubes veloces una luna tan menguante que a punto estaba de expirar, y las vigorosas hogueras se habían convertido ya en brasas ocultas bajo montones de ceniza que un viento leve y racheado agitaba a su antojo. A solas, sin la compañía de la guardia y bajo el ulular de invisibles autillos, caminaron un rato entre las sombras antes de que el rey se decidiese a quebrar aquel silencio imponente.

—No te he llamado para aburrirte con mis discursos sobre el nombre de Dios —dijo—. Aunque mi obligación es participar en ellos, nunca me han interesado los debates clericales. Prefiero hablar de los hombres, de seres de carne y hueso, como tu padre.

Él escuchaba en respetuoso mutismo, acompasando sus pasos a los de su tío, más cortos y pausados que los suyos.

—A mi hermano debo buena parte de lo que soy. De haber vivido más años, habría sido un gran rey.

Aquellas palabras sobre su padre y la sinceridad que parecía envolverlas colmaron de orgullo a Wilya, que respondió con parecida franqueza.

—Tú eres un gran rey, tío. El mejor rey que ha tenido nuestra nación.

Leovigildo soltó una carcajada contenida.

—No me lisonjees, Wilya, y menos con mentiras. Ofendes a Alarico, a Eurico y a tantos otros antepasados.

—El mejor desde que estamos en Hispania —matizó, aunque firme en su criterio —. Yo no he conocido a otros, pero eso se dice.

—Se dicen tantas cosas… Tiempo tendrás para juzgarme, pero yo sí que he conocido a otros, y si hablo así de tu padre, le hago justicia. Sólo un gran monarca pone la ley por delante de sus deseos.

—¿Te refieres a mi madre?

—A ellos dos me refiero. Sí, ya sé que algunos, incluso algún rey, como el ostrogodo Theudis, violaron la ley y tomaron esposa romana, pero tu padre consideraba que si el primero de los godos no daba ejemplo de cumplimiento no podía exigírselo a su pueblo. Hay que ser muy ecuánime para actuar así. Por eso, y porque amaba a tu madre sobre todas las cosas, prefirió renunciar al matrimonio y vivir en concubinato.

—Siempre me pareció una ley injusta.

—Razón suficiente para reformarla, y es lo que me dispongo a hacer. Dentro de poco, la inmerecida situación que vivieron tus padres no volverá a repetirse en el reino de los godos, porque no habrá trabas para elegir esposa entre las mujeres libres.

Wilya recibió con una exclamación de alegría la noticia. Aunque ya no fuese un consuelo para él, por mucho que sus padres no pudieran resucitar para ejercer aquella libertad que asomaba en el horizonte, significaba un acto de justicia que al menos venía a limpiar una arbitraria mancha, que daba la razón y concedía la victoria a un amor tan sincero y obstinado como el que le había traído a la vida.

—Los trinitarios no lo aceptarán —refunfuñó, a pesar de todo.

—Las leyes no deben estar dictadas por la fe, y así será mientras yo sea rey. Las leyes son como los hombres, alegres y prometedoras cuando nacen y pujantes en su madurez, pero van perdiendo fuerza y poder con el paso del tiempo. Lo más sensato es cambiarlas antes que empeñarse en devolverles una fuerza perdida e irrecuperable por su ancianidad. Mi sueño…

Calló Leovigildo y de inmediato detuvo el paso. Ante ellos se hallaba una sombra inmóvil, un centinela acurrucado al pie de un olivo que ni siquiera les dio el alto. Se aproximaron a él hasta comprobar que dormía profundamente envuelto en su capa de lana parda. Wilya, furioso por la indisciplina, quiso darle un buen susto como primer escarmiento, pero el rey frenó sus intenciones y avanzó hasta llegar a la altura del guerrero sin que éste moviera un sólo músculo. Con habilidad y suficiente delicadeza para no despertarlo, se apoderó de su lanza y, sin palabras, instó a su sobrino a que le siguiera. Caminaron hasta la tienda del centenario responsable de aquella zona y el rey reclamó enérgicamente su presencia desde la entrada. Casi desnudo, y sin saber muy bien si estaba soñando o si lo que vivía era cierto, el oficial salió a la intemperie para tartamudear unas palabras de respeto cuando la penumbra le permitió distinguir el rostro de quien tenía delante.

—Toma esta lanza —dijo el rey con frialdad, sin permitirse la mínima inflexión de cólera— y sustituye ahora mismo por lo que resta de guardia a aquel centinela que duerme. Mándale a descansar, y mañana, cuando amanezca, haz que reciba media docena de azotes públicos.

El centenario asintió azorado y se dispuso a regresar al interior para terminar de vestirse, pero el monarca fue categórico.

—He dicho ahora mismo.

No se quedaron a comprobar las consecuencias de la orden. Leovigildo prosiguió el paseo como si nada hubiese ocurrido mientras aquel hombre corría descalzo, casi de puntillas para no herirse los pies, hacia el lugar que le había sido indicado.

—Este es el momento más débil de un ejército —precisó el rey, en tanto Wilya contemplaba de reojo las torpes evoluciones del oficial—. Sobre todo las dos o tres horas previas al amanecer, cuando el sueño es más profundo. Así tomé Corduba y Asidona años atrás, mientras sus defensores soñaban.

—De eso ibas a hablarme, de un sueño.

—Sí, pero de otro tipo, porque el mío es un sueño de vigilia. —Leovigildo se sentó para observar en silencio las oscuras aguas del río, en cuya superficie, como minúsculas estrellas danzarinas, titilaban a veces los reflejos de la blanca uña que

asomaba entre las nubes—. Pero antes, acércate a tu tienda a por un manto, no te vayas a enfriar, y consigue un buen jarro de vino.

Las primeras luces del alba les sorprendieron de tertulia mientras las siluetas del campamento empezaban a definirse como líneas y texturas grisáceas entre la húmeda bruma que ascendía del Betis. A pesar de tantas horas sin dormir, Wilya se sentía fresco y cómodo, y aunque le hubiese agobiado la fatiga nunca se habría permitido un bostezo que quebrase la oportunidad de hablar tan largamente con su tío, de escuchar sus sinceras y jugosas confidencias. Tampoco en Leovigildo había rastros de cansancio por las horas transcurridas sin reposo; bien al contrario, ayudado quizá por el fecundo espíritu del vino, disfrutaba del relente bajo su manto, y la locuacidad parecía haberle rejuvenecido. Entre otras muchas consideraciones sobre la vida y sus necesarias penas y alegrías, el rey le había hablado de su sueño, de aquel sueño de vigilia.

—Son dos sueños, en realidad —puntualizó tras estrenar con un buen trago el jarro que Wilya había obtenido en el propio pabellón real—. El primero fue cimentar un territorio, y lo cumplí combatiendo. El segundo no necesita de la espada, sino de la ley, y no es otro que derribar los muros que impiden la fusión de nuestra sangre con la de los hispanos y los galos de la Narbonense, y fraguar así una nación sólida y unida bajo un código común.

Wilya había elogiado sinceramente ese deseo del rey, un proyecto que arrinconaría, por obsoletas, muchas de las leyes que el viejo Eurico les dio a los godos cuando aún habitaban en las Galias bajo la tutela imperial. Al fin y al cabo, eso precisamente era él, una mixtura de sangres, una especie de profecía hecha carne de ese proyecto que su tío expresaba con clarividente convicción.

—Te aseguro que si alguna contrariedad me ha causado la actitud de Hermenegildo, aparte del dolor que siento como padre, es que se ha rebelado contra ese sueño cuando todo era propicio para hacerlo cierto.

—No hay por qué renunciar a los sueños a causa de una guerra. —Y al decir esto, Wilya hablaba más de sí mismo, pensando en Hilde, que de los afanes de Leovigildo.

—La guerra civil deja heridas demasiado profundas, y son precisos muchos años para que cicatricen. Tu padre y yo recibimos como herencia una ruina que Atanagildo en sus muchos años de reinado siquiera pudo mitigar. Un reino débil y hostigado en todas sus fronteras, ingobernable.

—¿Por qué fue aquella guerra?

—Porque a veces los sueños, en vez de cumplirse, se vuelven pesadillas. Nuestro sueño entonces era Agila, el primer rey de sangre visigoda desde Alarico el Joven después de años gobernados por ostrogodos. Había muchas esperanzas depositadas en él, pero se portó como un asno. A pesar de los consejos, acosó sin necesidad a los obispos trinitarios y, por si fuera poco, se presentó en Corduba para convertir el templo de su mártir más venerado en caballerizas para el ejército. Provocó una guerra sin sentido.

—Y Atanagildo se rebeló.

—Y con él muchos de nosotros. Sí, no me mires con esa cara, él también fue un usurpador, como lo es Hermenegildo, y yo le apoyé. No nos podíamos permitir un rey cuyo máximo placer era el conflicto.

Wilya evitó entrar en comparaciones. Desde luego, no tenía criterio suficiente como para hablar de cosas que no había vivido y que conocía por testimonios ajenos o comentarios de segunda o tercera boca. Sólo se atrevía a hablar del presente, y el acto de Hermenegildo le parecía indigno. Quizá también lo había sido el de Atanagildo, y el de su propio tío, pero no se atrevía a juzgar hechos tan lejanos.

Por un momento se le pasó por la cabeza la idea de que si Leovigildo figuraba entre los que apoyaron la rebelión, es posible que su querido padre hubiera estado en las mismas filas. Pero no, tampoco era nadie para juzgarlo a él desde tan lejos, así que prefirió no seguir por esa senda y cambiar de tema:

—Dicen que Atanagildo llamó a los imperiales en su ayuda, y que por eso nos quitaron las plazas que ahora dominan en la costa del sureste.

—Eso es un infundio. —Leovigildo había reaccionado con vehemencia—. Una patraña que hicieron correr los partidarios de Agila y que los trinitarios todavía se encargan de alimentar. Si lo sabré yo. Fue Agila quien pidió ayuda, y eso le costó la vida cuando sus últimos leales supieron la verdad. Los hechos y la lógica lo demuestran.

—Perdona, tío, pero no veo la lógica que dices ni sé a qué hechos te refieres.

—A ver, primero los hechos. Cuando los imperiales, aprovechándose de nuestra guerra civil, tomaron Carthagine, muchas familias abandonaron la ciudad huyendo de los invasores para buscar refugio en tierras amigas. No pocos llegaron a Hispalis con su prole a cuestas, entre ellos los padres de su metropolitano, ese Leander que ha emponzoñado la cabeza de Hermenegildo.

—Lo sé. En Agali conocí a Isidorus, el menor de la familia, que me contó su éxodo.

—Pues a todos ellos acogió Atanagildo y les procuró sustento, porque entonces Hispalis era nuestra capital. Si aquella gente que huyó era enemiga de los invasores y al tiempo simpatizaba con Atanagildo, es evidente que no podía existir tal alianza, sino que éste era también enemigo de los imperiales.

—Sí que parece sensata esa conclusión. ¿Y la lógica?

—La lógica, querido sobrino, es la que ofrece la experiencia. El Imperio sigue considerando a todo rey de sus viejos territorios como fiel súbdito suyo, así que el emperador Justiniano jamás se pondría de parte de un rebelde contra un rey legítimo. Por el contrario, auxiliaría con gusto a éste contra sus enemigos.

—¿También a nosotros nos tienen por súbditos?

—Ya se van dando cuenta de que con nosotros no les valen sus aires de grandeza —rió Leovigildo—, pero Justiniano era muy testarudo.

—Ése murió antes de nacer yo. Según Galmerico, se casó con una prostituta.

—Y cosas peores hizo, como masacrar a treinta mil de sus súbditos descontentos tras citarlos con engaños en el hipódromo de Constantinopolis, pero permíteme que siga explicándote por qué la lógica de la experiencia demuestra que nunca ayudó a Atanagildo, sino a Agila. Y echa un trago, que lo voy a acabar yo solo.

Wilya guardó silencio y se llevó el jarro a la boca. No era muy aficionado a la bebida, pero compartir el vino con el rey resultaba un honor, y amenizaba la imprevista velada.

—Te decía —prosiguió Leovigildo— que Justiniano jamás apoyó a un usurpador frente al rey legítimo, pero sí al revés. Cuando los nobles vándalos depusieron a Hilderico, hace de esto más de cincuenta años, Justiniano mandó sus tropas a África, venció a los rebeldes, acabó con el reino y se quedó con sus tierras. Algo parecido sucedió diez años después, cuando el ostrogodo Teodato asesinó a la hija de Teodorico para hacerse rey. Justiniano envió sus tropas a Italia, venció al usurpador y borró de la faz de la tierra el reino de nuestros hermanos para quedárselo en propiedad.

Ya había escuchado Wilya sobre aquel último desenlace, aunque sin excesivos detalles, en la dolidas palabras de Koenraad, pero su interés en aquel momento no estaba en las desgracias del pueblo ostrogodo, sino en conocer de primera mano los entresijos de la historia reciente y las conspiraciones y avatares que finalmente habían llevado a su padre y a su tío al trono visigodo.

—Y eso mismo quiso hacer aquí.

—Así es: enviar sus tropas, vencer al rebelde Atanagildo y quedarse, desde luego. Pero no se lo permitimos. De haber sucedido todo según sus planes, quizá tampoco habría sobrevivido Agila, pues Justiniano prefería gobernar directamente antes que dejar sus asuntos en otras manos.

—¿Crees que le habrían asesinado?

—Que lo habrían intentado, seguro. Una cosa es que apoyen a los reyes legales y otra muy distinta que respeten sus vidas.

—No sé por qué, pero me parece que sospechas que esas rebeliones entre vándalos y ostrogodos fueron incitadas precisamente por Justiniano para tener la excusa necesaria.

—Muy perspicaz, Wilya, da gusto charlar contigo. —Leovigildo refrendó su cumplido con una carcajada—. Y nunca olvides este consejo: líbrate de los imperiales si quieres conservar el cuello sobre los hombros.

—No le conocí, pero me alegro de que Atanagildo sea inocente de esa acusación, sobre todo por Goswinta.

—Gracias en su nombre. Y sí que es inocente, a pesar de tanta maledicencia. Hay quienes dicen incluso que firmó en vitela ese infame pacto. Hablé mucho con él sobre este asunto, y es cierto que suscribió un acuerdo con ellos una vez se consolidó en el trono, un documento que garantizaba la integridad de nuestro territorio y el compromiso de los imperiales de respetar las fronteras. Pero yo, como nunca lo he

visto, no he tenido ningún empacho en arrebatar a los invasores cuanto he podido.

Wilya había reído con ganas la ocurrencia de su tío.

—Si queda como una confidencia entre tú y yo —agregó el rey—, creo que ambos, Agila y Atanagildo, negociaron con los imperiales una vez fuimos invadidos. Éstos siempre juegan con ventaja. Mientras no lo ven claro llenan sus arcas a costa de los rivales y mantienen sus culos a salvo de unos y de otros. Por eso sé que jamás arriesgarán por Hermenegildo una gota de su sangre ni un palmo del territorio usurpado.

—¿Y si esta vez deciden contra su costumbre? Quizá ese nuevo emperador piense de forma distinta.

—Nunca irán contra el rey legítimo, que soy yo, y he pagado a su prefecto en Spania la misma cantidad que le pagó Hermenegildo. Su oro es para que expongan la vida, el mío para que se rasquen la barriga, así que tienen fácil la elección. De intervenir, que lo dudo, sólo lo harán cuando la guerra esté decantada, naturalmente a favor de los vencedores. Y ésos somos nosotros.

Ahora, con el amanecer, y en tanto el campamento comenzaba a desperezarse, aquella seguridad de su tío había dejado paso a unos instantes de reflexión, y su sagaz mirada se paseaba lánguida por las aguas y por el escarchado terciopelo verde de las riberas.

—Un rey no nace de la sangre —musitó de repente, como si hablase consigo mismo—, sino de la ley, y se forja en el valor y en la firmeza que muestre ante la contrariedad. Mi hijo debería saberlo tan bien como yo. Pero ese obispo, Leander, que negoció por él en Constantinopolis la ayuda de los imperiales, no le ha explicado bien ciertas cosas.

No se atrevió a romper con un comentario la recogida meditación de Leovigildo, pero éste dejó de lado sus cavilaciones para sorprenderle con una pregunta:

—¿Qué se dice entre la tropa de nuestra espera?

—Andan nerviosos —admitió Wilya—, y algo desconcertados por tanta cautela. Todos pensábamos que a estas alturas ya estaríamos en Hispalis.

—He venido hasta aquí para vencer, no para regresar a Toletum con el rabo entre las piernas.

—Nuestro ejército es demasiado poderoso para ser derrotado.

—Y nos sobra arrojo, es cierto, aunque no nos vendría mal un poco de aquella disciplina en combate que mostraban los viejos romanos.

—A pesar de todo, somos más y mejores que el enemigo.

—Nunca confíes en el número, ni cuando llevas ventaja ni si la tiene el rival. Para llegar allí hay que atravesar un puente, dominado no sólo por Hispalis sino también desde Osset, una ciudad muy fortificada en esta misma orilla, un poco más al sur del propio puente. No podemos arriesgarnos a ese peligroso cruce antes de haber limpiado el polvo a nuestras espaldas. Entretanto, aquí estamos bien defendidos.

—¿Nos apostaremos en Italica cuando acaben las obras?

—Deja a esas pobres gentes vivir tranquilas, que bastante susto llevan encima. Hago trabajar a los hombres en sus murallas para que se mantengan activos, pero no me interesa para nada ese reducto.

Wilya se sintió decepcionado al saber que su trabajo de supervisión era un esfuerzo inútil, pero enseguida cambió de parecer, porque si aquel cometido servía para tener entretenida a una tropa que en caso contrario podría resultar incontrolable, para él era una tarea que al menos le permitía olvidar, siquiera a ratos, esa quemazón que el recuerdo de Hilde le provocaba en cada momento de ocio.

—Paciencia, sobrino. La guerra exige rapidez de acción en ocasiones y calma en otras. Estrecharemos el cerco poco a poco. Antes de llegar a Hispalis quizá convenga tomarles Osset por el sur e intentar un bloqueo del río millas arriba; nada fácil, por cierto, pues dominar una orilla del Betis no sirve de nada. Es tan ancho que veríamos pasar delante de nuestras narices las barcazas que llegan desde Corduba sin poder alcanzarlas. O tienes sus dos orillas o el Betis se te escapa.

—¿No hay otra forma de acercarse a la ciudad?

—Podíamos haber dado un rodeo en lugar de venir directamente, cruzando el Anas por Metellinum, pero para pasar el Betis y atacar Hispalis desde la parte opuesta primero hay que tomar Ilipa y dejar Corduba a nuestras espaldas, lo que daría a Hermenegildo demasiadas ventajas.

—Si cruzamos el río por aquí llegaríamos a sus muros sin el riesgo de ese puente que dices.

—No serviría de mucho, porque otra corriente de agua espera más adelante. —Leovigildo trazó un dibujo en la arena con su daga al tiempo que le traducía su significado—: El Betis se divide por aquí, unas millas arriba, y ese brazo, aunque mucho más estrecho que éste, protege la ciudad antes de regresar de nuevo a su caudal. Y no hay puentes, de modo que quedaríamos en medio de una gran isla; con la ciudad a la vista, sí, pero sin posibilidad alguna de movimiento.

Todavía ofreció Wilya un par de ideas más, pero el rey, que conocía bien el territorio desde los tiempos de la anterior guerra civil, desestimaba todas sus sugerencias antes de que hubiese terminado de exponerlas.

—No, sobrino, no podemos arriesgarnos a pasar el ejército al otro lado. No hay suficientes botes. Necesitaríamos un pontón de barcas para llevar las tropas al pie de la muralla, y construirlo significa ser atacados sin la necesaria protección. Paciencia y poco a poco.

—El río es su mejor muralla.

—El Betis es su alimento, su pulso; con él apagan su sed, a través de él reciben la vida, tanto por el norte como por el sur, pues hasta Hispalis llegan las grandes naves desde el océano sin dificultades. Ya verás sus muelles, algo más abajo del maldito puente.

—El segundo brazo es el problema —musitó Wilya ante la evidencia, aunque de inmediato se imaginó el río como un ser dotado de esos apéndices humanos, y pensó

en sí mismo tiempo atrás, con su brazo izquierdo tan inútil—. Si al menos fuera tullido…

—¿Qué has dicho?

—Nada, imaginé al Betis como un hombre con sus dos brazos. Y lo bien que nos vendría que el que protege la ciudad fuera como un sarmiento reseco, porque se acabarían las dificultades para nosotros y las ventajas para ellos. Un pensamiento ingenuo, una simpleza.

—¿Simpleza? —Leovigildo se incorporó de un salto—. Bendita sea tu ingenuidad, Wilya.

Su tío parecía eufórico mirando a la lejanía, más allá del río. Y no era el vino lo que le hacía mostrarse así, pues media jarra no significaba nada para un consumado bebedor como él; ni siquiera podía culparse a las horas de vigilia y la falta de descanso que suelen alterar la conciencia de las cosas, sino que hacía gala de una vitalidad y un optimismo desusados, como si hubiese visto al mismísimo Jesucristo descender de su Gloria para ir a saludarle. De repente, emprendió unos pasos de baile que sorprendieron no sólo a Wilya, sino a los hombres que ya habían iniciado el ajetreo del día y contemplaban divertidos la envidiable moral de su rey.

LIBRO III

(582-585)

Nueve noches colgué, herido de lanza, del árbol que azotan los vientos,
(…)
Del árbol colgué, de ese cuyas raíces nadie sabe dónde nacen.

HÁVAMÁL 138

En el corazón de los Campos Góticos los cereales asomaban de las entrañas de la tierra como glaucas y pacíficas lanzas, y la vista se perdía en un horizonte donde el verdor se entremezclaba cada atardecer con colores ocres y violáceos. La llanura hacía más llevadera la marcha, pero ni siquiera el abandono de las empinadas comarcas del noroeste y la colosal insignificancia humana que inspiraban tan vastas y hermosas planicies contribuyó a mudar su carácter áspero y su actitud ensimismada. Muy al contrario, a medida que se aproximaban al final de su viaje, el gravoso poder de los recuerdos se imponía en él con mayor pujanza que cualquier otro sentimiento o interés.

Del mismo modo que los sueños forjan a los seres humanos, reflexionaba ante la infinita campiña, la vida era una insaciable quimera, pues la máxima ambición de quien camina sobre dos pies es torcer los designios de la naturaleza y la voluntad de cuantos hombres tenga a la vista. Y junto a esa codicia, y ligada a ella como la sombra es inseparable del objeto que la provoca, anida siempre un escondido anhelo de eternidad, la ridícula esperanza de que al menos las obras permanezcan para siempre en la memoria de quienes han de venir detrás.

Por él habían pasado ya treinta y dos inviernos, edad en que cualquiera podría considerarse maduro una vez rebasada la mitad de una larga existencia, pero hacía mucho tiempo que se sabía viejo, tan viejo que sus sueños y ambiciones se limitaban a seguir vivo, y sin saber muy bien el porqué de semejante instinto.

Al contemplar el insulso jugueteo de los novicios, obstinados en llamar a todas horas su atención, se preguntaba qué les habría llevado a vestir los hábitos, si la fe en un dios trino que en su día guió los pasos de Nantila o más bien el hambre y la necesidad. Enlazados cada dos por tres como tórtolos en celo, su afición al compañero no sugería aquella honorable y celestial afinidad de los guerreros tebanos, sino un pobre intento de compartir las respectivas soledades a través del frecuente contacto de sus cuerpos. Triste destino les aguardaba si tal era el sueño que dirigía sus maleables espíritus, si pensaban que la piel está hecha para otra cosa que no sea defender la propia soledad del mundo hostil que la rodea.

Tal vez en sus cotidianas oraciones pedían que la vida les condujese dulcemente de la mano hasta cumplir sus anhelos como presbítero, abad, o quizá obispo. Quién sabe si en sus caletres rondaba incluso la ambiciosa idea de llegar a santo para que sus adictos levantaran templos bajo su advocación y se disputasen sus reliquias en los años venideros. San Aberius y San Gainas, dos nuevos nombres para agregar a los ya repletos altares trinitarios. Aunque puede que los juzgara con excesivo rigor y aquella pareja de candorosos neófitos tan sólo rezase por tener a diario un mendrugo de pan que llevarse a la boca y ser amados por quienes ellos amaban. Tal vez fueran de la misma madera que el humildísimo Erga y que, como él, considerasen los honores de este mundo como obstáculos en el breve camino hacia la nada, esa nada que ellos, asidos con arrebato a fábulas orientales, llamaban salvación eterna.

Aun sin conocerlos, estaba seguro de que los sueños de aquellos mozalbetes no eran muy distintos a los sueños los reyes, cumplidos unos, frustrados otros, pero siempre presentes en el devenir de las cosas, en la terca obsesión por hacer de la vida un lugar donde creerse algo más que fantasmas en la niebla.

LA LINDE NEGRA

Italica, otoño de 582

A lo largo del otoño, más de tres mil hombres se esforzaron por llevar adelante los planes de Leovigildo, ese último sueño sobrevenido en las riberas del Betis. Las labores de reconstrucción en las vecinas murallas quedaron prácticamente olvidadas, y toda bestia de carga disponible, todo auxiliar y no pocos guerreros se dedicaron a este menester, al que se sumó un buen número de jóvenes de la propia Italica a cambio de compensaciones monetarias. Como todos los grandes sueños, era una visión difícil de expresar, más aun de ser cumplida, una visión que el rey había revelado a Wilya sin poder refrenar el júbilo que en aquel amanecer se había adueñado de sus pies:

—Si nuestros antepasados desviaron el lecho de un río para dar secreta sepultura al gran Alarico el Viejo, ¿por qué no hacer lo mismo para tomar la ciudad donde se esconde la infamia?

Pocas millas al norte de Italica, en una prolongada curva antes de que el Betis decidiera caprichosamente dividirse en dos, los hombres trabajaban de sol a sol entre el polvo y el lodo con el propósito de atraer su cauce hacia otras tierras y robárselo así a los hispalenses. Entretanto, gracias a las embarcaciones disponibles en el muelle de la ciudad recién conquistada, Leovigildo había enviado otro millar de guerreros al lado opuesto del río, a ese territorio aislado entre los dos brazos, para que se hiciesen fuertes en él, y con el poder de las catapultas castigaran todo intento de navegación por las aguas cercanas a Hispalis, y a sus propias murallas, si es que podían alcanzarlas.

Sin prisas, paso a paso, tal y como tenía decidido el rey, el cerco se había ido estrechando. A las tropas de Claudius y Recaredo les habían bastado varias escaramuzas para tomar algunas pequeñas plazas fieles a Hermenegildo que podían amenazar los planes futuros de acercamiento a la capital bética. Entre Leovigildo y su primogénito sólo quedaban aquel puente y las fuerzas que Osset pudiera esconder tras sus murallas y en la fortaleza que albergaba. Pero de ningún movimiento enemigo daban cuenta los exploradores, así que el campamento principal se había desplazado hacia el sur en busca de posiciones más cercanas al lugar donde el monarca suponía habría de librarse la batalla decisiva.

Al poco de instalarse en su nuevo reducto, una legación se presentó ante Leovigildo, una embajada que, por su aspecto, llegaba desde más allá de las fronteras de la Narbonense y cuya presencia causó una repentina inquietud en Recaredo. Estaba dirigida por un noble llamado Ansovald, que decía hablar por el rey Chilperic de Neustria y que en su nombre colmó de presentes el pabellón real. Era Ansovald un hombre ya maduro, aunque de presencia poderosa, como poderosos y feroces

parecían los guerreros que, junto a un par de silentes clérigos, le acompañaban como séquito. En la recepción que el rey dispensó a los francos junto a sus nobles más allegados, Wilya no pudo apartar de sí la idea de que aquel enviado representaba a un demente que, además de pretender cambiar las letras que todos usaban, según le había explicado Savinus en Agali, llevaba sobre la conciencia incontables y monstruosos crímenes. Aunque mantuvo las formas por respeto a su tío, la presencia de los extranjeros le resultaba incómoda, no tanto porque Ansovald y su gente mostrasen actitudes reprochables, pues la cordialidad de sus modales parecía sincera, sino por lo que significaban. Tampoco contribuyó a tranquilizarle, sino todo lo contrario, conocer el motivo de tan inusual embajada en pleno campo de batalla, lejos de Toletum. Y es que Ansovald era portador de noticias que le habrían colmado de alegría de ser otro el emisario: nada menos que el anuncio de una boda, la de su primo Recaredo con Rigunthis, hija de Chilperic.

Wilya se sorprendió de que nadie presentase objeción alguna a aquella propuesta que llegaba ya bien madura por previas negociaciones de los embajadores de Leovigildo en la corte de Neustria. A nadie parecía importarle el hecho de que su primo emparentase con un asesino, ni siquiera al propio Recaredo, cuyo nerviosismo al ver aquella comitiva se entendía ahora perfectamente, ya que debía de estar bien informado de los planes de su padre. Así que soportó en paciente silencio esa primera y protocolaria entrevista, a la que sin duda seguirían otras más privadas en las que se negociarían los términos del anunciado maridaje, con la idea de exponerle en privado a su primo sus dudas sobre tamaña insensatez. Pero no hubo oportunidad de momento, pues, concluida la audiencia del rey, malas noticias aguardaban en la puerta del pabellón.

El milenario responsable de la guardia les puso al tanto de un grave incidente sucedido en el campamento mientras se celebraba la recepción a los embajadores francos. Berulfo, al parecer, había discutido sin motivo aparente con unos guerreros, y la polémica se había agriado hasta tal punto que dos de aquellos hombres habían acabado heridos, uno de ellos en trance de muerte. Leovigildo ordenó buscar al autor de la carnicería y acudió a interesarse por las víctimas, donde los testigos corroboraron la versión ya conocida y los físicos la imposibilidad de recuperar la vida de un hombre ensartado de parte a parte por una espada.

Nadie halló a Berulfo. Tampoco era un comportamiento del todo extraño por su parte. A menudo pasaban horas sin saber de él, o le descubrían apartado en un olivar próximo, o en la cumbre de una loma como una mota oscura sobre la tierra. Pero aquella noche no volvió, y tampoco estaba en su puesto la mañana siguiente. Leovigildo despachó partidas en su busca, y Wilya se sumó a una de ellas con otros tres guerreros. En una de las aldeas que visitaron se les confirmó que la víspera habían visto a alguien que coincidía con su descripción galopando como si le persiguiera el diablo, y en otra próxima pudieron confirmar parecidos hechos, aunque primero fue visto cabalgando en una dirección y horas después en la contraria, para

desaparecer por donde había venido, sin detener nunca un galope tan furioso que daba miedo verle. Por fin, los labriegos de una villa les dieron fe de que esa misma mañana un jinete de sus características había pasado varias veces por allí, ora por el camino, ora atravesando surcos, siempre a la carrera, hasta desaparecer en un otero acordonado por naranjos que desde allí podía divisarse.

Se dirigieron al naranjal, pero antes de que llegasen a sus inmediaciones apareció entre los árboles la figura de Berulfo. Llegaba andando, tranquilo y desenfadado, como si pasease, hasta que les tuvo enfrente, a dos zancadas. Sólo en ese momento Berulfo pareció darse cuenta de su presencia y, sin variar el ritmo impuesto a sus andares, saludó con un movimiento de cabeza. Wilya le extendió la mano para que montase a la grupa de su caballo y éste aceptó la oferta sin rechistar. Durante el trayecto hasta al campamento ni una palabra salió de la boca de su amigo hasta que él se atrevió a quebrar aquel incómodo y cortante silencio preguntándole dónde había estado.

—Cabalgando. Cabalgando hasta que mi caballo se desplomó sin resuello —respondió Berulfo, y aunque Wilya no podía verle los ojos, sabía por la anómala entonación de su voz que aún no había vuelto, que el ignoto mundo donde hubiese pasado las últimas horas permanecía dentro de él, en algún desconocido y pavoroso pliegue de su alma—. Era una buena bestia. Soportó el galope hasta el final, hasta que la muerte lo agotó. Yo puedo hacer lo mismo.

Leovigildo fue muy severo con Berulfo, aunque la cabeza de éste estaba tan perdida que habría soportado el más cruel de los discursos sin pestañear. El rey decidió enviarle de vuelta a Toletum como castigo, pero a Claudius le parecía una medida inconveniente.

—Es un buen guerrero, y pronto le vamos a necesitar a nuestro lado.

—Sin disciplina no hay buenos guerreros —rechazó aquél.

Wilya y Recaredo se sumaron al parecer del duque, y tras glosar ante el monarca las especiales y ya conocidas circunstancias de su amigo, dijeron que nada tenía de extraña su reacción de ira al verse frente a los culpables de la injuriosa muerte de su padre, y que seguramente por respetar la hospitalidad real no se atrevió a desencadenar su furia contra ellos y por eso pagaron justos por pecadores. El necesario castigo a su falta, argumentaron, no debía privarles de su valor en los combates que habrían de venir, y ambos se comprometieron a vigilarlo de cerca de ahí en adelante.

—Así sea —admitió finalmente el rey—. Pero no más sangre entre nosotros.

Leovigildo consideró que lo más sensato era apartar a Berulfo de los francos, y le asignó a las tropas que, desde el otro lado del río, asediaban la navegación en las proximidades de Hispalis. Además del desagravio pecuniario a sus víctimas o familiares que la ley determinaba, aquella misma tarde, antes de embarcar hacia su nuevo destino, el joven recibió una docena de azotes en un castigo público que no se permitió presenciar a los legados de Chilperic.

Poco duró, no obstante, el apartamiento de Berulfo, pues el embajador de Neustria y su cortejo abandonaron el reducto real un par de semanas después de haber llegado. La negociación fue finalmente cerrada con acuerdo de matrimonio, si bien la fecha quedó pospuesta para mejores momentos, porque Leovigildo deseaba celebrar tan solemne ceremonia una vez la amenaza de la rebelión hubiese sido conjurada. No habría boda sino en la paz, tras la derrota de Hermenegildo y sus aliados. Pareció sensata a los neustrios esa dilación, que ellos mismos juzgaban insignificante a la vista de la fuerza militar desplegada por el rey de los godos.

A pesar de las reticencias de su hijo a abandonar la campaña, y como muestra de cortesía, el rey obligó a Recaredo a acompañar a Ansovald hasta Toletum. Con el encargo además de que en la capital pusiese al corriente del acuerdo alcanzado al embajador Oppila, quien habría de cumplir el resto del viaje con los francos hasta entrevistarse con Chilperic, y rendir después visita a Brunegilda y a su hijo Hildebert, el joven rey de Austrasia, para darles cumplida cuenta de los pormenores del compromiso. Antes de que Recaredo abandonase el frente, Wilya halló ocasión para exponer sus dudas al futuro esposo.

—Me casaré con la hija, no con el padre —repuso irónico éste tras escuchar sus argumentos—, y ni siquiera tendré que tratar a mi antipático suegro. Además, es una ocasión para estrechar relaciones con Neustria, como el casamiento que Hermenegildo hizo con Austrasia.

En mala hora, pensó él, pues si allí estaban, a la espera de una batalla entre hermanos que se presumía sangrienta, era en buena parte por culpa de aquel matrimonio. Y si la hija de Chilperic resultaba ser la mitad de fascinante que Ingundis y tan sectaria como ella, el futuro de su buen amigo, tal vez del propio reino, estaba en grave peligro. Pero no se permitió expresar estos sentimientos en voz alta, por no herir a Recaredo ni ser tildado de pájaro de mal agüero.

—¿Te ilusiona esa boda?

—Dicen que ella es hermosa, y ofrecen espléndidos regalos. Necesitarán muchos carros para llevarlos hasta Toletum.

En diciembre, los trabajos en el río estaban a punto de concluir gracias al esfuerzo y la pericia de unos hombres urgidos a diario para que los planes fuesen cumplidos antes de que la primavera hiciese crecer el caudal y desbaratara lo ya conseguido. Un gran dique de madera y rocas, de más de doscientos pasos de largo y una treintena de altura, separaba la orilla del profundo cauce abierto por las herramientas y el sudor. Desde la base de esta barrera, convertida ya en una gran charca de aguas parduzcas y fango por las filtraciones, un ancho desfiladero artificial discurría, por espacio de media milla, hasta un cercano valle destinado a engullir el río y dirigirlo luego, merced al desnivel de las tierras, en dirección al propio cauce, varias millas más abajo, a la altura de Italica. El Betis regresaría de este modo a sí mismo con todo su caudal, incrementado por aquél que ahora se le escapaba para darle forma y vida a su segundo brazo.

Y así sucedió cuando Leovigildo juzgó que había llegado la hora de robarle a Hispalis parte de su aliento. Tras disponer las medidas necesarias para que tanto Italica como sus propias tropas quedasen a salvo de la crecida que habría de producirse en las tierras que ocupaban, acudió a dirigir personalmente el cumplimiento de su sueño. A su señal, centenares de hombres y bestias tensaron las largas sogas anudadas al armazón hasta que el dique comenzó a ceder por varias zonas y acabó derrumbándose con un estrépito que hería los oídos.

Luego, la propia fuerza de las aguas se encargó de terminar el incompleto trabajo de los hombres, y el Betis se precipitó violentamente en busca de desconocidos dominios para formar un estrecho meandro y una pequeña laguna antes de que su superficie recobrase el espléndido y calmo discurrir de siempre.

Hispalis había quedado sin agua y desposeída de su vía fluvial con Corduba, y ahora las fuerzas de Leovigildo apostadas más allá del río, en aquella tierra de nadie de la que se habían apropiado meses atrás, no tenían delante una muralla líquida, sino un lecho pantanoso imposible de cruzar, no sólo por sus guerreros, sino por cualquiera que intentase un ataque desde la ciudad. Excepto las embarcaciones varadas en la ancha estela de limo, las catapultas ya no tenían naves a las que asediar y podían dedicarse con mayor ahínco a las murallas y sus alrededores. Aunque en nada había afectado la nueva fisonomía del Betis al puente de Hispalis, pues éste se hallaba más al sur del lugar en que los dos brazos acostumbraban a unirse y, excepto la repentina mengua y la posterior crecida que se produjo tras aquella notable victoria sobre la naturaleza, enseguida se recobraron en sus alrededores las orillas originales.

Los planes del rey se cumplían paso por paso, y, tras la magna obra que acababa de concluir, todos sus hombres, incluido el impaciente Wilya, daban por buena cualquier demora, seguros de que con sus argucias, además de la victoria, Leovigildo buscaba obtenerla con el menor número de bajas posible. Por otra parte, los rigores del tiempo parecían en aquellos dulces pagos mucho más llevaderos que en sus propios hogares, y daban la razón a Isidorus cuando en Agali hablaba de esos benignos inviernos de su patria que nada tenían que ver con los inclementes hielos de Toletum.

Una segunda legación, mucho menos solemne y nutrida que aquella otra de los francos, se presentó ante el rey pocas fechas después de tan destacado acontecimiento. Leovigildo recibió la inesperada visita de Eborico, desplazado bajo vigilancia desde Toletum con su mínimo séquito. Y con él llegó la noticia de que Miro había entregado finalmente su alma en el seno familiar, y los rumores de guerra que esta ausencia había provocado en el reino suevo por las aspiraciones de algunos nobles a ocupar el solio vacío. Como si aquella muerte le hubiese devuelto el viejo orgullo perdido, el espigado Eborico reclamó el derecho a regresar a su tierra para hacerse cargo del trono que le pertenecía, y Leovigildo, tras varios días de reflexión, le presentó un pergamino en el que reiteraba las exigencias meses antes firmadas por su padre; como éste, su heredero suscribió el acuerdo y juró fidelidad al rey de los

godos antes de partir en libertad.

Inminentes ya las fechas de la Natividad, y sin que las fuerzas enemigas dieran señales de reacción, Leovigildo se ocupó de recorrer las poblaciones conquistadas de la comarca para reunir a sus notables y hacerles ver que seguían formando parte del reino de los godos, y en cuyas iglesias, cuando las había, solía encerrarse a orar. Y no hacía distingos a la hora de poner sus reales plantas en unas u otras, pues tanto visitaba las pertenecientes a la fe predicada por Arrio como las trinitarias, éstas últimas ante la sorpresa de lugareños y de los propios presbíteros, que sin duda lo tenían por pérfido hereje merced a la mala fama que se le predicaba en muchos templos de la Betica desde que Hermenegildo se proclamó rey.

Ya había regresado Recaredo, ansioso por unirse a las tropas, y aunque al llegar mostró su decepción por haberse perdido el prodigioso espectáculo de la sangría del Betis, una extraña felicidad brillaba en su rostro, una dicha que Wilya atribuía a aquel futuro maridaje que le aguardaba al final de la campaña y que decidió no turbar con sus funestas y tal vez injustas presunciones. Aquella mañana, ambos habían acompañado al rey a sus preces en Italica, junto con Berulfo, que desde su incidente parecía más mudo, si cabe, más ensimismado que antes, si bien aceptaba, siempre de mala gana, la disciplina impuesta por Leovigildo y la obligación de renunciar a sus acostumbradas fugas del campamento. Cabalgaron tras esa primera y madrugadora visita varias millas al norte hasta alcanzar una aldea cuyos únicos habitantes parecían ser los cerdos que hozaban entre el barro y la inmundicia. El rey detuvo el paso ante un edificio acorde con el lugar, una iglesia humilde, casi mísera, tanto que la piedra sólo existía en sus viejos sillares, y salvo la cruz metálica en la cúspide del tejado, el resto en poco se diferenciaba de los cobijos de madera y adobe que a su alrededor servían de morada a hombres y ganados.

Nada devoto de aquellas sospechosas penumbras, Wilya se quedó en la puerta, protegido de una tímida lluvia y próximo a la guardia que en el exterior custodiaba armas y monturas. Añosas mujeres rezaban arrodilladas a la luz de una mínima y humeante candela colocada en el altar. El rey se sumó en silencio a su actitud genuflexa y su hijo le imitó, mientras Berulfo, que más que orar oteaba el techo en busca de quién sabe qué, se mantuvo erguido. Y viendo allí a su tío, en piadosa competencia con las beatas, Wilya reflexionaba sobre aquella repentina afición que en los últimos meses le llevaba de templo en templo como un neófito que hubiese descubierto repentinamente una fe desconocida, sin importarle nada que en los doseles de sus puertas se hallase el lábaro de Constantino convertido en crismón trinitario o la limpia orfandad de símbolos de la religión de sus padres. Quería creer que Leovigildo actuaba en consonancia con sus intenciones de acercamiento, que todos y cada uno de sus gestos estaban dirigidos a un pueblo que él deseaba unido, pero tanto fervor le resultaba desproporcionado, incluso servil tratándose de iglesias de dogma romano, como aquella donde ahora inclinaba la testuz.

En un instante, lo que parecía ser una parte de la pared adquirió un imprevisto

movimiento para deslizarse muy lentamente hacia el altar. Wilya lo tomó por un engaño de los ojos, el contraste de la luz del día con aquella oscuridad casi completa que dominaba la pequeña nave, aunque enseguida pudo comprobar que no era un desvarío, pues la sombra se despegaba, en efecto, de los muros y avanzaba cautamente en dirección a los orantes. Quiso gritar para advertir al rey y a sus compañeros de lo que creía estaba sucediendo, pero Berulfo fue más rápido, y antes de que una voz saliera de su garganta, éste se abalanzó sobre la sombra con la agilidad de un gato.

En el revuelo que sobrevino, entre los nerviosos chillidos de las mujeres y los insultos de Berulfo en su pelea con aquella imprevista silueta, apareció un sacerdote por una puerta interior que debía de comunicar con la sacristía, al tiempo que la guardia y el propio Wilya irrumpían arma en mano en el lugar. Sin ser consciente de lo que estaba sucediendo, el presbítero maldecía en el nombre de Dios semejante profanación de su santa casa, y rogaba a voz en grito que cualquier disputa se resolviese fuera de allí. Berulfo arrastró a la sombra al exterior, más por alcanzar su espada y distinguir a la luz del día con quién se las estaba jugando que por respetar la voluntad de tan encrespadas admoniciones. Una vez en la calle, desprovista del manto y el capuz que la cubrían, la sombra resultó ser un clérigo enjuto y de mediana edad cuya tonsura no podía ocultar su pertenencia a la fe romana. Pero no era la tonsura lo que alarmó a todos, sino la daga que sujetaba en su mano a pesar de la presión que Berulfo ejercía sobre ella hasta amoratarla. Sólo cuando uno de los guardias le rompió la nariz de un certero puñetazo, aquel hombre pareció entender que sus planes habían fracasado y aflojó su obstinada resistencia.

Berulfo aprovechó para registrar al desconocido por si guardaba entre sus ropajes alguna nueva sorpresa. Pero aunque le desvistieron hasta dejarlo desnudo, ningún otro objeto se halló en su poder.

—¿Lo conocéis? —dijo Leovigildo.

Todos negaron. Las mujeres con voz temblona y el sacerdote con la cabeza, sin poder pronunciar palabra ante lo que presenciaban. Los alrededores del pórtico, entretanto, se iban poblando, pues a pesar de la lluvia, y llamados por el alboroto, algunos curiosos se incorporaban medrosamente al violento escenario.

—¿No es de aquí? —Berulfo había dejado su presa en manos de los guardias y no parecía conformarse con una simple negativa—. Este sapo ha querido matar al rey. Hablad si no queréis que entregue al fuego vuestros chamizos con vosotros dentro.

La amenaza obró como un bálsamo mágico que devolviera el habla al regente de aquella iglesia. Confuso y abrumado por la identidad de los visitantes, reiteró no obstante la negativa.

—Nunca le había visto, ni pertenece a ninguna de las parroquias vecinas.

Berulfo amenazó al clérigo detenido con su propia daga.

—¿Quién demonios eres? ¿De dónde has salido?

Pero ni una palabra apareció en la boca de aquel hombre; solamente sus ojos

hablaban, unos ojos que repartían odio y ausencia de miedo a quien se atreviese a acercarle su mirada. Berulfo tomó la maza que colgaba en la silla del caballo de Wilya y la descargó con rabia sobre las espaldas del frustrado homicida, que ahora sí abrió la boca para soltar un aullido lastimero mientras las rodillas se le doblaban hasta apoyarse en tierra. En ese momento, uno de los que habían acudido a interesarse por el escándalo solicitó permiso a Leovigildo para intervenir.

—No sé quién es, señor —explicó cuando fue autorizado—, aunque lleva rondando dos o tres días por aquí. Me pidió permiso para dormir en mi cuadra a la espera del rey, a quien debía entregar no sé qué encargo. Le tomé por loco, pues quién podía pensar que tus pies se detuviesen nunca en lugar tan apartado.

—¿Dijo de dónde venía, o cuál era su necesidad de ver al rey? —intervino Recaredo.

—No, pero por sus preguntas no conoce la comarca. Y sobre sus intenciones, tampoco las mencionó, aunque siendo un hombre sagrado como es, nunca imaginé que fuesen tan viles.

—¿Cuáles eran sus preguntas? —reiteró el hijo de Leovigildo.

—Sobre las iglesias que hay por los alrededores y la distancia que las separa. Dijo que el rey las visitaba todas, y que tarde o temprano llegaría. Ya digo que me pareció más loco que cuerdo.

—Perdemos el tiempo —aconsejó Berulfo—. En el campamento disponemos de medios para hacerle hablar.

Leovigildo dio la espalda al corrillo y montó su caballo, decidido a irse.

—No quiero escuchar lo que ya sé —dijo—. Que se quede en esta tierra para siempre.

Wilya esperaba que Berulfo ejecutase gustosamente la sentencia, pero Recaredo se adelantó a todos, y ahí mismo, a las puertas de la mísera iglesia trinitaria, quedó degollado entre estertores aquel clérigo que había querido acabar con la vida de su padre, confundida con la lluvia y el barro su endemoniada sangre. Berulfo hubo de conformarse con escupir sobre el cadáver.

Cambió el humor de Leovigildo en las semanas que siguieron, aunque sin renunciar a sus costumbres, pues si bien intentaba esconder a los demás su creciente dolor de padre, su decisión como rey parecía acrecentarse ante las dificultades y tan penosas circunstancias. Se había negado a oír de boca de aquel asesino lo que ya sabía, que era nada más que un obediente acólito de su primogénito enviado con la intención de consumar un infame parricidio. La tortura del clérigo homicida sólo habría contribuido a averiguar lo que el corazón del rey entendió nada más ver el puñal que blandía, y a confirmar quizá lo que ya imaginaba, que aquel hombre no era el único conjurado a las órdenes de Hermenegildo para darle muerte.

Aunque su deber como gardingo le exigía estar al lado de su señor y evitarle cualquier mal, a Wilya le causaba tal repugnancia pensar en que unas manos dedicadas a consagrar el pan y el vino hubiesen asumido la tarea de matarife, que,

con gusto, por no volver a ver el rostro de un sacerdote trinitario, se habría quedado en el campamento cada vez que el rey, como si nada hubiese ocurrido, emprendía una de sus inspecciones al territorio reconquistado y la correspondiente visita a sus templos. Matar por la espalda a alguien desarmado ya lo consideraba un acto infamante, pero que la daga homicida fuera empuñada por un hombre consagrado a Dios confería a los hechos, en su opinión, un cariz diabólico.

De una de esas visitas regresaban cuando el rey convocó a sus nobles para comunicar que el tiempo de espera había concluido y llegaba la hora de estrechar el cerco de Hispalis. Perdido el abrazo del Betis, la ciudad era como un recién nacido sin pecho del que mamar, y toda su esperanza quedaba en su retaguardia, en la impensable ayuda de los cordubenses, que seguían encerrados tras sus muros, o de los hasta entonces invisibles imperiales. Ahora, pasados dos meses largos de la desviación del cauce, lo que fuera orgulloso brazo de agua era un cenagal donde crecían las lombrices, se pudrían los peces y quedaban atrapados cuantos pies de hombre o pezuñas de animal se atreviesen a pisarlo. Siguiendo las órdenes de Leovigildo, las tropas allende el río, además de hostigar las murallas con sus máquinas de asedio, llevaban días preparando pasarelas y escalas, labor que se venía realizando a suficiente distancia de la ciudad para no ser observados. Cumplido a satisfacción este trabajo, aquellas fuerzas serían incrementadas de inmediato hasta alcanzar cuatro mil guerreros que, al amparo de la luna nueva y bajo el mando de Claudius y Chindasvinto, la noche siguiente cruzarían el lecho sobre esas tablazones, tendidas una tras otra a modo de balsas, para atacar directamente la ciudad y bloquear el camino que unía Hispalis a sus aliados. En apoyo de esta maniobra, y al tiempo que se llevaba a cabo, se simularía una ofensiva contra el puente para centrar allí la atención de los defensores y desviarla del cauce seco.

A todos pareció ingenioso el plan y lo aceptaron sin otro pero que la posibilidad de pasar en una sola noche, y tan oscura, tantos hombres a la orilla opuesta de la ciénaga, aunque si un par de miles conseguían hacerse fuertes al otro lado sería suficiente para defender la posición y completar el traslado a la luz del día. Por otra parte, ese mismo amanecer se produciría el ataque, esta vez cierto y con toda la fuerza posible, contra el puente que les separaba de Hispalis, de modo que la ciudad, tomada por dos frentes, se vería obligada a dividir sus tropas, y el paso del lodazal, de no haberse podido concluir por la noche, se haría con mayores posibilidades de éxito.

Aquella tarde, mientras las embarcaciones trasladaban los necesarios hombres, monturas e impedimenta al otro lado del río, el grueso del ejército levantó el campamento para acantonarse más al sur, a un cuarto de milla del puente, sobre una giba del terreno que permitía divisar tanto aquel ambicionado paso y las tropas que lo defendían como los magníficos muelles, río abajo, donde varias naves fondeaban al parecer desentendidas de cuanto estaba a punto de suceder. Después de tanto tiempo sin combatir, un hálito de ansiedad dominaba las filas godas, convencido cada guerrero de que al despuntar el alba de la segunda jornada la esperada batalla se haría

realidad, y al atardecer las puertas de la ciudad rebelde estarían temblando ante su cercana presencia.

Con el resplandor de las hogueras enemigas tan próximo y su olor a humo punzándoles la nariz, pocos consiguieron dormir esa noche, aunque todos estaban frescos y dispuestos cuando al día siguiente el rey ordenó formación de batalla y ensayó algunos movimientos de amago que hicieran recelar al enemigo de un inmediato ataque. Pero ninguna reacción hubo en las tropas al otro lado del puente, y todos quedaron convencidos de que sólo cruzando aquel camino sobre las aguas habría combate. Los emisarios confirmaron por la tarde que los hombres de Claudius estaban preparados para pasar la ciénaga, según los planes del rey. De anochecida, una columna de caballería partió del campamento hasta casi alcanzar la orilla del río, y con ella la mitad de los arqueros disponibles, que durante varias horas, en turnos y con intervalos de sosiego para desconcertar al enemigo, lanzaron centenares de saetas con puntas de fuego que levantaron varios incendios tanto en sus instalaciones como en las arboledas que las protegían.

Esa noche, el sueño prendió aún menos que la anterior en el campamento. Quien no se revolvía bajo su manto preocupado por lo que estaría sucediendo a esas horas con las tropas de Claudius en el barrizal, como le sucedía a Leovigildo, pensaba en la inevitable batalla que le esperaba pocas horas más tarde. A Wilya, por ejemplo, en ese nervioso duermevela que compartía con sus compañeros, le daba por imaginar que al día siguiente habría de vérselas cara a cara con un gigantesco lobo negro cuya frente no tenía nada de noble aunque bajo ella guardase la limpia mirada de Argimundo, si bien ahora ferozmente humedecida por chorretones de sangre amiga. Y entre las fauces de la bestia aparecía a veces la tierna figura de Hilde, y entonces él perdía el pavor que le paralizaba para lanzarse a su rescate con locura similar a la de Berulfo.

Para llamar la atención de los rebeldes, el cuerno de Leovigildo puso en pie a sus hombres antes de que despuntase el día, de modo que cuando el gris celeste del alba coronó el perfil de las murallas hispalenses el ejército ya estaba formado para el ataque.

—Hoy por fin se dirime una rencilla que os ha apartado de vuestros hogares y de la atención que os exigen las cosechas —arengó el rey a sus tropas a la vez que su caballo trotaba frente a las filas, y cada una de sus frases era coreada con un grito, un feroz monosílabo de asentimiento acompañado del estruendo de miles de armas al golpear sobre los escudos. Wilya se imaginaba los tiempos antiguos, cuando aquellos mismos guerreros habrían gritado *¡Brikan, brikan, brikan!* ante la inminencia del combate, tal y como le había explicado Badwila. Y le pareció que no era mal momento para pedirle a Tyz un trato generoso en las horas por venir.

—Pero no hemos llegado hasta aquí para buscar venganza a una ofensa —proseguía el rey mientras él pensaba en el dios de la guerra—, sino para hacer justicia. Así que no miréis al enemigo como un adversario de vuestra fe, sino como

débil baluarte de una tropelía contra el reino. Pelead por la ley, pelead por vuestro futuro y el futuro de los vuestros y sentiréis cómo el brazo redobla su fortaleza y los ánimos del rival se ven mermados por la indecente traición que soporta su conciencia. ¡Por la victoria!

—¡¡¡Sí!!!

—¡Por el reino de los godos!

—¡¡¡Sí!!!

Entre el rugido aclamador de los guerreros, Leovigildo regresó a su posición en vanguardia junto a Recaredo, en tanto Wilya y Berulfo, con el auxilio de un milenario y los hombres a sus órdenes, quedaban encargados de guardarles las espaldas por si las tropas de Osset, como era de presumir, acudían en apoyo de los defensores del puente. Una vez más, se veía apartado del choque, y aunque Berulfo compartiese también su alejamiento del lugar preferente en el combate, no pudo evitar la idea de que su tío, a pesar del aprecio que le mostraba, seguía considerándole un inválido al que era preciso proteger. Y ahora, por si fuera poco, sin posibilidades de decidir por su cuenta como en Emérita, porque el escenario era tan angosto que para llegar a primera línea sería preciso convertirse en pájaro y volar por encima de miles de combatientes.

Obligado a la inactividad, se dedicó a observar la batalla. La carga del rey fue recibida por un sembrado de picas que causó muchas bajas entre los atacantes, aunque la superioridad numérica de éstos enseguida obligó a retroceder a quienes defendían el puente. El empuje de los hombres de Leovigildo dejaba a su paso un tapiz de cuerpos tendidos, y la brecha, cada vez mayor, permitía a las fuerzas reales cruzar el río y abrir el frente hasta el punto de que pronto las alas del enemigo se vieron sobrepasadas y envuelta su retaguardia por las tropas atacantes, con la consiguiente matanza entre los defensores.

El combate parecía decidido, a punto de concluir, cuando nuevas fuerzas enemigas se presentaron en el campo. Primero por el sur, por aquel horizonte donde Leovigildo había sospechado la aparición de un ejército que ahora se sumaba a la batalla a marchas forzadas. Pero también, y eso no lo había previsto el rey, desde la ciudad, como si Hermenegildo, a la vista de aquel auxilio venido desde la orilla opuesta, hubiese decidido lanzar contra su padre todas sus fuerzas disponibles y librar allí la pelea definitiva para romper un cerco que ya le asfixiaba.

Wilya tuvo que olvidarse de cuanto sucedía más allá del río, porque el ejército que llegaba desde Osset disponía de fuerzas similares, si no superiores, a las que estaban a su cargo. Y lo que él había imaginado un escenario indigno por su alejamiento de la batalla, se convertía de repente en una posición decisiva para proteger la propia retaguardia y evitar así que Leovigildo fuese tomado por dos frentes. Ordenó al milenario que sostuviese la avalancha que se les venía encima mientras que Berulfo y él, con el centenar largo de jinetes disponibles, intentaban flanquear a un enemigo que no contaba con apoyo de caballería. Como si rehuyesen

la pelea, cabalgaron hasta una loma cercana desde donde observar las evoluciones del combate. En cuanto los rivales se hubieron trabado, repitió aquella orden que le llevó a la victoria en Emérita, y sus jinetes, el mismísimo Berulfo, se lanzaron tras él en busca de las espaldas enemigas.

El choque fue brutal. Los rebeldes, que no habían perdido de vista las evoluciones de la caballería, reservaron en retaguardia un buen número de guerreros para hacer frente al presumible ataque. En un estruendo metálico, las lanzas rasgaban, se ensartaban, o quedaban quebradas contra el escudo, la malla, el hueso o la carne de la primera línea de defensores, y en ese momento sí que observó Wilya que al menos aquellos que tenía enfrente eran godos, como él. Pero nada importaba el origen si lo que se defendía era la justicia, y por eso su arma hundió cráneos, destrozó rostros y maceró espaldares, pues ni galeas de cuero ni yelmos de acero, ni lorigas ni escamas resistían la potencia de un brazo con semejantes atributos y descargado con la furia que otorga la ley Sus compañeros, como de costumbre, habían renunciado a las monturas tras la primera carga para combatir a pie, pero él, sobre el caballo, y con la seguridad que le proporcionaban los denostados estribos, se sentía casi invencible. Sí, quizá su plegaria había sido escuchada y en aquel momento se parecía un poco a Tyz, o cuando menos al modelo que Badwila siempre le había aconsejado.

Inesperadamente, jinetes enemigos se abalanzaron sobre ellos. Aunque no era muy numerosa, no les faltaba apoyo de caballería a las tropas de Osset, sino que ésta había permanecido oculta en la arboleda a la espera del momento propicio, y ahora, lejos de sus propias tropas, Wilya y sus hombres quedaban atrapados en un cepo insalvable. Gritó para advertir a sus compañeros, pero las voces en una batalla suelen quedar cegadas por otros gritos, estrépitos y lamentos, y pocos pudieron prepararse para la embestida de las afiladas puyas que les llegaban por detrás. Entre ellos, Berulfo, que quizá por el empellón de un caballo, quién sabe si lanceado por la espalda, cayó al suelo frente a un jinete que lo acorralaba. Wilya reaccionó con rapidez, y antes de que la lanza rematase a su amigo, confió la maza a su débil mano izquierda y una daga voló de la diestra para clavarse en un ojo del atacante, que cayó a tierra entre lastimeros alaridos. Después, recuperada el arma, se abrió paso hasta su compañero sin que nadie osara quebrantar aquel peligroso círculo de hierro que creaba alrededor. Como cuando lo recogió tras haber reventando su caballo, le tendió el brazo para que montase a su grupa, pero Berulfo recuperó la verticalidad de un salto para seguir combatiendo sin apariencia de estar maltrecho.

Poco a poco, y a costa de muchas bajas, parte de la infantería real consiguió abrir brecha en la filas enemigas hasta establecer contacto con sus jinetes y aliviar así la presión que padecían. Y la confusión inicial de éstos se trocó en nuevos ánimos para acometer con mayor ímpetu a las tropas del rebelde Hermenegildo. Como ellos, Wilya peleó hasta la extenuación, hasta que llegó un momento en que el tiempo parecía no existir, como no existía la furiosa lluvia que de improviso había comenzado a descargar sobre los combatientes, Hasta que se creyó el único ser

humano en la batalla y los enemigos, esos que iban cayendo uno tras otro bajo el peso de sus tres puños metálicos para yacer en el barro, incluso aquellos que llegaron a herirle levemente con sus armas, no eran sino monigotes extraños al mundo real, habitantes de una pesadilla de la que no podía ni quería despertar. Por fin, una especie de susurro recorrió el campo cubriendo con su capa invisible a los vivos y a los muertos, un jadeo húmedo y febril que tenía el sabor de una evocación. Y en ese preciso instante recordó que algo así sucede, según le había contado su tío, cuando sabes que has vencido.

Por la noche, una vez los muchos cadáveres fueron amontonados para ser sometidos al definitivo juicio de la tierra o el fuego y los heridos puestos en manos de los físicos, después de que sangre y barro se hicieran costra sobre cuerpos, armas y vestiduras, y antes de retirarse a la soledad de su tienda en busca de descanso, Wilya se enteró del alcance de cuanto había sucedido mientras él y los suyos defendían la orilla. El ataque lanzado desde la ciudad había puesto en grave aprieto a las confiadas tropas de Leovigildo, que habrían sufrido mucho más de no ser por la intervención de los hombres de Claudius, quienes, en vez de asaltar las murallas como tenían ordenado, se unieron al combate para sorpresa y desgracia de los rebeldes. El providencial cambio de planes decidido por el duque lusitano no había sido gratuito, sino consecuencia de un hecho que algunos atribuían a la fantasía y otros a la realidad, pues al parecer un ejército con el lábaro en sus estandartes se apostaba en las proximidades de Hispalis con la intención de sorprender a las tropas del rey cuando cruzasen el puente. Un ejército imperial que, fuese de carne y hueso o mera alucinación, había desaparecido sin dejar rastro poco después de que se iniciara la batalla contra las fuerzas que llegaban desde Hispalis y Osset. Sea como fuere, los más viejos no recordaban un combate tan encarnizado como aquél, pues ni en la Orospeda, ni en Cantabria, ni en la campaña contra los imperiales diez años antes habían visto tantos muertos y heridos de ambos bandos en un solo día.

Cuando los rebeldes supervivientes retrocedieron derrotados al abrigo de los muros de la ciudad y todo hubo terminado, las tropas se dedicaron al expolio de los muertos para obtener su bien ganado botín. Leovigildo, entretanto, con gesto doliente y mirada retraída, había recorrido durante buena parte del día el campo de batalla examinando uno por uno a cuantos caídos hallaba a su paso, aunque no pudo hallar al que todos sabían que buscaba, y acabó por retirarse encomendando a otros el examen minucioso de los cadáveres por si entre las bandadas de grajos que se cebaban en ellos aparecía el de Hermenegildo. Pero nadie había visto a su primogénito mientras peleaban y nadie halló después su cuerpo entre los muertos.

Wilya se sentía agotado, aunque sin poder conciliar el sueño. En su cabeza se repetían sin tregua las recientes escenas del combate, ahora con una nitidez que no había existido en la batalla. Estaba seguro de que esta vez no sería sorprendido por aquel nebuloso sentimiento que le invadió después de la victoria en Emérita, porque ahora ningún entusiasmo vibraba en su interior; por el contrario, tras la sangrienta

jornada, un desconocido abatimiento, y no sólo físico, se había apoderado de él. A los diecisiete años ya podía jactarse como héroe de dos batallas decisivas, pero aquel primer orgullo parecía muy distante de su corazón y había dejado paso a una sed insaciable, una áspera e incómoda presencia instalada en la lengua y la garganta. Quizá estaba aprendiendo a endurecer las tripas, como le aconsejaba su tío, o tal vez fuera el síntoma de todo lo contrario.

Avanzada la noche sin haber pegado ojo, escuchó unos pasos en el exterior de la tienda, como si alguien anduviese por allí con la intención de entrar y de repente decidiera alejarse para luego volver a rondar la puerta. Finalmente, la luz del hachón que iluminaba la entrada dejó ver la dubitativa figura de Berulfo. Wilya le invitó a pasar y abandonó el inútil lecho para ir al encuentro de su amigo.

—Gracias —dijo secamente el visitante, mirándole a los ojos.

—Tú habrías hecho lo mismo en mi lugar. —No estaba muy seguro de que lo que acababa de decir fuese cierto, pero quería restarle importancia a pesar de que con su gesto de auxilio estuvo a punto de perder el arma y quedar él mismo en franca inferioridad ante el enemigo.

—A mí poco me importa vivir o no, ya lo sabes. Pero estoy obligado.

—Obligado por la vida. —Sonrió ante la ocurrencia de Berulfo—. Como todos.

—No, como todos no. Yo todavía guardo una esperanza.

—Todos las tenemos, al menos una. —Al decirlo, pensó en Hilde, y su recuerdo le hizo sobrellevar algo mejor el malestar que soportaba—. ¿Cuál es la tuya?

—Cumplir mi juramento.

—¿De qué juramento hablas?

—Aquel día, con el nigromante, ¿recuerdas?

—Claro, pero no recuerdo que hicieras ningún juramento. Aunque no te fíes de mi memoria, porque aquello fue poco más que un mal sueño para mí.

—Un mal sueño. Qué fácil. Me tapé los oídos y sus palabras me taladraban las manos como los clavos que traspasaron a Cristo. Tú lo viste. Me lo pedía con esa voz, con la voz de la muerte. No podía resistirme. Y se lo juré.

Berulfo hablaba de la voz de su padre mientras la suya se agitaba por momentos, al mismo ritmo que la congestión se iba adueñando de sus facciones, y Wilya no quiso interrumpir lo que parecía ser un monólogo delirante, la confesión de un pobre desquiciado.

—Se lo juré. Sí, se lo juré, pero muchas veces, cuando duermo, él vuelve para recordármelo. Y otras cuando estoy despierto, porque nada le importa lo que yo esté haciendo o pensando. Él siempre se mete en medio para que nunca olvide.

Aquel espectro de las cuevas de Arenetum parecía seguir vivo, alojado ahora en las entrañas de Berulfo y expresándose a través de sus labios, tomando posesión de cada uno de sus ademanes.

—Vengarlo —le interpeló Wilya—. Vengar la muerte de Sigila. Ése fue tu juramento, ¿no?

—Cumphr su voluntad.

En ese momento comprendió la tortura que su amigo debió de sufrir durante la visita de los legados de Neustria, acosado por aquella voz que decía escuchar, una voz que exigía la sangre de los antiguos verdugos de su padre mientras su lealtad hacia el rey le impedía ofenderle con semejante acto. Aquello sí que debió de ser un cruel combate, librado en el estrecho y silencioso campo de una cabeza humana.

—Por eso reventaste tu caballo. Para escapar de esa voz.

—Yo no huyo.

—Lo sé, como tú sabes que a veces es mejor retirarse para pelear más tarde, cuando nuestras fuerzas son superiores o estamos en mejores condiciones. —Quería animar a Berulfo, convencerle de que aquella voz tal vez fuera sólo algo pasajero que rondaba su pensamiento, y de que era lo suficientemente fuerte como para derrotarla si se lo proponía—. No dejes que se adueñe de ti. Si ya lo hiciste, si has escapado una vez de esa voz que quiere dominarte, es que puedes conseguirlo.

Berulfo le dedicó un gesto de desprecio antes de responder.

—No sé lo que te mueve a ti, si es un medio dios o un medio espíritu como medio es tu cuerpo —una vez más, Wilya decidió pasar por alto la ofensa—, pero a mí me conduce mi padre. Él es quien me tiene vivo. Y él me ha dicho que te dé las gracias.

Dicho esto, giró sobre sus pasos y se fue por donde había venido para desaparecer en la oscuridad de la noche. Y su ausencia le dejó a Wilya un agrio sabor de boca, la confirmación de que aquel siempre difícil compañero de estudios y de juegos infantiles al que, a pesar de todo, seguía considerando amigo, había perdido definitivamente la cabeza.

Más allá de pormenores privados y pesadumbres del alma, lo importante era que el final de la guerra parecía a todos mucho más cercano. Y es que tras aquella cruel batalla, Hispalis había quedado, por fin, sitiada, y sólo de Corduba podía esperar ayuda. Cada una de sus puertas tenía enfrente una infranqueable barrera de tropas reales, los muelles del Betis y las naves en ellos fondeadas estaban de nuevo bajo la autoridad de Leovigildo, y todos los caminos en un perímetro de varias millas necesitaban de su permiso para ser transitados. Asegurado el cerco, el propio rey exigió ante Osset la rendición de la fortaleza que habían dejado a sus espaldas, y su guarnición, muy reducida tras la pelea contra los hombres de Wilya y desmoralizada por el estrecho asedio a la capital, se rindió tras obtener las necesarias garantías de respeto para su población y los combatientes que quedaban en pie.

Tres meses más permaneció el ejército de Leovigildo ante Hispalis, castigando a diario sus muros y portones con piedra y fuego, y a sus moradores con el hambre, la sed y la enfermedad. Y algunos más habría resistido la plaza en tan lamentable coyuntura antes de la rendición que se le exigía de no haber sido por las necesidades que ya acuciaban a las fuerzas reales, pues tan larga empresa ponía en peligro el abastecimiento de los propios sitiadores. Así, un día de mayo, mientras la campiña se cubría de amapolas, el rey decidió por fin tomar la ciudad al asalto y acabar de una

vez con un asedio que para todos se hacía interminable. Torres, arietes y bastidores avanzaron desde varios frentes dispuestos a poner fin a la rebeldía de Hermenegildo, y en pocas horas, tras desigual combate en murallas y portones, la ciudad estaba de nuevo en manos leales.

Ningún parecido guardaban aquellas calles con las de Emérita, pensó Wilya al transitarlas, pues si en la capital lusitana todo fueron vítores de una población alegre y saludable que no había sufrido los rigores de un asedio, allí encontraron miedo en las miradas, rostros hambrientos y cuerpos enfermos. A pesar de los estragos de la guerra, era una ciudad muy hermosa, tanto que no pudo evitar el antiguo recuerdo de Yamin Benaser y sus elogios a Alexandria, para concluir que el hebreo estaba sin duda equivocado, y que de existir en el mundo un reino de la luz no era otro que el que ahora tenía ante sus ojos, pues no podía haber fulgor tan limpio y suave como el que bañaba aquellas calles y edificios.

Aparte de la que pudiera proporcionar esa extraña belleza entre tanta calamidad, no fue alegría, sino decepción, lo que aguardaba a Leovigildo y a sus hombres tras la victoria, porque en ningún lugar fue hallado el primogénito, la causa primera de aquella contienda. Según confesión unánime de unos y de otros, Hermenegildo había abandonado la ciudad antes de que se consumara la derrota de sus tropas frente al puente para buscar amparo tras los muros de Corduba, de modo que el tan ansiado final de la guerra, a pesar de los tres meses perdidos frente a Hispalis, quedaba lejos de hacerse realidad.

Como había sucedido en Emérita, las primeras disposiciones de Leovigildo al tomar posesión de la ciudad estuvieron dirigidas a la inmediata captura de los máximos responsables de la sedición para aplicarles la ley. Una justicia que todos esperaban más severa que la que en su día sufrieron los lusitanos, pues mucha más sangre había costado Hispalis, y la contrariedad de no haber hallado al primero de los rebeldes habría de influir sin duda en su ánimo a la hora de decidir la magnitud del castigo. Mientras sus nobles hacían cumplir las órdenes, el propio rey, en compañía de Wilya, encabezó la partida que fue en busca de Leander, el metropolitano que, con sus intrigas y mediaciones, había dirigido al primogénito por la equivocada senda de la insurrección.

Una vez en la solitaria plazoleta que se abría ante la basílica del mártir Vicentius donde el prelado tenía su sede, el rey desmontó y puso sus armas en manos de la guardia, y lo mismo hicieron cuatro de sus hombres cuya compañía reclamó para entrar en el templo trinitario. Pero antes de que alcanzasen el pórtico, un airado sacerdote les salió al paso instándoles a no profanar el recinto si querían conservar sus vidas. Al comprobar que su amenaza no había desatado más que unas cuantas carcajadas, el clérigo insistió, ahora señalando al cielo con su dedo y anunciando castigos divinos que a Wilya le parecieron más propios del Bautista en el desierto que de un hombre, por muy presbítero que fuese, en su sano juicio.

—No te atrevas, Leovigildo —gritaba—, si no quieres para ti el mismo final que

tuvo el vándalo Gunderico.

—¿Y qué le pasó a ese vándalo? —se interesó el rey.

—Cuentan que entró ahí tras saquear la ciudad —comentó jocoso uno de sus hombres—, y se lo llevó el demonio.

—Sólo demonios de carne y hueso pisan las iglesias —terció otro de ellos—, así que algún trinitario se llevaría por delante al pobre Gunderico.

—Nada tengo contra este templo martirial —concluyó el rey por tranquilizar al imprevisto celador y dar por zanjada tan absurda dilación—. Ni mis hombres saquean la ciudad, ni deseo derramar más sangre que la necesaria. Dile a Leander que su rey le espera.

—Pero, señor —dijo el sacerdote, abandonando su díscola actitud y sorprendido por el verdadero interés que había guiado hasta allí a Leovigildo—, el obispo viajó a Constantinopolis hace más de dos años y aún no ha vuelto.

Wilya, que asistía apartado y silencioso a tan grotesca conversación, observó de reojo cómo de una puerta lateral del templo salía una figura embozada que a paso rápido intentaba escabullirse calleja abajo. Intrigado por tan sospechosas maneras, espoleó su caballo y se dispuso a capturar al huidizo y presuroso desconocido. Tras una corta carrera, pudo darle alcance y arrinconarlo con la punta de la lanza contra los caños de una fuente seca, donde le obligó a retirar el capuz que velaba su identidad.

La biblioteca de Hispalis, en edificio anejo al templo del mártir Vicentius, no era tan espaciosa como la de Agali, pues faltaban aquí aquellas largas mesas del monasterio toletano dedicadas a la minuciosa labor de copistas y estudiosos, aunque en cuanto a volúmenes depositados poco tenían que envidiarse la una a la otra. Todavía bajo el efecto de la sorpresa, Wilya seguía los pasos de Isidorus por aquellos corredores, tan estrechos y umbrosos que parecían pertenecer a otra ciudad muy distinta, a un mundo que nada tenía que ver con la luminosa blancura de las calles que habían presenciado su casual reencuentro. Reencuentro, por otra parte, salpicado de recelos desde el momento en que cayó el embozo de aquel evasivo personaje y sus ojos se enfrentaron, pues una especie de conmoción se tejió entre ambos, una mezcla de alegría y temerosa desconfianza que él había querido conjurar con una primera frase, seca y directa.

—Me prometiste un libro.

—*Satyricon*, de Petronius.

—Buena memoria.

Wilya había retirado la pica que amenazaba el cuello de Isidoras y puso pie a tierra, pero algo le prohibía recibir entre sus brazos a quien sospechaba cómplice de tanta desgracia. Y más ahora, al reparar en la extrema tonsura de su cráneo. En ese momento supo que si algún puente quedaba tendido entre los tiempos de la infantil amistad y aquel preciso instante, se había hecho tan estrecho y débil que apenas el peso de una brizna, de una palabra, podía derribarlo.

—No esperaba entregártelo así —dijo el hispalense—, vestido para la guerra.

—Gentes como tu hermano visten a los godos para la guerra, y luego salen corriendo cuando las cosas se ponen feas.

Se lo había dicho con un deje de altivez, consciente de que su respuesta abría quizá las puertas a la polémica, un terreno en el que su viejo conocido solía desenvolverse como pez en el agua. Pero estaba seguro de tener razón, y por mucho que él le enredase con palabras y eruditas referencias como las que empleaba en Agali, no iba a dejar de tenerla.

—Siempre la guerra —protestó Isidoras—. Parece que la sabiduría no sea cosa de godos.

—Eres injusto. En Agali hay godos, y dos de ellos son un ejemplo para cualquiera de vosotros. El anciano Koenraad supera al más sabio de tus amigos, y Erga es el más humilde de cuantos se mueven por allí.

—Por la Gracia de Cristo que no he pretendido ser injusto —se excusó—. Admiro y respeto a tu nación, como la admiran y respetan mis hermanos por las enseñanzas de nuestro padre Severianus.

—Sí, ya escuché ese cuento en otro tiempo, pero parece que Leander no aprendió bien la enseñanza y prefiere la amistad de imperiales y godos renegados.

—Nada más lejos de la verdad. Ni mi hermano ni yo deseamos la resurrección del antiguo Imperio.

—Por eso negocia en Constantinopolis en nombre de Hermenegildo.

Isidoras había vacilado antes de responder a esa irrefutable acusación, y en lo que parecía un gesto de debilidad por su parte, o la necesaria dilación en busca de una respuesta, le invitó a entrar en el edificio que poco antes había abandonado a toda prisa.

—La guerra, por desgracia, nos cambia a todos —dijo al fin—. Y frente al peligro son precisas alianzas, aunque yo no estoy de acuerdo con ese apoyo, porque los imperiales siempre se han beneficiado de nuestras querellas.

—¿Peligro? —saltó él—. ¿De dónde viene el peligro? La deserción de Hermenegildo de la fe goda irritó a su padre, como era de esperar, pero, proclamarse rey es muy distinto, y nunca se habría atrevido a hacerlo sin vuestro apoyo. ¿Acaso pensabais que el rey se iba a cruzar de brazos?

—Los malos reyes son enviados por Dios para castigo de los pueblos, pero yo siempre he estado contra la rebelión y el asesinato de los tiranos.

Aquella clara referencia al crimen, y el recuerdo del clérigo ajusticiado a las puertas de una iglesia por atentar contra la vida de su tío, sublevaron definitivamente a Wilya.

—Sólo el odio te mueve a hablar así de Leovigildo, el mejor de los reyes. —Había agarrado a Isidoras por el brazo, obligándole a afrontar la llamarada de sus ojos —. El único tirano, el único usurpador en esta tierra es su hijo, cuya vanidad os habéis complacido en acunar desde vuestra secta.

Con diplomática pericia, y mientras le mostraba las virtudes del lugar que ahora visitaban, Isidoras había puesto fin a la polémica interesándose por Agali y por sus gentes. Al oír nuevas de Savinus, de Koenraad y de tantos otros que allí había conocido, parecieron resucitar en él íntimos pensamientos que dejaba ir a través de su voz, como si hablase a los muros, o a los volúmenes de aquellas solitarias estancias que ahora recorrían. Y entre ellos, mencionó el recuerdo de su primer encuentro, y la ternura que, dijo, le había provocado su presencia en aquella enorme sala, tan indefenso y asustado como un pequeño ratón perseguido a escobazos.

—Nunca habrías pisado Agali de no ser por tu desgracia —concluyó su monólogo.

Estaba en lo cierto, aunque esa última palabra en su boca, por mucho que Isidoras intentase revestirla de fraternal piedad, era para Wilya tan insultante como las que desde el más frío desprecio le había dedicado Berulfo la noche en que salvó su vida. Porque, al igual que otros, aunque sin pronunciar aquel mezquino mote, le estaba llamando Manoseca.

—La guerra no se ha hecho para ti —quiso aclarar el clérigo—. Dios te quiere llevar por otro camino, pero no te dejas.

—¿Eso crees?

Por toda respuesta, el hispalense puso a su disposición un volumen que acababa de tomar de la estantería.

—No encuentro esa obra que te prometí —se disculpó—. Quién sabe lo que habrá sido de ella después de tanto tiempo. Pero este libro te gustará tanto o más que el de Petronius.

Wilya leyó en voz alta el título: *Metamorfosis*. Era un tomo mucho más denso que aquel de Platón que le había prestado Koenraad y perdió durante la campaña contra los vascones.

—También llamado *El asno de oro*, como bien refiere Agustín de Hippona —se explayó Isidorus—. Lo escribió Lucius Apuleius, un númida de la ciudad de Madaurus, hace unos cuatrocientos años. Léelo despacio, y en silencio.

—Nadie puede leer sin pronunciar el sonido de las palabras. —Al decirlo, recordó de nuevo Agali, y que así leía Isidorus en su biblioteca, sin que un susurro saliese de su boca—. Tú eres el único raro que lo hace.

Éste dejó ir una etérea carcajada, y respondió que pronunciar las palabras al leer era una distracción innecesaria para el pensamiento, mientras que leer en silencio, o al menos en voz muy queda, permitía reflexionar sobre la lectura y hada difícil que el recuerdo de lo leído escapase de la memoria.

—¿Y de qué habla?

—Es la historia de alguien obcecado en ser quien no puede ser. En cierto modo, como te pasa a ti.

La indirecta de su viejo amigo, aquella contumacia en que abandonase la milicia para dedicarse a otros menesteres después de tanto esfuerzo invertido en cumplir sus

deseos, se le antojaba enfermiza. De modo que Wilya recibió aquel libro no como el préstamo de una mano generosa, sino como botín de guerra, pues al fin y al cabo, y como vencedor, podía disponer a su voluntad no sólo de un tomo, sino de la biblioteca entera.

Isidorus no tenía cargos en contra y se evitó el mal trago de una celda y un proceso. No así su hermano, el metropolitano Leander, cuyo exilio decretó el rey como primera medida tras conocer su ausencia. Como ya hizo en Emérita, Leovigildo devolvió de inmediato las posesiones ilegalmente requisadas por su hijo, tanto eclesiásticas como civiles, liberó de las mazmorras a los funcionarios que habían sobrevivido a la rebelión y les reintegró a sus antiguos cargos. Según su costumbre desde el comienzo de la guerra, hizo que la ceca de la ciudad acuñase una nueva moneda cuyo lema sólo se distinguía de las anteriores en el nombre de su nueva conquista: «Con la ayuda de Dios tomó Hispalis». No derramó demasiada sangre, sin embargo, y, en contra de lo que muchos esperaban, los únicos que recibieron el castigo de la muerte fueron quienes habían aupado y sostenido directamente al tirano, y sus bienes pasaron a engrosar el patrimonio real.

En aquellos días llegó la noticia de que Eborico, el reciente rey de los suevos, había sido arrojado de su trono. Según los emisarios, un cuñado de éste llamado Audeca, casado con una hermana del propio rey, había reunido en torno a sí buena parte de la nobleza sueva, descontenta con el pacto de fidelidad a Leovigildo que tanto Miro como su hijo suscribieron meses atrás. El usurpador había ordenado cortar cabello y barba a Eborico, quien, una vez sometido a tan cruel tonsura y recibidas contra su voluntad las órdenes religiosas que lo invalidaban para ocupar el solio, había sido recluido en un monasterio. No contento con la humillación, Audeca había repudiado a la hermana del rey para casarse con la esposa de éste, una tal Sisegutia.

Al conocer los hechos, Wilya no pudo evitar un sentimiento de compasión hacia aquel hombre que parecía llevar escrita en su frente la derrota: primero en Metellinum, después en su confinamiento toletano, y finalmente, cuando su destino aparentaba haberse enderezado, por aquella intriga palaciega que había recluido su mucho o poco orgullo en la ignota celda de un monasterio. Leovigildo, por el contrario, no dio muestras de que esas nuevas le afectasen demasiado, quizá porque ya esperaba fuerte resistencia por parte de los nobles suevos a aceptar su sometimiento. Aunque, como la tranquilidad nunca está reñida con la prudencia, decidió mandar de vuelta a aquella frontera las tropas que desde allí se habían desplazado a la Betica, en previsión de que Audeca intentase un golpe de fuerza para justificar ante sus súbditos las bondades de su perverso acto. No alcanzaban los tres mil hombres, pero tras las bajas sufridas ante Hispalis cualquier merma añadida en el ejército real le parecía a Wilya un serio contratiempo, sobre todo si se confirmaban los rumores sobre la presencia de imperiales en aquellas tierras.

—¿Cuándo iremos contra Corduba? —se interesó ante su tío, que veía partir a sus hombres con aparente flema.

—Paso a paso, sobrino, ya te dije que la impaciencia es el peor enemigo en la guerra.

—¿El próximo mes?

—Antes debemos pertrecharnos y recobrar fuerzas, y devolver a esta ciudad el orden y la salud perdidos. No creo que hasta finales de verano estemos en condiciones.

Tanta dilación se le hacía dura de llevar. Tres meses allí detenidos eran tres meses de retraso en el final de la campaña, una espera excesiva antes de volver a ver a Hilde, su más vehemente necesidad. Llevaba casi un año sin saber de ella, y si Corduba resultaba ser tan tenaz como lo había sido Hispalis, quién sabe cuánto tiempo pasaría hasta poder cumplir sus deseos. No obstante, la marcha de las tropas del noroeste y las morosas previsiones reales le brindaban una oportunidad que no quiso desperdiciar.

—Si va a ser así, y das tu beneplácito, tal vez podría sumarme a ellos, ir a Toletum y regresar antes de esas fechas.

—¿Y ese repentino interés por Toletum?

Wilya improvisó una excusa que parecía razonable.

—Desde que mi madre no está, debo encargarme personalmente de la hacienda.

—Tienes un buen mayordomo, por lo que sé.

—Sí que lo es, pero le falta iniciativa. —Sabía que era injusto hablar así de Lucius, pero estaba seguro de que el propio sirviente habría asumido tan arbitraria acusación si con ello beneficiaba a su señor—. Siempre aguarda a mis decisiones, y si he de pasar tanto tiempo fuera de casa, cualquiera sabe lo que encontraré a la vuelta.

Leovigildo le observó de arriba abajo, con gesto socarrón.

—De acuerdo —aceptó—, pero te necesito aquí antes de que empiece la vendimia.

—Tiempo de sobra.

Dio media vuelta, dispuesto a preparar sus cosas y sumarse a la expedición, pero el rey acompañó sus pasos con una última frase.

—Oye, sobrino, aún eres joven, pero ¿no crees que ya va siendo hora de buscar esposa? Mira Recaredo, que ya está en capilla.

Estaba seguro de que su tío veía a través de su cabeza, porque leía sus pensamientos con asombrosa habilidad; o tal vez era, simplemente, que no había sabido mentir con la suficiente convicción.

El viaje hasta Toletum se le hizo más largo de lo que imaginaba, pues nada está tan lejos como aquello que se desea por encima de cualquier otra cosa. Wilya había acompañado a las tropas hasta Emérita, donde éstas tomaron la calzada del norte que conducía a través de Norba a sus guarniciones en Salmantica, la Sabaria y Asturica, mientras él se desviaba con la media docena de hombres de su guardia por la ya conocida ruta a la capital. El aburrimiento del trayecto y la ausencia de obligaciones le impulsaron a recuperar su olvidada afición a la lectura, ahora gracias al tomo que

con tanto interés le había prestado Isidoras.

Lo primero que llamó su atención era que el protagonista de aquella crónica, Lucius, se llamaba igual que el autor, quien parecía narrar una experiencia vivida por él mismo. Pero más gracia le hizo que el nombre de su mayordomo se viese de repente mezclado en semejantes aventuras, y, al no existir en aquellas líneas rostros que mirar ni explicaciones sobre ellos, su imaginación acabó dotando al personaje principal de la misma cara y ademanes que tan bien conocía en el liberto astur.

Por lo demás, y según le alcanzaban sus limitados conocimientos acerca de las incontables tierras del mundo, se trataba de una historia sucedida en la antigua Grecia. El tal Lucius, un noble joven encandilado por las artes de la magia, viajaba hasta Tesalia, famosa cuna de hechiceras y encantadoras, con el deseo de aprender de ellas los secretos de su oscura y peligrosa sabiduría. Y en tan formativo viaje, unos y otros le hablaban de las proezas de un par de brujas capaces de convertir a los hombres en rana o en carnero, o de frenar el parto de las mujeres de tal forma que alguna llevaba ya ocho años preñada sin que hubiese en ella síntomas de alumbramiento. Eran narraciones, a cual más increíble o terrorífica, que tan pronto espeluznaban como traían la sonrisa o la carcajada a sus labios, y que hicieron algo más llevadero el lento itinerario hasta Emérita. Después, ya con la sola compañía de su guardia y sin la rémora del paso cansino de la infantería y los vehículos auxiliares, había cabalgado casi de sol a sol y únicamente en las últimas horas de luz, cuando decidía dar prolongado reposo a su caballo, recuperaba por un rato aquella seductora historia.

Así supo cómo Lucius se alojó en casa de un avaro prestamista, y que una pariente le previno sobre las malas artes que se gastaba la mujer de aquél, una conocida hechicera que con facilidad se encaprichaba de los hombres y, una vez harta de ellos o si éstos desobedecían sus gustos, les convertía en piedras o en bestias, o acababa con sus vidas sin la menor contrición. Aquella sabia advertencia, en lugar de asustarle, hizo crecer el deseo de Lucius, pues nunca hasta entonces había estado tan cerca del maravilloso objetivo de su viaje. Pero no quiso manchar la cama y la honra de un anfitrión que, a pesar de su mala fama, le había acogido de muy buen modo, así que en vez de seducir a la dueña, se propuso llegar a sus artes a través de la criada, la joven Fotis, que ya le había mostrado sutilmente sus inclinaciones.

En la calma de un suave atardecer, mientras su montura se solazaba a las orillas del Tagus y sus guerreros pugnaban por demostrar quién era el más diestro haciendo saltar piedras sobre la superficie del agua, se excitó leyendo los primeros escarceos entre Lucius y Fotis, pues a cada paso creía ver en ella a su querida Hilde e imaginaba que algo así habría de ser su futuro acercamiento a ella. Y entre las consideraciones que dejaba caer en el relato de su cortejo, decía Lucius que nada era más hermoso en una mujer que su cabello, que ni la desnudez, ni la seda, ni el oro u otros atavíos eran capaces de superar la belleza de una cabellera lustrosa y abundante, y que ni la mismísima Venus, de mostrar calva su cabeza, sería capaz de complacer a

un hombre. Era negra la larga melena de Fotis, mientras que la de Hilde imitaba en sus rizos al trigo maduro, pero, a pesar de estas diferencias, Wilya no podía compartir el parecer del númida, ya que tan atractivas eran para él las ondulaciones del cabello de su amada como las que había podido contemplar en el resto de su ser. Y ahí hubo de interrumpir la lectura, sin saber adonde conducirían a Lucius sus ardides, porque al día siguiente entraba por fin en Toletum.

Su llegada provocó no poca sorpresa, temerosos todos en casa de que tan imprevisto regreso fuera a causa de enfermedad o de algún mal sobrevenido en la guerra, pero enseguida les tranquilizó saber que sólo estaba allí para cumplir algunos encargos de Leovigildo. Y no era del todo falsa su excusa, pues el rey, aprovechando su viaje, le había confiado algunas cartas sobre asuntos públicos o privados que él esgrimía como principal motivo de su repentina presencia en la capital.

A esa labor, la de emisario real, dedicó sus dos primeros días en la ciudad, lo que le permitió verse con la reina, a quien iba destinada una de las misivas. Enseguida la puso al corriente de las últimas noticias de la campaña, tanto de las favorables, como la toma de Hispalis, como de la contrariedad que significaba tener que prolongar la guerra hasta que cayese Corduba, donde se había refugiado el rebelde. Aunque le trató con la habitual cordialidad, Goswinta no parecía de buen humor, y no tanto por la dilación misma de la guerra, sino porque tan larga ausencia de su esposo no le permitía discutir con él asuntos que ella consideraba importantes. Confiada a su discreción, y tras haber leído en privado la epístola de Leovigildo, se atrevió a expresarle sus dudas sobre el anunciado matrimonio de Recaredo, y su indignación por mezclar sangre visigoda con la de quien había asesinado a su hija.

—Y por si su sangre fuera poco vil por cuanto lleva de Chilperic —dijo, conteniendo apenas sus lágrimas de impotencia—, en esa joven se suma la de Fredegundis, la furcia que le indujo a matar a mi Galsuinda.

Ella había conocido la noticia por el propio Recaredo, que se la comunicó durante la visita que hizo a Toletum para acompañar a la legación de Neustria, y tan serio fue su enojo entonces que se negó a recibir a Ansovald o a cualquiera de aquellos francos, a quienes habría expulsado del reino de inmediato si ese poder hubiese estado en su mano. Al parecer, Leovigildo, sabedor por el propio Recaredo de su malestar, se adhería en aquella carta a sus legítimos sentimientos al tiempo que apelaba a su responsabilidad como reina a la hora de buscar alianzas firmes con los vecinos.

—Me sobran años de reina para no saber a estas alturas cuáles son mis deberes —concluyó Goswinta su íntimo desahogo—, pero él nunca ha sido ni será madre para entender lo que ahora siento, la pena que su decisión ha desatado en mi alma.

Wilya salió muy incómodo de aquella audiencia, pues saberse depositario de tales querellas familiares le convertía casi en un conspirador a espaldas del rey. Aunque él, si bien coincidía en buena parte con la preocupación de Goswinta, se había limitado a prestar oídos a su colérico monólogo sin atreverse siquiera a opinar en un sentido o su

contrario, y de lo único que podía ser acusado era de honrar con el debido respeto las observaciones de la más notable mujer del reino.

Con esa embarazosa sensación abandonó el palacio, y luego la ciudadela, en busca de lo que de verdad le había llevado hasta Toletum. El corazón le palpitaba con violencia mientras sus piernas recorrían a zancadas los arrabales extramuros hasta aquel rincón apartado a orillas del Tagus donde un día había descubierto el humilde hogar en que vivían Badwila y su hija. Llegado el momento decisivo, antes de tener a la vista el cobijo del herrero, se detuvo a tomar aire, pues una especie de ahogo le iba creciendo a medida que se aproximaba al lugar donde había de dar forma al sueño que en los últimos meses dominaba sus noches y sus días. Pensó si sería conveniente la previa protección de aquel par de árboles que tiempo atrás le permitieron pasar inadvertido mientras observaba los trajines de Hilde, aunque rechazó la idea de inmediato, porque no había recorrido casi quinientas millas para ocultarse, sino para mostrar abiertamente sus sentimientos. Así que tomó la callejuela que llevaba directamente hasta la fachada posterior de la casa, dispuesto a llamar a su puerta sin más preámbulos.

Al doblar la esquina, sus pies se detuvieron sin tener que aguardar una orden. Allí estaba Hilde, sentada en el poyo junto a la entrada, gozando del sol amable de un verano que ya asomaba, si no en el calendario, sí en los guiños de la naturaleza. Verla de repente, de espaldas a él, aunque tan distinta de aquella última vez en el río, le hizo tambalearse, pero acopió el valor suficiente para cubrir los tres o cuatro pasos que les separaban. En ese instante, Hilde hizo un movimiento, un leve giro de su cintura que le permitió contemplarla de perfil, y con la hermosura de aquel rostro vino también a sus ojos la pálida y turgente superficie de su busto, libre del vestido que debía cubrirlo. Y entre ese espacio mínimo de sus pechos, que él sabía tan delicioso a la vista, y sus brazos encogidos, sujetaba una pequeña criatura afanada en sacar alimento de uno de sus pezones. No fue necesario que se hiciese notar, pues Hilde, que había percibido de reojo una presencia a su lado, al verle hizo un mohín de asustadiza sorpresa, aferró al niño contra sí y desapareció en el interior sin más explicaciones.

Quedó ante la puerta con el saludo congelado en los labios, sin saber qué hacer, y lo que era peor, qué pensar. El resultado de su intento había tenido exactamente el mismo desenlace que en la ocasión precedente. Estaba claro que Hilde nada quería con un tullido de rostro calamitoso por noble que fuese su sangre. Pero ahora, para mayor desconcierto, había un niño en medio, seguramente un hijo, pues ninguna mujer da de mamar si antes no ha parido, incluso las amas de cría que alimentaban a hijos ajenos lo hacían por haber perdido el suyo o por compartir su abundancia de leche, pero siempre tras un parto. Era todo demasiado confuso, dolorosamente confuso, como si de repente buena parte del mundo se hubiese derrumbado ante sus ojos sin saber por qué, y sin haber podido hacer nada por evitarlo. Pensó si golpear aquella puerta, o directamente echarla abajo para pedir explicaciones, pero qué

explicaciones iba a pedir y con qué derecho. Poseído por un irresistible desfallecimiento, se sentó por fin en el banco que momentos antes Hilde había calentado con su cuerpo, y allí encerró su rostro entre las manos intentando recuperar la calma y el pulso perdidos, y retener de paso alguna lágrima que sin su permiso quería escapar de los párpados.

Tras un tiempo en que nada parecía existir salvo aquella tormenta que llevaba dentro, caminó como lo haría un borracho, sin atender al terreno que pisaba ni prestar atención a edificios o seres humanos. Nada tenía importancia, nada de cuanto había alrededor podía ser sino una falsedad, una visión urdida por algún maligno hechicero que había vaciado el mundo de sentido. También a él le había vaciado, dejándole aquel profundo desgarro en el lugar que antes ocupaban las vísceras. Se sentía tan desgraciado como años atrás, cuando era un mocoso dolido con la vida que se sentaba a sollozar frente a la fragua de Badwila. Y al reparar en el nombre y el recuerdo de su amigo, el primero que le había tendido una mano para sacarle del abismo en que se creía preso, decidió que nadie mejor que él habría de prestarle un poco de luz en un asunto que concernía a su propia hija.

Llegó hasta la fragua sin saber muy bien qué decir, pues siempre se había cuidado de confesar a nadie su inclinación por Hilde, y todavía le avergonzaba que su padre pudiese albergar cualquier sospecha en ese sentido. Con el mejor ánimo que pudo, sorteó la inicial sorpresa de Badwila con la excusa del encargo epistolar de Leovigildo, y sació luego el interés del herrero por la marcha de la campaña y sus experiencias personales en la misma. En cuanto tuvo ocasión, una vez la curiosidad de éste pareció calmarse, dejó salir las preguntas que lo atormentaban.

—¿Por qué me rehuye Hilde? ¿Por qué se asusta de mí?

Badwila parecía desconcertado, y él le explicó lo sucedido en las ocasiones en que había querido dirigirse a su hija, sin entrar en detalles de lo que bullía en su corazón.

—No es miedo hacia ti, Wilya, ni rechazo alguno de tu defecto, ni de tu rostro herido. Es por su propia vergüenza.

—¿De qué tiene ella que avergonzarse?

—Hilde es muda.

Sin palabras quedó también él ante la revelación del herrero. Rememoró las pocas ocasiones en que la había visto y, desde luego, ninguna palabra, ni el más leve sonido podía recordar en su boca.

—Algún demonio se le metió dentro al nacer —explicó Badwila, y un velo de melancolía nublaba su rostro—. Puede que el mismo que se llevó a su madre en aquel instante. Y ese demonio no le deja hablar ni le permite oír lo que otros dicen.

Wilya buscó nuevamente la ayuda de un banco para sujetar unas piernas que no querían sostenerlo. Así que ése era el problema que les había mantenido distantes. No su invalidez, ni siquiera su media cara abrasada por la tierra, sino que ella se avergonzaba ante él de su propia carencia. Si lo hubiese sabido, o de no ser tan

cobarde como era, ya la primera vez habría ido tras ella para demostrarle que nada le importaba si podía hablar o no. Y esa misma mañana, de haber conocido la verdad, habría frenado su marcha para confesarle, aunque fuese a gritos, lo que sentía por ella. Aún estaba a tiempo de hacerlo, nada le impedía correr hasta allí y poner remedio al vacío que su rechazo le había dejado dentro. Pero no, ya era demasiado tarde. Aquella criatura en sus brazos, aferrada a su pecho, significaba una fosa tal vez mucho más infranqueable que cualquier malentendido.

—¿Se ha casado?

Badwila negó con la cabeza.

—Pero tiene un hijo, o una hija…

—Un niño de dos meses, sano y hermoso —asintió ahora el herrero, con una franca y satisfecha sonrisa—. Cuando supimos el embarazo pensé en ponerla en manos de una operatriz para que le quitase el crío, pero el padre se negó, no sólo porque un rey no puede contravenir la ley, sino porque deseaba ese hijo sinceramente. Y hoy me alegro de haber obedecido su orden.

—¿De qué rey estás hablando, Badwila?

—De Recaredo. Él es el padre. Es muy atento y generoso con nosotros, y Hilde se siente feliz. Él mismo escogió el nombre, y le puso Liuva. Dijo que a ti te gustaría.

Se enclaustró durante días para rumiar a solas su amarga decepción. Nada quería con Lucius, quien, a la vista de su repentino cambio de humor, se ofrecía gustoso, como voluntaria víctima de un insufrible sacrificio, a participar en el juego del chaturanga. Nada tampoco con Koenraad, que durante su ausencia le había hecho llegar una afectuosa carta de ánimo que se quedó sin respuesta. Ni tampoco con aquel libro de Isidoras que primero le había entretenido y luego captó todo su interés durante el viaje desde Hispalis. Encerrado en la privacidad de su cuarto, Wilya pasaba las horas intentando ocultarse de aquel pajarraco que le perseguía para comerle las entrañas y picotear sin piedad sus pensamientos. Esfuerzo inútil, pues cuanto más solo se hallaba, con mayor ahínco sufría aquellas acometidas y más vividos y lacerantes resultaban los hechos.

Ahora entendía la celestial y enigmática sonrisa de Recaredo al regresar de Toletum al campamento, meses atrás. Por las explicaciones de Badwila, su primo se había enterado de la preñez de Hilde cuando acompañó a los legados de Neustria, y ahí tomó su decisión de respetar la descendencia que hubiera de venir. De no haberse producido ese viaje, y conociendo el primer impulso del herrero, quién sabe si aquel niño existiría o no. Pero la pregunta que atormentaba a Wilya iba mucho más allá de aquellos últimos hechos, y era cuándo y cómo había llegado su primo a Hilde si aquella vez que la vieron en el río parecía ser una completa desconocida para él. El caso es que tan pronto se veía poseído por un odio implacable hacia Recaredo por haberle robado lo que tanto deseaba, como revolvía ese sentimiento contra sí mismo, el verdadero culpable, por su cobardía, de semejante pérdida.

A pesar de tanta postración, decidió cumplir con la promesa hecha a Badwila tras

la campaña de la Lusitania. Era una forma de distraer la cabeza y apartarla de aquella obsesiva idea que le afligía. Así, el día más largo del año, aquel en que la noche es más corta y los espíritus más débiles, Wilya acudió a la cita convenida con su amigo. Había seguido escrupulosamente las exigencias del herrero, es decir, la completa abstinencia sexual durante una semana y la retirada de su dieta durante ese mismo periodo de cualquier tipo de carne, siquiera en caldo. No le había resultado difícil ajustarse a semejantes restricciones, pues la pérdida de Hilde había reducido hasta extremos insospechados tanto el hambre como sus ímpetus eróticos. Sólo agua había tomado en el día precedente, y tampoco ese sacrificio, antes impensable, se le había hecho demasiado penoso.

Badwila le llevó fuera de la ciudad siguiendo la orilla del Tagus, hasta que la senda se empinó y ambos se vieron obligados a trepar durante un buen trecho por la abrupta pendiente que se elevaba bajo las murallas. En una de aquellas prominencias se abría una cueva de estrecho acceso y casi oculta por la maleza en la que penetró el herrero, y él detrás, después de darle fuego a una tea que se hallaba en la misma entrada. El suelo, cubierto de resecos excrementos de cabra, mostraba el ocasional uso de aquel lugar como improvisado aprisco, aunque más adelante, y tras varios pasos por un angosto pasadizo, la gruta crecía en altura y sus paredes se distanciaban hasta formar un habitáculo mucho más limpio, templado y acogedor. Casi en su centro se erguía un tronco seco y desprovisto de corteza, como un gran hueso que brotase de la tierra para ir a frenar su avance a varias cabezas de distancia del techo.

El herrero tomó la lanza que hasta allí había empleado como bastón y con ella trazó en el arenoso piso un círculo en torno al madero, hasta que éste quedó completamente rodeado por el dibujo. Vació luego el contenido de su alforja y fue distribuyendo varios objetos sobre la línea que acababa de marcar, haciéndole ver a Wilya la importancia de aprenderse bien y guardar en la memoria cuanto veía y escuchaba. Primero vertió en una escudilla de barro parte del pellejo de agua que traía y la dispuso en el punto que marcaba el sur. En el oeste colocó una pluma de cuervo, pues aquél era el lugar que, según dijo, representaba el aire. En el norte, una rama de fresno recién cortada en nombre de la tierra, y en el este un segundo tazón en cuyo interior hizo arder algunas ramas en nombre del fuego. Cumplido este rito, le entregó un puñado de bayas terrosas para que las comiera, pero su olor era tan nauseabundo que Wilya apenas pudo acercárselas a la boca.

—¿Qué es esta porquería?

—Lo llaman beleño.

Ya había escuchado ese nombre en Agali. Era una de las plantas que le mostró Koenraad, pero no podía recordar de cuál de ellas se trataba, ni si el ostrogodo le había dado explicaciones sobre sus virtudes o peligros.

—Tápate la nariz y mastícalas bien.

Mientras cumplía con tan desagradable trámite, Badwila le ordenó quitarse la ropa hasta quedar en cueros para aplicarle sobre el pecho, la nuca y las axilas un

pringoso ungüento que dijo ser manteca de cerdo mezclada con jugo de bayas como las que masticaba. Después le condujo hasta el centro del círculo que había trazado en el suelo y le ató con fuerza al tronco muerto.

—¿Por qué lo haces?

—Para evitar que vueles demasiado alto —replicó ante sus protestas.

Dicho esto, y tras comprobar que las ligaduras eran lo suficientemente firmes, el herrero tomó de nuevo la lanza y con su punta rasgó ligeramente la pierna de Wilya hasta que un hilo de sangre manó de la herida. Éste le miraba estupefacto, sin saber muy bien hasta dónde pretendía llegar el hombrón con semejante castigo. Pero ahí parecía haber concluido la ceremonia, porque Badwila se retiró a sentarse al rincón donde había fijado la antorcha.

—Cantamos a nuestros muertos —dijo tras un rato de silencio—, pero ellos también lo hacen para nosotros. Asistir al canto de los difuntos es un privilegio, y cuando lo has escuchado una vez, ya no puedes dejar de oírlo.

La voz de Badwila adquiría poco a poco un suavísimo tono que, acompañado por el claroscuro de su figura bajo la tea, parecía provenir de la misma piedra.

—Es una salmodia que te envuelve, un velo de soledad, un arrullo que tira de ti hacia ellos, y no importa qué camino elijas a partir de ese momento, porque todos los pasos que des te conducen, sin que puedas hacer nada para evitarlo, hacia el destino trazado por los dioses.

Las bayas le habían dejado la boca y la garganta resecas, casi abrasadas, y un sudor anormal, un calor febril empezaba a estremecerle, al tiempo que el corazón vibraba mucho más deprisa de lo que debería. Wilya luchaba por retener cuanto decía el herrero, pero sus palabras apenas tenían ya significado por mucho que se empeñase en escuchar lo que sólo era un lejano y gutural susurro.

—Los hombres tienen por costumbre oponerse a los designios del Cielo, y eso trae la infelicidad a sus corazones. Pero aquellos que escuchan el canto de los difuntos se dirigen alegres hacia su futuro. Que Guodan te mire, Wilya, que Tyz te recoja.

De repente, caminaba por una senda hacia el lecho de un río seco, entre requemados pedregales, bajo el asfixiante aliento de un verano tan infernal como nunca había conocido. Las sombras parecían sólidas y grumosas, y una lluvia de polvo teñía el horizonte de colores mortecinos al tiempo que acercaba el eco de frases anónimas, amigas a veces, crueles otras como garfios que se clavasen en la carne.

—Busca la *taikka*, encuentra la señal, Wilya. —Escuchaba la voz de Badwila, que se disolvía en minúsculos trocitos hasta perderse por las esquinas del aire.

Era un paisaje poblado de fantasmas. Los había sentados junto al camino e indiferentes a su presencia mientras otros ascendían en lenta y silenciosa procesión hasta la desconocida ciudad que quedaba atrás, a sus espaldas. Algunos viajaban con él, a su lado, y había en sus ojos un color de conformismo, como de resignada aceptación de una condena. Pero ni una sola palabra podía esperarse de aquellos

espectros, mucho menos canciones. A pesar de que centraba toda su atención en ese empeño, no conseguía escuchar el canto de los muertos, sino un hiriente murmullo de chicharras que resultaba ensordecedor y crecía hasta casi hacerle enloquecer. Apareció entonces aquella bestia. No la había visto hasta ese momento, y marchaba tras él como si desde el principio le hubiese estado siguiendo. Era un oso negro, un enorme y viejo oso cojitranco que casi arrastraba sus patas traseras para seguir a duras penas el ritmo de sus pasos.

—Si andas tan deprisa, nunca te alcanzaré —dijo el oso, lanzándole un zarpazo que sólo hirió a la nube de polvo que les separaba.

Al confirmar su dramático estado, sintió piedad por el animal, se detuvo y aguardó su llegada para acariciarle el lomo como si fuese un dócil perrillo.

—¿Por qué te has detenido? —preguntó la bestia entre ronroneos—. Ahora estoy obligado a devorarte.

—Inténtalo —repuso con una confianza que a él mismo le resultaba extraña.

El oso apuntó un rugido y quiso alzarse sobre sus cuartos traseros, pero desistió quejumbroso antes de conseguirlo.

—Dichoso tú, que has vencido el miedo —concluyó la fiera, que se tendió a sus pies para seguir recibiendo arrumacos de su mano.

Llegó de repente el invierno y reemprendió la marcha, ahora más sosegada para permitirle al oso lisiado seguir su ritmo. Ante ellos se abría un camino entre tierras yermas salpicadas por hileras de matojos tristes, de árboles desnudos, derrotados todos por el ronco lenguaje del hielo y el fétido aliento de la guerra. Y allí seguían los fantasmas, cargando cada cual con su muerte a las espaldas, avanzando ahora hacia un mismo destino, el campo de batalla dispuesto en aquella infinita y pálida llanura. Los espectros parecían ser convocados al combate por una orden que únicamente ellos podían oír, y acudían a millares a esa llamada, como si en aquel lugar hubiera de librarse el choque más brutal que nadie hubiese presenciado jamás. Pero no cantaban, y sólo un silencio angustioso acompañaba su lento caminar mientras el resuello congelado de su respiración quedaba suspendido en el aire como una espesa nube de escarcha.

Y sobre aquella bruma de hielo, montando un caballo gris de ocho patas, había una figura embozada en manto azul, que con su poderosa lanza parecía dirigir las evoluciones del gigantesco ejército de espectros. Dos cuervos revoloteaban a su alrededor, dos negras aves que a veces escapaban lejos de su dueño para ir a mezclarse con la tropa fantasmal y regresar luego a posarse de nuevo en sus hombros.

De frente, apenas a dos pasos y como surgido de la nada, un gran lobo se interpuso en su camino. La majestuosa presencia del animal quedaba, no obstante, mermada por la cuenca vacía de uno de sus ojos.

—La batalla necesita un héroe —dijo el lobo tuerto.

—Debes buscarlo en otro lugar —repuso él.

—¿Acaso no eres tú quién ganó fama en Emérita, después en el puente de

Metellinum y más tarde frente a Hispalis?

—Nada es mi fama comparada con la de muchos de esos combatientes.

—Esos héroes sólo son leyenda —argumentó desdeñoso el lobo—. La suya es una fama tan muerta como ellos.

—Otras más justamente ganadas que la mía habrá entre los vivos, porque yo siempre conté a mi lado con el fuerte brazo de Leovigildo.

—Bienaventurado tú, que has vencido la vanidad.

Se cubrieron los árboles de hojas pardas mecidas por el viento, y los carámbanos derretidos dejaron paso a una lluvia fina y blanda que ni siquiera encharcaba el suelo. Y él prosiguió su camino con el oso cojo y el lobo tuerto, sus tullidos compañeros de viaje, hasta llegar a la ribera de un río por cuyo curso, en vez de agua, fluía densa y humeante sangre con olor a carne quemada. Tampoco allí se oía cantar a los espectros, sino que paseaban en silencio por la orilla o mojaban sus pies en el cauce sin atreverse a cruzar al otro lado. Porque nada había al otro lado sino tinieblas, como si allí se acabase el mundo incluso para los fantasmas. Nadie se lo explicó, pero supo que se encontraba ante la Linde Negra, y que más allá del río de sangre, en aquella otra ribera que no podía verse, palpitaba una ambigua presencia. Se sentó a esperar, seguro de que alguna señal habría de recibir, y al cabo de un tiempo incalculable con la mirada fija en aquella perpetua oscuridad, pudo percibir un brillo anómalo, que fue tomando forma hasta adquirir la nítida figura de una espada.

Era Tyzfingir, el arma del dios de la guerra cuya propiedad otorgaba el poder sobre los hombres y los reinos del mundo de los vivos. Al verla ahora frente a sí, refulgente como un relámpago en noche cerrada, le pareció estar mirando aquella otra de Leovigildo que un día ayudó a forjar a Badwila. Y con ese recuerdo llegó también el de Hilde, a la vez que un agitado aleteo planeaba sobre su cabeza. El recién llegado era un cuervo, aunque tan imperfecto como sus previos acompañantes, tanto que nada tenía en común, salvo el hecho de ser un cuervo, con los que revoloteaban alrededor de aquel magnífico jinete de manto azul, pues éste era completamente albino y su plumaje parecía carcomido por la tiña.

—Puedo llevarte al otro lado sin que tus pies se manchen de sangre —dijo el cuervo.

—Todavía es pronto para eso —sonrió él.

—Puedo traer a tu lado a esa mujer en la que piensas sin que tus manos se manchen de sangre.

—Ya es tarde para eso —admitió sin perder del todo la sonrisa.

—Puedo traerte a Tyzfingir, y con ella un reino.

—Tiempo habrá de tomar esa espada y de hallar mujer, si es que así ha sido dispuesto.

—Feliz tú, que has vencido a la codicia.

Se giró sin levantarse para dar la espalda a la Linde Negra. No tenía miedo a traspasarla, ni aprensión a sumergirse en aquella hedionda y espesa sangre para

alcanzar la otra orilla. Algo le decía que no era el momento de hacerlo, y que aquella espada tenía demasiado poder como para tomarla a la ligera, sin el menor esfuerzo por su parte. Aquella arma era un sueño, un poderoso sueño, y éstos, por intensos que sean, deben ser cumplidos a su debido tiempo, ni antes ni después, o corren el riesgo de resultar tan estériles como una gota de agua sobre la tierra abrasada por el sol.

Así pensaba mientras llegó la primavera, y lo que antes era decadente y moribundo horizonte otoñal devino en verdores punteados de blancos, rojos y amarillos, en árboles vitales y arroyos saltarines. Y allí seguían los fantasmas con sus cuencas vacías o resignadas, tan mudos como siempre. Sabía que era la última oportunidad de escuchar su canto porque el ciclo de la naturaleza culminaba allí su caprichoso y desordenado tránsito por los cuatro puntos cardinales. Se puso en pie para ir en busca de lo que no hallaba, con el oso cojitranco a su derecha, el lobo tuerto a la izquierda y el cuervo albino ensayando círculos sobre su crisma. Pero en vano buscaba la *taikka*, aquella inconcreta señal que le había dicho Badwila, pues los alrededores parecían haberse colmado de vida y, excepto el lánguido y atolondrado penar de los espectros, todo un mundo en inquieto movimiento pugnaba por hacerse presente ante sus ojos. Entonces la vio. Posada en una zarza con sus poderosas alas extendidas, parecía una gran flor carmesí. Fascinado por aquella visión, avanzó a su encuentro, y, cuanto más se aproximaba a ella, más se veía decrecer en estatura, como si el tiempo marchase en dirección contraria a lo que exige la naturaleza y cada instante fuese un poco más joven de lo que había sido en el instante anterior. Una vez al alcance de la mano, la contempló atónito. Era perfecta, algo de lo que no podían presumir ni él ni sus tres compañeros.

—¿Jugamos? —dijo ella.

—Esta vez te atraparé —repuso con seguridad.

—Cada ocasión es única.

—Hoy no me harás daño. —Mientras lo decía, desplazaba sus manos con sigiloso esmero hacia la mariposa. No, esta vez no escaparía.

—La vida nunca se repite —sentenció ella despreocupada.

—Ni la muerte, por lo que parece.

—Así es. Oye cómo cantan los difuntos.

No era cierto, pues los espectros seguían tan mudos como antes, pero aquella frase bastó para que él desviase su atención y la mariposa volara fuera de su alcance.

—Afortunado tú, que has vencido al desaliento —la oyó decir a medida que se alejaba cubriendo el sol con sus alas y la tierra de una sombra cárdena.

Ahora, en el lugar que ella ocupaba había un espacio vacío, y tan oscuro como un pozo. Se acercó intrigado a aquel abismo que aún mantenía la silueta de la mariposa con sus alas extendidas. Ella parecía estar todavía allí, retadora y confiada, pero entre las zarzas sólo se abría una espantosa sima hacia el infierno que le llamaba por su nombre.

LÁGRIMAS DE ÁGUILA

Hacia Hispalis, verano de 583

Los hombres andaban dedicados a un único afán en aquellos días, el de obtener de la tierra cuanto esperaban de ella tras meses de cuidados y plegarias. Los alrededores de cada ciudad, aldea o villorrio presentaban una estampa similar, con sus gentes dispersas por los sembrados recogiendo la cosecha o acopiándola junto a los senderos a la espera de su acarreo. A medida que avanzaban hacia el sur, la labor parecía más adelantada y las enormes hacinas de gavillas iban desapareciendo de las eras para ceder su sitio a espléndidos almiares, cerros de oro vegetal que aguardaban su traslado a graneros y almacenes para futuro contento de estómagos y patrimonios.

Tan invariable y plácido paisaje acompañó el regreso de Wilya hasta Hispalis, aunque sólo exteriormente, porque otras imágenes, y mucho más poderosas que las que a diario veía pasar ante sus ojos, se desarrollaban entretanto en su interior. Tal y como sucedía en las eras con los haces de cereal, él había acumulado demasiadas experiencias durante su corta visita a Toletum. Y de igual modo que exige esfuerzo y lleva su tiempo transformar la espiga en pan o en paja para rellenar colchones y alimentar ganado, o el estómago sigue su propio orden para digerir lentamente los alimentos, su cabeza era todavía incapaz de dar respuesta fiable a tantas impresiones acumuladas, especialmente a las recibidas en la extraña ceremonia organizada por Badwila. Tras ella, aún hubo de permanecer varios días bajo los cuidados del herrero, pues aquel sorprendente ritual y los ayunos necesarios para llegar a él le habían debilitado hasta la extenuación. Durante ese tiempo, el forjador iba y venía con frecuencia para asistirle mientras él recuperaba fuerzas en el interior de la gruta, y cuando por fin recobró la necesaria conciencia de sí mismo y de cuanto le rodeaba, el maestro quiso centrar todo su interés en el lance que había vivido y su correcta interpretación.

Así, y al hilo del relato de unos hechos que Wilya era capaz de recordar hasta en sus mínimos detalles, Badwila le explicó que la majestuosa figura que había visto en los cielos no era otro que Guodan, el dios supremo, que cabalgaba a lomos de su caballo Sleipnir, rápido como el viento gracias a sus ocho patas, y que con la poderosa lanza que sujetaba en su mano decidía quiénes habrían de morir o vencer en cada batalla, y que sus dos cuervos le contaban todo lo que sucedía en el mundo por oculto o lejano que estuviese. Aunque no era exactamente el inicio de una batalla lo que él había presenciado, pues, según el herrero, aquella gran convocatoria de espectros que se preparaba ante sus ojos era el prolegómeno de la Cacería Salvaje, la cabalgada de Guodan contra las fuerzas del mal que los mortales percibían en forma de terrible tormenta en los cielos.

El ceremonial vivido por Wilya era similar al que el propio Guodan sufrió

voluntariamente al comienzo de los tiempos, pues el primero de los dioses había permanecido nueve días herido de lanza y colgado del árbol de la vida para adquirir conocimiento.

—¿Nueve días he estado sujeto a ese tronco? —inquirió, incrédulo.

—Apenas uno en tu caso, pero tú no eres un dios.

En cuanto a las bestias que le habían acompañado en su periplo, Badwila no podía sino sentirse orgulloso de él, pues el propio dios las había puesto en su camino. El oso, por cojo que estuviese, era un guerrero *berserk*, palabra que en la lengua de los antepasados significaba precisamente camisa de oso. Y el lobo tuerto un guerrero *wulfhednar*, que en la misma y ya perdida lengua quería decir piel de lobo. Le había explicado el herrero que ambos estaban bajo la protección de Guodan, quien les favorecía en la batalla permitiendo mutar su naturaleza humana en la de un animal feroz para terror de sus enemigos; aunque sin renunciar a ser hombres, pues dos almas tenían los humanos, una interior y otra exterior, y sólo esta última cambiaba por voluntad divina.

—¿Y el cuervo blanco?

Más allá del capricho de su color y de las condiciones de su plumaje, dijo Badwila, los cuervos, como aquellos que había visto posarse en los hombros de Guodan, eran mensajeros, emisarios entre el mundo de los hombres y otros mundos que los humanos no pueden pisar, ni siquiera imaginarse.

—El cuervo es tu alma interior que se separa de tu cuerpo para viajar en busca del espíritu de los ancestros, para encontrarse con los dioses o hallar respuestas lejos de donde tú estés, tanto del presente como del pasado o el futuro.

Por voluntad de Guodan debía de haber cambiado su propia alma exterior, pensó Wilya al escuchar las explicaciones del herrero, un alma rota y afeada por aquel accidente de años atrás, mientras que la interior, libre de esas y otras ataduras, era la que había protagonizado los prodigios que acababa de vivir. Aunque tan deforme como la otra, al fin y al cabo, pues nada era tan imperfecto como un cuervo albino.

—Me ofreció la espada de Tyz. —Había omitido en su narración la segunda oferta del cuervo, la de Hilde.

—Y ten por seguro que te la habría entregado, pero la rechazaste. No soy quién para conocer los motivos de tu desaire, aunque has de saber que muy pocos disfrutan de semejante oportunidad.

No una, sino dos ocasiones había dejado escapar en tal caso, la de la propia espada y la de Hilde, pero Wilya no se arrepentía de su decisión. Quizá el parecer de Badwila fuese diferente, más cercano al suyo, de saber que su hija estaba incluida en aquella oferta, aunque esto jamás lo conocería por su boca.

—Si alguna vez la poseo será porque yo mismo la haya alcanzado. —Y al decirlo, pensaba tanto en una como en la otra.

—Muy noble tu propósito, pero él te la ofrecía sin necesidad de mancharte de sangre.

No le faltaba razón. Aquella imagen frente a la Linde Negra permanecía tan grabada en la memoria que aún le daba vueltas a su inquietante significado, pero en ese momento quiso zanjar el asunto sin más comentarios.

—¿Y la mariposa?

Badwila había vacilado ante la pregunta. La implacable seguridad que hasta entonces demostraba pareció difuminarse en un instante.

—Te he hablado de lo que la tradición nos ha venido enseñando desde tiempos inmemoriales. Cuanto pueda decirte sobre ese detalle debes atribuirlo sólo a mi personal razonamiento. Y, sobre todo, seguir tu propio instinto.

Según el herrero, esa presencia que venía repitiéndose en su vida, primero en el percance, después en las pesadillas y por fin, lo que para él resultaba extraordinario, en su reciente aprendizaje en busca de la Linde Negra, tenía que ser sin duda un *draugar*, es decir, un muerto que regresa. A veces, dijo, los fallecidos, disconformes con su muerte, quizá por haber caído de forma violenta, tal vez porque los ritos funerarios en su honor no se habían realizado de forma adecuada, regresaban al mundo de los vivos para pedir justicia o bien para anunciar algún tipo de desgracia. De inmediato, al escucharle, Wilya había pensado en Berulfo, en que el terrible espectro de Sigila que le perseguía desde Arenetum exigiéndole venganza podría ser real, uno de esos *draugar* de los que le hablaba Badwila, y en ese caso, de ser ciertas las palabras del herrero, la locura de su amigo no era tal, sino cruel padecimiento ante un acoso verdadero.

—Habrá de ser un anuncio de desgracia —admitió—, porque eso fue nuestro primer encuentro.

—A veces lo hacen para comunicar algo importante.

—¿Como un augurio?

Badwila asintió con la cabeza, aunque dudó antes de proseguir.

—Una única palabra salió de tu boca durante el viaje —dijo al fin.

—¿Qué palabra es ésa?

—Atta. *Sólo decías eso*: Atta, atta…

—Parece godo.

—Godo es.

—¿Yo hablaba en godo? —replicó escéptico—. ¿Y qué significa?

—Padre.

Le temblaron las piernas al escuchar la traducción. De repente Wilya cayó en la cuenta de que era la palabra que abría la oración dominical, pero la incomprensible liturgia de su fe solía recitarse de corrido sin atender a otra cosa que la corrección de los sonidos, jamás a un significado ya inalcanzable para todos, de modo que siquiera media docena de términos, *atta* entre ellos, tenían sentido para él. Nunca había empleado semejante vocablo fuera de una iglesia.

—Durante un buen rato no dejaste de repetirla.

—Quieres decir que llamaba a mi padre, que tal vez en esa mariposa resida su

alma.

—Nadie sino tú puede dar respuesta a eso. Pero si así fuera no estaría de más que intentes hablar con él para conocer sus intenciones.

—¿Cómo voy a hacer semejante cosa?

—Tu alma interior es un cuervo albino. Quién sabe si la suya se manifiesta a través de esos minúsculos animales.

Muchas veces desde aquel día había pensado Wilya en tan demencial consejo, como había reflexionado sobre si lo vivido era cierto o si, a pesar del imborrable colorido de sus recuerdos, sólo había sufrido un largo y poderoso ensueño como consecuencia de las abominables bayas ingeridas. Y se preguntaba qué motivos habría de tener su querido padre para provocarle mal, o, en el mejor de los casos, qué extraña razón podría inducirle a abandonar el mundo de los muertos para comunicarse con él.

Aunque un segundo padre había ganado en aquellas fechas, según Badwila. Todavía guardaba fresco el recuerdo de su despedida, ya en la fragua, la última noche antes de partir.

—Ahora eres como mi hijo adoptivo —le había dicho, sin poder ocultar la emoción que nublaba el gris de sus ojos—. En su día, tú enseñarás a mi nieto lo que yo te he mostrado para que así no desaparezca de nuestra nación la memoria de los dioses.

—¿Argimundo también lo es?

—No, Wilya, no; sólo uno puede ser el heredero. Nadie es come tú ahora, y tu vuelo llegará mucho más alto y más lejos de lo que pudo llegar el mío. En tus solas manos queda la estirpe de Tyz.

El herrero había aprovechado el último abrazo para agradecerle su respeto por Hilde, una nueva confidencia por su parte que, aunque sin pretenderlo ni conocer quizá su verdadero alcance, hizo supurar una palpitante herida.

—Sé lo que sientes por ella. Desde el día que te agarré para llevarte a la fragua. Quedó grabado a fuego en tu mirada. Lo veía cuando la encontraste allí, y cada vez que la buscabas inútilmente por los alrededores. Gracias por no intervenir ahora en su vida, porque sería una situación más que incómoda.

Los dioses decían que había vencido el miedo, la vanidad, la codicia y el desaliento, y ahora el escudo negro de los elegidos de Guodan preparado con su pericia habitual por el buen herrero colgaba de la silla de su caballo. Pero eso no le hacía invencible frente al furioso embate de la duda, y cada vez que el crepúsculo pintaba de bermellón el horizonte y ponían pie a tierra tras horas de cabalgada. Wilya se retiraba de la compañía de su guardia, hecha ya a esas soledades por su afición a la lectura, para buscar por allí zarzales e improbables mariposas.

En torno a Hispalis parecía haber renacido la esperanza de vivir. Los campos de cereales sólo mostraban ya rastrojos tras el eficiente trabajo de las hoces, y en los apriscos se reunían los pastores esquilando sus rebaños. El Betis había sido alejado de

la ciudad, pero volvía a presenciar el paso fluido de embarcaciones río abajo, hasta el puente que tanta sangre había costado, y en aquel territorio robado meses atrás a las aguas se observaba una insólita actividad de gentes y bestias dedicadas a abrirle las entrañas a la tierra, como si quisieran convertir aquellos marjales agostados por el sol en un vergel que en años venideros pudiera ofrecer a la ciudad alimento y riqueza suficientes para compensar los beneficios perdidos del antiguo curso. Y el puerto, que ni siquiera en los difíciles meses que duró el asedio había perdido su pujanza, acogía una frenética actividad de carga y descarga en naves llegadas desde los más insospechados lugares del mar interior, quién sabe si desde las brumosas tierras que vieron nacer a Gur, el monje escoto.

La ciudad había cambiado también su aspecto. Más luminosa ahora si cabe por los caprichos del fortísimo verano, sus lechosas calles estaban adornadas con flores y plantas en ventanas, balcones y plazoletas, y el rostro de sus habitantes, bien pasearan o bien holgasen a la sombra de los emparrados muros de sus casas, parecía haber olvidado la horrible mueca de la muerte. Como signo de absoluta normalidad, perros, cerdos y gallinas correteaban de nuevo libremente sin el riesgo de ser atrapados para saciar el hambre implacable de todo asedio. Los mercados bullían de griterío y movimiento, y la oferta era tan abundante como la que podía hallarse en Toletum o Emérita, tanto en puestos al modo romano que extendían sus mostradores plegables bajo un chamizo en el exterior de la tienda como en productos acumulados directamente sobre el suelo, según la costumbre de labriegos y forasteros sin lugar de venta fijo. Miel, olivas aliñadas, hortalizas, carnes de vaca, cerdo y oveja, manteca, pescados del Betis o de las costas del océano se confundían con el producto de los artesanos en labores de cuero, madera o tejidos de todo color y calidad.

Wilya se dirigió a la ciudadela, donde se alzaba el palacio ducal, para anunciar su regreso y ponerse a las órdenes del rey. Su tío, que no le esperaba hasta varias semanas más tarde, le recibió de buen humor para escuchar con sumo interés las pocas nuevas que pudo contarle de la capital.

—Espero que hayas dejado resueltos tus problemas domésticos —apuntó un satisfecho Leovigildo.

—Lucius es más diligente de lo que yo suponía.

—Esa impresión tenía yo también. ¿Y cómo quedó la reina?

—Magnífica y resuelta, señor, como siempre —mintió, más por prisas que por miedo a decir la verdad, pues estaba deseando echarse a la cara a Recaredo.

Pero aún hubo de esperar unos días para cumplir sus deseos, porque su primo había salido de la ciudad al frente de una partida de exploración por las tierras que, hacia el oriente, les separaban de los rebeldes; costumbre impuesta por el rey tanto para ahorrarse sorpresas como para mantener activos a sus hombres. Al igual que Recaredo, prácticamente todos los nobles tenían encomendada la vigilancia de una comarca en el amplísimo entorno del que fuera bastión de Hermenegildo, sin que ninguno de sus informes revelase el menor propósito por parte de éste de moverse de

su escondrijo. Como tampoco los imperiales daban señales de vida, a pesar de que Malaca, su plaza más próxima, se encontraba apenas a noventa millas; poco más que la propia Corduba, aunque el territorio entre ellos y la ciudad costera era mucho más abrupto y difícil de recorrer que el que les separaba del huidizo usurpador.

Cuando, por fin, supo que llegaba, fue en busca de su primo hasta el patio de armas para recibirle en cuanto descabalgó. Recaredo se había liberado del yelmo, tenía el cabello pegajoso por el polvo y el sudor, y sucios chorretones le corrían desde la frente hasta empaparle la barba.

—Los veranos de estas tierras no están hechos para guerrear —se excusó el joven rey al tiempo que lo estrechaba. Y aunque Wilya percibió en ese franco abrazo las mismas sensaciones de siempre, no supo entregarse a él sin reservas como sucedía antes. La pregunta le quemaba en los labios, y la soltó antes de que sus cuerpos llegaran a separarse.

—¿Cómo conociste a Hilde?

Recaredo se le quedó mirando con gesto de sorpresa, pero respondió de inmediato con una sonrisa y sin la menor vacilación.

—En el río, igual que tú. O al menos eso creía entonces, porque luego me enteré de que mantenías cierta amistad con su padre.

—Pero ella… —alegó, sin saber muy bien por qué empleaba ese argumento—. Ella no es…

—¿Noble? ¿Y qué importancia tiene?

—No me refiero a su sangre, sino a que es muda.

—Tampoco lo sabía, y, mira por dónde, ese detalle me facilitó las cosas. —Dejó ir una carcajada—. No pudo gritar.

—Eres un miserable.

Su primo se alarmó ante tan iracunda respuesta.

—Bromeaba, hombre, no te ofendas. Eso fue la primera vez, en el río. Las siguientes no quiso resistirse. Pero, si no te importa, prosigamos esta charla a la sombra, que estoy seco.

Cabizbajo, Wilya siguió los pasos de Recaredo hasta su aposento, refrenando su furia y los deseos de golpearle hasta donde le alcanzasen las fuerzas, pues aparte de amigo era rey, y los actos de los reyes, por despreciables e hirientes que fuesen, no podían ser castigados como los de un hombre cualquiera. Aguardó, por lo tanto, en pie como una fría cariátide de las que esculpían los romanos en sus columnas, hasta que aquél se hubo refrescado y le invitó a compartir un plato de torreznos y un buen vino.

—La fruta —dijo entonces el anfitrión, llenando las copas y como si reflexionase en voz alta— hay que comerla cuando está a punto. Dejarla en el árbol hasta la podredumbre es necedad imperdonable. Y tú —ahora sí se dirigió directamente a él —, tú te limitas a mirar cómo madura sin atreverte a estirar la mano. —Wilya recibió impasible la bebida que le ofrecía para posar el cáliz sobre la mesa sin catarla—. No

puedes reprocharme que me haya portado como un hombre con una joven hermosa a la que tú no quisiste prestar la atención debida.

Recaredo se agasajó con un trago coronado por un saludable eructo y se estiró sobre el sitial para reanimar los miembros entumecidos tras la cabalgada.

—Es más —apuntó luego con ojos traviesos—, cuando huiste del río como alma que lleva el diablo a pesar de mis consejos para que la hicieses tuya, pensé si no serían ciertos los rumores.

—¿De qué rumores hablas?

—Esos que dicen de tu afición a los varones.

Wilya se puso en pie dispuesto a irse, a no seguir escuchando en boca de quien tenía por su mejor amigo unas acusaciones que venían a sumarse al doloroso agravio de robarle a Hilde, un rumor que tiempo atrás tal vez habría tenido cierto fundamento, aunque exclusivamente referido a la persona que ahora lo vilipendiaba.

—Vamos, querido primo —rió Recaredo sin malicia—, no te tomes a mal lo que sólo son ganas de sana diversión. Ya sé que te llaman las mujeres como a cualquiera, pero no negarás que tu forma de obrar fue más que extraña. En aquel tiempo no sabía que la conocieses, mucho menos que escondieras algún deseo por ella.

—Y no lo tengo —mintió una vez más para defenderse.

—Me alegra oírlo, porque uno de mis mayores disgustos ere haberte podido causar, sin desearlo, cualquier ofensa o dolor. Veo que tu inquietud nace de un generoso ánimo de protección, así que puedes estar tranquilo y confiar en mi palabra. Hazme el honor de sentarte y bebamos por ese hijo que me ha nacido.

Cedió de mala gana a la petición de su primo y se acercó la copa a los labios, pero antes de hacer honor al brindis quiso expresar una última queja:

—¿Por qué me lo ocultaste? ¿Por qué no me dijiste nada?

—¿Y qué iba a decirte: «Óyeme, buen primo, forcé a una amiga tuya en el río, nos gustó a ambos, seguimos el juego y hemos tenido un hijo»? Por cierto, se llama Liuva, como tu padre. Pensé que te agradaría.

Wilya asintió con la cabeza como gesto de tímido agradecimiento. En las palabras de Recaredo sólo podía descubrir sinceridad, y Badwila le había asegurado que Hilde era feliz. Qué otra cosa podía hacer sino creer a ambos y cerrar la boca de una vez y para siempre. Qué otra cosa sino rumiar en solitario aquel desengaño con la mayor dignidad posible. Recaredo se había limitado a tomar para sí lo que a nadie pertenecía, y si algún culpable de ello existía sobre la tierra no era otro que él mismo, por no haber tenido el valor suficiente para actuar cuando todavía era tiempo de esperanzas.

—¿La llevarás contigo a palacio? —se interesó.

—Eso espero, cuando acabe esta guerra.

—¿Y qué harás de ella cuando desposes a Rigunthis?

—Mi padre dice que las concubinas no suelen ser bien vistas por una esposa, especialmente si ésta es joven y acaba de casarse.

Así que Leovigildo estaba al corriente de todo. Parecía razonable que así fuese, pues nada escapaba a sus ojos de rapaz, a su aguda perspicacia, mucho menos el nacimiento de un nuevo nieto. Un niño, por otra parte, condenado a ser un bastardo, pues aunque su madre fuese goda y libre, el tálamo de Recaredo sólo podía ser ocupado por sangre noble si es que aspiraba a la bendición de un obispo. Aquella conclusión suscitó en Wilya una tierna simpatía hacia un crío que tan semejante a él se había vuelto de repente.

—No renunciaré a ella —aseveró Recaredo con energía—. Estar a su lado no puede describirse con palabras, ¿sabes? Es adorable. Su carne es como una brasa, o como lengua de agua fresca, según mis deseos. La mejor de las yeguas que jamás haya montado.

El arrobo que dejaban traslucir aquellos ojos al hablarle de sus intimidades con Hilde avivó los celos que, a pesar de todo razonamiento, seguían bullendo en el pecho de Wilya. Pero nada podía hacer ya sino cegar sus oídos y apagar en lo posible aquella llama inquieta que le había venido devorando, que aún le mordisqueaba con fuerza las entrañas. Nada podía hacer, excepto olvidar y desearles felicidad a las dos personas que, por distintas razones, tan cerca guardaba de su corazón.

—Pero dime —se interesó de repente el joven rey—, ¿cómo es el niño?

—¿Cómo va a ser? Pequeño. Apenas he podido verlo.

—Quiero decir si es como ella.

—Descuida. Parece que no tiene el mal de su madre.

Las obligaciones militares ayudaron a Wilya a sobrellevar un poco su decepción, pues de inmediato le fue confiada la vigilancia de una extensa comarca y el mando directo de un cuerpo de ejército acampado río arriba en las inmediaciones de una aldea a pocas millas de la ciudad. Pasó la vendimia y llegó el otoño, y con él creció el tedio, pues poca cosa de interés ofrecía por allí la vida más allá de mantener la disciplina, asegurarse el abastecimiento y, aunque ninguna obligación tenía de hacerlo personalmente, cabalgar hoy sí y mañana también con los exploradores. Cualquier cosa antes que morir de aburrimiento en la antigua y ruinosa villa que le fue asignada como provisional hogar, cualquier cosa menos darle vueltas a la cabeza.

Así tuvo ocasión de comprobar, por sí mismo y por la glosa de notables y lugareños, la riqueza de aquella provincia, a la que el río no era en absoluto indiferente. En sus feraces riberas se cultivaban con esmero toda variedad de frutas, legumbres y hortalizas, que venían a sumarse a los cereales y vides que proliferaban en una llanura recorrida por nutridos rebaños y manadas de caballos como las que ya había podido ver en la Lusitania. Pero si en algo parecía superar aquélla a las demás provincias del reino era en sus olivos, que en algunos parajes cubrían la tierra en casi toda la extensión que podía alcanzarse con la vista. Desde tiempos antiguos, mucho antes de que los romanos conociesen siquiera aquel fértil territorio, sus gentes habían aprendido a extraer la delicada sustancia de tan retorcidos árboles, y elaborado con ella un aceite que alcanzaba fama no sólo en Hispania sino en muchos lugares de

nombre y memoria ya perdidos. Únicamente allí podían hallarse los llamados tres aceites cuya calidad decrecía según la madurez del fruto recolectado, y que en su más primorosa forma, si su origen procedía de las aceitunas blancas, recibía el nombre de hispano, mientras que el llamado verde se extraía de las olivas amarillentas aún prematuras, y el común era obtenido de las que habían madurado en exceso.

En cuanto al propio Betis, resultaba admirable hasta qué punto servía de arteria vivificante para aquellas gentes, tanto o más que las calzadas o sendas abiertas por el hombre. Si las grandes naves se servían de él para surcar casi setenta millas desde el océano y llegar hasta Hispalis sin dificultades, otras menores, aunque muy respetables en su tamaño, lo hacían desde la capital remontando otro buen trecho río arriba. Hasta tal punto era abundante y profundo su cauce que incluso Corduba y otros lugares más lejanos podían ser alcanzados con barcazas, y el latido de las mareas se dejaba ver a veces en sus orillas, que perdían su límite normal para crecer con desmesura mientras las aguas adquirían un leve, aunque notorio gusto salobre en honor al larguísimo viaje que sus hermanas marinas hacían para unirse a ellas.

Era aquella una hermosa tierra que trataba a sus pobladores con extraña dulzura durante los crueles meses en que Toletum solía sumergirse en nieves o heladas, y poseerla podía inducir a cualquiera a creerse rey del mundo, tal y como le había sucedido a Hermenegildo.

En su deseo de alejarse de los recientes avatares de la realidad, Wilya se enfrascó en la lectura del viejo tomo que Isidorus había puesto en sus manos, un Isidorus que, aparte de sus sagrados quehaceres como aprendiz de sacerdote, se dedicaba últimamente a recolectar palabras, según pudo comprobar en una de las visitas que le hizo aprovechando sus viajes a Hispalis para informar al rey. Como obran los agricultores con las frutas y hortalizas que, tras ser recogidas del árbol o de la tierra que las nutre, son depositadas en los almacenes para mejor pasar el invierno, el hermano menor del desterrado Leander llenaba pliegos y pliegos con palabras acopiadas aquí y allá para observarlas. Parecía empeñado en hallar la razón de por qué algunas de ellas tenían múltiples significados a pesar de ser escritas de una sola forma mientras que, por el contrario, una misma cosa o idea podía ser representada por varios términos muy distintos entre sí. Y por si eso fuera poco, además estaban aquellas que se oponían a otras con la fuerza de antagonistas en una batalla, pues significaban exactamente lo contrario.

—Amigo y enemigo, bondad y maldad, vida y muerte —reflexionaba en voz alta el hispalense—, se excluyen en todos sus atributos, mientras que tu estado de ánimo, allí acantonado junto al Betis, puede ser descrito como hastío, monotonía, hartura, rutina, y con bastantes palabras más.

—¿Y cómo llamaríamos a tu pérdida de tiempo en tan inútiles juegos?

—Estudio.

Mientras Isidorus estudiaba las palabras escritas con parecida pasión a la que emplea un físico para husmear la garganta, las axilas o los excrementos del enfermo,

Wilya regresó a ellas con propósitos mucho más modestos. En su magia no buscaba otra cosa que el entretenimiento que pudiera proporcionarle una historia. Y al ponerse en sus manos y dejarse llevar por aquella *Metamorfosis* cuya lectura había abandonado, sólo quería engañar al tiempo, o imaginarlo algo más breve a la espera de que Leovigildo diese por concluida tan interminable demora.

Así, supo que Lucius, tras sus requiebros, había logrado seducir a Fotis, quien no necesitaba de demasiados agasajos para recibir de buena gana al atractivo joven recién llegado. Y al leer sobre las hazañas carnales de ambos, le venía sin parar aquella primera idea de que lo suyo con Hilde habría de ser parecido, y enseguida, como si con ello pudiese conjurar el hechizo de tan ingratos pensamientos, echaba mano de la negrura del cabello de Fotis para decirse que nada tenían que ver una y la otra, ni él mismo con el protagonista de aquella historia a pesar de que así se lo había sugerido Isidorus cuando le prestó el libro.

El caso es que, tras varias noches gozando de Fotis, Lucius había sido invitado a un banquete por su noble tía, y la muchacha le advirtió de que no regresase tarde a casa por miedo a las espadas y puñales que solían transitar las oscuras esquinas de aquella ciudad cuando el sol caía. En la fiesta, Lucius tuvo ocasión de escuchar una terrible aventura vivida por el propio narrador, un tal Theleforon, un hombre cuya descripción causó profundo malestar a Wilya a medida que la leía, pues su cara cortada era deforme y fea, y por un momento pensó en que de modo parecido habría de referirse a él cualquiera que tuviese el necio capricho de escribir acerca de su vida.

Theleforon narró, con no poca congoja en sus palabras y entre las mofas de los invitados, lo sucedido apenas puso pie en Tesalia, la patria de las hechiceras, donde fue a encontrarse con un hombre que buscaba por las calles a otro con valor suficiente como para velar a un muerto. Tan singular ocupación interesó al protagonista, tanto por su sencillez como por la espléndida paga ofrecida, pero pronto supo los motivos de semejante generosidad, ya que en aquellas tierras las brujas tenían la costumbre de cortar a dentelladas las narices y orejas de los cadáveres para usarlas en sus encantamientos, y de ahí la obligación de protegerlos con ojos bien abiertos hasta el entierro. Aceptado el encargo, una joven y hermosa viuda le acompañó hasta la sala del difunto, donde pudo comprobar que se lo entregaban entero, y así lo confirmaron varios testigos y un escriba que recogió sus testimonios.

Con la sola luz de una candela, Theleforon se dispuso a cumplir el trato, y bien que lo cumplió durante las primeras horas, hasta que fue vencido por el sueño. Cuando el canto del gallo le hizo abrir los ojos, corrió hasta el cadáver para comprobar con alivio a la luz del candilillo que en nada había cambiado su aspecto más allá de los rigores que la muerte impone allí donde se asienta.

Una vez en su bolsa la jugosa paga convenida, decidió seguir los pasos del sepelio, y antes de que el muerto fuese entregado a la tierra, un anciano que decía ser tío del difunto acusó públicamente a la viuda del prematuro fallecimiento, crimen que venía a complacer al adúltero amante de ésta y le permitía además apropiarse del

patrimonio. En el tumulto que siguió no faltaban quienes exigían la hoguera para la mujer, en tanto sus defensores demandaban castigo a tan grave injuria. La pelea entre unos y otros parecía inevitable, hasta que el principal acusador apeló a las artes de un profeta egipcio allí presente para que diese voz a la garganta y luz a los ojos del difunto por el breve tiempo necesario para conocer la verdad.

Tras los ritos y oraciones del nigromante, el muerto se puso en pie para confirmar que había sido envenenado por su esposa. La ira desatada entre ambos bandos iba creciendo en virulencia mientras el resucitado, indiferente por completo a un asunto que ya le resultaba ajeno, proseguía con el relato de todo lo acontecido tras su muerte. Y así, dijo el difunto que la noche previa, cuando su custodio quedó dormido, las hechiceras quisieron descuartizarlo según su costumbre, pero finalmente decidieron dedicarse al vivo, de modo que cortaron sus apéndices y los sustituyeron por formas similares hechas de cera.

El pobre desgraciado, en tanto los otros discutían sobre las culpas de la viuda, tocó su nariz y sus orejas, y éstas se le desprendieron del cuerpo como hojas secas que cayeran de la rama. Y desde aquel nefasto día, sucedido muchos años atrás, intentaba ocultar sus defectos con disimulos en el peinado y extravagantes tocados que velasen malamente su notoria fealdad.

Cuántas cosas parecían ciertas y tan sólo eran ilusorias forma; de cera, reflexionó Wilya una vez pudo acabar aquella fábula de difuntos y sortilegios; apariencias que, como a Theleforon, rondan la cabeza de los hombres para luego desprenderse cuando las creen propias, en el peor momento. Como lo había sido Hilde para él, una figura quimérica que apareció en su vida para desmenuzarse apenas intentó tocarla.

Leovigildo deseaba poner fin a la guerra contra su primogénito lo antes posible, y si bien una campaña en invierno no era nada frecuente ni aconsejable, estaba dispuesto a atacar Corduba, o ponerle sitio, antes de que en sus tierras comenzasen las labores de siembra, para así privar a sus habitantes de la futura cosecha. El plan trazado por el rey contemplaba dos columnas que caerían sobre la ciudad desde ambas márgenes del río, aunque un pequeño inconveniente se interponía en el proyecto, un obstáculo llamado Ilipa.

Ilipa era una ciudad de modesta extensión alzada en la ribera opuesta del Betis, aunque bien defendida por muros romanos y ligada a la orilla que ocupaban las tropas de Wilya por un sólido puente cuyos pilares se asentaban en un grupo de isletas formadas por la corriente tras una pronunciada curva del río y a poca distancia de sus muelles. No se trataba de un problema excesivo para los planes de Leovigildo, pues para no dejar enemigos tras su avance podía tomarla por la fuerza desde la orilla derecha mediante un rodeo de su ejército. Aunque el rey prefería que cayese como breva madura sin necesidad de arriesgar a sus hombres en un combate, como ya había sucedido con otras muchas aldeas y ciudades tras la toma de la capital. Apenas diez millas la separaban de Hispalis, pero nunca en sus correrías las tropas de Wilya se habían propuesto pasar al otro lado, sabedoras del apoyo que la ciudad había venido

prestando a Hermenegildo y de las órdenes de respetar la precaria y tensa paz que en aquella región se había impuesto. Tampoco su guarnición se aventuraba a pisar la ribera izquierda y, si bien el tránsito fluvial con la capital nunca había llegado a suspenderse, sólo algunos labriegos y mercaderes vencían de vez en cuando el miedo a cruzar el puente para atender las necesidades de sus cultivos o recuperar los caminos terrestres con la urbe. Ese contacto sin sobresaltos con las fuerzas reales, las noticias que a diario navegaban desde Hispalis, y el convencimiento de que habían sido abandonados a su suerte por el usurpador y de que nada podían en solitario contra la fuerza de Leovigildo, consiguieron reblandecer su hostilidad hasta el punto de que, a finales de noviembre, Wilya recibió a una legación de sus notables, dispuestos a sumarse a la causa del rey si obtenían suficientes garantías de respeto.

Junto a los mensajeros ilipenses, y al mando de un centenar de sus hombres, cruzó el Betis por aquel puente cuyo acceso había controlado como celoso guardián durante meses, y las puertas de la ciudad fueron abiertas para él. Allí cosechó agasajos, la lealtad de su conde, regalos para el rey y la promesa de que doscientos de sus varones, hispanos en su mayoría, se integrarían en el ejército de Leovigildo cuando éste decidiese ir contra Corduba. Allí le explicaron también que, frente a esos mismos muros que él había conseguido cruzar sin necesidad de verter una gota de sangre, se había derramado mucha en los tiempos antiguos, pues ochocientos años antes sus campos fueron testigos de una gran batalla entre Roma y Carthago. Ante aquella viejísima ciudad de los turdetanos, y con más de cien mil hombres desplegados por ambas partes, Escipión el Africano puso fin al dominio púnico sobre las tierras que habrían de llamarse Hispania. En recuerdo de ese triunfo, y para dar acomodo a sus heridos y veteranos, el vencedor había hecho levantar Italica unas millas río abajo. Pensó Wilya que nunca podría aspirar Leovigildo a reunir un ejército ni siquiera parecido a los que un día pelearon en aquellas lomas, pero que, a pesar de ello, tanto Ilipa como Italica le pertenecían, y que ahora, sin mayores inconvenientes en el itinerario, Corduba estaba mucho más cerca de pertenecerle también.

Concluidos los festejos con que el pacto quedó sellado, acudió a Hispalis a confirmar la buena noticia, de cuyos pormenores ya había prevenido a su tío a través de mensajeros. Leovigildo había citado a todos sus nobles y principales en el palacio ducal, y al verle entrar, ordenó silencio para prestar oídos a las nuevas que traía desde Ilipa. Conocida al fin por todos la buena disposición de los ilipenses y la libertad de usar su puente y su calzada, el rey anunció que la marcha sobre Corduba se iniciaría antes de un mes, y animó a los suyos a tener sus tropas dispuestas para partir después de las celebraciones de la Natividad. Un grito unánime de aprobación subrayó sus palabras. Todos sabían que emprender una campaña en aquella estación significaba afrontar calamidades, con los caminos intransitables de barro y los huesos reblandecidos por la lluvia, pero aguardar hasta la primavera resultaba un sacrificio aún más doloroso después de tantos meses lejos de sus hogares. Al fin y al cabo, y por cuanto habían visto y oído durante el tiempo pasado allí, aquellas tierras eran

mucho más misericordiosas con los hombres que las de Toletum, los Campos Góticos o la Celtiberia, y en ningún caso deberían enfrentarse al paralizante acoso de la nieve en los senderos y sus terribles noches de hielo.

Leovigildo invitó a beber en honor de una pronta victoria y el añorado regreso a casa, momento que los presentes aprovecharon para intercambiar pareceres y comentar sus anécdotas tras tan larga separación por sus obligadas y frecuentes ausencias de Hispalis. Entre risas, contagiados por la idea de que la siguiente cosecha habría de verles ya entre los suyos, cada cual alardeó de sus aventuras más o menos verosímiles. Recaredo había tomado sin resistencia la importante plaza de Astigi, Chindasvinto aseguró que los imperiales no habían asomado la nariz por los pasos de montaña que conducían a Malaca cuya vigilancia le había sido encomendada, y Claudius, cuyas incursiones en territorio enemigo habían sido las más profundas, hasta apenas veinte millas de Corduba, dijo haber estado en Munda, el lugar donde César derrotó a los hijos de Pompeyo en la que fue última batalla de la guerra civil de los romanos y la última victoria del propio César antes de caer bajo las dagas de sus patricios. Con pasión parecida al resultado de aquel combate, librado seis siglos atrás, alabó el de Cauca la forma en que César había llegado desde la misma Roma hasta el campo de batalla en tan sólo veintisiete jornadas de marcha, lo que causó no pocas carcajadas, porque a todos parecía empresa más que imposible a menos que hubiera cabalgado a lomos del viento.

—O en los caballos de Argantonio —replicó Berulfo, que pocas hazañas guerreras podía ofrecer porque había permanecido todo el tiempo en Hispalis junto al rey.

Ante el desconcierto de todos, pues jamás habían escuchado semejante nombre, Berulfo les habló de una de las muchas historias oídas en su deambular por las calles de la ciudad, historia que hablaba de Tartessos, una poderosa nación que había existido en aquella provincia mucho tiempo antes de que llegasen a ella griegos y cartagineses. Y que Argantonio, uno de sus más afamados monarcas, criaba caballos tan veloces que todos los creían hijos de un misterioso viento que fecundaba a sus yeguas. Con todo, no era ésa su mayor fama, sino la enorme riqueza que atesoraba en su palacio, heredera de unos antepasados tan legendarios que alguno de ellos se las tuvo que ver contra el mismísimo Hércules. Una riqueza misteriosamente desaparecida tras el ocaso de tan magnífica nación y cuyos restos nadie sabía dónde hallar, aunque para algunos parecía claro que había que buscarla en los sillares de la propia Hispalis o en algún lugar en sus proximidades.

—¿O creéis que esa gente que destripa terrones en el territorio ganado al río lo hace únicamente para plantar legumbres y hortalizas? —Señaló al exterior desde uno de los ventanales que daban a la extinta ribera del Betis. Y era cierto, pues allí, al neblinoso sol de un noviembre a punto de morir, decenas de hombres seguían cavando ese territorio enfangado y, después de meses bajo el persistente mordisco de la azada, algunas zonas parecían tan profundas que apenas podían verse sino las

cabezas de unos cuantos de aquellos ilusos.

Parecían propicias aquellas tierras para las leyendas, pensó Wilya, como lo eran para decisivas y heroicas batallas, y no sólo en los tiempos antiguos, pues allí también fue derrotado Agila unos años antes de que él naciera, y el propio Leovigildo había librado recientemente una no menos crucial para el reino de los godos a orillas del Betis.

—Tendré que prohibir esas toperas si queremos que progresen las huertas —rió Leovigildo, y con él sus hombres, antes de dar por concluida la reunión y enviarles a sus respectivos destinos con exhortaciones sobre la cercana ofensiva contra el hijo rebelde.

Tras la despedida general, el rey le llamó a un aparte al que se sumó Recaredo. Wilya imaginó que su tío deseaba escuchar informes detallados sobre la rendición de Ilipa y las peculiaridades de la plaza. Pero no era ese el verdadero interés de Leovigildo, como demostró una vez estuvieron los tres a solas.

—¿Cómo dijiste que había quedado la reina en Toletum?

—Pues bien, quedó bien —admitió él, extrañado por el rumbo que tomaba la conversación.

—Magnífica y resuelta, dijiste según creo recordar.

—Así es.

—Una frase retórica, porque magnífica siempre ha sido, y no llegaste a aclarar en qué consistía su resolución.

—Faltó oportunidad para hablarlo luego. —No mentía con su excusa, pero aquella verdad a medias estaba a punto de volverse en su contra—. Quise decir que estaba bien, señor.

—Pues sus cartas anuncian lo contrario.

—Cierto que estaba algo preocupada por la anunciada unión de Recaredo con la princesa neustria —hubo de reconocer.

—¿Preocupada? Sé de tu admiración por la reina, sentimiento que todos compartimos, pero fíjate bien en lo que dices, en el verdadero significado de las palabras. Eres listo, sobrino, así que tal vez puedas hallar otra más precisa que refleje mejor su estado de ánimo.

—Indignada —dijo—. Sí, ésa sería más cercana a la verdad.

—Más cercana, desde luego, y muy cortés por tu parte —repuso el rey—. ¿No sería más exacto decir que estaba furiosa?

Wilya admitió que así era, y pasó a narrar fielmente cuantos detalles recordaba de su conversación con Goswinta en Toletum, como su dolor de madre ultrajada y la negativa, de la que se sentía orgullosa, a recibir a los embajadores de Neustria que habían viajado hasta allí en compañía de Recaredo.

—Ya te dije, padre, que nunca lo aceptará de buen grado —refunfuñó éste—. Y cada vez le doy más crédito a las habladurías.

—¡Calla la boca! ¡Ni a ti ni a nadie consiento infundios sobre la reina!

Nunca había presenciado Wilya un grito parecido de Leovigildo dirigido a Recaredo. El padre se mostraba colérico con aquella última frase de su hijo, una frase cuyo significado escapaba a cualquiera que no fuesen ellos dos. Hubo unos segundos de tenso silencio. El rey se había puesto en pie y, entre zancada y zancada, resoplaba ruidosamente para contener su enfado. Recaredo callaba a duras penas reteniendo tras los dientes un borbotón de palabras que, a tenor de su semblante, no eran precisamente de disculpa, en tanto Wilya asistía atónito a tan incómoda reunión sin alcanzar a comprender.

—Habladurías —sentenció por fin Leovigildo, y quiso entonces con sus explicaciones poner fin al estupor que mantenía a Wilya sujeto al asiento—. Hay gente que se dedica a malmeter con falsas intrigas, con ridículas conjeturas que ofenden a la reina y a mí mismo. Nadie asume la autoría, todos lo han escuchado de otros, y aquéllos de otros anteriores hasta el punto de que todo parece salir del susurro de los muros.

Según Leovigildo, corrían rumores de que Goswinta conspiraba secretamente con su hija, la reina Brunegilda de Austrasia, a favor de su nieta Ingundis, y por lo tanto de Hermenegildo. Tan increíble acusación se fundamentaba, si es que una cosa así podía tenerse por fundamento, en sus pretensiones de perpetuar su estirpe en el trono de los godos merced al pequeño Atanagildo, su biznieto e hijo de la pareja rebelde. Las peores lenguas decían que el mismísimo levantamiento del primogénito había sido arteramente urdido por Goswinta para conseguir sus fines y apartar del camino al propio Leovigildo y a Recaredo.

—Dicen que ha habido cartas entre ambas —apostilló éste.

—¡Dicen, dicen! Siempre ha habido cartas entre ambas. Son madre e hija, y llevan muchos años sin verse. Qué tiene de extraño. Muéstrame una de esas inconfesables cartas o calla de una vez.

Wilya no daba crédito a cuanto estaba escuchando, y ya que, por respeto a conflictos familiares, había ocultado una información que ahora se revelaba importante, creyó justo defender a la reina:

—Me parece, señor, que más allá de la injuria, es un flojo argumento el de tan increíble traición. Nosotros no somos francos, y nuestros reyes salen del Aula Regia, no de la sangre paterna. Lo que haya de ser ese niño nunca estará en manos de Goswinta.

—Naturalmente —bramó el rey—. Que la reina tenga el corazón dividido no la hace sospechosa de traición, y cualquiera que se atreva a sostener ante mí esa infamia sin las necesarias pruebas —señaló ahora a su hijo con un amenazante índice— lo pagará con su cuello.

—Por si fuera poco —Wilya se dirigió ahora a su primo en un intento de aplacar con su discurso la tensión que le dominaba y hacerle ver que sus sospechas carecían de sentido—, no puedo imaginarme a la reina favoreciendo los intereses de un fiel siervo de los trinitarios.

—La fe —objetó el rey—, querido sobrino, es un argumento demasiado débil cuando hablamos de política: te lo he explicado en más de una ocasión. Y no faltan los nobles que, como Goswinta, aunque por razones no tan maternales, ven con malos ojos una alianza con Chilperic de Neustria. De ahí deben de venir las habladurías, y no de la reina.

Coincidió con su tío en el posible origen del rumor, que venía a reforzar su propia argumentación, pues si alguien en Toletum era fiel a la fe goda, ésa era Goswinta, y precisamente la fortaleza de esa fe había provocado el enfrentamiento con su nieta y la llegada de Hermenegildo a Hispalis, tan desventurada a la larga para el reino.

—Tampoco a mí me agrada emparentar con esa pareja de homicidas —admitió a gritos Leovigildo—. Pero el cretino de mi primogénito no sólo nos ha llevado a la guerra civil, sino que ha debilitado hasta casi romperlos nuestros lazos con Austrasia. Mi obligación es buscar apoyos sólidos en sus vecinos, por eso no renunciaré al matrimonio acordado por muchas lágrimas que pueda derramar mi esposa.

Nunca había oído a su tío expresarse con tanta vehemencia, ni siquiera en las arengas que dirigía a las tropas antes de entrar en combate, y Wilya concluyó que un rey, al menos el rey Leovigildo, se parecía mucho a alguien que camina sobre un estrecho tronco para cruzar el río turbulento, y que cualquier paso en falso por su parte significaba ser tragado por las aguas.

En los días en que Wilya cumplía sus dieciocho años, el ejército de Leovigildo abandonó las posiciones que había mantenido durante los últimos siete meses para concentrarse frente a Ilipa. Allí quedó dividido en dos columnas. La primera, de unos cuatro mil hombres, a la que se habían unido Berulfo, Chindasvinto y tropas llegadas desde la Lusitania con Witerico a la cabeza, cruzó bajo el mando de Claudius hacia la orilla diestra del Betis con la orden de alcanzar en cinco jornadas de marcha las murallas de Corduba. El rey, con Recaredo y Wilya, dirigió a los tres mil guerreros restantes por la ribera opuesta con el objetivo de bloquear el largo puente de piedra que comunicaba la ciudad rebelde con las tierras del sur.

Un aguacero acompañó a la expedición desde la primera jornada, aunque la moral era tan alta que ni siquiera el fango o las húmedas tiritonas nocturnas hacían mella en el ánimo de unos hombres seguros de dirigirse hacia el pronto final de una pesadilla. Por otra parte, la marcha hacia Corduba resultaba mucho más soportable para la columna real que para la de Claudius, ya que la primera se servía de la vieja calzada que los romanos llamaban Via Augusta y que, como una larga culebra de piedra, unía Hispalis con Tarraco. Durante el trayecto, y a medio camino de su objetivo, tuvieron oportunidad de admirar Astigi, la plaza tomada pacíficamente por Recaredo, pues por uno de sus puentes cruzaron el río sin tener que abandonar el pavimentado sendero. Era una magnífica ciudad, y debió de serlo en mayor medida mientras los romanos la habitaron, tanto por su extensión como por la calidad de sus muchos edificios, algunos de los cuales se conservaban en pie y en aparente buen estado. Como en Ilipa, allí se les unieron dos centenares de guerreros, tal y como sucedía, aunque en

número mucho más modesto, en cada enclave que hallaban a su paso.

Al cuarto día, con un tiempo de perros y sin que hubiesen encontrado resistencia armada en su camino, las tropas del rey tomaron posesión de la ribera izquierda del Betis que hasta entonces pertenecía a Corduba, y Leovigildo dispuso el bloqueo de su puente y el hostigamiento de cuantas embarcaciones se hallasen en las cercanías para despojar a sus habitantes del fruto de la pesca. Y al atardecer del día siguiente, cuando Claudius y sus tropas se hicieron visibles en la llanura de la orilla opuesta, la ciudad quedó definitivamente sellada.

Los mensajeros enviados por Leovigildo para solicitar la rendición ni siquiera fueron recibidos, y ninguna señal auguraba que los defensores preparasen una salida a través del puente, ni tampoco por sus puertas del norte tal y como confirmaban los mensajes que Claudius hada llegar diariamente a través de unas barcazas que servían de comunicación entre ambas orillas. Todo hacía suponer que los cordubenses, que habían tenido tiempo suficiente para acopiar alimentos, agua y leña, se disponían a resistir un largo sitio sin dar la cara en campo abierto.

Enseguida estuvieron listas las máquinas de asedio, aunque sólo las catapultas actuaron; con resultados más efectivos las del norte, pues las instaladas frente a la puerta sur apenas superaban la anchura del Betis y sus proyectiles, tanto por la excesiva distancia como por la imprecisión de sus engranajes bajo la lluvia, raramente conseguían alcanzar el lienzo de las murallas. Leovigildo ordenó clausurar el puente con un muro de piedras alzado a media distancia de sus extremos y desplegar tras su protección algunos de los artefactos que, aunque poco numerosos por la angostura del espacio, pudieron al fin cumplir con sus fines.

A tenor de lo que había ante sus ojos, Wilya estaba seguro de que el peso de cualquier asalto a la ciudad habría de correr a cargo de Claudius, cuyas fuerzas tenían la posibilidad de hacer llegar torres, escalas, arietes o bastidores a los muros sin demasiados obstáculos. Por el contrario, un ataque desde el puente se le antojaba empresa más que complicada, porque el camino desembocaba frente a la puerta en una pequeña plazoleta amurallada en sus límites laterales cuya defensa parecía sencilla para una tropa no muy numerosa. De haber sido por la opinión de los guerreros, el asalto se habría producido de inmediato, pues todos estaban ansiosos por tomar cuanto antes la ciudadela que tenían a la vista, a poca distancia a la izquierda del baluarte, donde suponían estaría refugiado el usurpador. Conocedores, sin embargo, de la flema real, parecían resignados y convencidos de que, como había ocurrido en Hispalis, permanecerían allí dos o tres meses, al menos hasta la primavera.

El sol reapareció en los cielos con toda la pujanza que podía pedírsele en semejante época del año, y la humedad dejó paso a un frío más intenso, aunque soportable. A Wilya le había sido encomendada la protección del murete que servía de parapeto a las máquinas del puente, y a tal efecto dispuso un cuerpo de cien hombres encargados de defender un posible ataque desde la ciudad mientras otros,

hasta un total de quinientos, les servían de relevo y apoyo en sus alrededores. Para dar cuenta de novedades, había adquirido la costumbre de visitar a diario la residencia de Leovigildo, habilitada a media milla del frente, en edificio anejo a una pesquería ocupado en los primeros días de su llegada. Nunca había novedades que ofrecer más allá de una mula enferma o algún hombre herido accidentalmente en el transporte de munición para las catapultas, y sus reuniones con el rey, a las que se sumaban Recaredo y algunos milenarios con el mismo fin, derivaban inevitablemente en reiteradas llamadas del rey a confiar en sus planes, o al menos en su palabra, pues nunca explicitaba otro plan que mantener el asedio.

Tanta pasividad animó a Wilya a recuperar los lances de Ludus en Tesalia. Y así, en lecturas a salto de mata, supo que tras escuchar el increíble relato del desventurado Theleforon, el protagonista había regresado a su posada con más vino en sus tripas de lo recomendable, y que en su puerta sorprendió a tres ladrones que intentaban asaltarla. Con su espada dio buena cuenta de los malhechores antes de irse a dormir, pero al día siguiente fue apresado como culpable de tres crímenes y sometido a juicio público. Leer sobre los pormenores de dicho proceso no le resultó tan sencillo como lo que llevaba leído hasta entonces, pues el autor empleaba ahora un lenguaje retórico y farragoso que a veces le provocaba soñera y no poco aburrimiento. Aun así, a lo largo de varios días y con un notable esfuerzo de voluntad, consiguió llegar al final del episodio y averiguar que los tres supuestos ladrones muertos por las cuchilladas de Lucius no eran sino otros tantos odres hinchados, y que su histriónico juicio sólo había formado parte de los juegos que cada año se celebraban allí para honrar el día consagrado al dios de la risa.

Más interesante le pareció la explicación de Fotis a tan insólita peripecia, pues la joven, plena de sensual arrepentimiento, confesó que todo había sido culpa suya por obedecer malamente los deseos de su ama. Y es que ésta, como ya le había sido advertido a Lucius, usaba de sus hechicerías para conseguir los favores, en este caso, de un joven pelirrojo que le tenía sorbido el seso, y con tal fin le había encomendado a Fotis que consiguiera unos cabellos de su deseado. Ella, al fracasar en el intento, y por no volver con las manos vacías, recogió unos pelos que halló tirados en el suelo de una odrería, tan bermejos que podían ser confundidos con los del joven. Tras ser sometidos por la bruja a los ritos de la nigromancia, los pelos tomaron espíritu humano para convertirse no en uno, sino en tres seres vivos, pues a tres cabrones distintos deberían haber pertenecido aquellas pelambreras antes de ser odres, y, reclamados por la pasional llamada de la hechicera, pugnaban por entrar en la casa cuando Lucius llegó de la fiesta.

Merced a la confesa culpa de Fotis, a la docilidad de ánimo que el remordimiento provocaba en la muchacha, y ayudado por zalamerías y caricias, más ciertas que fingidas según se dejaba traslucir del ahora sí entretenido relato, Lucius había conseguido al fin cuanto se propuso desde que comenzó a cortejarla. Así, además de sus prietas y dulces carnes, había obtenido la promesa de que le mostraría a su

brujeril ama cuando practicase tan diabólicas habilidades como las que ella había descrito con tanto detalle.

Más allá de cubrir los tiempos muertos frente a Corduba, la lectura le hacía a Wilya sentirse distinto; como si, convertido en cuervo albino por obra de Guodan, su espíritu pudiese viajar, lejos de las labores cotidianas, hasta apasionantes mundos desconocidos para residir en ellos por un tiempo a través de la piel de sus protagonistas. Aunque siempre con los pies en la tierra, sin olvidar en ningún momento cuál era su papel allí y la importancia de sus obligaciones como gardingo.

Cierta mañana, cuando acudía a comparecer ante el rey, su llegada sorprendió un imprevisto debate, ya que no era la guerra lo que atrapaba la charla de los presentes, sino los chismes en torno a un crimen. Y es que año y medio atrás, cuando tomaron Emérita, Leovigildo había concedido un predio de su propiedad en los alrededores de la capital lusitana, y con él toda la servidumbre que lo cuidaba, a un virtuoso clérigo trinitario para que fundase allí un monasterio. El tal Nanctus, que así se llamaba el santón, era al parecer un personaje raro y extremadamente pudibundo, pues no podía consentir que su mirada se posase en una mujer por temor a pecar; hasta el punto de que cada vez que se veía obligado a salir de su celda mandaba a un par de discípulos a despejar el camino y evitarle así tan notorias tentaciones.

—¡Sierpes y no sesos debe de tener ese santo varón dentro del cráneo si cualquier mujer le induce a pecar! —había exclamado entonces uno de los acompañantes del rey que comentaba la excesiva generosidad de éste para con tan singular personaje—. Y poca confianza ofrece quien ni siquiera distingue en tales asuntos lo hermoso de lo feo o lo joven de lo viejo.

No paraban ahí las manías de Nanctus, pues, contra lo habitual entre los sacerdotes de aquellos pagos y según descripciones de quienes le conocían, sus vestiduras y cabellos más se asemejaban a los de un andrajoso y sucio mendigo que a los de un sacro representante de la iglesia emeritense. Y tan extrema indigencia en su aspecto, quién sabe si alguna otra desconocida causa, le había hecho ganarse el desprecio de sus nuevos siervos, quienes consideraban indigno haber sido entregados a un amo que bien podría ser su esclavo. Finalmente, alguno de ellos, llevado sin duda por ese odio, había acabado con la vida del clérigo aprovechando uno de los muchos ratos que éste pasaba en soledad.

El rey despachaba en aquel momento órdenes hacia Emérita para que los culpables de tan cruenta ofensa fuesen puestos de inmediato bajo cadenas a la espera de su sentencia, pero su hijo intervino con no poca sorna y voz suficientemente alta para que todos pudiera oírle:

—¿Por qué preocuparse de tan ridículos asuntos cuando nuestra verdadera atención es Corduba? Si tan hombre de Dios era ese Nanctus, dejemos que Dios se tome su propia justicia en los culpables.

—Ningún dios sustituye a la justicia real —replicó Leovigildo con encrespada altivez, acallando las risillas que había provocado el jocoso comentario de su hijo—.

Mucho menos una guerra.

El mal humor se había apoderado de aquella familia en las últimas semanas, sin duda a raíz de los rumores sobre Goswinta, aunque Wilya achacaba el repentino y desconocido nerviosismo de Recaredo más a la inminencia de un desenlace que a las trabas que la reina pudiera poner a sus proyectos, probablemente al hecho de tener que enfrentarse a su propio hermano. Lejos de la sangre fría que su primo mostraba tiempo atrás al respecto, aquel drama interior parecía desquiciarle en mayor medida que al propio Leovigildo, mucho más entero a pesar de que enfrente estaba nada menos que su primogénito. Tal vez en otro tiempo Wilya se habría acercado a hablar con Recaredo para auxiliarle, para permitir que descargase en él sus confidencias, pero era demasiado pronto para olvidar, aún escocía la herida que su primo, incluso sin quererlo, le había abierto seduciendo a Hilde.

A pesar de las conjeturas más pesimistas, el asedio a Corduba apenas duró un mes, pues Leovigildo volvió a demostrar su destreza en el arte de la estrategia. Todo comenzó una mañana en que Wilya fue avisado de que se estaba abriendo el portón de la ciudad, lo que hacía suponer un inminente ataque de los defensores contra las posiciones del parapeto. Movilizadas todas sus fuerzas disponibles, acudió a hacer frente a aquella primera iniciativa de los cordubenses contra sus máquinas de asedio, que a esas alturas ya habían causado visibles destrozos en la muralla. Aunque, para confusión general, no fue una partida de guerra lo que surgió de la ciudad sino dos hombres, dos figuras que avanzaban a paso ligero embozadas en sus mantos para protegerse del crudo viento que llegaba del río y a cuyas espaldas la puerta quedó de nuevo clausurada.

Tras ordenar a los arqueros que se mantuviesen alerta a la espera de su señal, Wilya se adelantó hasta la cima del muro para contemplar de cerca cuanto sucedía. Tras su acelerada caminata, la extraña pareja se detuvo al pie del parapeto, y uno de ellos, el que parecía ir al mando, pidió ser recibido por Leovigildo.

—¿Por qué habría de permitirte ver al rey? —repuso a sus pretensiones.

—Porque me espera, y porque las buenas noticias no deben demorarse.

A pesar de la desconfianza que le merecían las palabras del desconocido, ningún peligro podían suponer dos hombres contra su tropa, así que Wilya hizo un gesto con la mano invitándoles a unirse a ellos. Treparon por las piedras, y el que se había mantenido en silencio, al parecer más ágil y joven, ayudaba al otro en una empresa que por momentos se le hacía muy complicada. Una vez consiguieron llegar, y por prevenir situaciones como la de aquel clérigo que tiempo atrás intentó asesinar a Leovigildo, ordenó que fuesen registrados.

—Ningún mal deseamos a nuestro rey, noble Wilya —dijo el mayor, sin resistirse a la inspección.

—¿Me conoces?

El hombre echó atrás su capuz, y su compañero hizo lo propio. Wilya quiso distinguir en ellos unos rasgos que le resultaban vagamente familiares, pero no era

capaz de asociarlos a un nombre o a unas circunstancias. Sólo al reparar en su raza, en la terrosa tonalidad de aquellas facciones, consiguió identificar al mayor.

—Yamin Benaser.

—El mismo, aunque algo más viejo que aquel día en que honraste mi casa con tu visita. Y él es mi hijo, Itzak Benyamin, a quien tuviste ocasión de conocer allí mismo.

—Disculpad mi desorientación —saludó a ambos con afabilidad—. Todos hemos cambiado desde entonces.

Y era cierto, porque sobre el padre parecían haber llovido más años de los que la memoria podía calcular, o nevado si había que atenerse a las canas que prevalecían ahora en su cabello. En cuanto al hijo, sus antaño flacas hechuras habían dejado paso a un hermoso y robusto cuerpo, aunque conservaba su rostro afilado y el negro de sus ojos seguía siendo tan brillante como plumas de cuervo.

Facilitó monturas a los hebreos para escoltarlos personalmente hasta la residencia de Leovigildo, quien no mostró la menor extrañeza ante tan imprevista visita. Mientras agasajaba a sus huéspedes, el rey mandó llamar a Recaredo para que se uniese a lo que prometía ser una reunión de suma transcendencia, y una vez los cinco frente a frente, Yamin Benaser hizo saber al monarca que la ciudad estaba dispuesta a abrirle sus puertas, acatar su autoridad y asumir el pago de las compensaciones exigidas si no se producían represalias ni saqueos.

—La causa de Hermenegildo nunca ha sido la causa de Corduba —dijo Yamin—. Y no están dispuestos a sufrir más por ella.

—Los cordubenses siempre han tenido su propia causa —apuntó irónico Leovigildo—. Rebeldes y celosos de su soberanía como ninguna otra ciudad del reino, es natural que no quieran pagar por un rey extraño, mucho menos si es un derrotado.

—¿Y Hermenegildo? —intervino Recaredo—. ¿También él está dispuesto a entregarse con sus hombres?

—No existen esos hombres que dices —le respondió Itzak—. Llegó a Corduba con una pequeña guardia, y su mujer y su hijo fueron encomendados a la protección del Imperio apenas puso pie en la ciudad.

—¿Ingundis y mi nieto en poder de los imperiales? —bramó el rey—. Está loco, mi hijo se ha vuelto completamente loco. ¿Habéis podido hablar con él?

—No, y pocos le han visto —aseguró Yamin—. Vive encerrado en la ciudadela y dicen que raramente pone pie en las calles. Sea como fuere, él ya no tiene ningún poder sobre las decisiones que allí se toman. Es un refugiado sin predicamento entre los notables.

—Pues haced saber a vuestros amigos que no me iré de Corduba sin él, que ningún arreglo acepto si no incluye la rendición de Hermenegildo.

—Así lo haré —aceptó Yamin—, y no creo que tu justa petición signifique problema sobre lo acordado.

—Llévales entonces mi promesa de que no correrá la sangre. Mañana, cuando

amanezca, mis tropas entrarán en la ciudad, de modo que todas sus puertas han de quedar francas y sin defensores hostiles a la vista.

Dicho esto, Leovigildo dio por concluida la reunión y los hebreos se despidieron para regresar a Corduba. Recaredo estaba tan asombrado como Wilya, y no tanto por las favorables noticias que Yamin y su hijo les habían revelado, sino por la misma presencia de los dos judíos en la plaza asediada.

—Están allí desde el otoño —les explicó el rey—. Hay muchos de su raza en la ciudad, y algunos son personas influyentes.

—Ellos eran, entonces, tus secretos planes nunca revelados —se admiró Wilya.

—Siempre he tenido confianza en ese hombre, en sus buenas relaciones, y no es el primer servicio que me presta.

—No dudo de él, padre —terció Recaredo—, de que haya dicho la verdad, pero quizá él mismo haya sido engañado para conducirnos a una trampa.

—Corduba ya conoció el filo de nuestra espada hace doce años, y es más que improbable que quieran catarlo de nuevo.

Tal y como se había anunciado, a la mañana siguiente una nutrida representación del ejército real entraba en la ciudad en tanto el grueso de la tropa bloqueaba los accesos para evitar cualquier intento de fuga. La columna del rey lo hizo por la puerta sur, mientras que Claudius y sus hombres tenía orden de utilizar las tres entradas del norte; todos, con la confianza de que aquella maldita guerra estaba a punto de expirar, aunque con la última orden de Leovigildo bien presente en el pensamiento:

—Al primer indicio de encerrona, a sangre y fuego.

Las calles vacías conferían a la gran ciudad un aspecto fantasmal dominado por un silencio apenas roto por el ruido que los cascos de los caballos levantaban del pavimento. Parecía una población abandonada por miedo a la peste, y ni un miserable perro se cruzó con ellos hasta alcanzar la plaza. Allí, en un rincón ceñido por un gran templo y un cogollo de edificios adosados a la muralla, un selecto grupo aguardaba a pie firme la llegada de sus nuevos dueños. Junto a los notables se encontraban los obispos de los dos credos y los principales de la comunidad hebrea, y todos sin excepción saludaron a Leovigildo con una respetuosa reverencia. Este les examinó de arriba abajo sin desmontar mientras sus tropas se diseminaban en patrullas por los alrededores.

—Me alegra ver que la sensatez ha prevalecido en vuestras decisiones —dijo al fin, poniendo pie a tierra—. Ahora, llevadme hasta la ciudadela.

—Tu hijo no está allí, señor —alegó uno de los notables—. Al conocer tu llegada ha buscado el amparo de una iglesia.

—Trinitaria, supongo.

—No podía ser de otro modo —aceptó el prelado de fe romana.

Leovigildo dedicó tal mueca al obispo que al punto éste tragó saliva, arrepentido de su arrogancia.

—Pues muéstrame el camino, buen Agapius. —El aludido se sorprendió de que el

rey le tratase por su nombre, y por el tono conciliador de unas palabras que desdecían su agresivo gesto—. Y vosotros —conminó a los señores—, disponed de inmediato el desarme de vuestras milicias y devolved a los hombres a su trabajo en los campos, que es donde tienen que estar.

El rey envió mensajeros a Claudius con la orden de dirigirse directamente a la ciudadela para hacerse cargo de la plaza y de su guarnición goda, y de apresar a su conde hasta que se aclarase su responsabilidad en la insurrección. Con el obispo Agapius como guía, Leovigildo y su guardia recorrieron las calles en busca del rebelde. Wilya se extrañó de que su tío no entrase en la basílica que hubieron de rodear, según su costumbre en cada ciudad tomada; sin duda, tenía asuntos más urgentes, pues la victoria no sería completa hasta que Hermenegildo hubiese sido apresado. El templo era un grandioso edificio con muros calizos de color trigueño y una puerta coronada por el arco de herradura propio de los constructores de su raza, rematada en la parte superior por otros tres arcos similares de menor tamaño. Toda su fachada septentrional estaba recorrida por un larguísimo atrio porticado con arcos similares a los anteriores, y Wilya quedó prendado de una obra que a la vista resultaba admirable.

—Si te pasma el exterior, tendrías que verla por dentro, sobrino —le aconsejó el rey al notar su interés—. Un centenar de columnas y arquerías prodigiosas, levantadas según el gusto de nuestros mejores maestros. No hay en el reino nada que se parezca a esta extraordinaria basílica.

Dijo Leovigildo que el templo había sido levantado en los tiempos en que Eurico hizo restaurar el puente de Emérita, según los cánones de los constructores visigodos y aprovechando las muchas columnas y capiteles de los edificios romanos arruinados por el abandono. Aunque concebido para acoger el culto del credo de Arrio, del que participaban allí tanto godos como hispanos, su planta era tan grande que se compartía con los trinitarios, quienes habían dedicado aquella iglesia a la memoria del mártir Vicentius, el mismo de la basílica metropolitana de Hispalis. Hasta los hebreos habían celebrado en él algunas ceremonias en su largo siglo de vida, aunque pocas, pues su presencia no era bien vista por la secta romana.

—Bien dices que no debe de haber en el reino nada parecido —admitió Wilya—. Cuesta imaginar a los tres credos bajo un mismo techo.

—No al mismo tiempo. Cada cual con sus momentos y espacios diferentes. Pero así son los cordubenses: levantiscos contra lo forastero, generosos con lo propio.

La conversación concluyó frente a otro templo, éste mucho más humilde, casi un oratorio semioculto entre casas de piedra al pie de la muralla, no lejos de la puerta oriental de la ciudad. El obispo Agapius hizo una leve seña con la cabeza para indicar que habían llegado, y Leovigildo se dirigió a su hijo con xana orden que sonaba a ruego.

—Ve tú.

Wilya creyó vislumbrar una palidez repentina asomada al rostro de Recaredo,

pero éste descabalgó de inmediato sin comentarios para confiar sus armas a uno de los guerreros y, a continuación, dirigirse a él.

—Acompáñame.

Avanzaron decididos hacia la puerta, convencido Wilya de que su primo no se esperaba una situación así, de que tal vez había imaginado vérselas ante Hermenegildo en un coyuntura muy distinta en el campo de batalla, mientras que lo que estaba a punto de vivir no le correspondía a él, sino a su padre. Sin titubeos, Recaredo empujó la portezuela de madera y la luz del exterior iluminó una franja del recinto, proyectando sus dos sombras hada el altar, donde otras dos figuras, una a cada lado del ara y vagamente iluminadas por un ventanuco lateral, se hicieron reconocibles entre la penumbra. Allí estaba Hermenegildo, en pie, acicalado con las galas de un rey, el purpurado manto sobre los hombros, la dorada diadema en su frente. Y en su compañía, sin armas pero ataviado para el combate, Argimundo.

Recaredo se adentró en el oratorio, y Wilya tras sus pasos. La respiración se condensaba en el aire de aquella gélida y pequeña estancia, y una bocanada de vapor acompañó las palabras del hijo menor del rey, que rebotaron con mortecino eco en las lúgubres paredes.

—Padre te aguarda fuera.

—Estoy desarmado y este sacro asilo me protege —replicó el rebelde vencido—. La calle me traerá la muerte.

El tono de Recaredo cambió al escuchar aquella acusación, y de inmediato abandonó el papel de hermano para adoptar el de simple mensajero.

—No temas por tu vida, porque no es ése el propósito del rey. Bastará con que te sometas a su clemencia.

A pesar de su juventud, y entre aquellas sombras, Hermenegildo parecía haber envejecido más de lo normal, y los cinco años transcurridos desde su marcha de Toletum se antojaban bastantes más. Y algo similar, aunque en menor grado, le sucedía a Argimundo. Tal vez no fuese más que el cansancio, las penalidades, la derrota.

Hermenegildo apoyó su espalda contra la pared y cruzó los brazos en actitud desafiante, aunque el timbre de su voz denotaba más tristeza que impertinencia.

—¿Y te manda a ti? ¿No tiene valor para entrar él mismo?

Wilya estuvo a punto de intervenir para responder a semejante ofensa, como ya hiciera tiempo atrás con Miro frente al puente de Metellinum, pero aquel reto, a pesar de la sangre y el sufrimiento que habían costado, era un asunto de familia y parecía más sensato mantenerse a distancia y con la lengua quieta.

—Si he de rendirme —concluyó el primogénito—, sólo lo haré ante él.

Recaredo dio media vuelta y fue en busca de su padre. En el tiempo que Wilya pasó a solas frente a sus viejos amigos, mil preguntas para uno y otro le pasaron por la cabeza, pero ni él abrió la boca ni ellos renunciaron a su sepulcral silencio; sólo las miradas, a veces sostenidas, evasivas otras, parecían mantener un discurso en el que

orgullo, confusión y dolor se presentaban como una sola cosa, como el vino y el agua que, una vez mezclados, no pueden separarse.

La entrada de Leovigildo acabó con cuantos diálogos, más imaginarios que ciertos, se venían produciendo en el oratorio. Con paso firme avanzó hacia su hijo y, sin mediar palabra, lo estrechó en un abrazo que parecía tan sincero como aquel que había unido a ambos en Toletum al regreso de la campaña de la Orospeda. El manto de Hermenegildo ocultaba parcialmente el rostro del rey, pero los pocos presentes se sobrecogieron ante el anómalo brillo de sus mejillas, porque nadie antes había visto lágrimas en los ojos de un águila. Y su primogénito, contagiado del llanto paterno, cayó de rodillas suplicando perdón.

Toletum recibió con alborozo y desusado colorido el retorno de Leovigildo después de un largo año y medio de ausencia. Apenas quinientos jinetes integraban la columna real, pues Claudius había quedado en Corduba encargado de poner orden en la ciudad antes de regresar con Witerico a sus obligaciones en Lusitania, y Chindasvinto había tomado los caminos del norte con las tropas de los Campos Góticos y la Celtiberia en cuanto tuvo a la vista la capital. Ya antes de que la expedición alcanzase la puerta principal, los suburbios extramuros bullían de gentes vocingleras que con sus intentos de tocar al menos el caballo del rey o de sus nobles incomodaban el paso y retrasaban la marcha. Luego, en el interior, en la angostura de las calles, se multiplicaron el gentío y los vítores hasta el punto de que parecía imposible que la comitiva llegase hasta los muros de la ciudadela.

Wilya se enorgullecía sin pudor al escuchar su nombre entre las alabanzas de la multitud, y recordaba aquella última vez en que él era uno más entre ese pueblo expectante apostado en el baluarte para contemplar la llegada del rey victorioso, y cómo había deseado entonces pertenecer al privilegiado grupo que flanqueaba a su tío mientras el manco Tyz le dedicaba guiños desde más allá de las nubes. Ahora, algo abrumado entre aquel griterío, se sentía satisfecho de haber cumplido sus sueños, aunque éstos no resultaban ser tan plenos como los había imaginado, quizá porque los sueños de un niño tienen sabor muy distinto a los de un joven. Al pensar en ello, no podía quitarse de la cabeza las admoniciones de su madre, ni las de Galmerico, ni las de Koenraad o las de tantos otros cuando le pedían paciencia en sus ansias de crecer. Y es que nada tenía que ver la fecunda e indómita imaginación infantil con el áspero mundo que la experiencia le había hecho descubrir. En poco tiempo había conocido el verdadero significado de palabras como traición, muerte, odio y desengaño, palabras que antes sólo eran incomprensibles y vagos conceptos escuchados en boca ajena y ahora revoloteaban a su alrededor con la sólida consistencia de pájaros voraces.

Aves carroñeras parecían picotear también los corazones de Leovigildo y Recaredo desde que por fin se puso término al conflicto bélico en Corduba, pues si bien en los labios de ambos se dibujaba ahora una sonrisa dedicada al fervoroso pueblo, por dentro llevaban una guerra abierta, una guerra tal vez más atroz que la que habían sostenido y zanjado en los campos de batalla. Y el culpable de ésta no era

otro que quien desencadenó la primera, Hermenegildo. Ya desde la rendición del rebelde, el rey y su hijo menor habían quedado sumidos en un pétreo silencio del que raramente salían por propia voluntad, y la alegría que a toda victoria acompaña revelaba en sus ademanes un rostro muy distinto al de sus exultantes guerreros.

Qué distinto aquel regreso de los anteriores, colmados aquéllos de orgullo por la victoria, y de alegría por estar de nuevo en el hogar junto a las caras queridas y poder reposar en el propio lecho, cálido y bien amoldado al cuerpo. Porque algunos volvían ahora como si hubiesen de enfrentarse a pruebas más duras que las impuestas por la guerra. Sí, todo resultaba muy distinto a lo esperable, y cuando al fin lograron alcanzar el patio de armas y Goswinta acudió al encuentro de su esposo para unirse a él en un abrazo, le pareció a Wilya que algo le faltaba a aquella muestra pública de afecto por parte de la reina. Tal vez siempre habían sido así sus abrazos, y vistos ahora desde los ojos de un adulto parecían algo menos sinceros que antes, o puede que la sima abierta entre ambos por sus últimas discrepancias fuese más ancha de lo que él suponía. Por si fuera poco, Leovigildo no estaba de humor para aceptar el agasajo que tradicionalmente se le brindaba al volver de sus victoriosas campañas, y el gran salón de palacio hubo de cambiar a toda prisa de fisonomía para sustituir el previsto banquete por una audiencia de justicia.

La sala estaba repleta, porque aquellos que pensaban participar del homenaje no quisieron perderse un acontecimiento tan excepcional como el juicio y la sentencia contra un tirano. Cuando todo estuvo dispuesto, el primogénito fue conducido a presencia del rey, aunque ya sin sus nobilísimos ropajes, de los que había sido despojado tras su arresto para vestir harapos; y sin cadenas, como libres habían estado sus manos y pies durante el viaje. Y tras él, Argimundo, que había recibido igual trato que su señor. Un tímido murmullo acompañó el humillante paso de los cautivos por la sala, hasta que la pareja quedó en pie frente al trono que ocupaba Leovigildo, flanqueado por los sitiales de sus gardingos. Desde donde estaba sentado, Wilya no podía ver más que el perfil de su tío, aunque creyó percibir en él un leve estremecimiento cuando el hijo traidor se le plantó a dos pasos. En el rostro de éste lucía una cierta tranquilidad no exenta de desprecio hacia quienes tenía alrededor, aunque su miraba vacilaba al cruzarse con la de su padre.

Un escribano relató pormenorizada y fríamente los delitos cometidos por el primogénito, especialmente los cuatro más graves: que era culpable de usurpar el poder real, de convocar a rebeldía en las provincias de Betica y Lusitania, de pactar la ruina del reino en complicidad con sus enemigos y de fomentar la traición de los fieles aliados de Austrasia. Leídos los cargos, el funcionario se dirigió al acusado para concederle voz. Tras un silencio que a todos se hizo interminable, Hermenegildo alegó con rotundidad:

—Ninguna palabra esperéis de mí. Ya pedí perdón a mi padre.

—¿Alguien prestará testimonio en defensa del reo? —inquirió el funcionario a los presentes, pero sólo el crepitar de los troncos en los fogones respondió a la invitación.

Todos aguardaban la voz del rey, esa voz profunda y distanciada que adoptaba para pronunciar sus sentencias, esa voz que el niño Wilya creía rugido de los negros e imperturbables leones que sostenían el peso de sus antebrazos. Todos aguardaban el cumplimiento de la ley de los godos, aquella que castigaba con extrema dureza la osadía de los usurpadores. Se alzó Leovigildo y todos temblaron: unos de emoción ante el momento de la justicia, otros reservando para sí el dolor por sus viejos afectos hacia Hermenegildo, no pocos deseosos de contemplar de nuevo el color de la sangre.

—Viajarás al exilio en Valentía despojado de todos tus atributos de nobleza. Ésta es mi sentencia.

Las palabras del rey cayeron como un soplo de hielo que paralizó de confusión a los curiosos que colmaban la sala mientras los propios miembros del séquito de Leovigildo intercambiaban encubiertas miradas de incredulidad. Pero la mirada de Wilya sólo estaba pendiente de su tío, y ahora, una vez pronunciado el veredicto, le pareció que a sus ojos afloraba un brillo similar al de aquella mañana en el sombrío oratorio de Corduba.

—En cuanto a ti, Argimundo —dijo de inmediato el rey, sin permitirse un resquicio de fragilidad en su tono—, nada tengo que reprocharte, pues te has limitado a cumplir con el mandato que te impuse de servir a mi hijo hasta la muerte. Precepto del que hoy quedas eximido.

Dicho esto, Leovigildo abandonó el salón, y sus silenciosos gardingos tras él, hasta ir a encerrarse en su estancia, donde pasó el resto del día sin admitir visitas, aunque sin desautorizar tampoco las comedidas celebraciones que se organizaron por el feliz regreso de los guerreros.

Hermenegildo partió la mañana siguiente hacia su destierro con la única asistencia de un criado. Argimundo, a pesar del perdón real, tuvo también su castigo, impuesto por su padre, el condestable Fonsa, que le destinó a trabajar como un siervo en las caballerizas. Y allí se afanaba el joven, mugriento y maloliente, aunque con el mismo brío que si disputase una victoria en la palestra, por tener las monturas limpias y bien alimentadas. Y Goswinta, al verle en su ir y venir por el patio, le contemplaba aún como una madre, sin carga alguna de rencor en sus ojos, y creyendo, quizá, que en aquella frente sucia de estiércol y sudor todavía quedaba lugar para una nobleza sin mancha.

Fue una primavera hermosa, aunque algo triste; al menos en palacio, pues los pobres y desarraigados bastante tenían con sus pesadumbres cotidianas como para ocuparse de la inquietud que pudiera rondar a sus señores. Inquietud, por otra parte, que ofrecía distintas caras según cada cual, ya que todos parecían tener sus motivos para caer en tan contagioso desánimo por más que en público intentasen mostrarse templados y actuaran como si nada extraño sucediera. Así, Leovigildo, aunque visiblemente cansado tras la larga campaña, ya proyectaba la siguiente contra los suevos que andaban enredando en las tierras fronterizas. Algunos estaban convencidos de que tan prematuros planes eran un pretexto para distraer su propia

atención, y tal vez la del reino, del malestar que todos llevaban dentro.

Y es que las contrariedades, lejos de quedar resueltas con la derrota militar de Hermenegildo, se habían agrandado por la sentencia dictada por su padre. En voz baja, sin atreverse a expresar sus dudas sino en la confianza que otorga la privacidad, crecía entre los nobles, y tal vez también entre el pueblo, el escándalo que la decisión real había provocado. Decía aquel clandestino murmullo en boca de todos que Leovigildo había quebrantado la ley de los godos al conceder a su hijo rebelde un trato del que sin duda no se habría beneficiado cualquier otro usurpador. Hermenegildo había partido hacia su exilio en Valentía sin castigo físico, ya que ni había sido decalvado ni cercenadas sus manos, al menos la derecha, como la tradición exigía para apartarle en el futuro de cualquier aspiración de realeza.

Muy a su pesar, Wilya estaba de acuerdo con quienes así murmuraban. Sólo un gran monarca pone la ley por delante de sus deseos, le había dicho el propio Leovigildo al referirse a su padre Liuva, y si el primero de los godos no daba ejemplo de cumplimiento no podía exigírselo a su pueblo. Su tío, lejos de ajustarse a esa máxima, había cedido frente al amor por un hijo, había sido derrotado en la más dura de sus pruebas y su autoridad estaba en entredicho. Y aunque en su fuero interno se negase a aceptar que aquella flaqueza significara para él el derrumbamiento de una figura admirable, de un hombre íntegro, tanta condescendencia a la hora de aplicar la justicia al primogénito socavaba los sillares de un bien ganado prestigio. Más que ofensa por el desafuero, Wilya sentía tristeza, una inmensa compasión por el sufrimiento de un hombre que, antes que rey, había elegido ser padre.

En su opinión, con aquella sentencia, Leovigildo había triturado en un instante la dignidad ganada a lo largo de muchos años, y todo para prestarle amparo a un ambicioso. Porque el hecho de ser el primogénito, sumado a sus vínculos con Austrasia merced a su matrimonio, otorgaban a Hermenegildo mucha ventaja frente a otros aspirantes al trono, frente a su propio hermano, cuando su padre fuese llevado por el Ángel de la Muerte. Hasta el poderoso partido de Atanagildo, a través de Goswinta, habría apoyado a ojos cerrados sus pretensiones en virtud de su entronque familiar. Pero el muy necio no había podido esperar a las sabias decisiones de la naturaleza y todo lo había arriesgado por codicia; eligiendo además para tamaña aventura complicidades equivocadas, como si hubiese querido forzar el medido paso del destino cuando hasta el más torpe sabe que no es posible burlar a la providencia.

Ese mismo destino quiso que en aquellas fechas, y mientras la vida explotaba en mil colores en el horizonte, un nuevo pesar viniera a sumarse a las tribulaciones del reino. Llegaron noticias de que la Galia Narbonense había caído en garras de la peste, y que tanto Narbona como otras ciudades sufrían la voracidad de tan temible plaga con especial virulencia. Leovigildo reaccionó con la acostumbrada presteza y dispuso cuanto estaba en su mano para evitar que la provincia padeciese las privaciones derivadas de tan cruel azote. De inmediato, despachó órdenes al duque Granista que gobernaba aquellas tierras y al conde Wildigerno de su capital para que los almacenes

reales fueran abiertos según las necesidades y los recaudadores liberasen de cargas a las familias más perjudicadas. Y es que el rey, como si cada nuevo percance fuera una ayuda del Cielo que llegase a rescatarle de su introspección, aprovechaba cualquier oportunidad para demostrar que era el de siempre y que, a pesar de su debilidad en el castigo al hijo traidor, nadie podía poner en duda jerarquía tan bien conquistada como la suya. Así, y según la costumbre, había hecho acuñar una nueva moneda en conmemoración de su última victoria, en la que podía leerse: «Corduba, por segunda vez tomada». Y en eso sí que había cumplido su palabra, pues ningún dios figuraba ya como valedor de una autoridad que solamente a la asamblea de los nobles visigodos correspondía.

Recaredo, entretanto, calmaba las dudas que pudieran inquietarlo con su adorable Hilde, alojada por fin en palacio con el niño, a pesar de la opinión del rey sobre la inconveniencia de mantener concubinas bajo el techo que habría de cobijar a su futura esposa. La dicha de su primo se revelaba, por el contrario, como una fatalidad para Wilya, pues la cotidiana presencia de la joven en estancias y corredores que ya tenía casi por hogar propio contribuía a reverdecer una amargura que en los últimos tiempos había conseguido malamente amordazar. Por tal motivo, limitó sus visitas a la ciudadela a lo estrictamente necesario para atender a sus obligaciones con su tío, aunque dispuesto siempre a cuantos actos se organizasen fuera de la residencia real.

La reina, más huraña de lo esperable tras el regreso de los suyos, solamente parecía tener pensamientos para su nieta Ingundis y el pequeño Atanagildo, que habían quedado con los imperiales una vez el traidor auguró su derrota. Con tal motivo fue requerido Wilya a una audiencia privada en la que ella le expresó su preocupación por las vidas de madre e hijo, inquietud que no sólo provenía del sufrimiento por los de su sangre, sino del riesgo que significaban en manos del emperador Mauricio tanto para el reino de los godos como para el de los francos de Austrasia. Él, al escuchar las íntimas congojas de Goswinta, se imaginaba uno más entre los muchos que sin duda habrían atendido pacientemente a sus desahogos, pero ella se encargó enseguida de sacarle del error.

—Tráemelos a casa y te juro que no envidiarás las riquezas del más opulento de los nuestros.

—Nada me agradaría tanto como poder complacerte, señora —balbució, intentando sobreponerse al desconcierto ante semejante petición—, pero no me veo capaz de semejante empresa.

Goswinta le explicó con detalle cuanto había conseguido indagar gracias a las bien pagadas informaciones de agentes y mercaderes. Al parecer, Ingundis estaba con su hijo en Carthagine, ambos bien tratados y bajo liviana vigilancia. Bastaría, en opinión de la reina, con propiciar un encuentro con su nieta y proponerle un piar de huida.

—No te extrañe mi elección, Wilya. Sé que tienes valor y que no te falta ingenio, e Ingundis hizo buenas migas contigo cuando estuvo en Toletum. ¿Quién mejor que

tú?

De nuevo la reina le implicaba en secretos asuntos que parecían contravenir, o al menos soslayar, la voluntad de su esposo. Pero esta vez no pensaba quedarse callado, no podía permitirse un nuevo desencuentro con su tío por mucho respeto que guardase a Goswinta, y aprovechó una partida de caza para consultarle mientras seguían el rastro de una pareja de jabalíes.

—También es de mi sangre, y me gustaría conocer a mi nieto tanto como la reina —admitió Leovigildo—. Pero es muy peligroso. CARTHAGINE no es buen sitio para un godo.

—Ya supongo que no.

—Deja actuar a los negociadores. Ni Austrasia ni nosotros estamos de brazos cruzados, y puede que los imperiales acepten un buen rescate.

—Aún no lo he decidido, pero nunca iría allí si contraviene tus planes.

—No los contraviene, aunque ya sabes mi consejo. Y si por fin decidieras arriesgarte, prefiero que mi esposa no se entere de que estoy al tanto. Que todo quede entre vosotros; al menos en apariencia, ya me entiendes.

Wilya aceptó la orden con una sonrisa de complicidad.

—Creo que no te gusta la muda —le dijo el rey de repente.

Aún tardó en comprender que su tío se refería a Hilde, y quiso refutar su afirmación haciéndole saber que la conocía desde tiempo atrás, y que ninguna antipatía guardaba hacia la hermosa concubina de Recaredo.

—En ese caso, es que te gusta demasiado —puntualizó irónico Leovigildo—. Parece que la rehúyas, y desde que llegó hemos perdido el hábito de tu diaria compañía.

Dio por no escuchada la primera y sagaz afirmación, e intentó justificar su notorio distanciamiento con las obligaciones que conllevaba su hacienda y por la necesaria soledad que le imponía su gusto por la lectura. No era del todo falsa su última aseveración, pues en su voluntaria huida de los muros palaciegos había regresado a la historia de Apuleius, al momento en que Lucius, conducido por la bella Fotis, presenciaba al fin uno de los sortilegios de la bruja y, en ausencia de ésta, imitaba sus artes para convertirse en pájaro; en mala hora, porque los brebajes empleados y las palabras pronunciadas para el hechizo le habían transformado en asno, en un ridículo asno que conservaba, a pesar de todo, su humana facultad de discurrir.

—Tal vez seas uno de los muchos contrariados que me rodean —sugirió Leovigildo—. ¿También tú crees que obré mal con Hermenegildo?

—Así lo creo, señor —se sinceró sin dudarlo—. Aunque no interpretes que ésa sea la causa de mi alejamiento de palacio, porque ninguna sentencia que puedas dictar me hará verte distinto al gran rey que eres.

—Agradezco tu franqueza. Ya me gustaría hallar en todos parecida lealtad. Cuando tengas un hijo sabrás lo que significa ordenar su mutilación por insolente que sea, por más que esa soberbia le lleve a urdir tu propio infortunio.

—No es soberbia, tío, sino ambición.

—Hijas ambas de un mismo espíritu diabólico —admitió el rey—, el demonio de la locura. Pero un castigo más cruel, lejos de ablandarle el alma, no habría hecho más que alimentar su odio. El exilio le hará recapacitar.

—Lo que haya en su alma no lo sé, pero conserva su mano diestra y por lo tanto no ha sido privado del derecho al trono. La ley no sólo busca castigo, sino reparación y garantía de que no se ha de repetir la ofensa.

—Querido sobrino, Hermenegildo no tiene ya poder para encabezar sediciones.

—Así parece, pero si tu benevolencia decide un día perdonar su exilio, regresará con igual derecho que cualquier noble, el mismo que su propio hermano. Y eso sería muy injusto tanto para el reino como para Recaredo.

—Y para ti mismo.

Wilya recibió la frase como un reproche, como si el rey quisiera defenderse de sus bien razonados argumentos con un injusto ataque a sus aspiraciones, a unas pretendidas esperanzas que no existían.

—A mí eso no me quita el sueño —repuso enérgico—. Yo no puedo ser otra cosa que un buen gardingo.

Leovigildo dejó ir una carcajada.

—Malinterpretas mis palabras, pues no eran crítica hacia tus justificadas ilusiones, sino al contrario. Como hijo de rey tanto derecho tienes al trono como otros.

—Así parece, pero mi defecto me lo impide.

—¿Por qué? Has demostrado inteligencia y pericia en el campo de batalla. Con un brazo vales tanto o más que muchos con los dos, así que abandona esa maldita compasión que te tienes y deja de llamarte a ti mismo Manoseca.

Wilya se preguntó qué peregrinas ideas pasaban por la cabeza del rey para sembrar en él tan vanas esperanzas, aunque quizá no fueran quimeras lo que pretendía alentar, sino sólo fortaleza de ánimo ante lo que hubiera de venir. Le reconocía muy sinceramente su muestra de confianza, una más, en momentos tan delicados, mientras la equidad real era objetada por propios y extraños y las preguntas sobre el futuro se extendían a su alrededor como una pegajosa tela de araña.

—Gracias, tío. Pero sólo un rey habrá para mí cuando tú nos dejes, y no es otro que Recaredo.

—Siempre has sido muy generoso con él. Y no te abrumes con pensamientos sobre lo que haya de venir, porque mi gracia para Hermenegildo únicamente será posible si su orgullo cambia en sincera contrición. —El rey blandió su venablo al tiempo que espoleaba el caballo en busca de una sombra entre los matorrales. Cuanto dijo a partir de ahí fue a gritos, y Wilya, que ya cabalgaba tras él, hubo de completar lo que oía con su propia imaginación—. Aunque duela saberlo, mucho me temo que eso jamás sucederá.

MARIAM

Toletum, verano de 584

Wilya se había dejado atrapar por el creciente embrujo de la lectura. Tanto por aislarse de las murmuraciones sobre la flaqueza del rey, como por demorar su respuesta a Goswinta. Aunque no necesitaba justificarse con semejantes argumentos, porque cuanto narraban aquellas líneas escritas siglos atrás tenían suficiente poder como para retirar su atención de los asuntos cotidianos. Y es que por fin, con Lucius convertido en asno merced a las equivocadas malas artes de la hechicería, cobraba cierto sentido el segundo título que Isidoras le había asignado a aquel códice prestado en la biblioteca de Hispalis. Por si fuera poco, a partir de la consumación del sortilegio, la historia parecía adquirir un renovado interés, ya que se sucedían sin tregua situaciones ingeniosas y divertidas desventuras que a veces le provocaban la risotada para sobresalto del verdadero Lucius y de la servidumbre.

Como todo asno, el desgraciado protagonista había acabado en el establo de su anfitrión, donde, a pesar del bondadoso auspicio de una imagen de la diosa Epona, su propio caballo se opuso, con violentas coces, a compartir con él la paja de los pesebres, y un siervo le humilló con dolorosísimos golpes. Pero no fue larga su estadía en aquella cuadra, porque esa misma noche la casa fue asaltada por unos malhechores que se apoderaron de cuantas riquezas pudieron y escaparon con ellas a lomos de las bestias de carga, de las que el infeliz formaba parte.

Durante el viaje hacia la patria de aquella perversa partida, y entre maldiciones y compungidos razonamientos que sólo se traducían en rebuznos, el pobre Lucius, cuyas tripas aborrecían el heno, aprovechaba sus mínimos ratos de reposo para buscar huertos donde llenar la panza, y su osadía llamaba al escarmiento por parte de los enfurecidos labriegos en forma de palizas. Y con parecido ahínco al que empleaba en hallar verduras para saciar el hambre, Lucius buscaba también rosas, porque la bella Fotis le había asegurado que bastaría con que comiese algunos pétalos de la citada flor para regresar a su estado natural.

Entre el goce de tan hilarante infortunio, le llegó a Wilya el ultimátum de la reina; no en forma de orden, pues Goswinta sabía muy bien cómo expresar sus deseos sin necesidad de apelar a la autoridad que la investía. Así, le hizo saber que ya contaba con dos valerosos voluntarios para ejecutar sus planes y que, a pesar de considerarlo el más adecuado para el buen fin de la causa, estaba decidida a depositar su confianza en cualquiera de ellos si no recibía pronta respuesta de su parte. Esa respuesta no podía ser otra que aceptar el compromiso, y Wilya obtuvo un maternal abrazo de la reina como muestra de gratitud y primer anticipo de la anunciada recompensa que habría de conseguir si al fin lograba que se cumpliese aquel sueño de estrechar a Ingundis y a su biznieto.

De inmediato hizo partícipe al rey de la decisión, y solicitó su consejo para una empresa que se le antojaba harto complicada, ya que Goswinta se había limitado a confiarle lo poco que sabía sobre los rehenes y dejaba en sus manos el modo de dar cumplimiento a sus propósitos. Tras descartar por inútil cualquier intento por la fuerza de las armas, Leovigildo le sugirió presentarse en su nombre a Yamin Benaser, y con su ayuda trazar un plan del que habría de mantenerle puntualmente informado.

Y en busca del hebreo acudió, hasta aquella casa que había visitado años atrás en compañía de Galmerico y Recaredo para recoger unos libros traídos desde desconocidas tierras por el comerciante. Ahora, ya sin los escrúpulos que entonces le atenazaban por la rotunda prohibición materna de poner sus pies en tan desaconsejable barrio, pocas similitudes podía hallar con el recuerdo que sus ojos infantiles habían guardado en la memoria, pues todo resultaba más cercano y menos sobresaliente. La misma mansión de Yamin parecía haber empequeñecido al contemplarla desde el caballo, como habían menguado las dimensiones de aquel patio cubierto de parras y la fuentecilla que canturreaba en su centro con apagados gorgoteos.

Como aquella primera vez, el judío le recibió en la sala de almohadones acompañado por su hijo, aunque ahora la presencia de Itzak parecía haber cobrado mayor importancia, y no sólo porque hubiera dejado de ser niño, sino por el protagonismo que su padre le concedía en la conversación, casi como a un igual por mucho que aquel antiguo y devoto respeto del joven permaneciera tan vivo como antaño. Ante ambos expuso Wilya sus propósitos sin ahorrar los pocos detalles que conocía, dispuesto a confiarse, tal y como le había aconsejado su tío, al criterio de sus anfitriones:

—El rey piensa que es labor más apropiada de mercaderes que de guerreros.

—A fuer de ser sinceros, ni de unos ni de otros —opinó Yamin con un rictus de gravedad que contagiaba al tono de su voz—. Cierto que el comercio abre más puertas que los arietes, pero lo que pretendes no es negocio sencillo.

—Yo iré con Wilya si das tu consentimiento —propuso Itzak, que, en contra de la circunspección paterna, se mostraba entusiasmado con la idea—. Ya te acompañé una vez hasta Carthagine, padre, conozco la ciudad, y si es verdad que Ingundis está allí, llegaremos a ella.

El joven hebreo pasó a exponer un plan que a primera vista no parecía descabellado, según el cual ambos viajarían como mercaderes a Valentía, y desde allí, en uno de los navíos que venían utilizando para sus travesías comerciales con la costa africana, hasta CARTHAGINE, donde contaban con buenos amigos. Cuanto sucediese a partir de ahí en la ciudad ocupada por los imperiales, dependía de la bondad del Inefable y de la propia astucia.

—Más razonable parece —sugirió Yamin— confiar a esos buenos amigos el encargo de hablarle a Ingundis para conocer su disposición antes de aventurarse en la boca del lobo.

—Eso sí que sería un riesgo, padre. Lo que aquí se decida, aquí ha de quedar, y sólo Leovigildo debe estar al tanto.

La elocuencia de Itzak, la fogosidad con que exponía sus ideas y la certidumbre de que se trataba de un importante servicio al rey acabaron por doblegar los recelos del progenitor, que dio por fin su conformidad y concluyó toda objeción con lo que parecía ser una plegaria a su dios musitada entre dientes. Conseguido el beneplácito, pasaron a discutir los pormenores de un plan que exigía el mayor secreto, pues si espías y partidarios tenían los visigodos en CARTHAGINE, era razonable pensar que también el oro de los imperiales habría comprado voluntades en Toletum. Así, Wilya debía fingir un viaje que explicase su larga ausencia de palacio, de modo que cuando por fin abandonasen la ciudad nadie pudiera sospechar siquiera que él formaba parte de la comitiva hacia Valentia.

Leovigildo recibió de buen grado el proyecto y se encargó de hacer correr la voz de que su sobrino viajaría a Hispalis en su nombre para tratar con las autoridades de la provincia bética asuntos que habían quedado pendientes tras la reciente contienda. A nadie más, aparte del rey, habló Wilya de sus ocultos planes, ni a la propia Goswinta, ni a su primo, mucho menos al fiel Lucius, el de carne y hueso, que había de quedar a cargo de su casa y del tomo que hablaba del otro Lucius convertido en asno. Tampoco tenía pensado contárselo a Badwila cuando fue a despedirse de él, aunque finalmente cambió de parecer, movido quizá por un espurio amor filial, o tal vez por una cierta lástima. Y es que desde que Hilde y su hijo abandonaron su casa para compartir techo con Recaredo, el herrero apenas se acercaba ya por aquella modestísima choza junto al Tagus y había hecho de la fragua su verdadero hogar. La sincera felicidad por el bienestar de su descendencia soterraba, además, una suerte de desarraigo cuya faz no era ni mucho menos tan venturosa como pretendía mostrar.

—Mala cosa meter la cabeza en aquel nido de ratas —refunfuñó al conocer el verdadero motivo de su marcha—. Serás muy vulnerable.

—Todos lo somos, pero sabré cuidarme.

—Estoy seguro. Recuerda que no eres un mortal cualquiera. Tienes a Tyz y a Guodan de tu parte. Confía en sus dones, el oso, el lobo y el cuervo. Son tus compañeros y forman parte de ti. Apela a ellos cuando los necesites.

Badwila había evitado mencionar las imperfecciones de esos compañeros, cojitranco, tuerto y albino, y además olvidaba el cuarto, tal vez a propósito por no entrar en un territorio tan privado que a nadie sino a Wilya pertenecía. Pero ninguno de los dones, como los llamaba el herrero, era tan suyo ni tenía tanta fuerza como el que su amigo había omitido, ya que, al igual que el asno Lucius quería hallar flores que le redimiesen de su infame forma, también él, desde aquel extraño ritual en la cueva, husmeaba de reojo matas y zarzales, y no por encontrar rosas entre sus espinas, sino mariposas. Y alguna vez frente a ellas se había sorprendido musitando unas palabras para enseguida huir avergonzado del lugar antes de que cualquier inoportuno testigo pudiese tomarlo por perturbado o hechicero. Porque sólo de locos

o taumaturgos podía esperarse conversación con semejantes seres. O quizá también de algún herrero depositario de los más antiguos arcanos de la estirpe, convencido, como lo estaba Badwila, de que aquella mariposa podía ser el alma de su padre dispuesta a entregarle algún misterioso mensaje.

Por fin, en la fecha convenida, Wilya abandonó su casa cuando aún faltaban horas para que asomase el sol. A pie, para que el ruido de cascos no quebrase el silencio de las calles, y amparado por las anónimas sombras de la noche, transitó por la ciudad hasta más allá de Santa María, y luego por el barrio hebreo hasta alcanzar la morada de Yamin Benaser donde quedó cómodamente alojado a la espera de la partida, aunque sin imaginar siquiera qué duras pruebas le aguardaban antes de que llegase ese día.

Durante la mañana siguiente a su llegada, y tras un copioso desayuno que devoró a solas, Itzak le hizo saber con mayor detalle los planes trazados por él y su padre, según los cuales habría de hacerse pasar por uno de los siervos, todos de raza hebrea, que acompañarían al joven judío hasta Valentia. Como no conocía en absoluto su lengua, y para evitar toda sospecha por parte de extraños en momentos delicados, debía convertirse en un servidor mudo y sordo que obedeciera las señas de su aparente amo. A Wilya no le hacía ninguna gracia someterse a tan degradante disciplina, aunque hubo de admitir que la propuesta era sagaz y que nada se podía objetar a su congruencia siempre que su aspecto, tan distinto, quedara velado por ropajes y cualquier otra argucia que pudieran urdir.

Aceptado el plan por ambas partes, enseguida recibió su primera orden y se dispuso a obedecerla con buen humor siguiendo los pasos de Itzak por la casa, hasta llegar a una pequeña estancia que parecía revestida de oro por el mágico efecto del sol en sus pajizos y vaporosos cortinajes. Tres mujeres que aguardaban sentadas en el suelo se pusieron en pie al entrar ellos y ofrecieron a Wilya el único almohadón que había en la sala. Cuando se hubo acomodado, el hebreo se despidió y él quedó a solas con aquellas mujeres, quienes, sin mediar palabra, comenzaron a despojarle de la camisa, a pesar de sus protestas y de un vano intento de escapar que fue atajado por la más joven de ellas.

—Nada temas de nosotras, señor —dijo con dulzura, posando una leve mano sobre su hombro rebelde—, pues cuanto vamos a hacer es sólo en tu beneficio y por mandato del buen Yamin Benaser.

Aquellas palabras y la contemplación de los dorados perfiles de la joven actuaron como bálsamo en su ánimo, y cedió en su resistencia mientras las otras dos mujeres disponían a su alrededor varios recipientes y le ofrecían un cáliz con vino vertido de una jarra de vidrio que dejaron a su alcance antes de abandonar la estancia.

—Explícame qué beneficio obtendré con mi desnudez. —Wilya intentaba ocultar su turbación ante unos ojos de gata del color de las hojas otoñales.

—Asemejarte un poco a nuestra raza.

—Difícil parece, porque el capricho de Dios nos hizo demasiado distintos —

alegó un tanto desconcertado, aunque con medida prudencia para no parecer jactancioso de superioridad. Pero calló enseguida al sentir la mano de la muchacha deslizándose por su brazo como una caricia húmeda y tibia que le recorriera a través de los huesos y la sangre. Y al querer seguir con la vista el tránsito de aquellos delicados dedos observó que su carne se volvía oscura al contacto con la de ella.

—¿Qué demonios es ese ungüento?

—Se hace con un arbusto al que llaman *hinna* y sirve para oscurecer la piel. Es un simple engaño, porque el color desaparece solo después de varios días, y tú mismo puedes quitarlo con agua cuando desees.

El ocre de las orillas secas del Tagus comenzaba a cubrir lentamente el brazo de Wilya, y aunque no era tan profundo como la piel de la autora de semejante milagro, sí que disimulaba el sonrosado albor que distinguía a los suyos de otras gentes del reino. Y a medida que aquella tintura se iba apoderando de su cuerpo, su voluntad se abandonaba en manos de una plácida inercia dictada por el roce de los dedos femeninos sobre los hombros, en la espalda, a lo largo de un pecho que palpitaba furtivo en cada contacto.

La joven se llamaba Mariam, y no era esclava sino una pariente lejana de sus anfitriones que había llegado con ellos desde Corduba, su ciudad natal, cuando ésta quedó de nuevo bajo la autoridad de Leovigildo. Era todo cuanto necesitaba saber de ella. Lo demás ya lo aprendía de su tacto y estudiando sin recato el sensual perfil de su boca, su brillante cabello semita bañado por las pinceladas áureas de una luz que se le antojaba maravillosa.

Una vez el busto estuvo bien tintado, lo que le llevó su tiempo, Mariam se consagró a la cara, y en la ternura con que ella deslizaba los dedos por sus párpados, a lo largo de la frente, sobre la cicatriz, Wilya quiso identificar perdidas caricias maternales, aunque muy distintas éstas de aquellas otras, puesto que ahora avivaban en él un deseo, un creciente impulso que a duras penas lograba dominar, hasta el punto de que, en un rápido movimiento, y aprovechando que ella le aplicaba la mixtura en torno a la boca, alcanzó a besar sus dedos. La muchacha retiró la mano, aunque no su mirada, y con firmeza, sin el menor asomo de rubor, le reprendió por su acto.

—No es noble ofender así a quien te brinda hospitalidad.

—Es la gratitud lo que ha guiado mis labios —repuso él, con expresión risueña, entre contrita y desafiante—, y no un deseo de ofensa.

—Si llamas gratitud a lo que te ha movido, no se explica tanta codicia sobre la tierra, porque está llena de hombres dispuestos a mostrarse agradecidos a cuantas mujeres se presten.

Wilya celebró con una carcajada la agudeza de la hebrea, y ella le respondió con un mohín que pretendía abortar una sonrisa.

—Sutil y prudente, además de hermosa. Envidio al hombre que te posea.

—Como gentileza recibo tus palabras, señor, y la agradezco.

—Vaya, así que me reprochas hacer trampas con el lenguaje para caer tú en el mismo pecado. —Un parpadeo desveló algo parecido a la confusión en los ojos de Mariam—. Idéntico pecado —quiso aclarar—, pues de igual modo que yo encubro, según tú, deseos más profundos bajo la palabra gratitud, veo que también hay mujeres que sólo quieren ver cortesía donde hay verdadera atracción.

—Me halagas, pero a pesar de tu hábil juego de palabras no debo escucharte. Ya sabes que a ambas razas nos están prohibidas ciertas cosas.

—Prohibido nos tienen el matrimonio, sí, pero no hay legislador que sofoque la pasión.

—También en eso te equivocas —alegó ella con solemne firmeza—, porque tanto tu fe como la mía declaran sucio cualquier apetito entre nosotros, y entregarse a él tiene igual castigo que el adulterio: la expulsión de la comunidad.

—Cierto, los clérigos y sus rebaños. Y dime, Mariam, ahora que mi piel se asemeja un poco a la tuya, ¿no podríamos olvidar por un rato tan ridículas trabas?

La muchacha sonrió con timidez y su mirada, ahora sí, huyó de los ojos que tenía enfrente buscando otro acomodo por la sala.

—Aparta de ti esos pensamientos —dijo por fin—. Y desnuda las piernas, que aún nos queda faena por delante.

Wilya se desvistió hasta quedar en calzones, una situación que se le antojaba tan sensual como ridícula y divertida, y Mariam le invitó a aprender por sí mismo el modo de teñirse para que en el futuro pudiera hacerlo sin su ayuda, de forma que en tanto ella cubría de mixtura una pierna, él lo intentaba con la otra. Parecía una labor sencilla con aquellas partes del cuerpo que podían ser alcanzadas por las propias manos, aunque si tan poco duraba el efecto y su apariencia tenía que mantenerse a lo largo del viaje, alguien debería necesariamente ayudarle en las próximas semanas. Pensó si habría de ser la propia Mariam, y en lo placentero que sería contar con su compañía, al menos hasta Valentía, pero enseguida desechó la idea de mezclar a una mujer en tan comprometida empresa.

Una vez acabaron con las piernas, la joven se enjugó las manos en un lienzo y le ofreció sus últimas recomendaciones antes de abandonar la sala.

—Lo que en tu piel quede de godo ya es cosa tuya —apuntó—, y la mudanza de tus intimidades debes hacerla solo.

Wilya forzó un solemne gesto de decepción, que, a pesar de las apariencias, no era del todo fingido.

—Tal vez mis manos no sean tan hábiles como para hacerlo solas.

—Estoy segura, señor, de que conocen lo suficiente cada uno de esos rincones como para no perderse en ellos.

—Lo intentaré —aceptó, traduciendo en sonrisa la derrota de su última tentativa —. Pero, en serio, dime, ¿crees que también eso he de teñirme?

—Quién sabe lo que te verás obligado a mostrar durante el viaje. —La muchacha le dedicó un pícaro guiño desde la puerta antes de desaparecer.

En la soledad de tan acogedora estancia, procedió a cumplir el trabajo que ella se había negado a completar y ensombreció cada uno de sus pálidos pliegues, esmerándose con placentera demora en un sexo crecido por las circunstancias y por el perfume de Mariam, que permanecía suspendido en el aire como un regalo para la memoria. Por un momento deseó ser auténtico hebreo para poder llegar a ella sin estorbos, para perderse en el fascinante combate de su retórica y al tiempo extraer de su precioso cuerpo cuanto había podido intuir con el simple tacto de unos dedos. Imaginó que era un verdadero hebreo y que por fin lograba hacerla suya, pero algo había en él que quebraba todo sueño, toda similitud de pieles y razas, y era ese pene incircunciso que su complaciente mano intentaba tintar de color ocre. Y la sola idea de someter tan querido apéndice a cualquier mutilación le devolvió de inmediato a la realidad, al orgullo de ser godo y nada más que godo.

El resultado, sometido al escrutinio de sus anfitriones en la terraza, parecía satisfactorio, y tanto el padre como el hijo elogiaron la labor de la *hinna* sobre su clara piel. Aunque en el exterior, el color parecía más anaranjado que entre las doradas paredes que habían asistido a la metamorfosis, y ahora daba la impresión de cierta artificialidad; detalle sin importancia, según Yamin, pues la luz del sol y su calor contribuirían a tostarlo y conferirle un aspecto más natural. En todo caso, era preciso evitar el agua durante varias horas para que la tintura agarrase bien y su cuerpo no cobrara la apariencia de un muro de adobe desteñido por la lluvia.

Dos días después, los augurios se habían confirmado y la piel de Wilya parecía casi propia, y muy similar a la de la gente que poblaba aquel suburbio. Quedaban, no obstante, ciertos detalles que descubrían su origen y que era preciso corregir; no tanto el color de sus ojos, pardos como los de cualquier hispano o el de algunos hebreos merced a la mezcolanza de su sangre; tampoco su estatura, pues si la mayoría de los judíos eran más pequeños que él, Itzak, como algún otro de su pueblo, era tan espigado que bien podría pasar por godo.

—Tu cabello, Wilya —le dijo Yamin.

—Y la barba —admitió él—. Habrá que teñirlos también.

—Así se hará, pero mi padre no se refería a su color. —Vaciló Itzak antes de continuar—. Piensa que nadie entre nosotros lleva el pelo tan largo y ondulado como tú.

Tenían razón, pero para un godo la melena era el símbolo de su orgullo y renunciar a ella resultaba al menos tan vergonzante como pasearse en cueros por las calles, justificado motivo de escándalo y mofa para los suyos. Invitar a un noble godo a ejecutar semejante disparate resultaba ofensivo, era un insulto que nadie osaba pronunciar si es que tenía alguna estima por su vida. Nadie, ni siquiera Goswinta, ni el mismísimo rey, tenían derecho a pedirle una cosa así, menos aún aquel par de hebreos, aunque éstos se limitaban a recordarle que tan amargo sacrificio era necesario si es que quería llevar a buen término la misión que voluntariamente había aceptado. Wilya se retiró abatido al dormitorio sin ofrecer una respuesta, por ver si la

privacidad y el silencio le permitían concebir un plan diferente, una solución que evitase tamaña barbaridad. Pero no existía, o él era incapaz de hallarla, y si el fin era parecerse a un judío para poder entrar en Carthagine sin levantar sospechas, las cosas tenían que hacerse tal y como le había sido sugerido. Taciturno, y tras varias horas de infructuosa clausura, aceptó por fin la nueva desnudez que se le exigía, ésta sí completa y humillante.

Mariam lo esperaba en el mismo lugar en que se conocieron. No habían vuelto a encontrarse desde entonces, ya que las mujeres, entre los hebreos, solían hacer vida apartada de los huéspedes y sólo las siervas se dejaban ver obligadas por su ajetreo en la casa. Esta vez el almohadón había sido sustituido por un sitial de madera junto a la ventana, y los cortinajes estaban recogidos para permitir que la luz penetrase sin restricciones en la sala.

Como quien se presenta ante el verdugo, Wilya tomó asiento sin abrir la boca, y asintió con un mínimo cabeceo una vez la joven requirió su permiso para hacer uso de las tijeras. Cuando el primer chasquido sonó tras la oreja persiguió de reojo el bucle caído en el suelo, y no pudo evitar que una pátina húmeda le nublara la vista. Imaginó cómo habría de ser una decalvación, y no tanto por el brutal tormento del reo, sino por la pérdida definitiva y el deshonor que significaban. Mariam, sin duda al corriente de su congoja, intentaba convencerle de que no era asunto tan importante, de que sólo habría de cortar hasta un poco más arriba de los hombros y que en poco tiempo el pelo crecería hasta recuperar su hermosura de siempre. Pero no estaba de humor para escuchar palabras de consuelo mientras su cabellera caía como el heno bajo la guadaña. Sentía que Mariam le estaba desnudando poco a poco; no con la delicada pasión de una amante que busca por propia voluntad la carne deseada, sino arrancándole la ropa a tirones en cumplimiento de una orden dictada por él mismo. Y ante nadie, excepto los dos hombres que le acogían, podía justificar tan infame decisión.

—¿Tienes idea de por qué hago todo esto? —dijo de repente, como si la pregunta le quemara la lengua.

—Para seducir con engaño a alguna hebrea. Estoy segura.

La respuesta de Mariam le desconcertó de momento, pero una especie de risa interior se impuso a cuantas consideraciones atenazaban su espíritu y hubo de concluir que aquella muchacha poseía la facultad de espantar toda pesadumbre con una sola de sus frases.

—Bromeaba, señor —agregó ella—. Disculpa tanta insolencia en un momento que sé difícil para ti.

Mariam había terminado con las tijeras y desleía entre sus dedos un tinte similar a la *hinna*, aunque algo más oscuro, contenido en un aguamanil.

—Nada tengo que disculparte. Muy al contrario, me has hecho reír cuando todo eran tinieblas.

—Si es así, celebro mi insolencia. Aproxímate.

Wilya se acercó al recipiente siguiendo las indicaciones, y una vez su cabeza estuvo a la altura propicia y los ojos bien cerrados para evitarles daño, la joven vertió sobre ella parte del pegajoso líquido y con sus manos lo fue extendiendo por el cráneo en un suave masaje.

—Y no es del todo malo ese plan que propones —apuntó él.

—¿De qué plan hablas?

—El de seducir. Aunque sólo por una hebrea como tú sería capaz de pasar por esto. —A ciegas, alargó su mano hasta alcanzar la cadera de Mariam, que permanecía en pie frente a él.

—Ahora eres tú quien bromea. —Sin intención de causar dolor, aunque con energía suficiente para hacerse notar, ella le dedicó un tirón de pelo que provocó una fingida protesta por su parte. Pero no retiró su cuerpo de la suave presión con que la obsequiaba—. Seguro que tienes graves motivos para hacerlo.

—Los tengo. ¿Quieres conocerlos?

—No, no quiero, pues si son tan graves y Yamin no me ha hecho partícipe de ellos es que deben permanecer ocultos.

—Resulta admirable tu discreción.

—Tan admirable quizá como tu osadía. —Notaba ella aquella mano deslizándose a tientas sobre la sedosa túnica para recorrerle la pierna en dirección a la rodilla, y luego un poco más abajo, hasta que se izaron los pliegues del tejido y su piel sintió el contacto directo de unos dedos invasores que enseguida cambiaron el sentido de su movimiento para buscar muy despacio en las alturas la calidez interior de sus muslos —. Pero no puede ser, Wilya —susurró, acariciándole la nuca—. No es posible.

Amarilleaban las mieses cuando la expedición cruzó el Tagus en busca de los polvorientos caminos que habrían de conducirla hasta las costas orientales. Cuatro hombres acompañaban a la pareja de jóvenes, hombres de toda confianza, veteranos en travesías y peligros y bien advertidos por su amo de la identidad del godo, del plan trazado y de cuanto les esperaba. Muy distinta aquella menguada partida de las que Wilya había encabezado durante las recientes campañas, pues aunque algunas de sus armas viajaban ocultas entre el bagaje y siempre a mano por si se hacían necesarias, en lugar de ardorosos caballos de combate montaban mulas y pollinos, mucho más lentos y especialmente incómodos para él, ya que, entre otras renuncias, había tenido que prescindir también de los estribos.

Itzak, animoso y hablador, contribuía a hacerle un poco más llevadero el paso de los días con sus frecuentes y expertas reflexiones sobre las ciudades que tenían que visitar, ya conocidas por él merced a los viajes que había hecho bajo la tutela paterna. Aunque no sólo de ciudades y lugares se ocupaba el hebreo, porque, siempre que la privacidad se lo permitía, su facundia le llevaba a entrar en asuntos poco habituales entre gentes de tan opuesta fe. Así, le recordó aquellos antiguos escrúpulos que había mostrado en la primera visita a su casa, ese miedo a compartir alimentos con los hebreos y que ahora parecían haber desaparecido a tenor del apetito con que solía

devorar las raciones que los seis hombres se repartían.

—Eran cosas de mi madre —se excusó—. Una buena madre por más que siguiera a pie juntillas ciertas supersticiones. Ya ves que nada tengo que ver con los trinitarios.

—Cierto, señor, pero aunque en nada os parecéis a ellos en vuestro trato, y dicho con el mayor de los respetos, tan *minim* sois los unos como los otros.

—*¿Minim?*

—Así llamamos en nuestra lengua a los desviados, a los que vosotros decís herejes.

—La doctrina de Arrio no es herejía —protestó Wilya con templanza, aunque estimulado por la polémica—. Al igual que los hebreos, aceptamos un solo Dios, mientras que ellos adoran a tres distintos que pretenden hacer pasar por único.

—También vosotros tenéis por dios a ese que llaman el Cristo.

—Es distinto. El Hijo fue creado por el Padre, y a él se somete, por tanto, sin alcanzar ni mucho menos su majestad. Así se nos ha enseñado, y si bien aceptamos de Jesucristo su condición divina, sabemos que al único Hacedor se la debe.

—Camináis por senderos muy errados, pues ese Jesús, aquel galileo a quien los griegos llamaron el Cristo, nunca fue el Mesías, el Ungido de Israel, como unos y otros pretendéis hacer creer.

—No veo por qué.

Con paciencia y minuciosidad parecidas a las que empleaban Galmerico, Savinus o cualquiera de los enseñantes que Wilya había conocido, Itzak desplegó un sugestivo y fluido monólogo para exponer sus argumentos. Según el joven, los que más tarde habrían de llamarse cristianos sólo habían sido una secta más de las muchas que se daban entre los hebreos. Citó una larga relación de nombres, alguno de los cuales no resultaban nuevos para él, como fariseos y saduceos, aunque de otros, como los llamados puros, los nazoreos, y varios más, nunca había oído hablar. Para Itzak, se trataba de modos distintos de aceptar la voluntad del que ellos llamaban Inefable por darle un nombre, porque les estaba prohibido el nombre de Dios, y aunque cada cual confiaba en sus propios sabios y rabinos, a todos les unía la esperanza de un mismo Mesías. Aquellos primeros seguidores de Jesús cayeron finalmente en las fraudulentas doctrinas de los griegos, quienes mutaron al que había sido un bienaventurado y justo maestro en un dios hecho a medida de sus paganas fantasías. Y tanto ellos como los que después siguieron tan aberrante doctrina fueron llamados *minim* por quienes permanecían fieles a la Ley y los profetas.

—Aquel ajusticiado no puede ser el Mesías que desde el origen de los tiempos se nos viene anunciando —concluyó Itzak su instruido parlamento—, y aún lo esperamos. Sus símbolos son el triunfo y la liberación: nada más lejos del fracaso que significa morir clavado a una cruz.

—Pero resucitó, y ésa es su victoria. Así está escrito.

—Cuentos de griegos, porque sólo en el último día puede haber resurrección. Así está escrito.

Wilya celebró aquel juego de frases que tanto se asemejaba al intercambio de golpes en un combate incruento, una liza que le traía a la memoria aquella otra polémica con Badwila sobre la conveniencia o no de confiar en la opinión de otros que, de tan muertos, ya ni siquiera podía escudriñarse en su ojos si hablaban o escribían sinceramente.

—Siempre me ha parecido un poco inquietante —comentó— que todos depositemos nuestra fe, por distinta que sea, en lo que los antiguos escribieron.

—Es que hay que saber muy bien qué testimonios mienten y cuáles dicen la verdad.

—¡Ah, Itzak, deja de jugar con las palabras! Otra vez vuelves al misterio del huevo y la gallina. ¿Creemos en ellas porque dicen la verdad, o las damos por verdaderas porque corroboran lo que previamente creemos?

—Buena pregunta. —El joven hebreo se crecía en el debate, pero sin asomo de aridez, de modo que la conversación con él resultaba cómoda y grata—. Si me lo permites, porque no desearía que mi argumentación ofendiese tus creencias, te presentaré un ejemplo de cómo mienten esas escrituras que los *minim* tenéis por sagradas y que no son sino una burda mistificación de las nuestras. Un ejemplo que servirá de prueba, además, de que el crucificado no es el Mesías.

—Nada temas. Adelante con tu prueba.

—Por ambos credos es admitido que el Mesías ha de ser descendiente de David, tal y como lo anuncian tanto el sagrado Génesis como el profeta Isaías. ¿No es así?

Admitió Wilya el preámbulo, pues aunque las referencias a libros y profetas quedaban muy lejos de sus entendederas, sí que le habían enseñado el origen davídico de Cristo como justificación de los designios divinos desde tiempos remotos.

—Pues bien —prosiguió aquél—, si la madre del galileo concibió sin conocer varón, según dicen vuestros clérigos más allá de las diferencias que los separan, el fruto de su vientre no pertenecía a la casa de David. Esa estirpe venía a través de su esposo, y nada más que de su esposo, como sostienen incluso esos textos que llamáis Evangelios en sus profusas y contradictorias genealogías. De modo que si Jesús no heredó la sangre paterna, jamás puede ser el Mesías.

Wilya se rascó la cabeza, esa cabeza adulterada por tintes y tijeras que tan extraña se le hacía al contacto de los dedos. El argumento, además de simple, parecía sólido, y por muchas vueltas que le diese no hallaba otro de suficiente peso para rebatirlo.

—Es el problema de meter a los ángeles en la vida de los hombres —sentenció Itzak—. Aquellos griegos inventaron una ramplona fábula para mostrar al crucificado como un personaje divino, sin molestarse siquiera en reflexionar que con ella socavaban los cimientos de su propia secta pagana que ya empezaba a extenderse por la tierra.

—Como si nacer como nace todo el mundo no fuese grato al Cielo —reflexionó Wilya en voz alta.

—Como nacían, según sus mitologías, los antiguos dioses gentiles. Pero que no

se tambalee tu fe, señor, por cuanto acabo de contarte, pues tu querido crucificado, tal y como dicta la lógica, nunca nació de una virgen, y su padre era tan humano como el tuyo y el mío.

—Intentas confundirme. Y he de admitir que lo consigues, ya que dominas la dialéctica como pocos.

—No es mi intención. —Itzak adobó su sonrisa con un gesto de humildad—. Al contrario, sólo quiero que conozcas lo que nunca te enseñarán tus sacerdotes. Y es que ninguna virgen parió al galileo. También para esa fantasía se valieron de nuestras Escrituras, pero mintiendo sobre ellas en propio beneficio; en este caso, falseando el testimonio del venerable Isaías, aquel que anuncia al Ungido, y que describe en sus profecías a una joven alumbrando un hijo.

—Lo que describe, según se me ha enseñado, es una virgen dando a luz.

—Fue escrito por uno de los nuestros, en nuestra lengua, y todos los hebreos sabemos que Isaías escribió *alma*, que significa joven y no virgen. Nada tienen que ver ambas palabras, pues se puede ser *alma* sin ser virgen y, por el contrario, conservar la virginidad mucho tiempo después de haber dejado atrás la juventud.

—Así que Mariam es una *alma*.

Aunque sorprendido, tanto por la inesperada aparición de aquel nombre como por el brusco cambio de asunto en tan jugoso coloquio, Itzak repuso con espontaneidad:

—*Alma* y virgen. Espero que ambas cosas, por el bien de mi primo Gad.

—¿Y qué ha de perder ese primo tuyo si ella sólo fuera *almá*?

—¡Ay señor! Pues la calma, la reputación, y mucho más.

El hebreo le explicó que la joven estaba prometida a un pariente suyo, el tal Gad, que vivía en Cesaraugusta, y que las familias de ambos habían decidido que era hora de cumplir el acuerdo. Y hacia aquella ciudad habría de viajar Mariam cuando terminase el protocolario periodo de preparación con los rabinos de Toletum para tomar esposo.

—Según nuestra ley ya están casados —abundó Itzak—, pero hasta que no habiten bajo el mismo techo el matrimonio no se considera pleno. Porque no siempre resulta, ¿sabes? Puede que al esposo no le guste la novia y, en tal caso, tiene derecho a negarse a recibirla a pesar de la boda.

—¿Es que no la conoce?

—Sí, la conoció en Corduba, cuando se casaron. El ya iba para los cuarenta, pero ella no tenía más que ocho y está a punto de cumplir los veinte. Una mujer cambia mucho en tanto tiempo.

A Wilya se le revolvieron las tripas al pensar en la negra suerte de Mariam, aunque ahora entendía bien su negativa a pesar del evidente deseo que, estaba seguro, la poseía cuando él intentó explorar su carne. Había respetado su voluntad creyendo que era propia, sin saber que no le pertenecía a ella, sino a aquel baboso hebreo hacia quien comenzaba a profesar una violenta y repentina antipatía. Envidiaba al hombre que la hiciera suya, le había confesado a Mariam, y era cierto, pero ahora, más que

envidia sentía odio, un profundo rencor hacia aquel desconocido que desde niña la tenía encadenada. Y, entre enfurecidos pensamientos y atropelladas conclusiones, llegaba a jurarse que, de haber sabido en su momento que ella era propiedad de semejante amo, no habría dudado en enviarle a Cesaraugusta, para burla de su ridícula honra, a una *almá* preciosa, inteligente y bien desvirgada, para robársela luego delante de sus narices en la mismísima noche de bodas. Quizá todavía estaba a tiempo de hacerlo así, si es que salían vivos de Carthagine.

Mucho antes que la mancha gris de la ciudad, llegó el aroma, una fragancia con inseguras imágenes de la niñez para Wilya. Aquel olor a salitre, el lametazo del aire húmedo en la piel y la azulada neblina del horizonte habían formado parte inseparable de sus primeros años en Narbona. Y allí permanecían, incrustados en el recuerdo, casi tan poderosos como la memoria de su padre, de tal modo que cerró los ojos y quiso imaginar que los pasos indolentes de su montura le dirigían a un imposible reencuentro con el pasado. Luego, y a medida que la geometría urbana se iba revelando en sus detalles y el mar mostraba su formidable y mágico mecimiento, toda evocación quedó apartada para atender a las necesarias urgencias del presente.

Itzak, que parecía tener parentela en todos los rincones del reino, dirigió a los suyos hacia una casa en las cercanías de la muralla, donde quedaron alojados a la espera del momento propicio para embarcar. Desde su terraza se dominaba el muelle, buena parte de la ciudad y, más al sur, una gran laguna pantanosa casi oculta por cañaverales cuyos limites lejanos se confundían con el propio mar mientras que la orilla más próxima alcanzaba casi las bases de la fortificación.

Y éste, aunque grandioso, fue el único paisaje que pudo permitirse Wilya tras aceptar de mala gana los consejos del judío para no dejarse ver en unas calles donde hormigueaban demasiados viajeros. Por si fuera poco, al día siguiente de llegar, los hebreos se olvidaron de él para dedicarse al *sabath*, su fiesta semanal, en la que casi ni caminar podían, ya que todo su esfuerzo y pensamiento debía ser entregado a su dios. Ya había pasado por eso durante el viaje, toda una jornada completa perdida para satisfacer la observancia de tan antiguos y extravagantes preceptos, y aunque en aquella ocasión no había posibilidad de hallar sinagogas en medio de la campiña, en Valentía, al parecer, no faltaban esos templos.

A pesar de todo, no duró mucho el encierro, pues en pocos días quedaron resueltos los necesarios preparativos y, favorables como eran vientos y mareas, Itzak decidió que en el siguiente amanecer se harían a la mar. Aunque antes Wilya hubo de sufrir de nuevo el molesto rito de metamorfosear una piel que ya palidecía, oscurecer las rubicundas raíces de su cabello y afeitar los asomos de una barba nada hebrea. Para su desencanto, las manos de Mariam estaban muy lejos y tuvo que conformarse con la ayuda de Itzak en la intimidad crepuscular de la terraza.

—He pensado —reflexionó en voz alta mientras aquél le frotaba la espalda— que, ya que estamos aquí, sería bueno pasar a ver a Hermenegildo antes de partir.

—¿Con qué objeto?

—Unas letras de su mano podrían ayudarnos con Ingundis.

—¿Y por qué iba a querer escribirlas? No, no me parece buena idea.

Tampoco a Wilya le hacía ninguna gracia echarse a la cara a su primo, y menos solicitar su ayuda, pero estaba claro que, de conseguir un mensaje favorable a sus planes, las posibilidades de éxito parecían mucho mayores.

—Si yo fuera él, desearía tenerla a mi lado. A ella, y a mi hijo.

—Pero no eres él —matizó el judío—. Es muy peligroso que desveles tu presencia aquí, y más si le cuentas, precisamente a un traidor, lo que pretendes. Puede dar aviso a Carthagine.

—¿Y cómo va a hacerlo? No puede viajar allí.

—Él no, pero sí algún cómplice, que a buen seguro los tiene. En dos días, los imperiales estarían al tanto.

—Traigo poderes de Leovigildo. Puedo pedirle al conde que prohíba la salida del puerto durante una semana. Si la noticia viaja por tierra tendremos tiempo suficiente.

—No se puede hacer eso —protestó Itzak—. El abastecimiento de Valentía y sus propias mercancías quedarían bloqueados, subirían los precios, habría protestas, quizá disturbios, y con motivo.

Bien sabía Wilya que el hebreo tenía razón, que aunque existiera semejante posibilidad, que no existía porque los supuestos poderes del rey eran un mero invento, siempre sería una idea descabellada. Aunque, en virtud de la confianza nacida entre ambos, disfrutaba con aquel juego de despropósitos que sólo pretendía probar el temple de tan sesudo y locuaz compañero:

—¿Y si hiciéramos creer que hay amenaza de peste en la ciudad?

—Eso, añade el pánico a todo lo anterior.

—Sería un buen motivo para cerrar los muelles —insistió, aguantándose la risa.

—El sol te ha cocido los sesos.

—Sí, creo que es una gran idea. Mañana le hablaré al conde.

—¿Te has vuelto loco?

—Está bien, amo, si no te place que vea a Hermenegildo, hágase tu voluntad.

La carcajada de Iztak quebró el cálido silencio de la noche, y de inmediato encontró eco en la suya para celebrar juntos la broma.

—Te burlas de mi ingenuidad —dijo el hebreo entre risas. Ya había cumplido con su parte, y ahora, acodado en el murete, observaba el quehacer solitario de Wilya.

—No lo tomes como burla —se disculpó—. Sólo intento distraerme, engañar un poco a mi propia inquietud.

—¿Los nervios del guerrero ante el enemigo?

—Los imperiales no me preocupan. Es que nunca he navegado, y dicen que no hay nada peor, que se te escapa el cuerpo por la boca.

—Tonterías. Al principio puedes sentirte un poco revuelto, pero enseguida te acostumbras. Mira allá arriba. —El hebreo señaló la bóveda estrellada, a un lugar cerca del ya invisible horizonte—. Es *Phosphorós*, Venus, Lucifer, cada cual lo llama

a su modo.

Dijo Itzak que aquella luz, cuyo brillo sobresalía entre las demás, había sido adorada por los antiguos como deidad de los navegantes, y que en muchas costas quedaban aún santuarios levantados en su honor, casi todos ya ruinosos, como el que su propio padre había tenido ocasión de ver en la misma desembocadura del Betis.

—Me encomendaré a ella mañana para que sujete mi cuerpo en su sitio —bromeó Wilya una vez más.

—Qué dices. Hablaba del pasado, y hoy sólo los paganos la veneran. En las manos del Altísimo queda el destino de los navegantes, como lo está el de todos los seres que respiran. Nada más que a El deben dirigirse nuestras oraciones.

De nuevo, y como venía siendo ya costumbre en jornadas precedentes, el judío se dispuso a aprovechar la primera circunstancia para hacer gala de sus juicios acerca del cielo y de la tierra, sobre *minim* y no *minim*, respecto a las falsificaciones de los griegos y las sectas nacidas en el seno de su única y verdadera religión. Pero en la cabeza de Wilya ya había suficientes preocupaciones con lo que les aguardaba en los días inmediatos como para calentarla con tan reiterados e infecundos sermones, y la noche era demasiado hermosa para gastarla en teologías.

—Tal vez tengas razón en lo que dices —intervino en una de las pausas del discurso—, pues has estudiado bien todos esos asuntos y da gusto escucharte, pero si quieres que te sea sincero, tanto me dan los ángeles como las vírgenes o los profetas.

—¿Cómo puedes decir eso, siendo arriano?

—Así nos llaman también los trinitarios desde su desprecio, de modo que en algo al menos os parecéis a ellos. Pero no lo tomo como agravio, porque tanto me importa que haya un dios que sólo es uno, o que sea tres o multitud. Si algún viento me mueve hacia uno de los bandos es únicamente por respeto a la fe que me legó mi padre.

—No te tenía por tan descreído —se escandalizó Itzak—. Ojalá el mar se trague tus palabras y no lleguen al Altísimo.

—Tu Altísimo Inefable es tan sordo y tan ciego como los otros dioses, y disculpa si lo que digo ofende tus creencias, porque no lleva esa intención. Es un dios cruel, un tirano que os dicta circuncisiones, prolijos e impracticables preceptos, drásticos ayunos, severísimas prohibiciones.

—Es hora de descansar. —El hebreo se puso en pie, y a rápidas zancadas desapareció en el interior de la casa, de forma que no pude escuchar el final de la parrafada.

—Y casamientos que hieren la lógica y el corazón.

Había sido duro con Itzak, aunque sincero y sin voluntad alguna de insultarle. Tal vez un poco injusto en su último reproche, porque nupcias tan caprichosas y desiguales como las de Mariam y el detestable Gad también se celebraban a veces entre los suyos. A solas bajo las estrellas, con el apagado rumor del oleaje acunándole los oídos Wilya se sentía dominado por una certeza hasta entonces ignorada por la

seguridad de que la vida, ese hálito que parecía mover el mundo, no necesitaba de otros dioses que la propia voluntad de vivirla Quizá es que había aprendido a endurecer las tripas, o que ya no se compadecía de su suerte, o que Hilde había dejado de ser imprescindible en su corazón. O, simplemente, que después de haber permitido que le cortasen el pelo, pocas cosas más podían herir su orgullo. Tal vez la explicación de sus cambios se hallara en otra parte, y quién sabía si eran dioses, al fin y al cabo, pero dioses muy distintos a los que había despreciado, quienes le hacían hablar así; dioses que todos creían muertos y que sin embargo palpitaban todavía en los tuétanos de su raza. Puede que fuesen aquellos dones, como los llamaba Badwila, esas presencias nacidas en algún lugar del pensamiento, que acudían a fortalecer su ánimo tal y como le había anunciado el herrero.

Al día siguiente, tras el breve aunque reparador sueño, todo parecía haber recobrado la normalidad, e Itzak se dirigió a él como si su enojo de la noche previa nunca hubiese existido. Ya en el puerto, donde una nave de buen calado aguardaba la llegada del grupo para soltar amarras, Wilya se convirtió en el silencioso y recogido esclavo que debía ser, limitándose a observar y obedecer las pocas señas que su señor le dedicaba. La tripulación estaba compuesta por una veintena de hombres de diverso origen, y aunque los había griegos, sirios, galos y africanos, todos usaban el latín para comunicarse entre ellos. De sus conversaciones, capturadas acá y allá, supo que el barco pertenecía a partes iguales a Yamin Benaser y a un egipcio cuyo complicado nombre no pudo aprenderse, y que en su panza llevaba un cargamento de maderas y muebles procedentes de las costas burgundias y de la propia Valentía que sería desembarcado en Carthagine.

Las aguas se mostraban mansas, los remeros animosos y el viento favorable, de modo que ninguna molestia sintió Wilya más allá del recelo que le provocaban los alarmantes crujidos de una estructura que se le antojaba más que frágil, y cuya tablazón parecía en todo momento propicia a quebrarse para enviarlo al encuentro de los peces. Llegado el atardecer, poco antes de que la nave quedase anclada frente a la costa para refugiarse de las tinieblas nocturnas, se agitaron algo más las olas y él se encomendó a Venus, o a quien quisiera auxiliarle, por una molestia que le zarandeaba el estómago y que desapareció en cuanto la brisa fresca le acarició la cara.

Esa noche, tumbado en cubierta bajo el único abrigo de su basto manto de lana, y con el sonido de los bofetones del agua en el maderaje, Wilya habría deseado disculparse con el joven que roncaba a su lado soñando con dioses y paraísos, y apelar a su sapiencia para preguntarle qué seres celestiales podrían viajar por aquel larguísimo camino lechoso que surcaba la negrura sobre sus cabezas. Pero Itzak dormía, y él era mudo.

Vista desde la nave, Carthagine se asemejaba a la boca de una gigantesca bestia marina acuclillada en la orilla, en el centro de una bahía. Cuanto Wilya había escuchado sobre aquella ciudad se quedaba bien corto, pues contaba con defensas tan poderosas que daba la impresión de ser inexpugnable a cualquier tentativa de ataque

desde tierra. Erguida sobre una gibosa península, un piélago interior la cercaba desde mediodía a occidente, mientras que el septentrión quedaba protegido por una gran ciénaga invisible desde el mar. Sólo hacia oriente se abrían sus bien protegidas puertas, y cualquier otro intento de llegar a ella había de hacerse surcando las aguas. En cuanto a la bahía que la circundaba, abierta entre montañas, era tan extensa que dos o tres ciudades como aquella podían caber dentro con todos sus edificios y habitantes, y aún sobraría espacio para navegar.

Ya conocía, por las lecciones de Galmerico, las precisiones del rey cuando decidió viajar hasta allí y los posteriores comentarios de Yamin Benaser, la importancia de una plaza que levantaron los púnicos sobre un asentamiento nativo llamado Mastia al que habían bautizado con el nombre de Kart Hadasht, que en su lengua quería decir Ciudad Nueva, para hacer de ella su capital en las tierras iberas. Tomada luego por el romano Escipión, aquel que después fundó Italica tras la victoria de Hipa, la llamó Carthago Novaty pronto vino a dar nombre a toda una provincia, la Carthaginense. Y capital de la misma había sido hasta que los imperiales pusieron pie en ella y volvieron a cambiar su nombre por el de Carthago Spartaria en honor a sus prolíficos campos de esparto que tan merecida fama le habían hecho ganar en todos los rincones del mundo.

Superada la bocana de la bahía, y a medida que se aproximaban a un puerto que hacía pequeño al de Valentía, podía distinguirse, sobresaliendo entre ocres edificios, el anfiteatro, una mole de piedra negra que cabalgaba sobre una de las cinco colinas que circundaban la ciudad. Y al tiempo, en el mar, crecía el número de embarcaciones visibles, la mayoría modestos botes pesqueros, aunque alguna que otra nave con el lábaro pintado en su vela mostraba que la vigilancia imperial era estrecha.

Sin mayores trabas arribaron a los muelles para amarrar junto a otras naves comerciales y, una vez concluidas las maniobras, Itzak desembarcó para enfrentarse a solas al interrogatorio de la guardia que patrullaba el puerto. No parecía haber problemas, y tras un breve intercambio de impresiones, el hebreo regresó a bordo, dio las órdenes precisas para iniciar la descarga, y aconsejó a Wilya que se recluyese en el interior en tanto no fuera necesaria su intervención.

Y allí estuvo el resto de la jornada rumiando a solas sus asuntos, pues la mayoría de la tripulación se había desperdigado por la ciudad una vez cumplidas sus tareas, hasta que Itzak acudió a su lado para explicarle que habían dado con el lugar donde habitaba Ingundis, y que al día siguiente irían a visitarla.

Así fue, y de amanecida, cuando sólo algunos pescadores parecían despiertos para iniciar sus faenas, Wilya se sumó a la exigua comitiva que mandaba el judío para recorrer buena parte del puerto y algunas calles hasta llegar a una casa dotada de un almacén trasero cuyos propietarios les surtieron de variada mercadería. Media docena de cántaros, un arcón con perfumes y delicados trabajos de orfebre, y un fastuoso surtido de telas y finos tejidos fueron acopiados en una pequeña carreta de un solo eje de cuyo tiro responsabilizaron al esclavo sordomudo, que únicamente pudo protestar

con una furiosa mirada. Ya le había advertido Itzak de que sólo él llevaría la iniciativa hasta que tuvieran a Ingundis delante, pero la decisión de convertirlo en bestia de carga más parecía una represalia por sus desdenes teológicos que otra cosa.

Una vez fuera, el hebreo le cubrió la cabeza con el capuz del manto y despidió a tres de sus siervos, de modo que solamente uno de ellos quedó para acompañarles, con la tarea de portar unas livianas alforjas sobre los hombros. Mientras tiraba del carruaje tras los pasos de su vengativo amo, Wilya pensó en cómo se parecía ahora al Lucius convertido en asno, y que su condición era aún peor que la de aquél, pues el pobre hechizado poseía al menos la facultad de lanzar rebuznos de protesta, mientras que él estaba obligado a guardar silencio.

Apretaba el sol cuando cruzaron el suburbio de los esparteros, donde muchos artesanos trabajaban al aire libre entre pilas de cestería y largas ristras de sogas y cordeles. A partir de ahí, las calles se empinaban, y el brazo izquierdo de Wilya empezó a quejarse, aunque, por fortuna, el siervo que los acompañaba decidió por su cuenta echar una mano empujando desde atrás. Así alcanzaron el barrio alto, cerca ya del anfiteatro, cuyas mansiones nada tenían que ver con la humildad de los habitáculos precedentes, e Itzak desplegó sus dotes de parlanchín para anunciar a voz en grito la mercancía. Con notable éxito, por cierto.

El mercader parecía estar llenando su bolsa, pero el tiempo pasaba y nada hacía suponer que habían llegado hasta allí con planes muy distintos. Mientras Itzak regateaba con su clientela, Wilya husmeaba de reojo cuantos detalles pudiera guardar en la memoria para informar después a Leovigildo sobre la plaza enemiga, aunque poco desvelaba sobre asuntos militares un barrio tan apartado de las murallas. Por fin, recorrida buena parte de la calle que habían convertido en mercado, una señal hacía suponer que se acercaban a su objetivo porque más adelante, apoyado con desgana en el quicio de uno de los portales, había un guardia armado que observaba a distancia sus negocios. Pero no alteró el hebreo su premiosa andadura, y aún hubieron de detenerse en un par de casas para atender la curiosidad de jóvenes y matronas. Ni cambió tampoco al aproximarse al vigilado edificio, donde de nuevo hizo gala de su vocinglera habilidad para anunciar sedas, fragancias, afeites y pedrerías. En esta ocasión, ya ante el referido portal, hizo detenerse a la bestia de carga con un despectivo gesto, y ordenó al desahogado siervo que llenase uno de los vasos que guardaba en su alforja con el líquido de un ánfora. Cumplida la orden, Itzak se lo ofreció amistosamente al guardia:

—Vino de Gaza, digno de una mesa de reyes. Ni en las bodegas del prefecto encontrarás caldos parecidos.

El hombre, bien armado, aunque de edad ya madura y apariencia más que aburrida, no dudó en recibir el pote de bronce entre sus manos y catar su contenido. Alzó la mirada tras el primer trago, y aprobó con la cabeza después del segundo.

—Recién llegado de aquellas sagradas tierras —puntualizó Itzak—. Eres el primero en Spania que lo cata.

—¿De tan lejos vienes? —se admiró el guerrero.

—Y de más lejos, amigo, pues mi nave pasó la primavera en los muelles de Constantinopolis. Esta misma mañana hemos amarrado en vuestro bendito puerto tras aguantar la noche en la bahía. Anímate, que por ser el primero puedo hacerte un buen precio.

—No podría pagarlo.

Itzak habló en hebreo a su esclavo, quien colmó ahora un jarro que puso en manos de su amo. Mientras éste rellenaba el vaso del guardia, una mujer venida del interior se acercó a ellos.

—Mi señora quiere saber si llevas perfume de jengibre.

—De jengibre, y de mil fragancias más. Tiene gusto exquisito tu señora. Dime, ¿es ella joven o madura?

—Joven, señor.

—Perfecto. Tengo joyas y sedas que la harán mucho más hermosa de lo que sin duda es. Permíteme.

Con gestos y aspavientos que no dejaban lugar a confusión, Itzak obligó a Wilya a cargar con el cofre, y además gravó sus espaldas con buena parte de los tejidos que quedaban en el carro, de forma que casi le cubrían la cabeza y apenas podía ver, como tampoco los demás podían verle la cara. Luego habló al verdadero esclavo en la lengua que nadie más que ellos conocían para que, según se explicó después, permaneciese junto al guardia a darle charla y cuanto vino fuese necesario.

Siguieron a la sierva hasta el fondo del portal, y más adelante por una escalera hasta la planta superior. Y ahora sí, el hebreo le ayudaba disimuladamente a trasladar el peso. Una vez arriba, fueron conducidos a una sala, por cuyos abiertos ventanales se contemplaba el azul de la bahía, ocupada por otras cuatro mujeres. Una de ellas era Ingundis, que enseguida mostró ante los mercaderes su preeminencia, aunque sin necesidad de ello, porque sólo con ver cómo vestían se conocía quién era la señora y quiénes las siervas.

Los años transcurridos hacían difícil reconocer en ella a aquella jovencita de ojos grises que llegó a Toletum entre alegres esperanzas. Se había convertido en una mujer, y como tal resultaba más hermosa si cabe que entonces. Pensó Wilya que tal vez el paso del tiempo le habría hecho perder también su ambiguo carácter, aquel que la convertía a la vez en ángel y demonio; pero en todo caso, fuera ahora una cosa o la otra, lo cierto es que estaban en sus manos, porque al fin habían conseguido entrar en la boca del lobo. A una señal de Itzak, depositó el arcón sobre una mesa y, aún cubiertos de tela sus brazos y hombros, fingiendo sumisión, obedeció la orden de retirarse a unos pasos de distancia. Estaba deseando intervenir y acabar cuanto antes aquella farsa, pero el hebreo había actuado con mucha inteligencia hasta ese momento y parecía sensato permitirle cumplir su plan hasta el final a pesar de tantas formalidades.

—No es frecuente el perfume que pides —dijo éste a Ingundis, rebuscando en el

cofre—. Oriental, escaso y caro.

—Si fuese sencillo hallarlo aquí ninguna necesidad tendría de recibirte. —Ella curioseaba también entre las joyas, y ensayaba con algunas el efecto que hacían en su cuello, o sobre la muñeca.

Itzak le ofreció un pequeño pomo de vidrio. Ingundis desprendió el tapón y se lo llevó a la nariz.

—¿A esto llamas jengibre? —protestó con una mueca de disgusto—. ¿De dónde lo has sacado?

—De las tierras de la India, desde luego. Como tal lo conseguí en un mercado armenio.

—Si vendes tan mal como compras te aconsejo cambiar de oficio.

—No soy tan incapaz como dices, mi señora. Si me lo permites, puedo mostrarte algo que te sorprenderá.

—Me gustan las sorpresas.

Itzak bajó la voz para que sólo ella pudiera escucharle:

—Siempre que todas estas esclavas gocen de tu absoluta confianza.

—¿Y qué tienen ellas que ver?

—Soy hebreo, señora, y tú no pareces ser de aquí.

—No lo soy, pero no veo la relación —ella se sumó al susurro.

—Mi negocio compite con el Imperio, y hay ciertos productos que conviene no divulgar.

—¿Comercias sin permiso?

—No, pero tampoco me gustaría que alguien me denunciase al prefecto por ofrecerte a ti lo que, según la norma, debería ofrecerle antes a él. Ya me entiendes, siempre hay siervos con la lengua demasiado larga.

Ella le miró extrañada, reflexionando sobre si merecería la pena prestar oídos a tan misteriosa oferta. Luego, se paseó por la sala con un collar de zafiros y granates, acudió hasta la ventana para contemplarlo en su cuello a plena luz y finalmente despachó a tres de aquellas mujeres a cumplir diversas faenas en la casa.

—¿Satisfecho? —dijo cuando hubieron salido.

—¿La que queda es de fiar?

—Lleva conmigo desde que nací, es como mi segunda madre.

Y ya está bien de simplezas. ¿Qué extraordinaria cosa vas a ofrecerme?

Itzak hizo una seña a Wilya, y éste acudió desde el rincón donde aguardaba para, según las indicaciones del judío, amontonar los tejidos sobre el cofre. Ingundis, con gesto dubitativo, palpó la suavidad del género.

—¿Qué tienen de especial? —dijo defraudada.

—Ninguna de esas sedas te causará sorpresa, mi señora —dijo Itzak—. Mira mejor a quien te las ha entregado.

Wilya se retiró el capuz y avanzó hasta quedar a un paso de Ingundis. Los ojos de la joven le recorrieron de arriba abajo, buscando algún sentido a tan absurda

situación, hasta que una chispa de perplejidad prendió en ellos al detenerse en un rostro que, aunque cambiado por los años y por un barniz que se le antojaba espantoso, podía relacionar con su pasado. En un gesto instintivo, y como si necesitase confirmar una sospecha, la mano de Ingundis se dirigió hacia aquella cicatriz que tiempo atrás había acariciado con la impunidad de quien examina a un cachorrillo de su pertenencia.

—El comercio es indigno de la nobleza —dijo, apartando la mano antes de cumplir su propósito.

—Tienes razón, señora —admitió Wilya—, y disculpa el venial engaño de disfrazarme, pero mi verdadero aspecto no sería muy bien recibido por aquí.

—Y con motivo. Importante debe de ser lo que te trae para que te juegues así la vida.

—Lo es. He venido a llevarte, si así lo deseas, con tu esposo.

Ella alzó las cejas, como si no entendiese lo que acababa de oír.

Y torció el gesto, mostrando que lo había entendido perfectamente y no era de su agrado.

—¿Para unirme a su prisión?

—Hermenegildo vive exiliado en Valentía, mi señora, pero ileso y en libertad. Creo que tu sitio y el de vuestro hijo está a su lado.

La joven soltó un bufido y giró el rostro en señal de desprecio.

—Para esa libertad no necesito el auxilio de herejes. Los míos no me abandonarán en esta pasajera circunstancia.

—Olvídate de las creencias, Ingundis. No es fe lo que mueve esta intriga, sino intereses.

—Como intereses te han traído aquí. ¿O vas a negarlo?

—Pero sinceros, créeme, muy distintos de los imperiales, que traicionaron a Hermenegildo, si es que alguna vez estuvo en su pensamiento ayudarlo.

—Vivo bajo su protección. Nada nos falta ni a mí ni a mi hijo, y pronto me facilitarán los medios para regresar con mi familia.

—No puedes confiar en ellos. No es protección, señora; ambos sois rehenes del emperador, que no dudará en usaros tanto contra nuestro reino como contra el de tu hermano Hildebert. Goswinta os espera en Toletum con los brazos abiertos.

—¿Mi abuela? ¡Que el diablo se lleve a esa bruja!

—Escúchame, te lo ruego. Si me sigues, serás libre para reunirte con tu esposo o para hacer tu voluntad.

Sin ofrecer respuesta, Ingundis deambuló ensimismada en torno a sus visitantes, para ir luego a reunirse con la mujer que observaba la escena a respetuosa distancia. Ambas dialogaron en susurros durante un rato, y Wilya pensó que todo estaba acabado, que de un momento a otro ella enviaría a su sierva a dar la alarma y tendrían que luchar para defender sus vidas. Y por las miradas que le dirigía Itzak, el judío debía de estar pensando lo mismo que él. Recordó el consejo de Koenraad cuando

jugaban al chaturanga, su recomendación de que jamás entrase en sitio alguno cuya salida no conociera. Y la única salida de aquel edificio era la puerta; la puerta, o bien la peligrosa altura de aquellos ventanales.

Ingundis regresó junto a ellos y para su tranquilidad, la sierva permaneció en su sitio sin mostrar intenciones de levantarse.

—¿Qué habría de hacer si decido ir con vosotros?

—¿Puedes moverte sin trabas por la ciudad?

—Ya te he dicho que nada tengo prohibido, y salgo cuando lo deseo en compañía de mis esclavas.

—¿Sin guardia?

—Ese vigilante que hay abajo, o quien le sustituya, me sigue a veces.

—¿Recelaría si sales de amanecida? —intervino por primera vez Itzak, pero Wilya le dirigió un gesto para que se mantuviese callado que aquél aceptó con una imperceptible reverencia.

—No suelo hacerlo tan temprano, pero en alguna ocasión he asistido a las oraciones de madrugada en la basílica, y el guardia quedó dormido en el portal.

—En ese caso —apuntó Wilya—, llégate hasta el puerto esta noche, una hora antes de que salga el sol. Puede acompañarte alguna sierva de confianza, además del niño. Frente al almacén de los cordeleros amarra una barcaza de pescadores con unas colas de caballo colgadas de su palo a modo de enseña. Allí aguardaremos vuestra llegada.

—¿Cómo piensas que abandonemos la ciudad?

—En esa misma embarcación que te digo, donde nosotros hemos llegado. Es discreta, y costeando unas millas dejaremos atrás los muelles y saldremos de la bahía. Allí nos espera una nave de mercaderes griegos que nos conducirá hasta Hispalis sin detenernos.

—Es imposible. No podremos pasar de la bocana. Antes de llegar a ese barco que dices nos habrán descubierto. Y, además, los imperiales controlan todas las aguas hacia el sur.

—Si no te retrasas, partiremos antes de que puedan darse cuenta, y cuando lo descubran ya habremos salido de la bahía. Nunca sospecharán de unos comerciantes griegos que se adentran en su propia costa en vez de escapar hacia el mar enemigo.

Una vez en la calle, de nuevo Wilya a cargo de la carreta, aunque ahora cuesta abajo y con la decidida colaboración del siervo que aguardaba fuera, caminaron a paso vivo hasta regresar al recóndito almacén, a cuyos dueños devolvieron la mercancía sobrante mientras Itzak saldaba cuentas. Con parecida diligencia llegaron al puerto, donde la tripulación y los restantes siervos se afanaban en cargar el barco con productos locales. Ya bajo la protección de aquel espacio que era como su propio hogar en tierra enemiga, Itzak no pudo aguantarse más y le interrogó en susurros.

—¿Por qué le has mentido?

—Mira quién habla. No has parado de engañar desde que pusiste pie en el puerto.

—Es distinto. El plan era embarcar en nuestra nave y dirigirnos al norte hasta Valentia.

—Desconfío de ella.

—¿Y esa invención de las colas de caballo?

—No es invención. Había una barca así en el puerto esta mañana, lo bastante lejos de aquí como para no inducir sospechas. Si Ingundis se presenta haremos lo previsto, aunque antes habrá que asegurarse de que su guardia no nos estorba.

—Conmigo no cuentes para eso —se desentendió Itzak—. De la sangre te encargas tú.

El sol acababa de sacar la cabeza de las aguas cuando la nave de Yamin Benaser y su socio egipcio abandonó la densa sombra de las montañas septentrionales para cruzar la bocana hacia mar abierto. Habían partido poco antes del alba, en efecto, pero sin Ingundis, aunque con mayor riesgo que si se hubiesen cumplido los planes. Y es que la noche previa, tras haber pasado el resto del día sin sobresaltos, aunque sin dejarse ver y bien ocultos en el barco, Itzak y Wilya se apostaron en las proximidades del lugar donde habían citado a la joven. Cerca de la hora prevista, observaron algunas siluetas que se acercaban furtivamente husmeando los alrededores, hasta que, por fin, se encendieron varios hachones y la luz denunció que se trataba de hombres armados. Cuando parte del grupo abordó la barcaza de las colas de caballo, la pareja ya había escapado, socorrida por la oscuridad, a buscar refugio en su nave.

De ahí hasta que, poco después, soltaron amarras, tanto uno como otro habían permanecido en la bodega bien sepultados bajo jarcias, sogas y cestería, por si las partidas de vigilancia decidían ampliar su registro a los barcos extranjeros en busca de un godo entintado y un hebreo vendedor de vinos y mercaderías femeninas. Pero Itzak, con su inteligente proceder, se había ocupado de borrar cuantas huellas pudieran denunciarlos y todos los testigos en el puerto podían atestiguar que el suyo era un barco maderero y no un transporte de lujosas fruslerías, de modo que pudieron zarpar, como lo hacían otras naves a tan tempranas horas, sin mayores inconvenientes.

Alejados por fin de cualquier peligro que pudiera llegarles de Carthagine, bajo un sol que comenzaba a ser cegado por la bruma y el chapoteo de unas olas que parecían querer sumarse a su compañía en cubierta, compartieron su desaliento por el fracaso. Wilya maldecía a Ingundis por su traición, mientras que Itzak, muy al contrario, se empeñaba en salvar la dignidad de la princesa austrasiana.

—Podía habernos denunciado en su casa —razonó el hebreo—, o después de salir nosotros de allí, y en tal caso no habría sido sencillo escabullirse.

—Si no quería venir, le bastaba con no presentarse, pero nos mandó a los guardias.

—Quién sabe si todo llegó a oídos de alguna de sus siervas y la obligaron a confesar, o tal vez fue sorprendida cuando salía a reunirse con nosotros.

—La juzgas con mucha benevolencia.

El viento arreciaba, y varios relámpagos en la lejanía agrietaron un horizonte pizarroso. Wilya percibió una desagradable convulsión en las tripas que intentaba treparle hasta la garganta, pero Itzak, ajeno a sus males, persistía en el discurso exculpatorio.

—Y tú, con excesiva dureza sin pruebas que lo justifiquen. Ella te tiene aprecio.

—Sí —admitió sarcástico—, por eso nos delató. Ese aprecio que dices será por mi cuello, para tenerlo bien colgado en la verja de su portal.

—Lo decían sus ojos. Los ojos de las mujeres pocas veces mienten, y si lo hacen, se les nota.

Él estaba seguro de que su amigo no conocía en absoluto a las mujeres, pues los ojos de Mariam, por ejemplo, decían que sí cuando su boca decía que no, y al final lo único que contaba era el resultado: la negativa de Mariam, la traición de Ingundis.

—Al menos estamos medio vivos —concluyó, antes de correr hacia la borda a vomitar.

Medio vivo llegó hasta Valentía, porque esa jornada y la siguiente se metieron en tempestad, y el resto de la travesía fue un martirio. Una vez en tierra firme, alojados de nuevo en casa de aquellos parientes de Itzak que días atrás les habían acogido, su primera preocupación fue devolver a piel y cabello sus colores originales, pero por más friegas que practicaba en su cuerpo no le era posible recuperar el aspecto que se le suponía a un visigodo, y sólo la paciencia y el paso de los días, tal y como le recomendaba el hebreo, habrían de, obrar el cambio necesario. Parecida paciencia exigía él de Itzak frenando sus prisas por regresar cuanto antes a Toletum, pues en su cabeza seguía dando vueltas aquella idea de verse con Hermenegildo, y con tal motivo había hecho llegar una petición de audiencia al exiliado, que daba la callada por respuesta.

—Y para qué verle —alegaba el judío—. De nada nos sirve ya, y no es sensato andar en tratos con traidores.

—No tantos como tú, pero algún pariente tengo, y quiero hablar con mi primo a solas.

Sólo hasta el siguiente *sabath* se comprometió Itzak a esperarle, de modo que en la citada fecha, sin contestación a sus requerimientos y en tanto los hebreos se dedicaban a sus ritos, decidió visitar al primogénito de Leovigildo con o sin su beneplácito. Al fin y al cabo, privado de sus dignidades nobiliarias, era un godo más y no necesitaba de tanto ceremonial.

Hermenegildo ocupaba un pequeño edificio de una planta, de piedra y adobe, en calle aneja a la iglesia principal, consagrada también allí a Santa María, como la de Toletum. El criado que acudió a la llamada de Wilya dudó si franquearle la puerta a alguien de tan estrafalario aspecto, aunque una voz llegada del interior invitándole a pasar acabó con las vacilaciones del sirviente. El desterrado le recibió en la cocina, entre humo de sartenes y pucheros, sentado a una mesa en la que había varios libros apilados y una jarra de vino.

—Bienvenido a mi palacio, primo —dijo éste, sin alzarse, observándole de arriba abajo—. Porque eres mi primo, ¿no es cierto? Toma asiento y un buen trago.

Wilya aceptó ambas invitaciones.

—¿Qué has hecho de tu cabello? —se burló Hermenegildo al verle de cerca—. ¿Qué buscas tan lejos de casa y tan pintarrajeado?

—Las dos preguntas responden a una misma causa. —Decidió ahorrarse incómodos preámbulos—. Tengo intención de ir a Carthagine y traer contigo a Ingundis y a tu hijo.

El ademán jocoso de Hermenegildo cambió en un gesto ceñudo, pero él prosiguió antes de que éste pudiese reaccionar con nuevas preguntas.

—Tal vez quieras escribir unas letras para convencerla de que cuento con tu aprobación.

—Eres muy atrevido si piensas hacer lo que dices —admitió su primo con un gesto de respeto—. Nunca saldrás vivo de allí, ni siquiera con esas letras que me pides y que nunca escribiré.

—¿No la echas de menos?

—Cada día, cada noche. —Hermenegildo desvió la mirada para esconder al testigo la emoción de su recuerdo—. Pero Dios está con nosotros y pronto permitirá ese encuentro.

—Sabes que no, que tanto ella como el niño son rehenes demasiado importantes como para que los imperiales les permitan ir.

—Ya que hablas de niños, dicen que Recaredo ha tenido un bastardo. —Wilya asintió, convencido de que los consejos de Itzak habían sido acertados y que su primo no tenía el menor interés en participar en ninguna aventura para liberar a su esposa, quizá no tanto porque se fiase de la buena voluntad de los imperiales como por el recelo a ponerse en manos de quienes él mismo había elegido como enemigos. Las únicas manos en que confiaba eran las de Dios, ese dios que era uno y tres al mismo tiempo, y en ellas, fueran dos o seis, parecía abandonarse—. Y lo ha llamado Liuva, como tu padre. Mi hermano siempre te ha tenido aprecio, eres un hombre afortunado.

—Como te lo tiene a ti, como todos te lo teníamos —le reprochó, admirado de poder dirigirse con semejante aplomo a quien siempre había sido tan frío y distante con él—. Hasta que traicionaste al reino.

Hermenegildo le contempló en silencio, con una desolada, aunque enigmática, sonrisa en los labios.

—¿A qué reino he traicionado?

—Al tuyo.

—Mi único reino es el del Dios verdadero —repuso con orgullo—, y no reconozco otro sobre la tierra.

—Al nuestro entonces, al reino de los visigodos, a la nación más poderosa que haya visto nunca nuestra raza desde el principio de los tiempos.

—Eres tan cándido como lo eras de pequeño, querido primo. ¿Todavía crees en

las fábulas que contaba Galmerico sobre nuestros antepasados? Esos reyes que se nos ofrecen por modelo eran sacrílegos bárbaros que entraron en Hispania a sangre y fuego, haciendo un sinnúmero de mártires entre los católicos.

—Entre los herejes trinitarios querrás decir, pues aquellos reyes, como hoy el nuestro, se tienen por únicos católicos. Como te sentías tú hace pocos años. Pero no he venido aquí a mantener inútiles debates sobre dioses.

—Hablemos de los mártires, si lo prefieres.

—Hablemos entonces. Puede que en los primeros tiempos sucediese como dices, porque no se conquista con la palabra, sino con la espada. Pero ningún mártir ha hecho tu padre, ni los hizo Atanagildo, ni los reyes ostrogodos antes que él, por lo que yo sé. Has cambiado las que llamas fábulas de Galmerico por las que te han contado otros.

—Yo conquisté la Betica con palabras, con la única palabra verdadera, la Palabra de Dios. E igual habría hecho con el resto del reino de no estar tan arraigada la perfidia arriana en el corazón de mi padre.

—¿Cómo puedes hablar así de él? —protestó airado—. Si conservas tus manos, a su misericordia se lo debes.

—O al aliento del Todopoderoso, que le hizo flaquear para que su divina voluntad sea cumplida.

De estar presente, Koenraad habría dicho que aquel joven tenía alma de esclavo, pues consideraba a los hombres como figurillas del chaturanga movidas por dedos que ellas no son capaces de ver. Así entendía su primo el mundo, pensó Wilya, como un juego donde ni siquiera el rey posee corazón, ni clemencia, ni derecho a decidir sin la voluntad de la mano que ha de desplazarlo.

—Extraña idea tienes de la piedad si piensas que tu padre no actuó por afecto. Y desengáñate, abandona esa jactancia, porque nada conquistaste por ti mismo, sino que fuiste tú el embaucado.

—¿Embaucado, dices? —refutó el proscrito entre carcajadas—. Por Nuestro Señor Jesucristo, y doy gracias por ello.

Le había acusado de iluso, y él daba la impresión de estar poseído por una idea inamovible. No como Berulfo, que llevaba dentro, prendida como una garrapata, el alma extraviada de Sigila, sino por algún otro espíritu que cegaba sus ojos a las cosas ciertas, que hurtaba cualquier ecuanimidad a su razón para conducirlo, como a un pobre ciego, por mortales escarpas y despeñaderos.

—Te crees un elegido de los cielos, o así te lo hicieron creer —le reprochó Wilya —. Como ese Mesías que esperan los hebreos.

—No blasfemes en mi casa. Otros me mostraron el buen camino y bendiciones merecen por ello.

—Ya. Bien sabemos quiénes fueron tus mentores. Ingundis y ese Leander que al final te dejó solo.

—A ellos debo, entre otros, la luz que hoy me guía. Pero tú nunca podrás saber lo

que eso significa porque vives preso en el error de nuestra raza.

—Tú eres el único error de nuestra raza, y el más necio de los hombres además, pues pudiendo ser el rey de todos preferiste dejarte adular y que te sentaran en un trono infamante y sin futuro.

—No hay trono más sucio que el que sostiene a un hereje, ni mayor infamia que ser infiel al credo que nos mueve. En cuanto al futuro —afirmó, con aires de suficiencia impropios de un vencido—, quién sabe lo que Dios nos tiene preparado a cada uno.

Decidido a cerrar un encuentro que empezaba a cansarle, Wilya se dispuso a salir de aquel habitáculo, aunque todavía se permitió una última censura:

—Te recuerdo discutiendo con Galmerico, como si ambos estuvieseis ahí delante. Decías que el único deber de un godo es ser buen guerrero y menospreciabas todo artificio eclesiástico. Ahora hablas de palabras divinas que conquistan, te sometes a prédicas de obispos e insultas a tu propio pueblo. Si ése es el dios que conduce tu paso, ni él ni tú merecéis mi respeto.

—Si no respeto, ¿merecería mos al menos un favor de tu parte?

—Pídelo y veremos —aceptó, tras unos instantes de duda.

—Aguarda mientras escribo unas líneas.

Cuando el siervo le trajo el material preciso, Hermenegildo esbozó unos rápidos trazos con la caña en una vitela que lacró después con cera fundida y una pequeña cruz de plata a modo de sello. Wilya pensaba que su primo, por insondables razones, había cambiado de opinión y decidía al fin confiar en él como portador de un mensaje para su esposa; mensaje que, por desgracia, ya no podría llegar a ella. Pero se equivocaba, porque el destinatario de su carta era muy distinto.

—¿Querrás enviarla a mi hermano?

—Se la entregaré personalmente.

—No, no. Envíala a Toletum antes de ir a Carthagine.

—Poca confianza tienes en mí.

—Toda para hacer llegar la carta, ninguna de que regreses vivo de tu insensata aventura.

—Así lo haré.

—Si a tus manos la confío es porque eres su mejor amigo. «Tú el norte, yo el sur. Como dispuso padre, como él reinó con su hermano Liuva. Aún es tiempo si aceptas mi mano tendida». Así decía aquella carta de Hermenegildo que le fue confiada a Wilya—. Y no es que éste hubiese violado el sello para curiosear su contenido, sino que el largo viaje desde Valentía le había proporcionado tiempo suficiente como para meditar sobre los intereses del conspirador y adoptar sus propias decisiones. Al fin y al cabo, el primogénito seguía siendo un enemigo que, aunque derrotado, no mostraba signo alguno de arrepentimiento; por el contrario, la generosidad de su padre, en lugar de sumirle en la necesaria reflexión, parecía haber fomentado sus delirios, seguro de que los cielos habrían de concederle futuras oportunidades. Y bastante

delicada era ya la situación del rey como para arriesgarle a nuevas sorpresas. Ciertamente, él era amigo de Recaredo a pesar de que Hilde los hubiese distanciado en los últimos tiempos, y con toda seguridad su mejor amigo como había dicho Hermenegildo. Pero, ante todo, él era un gardingo, y su primera obligación, el único juramento que lo ataba, era velar por el bien y el cuidado de su señor.

Por eso, y porque a su vuelta Recaredo se encontraba fuera de Toletum, había entregado la carta a Leovigildo, y sin reservas de conciencia además, sin que esa decisión le hiciera sentirse desleal con el menor de sus primos sino, en todo caso, hacia Hermenegildo, el verdadero traidor en aquella familia. Tras leerla, su tío había querido compartir con él tanto el insolente mensaje que contenía como sus primeras sensaciones.

—Ya te dije que no creía en su arrepentimiento —admitió el rey con gesto resignado—. Sigue malmetiendo, ahora con el propósito de mezclar a Recaredo en sus enfermizos designios.

—Nunca hará Recaredo semejante cosa, señor, no hay que preocuparse.

—Lo sé, y por eso sospecho que esta vitela fue escrita para mí.

—Para tu hijo me la dio, no para ti.

Leovigildo le dedicó una mirada indulgente, como si pasase por alto la crédula inocencia de su respuesta.

—De haberlo deseado, otros medios tiene de hacérsela llegar a su hermano, estoy seguro. Bien sabe él de tu lealtad, y que, al confiártela, yo sería el primero en leerla.

—Así que crees que, sin atreverse a hacerlo directamente, lo que te pide es olvidar, que todo vuelva a ser como si su afrenta nunca hubiese existido.

—Bien mirado, y aunque siempre desde su soberbia —reflexionó el rey—, es una forma de mostrar acatamiento.

—Fácil es hacerlo ahora. Pero no puedes aceptar su propuesta, señor, sino a costa del trono. Ya hay demasiadas murmuraciones para añadir una nueva, y tan grave.

—Lo sé, sobrino, no temas por la claridad de mi juicio. Los caprichos de mi hijo nos han salido muy caros al reino y a mí mismo. Acepto para mí el amargo fruto de mi sentencia, pero nadie entendería tanta sangre vertida si todo volviese a ser igual que antes.

En tanto Leovigildo se enfrentaba a cuantas cavilaciones pudiera inducirle aquella carta, Goswinta recibió la noticia de su fracaso con tan desmedida pesadumbre como si le hubiesen robado el mejor de sus tesoros; aunque, invencible como siempre ante cualquier desaliento, enseguida se dispuso a planear nuevos ardides para rescatar a los suyos de las garras imperiales. Parecidos ardides a los que Wilya urdió para poder ver a Mariam antes de que su previsto viaje a Cesaraugusta le privase de ella para siempre. Y no era sólo deseo, aquella pasión encendida entre tinturas y dorados cortinajes, lo que le exigía encontrarla de nuevo, sino una suerte de deber, un compromiso nacido en la creencia de que, más allá de sus ardorosos sentimientos, estaba obligado a redimirla de un injusto y cruel cautiverio.

Así, tomó la costumbre de visitar a diario el barrio de los hebreos, y lo hada oculto bajo su capuz como en Carthagine, pues si la presencia de un godo resultaba llamativa en las calles enemigas, no lo era menos, por infrecuente, en las de aquel suburbio toletano que resultaba ser casi una pequeña ciudad dentro de otra, con sus particulares hábitos y separada de ella tanto en razas como en creencias. Con todo sigilo por evitar cualquier encuentro con Itzak o con su padre, recorría las calles vecinas a su casa, y las que desde allí llevaban a la sinagoga, por ver si los pies de Mariam decidían al fin pisarlas. Sí que la vio uno de esos días que los judíos dedicaban a su festividad sabatina, pero llevaba un séquito tan nutrido camino del templo, que no le pareció situación propicia para abordarla.

A medida que pasaba el tiempo sin poder cumplir sus planes, y para acrecentar su impaciencia, le venía a la memoria cuanto había podido sonsacarle a Itzak respecto a una boda que había de consumarse durante la fiesta que ellos llamaban *Hanuká* y celebraban en diciembre, y que Mariam viajaría a Cesaraugusta al menos un mes antes del desposorio. Estaba dispuesto, si no podía ser de otro modo, y aun a costa de cualquier ofensa a tan generosos anfitriones, a presentarse en su casa si es que no hallaba ocasión de hablarle a solas. No fue necesaria tanta osadía, y aunque hubo de esperar varias semanas, al fin consiguió ver cumplido su propósito una mañana en que la joven salió con la sola compañía de una sierva para tomar la costanilla que llevaba a la plazuela del mercado hebreo. Tras seguir su caminata a distancia, Wilya aguardó a que se hubiesen mezclado en la actividad comercial para aproximarse por el lado opuesto de los tenderetes donde ellas curioseaban, desde donde pudo llamar la atención de Mariam y, con gestos, convocarla. La joven, aunque sorprendida al ver aquella cara en lugar tan impropio, encargó a la esclava algún recado en el otro extremo de la plaza antes de acudir a la disimulada esquina donde él la aguardaba.

—¿Qué buscas aquí? —Ella observaba de reojo los alrededores y le hizo alejarse unos pasos, donde ambos quedaban un poco más resguardados de otras miradas.

—Tenía que verte —se disculpó, intentando calmar la inquietud de Mariam.

—No es correcto lo que haces.

—Poco me importa.

—Estás loco.

—Tú me has hecho enloquecer. —Quiso tomarle una mano entre las suyas, pero ella la retiró con decisión.

—Arruinarás mi vida si sigues persiguiéndome en público.

—Ya está arruinada con esa ridícula boda.

—Cállate.

—Y no me concederás el beneficio de vernos en privado.

—Nunca.

—Aunque no quieras escucharme, sabes que digo la verdad.

—No la dices. Gad es un buen hombre y hará cuanto pueda para hacerme feliz.

—Pero si no le conoces —protestó—, y es casi un viejo.

—Escribe tiernas cartas.

—Gran consuelo —se burló.

—Y dice que sus esposas me recibirán bien.

—¿Sus esposas? ¿Es que tiene otras?

—Dos.

—Serán concubinas.

—No lo son. Aunque muchos de los tuyos son bígamos contra la ley la nuestra permite más de una esposa si el hombre puede mantenerlas.

—Tú sí que estás loca. Eso no puede hacerte feliz. Ven conmigo.

—¿Y crees que contigo lo sería?

Wilya fijó la mirada en sus ojos, en aquellas dos perlas de ámbar que Mariam le ofrecía, para que ella hallase en los suyos la respuesta que reclamaba. Ambos habían estado leyendo en los del otro desde el primer encuentro, y tampoco ahora mentían.

—Daré mi mano buena, el brazo entero, para que lo seas —subrayó él, y en el fulgor de enfrente supo que Mariam estaba segura de que así habría de suceder, y que no le quedaba sino rendirse mansamente a esa verdad.

—Nuestra relación está prohibida —dijo como quien esgrime un escudo ante el venablo que está a punto de herirle.

—Te esconderé, nadie sabrá que estamos juntos.

—¿Quieres que viva encerrada?

—Tienes razón. Bien, ¿y qué importa que se sepa? Soy un gardingo, nadie se atreverá a censurar que acoja bajo mi techo a la mujer que amo.

—La mujer que amas, dices. Una concubina, eso quieres que hacer de mí. Una falsa esposa a la que todos darán la espalda y harán la vida imposible, como acabarán haciéndotela a ti.

La respuesta de Mariam reavivó en él la memoria de sus padres y su proscrita unión, un obstáculo que, a pesar de todo, no impidió el amor entre ellos. Y aunque la joven no parecía dispuesta a aceptar el sacrificio de Orosia, el recuerdo de su madre proporcionó a Wilya fuerzas suplementarias para mantener el asedio a tan deseado enclave:

—Pues huiremos lejos, donde nadie te conozca —hablaba con imparable euforia, en la seguridad de que ninguna de las objeciones que ella opusiese a sus razonamientos podía detener su lógica—, donde nadie sepa que eres hebrea, y allí te tomaré por esposa legítima.

—No es fácil ocultar mi raza.

—Por poco tiempo. Mi tío prepara la ley que permitirá nuestra unión y nadie podrá reprocharnos nada.

—Yo no voy a renunciar a mi fe.

—Cuando no son las leyes, son los dioses. ¿Ni siquiera por la felicidad?

—¿Renunciarías acaso a la tuya?

—Ahora mismo.

—Te burlas de mí.

—¿Quieres que escupa en una cruz? Los trinitarios dicen que es la prueba exigida por vuestros rabinos.

—Me estás insultando. Y también insultas a los tuyos.

—Perdóname, es esta impotencia, que me hace decir barbaridades. Y es que nada de lo que diga conmueve tus sentimientos, Mariam. Concédeme, concédete a ti misma al menos una hora y sabrás que te engañas, que la felicidad no está tan lejos de aquí como te empeñas en creer. Deja que nuestros cuerpos hablen por nosotros.

—El deseo me pide cerrar los ojos y escucharte —musitó ella, cabizbaja—. Sólo a ti, sólo lo que nuestros cuerpos quieran decirnos. Lo que tú deseas también lo deseo yo, pero debes entender que no podemos faltar a la palabra empeñada, que la vida no está hecha para darnos gusto.

Por fin aquellos labios habían expresado lo que todo su ser anunciaba, y aunque tan esperada confesión venía envuelta en un denso muro de miedos y prejuicios, para Wilya significaba que su causa tenía sentido. Ni su merma, ni su rostro afeado por las garras de la tierra habían sido un obstáculo para suscitar en ella el deseo, y el hallazgo de esa nueva confianza en sí mismo era el mejor acicate para derribar toda excusa que pudiera interponerse entre ambos.

—A la vida hay que exigirle cuanto pueda darnos, porque una vez muertos ya nada le puedes pedir —argumentó con ansia—. Y renunciar a ello por las trabas divinas o humanas que podamos encontrar es como morirse.

—Déjame morir en paz, entonces. —Lo dijo con un velo de tristeza en el rostro, humillando la mirada para hurtar el brillo húmedo que provocaba esa renuncia al único testigo que podía dar fe de cuánta mentira escondían sus palabras—. Pero tú vive —añadió antes de que él pudiese reaccionar—. Vive y recupera cuanto antes lo que yo haya podido robarte con la osadía de mi ojos y con el filo de las tijeras.

Mariam corrió hacia la pequeña multitud que poblaba el mercado hasta quedar confundida en ella, como una gota de lluvia que perdiera su identidad en un charco de agua.

CAPUT ARIETIS

Toletum, invierno de 584

Tardaron en llegar las nieves, pero la ciudad amanecía a diario estremecida de frío y cubierta por tan espesa helada que ni el sol del mediodía lograba aplacar su dureza. De blanca costra parecían estar hechos los mellados lienzos del viejo anfiteatro, la ciudadela, las ruinas del circo y los muros de Santa María, y hasta las mismas calles, muchas de las cuales se negaban a transitar los hombres y las bestias para no salir malparados de tan peligrosa ocurrencia. Similar escarcha anidaba en el corazón de Wilya, ya que, aunque el rey había por fin decretado el derecho al matrimonio entre hombres y mujeres libres sin barreras de raza o credo, Mariam, en uso de su propia libertad y haciendo inútil cualquier legislación, había partido por fin a Cesaraugusta para cumplir allí el pacto que en su nombre hicieron sus padres cuando todavía era una niña.

Pronto supo que no era el único sufriente de ilusiones rotas, pues, para desencanto de Leovigildo y regocijo de Goswinta, también Recaredo había visto frustrada su unión con Rigunthis de Neustria. En aquellas fechas, y tras larga estancia en tierras de francos, llegó a palacio el embajador Oppila con la noticia de la anulación del compromiso y de las desgraciadas circunstancias que habían conducido a tan adverso desenlace.

Según la pormenorizada narración del legado, Rigunthis había partido con un fastuoso séquito, integrado por medio centenar de carros colmados de oro, plata, joyas y bagajes, más de mil siervos a su servicio y una formidable guardia armada a las órdenes de varios nobles neustrios que habría de proteger la expedición de cuantos peligros la acechasen hasta la frontera con el reino visigodo. Y es que eran grandes los riesgos a los que se sometía la joven con su viaje nupcial, porque, además de las catervas de malhechores que infestaban el itinerario, los guerreros de Hildebert de Austrasia y Guntram de Burgundia, aliados entre sí y hostiles a Neustria, podían intentar un ataque contra la comitiva para capturar a la hija de su rival y adueñarse de las riquezas que portaba.

Pero no todos se habían unido al cortejo con buenas intenciones, y durante el viaje, amparados siempre en la impunidad nocturna, algunos huían apoderándose de caballos, caudales y vituallas, de modo que la expedición mermaba día a día. Por si fuera poco, el paso de la comitiva resultaba ser peor que una plaga de langosta para las tierras que hallaba a su paso, ya que sus miembros se comportaban no como representantes reales sino como vulgares bandidos, y expoliaban cuanto pudiesen hallar a mano, fueran propiedades, cultivos o viñedos, provocando la pobreza y la ira de los campesinos.

Tan nefastos augurios quedaron pequeños una vez Rigunthis llegó a Tolosa,

donde el séquito hizo una pausa en su marcha antes de cubrir las pocas millas que faltaban hasta la frontera. En aquella ciudad, desde la que los visigodos habían gobernado la Galia en tiempos pretéritos, la expedición supo que el rey Chilperic, padre de la prometida, había sido asesinado durante una partida de caza. Y a partir de ese instante, la vida de Rigunthis se había convertido en una pesadilla, pues los nobles a su servicio, desaparecida la autoridad real que los frenaba, lejos de mirar por ella y protegerla en tan triste coyuntura, se habían dado al saqueo de sus bienes, y únicamente la firmeza del duque Desiderius había logrado conservar parte del tesoro y la propia integridad de la joven.

Fredegundis, por fin, había hecho regresar a su hija, y ahora todos los afanes de la reina viuda estaban dedicados a castigar la humillación que aquélla había padecido, de modo que algunos de los nobles involucrados en el pillaje ya habían pagado con sus vidas o haciendas tan vergonzosa gesta.

—Y con ella se quedará Rigunthis —concluyó el embajador su relato—. Muerto Chilperic, nadie sostendrá el pacto. Fredegundis nunca quiso un matrimonio que la emparentaba con la nación visigoda, con la misma sangre de su odiada Brunegilda.

—Doble revés nos traes, Oppila —se lamentó Leovigildo—. Si mala es la noticia sobre la boda, peor parece la desaparición de un posible aliado. ¿Quién urdió ese crimen?

—Sólo Dios lo sabe, pues el autor no fue capturado y no son pocos quienes pudieron armar su brazo. Tal vez la propia Fredegundis para asegurar el trono a su hijo recién nacido, el único varón que ha dado a Chilperic. No sería la primera muerte que trama.

—O Brunegilda —apuntó Recaredo—, en venganza por el asesinato de su esposo Sigibert y de su hermana Galsuinda.

—¿Por qué no Guntram? —sugirió el conde Egica, que había asistido con meditabundo interés a la narración de Oppila—. La relación con su hermanastro Chilperic no era buena, y ahora, muertos todos sus hermanos, él queda como único juez de las querellas entre Fredegundis y Brunegilda, mujeres extrañas a su familia, al fin y al cabo.

—Y con demasiado poder en sus manos al ser ambas regentes en nombre de menores —agregó el rey—, aunque Hildebert ya debe de estar próximo a su mayoría de edad. Guntram puede ahora erigirse en protector de los intereses de sus sobrinos.

—El único rey adulto entre los francos. Sí, también es posible pensar en él como maquinador del crimen —admitió el legado—. Pero quienquiera que lo haya hecho no obra a nuestro favor.

Wilya estaba seguro de que no todos en el reino habrían de opinar lo mismo que Oppila y la mayoría de los allí presentes, porque Goswinta daría gracias al Padre cuando se enterase de que el asesino de su hija se retorcía por fin en las llamas del fuego eterno, y que esa gratitud sería mayor al saber que el anónimo verdugo había impedido además una boda tan insultante para ella. Casi veinte años había tenido que

aguardar para recibir tan buenas noticias, y aunque todavía respiraba Fredegundis, la odiosa inductora de aquel crimen, sin duda le había merecido la pena a Goswinta tan dilatada espera. En cuanto a Berulfo, una amordazada felicidad parecía haberle enlucido el rostro, y habría brindado ya en silencio por el justo castigo al asesino torturador que le arrebató a su padre.

Oídas las circunstancias de tan desgraciado desenlace, en torno a un hospitalario fuego y bien acompañados por unas jarras de vino aromatizado con bayas de sabina para mejor pasar el desánimo, Leovigildo quiso conocer de su enviado las impresiones obtenidas durante su larga permanencia en los reinos francos, y las posibilidades de una nueva candidata neustria que, unida en matrimonio a Recaredo garantizase la inestable alianza. El embajador admitió que no quedaba más que una, la hija del propio Chilperic habida de sus relaciones con una de sus concubinas, una joven que llevaba años recluida en un monasterio.

—¿Una monja? —protestó el implicado—. No me pidas semejante sacrificio, padre.

Entre la carcajada general sobresalió la voz de Berulfo para sentenciar con toda seriedad que ningún placer era comparable al de montar una potranca sagrada. Y las burlas se volvieron entonces contra el autor de semejante fanfarronería.

—¿Qué sabrás tú de monjas y cabalgadas? —rió Recaredo.

—No pensarás que es la oración lo que me mueve rondar los cenobios femeninos.

El embajador se encargó de sofocar las risotadas que siguieron para exponer su pesimismo sobre semejante proyecto.

—Nadie allí vería con buenos ojos que se entregase a los visigodos una virgen consagrada a Dios. Chilperic sí que habría aceptado, aunque sólo fuera por disgustar a Austrasia, pero sus obispos se opondrán, especialmente uno de ellos, el metropolitano que vela por las virtudes del monasterio y que no nos guarda ningún aprecio.

Oppila había tenido ocasión de tratar al dicho prelado, un tal Georgius Florentius a quien todos conocían por Gregorius y que era obispo de Turonus, aunque como metropolitano extendía su autoridad a nueve ciudades. Se trataba, según la descripción del legado real, de un hombre de cuarenta y tantos años, baja estatura, aspecto enfermizo y pocas gracias de las que presumir, aunque con notable influencia. De noble familia galorromana, contaba con numerosos obispos y clérigos entre sus antepasados y parientes, tanto por parte paterna como materna, de modo que era tenido por uno de los más acreditados representantes de la religión trinitaria en los reinos francos, aunque él se sentía especialmente vinculado a la corte austrasiana por la amistad que le ligaba a Brunegilda.

Ya desde su primer saludo, Gregorius se había interesado por las creencias de Oppila, y al responderle éste que era católico, le invitó a sumarse a la misa que iba a celebrar en la iglesia del santo Martinus, de quien el obispo era particular devoto y cuyos restos se guardaban bajo las losas del citado templo. Tras la celebración, le

recibió en su casa y, ante un generoso potaje de pollo con legumbres, el prelado quiso saber el motivo de que, declarándose católico, no hubiese tomado la comunión ni intercambiado el beso de la paz con los demás asistentes a la ceremonia. Oppila le había explicado que sólo su religión era católica, mientras que Gregorius y los suyos defendían dogmas de la fe romana. Y a partir de ahí, lo que habían sido más o menos cordiales maneras se convirtieron en un intenso debate sobre asuntos teológicos.

—Le dije que no hablase mal de lo que no adora —explicó el embajador—, porque nosotros, que no creemos las mismas cosas que él, no hablamos mal de ellas, ni vemos crimen en adorar a una u otra. Y que ningún mal hay en respetar tanto los altares de los paganos como una iglesia de Dios.

—Bien dicho —ratificó Egica.

—Me acusó de ser defensor de los gentiles y partidario de los herejes. Y yo, frente a sus ofensas, repuse que prefería morirme antes que tomar la comunión de manos tan sectarias como las suyas. Así que no esperéis que apoye la idea de entregar una de sus vírgenes a Recaredo.

—Es inútil discutir con ellos —terció Wilya—. Su fe excluye todo lo demás, y consideran como obra del demonio lo que no les es propio.

—Cuando estuve con él no lo sabía —abundó Oppila—, pero, según me contaron después, es hombre dado a la superstición, y hace mezclas con el polvo de reliquias de santos para bebérselas, convencido de que esas pócimas mejorarán su salud.

—De ahí su aspecto achacoso —apuntó Berulfo con una mueca de asco.

—Si yo hiciese eso para calmar mi podagra en lugar de sufrir las molestas cataplasmas —advirtió Egica, rascando la cicatriz de su cuenca vacía—, los trinitarios me quemarían vivo.

Todos celebraron con risotadas el comentario del conde, y Oppila aprovechó para echar más leña al fuego.

—Ese hombre cree a pie juntillas que el mero hecho de abrir las Escrituras y leer lo primero que halle tiene el valor de una profecía. Y es poco instruido a pesar de su fama, incapaz de hablar el latín correctamente o de distinguir algunas letras de la lengua griega.

—Comparte la barbarie de sus reyes —juzgó Egica, poseído ya por las virtudes del licor.

—Pues tendrías que haberle oído, como yo, hablando de esos reyes, y cómo lo mide todo según sus intereses.

Dijo Oppila que el obispo Gregorius alababa, como hacedor de cosas agradables a los ojos divinos, al pérfido, asesino y muñidor de traiciones rey Clodwig. Y en igual medida a su hijo Clothar, quien, entre otras glorias, acabó con su ambicioso heredero Chramne y toda su familia encerrándolos en una choza a la que prendió fuego, y que a la hora de su muerte se lamentaba maldiciendo a Dios con estas blasfemas palabras: «Qué pensar de un rey del Cielo que hace morir así a tan poderosos reyes».

—Qué pensar de un obispo que no sólo bendice a semejante alimaña —agregó el

embajador—, sino que lo equipara además a David en combate contra su hijo rebelde Absalón mientras que tiene por cruel a nuestro rey, cuya misericordia ha respetado la vida y la integridad de Hermenegildo.

—¿Así me ven los francos? —bromeó Leovigildo—. No es extraño que se resistan a emparentar conmigo.

—No, no te extrañe, señor —sentenció el legado—, pues Gregorius, a quien muchos allí tienen por sabio, desconoce la verdad de cuanto sucede más allá de sus fronteras, y aun dentro de éstas elige sus preferencias. Guarda estima a Brunegilda, a quien, por otra parte, mucho debe, porque ella y su difunto marido lo elevaron al honor que ocupa.

Por el contrario, se extendió el embajador, el poderoso metropolitano aborrecía a Chilperic, a quien consideraba un nuevo Nerón, un Herodes matador de inocentes, y odiaba abiertamente a Fredegundis, hasta tal punto que se había encargado de propalar un rumor que corría por aquellas tierras como el agua de los arroyos tras el deshielo. Y era que, tras el entierro de Galsuinda, la princesa visigoda asesinada por las intrigas de aquélla, se había producido un milagro cuando la lámpara que iluminaba su sepulcro cayó del techo para quedar hundida en la dura piedra que, convertida por voluntad celestial en moldeable arcilla, protegió el candil encendido para seguir ofreciendo su luz a la desventurada hija de Atanagildo y Goswinta.

—Fredegundis preferiría beber orines de sapo antes que escuchar esas palabras —afinó Oppila.

—¿Y qué opinión le merece Guntram a ese obispo? —se interesó Leovigildo.

—Más simpatías tiene por él que por cualquier otro rey franco.

—Tampoco le quedan muchos —incidió un ácido Berulfo.

—Cierto. Aunque antes ya antes de morir Chilperic, por cuya alma no creo que haya elevado muchas preces, Gregorius veía en Guntram la única esperanza de un reino fuerte y unido.

—Así que esa es la voluntad que habrá que ganarse —concluyó el rey—, la de Guntram de Burgundia.

—La más difícil, pues ya sabes, señor, que a fronteras compartidas, intereses enfrentados.

Las desventuras de un joven transformado en asno ayudaron a Wilya a sobrellevar los fríos y soledades del invierno y el dulce recuerdo de Mariam. Y muy especialmente la más hermosa historia de las que había podido leer en aquella *Metamorfosis* que tan entretenidos avatares ofrecía a quien se atreviese a desvelar el secreto de sus páginas. Una historia de pasiones invisibles.

Y es que los malhechores que se apoderaron de Lucius, tras algunos días de refugio, habían vuelto a su innoble oficio para tomar presa a una bella jovencita con el objeto de pedir un buen botín por su rescate. Entregada al cuidado y vigilancia de una vieja, la pobre muchacha confiaba a la guardiana su desconsuelo por tan negro sino, pues había sido capturada el mismo día en que iba a celebrar sus esponsales. Por

secar su llanto y reconfortar tanta aflicción, la vieja le habló de otra joven que había vivido trances no menos dramáticos.

Psyches se llamaba la referida, y era la menor de tres hijas de un famoso rey de las tierras griegas. Era Psyches tan bella que todas las criaturas la tenían por una nueva Venus, y a ella dedicaban los honores, ofrendas y alabanzas que hasta entonces habían sido para la diosa. Pero, a pesar de su hermosura, o quizá precisamente por resultar tan extraordinaria a los ojos de los hombres, le faltaban pretendientes, en tanto sus dos hermanas habían sido ya casadas con otros reyes. Mientras Psyches renegaba de su belleza, Venus, enojada por haber sido sustituida por una mortal en el corazón de los humanos, pidió a su hijo Cupido que con sus implacables artes se cobrase cumplida venganza de aquella jovenzuela.

El padre, preocupado por la soltería de su hija, quiso consultar el oráculo de Apolo, quien le aconsejó disponer a la joven como para un entierro, cubierta de lutos y de llanto, y conducirla hasta los riscos de una alta montaña, donde quedaría abandonada hasta que fuese a buscarla quien habría de ser su marido. Cumplida la extraña orden entre el pesar de los padres y de la ciudad entera, y a solas ya Psyches en aquellas peñas, un suave viento se la llevó valle abajo para posarla en un verde y florido prado donde quedó dormida.

Al despertar, asombrada del excelente y ubérrimo lugar que le rodeaba, llamó su atención un espléndido palacio que parecía levantado por manos divinas. Una vez allí dentro, voces sin cuerpo se declararon siervas de sus deseos y le hicieron saber, con todo tipo de agasajos, que cuanto tenía a la vista era de su propiedad. Llegada la noche, se fue a descansar, y el anunciado marido la hizo suya. Aun sin poder verle, Psyches quedó encantada con su quehacer, su tacto y su delicada voz. Y así, como esa primera vez, una noche tras otra, él llegaba en total oscuridad a su cama para unir sus cuerpos y sus almas hasta que, poco antes del alba, se alejaba de su lado.

La felicidad de la joven era completa a pesar de no conocer a su esposo, y de que éste le había advertido contra cualquier curiosidad por ver su rostro y contra la tentación de recibir allí a sus dos hermanas que, inquietas por ella, la buscaban entre los riscos donde había sido abandonada. La insistencia de Psyches acabó por ablandar el corazón masculino, que por fin aceptó la visita de aquéllas, aunque con la advertencia de que no debía escuchar unos consejos que no sólo le causarían dolor a él, sino también un gran mal a ella misma.

Cuando al fin el mágico viento le trajo a sus hermanas, la joven esposa les mostró su hogar y las grandes riquezas que poseía; las cargó de oro, joyas y otros muchos regalos, y también supo escabullirse con evasivas de las preguntas sobre su marido. De regreso a sus casas, lejos de mostrarse felices con el bien de la pequeña y agradecidas por su generosidad, las dos andaban llenas de envidia y haciendo planes para su desgracia, de modo que en una segunda visita, y al descubrir la preñez de la joven, las otras desplegaron sus planes para embaucarla. Así, dijeron que le acechaba un gran peligro, pues se había casado con una gigantesca y venenosa serpiente a la

que muchos habían visto por los alrededores, y que vivía engañada por aquella bestia cuyo único deseo era devorarla. Temblando de pánico, la crédula Psyches se sinceró con ellas dando por buenas sus falsas palabras, y, una vez conocida la verdad, las hermanas le presentaron su plan para deshacerse del monstruo.

Esa misma noche, cuando tras apasionada unión él había quedado profundamente dormido, Psyches tomó una daga que guardaba entre las almohadas y un candil oculto bajo la cama. Al prender la lamparita para distinguir bien al monstruo que habría de degollar, quedó arrobada por la belleza de quien estaba en su lecho, que no era otro que el mismísimo Cupido, y en vez de cumplir el horrendo crimen que las arteras hermanas habían dispuesto, solamente pudo acariciar la espalda y las emplumadas alas de su amado. Con tan mala fortuna que una gota de aceite del candil cayó sobre el hombro del dios, que despertó dolorido para reprocharle su ingratitud, ya que él la había tomado por mujer desoyendo la orden de humillarla recibida de su madre Venus, mientras que ella había preferido prestar oídos a unos consejos que les separaban para siempre.

Tras la ruptura, y en tanto sus hermanas recibían el justo castigo de la muerte por su perfidia, Psyches, abatida y con deseos de morir, buscaba el auxilio de los dioses recorriendo templos en busca de unos y de otros. Aunque con tan mala fortuna en sus demandas que por fin decidió entregarse a la propia Venus, quien, encolerizada al conocer la desobediencia de su hijo, la sometió a azotes, afrentas y penosas pruebas.

Más allá de tanta tribulación, la historia concluía felizmente. Cupido, ignorante de las penalidades de su aún amada esposa, acudía a Júpiter en busca de ayuda, y éste hacía llamar a la joven a su presencia para que, bebiendo el vino de los dioses, alcanzase la inmortalidad e hiciera bueno tan desigual matrimonio. Y como esperado fruto de aquella unión, les nació luego una hija a la que llamaron Placer y que habría de ser tan divina como ellos.

Aquella lectura, además de sumirle en gozosos y entretenidos ratos, había tenido para Wilya el valor de una evocación, porque a pesar de las infinitas diferencias que le separaban del admirable amante descrito por Apuleius, el extremo ocultamiento de aquel esposo le había traído el recuerdo de sus miedos, de aquellos días en que pensaba que sólo en la oscuridad de la noche su cara rota podría ser acariciada por una mujer. Los años le habían hecho cambiar, desde luego, y ahora exhibía su cicatriz como un recuerdo de guerra, como un galardón obtenido en una batalla, en un combate singular contra un espíritu cuyas intenciones le resultaban más que indescifrables. Y aunque había mujeres, y Mariam era un ejemplo de ello, que veían cierto atractivo en el aspecto un tanto feroz que le infería su rostro rasgado, todavía palpitaba en él ese viejo instinto de necesaria ocultación. Por eso le hizo tanta gracia aquella frase de su primo cuando hablaban sobre la carga de los pactos matrimoniales:

—A veces me gustaría ser invisible para disfrutar de la vida a mi gusto y sin tan incómodas obligaciones.

A pesar de todo, de sus íntimos deseos de anonimato, Recaredo no parecía afectado por las malas noticias ni por la necesidad de comenzar de nuevo un tedioso proceso de búsqueda y negociaciones, puesto que la felicidad que decía obtener de Hilde nunca sería comparable con la que pudiera ofrecerle cualquier otra mujer por mucha sangre real que llevase en las venas. Tan apasionada y espontánea conclusión no dejaba de sorprender a quienes tenían oportunidad de escucharla, pues el joven rey sabía, como todos, que aquella muchacha que calentaba su lecho nunca podría ser más que ocasional amante, y que su obligación era buscar sin demora el noble matrimonio que su rango y el reino le exigían.

—No hay prisa, Wilya —decía, tomándole amistosamente por el hombro—. Yo, desde luego, no la tengo.

—Otros la tienen por ti.

—Allá ellos. Y de todo mal hay que sacar su parte buena. Al menos, parece que Goswinta ha dejado de tratarme como si fuese su enemigo.

—Me consta que nunca te consideró así, pero esa boda era una prueba muy dura para ella.

—Como lo será para mí postergar a Hilde en su momento por un casorio obligado, pero la realeza exige decisiones que nada tienen que ver con el propio gusto.

La afirmación que su primo expresaba con la firmeza de un experimentado monarca se parecía mucho a la que el propio Wilya había escuchado en boca de Mariam para justificar su negativa, su renuncia a compartir un deseo común por causas superiores. Los dioses o las leyes marcaban en ambos casos el destino, por mucha cólera o dolor que provocasen en los hombres.

—Por cierto, debo agradecerte tu coraje a favor de mi cuñada —agregó súbitamente el hijo del rey.

No habían tenido oportunidad de hablar a solas sobre la fracasada misión en Carthagine, porque Recaredo había pasado varios meses en Recopolis preparando los últimos detalles de la residencia que en aquella ciudad iba a compartir con Rigunthis. Wilya quiso restarle importancia:

—Para lo que sirvió, mejor no haber ido.

—Doble valor, pues te enfrentaste a los imperiales y a su propia traición.

—No le tienes simpatía.

—Ni tú deberías tenérsela si te delató y puso en mayor riesgo tu vida.

—Quizá no fue así. —De repente, se sintió representando el papel de defensor de Ingundis que tiempo atrás Itzak había asumido ante él—. Es posible que la descubrieran cuando intentaba unirse a nosotros.

—Es posible —admitió Recaredo sin excesiva convicción—. ¿Viste a mi sobrino?

—En ningún momento. Tal vez les tengan separados para que su fuga sea más difícil. Y quizá por no abandonar a su hijo rechazó nuestra oferta.

—Ese judío que fue contigo, ¿es el mismo de Corduba?

—El más joven, el que vimos cuando acompañamos a Galmerico a buscar libros. Aunque ya comprobaste que poco tiene que ver con aquel mocoso flacucho. —Creyó de justicia hacer honor a su compañero de aventura—. Ahora es un hombre con temple que ha demostrado su lealtad más allá de cualquier duda.

—¿También te acompañó en tu conversación con mi hermano en Valentía?

Wilya quedó sumido en un incómodo silencio al saber que su primo estaba al tanto de todo, porque nada le había dicho Leovigildo de que hubiese contado a su hijo aquel episodio.

—Nadie me acompañó —dijo por fin—. Estuve a solas con él.

Recaredo, consciente del embarazo que su pregunta había producido, adoptó un tono amistoso y desenfadado.

—Hiciste bien al entregar su carta a mi padre. No temas reproche alguno por mi parte, porque era tu deber.

—¿Crees, como él, que no estaba escrita para ti?

—Sea cual fuere su propósito, es un nuevo intento de conspiración. De haberla recibido yo, también habría llegado a manos de mi padre, de modo que tanto da el camino que haya recorrido si el resultado es el mismo.

A pesar de tan categórico alegato, y de la seguridad de que así habría actuado efectivamente su primo en caso de haber recibido la carta de sus manos, una duda revoloteaba en la cabeza de Wilya, una luda que se atrevió a transformar en pregunta.

—Si tú fueras único rey, ¿aceptarías compartir el reino con Hermenegildo, tal y como te propone?

—Que Dios nos conserve a mi padre durante mucho tiempo —dijo Recaredo tras meditar la respuesta—. Yo sólo soy rey consorte. Ésa es la única verdad, y lo demás son conjeturas que a nada conducen.

Aún no habían aparecido las cigüeñas en los cielos de Toletum cuando Leovigildo marchó contra los suevos, tal y como venía anunciando desde un año antes. Un millar de guerreros de la capital y alrededores acamparon junto al anfiteatro, aunque esta vez no hubo bendición del obispo a las puertas de la iglesia de los Santos Apóstoles como se había hecho costumbre durante las campañas de la guerra civil. Y es que el rey, además de retirar de sus cecas el nombre de Dios, tampoco quería su complicidad en asuntos que sólo a los hombres correspondían. A un solo hombre, en este caso, pues casi como cosa personal parecía haberse tomado la empresa, hasta el punto de que había dejado a su hijo a cargo del reino, y con él a los demás gardingos toletanos, para marchar al frente de una expedición que había de encontrarse en Salmantica con las fuerzas de Claudius y Witerico llegadas desde el sur, y las de los Campos Góticos conducidas por Chindasvinto. Cinco mil hombres parecían a Leovigildo suficientes para reintegrar el reino suevo a la fidelidad rota por el tirano Audeca.

En ausencia del rey, la vida en palacio parecía adormecida. Cuantos asuntos no urgentes pudiesen surgir eran postergados para ser resueltos a su regreso o bien quedaban en manos de Goswinta, encargada desde siempre de atender con su buen

criterio y su recuperado ánimo todo lo cotidiano. Wilya, entretanto, decidió que la placidez palaciega y la ausencia de obligaciones eran oportunidad inmejorable para dedicarle a sus maestros un tiempo que últimamente les había negado por simple pereza. Así, había cabalgado hasta Agali para pasar un par de días con Koenraad, quien, tan viejo como siempre, le recibió con su comedido alborozo y tuvo ocasión de derrotarlo de nuevo en cuantos retos propuso ante el tablero del chaturanga.

—Mejoras —había reconocido el ostrogodo—, pero te falta osadía.

—No tengo con quién competir —quiso justificarse.

—Hazlo contra ti mismo.

—Vaya ocurrencia. La victoria está asegurada.

El bibliotecario había soltado uno de sus inconfundibles gorgoteos que más parecían toses que risa.

—Vencerse a uno mismo es la mejor de las victorias —apuntó éste—, siempre que en el combate te muestres tan honrado con un bando como con el opuesto.

—Eso no parece posible.

—Sí que lo es. Basta con refrenar tus simpatías, con que no te inclines gratuitamente hacia uno de los colores y que hagas cada movimiento pensando nada más que en el triunfo del ejército que en ese momento defiendes.

—Ser uno y su enemigo, eso es lo que propones.

—Algunos dementes pueden hacerlo con cierto éxito —admitió Koenraad de buen humor—. Pero no digo al mismo tiempo, sino en momentos sucesivos. Nada más que eres uno en cada instante, no dos.

—Conocería las intenciones de mi rival, que son mis propias intenciones, para traicionarlas desde el bando opuesto.

—No, Wilya. Es un adiestramiento muy saludable, porque cada circunstancia se presenta como nueva y cambiante, y te obliga a olvidar las estrategias que hayas podido previamente concebir.

Tal vez en un juego fuera posible semejante ejercicio, el de ser uno y su contrario de forma sucesiva, aunque no en la vida, pensaba él, porque lo que Koenraad le proponía no era otra cosa que la absoluta imparcialidad, sentimiento que se le antojaba más que difícil en virtud de una experiencia que le había enseñado la obligación de tomar siempre partido a favor de la justicia, o al menos de las propias convicciones.

—¿Y el brazo? —se interesó el ostrogodo.

—Ése es el que no mejora —aceptó con naturalidad—. Se defiende, como yo en el chaturanga, pero no se le puede pedir mucho más.

—Paciencia. A cada cual se le debe exigir según sus posibilidades.

Eso mismo, exigir con mucha paciencia, era lo que hacía Galmerico a sus nuevos alumnos, como pudo comprobar Wilya de regreso a Toletum. Y también con ellos libraba la eterna batalla de enseñarlos a leer y a escribir, tan penosa y dura como la que había mantenido años atrás contra los que ahora eran ya jóvenes soberanos de su

propia educación.

—Podrías ayudarme con esos pequeños bárbaros —se atrevió a sugerirle mientras paseaban por la muralla tras las lecciones matinales—. Eres un ejemplo de que la instrucción no significa renunciar a ser un gran guerrero.

—Gracias por el honor que me haces, pero no tengo tu aguante ni creo que pueda servirte de mucho, a menos que pienses exhibirme ante ellos como una especie de botín de guerra.

—Bien sabes que no es así —renegaba el preceptor, aunque con su firme energía de siempre—. Ya estoy mayor para esta pelea diaria.

—Nadie lo diría.

—Pues así me siento. En cuanto Leovigildo regrese, le pediré que otro me sustituya en esta labor para dedicarme al culto en el oratorio palatino.

—Para eso está el obispo Uldidas. Lo que tú quieres es recluirte en la torre para husmear tranquilamente los libros.

Galmerico sonrió con picardía.

—¿Acaso no lo haces tú? —repuso el tutor—. Me han dicho que pasas las horas encerrado en tu casa con un tomo entre las manos.

—Exagera quien te lo haya contado así, pero es cierto que leo. ¿Conoces la *Metamorfosis* de Lucius Apuleius? También lo llaman *El asno de oro*.

—No, ni recuerdo que figure entre nuestras obras. ¿Lo sacaste de Agali?

—Lo traje de Hispalis, y te lo cederé, si quieres, cuando lo hay; acabado.

—Bueno es eso de leer, Wilya —había aprobado el clérigo—. Lo mejor que puede hacerse mientras no haya asuntos graves que atender.

No los había entonces en Toletum; ningún asunto grave llegó a la ciudad en el comienzo de aquella húmeda primavera que a todos resultaba espléndida y promisoria de grandes cosechas, de tal modo que Recaredo, sin urgencias que atender, repartía su tiempo entre Hilde y la caza en los boscosos montes próximos en compañía de cuantos amigos quisieran sumarse al entretenimiento.

Una de esas mañanas de finales de marzo, en que la partida seguía el rastro de un corzo herido, Wilya decidió separarse del grupo para tomar por un atajo que ofrecía la fronda junto a una ladera una falsa senda entre la tupida arboleda por donde el caballo podía ensayar algo parecido a un trote. Poco duró, sin embargo, aquel claro sin salida, y hubo de dar media vuelta en busca de sus compañeros. Escuchaba cerca sus voces cuando la montura se encabritó con un relincho quejumbroso y cayó a tierra, arrastrándole con ella. Desconcertado e inmóvil bajo el bruto, que se debatía entre desesperadas coces, un borbotón de sangre le pringó la cara, y en ese momento pudo darse cuenta de lo sucedido. A pocos pasos, un oso alzado sobre sus patas traseras se disponía a lanzar un nuevo zarpazo contra la cabalgadura, o quizá contra él mismo. Fue la cabeza del caballo, más próximo al peligro, la que recibió el golpe, y el animal se desplomó definitivamente sobre Wilya, atrapado ahora por un peso muerto del que no podía librarse.

Tenía ya casi el fétido aliento de la fiera sobre la cara, su terrible boca acechándole, cuando escuchó un alarido aterrador, como de garganta no humana, y una silueta surgida de algún lugar a sus espaldas se estrelló con violencia contra la amenaza. De inmediato, Recaredo y varios siervos le rescataron del lastre del caballo, y al incorporarse pudo ver a la fiera tendida, inmóvil, con una pica atravesando su cuerpo de parte a parte. Cuando aquella inmensa mole peluda fue retirada a un lado, allí abajo estaba Berulfo, cubierto de sangre de la cabeza a los pies, aunque vivo y con expresión casi beatífica.

El héroe hubo de regresar en parihuelas a la ciudad, porque tenía una pierna quebrada por el peso de su presa, y ésta le había provocado con sus garras una seria herida en el brazo antes de expirar. Ya en palacio, y mientras los físicos salvaban su vida, la hazaña del joven corrió de inmediato de boca en boca, pues no se conocía a nadie que hubiese cazado un oso de igual manera. El protagonista, por el contrario, quitaba todo mérito a la gesta, al menos cuando, tras las necesarias horas de reposo del herido, Wilya se presentó en su alcoba para darle las gracias.

—Guárdatelas —repuso aquél con frialdad—. No lo he hecho por ti, sino por mí. Te he devuelto el favor y ya nada te debo.

—Así que has estado a punto de morir sólo para pagar una deuda. ¿Ni siquiera una pizca de afecto te ha movido?

—No digas tonterías.

—¿También te lo ha pedido tu padre? —se burló Wilya—. ¿No ha quedado Sigila satisfecho con la merecida muerte de su asesino?

—Nada te debo, he dicho, ni siquiera explicaciones.

Pedir explicaciones sobre tal asunto a su enrevesado amigo significaba meterse en problemas, y nada más lejos de su deseo que buscar complicaciones de ese tipo, pues los problemas, como si de seres con vida propia se tratase, acostumbraban a elegir por su cuenta el momento propicio y manifestarse sin necesidad de otras ayudas. Y en verdad parecían haber esperado para asomar su faz hasta que aquella deuda que tan gravosa resultaba a Berulfo hubiese sido saldada, porque apenas dos días después de la peripecia con el oso llegaron noticias que a más de uno hicieron estremecer en Toletum. Hermenegildo había escapado de Valentía y, sorprendido en su huida cerca de Tarraco, el duque Sisberto había ordenado su prisión a la espera de las órdenes reales. Con mayor prontitud, si cabe, que la hazaña de Berulfo, como si un seísmo hubiese agrietado las mismas raíces de palacio, corrieron los rumores y comentarios sobre tan sorprendente acontecimiento. No cabía en cabeza alguna que el traidor quebrantara su exilio si es que tenía algún aprecio por su vida, a menos que considerase que semejante delito habría de quedar tan impune como ya había sucedido con el que motivó su destierro. La equidad de Leovigildo volvía a estar en boca de todos, y ahora, tan lejos el rey de, meollo de los rumores, éstos corrían sin freno por la ciudad y apenas atenuaban su acidez para convertirse en discretas críticas cuando los oídos de Recaredo andaban cerca.

Los murmullos se hicieron voz en grito al saberse que también Ingundis había intentado algo parecido y con igual fracaso que su esposo, pues el barco en que pretendía huir con su hijo de Carthagine había sido capturado por los imperiales. Naturalmente, a nadie pasaba inadvertida semejante coincidencia, y menos a Wilya, que se apresuró a recordar a su primo las pasadas conversaciones con Ingundis y Hermenegildo, y la confianza que ambos tenían en lo que les deparase el futuro; especialmente ella, segura de que los suyos acudirían pronto en su ayuda. Aunque había en aquella inesperada e inquietante fuga muchos detalles que no se ajustaban a la lógica. Sobre todo uno, porque si Ingundis había por fin aceptado escapar de su encierro, parecía natural que buscase a su esposo en Valentía, un viaje relativamente corto. Pero la huida del propio Hermenegildo daba a entender que pensaban reunirse en otra parte.

—Tal vez convinieron encontrarse en algún lugar de la costa para viajar luego quién sabe adonde —sugirió.

—Si son los suyos quienes lo han intentado es más que raro —alegó Recaredo—, pues a Austrasia no se puede llegar en barco navegando al norte desde Carthagine.

Poco tuvieron que esperar para hacerse una idea del peligro que tan repentinamente amenazaba al reino. El día después de saber lo de Ingundis un nervioso emisario anunció que dos columnas del rey Guntram de Burgundia atacaban la Narbonense. Todo parecía haber sucedido al mismo tiempo, como si cada uno de esos hechos hubiese sido dispuesto de antemano para hacerlos coincidir con el momento en que Leovigildo estuviese ocupado en otros asuntos lejos de Toletum. Para el conde Egica la explicación parecía muy clara:

—No era de su hermano Hildebert la ayuda que Ingundis esperaba, sino de su tío Guntram. Y el mismo amparo buscaba Hermenegildo al escapar hacia el norte. Ambos querían llegar a tierras de Burgundia.

Ante la evidencia de la conjura, Recaredo movió con presteza a sus mensajeros, tanto para tener a su padre al corriente de lo sucedido como para poner en pie de guerra las tropas disponibles en la provincia tarraconense y ordenar que se dirigiesen a defender el invadido territorio norteño. Apenas un centenar de jinetes veteranos habían quedado en Toletum tras la marcha de Leovigildo, pero a todos ellos dio orden de prepararse con la mayor celeridad; incluido Argimundo, que rogó al joven rey le permitiese sumarse a la partida tras obtener la anuencia de su padre el condestable. No así Berulfo, cuyo estado desaconsejaba no sólo el viaje, sino cualquier posibilidad de combatir.

—Que me aten al caballo —gritaba desesperado el herido desde su lecho—. Si Manoseca va con un brazo inútil, igual puedo hacerlo yo con una sola pierna.

Las delicadas y hábiles palabras de Goswinta hicieron ver a Berulfo que si importantes eran sus deseos de pelear contra los francos, más importante era su presencia en Toletum, porque ausentes de la corte el rey y la mayoría de los nobles, necesitaba alguien de confianza junto a ella durante los meses que habrían de venir. Y

así, a regañadientes, el maltrecho joven hubo de conformarse con su mala suerte, mientras Recaredo partía con sus hombres pocos días después de haberse conocido la agresión de Guntram.

Cuando la expedición llegó a Narbona a finales de abril no eran cien sino quinientos los jinetes que seguían a Recaredo. Tres mil infantes reclutados en las plazas del norte de la provincia tarraconense, desde Cesaraugusta a Roda, marchaban tras ellos por el trazado costero de la Via Domitia a varios días de distancia. Había sido una cabalgada sin respiro, evitando cualquier contacto con las grandes ciudades y sin otra preocupación que alcanzar cuanto antes los escenarios de la guerra. Ni siquiera las calles de Tarraco, donde su hermano había sido encarcelado, quiso pisar Recaredo, que durante todo el viaje se mostraba absorto y taciturno, como si su primera exigencia bélica sin la cercana tutela de su padre exigiese de él un necesario alejamiento de su siempre desenfadado carácter. Y en nada había cambiado su actitud cuando, cuatro días después de dejar atrás la capital tarraconense, en las proximidades de su natal Gerunda, la expedición fue alcanzada por un rumor que corrió como el fuego prendido en yesca, pues Hermenegildo, decían las voces venidas desde el sur, había sido ejecutado.

—Se ha cumplido la justicia real —fueron las únicas palabras que Wilya pudo obtener de su primo al interesarse por la veracidad de las habladurías.

A él le habría gustado encontrarse cerca de su tío en un momento tan dramático, aunque quizá sus torpes frases de consuelo resultarían tan inútiles para el rey como las que había conseguido dedicarle a Recaredo. En cuanto a Argimundo, el fiel compañero del rebelde aquella noticia parecía haber enturbiado su mirada con una invisible barrera que le aislaba por completo del exterior, como si quisiera recluirse tras sus ojos para reconcomerse.

—Más le valdría haber caído en Hispalis como cayeron otros —repuso al interés de Wilya por su estado de ánimo—. Y yo con él.

—Nada tienes que reprocharte —le regañó éste—. Obedecías al rey, y el mismo Leovigildo admitió que no hubo culpa alguna en tus actos.

—¿Sabes lo que queda de los hombres, Wilya? Sólo su recuerdo. Y el último recuerdo, el de la muerte, es el que nos da o quita valor ante quienes nos conocieron, la única memoria, si es que existe, para las generaciones futuras. Hermenegildo quedará finalmente como un traidor ejecutado por persistir en la vileza.

—Mejor como un héroe muerto en batalla, según tú.

—Al menos para él, y para la causa que defendía.

En aquel momento, Wilya habría querido sincerarse con su amigo, confesarle que conocía su pertenencia a la estirpe de Tyz, que un guerrero así nunca habría hecho suyos los proyectos de Hermenegildo por propia decisión y que su apoyo al tirano tan sólo había sido una durísima prueba de obediencia y lealtad. Pero ni Badwila le había dado permiso para hacerlo ni las circunstancias parecían las más propicias.

—No creo que te importe mucho esa causa, Argimundo, ni que la muerte sea lo

que da valor a los hombres, sino la vida. La muerte es como un sello en el pergamino, pero lo importante es lo que haya quedado escrito antes de la rúbrica.

—Debería haber caído como un godo, no como un perro.

—Ojalá pudiéramos elegir el propio final, pero eso no está del todo en nuestras manos. Él tuvo ocasión de hacerlo en Hispalis y prefirió escapar dejando a su padre toda responsabilidad sobre su futuro.

—Entonces todavía pensaba que era posible la victoria.

—No me hagas reír, Argimundo. Le faltó valor, como le ha faltado hasta el último momento.

Durante el resto del trayecto, Wilya no pudo quitarse del pecho la inquieta y dolorosa sensación de que algo importante se había roto en la vida del reino, en su propia vida y en la de sus amigos. La cabeza, entretanto, le inducía a pensar en lo sarcástico que puede ser el destino cuando, como le había sucedido al iluso de Hermenegildo, las esperanzas se depositan en los dioses y no en las propias fuerzas. Era cierto que su primo mayor no había caído como un visigodo, sino como alguien que, engañado por los cielos, prefiere renunciar a su naturaleza para conquistar una quimera. Hermenegildo sí que se parecía a Lucius, el protagonista del libro que viajaba en la bolsa colgada de su caballo. Como aquél, su difunto primo había caído preso de un hechizo por aspirar a un poder que le era extraño, aunque, al contrario de los graciosos lances que presentaba la historia de Apuleius, los sucesos desencadenados por el traidor nada tenían de risibles.

Acampadas las tropas en las afueras de la ciudad, Recaredo y sus nobles fueron recibidos por el conde Wildigerno, un hombre magro y espigado de apariencia adusta, aunque locuaz, de poco más de treinta años, que de inmediato les puso al corriente de la situación. Una de las columnas de Guntram había atacado Carcassona, cuyos habitantes abrieron sus puertas a los francos sin combate. Una vez dentro las fuerzas invasoras, un levantamiento les había causado importantes bajas, entre ellas la de su comandante, y los supervivientes hubieron de retirarse extramuros para sumarse al resto de su ejército y asediar la ciudad, sin aventurarse de momento a un asalto. Carcassona llevaba quince días cercada por dos mil quinientos hombres que sufrían el hostigamiento de una parte de las fuerzas visigodas disponibles en la provincia, algo más de un millar de guerreros. E resto de ellas se había desplazado al este bajo el mando del duque Granista para hacer frente a la segunda de las columnas francas, que había arrasado la región de Nemausus dando fuego a casas y cosechas y talando olivos y viñedos, aunque sin poner en peligro la integridad de la plaza principal.

Si áspero parecía Wildigerno en sus expresiones y ademanes, quizá debido a las críticas circunstancias que vivía la provincia, no menos desabrido se mostró Recaredo, que venía rumiando el peso de su nueva tarea y la reciente muerte de su hermano. Su primera orden fue responsabilizar al conde narbonense del aprovisionamiento de las regiones devastadas y de las tropas en campaña, especialmente de los tres mil guerreros que marchaban tras él y que en breve

llegarían a la ciudad.

—Carcassona parece la más necesitada —reflexionó en voz alta el joven rey.

—Puede resistir otros dos o tres meses más por sus propios medios. Está bien defendida y su conde Gundemaro es muy diestro en el combate.

Al contrario que la propia Narbona, pensó Wilya, pues el recinto amurallado de su ciudad natal era tan restringido que protegía apenas el núcleo urbano y dejaba fuera gran parte de las zonas residenciales, las viejas termas y el antiguo templo, convertido desde muchos años atrás en gigantesca cantera para las nuevas necesidades. Por si fuera poco, los frecuentes asedios sufridos por la urbe en el último siglo habían deteriorado la solidez de unos muros que, a tenor de lo visto, llevaban muchos años sin la debida reparación. Narbona, a pesar de ser la capital de la provincia, parecía confiar más en el valor de sus guerreros que en la ventaja que pudieran proporcionarle unas defensas adecuadas.

—¿Qué distancia nos separa de allí? —se interesó Recaredo.

—Poco más de treinta millas.

—¿Cuántos hombres puedes sumar a los míos?

—Todos los disponibles están ya en los campos de batalla —alegó Wildigerno—. A menos que quieras llevarte los dos centenares de nuestra guarnición.

Recaredo desechó tal posibilidad, no sólo por el riesgo de dejar la ciudad sin una mínima protección a tan poca distancia del frente, sino porque los infantes retrasarían la marcha de su caballería.

—Si salimos ahora, mañana al atardecer tendremos sus muros a la vista. Cuando lleguen nuestras fuerzas de Hispania, házmelo saber —ordenó Recaredo al conde.

—Así lo haré, señor, y disculpa mi pregunta si te resulta inoportuna. ¿Es cierto, como dicen algunas voces, que tu hermano Hermenegildo ya no está con nosotros?

—Mi hermano lleva ya varios años lejos de nosotros. Pero si con tus circunloquios pretendes saber si ha muerto, cierto es.

Con tan acres palabras en la boca y sin siquiera haber tomado asiento durante el breve encuentro con Wildigerno, Recaredo, seguido por sus nobles, regresó junto a las tropas, que de inmediato levantaron tiendas y atalajes para reanudar la marcha. Y tal como éste había previsto, tras cabalgar a través de hermosas y fértiles campiñas, a media tarde de la jornada siguiente hallaron los campamentos de la retaguardia visigoda a orillas del Atax. Allí mismo, compartiendo la compañía de auxiliares, clérigos y prostitutas, Recaredo concedió un breve descanso a sus hombres mientras él y su mínima escolta marchaban en busca del ejército. Enseguida dieron con el puesto de mando de los suyos, instalado sobre un otero desde el que se divisaba perfectamente la ciudad. Aun en la distancia, con sus sólidas murallas y las altas torres enrojecidas por el sol declinante y el río protector a sus espaldas, Carcassona se mostraba como una mole inexpugnable a pesar del cerco y el continuo castigo de las máquinas de asedio.

—Saben que jamás podrán entrar ahí —sentenció Bulgar, el noble narbonense

que estaba al frente de las tropas visigodas—. Su único objetivo es el pillaje, y el nuestro impedirlo hasta que por fin se agoten y regresen hambrientos a casa.

Al contrario que el conde Wildigerno, aunque de similar edad a la de éste, Bulgar, de ancha y recia estructura, cabeza angulosa y ojos saltones, parecía un hombre jovial que recibió la llegada de Recaredo con evidentes muestras de simpatía y de inmediato, en pocas palabras, le informó de la situación. El grueso del ejército franco estaba frente a la ciudad, entre el macizo sobre el que ésta se erigía y la rocosa loma que ellos mismos ocupaban. Las puertas norteñas de la plaza, las que miraban al río, quedaban menos agobiadas, pues los invasores, aun conscientes de su superioridad numérica, no habían querido dispersar fuerzas con un cerco completo, lo que hacía suponer que sólo perseguían causar el mayor daño posible en la ciudad y en los cultivos de sus alrededores, que en algunos puntos dejaban ver el ceniciento efecto de fuegos recientes.

—Nuestra infantería está allí. —Bulgar señaló un cerro boscoso a poco más de media milla a su izquierda—. Casi novecientos guerreros que de momento se limitan a esperar. Yo, entretanto, procuro hostigarles con los pocos jinetes que aquí ves.

—¿Trescientos? —se interesó Recaredo.

—No llegan.

—¿Alguna vez los has empleado juntos en combate? Quiero decir, si el enemigo conoce la fuerza real de tu caballería.

—Creo que no. Las partidas de hostigamiento suelen ser de un centenar de hombres y siempre he mantenido el resto como reserva. Ya sabes, atacar rápido y escapar.

—Bien hecho, Bulgar —aceptó el joven rey—. ¿De cuánta gente dispone el conde Gundemaro?

—Tal vez quinientos guerreros, aunque no sé las bajas que hayan podido sufrir en la pelea que libraron dentro de la ciudad.

Recaredo hizo un recuento mental de sus fuerzas e interrogó a sus nobles con la mirada. Argimundo asintió en silencio.

—En el mejor de los casos, y contando con los hombres de Carcassona, seguimos en inferioridad —expuso Wilya—, aunque no tanta como ellos suponen. Con un buen plan podemos derrotarlos.

Recaredo tenía un buen plan, un plan que se encargó de desarrollar con toda paciencia en los días siguientes a aquel encuentro. De forma gradual y en pequeños grupos, remontando el curso del Atax por su ribera derecha, protegidos por los montes circundantes y con la absoluta prohibición del más mínimo trote para no delatar al enemigo su existencia, los quinientos jinetes que le habían acompañado desde tierras hispanas fueron tomando posiciones en la protegida loma que ocupaba la caballería de Bulgar. Durante ese tiempo, y mientras los casi ochocientos hombres fueron reunidos, los allí acantonados hubieron de conformarse con comer frío o a destiempo, pues para garantizarse la cautela ninguna hoguera más de las que ya

existían antes fue autorizada. Por si las penurias no fuesen suficientes, el cielo quiso intervenir con su inclemencia y la lluvia vistió las tierras de charcos y barrizales que desaconsejaban el inicio de cualquier operación bélica, y hasta los mismos fuegos se negaban a reavivarse en la empapada leña.

No obstante las dificultades, Recaredo se mostraba optimista sobre el resultado final de una batalla que se hacía esperar, hasta el punto de que cuando llegaron los mensajeros de Narbona anunciando que los tres mil guerreros de refuerzo aguardaban sus órdenes en las proximidades de la capital, los envió al este en apoyo del duque Granista, que combatía en territorio más propicio a los francos, ya que su proximidad a la frontera con Burgundia permitía a éstos recibir tropas de refresco con mayores garantías que quienes asediaban Carcassona. Una disposición demasiado prematura, le pareció a Wilya, pues poco importaba esperar unos días más si con aquellas tropas en sus filas se aseguraban la victoria, y tiempo tendrían después de acudir, más fuertes si cabe, en auxilio del duque. Aunque se abstuvo de exponer semejantes reflexiones, sobre todo tras oír los comentarios aprobatorios y tal vez acertados de Bulgar, quien consideraba preferible garantizar que no cayese en manos enemigas una plaza tan importante como Nemausus antes que poner en fuga a una fuerza incapaz de rendir Carcassona durante varias semanas por mucha devastación que pudiera provocar en su comarca. Por otra parte, se jactaba el noble narbonense, la presencia de Recaredo y sus jinetes era más que suficiente para vencer a un ejército muy mermado en su moral por la muerte de sus principales cabecillas.

Las ansias de Bulgar por pelear se vieron satisfechas a los pocos días. Libre por fin de nubes el cielo, impacientes los guerreros por abandonar su incómodo escondrijo, Recaredo dispuso que la mañana siguiente atacarían a los francos y explicó sus proyectos. Pero llegado el momento, no tuvo prisa en dar la orden de combate, sino que esperó a que el sol hubiera acabado de salir para enviar a Bulgar y un centenar largo de sus jinetes al encuentro de los infantes apostados en el cerro próximo, ya dispuestos en formación de batalla, aunque ocultos a los ojos enemigos. El noble, según el consejo recibido, lejos de estimular a sus monturas a un rápido galope, hizo de la marcha un paseo lo suficientemente lento y ostensible como para que fuesen bien advertidos desde las posiciones francas. Y así fue, pues algunos movimientos se apreciaron de inmediato en las filas rivales, que se desplegaron parcialmente en previsión de un posible ataque para regresar de nuevo a su rutina una vez Bulgar y los suyos desaparecieron en las boscosas alturas.

Allí aguardaron varias horas, hasta que el día creció lo bastante como para que el sol alcanzase la mitad del camino hasta su cénit. Entonces, el eco de un cuerno resonó a lo largo del valle y las tropas de Bulgar surgieron de la espesura marchando cuesta abajo, pero no directamente contra el corazón del enemigo, sino hacia la puerta occidental de la ciudad, como si buscasen posiciones más cercanas a los muros con la intención de romper el cerco y sumarse a los defensores, o bien presentar combate allí mismo. Con el noble al frente y su modesta partida de jinetes cubriendo el ala

derecha de los infantes, la más lejana a las murallas, avanzaban muy despacio, y con mucho ruido de tubas, timbales y griterío, para que en Carcassona supieran a ciencia cierta que aquello era realmente el comienzo de una batalla decisiva en su defensa y que debían preparar sus mejores fuerzas para intervenir en ella.

Desde su privilegiado puesto de observación, aquella colina casi gemela a la que poco antes había escondido a las tropas de Bulgar, Wilya intentaba ponerse en la piel de los francos, tal y como le había sugerido Koenraad cuando quisiera jugar contra sí mismo al chaturanga. Y de ser en aquel momento uno de ellos, tenía que concluir que la repentina y estridente aparición de godos que descendía de las lomas, aparte de sorpresa, ningún miedo podía causar. La maniobra de los atacantes resultaba poco favorable a sus propios intereses, tanto porque renunciaban a la ventaja concedida por las alturas como por el momento elegido, porque allí donde querían llegar se verían obligados a librar pelea en llano, en clara inferioridad numérica y deslumhrados por la luz solar. Y si el deseo de aquella turba armada y alborotadora era introducirse como refuerzo en la ciudad, más seguro habría sido hacerlo desde el río por las puertas menos asediadas, sin necesidad de un combate tan desigual como el que estaban a punto de padecer. En su opinión, todo era demasiado simple, y los francos necesariamente tenían que darse cuenta de que se trataba de una trampa.

Los francos, por el contrario, estaban muy lejos de todas esas reflexiones. Ignorantes sin duda de que los visigodos habían recibido refuerzos, consideraron que no podían desperdiciar aquella oportunidad de masacrar a quienes hasta entonces apenas habían conseguido ver las espaldas en baldías persecuciones. Como un solo hombre, y acallando con sus gritos de guerra la algarabía de los recién llegados, abandonaron su campamento para lanzarse en tromba contra ellos con la única prevención de dejar una pequeña partida frente a la entrada principal de la ciudad por si alguien se atrevía a asomar por ella.

A la vista del resultado, y en tanto las fuerzas de Bulgar se disponían en formación cerrada para recibir la embestida y sus arqueros se cebaban en la vanguardia franca, Recaredo hizo desplegar el estandarte azul con el león rojo. Ante la sorpresa de sus amigos al ver allí la enseña real, sonrió por primera vez en mucho tiempo.

—Recordad las palabras de Galmerico —dijo—. En ausencia de mi padre, yo soy él. Allá donde me encuentre estará Leovigildo aunque no se halle presente. Y ahora, vamos a mostrarle a Guntram el castigo que merecen quienes ofenden al reino de los godos. Si albergáis algún sentimiento de compasión hacia ellos, guardadlo para después de la batalla.

Con las gargantas mudas para no hacerse notar antes de lo necesario y la complicidad de un intenso y bien alto sol a sus espaldas, los seiscientos lanceros galoparon hacia el campamento enemigo para alcanzar las instalaciones antes de que sus escasos ocupantes hubiesen tenido ocasión de darse cuenta de lo que sucedía. Mientras el fuego devoraba tiendas y enseres, la partida que había quedado a cargo de

la puerta corría diezmada y despavorida en busca de la lejana protección que pudieran brindarle los suyos. Libre el acceso, nuevos jinetes y un buen número de guerreros de la ciudad se sumaron a las tropas de Recaredo y acometieron con violencia la retaguardia del perplejo ejército franco, que, por un momento, y a la vista del estandarte, creyó estar peleando contra un omnipresente Leovigildo a quien todos hacían muy lejos de aquellas tierras.

No fue un combate prolongado, aunque sí muy cruento, pues, tomados por dos frentes, los hombres de Guntram peleaban bravamente con el único fin de salvar sus vidas. Allí, por primera vez, vio Wilya combatir a Argimundo, y en verdad que lo hacía con la fiereza de un lobo: sus ojos fulgentes ante el peligro, el cuerpo bien firme sobre el caballo primero y sobre la tierra después, sin descomponer nunca su majestuosa figura, como si el manejo de la lanza y la espada en la batalla fuese para él uno de aquellos rutinarios ejercicios en la palestra, y los cuellos rebanados, las cabezas hendidas o los pechos ensartados perteneciesen a espantajos en vez de hombres. Pelear a su lado le provocaba un efecto mágico, la seguridad de sentirse más valeroso, de que las propias fuerzas se multiplicaban y de que le bastaría con su imperfecto brazo izquierdo para tumbar a cien rivales.

Allí conoció también la terrible hacha de doble filo y largo astil que sólo luchadores muy robustos eran capaces de manejar, porque su peso necesitaba de ambos brazos, y tan poderosos al menos como los del herrero Badwila. Enfrentarse a su tajo cara a cara era hallar una muerte cierta, si bien un par de lanceros a caballo podían dar cuenta de su dueño con destreza semejante a la que se empleaba en abatir un jabalí en la cacería. Aunque más aficionados parecían aquellos feroces guerreros a la *segur*, un hacha sencilla y ligera que usaban con especial pericia incluso como arma arrojadiza a modo de dagas o venablos, y con semejante o superior daño. Al igual que los demás hombres entre sus filas, Wilya estaba bien advertido contra el peligro de un arma tan mítica para sus adversarios como lo había sido para los antiguos romanos, quienes la agregaron como símbolo de poder a las fasces, las insignias de sus cónsules. Tanto aquéllos como los francos la llamaban *segur*, pero para los godos, habida cuenta del apego de sus hostiles vecinos por semejante hacha, era más conocida como francisca. Y las franciscas fueron el principal obstáculo que halló el ejército de Recaredo ante Carcassona, pues sus rivales, al contrario que los visigodos, despreciaban el uso del arco, y su caballería era poco diestra y casi insignificante.

Cuando los primeros enemigos lograron zafarse del mortal abrazo y emprendieron la huida, Recaredo hizo aflojar la presión de sus jinetes para permitir la retirada de cuantos francos lo deseasen, de tal forma que en poco tiempo el que fuera ejército sitiador se convirtió en una multitud de desorganizados corredores que buscaba en sotos y lomas un posible auxilio a su derrota. Y mientras duró la luz de aquella radiante jornada del mes de mayo, los guerreros godos se dedicaron a la persecución y escarmiento de los fugitivos a lo largo de muchas millas, y al acopio de

un jugoso botín.

Gundemaro recibió al joven rey con similar regocijo, si no mayor, que el mostrado en su día por Bulgar, y no sólo por haberle ayudado a levantar el asedio de su ciudad, sino por confesada devoción hacia Leovigildo. Corpulento y vivaz, tenía el conde en torno a los cuarenta, aunque su aspecto le hacía parecer más joven y durante el combate se había empleado con la energía de un veinteañero. Sobre su ancho y lechoso rostro, que ofrecía un pómulo tumefacto tras la pelea, el color del cabello eliminaba cualquier duda acerca de su raza, y hasta las cejas eran tan claras que más parecía albino que rubio. Durante la noche que siguió a la batalla, reunidos los nobles en torno al hogar de su anfitrión, más para procurarse unas horas de reposo que por celebrar tan importante victoria, Gundemaro hizo saber que aún quedaban cuentas pendientes con los francos en aquella comarca. Y es que los guerreros de Guntram, lejos de servirse para su incursión de los anchos valles occidentales como venía sucediendo en el pasado, habían irrumpido por tierras norteñas y ocupado posiciones que resultaban cruciales para la defensa de aquella frontera.

—¿No llegaron desde la Aquitania? —se extrañó Recaredo.

—Sí, pero por el norte. Aquitania es tierra de disputa, con sus condes a favor de un rey u otro según interés, fuerza o debilidad de cada cual, pero el duque Desiderius de Tolosa y buena parte de la provincia están ahora con Neustria, y hasta hoy han sido nuestros aliados.

—Una alianza más que precaria tras la muerte de Chilperic.

—Cierto, pero fue Desiderius quien protegió a tu malograda prometida Rigunthis hace apenas unos meses. El paso de las tropas de Guntram por sus tierras habría sido sin duda causa de guerra entre ellos.

—Como lo habría sido contra nosotros de haberlas hollado esta tarde durante la persecución.

—Así es, señor, por eso aconsejé ponerle fin antes de internarnos demasiado en su territorio.

—Pues hacia Tolosa corrían la mayoría de ellos —alegó Wilya—. Allí buscarán refugio.

—Una cosa es entrar en la Narbonense y otra muy distinta salir corriendo de ella —rio el conde—. Escapar por la llanura es más fácil que volver a casa por donde vinieron. Y Desiderius no les negará amparo. Al fin y al cabo, se siente tan franco como ellos.

—Iremos contra esas posiciones del norte que dices —aseguró Recaredo—. Basta con que nos indiques dónde hay que combatir.

—A unas ocho millas, en un estrecho paso entre montañas. Pero yo os acompañaré si me lo permites, porque esa afrenta la tengo como algo personal. Allí cayeron algunos de mis mejores hombres y su dominio me corresponde como conde de Carcassona.

Una semana después de aquel venturoso día, una vez hubieron descansado y

debidamente avitualladas, las tropas de Recaredo y Bulgar cruzaron el Atax para ir en busca de la cadena montañosa que marcaba los límites de la provincia. Enseguida, la marcha suave de las tres primeras millas se hada ascendente para convertirse luego en un lento y fatigoso trayecto por una senda que serpenteaba entre montes amarilleados por la retama y casi desnudos de otra vegetación. Llegados a un pequeño valle que parecía abrirse hacia las alturas.

Gundemaro sugirió acampar, pues se hallaban ya cerca de su destino, y mientras el grueso de las tropas se dedicaba a los menesteres del acantonamiento, una reducida guardia acompañó la larga caminata de los nobles hasta las proximidades de la cima que se alzaba sobre el lugar elegido para la espera.

Bajo las indicaciones del conde, y arrastrándose por la tierra como sigilosos lagartos al cubrir las últimas distancias, Recaredo y sus principales alcanzaron la cumbre para enfrentarse a un espectáculo prodigioso. A sus pies, sobre un descarnado picacho entre desfiladeros, ceñido por dos corrientes de agua llegadas desde tierras septentrionales que allí mismo quedaban unidas en una sola, se alzaba una fortaleza de imponente torre cuadrada que, como un gigante en medio del camino, parecía vigilar el paso de quien osara adentrarse en semejantes parajes. Unas pocas chozas, a cierta distancia de los muros, completaban un escenario de evidente importancia militar.

—Eso es Caput Arietis —susurró Gundemaro para no romper un silencio que tan sólo quebraban los imprevisibles graznidos de los cuervos—. Y aquello es la Montaña Negra.

El conde señaló hacia un gran macizo de color gris verdoso frente a ellos, mucho más al norte. A los pies de aquella masa pétrea, según dijo, y siguiendo las aguas de una corriente que bañaba los pies de la fortaleza por su parte oriental, se abría una senda que comunicaba un rincón de las tierras aquitanas con la provincia narbonense. Tan angosta y valiosa vía, de cuyas riquezas en oro, hierro y cobre se habían aprovechado los antiguos romanos, estaba ya en aquellos lejanos tiempos custodiada por una fortificación que los godos se habían encargado de ampliar a lo largo de los años para asegurarse el control del paso. Por allí se había producido la irrupción de las tropas de Guntram, que acabaron con la resistencia *del* medio centenar de guerreros que integraban la guarnición de Caput Arietis antes de lanzarse contra Carcassona. Y no muchos más de cincuenta o sesenta ocupantes debían de quedar allí en aquel momento a tenor de la actividad que se observaba en sus muros, recorridos por figuras que en la distancia asemejaban negruzcas hormigas verticales.

—Es un lugar difícil, pero somos al menos veinte contra uno —admitió Recaredo una vez en el campamento y reunida en su tienda la asamblea—. Tomaremos la fortaleza.

—La ventaja de los francos era aún mayor —alegó Bulgar— y para ellos significó una sangría.

—Desprovistos de ayuda y tan lejos de los suyos como están —apuntó Wilya—,

es posible que acepten la rendición si se ven asediados por fuerzas tan superiores.

—El duque Granista nos necesita cuanto antes en el este, primo —repuso el joven rey—, así que no podemos permitirnos un asedio prolongado. Si no ceden de inmediato, habrá que asumir el riesgo de un asalto, cueste lo que cueste.

—En territorio tan estrecho bastaría con trescientos o cuatrocientos hombres para asegurar un buen cerco —intervino Argimundo—. El resto puede ir ya a encontrarse con el duque.

—Es una posibilidad —reflexionó Recaredo—. Aunque prefiero irme de aquí bien seguro de que ese paso nos pertenece.

—Tal vez cien guerreros o menos serían suficientes para tomar el recinto en un par de horas —terció Gundemaro ante la sorpresa de todos—. Si es que aceptas, señor, bajo tu techo la presencia de alguien que puede ayudarnos, y me permites luego explicar el plan que he concebido.

—No nos hagas esperar, conde, y preséntanos de inmediato a ese magnífico estratega.

Aclaró Gundemaro, tras dar las órdenes precisas para cumplir el encargo, que no se trataba de ningún estratega, sino de un pastor que rondaba con sus cabras por los alrededores y al que una de las partidas de exploración había capturado mientras ellos visitaban la cumbre. Por cuanto había podido saber antes de ser convocado a asamblea, aquel hombre habitaba en Caput Arietis antes de que los francos ocupasen la plaza, y desde aquel trágico día vagaba con su rebaño en busca de pagos no transitados por el enemigo.

El cabrero impregnó el aire de la tienda de un insoportable hedor a leche agria y excrementos, pero tanto Recaredo como sus acompañantes estaban más interesados en lo que aquel escuálido personaje pudiera contarles que en asuntos protocolarios. Dijo llamarse Caturius, y que, como él, unas pocas de las gentes que habitaban las chozas aledañas a la fortaleza y las grutas cercanas habían escapado hacia las laderas cuando vieron aproximarse a los francos. Por su boca conocieron los detalles del asalto y de la feroz pelea que allí se produjo mientras el grueso del ejército invasor tomaba el camino de Carcassona, y cómo la guarnición había sido exterminada, hasta el punto de que quienes quedaron vivos tras la batalla, fueran combatientes o no, habían sido arrojados desde lo alto de la torre contra los peñascos, donde las alimañas ya habían dado cuenta de sus restos; y entre ellos su propio hermano, que no tuvo la fortuna de escabullirse a tiempo. A preguntas de Recaredo, el pastor aseguró que la plaza estaba ocupada por medio centenar de guerreros a los que tal vez se habían unido unos pocos más, ya que en las últimas jornadas había podido observar dispersos grupos de invasores en retirada que tomaban río arriba en busca de la protección que brindaban las profundas gargantas por donde tiempo atrás habían venido.

—Este hombre conoce tan bien aquel terreno que podría llegar hasta la misma puerta con los ojos cerrados —dijo Gundemaro cuando el cabrero hubo concluido su

relato—. ¿No es cierto?

Caturius asintió con un tímido movimiento de cabeza, y el conde le hizo salir para continuar la reunión.

—Ya hemos visto desde la cima cómo llegar allí —objetó Recaredo una vez el invitado abandonó la tienda—. No necesitamos un guía, ni mucho menos ojos cerrados, sino bien abiertos. ¿Dónde pretendes ir a parar?

—Cualquier asalto exige aproximación, y más si se trata de sitiar una fortaleza tan inaccesible, de modo que los francos tendrán tiempo para prepararse al ver el despliegue y nuestras bajas serán considerables. Pero ahora mismo no saben que ya estamos encima, y su ignorancia es nuestra mayor ventaja. Propongo caer sobre ellos esta misma noche.

La idea de Gundemaro sembró el desconcierto entre los reunidos, aunque sus explicaciones posteriores contribuyeron a aclarar las muchas dudas que semejante plan generaba. Llegada la oscuridad, dijo, y con la decidida ayuda del cabrero, dispuesto a vengar la muerte de su hermano y de no pocos conocidos, habrían de acercarse a la base de la fortificación y aguardar a las horas en que el sueño es más profundo y los guardias menos lúcidos para lanzar su ataque. A Wilya le parecía un proyecto más que aventurado, aunque muy propio del conde de Carcassona, pues a pesar de conocerlo tan poco, ya había podido advertir su buen sentido y su pericia bélica en el hecho de franquear las puertas de su ciudad al enemigo para tenderle una trampa y eliminar a sus cabecillas. Y semejante apreciación sobre la valía de Gundemaro debía de tenerla Recaredo, quien finalmente aceptó la propuesta del asalto nocturno.

Así, con un grupo escogido de guerreros que apenas excedía el medio centenar, regresaron los nobles a aquella cresta que por la mañana había servido de observatorio, y se apostaron en la ladera invisible desde Caput Arietis. Llegada la noche, bajo la tutela de Caturius y amparados por el recato de una luna en avanzado menguante, iniciaron un lentísimo descenso por una senda entre espinosos y crecidos matorrales. Si difícil resultaba moverse cuesta abajo en casi total oscuridad sin turbar aquel silencio de muertos, más lo era para los cuatro hombres encargados del largo tronco que habría de servir para trepar los muros, de modo que cada poco rato se relevaban los porteadores en una maniobra que requería no poca dedicación en tiempo y habilidad. Por fin en el fondo del barranco, un arroyo se interpuso en su marcha, y aunque no era profundo ni caudaloso, el pastor dirigió los pasos del primero al último de los guerreros a través de un vado hasta que todos alcanzaron la base de la gran roca donde se alzaba el reducto, y desde allí, sorteando la nutrida foresta de la ribera, les condujo a una gruta donde quedaron ocultos a la espera del momento propicio.

La caverna era muy profunda, y su acceso bien protegido por la vegetación y a resguardo de cualquier mirada desde la fortaleza, de modo que Caturius permitió encender un par de teas para que al menos pudiesen verse las caras y la estancia entre

tan agrestes paredes resultase algo menos inhóspita. A la luz del fuego, la cueva parecía un lugar tan lóbrego y fantasmal como el cubil de un espíritu maligno, y los guerreros permanecían en silencio o cuchicheaban, más por respetuoso temor que por la exigida cautela para no ser descubiertos. Bulgar, tal vez por quebrar un poco la gélida situación, interpeló al cabrero.

—¿Es ésta la gruta que, según cuentan, comunica Caput Arietis con Carcassona?

—Ocho millas bajo tierra —ironizó Gundemaro—. Imposible, sólo son habladurías.

—No conozco esa gruta que dices, noble Bulgar —repuso Caturius—, aunque los más viejos hablan de ella como cosa cierta. Esta cueva es la que llaman de Salimonda. Os mostraré sus aposentos.

Tomó el pastor uno de los fuegos y se hizo acompañar por los señores al fondo de la cueva, donde una tosca escalinata tallada en la roca conducía hasta un pórtico elevado sobre el nivel en que aguardaban los guerreros. Salvado éste, se accedía a un segundo recinto abovedado con trazas de haber servido como residencia, pues a la trémula luz de la tea se distinguían restos de utensilios esparcidos por el suelo.

—Dicen que este fue en tiempos el hogar de Salimonda, y que para no ser molestada cubría la entrada con un espeso cortinaje de hiedra que nadie era capaz de descorrer sin su permiso.

—Mal dormitorio para una dama —apuntó Recaredo—. ¿O acaso hablas de una de esas singulares mujeres que eligen la soledad para dedicarse a la mortificación?

—Nada más lejos, señor. Ni una cosa ni la otra es Salimonda.

Ante el pasmo de sus notables oyentes, explicó Caturius que Salimonda era una bellísima mujer de cabellos tan largos que llegaban hasta el suelo, aunque su cuerpo era de cabra y a veces solía cubrirlo con pellejos de borrego. Se le veía muy de tarde en tarde, y siempre para anunciar dichas o desgracias, de tal modo que cuando se escuchaba su llanto en las alturas, el invierno se hacía crudo y largo en demasía y el resto del año pobre como pocos, mientras que si ella tocaba alegres tonadas con su flauta de hueso, desaparecían los rigores y las estaciones entregaban lo mejor de su calidez. No había mejor augurio que ver a Salimonda comiendo una manzana, porque en tal caso la cosecha superaba en mucho las de años anteriores y sin duda las de los venideros.

—Un entretenido cuento de pastores —sonrió indulgente Gundemaro—. Tan antiguo y legendario al menos como el del dichoso subterráneo.

—No es leyenda, señor. Yo conozco a más de uno que ha visto a la hechicera con sus propios ojos, y juran que encontrarse con ella pone los pelos de punta. Algunos han muerto pocos días después de tenerla delante. Y todavía hay quien le ofrece corderos en sacrificio para ganar su benevolencia.

—Superstición pagana —rechazó Bulgar, que dejó el grupo para ir a reunirse con los guerreros, aunque la opinión de Recaredo parecía muy distinta a la del noble narbonense.

—Gracias, Caturius, y no sólo por entretener nuestra espera con historias ciertas o fabulosas, sino por al apoyo que nos prestas. —Le mostró un bello objeto oculto bajo la coraza, un dorado collar del que colgaba un águila del mismo precioso metal con pequeñas incrustaciones de ámbar—. Tuyo será cuando ocupemos esas murallas.

—Gracias a ti, señor. Suficiente premio será ver cómo perecen quienes tan mala muerte dieron a los míos.

Tras una larga espera en la gruta, Caturius consideró llegada la hora de ver cumplida su venganza y encabezó la marcha hacia lo alto del roquedal, misión más complicada si cabe que la del descenso, pues la oscuridad parecía haber crecido y era preciso sortear con sumo cuidado las empinadas aristas de un peñasco que apenas contaba con vegetación que pudiese ayudar en el ascenso o proteger de la posible mirada de los centinelas. La única puerta de la fortaleza estaba orientada hacia el sur, y frente a ella, a poco menos de un centenar de pasos, inmóviles y silenciosos, se apostaron los guerreros godos. Mientras, un pequeño grupo integrado por Argimundo, Bulgar y otra media docena de hombres, cargados con el tronco, seguían a Caturius hacia occidente para intentar el asalto por el muro más alejado de la torre y de la pobre iluminación que proyectaban sus ventanas. Ya en la cueva habían debatido largamente sobre si aquel madero dotado de pequeñas muescas a modo de escalones sería suficiente para alcanzar la cima, y en previsión de que se quedase corto fueron designados los más ágiles por si se hacía necesario además trepar por el muro. Y ahora, bajo el mudo acecho de las estrellas, en tanto aguardaba el momento de la pelea, Wilya tenía en su cabeza, como cada uno de los compañeros que se hallaban barriga en tierra a su lado, la duda sobre si los elegidos podrían o no llegar hasta arriba, alcanzar el portón, poner fuera de combate a sus vigilantes y mantenerlo abierto hasta que ellos llegasen.

Todos salieron de dudas al escucharse un grito ahogado seguido del inconfundible sonido metálico de la lucha y, de inmediato, varios confusos alaridos que pretendían ser voces de alarma. Sin que nadie diese la orden, cada miembro de la partida se dirigió hacia la entrada lo más aprisa que permitía la oscuridad. Durante la torpe carrera hubo tropezones, caídas y blasfemias, pero antes de que los guerreros más veloces llegasen al portón, pudieron ver cómo éste se abría para ofrecer a los asaltantes la grisácea luz del interior de la fortaleza. Las tropas de Recaredo irrumpieron como una horda vociferante, arrollando a cuantos enemigos hallaban a su paso, de forma que al poco tiempo el suelo del patio estaba cubierto de cuerpos yertos o gemebundos de ambos bandos. Combatir así era algo absolutamente nuevo para Wilya: desprovisto del caballo, debía someterse a una pelea cercana al cuerpo a cuerpo en la que su maza dejaba de poseer las extraordinarias virtudes que le confería la media distancia. Más aún cuando hubieron de subir a la torre para alcanzar a los últimos resistentes, que retrocedían buscando refugio en sus mal iluminados habitáculos, y el estrecho espacio de las escaleras impedía moverse con el necesario acierto.

Jadeante y empapado en sudor, Wilya culminó los últimos escalones en busca del aire libre, allí donde la torre se convertía en un solar abierto a la tiniebla bajo las estrellas, y entonces dispuso otra vez de holgura suficiente como para que su arma contribuyese a aumentar el número de bajas enemigas. Hasta que un imprevisto demonio surgido de la negrura, un objeto que de reojo pudo identificar como un hacha de doble filo, se abatió sobre él y parte de sí mismo pareció quebrarse, se le doblaron las piernas, y quedó arrodillado en una especie de indeseada plegaria que sólo duró hasta que el cuerpo sin vida de un gigantesco franco le arrastró en su caída contra las losas de la torre. Allí tendido, con el cadáver de su hercúleo atacante abrigándole un rabioso e insoportable dolor, y a lo largo de un tiempo que parecía vagar entre brumas, pudo observar los últimos lances de la victoriosa batalla. Y creyó distinguir a Recaredo empinado sobre el muro dirigiendo a sus hombres en el preciso ritual de arrojar al vacío los cuerpos enemigos, mientras los enajenados gritos de júbilo del cabrero Caturius se confundían con el sonido de una flauta de hueso que culebreaba por los invisibles desfiladeros.

Aunque poco le importaba a él si el ensueño era cierto o no, ni si aquella dulcísima melodía sonaba para anunciar su muerte, un apacible verano, o ambas cosas.

LIBRO IV

(585-589)

Inclina con respeto tu cabeza. Adora lo que incendiaste, quema lo que adoraste.

REMEGIUS, OBISPO DE REIMS,
A CLODWIG, REY DE LOS FRANCOS

Algo parecido a la música intentaba crear el godo Gainas con cuantos objetos llegasen a sus manos, fueran cañas, huesos de fruta o meras ramas con las que golpear cualquier cosa hueca que pudiera producir un sonido distinto a los que gratuitamente ofrecía la sabia naturaleza.

Al contemplar semejante afición en el novicio, concluyó que más le habría valido a aquel arrapiezo sumarse a una de las partidas de cómicos y saltimbanquis que en los buenos tiempos recibía Leovigildo en su palacio que a una retirada comunidad de hombres en busca de severa mortificación. Y cuando elaboró esta última palabra en su pensamiento, no pudo por menos que evocar otra parecida para concluir lo llamativa que resultaba la similitud entre mortificación y muerte.

Tal vez Isidoras, con su extravagante gusto por reunir palabras y estudiarlas como si éstas fuesen seres vivos, podría dar una sesuda explicación a tanta semejanza, pero para él estaba muy claro que venían a representar una misma cosa, como el sol y la luna forman parte inseparable del firmamento. Mortificar el cuerpo era matarlo lentamente, y ése y no otro era el propósito de todo cenobita con sus disciplinas, negando primero los placeres, más tarde las necesidades y sometiendo por último sus pecadoras carnes al rigor de inhumanas penitencias.

Gainas, quizá sin saberlo o bien porque era del todo consciente de la drástica sumisión que le aguardaba una vez llegasen a su destino, parecía rebelarse a ese futuro con el disfrute de su primitiva música. Tan primitiva que en el mejor de los casos apenas tres matices podía conseguir de las pobres chirimías que con notable esfuerzo fabricaba. Y si la música, como decía Koenraad, atemperaba a los animales más bravíos, aquellas bestias que tuviesen la desgracia de escuchar al novicio godo en sus alardes debían de rondar las huellas de su mula más feroces que perros rabiosos. Si en verdad el mundo había sido creado según cierta armonía de los sonidos, aquel muchacho atentaba gravemente contra la obra del Creador, pues era capaz de destruirla con sus agudos silbos y reiterados porrazos.

A pesar de tan notoria ofensa a la creación y a sus dios trino, a Aberius parecía gustarle el rústico arte de su fraterno compañero, y ensayaba a veces torpes bailoteos

al son de golpes y pitidos. Y él, a la vista de semejantes exhibiciones, pensaba si no lo harían por provocarle, por conseguir de su cerrada garganta al menos un grito de protesta, la enfurecida exigencia de que pusieran fin a tan insoportable murga. Pero en peores trances se había visto y no iban a ser aquellos barbilampiños majaderos quienes torciesen su firmeza para sacarle de sus reflexiones y enredarlo en su adolescente y atrevida curiosidad.

Música y muerte, en todo caso, eran una extraña mezcolanza, reflexionaba con las primeras cumbres de los Carpetanus ya a la vista. Una mezcla que él mismo había saboreado bajo la estrellada noche de la Narbonense, una suerte de embrujo sobrenatural que ni siquiera ahora, pasado tanto tiempo, podía explicarse. Aunque sin duda resultaba mucho más grata una muerte entre melodías que la mortificación, pues aquélla zanjaba para siempre todos los pesares, y ésta, por el contrario, los prolongaba a lo largo de una triste vida. Se preguntaba ahora si él mismo no llevaba años mortificándose; no como aquellos risibles monjes que ofrecían sus desdichas para complacencia de incomprensibles dioses, pero sí con parecida voluntad de destrucción.

Decía Gur que cada cual llevaba dentro de sí a su peor enemigo, a su destructor, y que la guerra contra semejante ser sólo terminaba con la muerte. Tal vez estaba en lo cierto el escoto, y él vivía con los ojos cerrados para no mirar de frente al verdadero autor de su tortura.

LAS REDES DE NARBONA

Narbona, verano de 585

El cálido y húmedo viento sureño estremecía los cortinajes del mirador mientras sus ojos escrutaban los tejados de su ciudad natal con una mueca nostálgica y dolorida. En su primera visita desde la infancia, las premuras de la guerra habían impedido a Wilya dedicarle cualquier atención a unos lugares que, aunque casi borrados de su memoria, guardaba como un antiguo tesoro en el corazón. Paradójicamente, había sido la propia guerra la que ahora le mantenía sujeto a ese espacio familiar, añorado y extraño a partes iguales. Sujeto, y también abatido, como si la fatalidad hubiese resuelto que su regreso a los paisajes que le vieron nacer significase también un retorno a la ya conocida maldición de su invalidez. Ni siquiera el negro escudo de Guodan había podido impedirlo, aunque cualquier observador imparcial le acusaría de juzgar los hechos con demasiada severidad, sólo a la luz de sus consecuencias, y no tendría empacho en decir que aquella protección le había salvado al desviar un golpe que buscaba su cabeza, como le habían salvado la cota de malla y el anónimo guerrero que entre la confusión de la lucha liquidó al franco antes de que éste consiguiera rebanarle el cuello con un segundo y definitivo tajo.

Sí, todos decían que debía dar gracias por seguir vivo, a pesar de que el acero le había destrozado la clavícula, adornado el pecho con un nueva matadura y devuelto la amarga y vieja sensación de ser un inútil. Todos le tenían por un hombre afortunado, pero él estaba muy lejos de considerar como un premio aquel aciago regreso al mundo de los tullidos, esa obsesión del destino por cebarse en su brazo izquierdo, primero a través de la mariposa, ahora con el hacha, tan parecida ésta en su forma a aquella otra con sus dos filosas alas abiertas, decididas ambas a poner fin a sus sueños de guerrero.

En nada se asemejaba su última convalecencia en el secreto aposento de Koenraad a la que ahora sufría en las habitaciones del conde Wildigerno. Y no sólo porque la distancia impedía apelar a la sabiduría del ostrogodo, sino porque allí una esperanza, por leve que fuese, sustentaba su ánimo; aquí, por el contrario, el molesto vendaje que le constreñía el brazo contra el pecho y el feo costurón en su carne avalaban el sombrío diagnóstico de los físicos: una milagrosa supervivencia y un aconsejable retiro del ejercicio militar. Ya desde el campamento instalado en las proximidades de Caput Arietis adonde fue conducido para las primeras curas, la opinión de los cirujanos había sido muy negativa, pues si bien la fractura podía considerarse recuperable tras sus doctas manipulaciones y el necesario periodo de reposo hasta el afianzamiento del hueso, la hoja había seccionado parte importante de la musculatura, imprescindible para un posterior restablecimiento de la articulación. Y bastante dichoso debía sentirse, según su criterio, por el hecho de que no hubiese

penetrado un poco más y provocado una hemorragia imposible de frenar.

Tras tan nefasto pronóstico, que le dolía más que las propias lesiones, y como los muchos heridos en el victorioso y sangriento asalto nocturno, había sido trasladado a Narbona en una expedición al mando de Bulgar, mientras Gundemaro reorganizaba las defensas de la reconquistada fortaleza y Recaredo, con Argimundo, se dirigía a unir sus tropas con las del duque Granista. En una despedida de La que su primo quiso alejar cualquier indicio de tristeza, se habían abrazado con parecido afecto al que empleaban tiempo atrás, cuando ninguna duda, ningún recelo, ensombrecía su relación.

—Tenemos muchas cosas por hacer, Wilya. Todos te necesitamos, el reino te necesita, así que no desfallezcas y recupera el brío cuanto antes.

A similar objetivo, el de hacerle recuperar los ánimos y la salud, se había dedicado Bulgar desde el momento en que partieron, hasta el punto de que buena parte del trayecto lo hizo cabalgando junto al carro donde él yacía o directamente a su lado, en el propio transporte, interesándose por su comodidad, respetando en silencio su doliente letargo o entreteniendo sus pocos ratos de lucidez con mil historias acerca de su patria común.

Con la misma deferencia que lo había intentado luego Wildigerno. Y es que el conde, una vez Bulgar dejó a Wilya bajo su protección para ir a reunirse con el ejército que combatía a los francos, poco se parecía a aquel hombre frío y distante que los había recibido antes de que marchasen hacia Carcassona. Por el contrario, puesto al corriente de la identidad de su maltrecho huésped, se había mostrado como el mejor de los anfitriones, aunque tuvo el buen criterio de ahorrarle peroratas hasta que éste superó los primeros días de su necesario reposo.

—No podía imaginar que fueses el hijo de nuestro Liuva —comentó en cuanto tuvo ocasión—. Y mucho menos con ese pelo tan…

—Tan poco godo.

—Tan corto, si perdonas mi ligereza.

—A veces, el bien del reino exige cambios en las costumbres.

—Así ha de ser, si tú lo dices. Quiero que sepas que mi padre combatió a las órdenes del tuyo, y que estoy orgulloso de ello. Él le nombró conde de Narbona, aunque falleció pocos años después de que muriera el rey, y desde entonces intento llevar su título como el mejor de los honores.

—Estoy seguro de que honras la memoria de ambos.

—Gracias, noble Wilya.

—Soy yo quien te está agradecido por el trato que me dispensas, y espero disculpes mi pésimo humor. Nunca imaginé que mi regreso sería tan desafortunado.

—Eso no debe preocuparte ahora. La guerra nos es favorable y vendrán tiempos mejores. Cuando te recuperes un poco podrás darte cuenta de lo que significas para esta ciudad, para la provincia entera.

La frase del conde, tomada por una cortés muestra de ánimo, en nada había

ayudado a Wilya durante su convalecencia, dominada por una lánguida apatía que ni siquiera las muchas atenciones de Wildigerno lograban calmar. Ahora, mientras oteaba indolente los albores del verano a través del ventanal, lo que menos deseaba era el contacto con el mundo, aunque sabía llegado el momento de dar la cara y que, desaparecidas las fiebres y recuperados los andares, no había excusa para seguir mostrándose tan encerrado y huidizo, actitud que a menudo le hacía ver en sí mismo al suevo Eborico durante su; meses de cautiverio en Toletum. La visita anunciada, primera de las que se temía habrían de venir después, era, no obstante, poco apetecible; pero, ausentes los nobles por la guerra, un obispo era el máximo lustre en la ciudad, más si se trataba del metropolitano de la Narbonense, y por él había que comenzar el necesario regreso al mundo de los vivos.

Athaloc, que así se llamaba el prelado, no había cumplido los sesenta según las referencias ofrecidas por Wildigerno cuando le anunció sus deseos de obtener audiencia, aunque su túnica negra, el aspecto macilento y casi caprino de su rostro, y una cojera que le obligaba a arrastrar la pierna derecha, le hacían parecer mucho más viejo.

—Gloria al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo —susurró el obispo al llegar a su altura, antes de dedicarle una devota inclinación de cabeza.

A Wilya le sorprendió tanto el saludo, derogado ya por las disposiciones del sínodo convocado por Leovigildo casi cinco años atrás, como una reverencia que sólo los reyes merecían.

—Gloria al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo —contestó él según el nuevo canon, al tiempo que le ofrecía asiento, y las viandas y el vino dispuestos por los siervos del conde.

—Tan joven y ya docto en matices teológicos —se felicitó el obispo tras un primer y brevísimo trago—. Sé bienvenido a tu patria, hijo de rey. Espero que tu herida sane pronto y puedas hacernos el honor de verte de nuevo en las que fueron y siempre serán tus calles.

—Lo mismo espero yo, cuando los dolores me permitan moverme con un poco más de soltura.

—Tómalo con calma y cuídate de que el hueso se afirme bien, no te pase lo que a mí en la pierna por desoír los consejos de los físicos y los sermones de mi esposa tras una caída del caballo. Y dime, ¿cómo es tu vida en aquellos secarrales? Me han dicho que Toletum es poco más que una rústica aldea fortificada.

Wilya nunca había escuchado semejante descripción de la capital. Cierto que Toletum no podía compararse en extensión ni suntuosidad con otras grandes urbes como Emérita, Hispalis, Tarraco, Corduba o Cesaraugusta, ni siquiera con su ciudad natal, pero eso no le daba derecho a nadie a llamarlo aldea, ni secarrales a sus bien labradas tierras.

—No es Narbona. Los inviernos son mucho más crudos y los veranos no tan dulces y suaves, pero sus hombres crecen fuertes y sus mujeres hermosas. Contra lo

que te hayan contado, Toletum es una ciudad amable donde se puede aprender, ser dichoso, y gobernar el reino. Y cualquier narbonense envidiaría sus cuidadas murallas.

Athaloc aceptó sus palabras con un gesto de extrañeza.

—Mejor te iría aquí con nosotros —dijo—. ¿Nunca has pensado en regresar?

—En Toletum crecí, me hice guerrero y me enseñaron cuanto conozco. Y aquellos paisajes fueron los últimos que vio mi madre.

—La gratitud de los hombres alegra el corazón de Dios. Pero aquí naciste y aquí reposa tu padre, nuestro rey más querido. Ésta es tu patria, una tierra bendecida por el Padre, que nos regala maravillas de toda condición.

Maravillas, tal vez, pero sobre todo fábulas, pensó él. Ya había tenido oportunidad de conocer algunas. Del pastor Caturius la extraña historia de Salimonda, cuya flauta había creído escuchar mientras se debatía entre dar o no el paso más allá de las puertas de la muerte. Y después, durante el trayecto hasta allí, tendido en un incómodo transporte entre febriles pesadillas, por boca de Bulgar. Porque su acompañante le había hablado, por ejemplo, del monte de Alarico, un largo promontorio que, como gigante tumbado sobre la campiña, dominaba parte del camino que les conducía a Narbona y que ya en el apresurado viaje hacia Carcassona los jinetes de Recaredo habían podido divisar sin concederle la necesaria atención.

Le había contado Bulgar que el nombre de aquella montaña venía en recuerdo de Alarico el Joven, pues se suponía que allí habían quedado sepultados algunos de los tesoros del reino tras la derrota ante los francos en Vogladum. Según la creencia de muchos, las riquezas acumuladas por el otro Alarico, el Viejo, tras saquear Roma entre las que se contaban las del templo de Salomón que los romanos habían hecho llevar a la metrópoli imperial, fueron a parar a Tolosa, donde los sucesivos reyes visigodos se habían cuidado de su protección e incremento. En vísperas de la batalla que el joven Alarico iba a librar contra los francos, éste recomendó a su esposa que en caso de derrota, abandonara la ciudad con todos aquellos bienes para buscar refugio en Barcinona. Ella, Teudigota, hija del ostrogodo Teodorico, temerosa de no poder cumplir con éxito tan largo viaje, y tai vez descorazonada por la muerte del rey en la batalla, habría ordenado enterrarlos en aquel monte, donde muchos crédulos los buscaban desde entonces, destripando peñas sin haber podido hallar otra cosa, a lo largo de ochenta años, que sierpes y alacranes.

—Sin duda que son patrañas y todas esas riquezas estarán en Toletum —se excusó el narrador—. Seguro que tú las has visto entre el tesoro real.

Wilya había desengañado a Bulgar con una rotunda negativa. Jamás había visto semejante tesoro, y ni siquiera por las pocas conversaciones escuchadas al respecto podía asegurar que los bienes del reino guardados en la capital fueran los mismos que tiempo atrás pudieran existir en Tolosa. Efectivamente, patraña más que verdad le parecía aquella historia, tan semejante a la del tesoro del antiquísimo Argantonio que otros buscaban en el cauce desecado del Betis.

—De haberlo escondido, creo que sería más al sur, en Rheda —matizó entonces Bulgar, quien quiso explayarse ante su gesto de ignorancia.

Rheda, según el noble narbonense, era una ciudad fuerte, bien amurallada y erguida sobre una cumbre que dominaba uno de los valles del Atax camino de Hispania, aunque alejada de la vía principal. Se decía que en uno de sus antiguos mausoleos había sido enterrado el cuerpo del emperador Constante, hijo de Constantino, asesinado en sus proximidades cuando escapaba hacia tierras hispanas tras ser destronado. Cien años después de aquello, Teodoredo, el rey visigodo que luego derrotó a Atila, deslumbrado por la belleza del lugar y por la benéfica cercanía de aguas curativas, había hecho de ella una residencia real. Y allí habría sido sepultado el rey por sus hijos tras su muerte en la gloriosa batalla contra los hunos, según la creencia de muchos, aunque casi siglo y medio después de estos hechos nadie podía asegurar si todas aquellas cosas eran ciertas o sólo leyendas para ser contadas ante al fuego en las largas noches del invierno.

—Digo yo que de haber tesoros enterrados, mejor entre los muros de Rheda que bajo las peñas perdidas de ese monte. —Y de los ojos saltones de Bulgar habían brotado una especie de chispas al decirlo, centellas que parecían estar hechas más de curiosidad que de codicia.

Ni codicia ni curiosidad, ni siquiera un leve interés, habían despertado en Wilya aquellas historias escuchadas entre fiebre. Y ahora Athaloc pretendía envolverlo en parecidas ficciones.

—Ya me refirió Bulgar algunas de las muchas fantasías que por aquí corren.

—No debes prestarle oídos —aconsejó el obispo—. Es trinitario.

Nada le había hecho sospechar hasta entonces que su reciente amigo perteneciese a la secta romana, aunque ahora comprendía su desmesurada reacción de rechazo en la gruta de Salimonda, al enterarse de que se ofrecían corderos a la hechicera para ganar su benevolencia. No obstante, fuera lo que fuese, Bulgar se había portado como el mejor de los godos en la batalla, y para él había significado un cordial apoyo en tan difícil coyuntura.

—Un buen guerrero no merece desconfianza por ser trinitario —replicó—. ¿O es que nunca oíste hablar de Claudius?

—¿Te refieres al duque de Lusitania?

—A ese me refiero. Es hispano, y tan trinitario como pueda serlo Bulgar, lo que no impide que figure entre los mejores guerreros del reino y sea uno de los hombres más fieles a Leovigildo.

El prelado dio un silencioso manotazo al aire, como si quisiera apartar de entre ambos toda discusión, y su rostro adquirió un particular rictus de severidad.

—Cuando te hablaba de maravillas no me refería a fábulas de campesinos, Wilya, sino a hechos ciertos que te atañen personalmente y sin duda ignoras. —Athaloc hizo una pausa para echar un nuevo trago y comprobar el efecto de tan impenetrable frase en el ánimo de su interlocutor—. Hubo augurios, grandiosos signos en tu nacimiento

—concluyó.

El dejó escapar una carcajada que, interrumpida por el dolor, quedó apenas en una quejumbrosa mueca.

—No debes tomarlo a risa —le reprendió el obispo—. El mismo día en que viste la luz, un cometa, como refulgente espada, apareció cortando el cielo, y allí estuvo durante tu primer año de vida, vistiendo de fuego nuestras noches. Y muchas otras señales fueron vistas pues el sol quedó oscurecido al día siguiente de tu llegada al mundo, y al poco no sólo volvió a aparecer, sino que otros tres soles más lo acompañaban.

Wilya escuchaba boquiabierto la narración de Athaloc, aunque prevenido ante la posibilidad de que una nueva fantasía, a las que tan dados parecían sus compatriotas, se estuviera urdiendo a costa de sus crédulos oídos.

—¿Tú presenciaste tan extraordinarios sucesos? —inquirió receloso.

—Y como yo cientos de personas, muchos de los cuales viven y pueden dar testimonio de que no añado un ápice a la verdad. Como otros pueden atestiguar los maravillosos acontecimientos que hubo, no ya en las alturas sino en nuestra propia ciudad, mientras tú nacías.

Durante las semanas siguientes, en tanto Wilya recuperaba fuerzas y su maltrecho cuerpo parecía responder con cierta garantía a los designios de la voluntad, había recibido con desigual disposición a cuantos interesados en visitarle había anunciado Wildigerno, que no fueron pocos, porque todos allí parecían tratarle como si fuese un héroe resucitado. Y entre ellos los parientes de su madre, quienes le invitaron a conocer las villas y haciendas que tras el fallecimiento de ésta habían pasado a integrar su patrimonio. Pero no estaba para viajes, ni sus deseos puestos en familiares, fincas ni heredades. Su única apetencia era pisar las calles de Narbona y buscar en ellas cuanto pudiese hallar de su pasado, de una infancia que las sorprendentes revelaciones de Athaloc habían convertido en inquietante enigma.

Así, bajo el discreto cuidado de la guardia dispuesta por su anfitrión, había caminado hacia el norte de la ciudad hasta la orilla del Atax, para dejar ir el pensamiento y perderlo en el claro curso de sus aguas frente a la apartada compañía de silenciosas lavanderas. Con el paciente tesón de los pescadores, había buscado recuerdos de sus padres, y de sí mismo chapoteando en aquella fresca transparencia, tal y como Orosia le solía contar años después en Toletum. Mas todo lo que hubiera existido en el pasado, allí se había quedado para siempre, y ninguna memoria fiel de ello, ninguna imagen, podía ser rescatada salvo el aroma de los juncales y el mismo rumor del río que, percibido con los ojos cerrados, parecía ser distinto al de otras aguas, como si tuviese su propia voz o tocase una música que sólo aquella corriente supiera interpretar.

Había elegido después las aglomeraciones en torno al mercado para descender de nuevo a sus entrañas y recorrer aquellas galerías subterráneas que tanto impresionaban su infantil inocencia, ya que las creía parte de una gigantesca ciudad

habitada por seres invisibles. Sólo la magia de su voz podía conjurar en aquel tiempo tan intangibles presencias, aunque lo que había comenzado como un sortilegio contra el temor acabó convirtiéndose en juego al percibir el eco de sus gritos cantarines en los sólidos e interminables muros abovedados. Ahora, como entonces, aquellos descomunales almacenes seguían acopiando ánforas, espuertas y grandes tinas de arcilla con aceite, grano, vino y otros productos necesarios, y si bien el mercado había perdido siglos atrás su viejo esplendor, mientras aquellas galerías estuviesen repletas, la ciudad seguiría viva.

Parecida emoción le produjo la experiencia de buscar la fuente que un día le había mostrado su madre en una de las pocas escenas que, como la de los almacenes del mercado, aunque más antigua que ésta, vibraba con cierta nitidez en sus recuerdos. Le bastó con dejarse llevar por sus pies a través del trazado de las calles, como si ellos conociesen por sí mismos los pasos necesarios para llegar hasta el lugar preciso. Tampoco tenía pérdida, pues se hallaba en una de las plazoletas próximas a la residencia ducal, aquel soberbio edificio cuyas salas y corredores habían presenciado sus primeros balbuceos y carreras.

Allí seguía la fuente, en efecto, al borde de la Via Domitia, la primera calzada construida por los romanos en las Galias para unir Italia con Hispania setecientos años atrás. Poco más al sur, a las afueras, ese camino, ya marchito y desigual por la falta de cuidados, se abría en un nuevo brazo, la llamada Via Aquitania que, tras salvar un puente sobre el Atax, conducía a Carcassona y, ya por tierras de francos, a Tolosa y Burdigala y aun más allá, hasta las costas norteñas del océano. Por allí había cabalgado Wilya semanas antes para combatir a los francos de Burgundia, y ese mismo irregular pavimento le vio regresar herido.

Al inclinarse para ofrecer su boca al fresco chorro que manaba entre las musgosas piedras, le pareció que Orosia protegía otra vez su espalda, que podía ver su sombra y escuchar sus alegres palabras, como la primera vez que había bebido de esa fuente. También ahora quiso creer que descubría en ella el sabor del agua en libertad y no encerrada en vasijas como hasta entonces le había sido servida.

De ahí en adelante prescindió de toda compañía. Ninguna escolta necesitaba para completar su paseo. Wilya había pospuesto voluntariamente esa etapa a pesar de que el deseo le impulsaba a cumplir con ella cuanto antes, pero la caminata bajo el sol le había fatigado en exceso después de tan prolongada inactividad y parecía llegada la hora de esa visita antes de ir en busca del necesario reposo. Con paso decidido, se dirigió al palacio ducal sin hallar en su puerta traba alguna por parte de la guardia, pues sus miembros, una vez supieron quién era y el motivo que le llevaba hasta allí, se prestaron gustosos a servirle de guías. Tras ellos recorrió los patios interiores hasta el oratorio, y allí no necesitó de más indicaciones, porque recordaba muy bien el corto trecho que le separaba de la cripta abierta bajo sus plantas.

Auxiliado por la llama de una antorcha y estremecido por una mezcla de veneración y reverente temor, Wilya descendió los peldaños que llevaban a un

mínimo y gélido recinto donde un único sepulcro, en su centro, rompía la desnudez de la roca. Avanzó unos pasos hasta la tumba, un arca de impoluta caliza cubierta por una espesa losa sin más ornamentos que el escueto epigrama cincelado por los canteros: «Liuva, rey».

Una vez ante su padre, no supo qué decir. Sin pretenderlo, se le antojó estar reviviendo el incomprensible momento de su entierro: la pequeña cripta llena de gente, el sofocante humo negro de los hachones, las solemnes preces de algún clérigo y los brazos de su madre aferrados a su pequeño cuerpo como si temiese que alguien fuera a arrebatarle de su lado. Aquel niño de cinco años no era capaz de comprender cuanto sucedía a su alrededor, como no había entendido por qué su padre no le hablaba ni quería despertar de un sueño tan profundo que parecía provocar un desconocido dolor en todos los demás, ni cuál era la razón de que le acostasen en aquel cofre de piedra sin la menor queja por su parte y le taparan después con una lápida tan pesada que, a pesar de su corpulencia, tal vez no podría levantar una vez despierto.

Tampoco comprendía ahora, casi quince años después de tan dramáticas escenas. El tiempo le había enseñado que la vida y la muerte resultaban inseparables, que eran las dos caras de una misma moneda tal y como creía Erga, el noble metido a monje en Agali, y así había llegado a aceptar la prematura desaparición paterna y la posterior de su madre. Lejos quedaba el dedo caprichoso de los dioses, la creencia de que alguien pudiera dictar el final de los hombres al margen del propio acontecer de una vida incontrolable. Pero enfrentarse a aquel sepulcro significaba para él una nueva dosis de desconcierto. Tal vez todo sería distinto si su visita a la cripta se hubiese producido semanas antes, porque en tal caso le habría bastado con preguntar a su padre qué deseaba de él, por qué su espíritu le perseguía desde la muerte y qué sentido tenía que lo hiciera con apariencia de mariposa. Y esas preguntas, aunque no hubiesen obtenido respuesta, por el simple hecho de ser expresadas en voz alta frente al sagrado lugar donde reposaba el último recuerdo de Liuva, habrían traído quizá un poco de paz a su alma dubitativa. Pero ahora, tras las revelaciones de Athaloc, todo parecía incomprensible. Aún se estremecía al recordar el diálogo sobre los maravillosos hechos acontecidos el día de su nacimiento.

—Esa misma mañana —le había dicho el obispo—, en la iglesia de los Apóstoles donde yo entonces ejercía mi ministerio, aparecieron docenas de mariposas que, tras sobrevolar el presbiterio y con la leve agitación de sus alas, fueron apagando cuantas lamparillas había encendidas en el templo hasta que no quedó más que la veía del altar. Y cuando quisieron hacer lo propio con su sacrosanta luz todas, una tras otra, murieron abrasadas en la llama.

La imagen del cometa y los cuatro soles le había causado no poca sospecha por mucho que el prelado citase a cientos de testigos de tan extraordinarios sucesos, pero escuchar en su boca el episodio de las mariposas le hizo sentirse desnudo de repente, como si aquel desconocido dominara, sin él saberlo, el más íntimo secreto de su vida.

—Todas murieron menos una —aseguró Athaloc—, más crecida que las otras, que llegó tras ellas para extinguir el cirio del santuario entregándonos a la más absoluta oscuridad.

—Te burlas de mí. —Le temblaba la voz cuando expresó su protesta.

—La verdad no es burla, Wilya. Y si extraordinarios son los hechos que te narro, sólo un milagro puede explicar el momento en que sucedieron, pues de todos es sabido que no llegan las mariposas hasta muchos meses después de la Epifanía.

Había quedado mudo de asombro. Mudo y confuso, porque si las palabras de Athaloc respondían a la verdad, la persecución que sufría desde el infausto día de su accidente nada tenía que ver con el espíritu de su padre como auguraba Badwila, puesto que ya cinco años antes de que éste muriera se había manifestado públicamente tan inquietante presagio.

—¿Y qué crees que pueda significar? —había interrogado, temeroso, al obispo.

—He visto tu yelmo, hijo de rey, y la mariposa que adorna su frontis. Dios Nuestro Señor no habla en vano y siempre permite que el tiempo haga su trabajo. Él dirá.

En las noches que siguieron a esa primera visita, influido sin duda por la turbación causada por las confidencias del prelado, Wilya había vuelto a padecer las pesadillas de antaño, aunque a la negrura del pozo y al espanto de su angosto encierro se sumaba ahora el fuego, un fuego devastador que arrasaba el pequeño círculo visible del cielo sobre su cabeza antes de que ella apareciese para ensombrecerlo todo con la bermeja extensión de sus alas. Por regresar un poco a la cordura, quiso creer que Athaloc, con propósitos que escapaban a su comprensión, había inventado aquella historia después de ver la figura de hierro en su casco, pero otros le confirmaron después que algunos de aquellos sucesos gozaban de crédito en la ciudad desde muchos años atrás.

Ahora, ante el lecho eterno de su padre, toda pregunta carecía de sentido y se limitó a susurrar para él una corta e incomprensible oración en lengua goda antes de depositar un beso sobre las frías letras de su nombre. Salió luego a la luz y caminó meditabundo en busca de la salida para regresar cuanto antes al descanso que ya se le hacía imprescindible. Al transitar por uno de los solitarios patios, descubrió un banco de piedra en un llamativo rincón ornado con rosales, zarzamoras y enredaderas que trepaban por el muro hasta las alturas, y decidió tomarse un respiro en la hospitalaria sombra.

Allí sentado, rendido y molesto por los incómodos vendajes que le ceñían, creyó enfrentarse a una imagen antigua, aunque no tan vieja como para pertenecer a los lejanos días en que vivía en ese mismo palacio, pues no era de Narbona sino de Toletum. Al resol del mediodía, y como aquella aciaga tarde al pie del parapeto toletano, entre el pequeño vergel de flores y espinas que tenía delante culebreaba todo un mundo de colores, y las había entre ellas azules y pequeñas, amarillas o medianas, negras y moteadas. Quiso culpar a la debilidad del repentino vértigo que semejante

visión le había provocado, aunque se sobrepuso, dispuesto a afrontar los hechos.

—¿Qué queréis de mí? —musitó.

Pero en el nervioso aleteo de aquellos seres sólo descubrió indiferencia.

—¿No me haréis el favor de responder?

Una de las azules se separó de sus compañeras para revolotear un par de veces a su alrededor antes de volver a su previa ocupación.

—Es posible que no entienda vuestras palabras.

Habría deseado tanto una respuesta… Ni siquiera una bendición como la recibida en su día frente a la Linde Negra. Simplemente una respuesta.

—O que vosotras no comprendáis las mías.

Tal vez no eran más que vulgares mariposas, y la única que podía escucharle no se hallaba presente.

—Decidle a ella que necesito saber —se despidió.

Al incorporarse, quedó paralizado por la presencia de una imprevista figura frente a él. Era una jovencita de quince o dieciséis años de noble porte y vestimenta, largo cabello cobrizo y rostro tan dulce que parecía no pertenecer a las cosas terrenales. En pie, a dos pasos del banco, le contemplaba con una sonrisa en los labios.

—Lamento haber interrumpido la conversación —saludó divertida.

Wilya escapó de allí a toda prisa, sin contestar siquiera por cortesía, avergonzado de que aquellos traviesos ojos verdes hubiesen sido testigos de su flaqueza, de que la notoria demencia que lo poseía empezara a ser por fin asunto público y justificado motivo de burla.

Tal vez en otros tiempos fondearan en esa escollera navíos de todos los rincones conocidos de la tierra, y quizá mereciese los muchos elogios dedicados por Ausonius, aquel poeta cuya obra había podido leer Wilya en Agali, pero el puerto de Narbona en nada se distinguía de los visitados previamente. Si cerraba los ojos, ese olor a salitre, aguas fétidas, basura y pez caliente que inundaba su pecho podía pertenecer a los amarraderos de Valentía o Carthagine, aunque no tanto al de Hispalis merced a la dulce corriente del Betis. Similar también el escenario al de aquellos otros, con sus hombres dedicados al calafateado, a recoser redes, regatear con las prostitutas junto a las tabernas o atender los carros de mercaderes que iban y venían a lo largo del corto camino que enlazaba el embarcadero con la ciudad. Sin duda, hacía muchos años que había dejado de ser el grandioso puerto de épocas pretéritas que cantara el poeta, pero en todo caso era el primero que él había pisado; su inicial, aunque nebuloso, recuerdo del mar. Y cabalgar hasta allí fue su único deseo una vez los físicos eliminaron por fin los vendajes que le ceñían la clavícula.

A pesar de las severas advertencias de unos y de otros en contra de semejante idea, y confiado en la estabilidad que le proporcionaban los estribos, había cubierto en alegre trote y sin apenas molestias la milla y media que separaba su ocasional residencia del borde de las aguas. Aunque no fue un trayecto rápido, pues a cada poco, una vez dejados atrás los últimos edificios, ponía pie a tierra para contemplar a

distancia la desembocadura del Atax en la gran laguna que protegía el muelle del mar abierto o, en el lado opuesto, las playas cubiertas de carrizos y el trabajo de hombres armados de azadas y cedazos que se afanaban en obtener de sus orillas el preciado fruto de la sal. La curiosidad por tan minúsculos detalles le proporcionaba un extraño e íntimo placer que ni él mismo era capaz de explicarse sino por comparación con las semanas perdidas en su convalecencia, un tiempo transcurrido con exasperante lentitud y cuyo abrumador tedio ni siquiera la lectura había sido capaz de paliar.

Por vez primera, leída entre los muros de la residencia de Wildigerno, la historia del asno Lucius se le había antojado vacía de sentido; no porque decayese la inventiva de Apuleius al escribirla, puesto que las sorpresas se producían en cada folio con parecida o mayor intensidad que antes, sino porque él mismo no podía hacerse cómplice de ellas con el necesario humor. Y es que aquellas jornadas, aunque quizá con menor fuerza que cuando era niño, le habían devuelto un viejo amargor a la boca, parecido regusto a desesperanza que el de aquellos negrísimos meses tras el accidente. No era igual que entonces, desde luego, ya que los últimos ocho años le habían brindado la oportunidad de saber que la vida no termina cuando muere un sueño, porque los sueños, más numerosos que los hombres, nunca se extinguen y siempre quedan otros muchos por cumplir. Y en esa idea intentaba consolarse, sin demasiado éxito, pensando que él, al fin y al cabo, había podido culminar durante un tiempo su sueño de guerrero; corto y truncado por la propia guerra, pero al menos parcialmente satisfecho.

Su desgana, esa pérdida de interés, no tanto por la lectura como por los acontecimientos narrados en aquel tomo, le había llevado a reflexionar sobre tan insólito cambio interior, para concluir que el contenido de una obra escrita no dependía solamente de las habilidades retóricas del autor y del interés de lo contado. También intervenía el ánimo de quien pudiera sumergirse en ella en cada momento, de tal modo que el resultado siempre era diferente en cada caso, y sumados los espíritus de autor y lector, la convertían en una obra original creada por ambos. Isidorus opinaba que escribir era una forma de dominar el mundo muy distinta a la de los conquistadores, y que ese dominio no era otro que poner orden en la propia cabeza. Tal vez no le faltaba razón al hispalense, y en ese ejercicio de ordenar su cabeza, de dominar un mundo que de nuevo le mostraba su faz más hostil, el reencuentro con los escenarios de su primera infancia se le hacía tan necesario a Wilya como los ungüentos que los físicos aplicaban a su nueva matadura.

Con el caballo tomado de la brida y el torso desnudo para combatir una canícula que la leve brisa apenas podía mitigar, paseó por los alrededores del puerto hasta adentrarse en las arenas colindantes con la intención de mojar sus botas en aquel mar encerrado y tan calmo que sólo dibujaba ligeras crestas sin espuma. Caminó por la orilla, pateando a veces como un niño travieso el agua que llegaba a saludar sus pasos y borrar sus huellas, siempre en busca de algún recuerdo que no sabía si cierto o sugerido por las posteriores glosas maternas de su tierra natal. Lejos ya del

amarradero, y sin hallar respuesta alguna a su interés, descubrió de frente un par de hombres que, protegidos por la sombra que les proporcionaba el lomo de una pequeña barca, asaban peces sobre las ascuas de una fogata. Eran tan cetrinos como todos los pescadores, y, como todos los pescadores allí, galorromanos.

—¿Aceptáis un tremís por compartir la comida? —dijo, animado por el aroma que llegaba de las brasas.

—Hambriento debes estar si ofreces un tercio de sueldo por tan modesta ración —repuso el mayor de ellos, satisfecho por el generoso precio, al tiempo que le mostraba un jarro asentado entre la arena—. Lo acepto por compartir la bebida. Y, de paso, puedes comer si quieres.

Wilya agradeció la oferta con una sonrisa y un buen trago de aquel vino aguado antes de tomar asiento junto a ellos.

—¿Los francos? —se interesó el otro, señalando la notoria cicatriz sobre el hombro y el cabestrillo en que sujetaba su brazo.

El asintió con la cabeza, la boca ocupada ya en el primer mordisco al pez.

—Tiene buen aspecto —aseguró el primero—. Pronto volverás con las tropas del duque.

—Con las de Recaredo —puntualizó Wilya—. Pero no creo que tenga ya ocasión de combatir. Las noticias hablan de una pronta victoria.

—Eso comentan, y así sea —sentenció el joven.

—Dices que llegaste con Recaredo. Si no tomas a mal mi curiosidad, haznos saber con quién tenemos el honor de compartir estas corvinas.

Al escuchar su nombre, el pescador abandonó la comida sobre las brasas, se cepilló los grasientos labios con el antebrazo y quedó arrodillado frente a él.

—Diablos, señor, permíteme que bese tu mano. Yo serví en las levas de tu padre contra el cerdo de Guntram.

—Gracias en su nombre.

—Ya me las dio él. ¿Es cierto que tampoco ahora ha mostrado la cara ese puerco, que sigue escondido en las tierras de Burgundia, enviando a sus duques y condes contra nosotros?

—Cierto es, y hace bien —apuntó Wilya ante la perplejidad de sus interlocutores.

—No alcanzo a entender el sentido de tus palabras, señor —reaccionó el mayor —. ¿Acaso alabas la cobardía del rey franco?

—De haber combatido contra mi padre y contra ti, ahora no sería más que un montón de huesos.

Los pescadores recibieron con carcajadas la ocurrencia. Sin abandonar su postura genuflexa, el mayor de ellos sentenció:

—Contigo aquí volveremos a ser un gran reino.

—Ya lo somos.

—Sí, pero desde que murió tu padre, el gran Liuva, el rey está demasiado lejos de Narbona. Y el reino nació en las Galias.

—Y cuando él vivía estaba lejos de Emérita o Hispalis. Cuanto más crece un reino, mayores son las distancias de las nuevas ciudades con la capital.

—Por eso repartió con su hermano y él se quedó aquí, en su sitio —terció el más joven.

—Tener dos reyes es un asunto más que complicado, amigo.

—Más complicado parece servir a reyes invisibles —objetó el primero.

Servir a reyes invisibles. Esa idea, expresada de muy distintas formas, parecía prendida en el alma de sus compatriotas hasta el punto de que aquellos hombres la hacían suya con pasmosa naturalidad, como si fuese comidilla cotidiana entre las gentes más humildes, y no sólo entre la nobleza goda. Su tío Leovigildo era un desconocido en la provincia, como lo habían sido antes Atanagildo y el derrocado Agila. Resultaba gratificante comprobar la veneración que todos parecían guardar hacia su padre y el deseo de perpetuar su recuerdo como monarca, pero el reino ya no era el que Eurico o Teodoredo habían gobernado muchos años antes desde aquellas tierras, y ahora la Narbonense significaba apenas una quinta parte de él; la más antigua, sí, pero simplemente una parte.

Semejantes comentarios venían a remachar, como el martillo en la fragua, el contenido de otras recientes conversaciones mantenidas en privado con Wildigerno o Athaloc, y especialmente la última, la más explícita, que había reunido a los tres. Y es que ambos, aunque en grado distinto, parecían obcecados en regresar al viejo sistema de doble monarquía establecido por Liuva, convencidos de que la presencia real se hacía imprescindible en Narbona, tanto por los méritos que la historia les otorgaba frente a las demás provincias como por la fronteriza amenaza de los insaciables reinos francos.

—Ése era el deseo de Leovigildo —había alegado Wilya ante sus razonamientos —. Recaredo en el norte, Hermenegildo en el sur, como mi padre había hecho con él.

—Mal plan era confiar en un traidor. —El conde mostraba un juicio inflexible sobre los acontecimientos derivados de la guerra civil, un dictamen no muy distinto a los que se habían escuchado en Toletum, aunque expresado ahora sin los tapujos propios de la corte.

—La ambición de Hermenegildo acabó con esa esperanza —hubo de admitir.

—El primogénito tenía que haber sido decalvado y amputada su mano diestra. O, al menos, tonsurado y convertido en clérigo. Su padre no le cerró las puertas, a pesar de la incertidumbre y las penurias que su delito trajo al reino.

—Ya lo pagó con la vida.

—Lo que pagó con la vida fue su porfía en la traición, porque la primera quedó prácticamente impune.

—Ningún noble le habría apoyado después del destierro —quiso excusar la paternal debilidad de su tío.

—Ya no tiene sentido discutirlo. —El obispo se mostraba como un hombre apegado a la realidad, poco proclive a especulaciones—. Quédese el pasado allí

donde está y miremos al futuro.

—Sabias palabras —hubo de admitir él—. Y el único futuro posible es Recaredo, con suficientes méritos para que la asamblea le ratifique cuando Leovigildo nos deje.

—¿Estás seguro? Aunque, la verdad, ya actúa como si su padre fuese un frío cadáver. —Era evidente que a Wildigerno parecía provocarle sarpullidos el simple hecho de escuchar ese nombre, y Wilya había pasado por alto tan grave menosprecio.

—Sí que lo estoy, como estoy seguro de que será un gran rey.

—¿Y por qué renunciar al proyecto de Leovigildo?

—No hay más hermanos.

—Ni falta que hacen hermanos. Tú eres tan hijo de rey como Recaredo, y vástago además de nuestras tierras. Toda la Narbonense te aclamará con un simple gesto de tu parte.

Las palabras del conde lo habían desconcertado. Aunque sólo fue un instante de confusión, hasta que una sangre caliente e indignada le percutió en las sienes y se sintió capaz de hilar de nuevo sus ideas. Wildigerno, y no sin motivos, había tratado con extrema severidad a su primo traidor para después situarse él mismo en el corazón de una deslealtad tan despreciable como la que acababa de condenar. Y ese hecho, que se imponía al indudable halago de la propuesta recibida, invitaba a formular una respuesta contundente. Se contuvo Wilya, sin embargo, como si un desconocido consejero interior le previniese de repente sobre la inconveniencia de dar cualquier paso antes de conocer bien el terreno que pisaba, y trató de expresar su disconformidad con argumentos.

—Poco tiene que ver mi origen. Siempre, desde los más antiguos, es la asamblea y no la sangre la que elige a nuestros reyes. ¿O acaso la cercanía de los francos os está envenenando con sus peores costumbres?

Wildigerno había reaccionado de buen humor ante su invectiva:

—Nadie puede reprocharnos que Liuva y su recuerdo sigan vivos entre nosotros —dijo—. Ni que, al menos por esta vez, confiemos en que tan excelente sangre pueda perpetuarse en el trono a través de su hijo.

—Pretendes sentar a un lisiado en el escabel vacío de mi padre. —No quiso ocultar un deje de acidez en su rechazo.

—¿A un lisiado, dices? No, a un noble herido en combate que ganó fama en Carcassona y Caput Arietis. Y en otras muchas batallas contra el traidor en tierras hispanas, como todos saben.

Wilya ni siquiera se había molestado en aclarar que ya era casi un tullido mucho antes de todas aquellas batallas. Estaba seguro de que tenían que conocer de sobra su defecto y el cruel apodo que le acompañaba desde años atrás. Además, el conde, que parecía hablar no sólo en nombre propio, apenas prestaba atención a sus alegaciones.

—Sabemos de tu lealtad —aseguró Wildigerno—, y no debes tomar esta propuesta como una ofensa contra ella, sino como una sincera sugerencia que pronto llegará a oídos del rey para su consideración.

—Es muy halagador lo que dices, pero será la sangre de Leovigildo la que mañana ocupe el trono, no la de mi padre.

—Me parece justo que así se nos presente el mañana —había sentenciado el obispo Athaloc desde su discreto segundo plano—. Pero ¿quién sabe lo que el Omnipotente tiene dispuesto para pasado mañana?

Tan escurridiza y enigmática como la reflexión del metropolitano fue su respuesta al pescador cuando éste, con un brillo inquieto y esperanzado en sus oscuras pupilas, le inquirió sobre sus proyectos:

—Esta es tu patria, señor. ¿Te quedarás entre nosotros?

En las últimas fechas del verano llegaron a Narbona excelentes noticias desde las lejanas tierras galaicas. Tras una devastadora campaña, decían los mensajes, Leovigildo había derrotado a los suevos, y tanto Bracara como las más importantes ciudades antes enemigas estaban bajo su autoridad. Para el usurpador Audeca, el rey había decidido igual destino que éste decretó contra el depuesto Eborico, de modo que, tonsurada su cabeza, bien rasurada su barba y consagrado diácono, rumiaba su derrota bajo humildes hábitos en un monasterio donde habría de pasar el resto de sus días. La victoria había ofrecido, además, y sin pretenderlo, un castigo ejemplar para Guntram, aliado de los suevos, pues buena parte de su flota cantábrica, amarrada en Portucale, se pudría en el fondo de las aguas tras el saqueo y el fuego de los godos. No paraban ahí las buenas nuevas, ya que Leovigildo, dispuesto a acabar para siempre con las intrigas en aquellos pagos, había resuelto sumarlos al reino, y así, lo que durante casi dos siglos se tuvo por patria de los suevos, era ahora, con el nombre de Galecia que dieron los romanos, la sexta provincia del reino. Restablecida la libertad para el culto de la fe goda que los reyes locales habían proscrito durante decenios, y con el tesoro de los vencidos a buen recaudo en sus carros y a lomos de sus acémilas, Leovigildo, una vez más victorioso, regresaba a Toletum.

Tan extraordinarias nuevas, aderezadas por cuantas fantasías posteriores quisieran añadir los viajeros y mercaderes que pasaban por la ciudad, vinieron a sumarse a las que llegaban del cercano frente de batalla, que no eran menos halagüeñas. Y es que, tras incontables amagos y escaramuzas en la comarca de Nemausus, las tropas de Recaredo habían por fin librado combate abierto contra los invasores, robustecidos éstos con refuerzos enviados por Guntram desde el otro lado de la frontera. Un combate, a decir de los testigos, tan brutal como lo había sido el de Carcassona, aunque ahora con fuerzas mucho más numerosas en el campo, y con una victoria tan aplastante para los godos como la que allí se obtuvo. Pero esta vez Recaredo no se había contentado con ver correr a sus enemigos, y la persecución de ese ejército deshecho y temeroso lo llevó hasta tierras francas, hasta los muros de Urgernum, ciudad a los pies de un cerro lamido por el Rhodanus, que el hijo del rey había tomado sin mayores resistencias mientras los derrotados buscaban protección al otro lado del río. Recaredo, con su valor y pericia, había descuartizado al ejército invasor y humillado a Guntram al incrementar la extensión de la Narbonense con los

territorios arrebatados al rey franco.

Como era de presumir, el regreso de los vencedores fue un acontecimiento, y toda Narbona salió a las calles para recibir a los expedicionarios con el entusiasmo que su hazaña merecía. Encabezada por el propio Recaredo con Granista y Gundemaro a sus flancos, Argimundo y Bulgar detrás, la comitiva hubo de detenerse numerosas veces antes de llegar a su destino, pues la reducida guarnición que había quedado bajo las órdenes de Wildigerno apenas podía contener el hervidero de gentes que ocupaban la plaza del mercado frente a la fortaleza ducal.

Aquella tarde, bajo un sol ya declinante y nimbos que repartían por el cielo caprichosos brochazos de color malva, Wilya supo que veía por primera vez a su primo como un auténtico rey; tal era su majestad, su aplomo sobre el caballo, la augusta serenidad con que su mirada se esparcía sobre la multitud, la medida sonrisa que sus labios dedicaban al mundo alrededor. Más allá de cualquier idea que al respecto pudiera haberse creado en su imaginación, aquel caluroso atardecer corroboraba, mediante esos insobornables testigos que son los ojos, que Recaredo, y sólo él, habría de ser el futuro rey de los godos. Ya lo parecía, como gustaba decir el conde de Narbona cada vez que ese nombre afloraba a su lengua para convertirla de repente en maliciosa sierpe. Sí, Recaredo no sólo lo parecía, sino que ya era rey; desde luego lo era para sí mismo, para ese corazón que latía contenido bajo la malla al escuchar los vítores en su honor, como lo era también en el corazón de muchos en el reino y en el suyo propio, admitió Wilya esa tarde con limpia alegría.

Tras las formalidades ante la residencia del duque, donde Wildigerno y el obispo Athaloc hicieron los honores de la bienvenida, Recaredo vino a fundirse con su primo en un sólido abrazo. Observó luego el cabestrillo que le sostenía el apéndice herido y, sin aguardar palabras por su parte, aseguró:

—Te veo muy bien. Pronto volverás al combate.

A Granista le faltaban dos dedos de la mano izquierda, y una sinuosa cicatriz nacida en la frente le recorría la cara de arriba abajo, de tal modo que una de sus cejas parecía un profundo desfiladero entre montañas peludas. Tan llamativa estampa era resultado de la anterior guerra contra los francos, cuando servía a las órdenes de Liuva y el ahora duque detuvo con su mano el filo de una espada que buscaba el gaznate real. Quién sabe si el valeroso gesto, amén de mutilaciones y cicatrices, le valió después ocupar cargo tan destacado y la morada misma de su fallecido señor. Por lo demás, Granista, con los cincuenta ya cumplidos, se mostraba como un hombre campechano y alejado de toda formalidad, cuya tupidísima barba trigueña parecía querer compensar una calvicie más que incipiente. Tras un aparatoso y efusivo abrazo, de inmediato se ofreció a Wilya para cuanto necesitara, y le sugirió que ordenase cuanto antes el traslado de sus pertenencias para convertirse en su huésped, como lo eran Recaredo y Argimundo.

—El hijo de Liuva debe estar en su casa —dijo, tomándole con sorprendente familiaridad del hombro sano—. Recaredo quiere celebrar mañana la victoria de su

padre, que ha engrandecido el reino con una nueva provincia, y la suya propia, que ha hecho engordar la Narbonense. Y me honrarías si te acomodas aquí antes de la fiesta.

Pocas palabras más hubo aquel día. Los guerreros llegaban muy fatigados y se retiraron a dormir apenas se puso el sol y casi sin probar bocado. La mañana siguiente, tras agradecer a Wildigerno las atenciones que le había dispensado durante las interminables jornadas de convalecencia, Wilya se presentó en palacio, donde el propio duque, más afectuoso si cabe que en la víspera, se dedicó a mostrarle todo tipo de detalles a su paso; siempre con la curiosidad por saber si recordaba alguno de sus primeros años entre aquellos muros, y siempre con la misma negativa por su parte. Y es que no recordaba absolutamente nada, como si del tiempo allí vivido sólo pudiese recuperar, al margen del lejano rostro de sus padres, alguna leve sensación imposible de convertir en palabras, poco más sólida que el esbozo de un aroma.

Llegaron por fin a una alcoba, la que habría de ser su aposento de ahí en adelante. Era una sala grande, limpia y luminosa, con muebles caros y ricas colgaduras en las paredes, y cuyo ventanal dejaba ver al fondo, lejana sobre los edificios colindantes, la ancha línea del mar.

—Aquí naciste.

Los ojos de Wilya corretearon por aquel espacio tan desconocido y, al parecer, tan personal.

—Era la habitación de tu madre —explicó el duque—. Luego la usó mi esposa hasta su muerte. No pudo disfrutarla más que cuatro o cinco años, la pobre. Espero que sea de tu gusto.

Granista se extendió en consideraciones sobre los viejos tiempos, cuando Liuva vivía, y en tan elogiosas frases, Wilya creyó adivinar la cadencia de una música ya conocida y escuchada por todas partes en aquella ciudad.

—Todo el mundo sabe lo que hiciste por mi padre —dijo, en un intento de zanjar lo que imaginaba iba a venir después.

—La mano entera y el mismo cuello habría dado con gusto.

—Como los darías por Leovigildo —apuntó él, como quien lanza un anzuelo al agua.

—No lo dudes.

Un funcionario interrumpió el diálogo para anunciar que había llegado el equipaje del nuevo huésped. Tras obtener el correspondiente permiso por parte del duque, un grupo de siervos dispuso con rapidez los enseres en los lugares adecuados. Granista, al observar el libro que habían dejado sobre la mesa junto al ventanal, tomó entre sus manos la obra de Apuleius y, tras curiosear por encima su contenido, dedicó a su dueño una abierta sonrisa.

—Digno hijo de tu padre —sentenció antes de dejarle a solas—. Cada cosa que conozco de ti me satisface más que la anterior.

Lo que más satisfacía a Wilya era volver a reunirse con sus amigos y comprobar que se encontraban bien, que ningún percance grave habían sufrido durante los meses

de guerra que hubo de perderse. Aunque apenas unas pocas palabras pudo intercambiar con ellos durante la jornada, pues Recaredo pasó casi todo el día encerrado resolviendo asuntos con Granista, Wildigerno, Gundemaro, el obispo Athaloc y otros nobles de la provincia llegados hasta la ciudad para participar en la anunciada celebración. En cuanto a Bulgar y Argimundo, parecían haber hecho buenas migas, y desde primeras horas de la mañana habían desaparecido de allí en busca de quién sabe qué extrañas fábulas bajo la tutela del narbonense.

En la fiesta, por el contrario, no faltaba nadie. A media tarde, el gran salón rebosaba de gente desconocida y junto a Recaredo y Argimundo, como invitados de honor, hubo de someterse a un protocolario y cansino preámbulo de presentaciones a cargo del duque frente a una larga hilera de invitados que desfilaban ante sus ojos, y cuyos nombres olvidaba a medida que dejaban paso al siguiente. Tras los nobles llegaron los señores y altos funcionarios, entre los que había tanto godos como galorromanos, y por fin una decena de mujeres de muy diferentes edades, que representaban la parentela más cercana a la nobleza provincial.

De repente, el gesto de Wilya, que hasta entonces sobrellevaba con solvencia el mortal aburrimiento de las salutaciones, quedó congelado. Entre aquellas primeras mujeres que se aproximaban descubrió un rostro, una figura conocida, y a partir de ese momento la monótona voz de Granista se convirtió para él en objeto del máximo interés. El duque presentó a Edelina, su hija mayor, una joven muy hermosa de ondulado cabello pajizo, ojos celestes y edad parecida a la de Wilya, toda una mujer que al encontrarse frente a sus ojos rindió los suyos con un notorio rubor en las mejillas. Y detrás de ella llegó la otra, la que había paralizado su pulso. Era Alathea, la segunda hija de Granista, aquella jovencita que una mañana le sorprendió en su demencial diálogo con las mariposas. Ahora, al tenerla enfrente, apenas a un paso, la sensación de recelo ante tan perturbador testigo de sus desvaríos se había acrecentado hasta la incomodidad, aunque ligeramente empañada por una especie de agridulce embrujo. Y es que Alathea parecía tener un brillante juego de abalorios en los ojos, un repiqueteo de timbales en los pechos, el color de los claveles silvestres en la voz. Y olía a hierbabuena. Wilya se sintió indefenso, y de nuevo, como la primera vez, retiró su mirada de aquella sonrisa indeleble, si bien ahora con el necesario disimulo para no mostrarse grosero.

Por fortuna, enseguida comenzó el agasajo, y el vino, las viandas y el alboroto de las conversaciones ocuparon en su cabeza el espacio que pudiera haber dedicado a cualquier otra inquietud. Su primo estaba eufórico, y compartía tanto con él como con sus recientes compañeros de armas anécdotas y pareceres respecto a la campaña felizmente cerrada.

—Guntram ha recibido una buena lección —aseveraba entre tragos y risas—. No creo que le queden arrestos para volver a poner sus ojos en la provincia.

—Bastante tiene ahora con arreglar su propia casa —apuntó Wildigerno, que parecía haber olvidado por un rato sus resquemores personales para participar de

buen grado del júbilo de Recaredo—. Fredegundis no le deja dormir.

Ante la curiosidad de todos por tan misteriosa aseveración, el conde de Narbona demostró que sus informadores se ganaban bien el salario y, sin ocultar cierta jactancia por ello, pasó a referir cómo la viuda de Chilperic de Neustria había consumado el asesinato de un obispo contrario a sus abusos, un tal Pretextatus, que en su agonía aún tuvo tiempo de maldecir el nombre de su ejecutora. No paraban ahí las fechorías de la reina madre, pues merced a un brebaje preparado con absenta, vino y miel, también había puesto fin a la vida de un noble que la acusaba de la muerte de dicho prelado. Según las noticias recibidas por Wildigerno, Guntram había amenazado con invadir y apoderarse del reino si los responsables de tales crímenes no eran castigados de inmediato, aunque bien sabía el viejo zorro que todos los indicios apuntaban a su peligrosa cuñada.

—Los francos asesinan a reyes, herederos, nobles y hasta obispos, y se atreven a acusarnos de impiedad —sentenció Gundemaro—. De buena suegra te has librado, Recaredo.

Una estruendosa risotada coreó la última frase del conde de Carcassona, y el aludido celebró con parecidas ganas la ocurrencia. Y ese mismo aire desenfadado reinó a lo largo de una fiesta que se prolongó durante horas, hasta que, en lento goteo, algunos de los asistentes fueron excusando su presencia. Primero lo hicieron las mujeres, acomodadas juntas en uno de los extremos del salón y que, como si cumpliesen con un sagrado precepto, desfilaron una tras otra ante la mesa principal para presentar sus respetos antes de desaparecer. Tras ellas, los más añosos o necesitados de descanso, funcionarios con obligaciones o señores tambaleantes de vino, hasta que el gran salón se convirtió en un espacio casi vado donde los trasnochadores se resistían a abandonar la charla y la bebida, cambiando de grupo según el interés que dictase la juerga.

Recaredo se había ido a dormir, como Gundemaro, Bulgar y Wildigerno. Argimundo roncaba sobre una mesa, mientras otros lo hacían tirados en los bancos o directamente sobre el heno del suelo, entre los hocicos de los perros que husmeaban en busca de algo que llevarse a las tripas. Wilya, bastante cargado de vino, ya había hecho dos intentos de retirada cortados en seco por las apelaciones de Granista a honrar su hospitalidad. El duque narbonense bebía como pocos, pero los licores, por espesos o alegres que fuesen, no hacían mella en su lucidez ni en su lengua. El obispo Athaloc, por el contrario, había mostrado una especial frugalidad y asistía a la charla con un peso en los párpados del que sólo el sueño era responsable.

—¿Por qué no tomas a Edelina por esposa? —le dijo de improviso el duque, con aire confidente.

—Me halaga tu oferta, señor —repuso él entre balbuceos—, pero aún me veo verde para el matrimonio.

—Tonterías, el propio matrimonio madura a los hombres. Y no es porque sea mi hija, pero es una hermosísima mujer que acaba de cumplir veinte años.

—Lo es, duque. Mis ojos lo atestiguan.

—Una edad perfecta para dar hijos.

—Estoy seguro de ello.

—No vayas a creer que es una ocurrencia repentina fruto de la bebida. —Y al decirlo, la mitad de su ceja rota se elevaba sobre la otra mitad en un ángulo inverosímil—. Desde que supe que habías vuelto, he tenido tiempo de considerar la idea, y se ha fortalecido al conocerte.

Wilya correspondió al elogio de Granista con unas templadas palabras de gratitud que no significasen compromiso alguno. Pero el duque no se daba por vencido:

—La unión que te propongo sería muy beneficiosa para ambos y sobre todo, para nuestra patria. Parece justo que la semilla de Liuva, a través de la tuya, fructifique de nuevo entre nosotros y no en vientres forasteros.

—Vas demasiado deprisa, señor. —Le empezaba a irritar tanta insistencia en las supuestas virtudes de su sangre—. Aún no existe ese rey que todos deseáis para Narbona y ya le estás buscando descendencia.

El duque le devolvió una carcajada que sonaba sin dobleces.

—Cierto, cierto, pero lo habrá, y serás tú. Leovigildo no podrá negarse.

—Tal vez le agrade más Alathea —murmuró el obispo sin abrir los párpados, y Wilya sintió un escalofrío en la espalda al escuchar ese nombre.

—Si así fuera, tómala —aceptó Granista—, que igual de feliz me harás desposando a una que a la otra.

—Tus dos hijas son muy bellas, duque, y no lo digo como cumplido, pero por ahora no entra en mis planes ninguna boda. Lo único que necesito es dormir.

Había bebido demasiado, y sin el auxilio de un siervo provisto de una tea nunca habría llegado hasta su nueva alcoba. Una vez en la puerta, y dotado también de la necesaria luz, Wilya despidió al guía, franqueó la entrada y se dispuso a dejarse caer sobre el lecho sin más preámbulos. Se había desprendido ya de su cabestrillo y aseguraba el hachón en uno de los candeleros de la pared, cuando la propia luz reveló una sombra a sus espaldas que le hizo girarse y echar mano a la daga que llevaba al cinto. Su sobresalto quedó de inmediato trocado en desconcierto al distinguir en la penumbra el origen de su alarma. Sentada en el tálamo estaba Edelina, la mayor de las hijas de Granista, que le miraba fijamente, ahora sin rubor ninguno. Y si inexplicable era aquella presencia en lugar tan impropio, mayor fue la sorpresa cuando ella encendió a su vez una pequeña palmatoria que había junto a la cabecera de la cama y se puso en pie.

Edelina sólo cubría su cuerpo con un camisón de lino, y tan sutil que, al trasluz, dejaba ver sus intimidades con tal nitidez que aquella prenda se antojaba inútil. Su padre tenía razón al juzgarla. Era una mujer muy hermosa, con firmes pechos que en su aparente dureza sobre el tejido se anunciaban cálidos y maleables, unas caderas de seda y un vientre redondeado donde cualquier hombre podría creerse rey del mundo al menos durante el tiempo que durase su periplo sobre tan divinos contornos.

La joven avanzó unos pasos hacia él para detenerse a la altura de su respiración contenida por el asombro, y una vez allí se sujetó el pelo a la nuca para dejar bien a la vista un cuello perfecto, unos placenteros hombros perfumados con agua de rosas. Sin pronunciar palabra, recorrió luego con los labios y la punta de la lengua el cuello de Wilya, la oreja, la superficie arisca de su barba, hasta posársele en las comisuras de la boca y juguetear en ellas con ardorosa precisión. Y en el momento en que los labios de ambos quedaron fundidos en húmedo y mullido mordisco, los dedos de Edelina se le deslizaron como veloces ratones por la entrepierna para apoderarse de un músculo que no necesitaba de caricias, pues había crecido ya casi hasta su límite sin necesidad de ayudas.

Luego le tomó de la mano y, lentamente, sin abandonar la tórrida tarea que la mantenía ocupada en su excitada piel, lo condujo hasta el borde del lecho donde se deshizo por fin de la innecesaria prenda y permitió que el macho contemplase el paisaje en plenitud. Sentada de nuevo en el tálamo, le ayudó a desprenderse de sus calzones al tiempo que repetía el mismo ritual de labios y lengua, aunque ahora sin ninguna intención de explorar mucho más arriba del ombligo.

Cuando ella se tendió para atraerle sobre su desnudez, Wilya se sentía encendido como nunca lo había estado, y en su interior la sorpresa había dejado paso a la deliciosa e implacable llamada de la naturaleza. Y aunque la misma naturaleza le empujaba a consumar cuanto antes su salvaje deseo, decidió disfrutar un poco más de aquel inesperado regalo de los cielos, y así, jugueteó con su sexo sobre los labios de Edelina, besuqueó aquellos pezones tersos y firmes como cerezas, investigó con caricias cada una de sus oquedades, mordisqueó sus nalgas y confinó la cabeza entre sus muslos. Ella, que parecía más encendida que él mismo, reclamaba con férvidos susurros una pronta posesión. Dispuesto a dar cumplimiento al común deseo, y cuando su entusiasta ariete invadía apenas los suavísimos y húmedos labios del portón femenino, un relámpago cruzó su cabeza y le hizo retroceder, como si en aquel baluarte que estaba a punto de tomar le esperase una lluvia de hirviente aceite que habría de convertirlo en amasijo de carne frita.

Sí, había bebido demasiado, pero todavía conservaba la memoria, y en el preciso instante en que se disponía a iniciar el primer empellón de la deliciosa danza de la cópula, las palabras de Granista le repiquetearon en la cabeza como pedrisco. La semilla de Liuva, eso era lo que aquella seductora hermosura buscaba, probablemente con el beneplácito de su propio padre.

—¿Qué te pasa? —dijo ella al ver que se retiraba.

—Nada. Márchate de aquí.

Edelina intentó atraparlo de nuevo con caricias, iniciando con su boca los juegos que parecían gustarle y que ella había abortado con su impaciencia. Pero Wilya volvió a vestirse, a duras penas, pues su sexo no había menguado a pesar de la renuncia. Cuando ella se convenció de que ninguna de sus carantoñas sería capaz de vencer la resistencia que se le había declarado enfrente, se acomodó de nuevo el

camisón y, con unos ojos que parecían lanzar venablos, le espetó:

—Manoseca te llaman, pero no es sólo tu mano lo que defrauda. Te falta categoría de hombre entre las piernas. No eres más que un feo y grotesco tullido.

Altiva y apresurada, se encaminó a la puerta, aunque todavía se detuvo en el umbral y, sin dedicarle mayor atención, dio una palmada seca y enérgica. Ante el pasmo de Wilya, dos sirvientas salieron de detrás de unos cortinajes junto al lecho para seguir los pasos de su ama y cubrirla con un largo manto antes de que las tres abandonasen la alcoba y se perdieran en la profunda noche de aquellos corredores.

Aparte de insignificantes escaramuzas que servían para saciar un poco la animosidad entre enemigos, y a la espera de que Guntram aceptase las exigencias impuestas por Recaredo para sellar la paz, pasó el otoño sin grandes novedades ni sobresaltos en la provincia. Todos sabían que era una paz muy improbable, y más después de conocerse la inesperada muerte de Ingundis, porque la nieta de Goswinta era también sobrina del rey de Burgundia. Por las confusas noticias que llegaban a Narbona, la viuda de Hermenegildo, capturada tras su intento de fuga, había fallecido en algún lugar de Sicilia durante una de las escalas de su viaje a Constantinopolis, adonde el emperador Mauricio había ordenado conducirla con su hijo. Nada se sabía del pequeño Atanagildo, excepto que allí donde se hallase servía como valioso rehén ante la corte de Austrasia, cuyo rey Hildebert ya se había visto obligado meses atrás a hacer la guerra a los longobardos que amenazaban las posesiones imperiales en Italia para preservar la vida de su hermana y su sobrino.

—Mauricio es el único culpable de esa desgracia —acusaba irritado Recaredo, y con él cuantos tenía alrededor, como acusaban los legados que remitía a Guntram y éste rechazaba sin siquiera recibirlos.

A Wilya, tanta demora en regresar a Toletum se le hacía insufrible. Tras la incómoda escena de su alcoba, Edelina le evitaba como si viera en él al mismísimo diablo, y si las circunstancias les obligaban a coincidir en algún acontecimiento público, los ojos de la mujer parecían clavarse al suelo y su boca enmudecía hasta que él se hallaba lejos. Naturalmente, con nadie había comentado Wilya lo sucedido. Al margen de las seguras burlas que se vería obligado a padecer y el vergonzante estigma que para ella significaba, sólo un majadero podía acusar al duque en su propia casa de urdir semejante despropósito. Sí que habría deseado hablar con ella, y explicarle que su actitud de aquella noche nada tenía que ver con su persona, que era una mujer hermosa como ninguna de las que había conocido, y que la cercanía de su cuerpo podía derretir los carámbanos del invierno y enloquecer al más santo de los santos varones de las Sagradas Escrituras. Pero de nada servía semejante intención si detrás de esas verdades no declaraba el auténtico motivo de su rechazo, lo que suponía acusar a su padre, y a ella misma como segura cómplice, de tejer una maraña de intrigas cercana a la traición.

Y en tanto Edelina le evitaba, él evitaba a su hermana con similar sobresalto en el pecho cada vez que la veía. Le faltaba valor para enfrentarse a esos ojos del color de

la hierba tierna que habían contemplado su debilidad, a esa sonrisa imborrable de unos labios que parecían dirigirle a cada momento una divertida disculpa por haber interrumpido su demencial charla con los insectos alados. Por si fuera poco, y mientras Wilya intentaba ahorrarle desazones a la hermana mayor hurtándole su presencia hasta donde le fuera posible, Alathea parecía perseguirlo y, aunque jamás le dirigiese la palabra, resultaba casi omnipresente en cualquiera de las estancias comunes de palacio que él pisara a lo largo del día. Tan atrevida actitud le desconcertaba hasta el punto de perder toda objetividad respecto a ella, pues la fuerza del recelo se imponía a cualquier otra consideración sobre la gracia y belleza que, en su fuero interno, se veía obligado a reconocer en la hija menor del duque. Para Granista, por el contrario, nada parecía haber sucedido. A pesar de que una de sus hijas le tuviese por un tullido afeminado y la otra por un loco, su trato generoso y amigable, casi paternal, no se había modificado un ápice tras la noche que siguió a la fiesta y jamás volvió a insistir en sus descabelladas propuestas de matrimonio.

Narbona se había convertido en una ciudad llena de inesperados y embarazosos secretos, de peligrosos ocultamientos y ásperas sospechas, y ni siquiera el dulce apego que Wilya sentía por su lugar de nacimiento podía frenar los deseos de transfigurarse, si eso fuera posible, en ese cuervo albino que Badwila identificaba con su espíritu para volar muy lejos de allí o, sin duda más sencillo, montar su caballo y dejar atrás cuanto antes tan oscuro embrollo y tan enojosas relaciones. Pero su primo no estaba dispuesto a regresar a Toletum hasta que aquellos territorios hubiesen recobrado la paz perdida; por eso, y a pesar de que los primeros fríos parecían mordisquearle con saña la clavícula y de que su participación significaba apenas una presencia simbólica en los combates, se sumó gustoso a cuantas partidas encabezara Recaredo para recorrer la provincia o castigar a los francos con sorpresivas incursiones más allá de la frontera.

Y es que, ahora con toda su crudeza, aquellas antiguas palabras del conde Egica sobre las terribles consecuencias de la guerra habían cobrado sentido, y muy especialmente en las tierras de Burgundia. Durante su invasión, las columnas de Guntram se habían complacido en la ruina de todo sembrado o cultivo que hallaran a su paso, pero en su retirada tras la derrota, sin autoridad alguna que dirigiese sus actos ni alimentos que llevarse a la boca, sus propios campos habían padecido devastación semejante, si no mayor, a la sufrida por los godos. Hasta los templos y las propiedades eclesiásticas habían sido saqueados. El hambre, o al menos el temor al hambre, era un espectro que ya se paseaba por aquellas comarcas sin atender a razas ni confines.

Recaredo, sin un acuerdo de paz que le permitiese dedicar todo esfuerzo a sus gentes, sabedor de que el inmediato invierno habría de ser mucho más duro de lo habitual, decidió pasar de nuevo a la ofensiva. Así, y en inesperados golpes de mano cada vez más atrevidos, ordenaba o dirigía personalmente incursiones de saqueo en territorio enemigo a lo largo de la frontera con la doble intención de engordar en lo

posible los almacenes propios y destruir los de Guntram para debilitar su voluntad contraria a todo pacto. Al tiempo, y merced a una competente red de funcionarios y al minucioso empleo del erario, buena parte de las cosechas de la provincia pasaban a engrosar los silos del duque para evitar la previsible hambruna entre los menos pudientes una vez llegasen los meses desfavorables.

En esa labor de acopio, no sólo los francos sufrían la firmeza del brazo de Recaredo, sino todo aquel que usara la escasez en provecho propio. Así sucedió en cierta ocasión con dos clérigos acusados de obtener ganancias abusivas en el comercio de alimentos. En la que fue su primera audiencia de justicia en la capital narbonense, y tras probarse la culpabilidad, el hijo del rey decidió que ambos fueran despojados de las propiedades de sus respectivas iglesias, y que una vez vendidas éstas, los beneficios fuesen repartidos entre los perjudicados. Además de quedar a merced de la caridad pública para el reste de sus vidas, cada uno de aquellos indignos clérigos fue condenado a recibir cincuenta azotes ante el pueblo por haber defraudado los impuestos correspondientes a sus ilícitos negocios. Esta última disposición movió al metropolitano Athaloc a interceder a favor de los condenados con un alegato, entre sumiso y pedagógico, sobre la inconveniencia de hacer escarnio con hombres consagrados a Dios.

—Bastante castigo es condenarlos a la pobreza, señor —resumió su breve discurso—. No les sometas también a la humillación pública.

—¿Acaso es mayor humillación que la que ellos han ejercido sobre sus víctimas? Y ya que hablas de hombres de Dios, supongo que, como obispo, y al margen de cuanto aquí se ha dictado, sancionarás debidamente sus vergonzosos actos.

—Así será, señor, pero te ruego evites el último castigo que has decretado.

—No puedo exonerar a nadie del pago de impuestos, ni del castigo por no pagarlos. Ni siquiera el rey puede hacerlo, pues así lo dicta la ley, que está por encima de todos. —El duque Granista asentía en grave silencio, confirmando punto por punto tan certeras palabras—. Si quieres ahorrarte en el futuro esto que llamas humillación, te sugiero que elijas mejor a tus presbíteros.

En tiempos tan ásperos como los que tocaba vivir a la Narbonense nadie se libraba de la justicia de Recaredo, fuera ésta dictada en audiencias, mercados o bajo la cubierta de su tienda. Sin distingos entre clérigos o legos, godos, hebreos o galorromanos, libres o siervos, la bien ganada fama de sus sentencias se extendía por la toda provincia. Aun así, Wilya observaba con no poca decepción que, igual que el musgo prevalece entre humedades, la codicia parecía crecer allí donde la necesidad se hacía más notoria para conducir a los hombres por sendas que jamás deberían ser transitadas. Cierta mañana en que acompañaba al séquito de su primo por las villas en torno a la capital en busca de grano, y una vez los siervos de la misma había colmado los transportes con la cantidad requerida, observaron una discusión entre el propietario y el administrador encargado de los pagos. Sin descabalgar, se abrieron paso entre los criados y esclavos, que, como solidarios corifeos, rodeaban a su amo,

para interesarse por el motivo de una disputa que se acaloraba por momentos.

—Pide demasiado —se justificó el funcionario al percibir la presencia del hijo de Leovigildo.

—Déjame ver esa bolsa.

Una vez en su mano, y tras sopesarla, Recaredo consultó a Bulgar con la mirada.

—Hace unas semanas —dijo el noble narbonense al propietario—, esa bolsa te habría parecido un buen negocio.

—Los precios suben cada día, señor —replicó aquél, encogiendo los hombros—. Y ninguna ley me obliga a vender el fruto de mis tierras por menos de lo que considero justo.

—Es cierto que ninguna ley te obliga —admitió Recaredo—, excepto la que pueda dictarte tu propia razón.

—Razonable es cuanto pida por lo que me pertenece. Y razonable pagarlo si es que el comprador lo desea.

—No estaríamos discutiendo por un simple capricho, amigo. La provincia necesita este grano.

—Necesidad o capricho, ¿en qué cambia el precio?

Recaredo solicitó una nueva bolsa al funcionario, que sin rechistar la extrajo de su cofre y se la entregó.

—Ya me parece excesivo pagarte el doble de su valor —se justificó, aún con ambas bolsas en la mano—, pero no quiero que este día termine con agravios entre nosotros.

—Con otra más llegaremos a un acuerdo —apretó el comerciante, y en sus ojos chispeaba la cercanía de un seguro triunfo.

El rostro de Recaredo se contrajo en una mueca que revelaba contención. Respiró profundamente antes de pedir una tercera bolsa. Cuando la obtuvo, hizo avanzar al caballo hasta la altura del vendedor y, mientras éste extendía su brazo para recibir el pago requerido, en un veloz movimiento la espada del hijo del rey segó el cuello de aquel hombre, que se desplomó entre vómitos de sangre. Recaredo arrojó luego dos de las bolsas sobre lo que pronto sería cadáver, restituyó la sobrante al administrador y ordenó poner rumbo a Narbona con las mercancías tan cabalmente adquiridas.

Días antes de que Wilya cumpliese los veinte, y en tanto Narbona celebraba las fiestas de la Natividad con el discretísimo lucimiento que las circunstancias imponían, supieron de una tentativa de rebelión en la nueva provincia de Calecía, donde un noble llamado Malarico había querido proclamarse rey y restaurar lo perdido por los suevos en el campo de batalla frente a Leovigildo. Intento vano, pues al parecer había sido doblegado con prontitud por las tropas godas y recluido en prisión cargado de cadenas. Y al escuchar aquellos pormenores, se abrió paso en la memoria de Wilya el recuerdo de Gur, el clérigo escoto protegido del difunto rey Miro, que decía haber visto a los ángeles en un inhóspito pedregal batido por furiosas olas. Y pensó si aquel monje carcomido por la culpa habría por fin recibido de

Eborico, ya que su padre no tuvo vida suficiente para hacerlo, el prometido monasterio para los clérigos de su fe en la ciudad de Bracara, y si habría sobrevivido a la guerra o perecido en ella por fidelidad a sus valedores, o si andaría ya por las tierras de su isla natal, esa que no dejaba nacer abejas ni culebras. Rememorar la imagen de Gur era como volver a tiempos mejores, aquéllos en los que un mozalbete parecía renacer de sus cenizas infantiles para convertirse en hombre y en guerrero antes de que la vida cauterizase su alma con todo tipo de heridas y decepciones.

Pero estos pensamientos, como otros similares que venían a atizar la llama de una mórbida compasión por sí mismo, eran apenas el asomo de una brisa en la tormenta. Había asuntos más serios de los que preocuparse, que se fueron agravando con el paso de los meses invernales. Y es que el hambre, como ave carroñera que sobrevolara cuanto respirase, castigaba tanto a la ciudad como a la provincia a pesar de las disposiciones de Recaredo para prevenir las consecuencias de la devastación sufrida. Si malos se presentaban los augurios, peores parecían ser para los francos a decir de los viajeros, porque no sólo en Burgundia, sino en otras partes de las Galias, las gentes, sin grano que llevarse a la boca, hacían harinas con semillas de uva, raíces de helecho, granzas de encina o cualquier otra cosa que hallasen para sustituir el pan que no había, o echaban al puchero cualquier hierba que pudiera crecer allí donde debían haber brotado legumbres y hortalizas.

Con tal estrechez y tan inmundo sustento que ni los cerdos lo aceptarían en tiempos de bonanza, las enfermedades hicieron mella a ambos lados de la frontera, y no sólo las propias de la desnutrición y la debilidad del cuerpo, sino otras mucho más graves. Entre ellas, un mal que comenzaba con terribles pesadillas y convulsiones para transformarse luego en una suerte de diabólica quemazón que gangrenaba brazos y piernas de cuantos desgraciados la padecían, o bien les devoraba las tripas hasta que la muerte venía a liberarlos de tan inhumano sufrimiento. Aquel invierno, y a causa de la sanguinaria plaga, los más agoreros creyeron llegado el fin de los tiempos, pues el número de tullidos aumentó de forma tan alarmante que hubo quien perdió sus cuatro extremidades, y a toda mujer preñada que sufriera los efectos de aquel fuego se le malograba el fruto de su vientre. Y si el esfuerzo de los físicos resultaba inútil ante tanta calamidad, algo parecido sucedía con las preces que a diario se elevaban en los templos y con los conjuros de hechiceras y adivinos, que, como ratas huidas de una inundación, invadieron de repente calles y caminos para unirse allí a otros que decían ser profetas enviados por el Todopoderoso.

Muchos hubo que gastaron sus provisiones y murieron de hambre mientras los comerciantes seguían acaparando víveres para venderlos a precios inalcanzables. Otros, y no menos numerosos que los anteriores, aceptaron la esclavitud a cambio de un poco de comida para ellos o para sus familias. Recaredo, que se encolerizaba sobremanera cuando semejantes noticias llegaban a sus oídos instaba al duque Granista a esmerarse en su obligación de viajar por la provincia y escuchar a sus gentes cuantas quejas pudieran tener sobre la labor de los funcionarios en el reparto

de grano y la recaudación de impuestos, suspendida ésta en tanto durase el infortunio para los menos pudientes y notablemente reducida para los demás. Y no contento con sus admoniciones, se sumaba o asumía para sí una labor ya de por sí ingrata por las inclemencias invernales para recorrer aldeas y ciudades de levante a poniente, del septentrión al mediodía. En tan celoso cometido no dudaba en castigar sin el menor asomo de piedad cuantos excesos hallase. Así, funcionarios que obligaban a los campesinos libres a trabajar para ellos a cambio de alimento eran condenados a muerte, y sus propiedades confiscadas en beneficio del tesoro real, según dictaba la ley. E igual pena sufría el mercader que esclavizase a los hambrientos, fuera godo, galorromano, hebreo, tonsurado o no.

De tal modo reinaba la muerte en la Narbonense, llegase ésta de la mano del hambre, de la enfermedad o del acerado filo de la justicia. Y muy especialmente en las comarcas que habían sufrido la guerra o en aquellas que, por su lejanía de la costa, no disponían del bendito alimento de los mares, en cuyas fecundas profundidades el mal carecía de todo poder destructivo.

Por si todo no fuese ya suficientemente oscuro, Wilya recibió la inesperada visita de unos parientes de su madre que portaban noticias tan inquietantes que enseguida corrió a comunicarlas a su primo. Encendido de ira al escucharlas, Recaredo solicitó ser recibido de inmediato por el duque, y en su aposento se presentó acompañado de Argimundo y del propio Wilya. Tras despedir a cuantos rodeaban a Granista y aceptar los sitiales que éste puso a su disposición, lo interpeló sin más preámbulos:

—Estoy seguro, buen duque, de que conoces lo que determinan las leyes en cuanto a los límites de la usura.

Vencida la sorpresa por semejante interés, Granista elevó la mirada al techo antes de hablar, como si allí pudiera hallarse la respuesta.

—Naturalmente —dijo por fin—. Un sueldo por cada ocho prestados, y si el préstamo fuera en especies, la mitad de lo prestado. Nadie puede reclamar mayor usura anual que ésa. Nula es la pactada por encima de esa tasa, y no hay obligación de pagar la que no haya sido previamente estipulada. Eso, entre legos, porque los clérigos la tienen del todo prohibida. Conozco esa norma casi de memoria.

—Pues no todos en Narbona parecen conocerla tan bien como tú.

—Ya lo supongo, pero déjate de circunloquios, señor, y dime qué te preocupa.

—Wildigerno ha quebrantado esa ley.

—Debe tratarse de un error —arguyó el duque, incrédulo.

—No hay error. El conde prestó dinero a varios colonos a quienes ha exigido tasas de usura por encima de lo permitido. Como no han podido pagar, se ha apropiado de sus tierras. No hay error, y los perjudicados han acudido a mí para que haga justicia.

—Tal vez haya sido alguno de sus administradores sin su conocimiento.

—Así me gustaría creerlo, pero he mandado al infierno a suficientes funcionarios codiciosos como para no haberme asegurado bien antes de acusarle de algo tan grave.

—Granista escuchaba aturdido las acusaciones de Recaredo—. Wildigerno es uno de los hombres más acaudalados de la provincia, tal vez del reino. No tiene ninguna necesidad de eso. Y sabes que un conde que actúa así no puede seguir ocupando el honorable cargo de juez de los godos.

Un halo de rubor se extendió por la cara del duque hasta convertir su cicatriz en un oscuro surco sobre tierra rojiza. Balbuceó al hablar, como si su avergonzada lengua se le hubiera secado de repente o intentase que las palabras construidas por ella adquiriesen el verdadero significado que deseaba, y no el opuesto. Dijo Granista que con el peligro de los francos sin conjurar no parecía muy sensato hacer agravio de quien, como Wildigerno, movilizaba casi dos mil hombres, y que el castigo que sin duda merecía tal vez fuese mal recibido por la nobleza, por lo que sugería tratar el asunto con la mayor mesura y confidencialidad posibles.

—No te falta razón —admitió Recaredo con desgana—, ni quiero crear gratuitamente un grave disgusto a los nuestros en estas circunstancias. Estoy dispuesto a ahorrarle juicio público si devuelve de inmediato las tierras confiscadas y paga además otra cantidad igual a los defraudados. Esto último puede hacerlo con sus tierras o con su bolsa, pero todo debe quedar resuelto antes de tres días o lo convocaré a audiencia de justicia y será depuesto.

—Gracias, señor, y no sólo por los males que evitas con tu sabia decisión, sino por mí mismo, pues hacer público tan lamentable asunto empañaría la noticia que había previsto anunciar hoy, el matrimonio de mi hija Edelina con el propio Wildigerno.

El anuncio arqueó las cejas de los tres oyentes, aunque para Wilya aquella sorpresa tenía un sabor especial, similar al que le producían fábulas tan imposibles de creer como las que gustaba de contar Bulgar.

—Mi enhorabuena —exclamó Recaredo con espontánea sinceridad—. ¿Y para cuándo el desposorio?

—Por Pentecostés será el enlace, y nada me honraría más que tú lo apadrinases.

—Lo haré con gusto, y como primer regalo de bodas pagaré de mi peculio esa compensación a los colonos. Que el conde se limite a devolver de inmediato a sus dueños las tierras legítimamente confiscadas.

Granista se puso en pie para despedir a Recaredo y a su mínimo séquito, aunque antes de que éstos abandonasen la sala, aún hubo de someterse a una nueva reprimenda del hijo del rey:

—Te advierto de que si vuelve a tramar una infamia de este tipo le rebanaré personalmente el cuello sin importarme el nombre de su esposa. No dejaré impune a quien se aprovecha de la guerra para quebrantar la ley por alto que sea su título. Díselo de mi parte.

—Así lo haré.

—Y más os valdría a ambos dedicaros a mejorar las defensas de la ciudad, porque si los francos llegan hasta aquí les bastará con soplarlas para que se desplomen como

las murallas de Jericó.

Pasado el mal trago de la reunión con Granista, y aprovechando que Recaredo regresaba a sus obligaciones, Argimundo se acercó a Wilya con aire no poco misterioso.

—También tú debes recibir parabienes en este día —le dijo.

—No veo por qué.

—Parece que por fin se aleja de ti la sombra de Edelina.

—¿Qué quieres decir? —replicó, entre airado y confuso.

—Estaba allí cuando Granista te la ofreció en matrimonio.

—Roncabas.

—Con la garganta y la nariz. Las orejas estaban libres y la cabeza despejada.

—Así que escuchaste toda la conversación.

—De principio a fin. —Su amigo le guiñó un ojo en gesto de complicidad.

—No le habrás dicho nada a Recaredo.

—Descuida. Ni una palabra de que te dio a elegir entre sus hijas. —Hizo una breve pausa—. Ni de la otra propuesta.

—Lo de ellas no me preocupa, pero si el otro desvarío llegase a sus oídos quién sabe lo que podría pensar.

—Nunca lo sabrá por mi boca. Pero ten cuidado, que, por lo que llevo visto, aquí las redes son muchas y bien tupidas.

Wilya se preguntaba hasta qué punto conocía Argimundo todos los detalles de aquella urdimbre, si también tendría noticias de que Edelina había estado esa misma noche en su alcoba, y, como tal extremo le parecía más que improbable, se limitó a agradecer el tacto de su amigo y reiterarle su incondicional camaradería.

Pero no acabaron allí las sorpresas de la jornada. Esa misma tarde, tras la cena en que se anunciaron con toda solemnidad los mencionados esponsales, Wilya fue requerido a visitar al duque en sus aposentos. Como de costumbre, Granista le recibió con la mejor de sus sonrisas, y cuando ambos se hubieron acomodado ante la generosa lumbre que caldeaba la sala, frente a un par de copas del mejor de los vinos de la provincia, le habló sin circunloquios.

—Has de saber que, aunque hayas rechazado a mis hijas, mis planes hacia ti no han cambiado en absoluto.

Con parecidos y tan confusos argumentos a los empleados la primera vez, él quiso aclararle que no había sido exactamente una negativa, pero el duque le invitó a callar con un movimiento de la mano, como si ambos supiesen bien de lo que estaban hablando y toda explicación fuera innecesaria. Tomó luego un pergamino que había sobre su mesa.

—Calla y escucha, porque esta vitela viajará mañana a Toletum.

Se la leyó. Era una epístola dirigida a Leovigildo en la que, tras toda suerte de formulismos sobre fidelidades y respetos, deseos de salud y bienaventuranzas, se le hacía llegar la unánime petición de la nobleza narbonense de que fuese Wilya, como

ya lo hiciera su padre quien reinase en la provincia cuando en algún lejano día Dios quisiera llevarse a su diestra al rey de los godos.

—Compruébalo por ti mismo —dijo Granista ante su mueca de incredulidad, y le pasó el pergamino.

Efectivamente, eso decía, y el sello del duque junto a su firma garantizaba que era un documento oficial. Los ojos de Wilya recorrieron el último párrafo: «Y tan ponderada petición, que sólo busca restituir aquello de lo que la muerte de tu hermano nos privó, queda expuesta sin menoscabo del honor y autoridad que la asamblea pueda en su día depositar en Recaredo. Pues si en hermandad y justicia gobernasteis el reino Liuva y tú, no menor afecto de sangre parece unir a tu hijo y a tu sobrino, tan amados ambos para nosotros».

EL REINO FUTURO

Narbona, primavera de 586

Una vez quedaron reabiertos los caminos, y tanto los cielos como los campos parecían haberse librado del sombrío manto del invierno, el hijo de Leovigildo reanudó las hostilidades contra sus enemigos de la frontera oriental. Con las primeras jornadas primaverales, los asentamientos francos junto al Rhodanus, desde los más próximos a su desembocadura hasta los que, millas arriba, se alzaban en las cercanías de Urgernum, sufrieron de nuevo la implacable espada de los godos, a quienes ya no bastaba el saqueo de los meses precedentes, sino que asolaban a conciencia todo campo recién sembrado, huerta o vid que pudieran echarse a la vista para arruinar cualquier promesa de cosecha. Las desmoralizadas fuerzas de Guntram se mostraban incapaces de rechazar tan decididos ataques, y el rey franco, conocedor del riesgo que significaría un segundo invierno de hambruna, se apresuró a aceptar las condiciones exigidas por Recaredo, que se resumían en la reparación de los daños causados por sus correrías en tierras narbonenses y el respeto a las plazas tomadas en la guerra.

Obtenida por fin tan necesaria paz, y con la promesa de un futuro menos cruel en los horizontes de la provincia, los ojos parecían volverse hacia el rostro más amable de la vida, y el próximo matrimonio de Wildigerno y Edelina pasó a ocupar buena parte del interés tanto en las tertulias de la ciudad como en las hablillas de los caminantes.

Para Wilya parecía llegado ya el momento de volver a casa, a su verdadera casa, que no era otra que la que le esperaba en Toletum. La guerra había sido zanjada con una victoria concluyente y nada les retenía allí excepto la promesa de Recaredo de permanecer en la ciudad hasta Pentecostés para apadrinar tan cacareados esponsales. De mala gana se veía obligado a aceptar aquella demora impuesta contra sus deseos, pues aunque su primo le había dado libertad para regresar con las tropas que ya viajaban de vuelta a Hispania, su ausencia se habría interpretado por más de uno como innecesario agravio.

Pero Recaredo nunca llegó a apadrinar aquella boda. Y no porque, faltando a la palabra empeñada, se negase a prestar su alta dignidad a tan notorio acontecimiento, sino porque a veces los deseos de los hombres, por firmes que sean, se ven sometidos a los oscuros caprichos del destino. Así, cuando abril mediaba, llegaron a Narbona emisarios de la capital con nuevas que a todos dejaron más que preocupados. El rey estaba enfermo, decían, y solicitaba la pronta presencia de su hijo junto a él.

Al día siguiente, Recaredo y su séquito galopaban por la Via Domitia, ahora para desandar a toda prisa el mismo camino que un año antes les había llevado hasta Narbona. Y con ellos los cien lanceros que entonces les acompañaron, o los que de ellos quedaban, pues varios habían dado su vida ante los francos y más de uno había

encontrado esposa entre las mujeres narbonenses y obtenido el cambio de destino para servir en distintas guarniciones de la provincia.

La comitiva se reducía a medida que transcurrían las jornadas, porque las ansias de Recaredo por llegar cuanto antes iban dejando atrás a los caballos menos resistentes, hasta el punto de que, al llegar a Cesaraugusta, poco más de una docena de monturas habían sido capaces de soportar la endiablada disciplina de cabalgar de sol a sol con reposos de muy pocas horas. Algunas millas después de haber cruzado el Iberus, las urgencias cesaron de repente al toparse con nuevos enviados de Toletum que traían la peor de las noticias: el rey había muerto.

Aquella increíble revelación, caída como una losa desde el limpio cielo de la Celtiberia, vació los ánimos de todos, y Recaredo fue el primero en poner pie a tierra para ordenar reposo a sus hombres. Despacio, como con desgana, y sin que nadie se atreviese a pronunciar palabra, el pequeño campamento fue levantado a pie de la calzada mientras Wilya veía a su primo alejarse hasta la distancia necesaria para sentirse a solas. Como él, todos imaginaban que estaba llorando, y aunque Recaredo no quisiera permitirse esa flaqueza en público, los allí presentes compartían el peso de cada una de sus lágrimas. También él se enjugó la nariz con la manga, y lo hizo sin recato. Privado por sus pocos años de la ocasión de llorar en su momento la muerte de Liuva, ahora creía natural que sus ojos se humedecieran con el recuerdo de Leovigildo, lo más cercano a un padre, junto con Badwila, que desde entonces había conocido. Su tío, con paciencia de santo y maestría de sabio, le había llevado de la mano desde sus sueños infantiles al momento presente, y el hueco producido por su ausencia le reintegraba de nuevo el amargo dolor de la orfandad.

Esa noche, mientras reponían fuerzas, los legados refirieron con mayor detalle los luctuosos pormenores. El rey, fallecido dos días atrás, recibiría tierra el siguiente amanecer, por lo que era imposible llegar a tiempo aunque cabalgasen sin descanso las horas que quedaban hasta la salida del sol. Ellos, por su parte, debían llevar la trágica noticia a las capitales norteñas y anunciar de paso la convocatoria a asamblea de los miembros del Aula Regia que había de celebrarse en Toletum el tercer domingo de mayo. Hasta entonces, y según costumbre en los periodos de interregno, cada duque era responsable único de cuanto sucediera en su provincia, y de ello debía responder ante el futuro monarca. Por lo que se refería a la Carthaginense, cuyo único duque era el propio rey fallecido, el tuerto Egica, conde palatino, había asumido las responsabilidades pertinentes.

Dos días después de las exequias, cuando el grupo entró en Toletum, la ciudad parecía un gigantesco velatorio, como si una invisible malla de recogimiento hubiese cubierto los edificios y el rostro mismo de sus habitantes. A pesar de ello, la llegada de Recaredo no pasó inadvertida, pues muchos lo tenían ya por su nuevo caudillo, y un enjambre de curiosos informados de su vuelta aguardaba expectante a las puertas de la ciudadela. Algunas voces que le aclamaban como rey desde el anonimato fueron ahogadas por los murmullos de censura de la mayoría.

Egica los recibió con ademán sombrío, y enseguida se sumó a los abrazos un Berulfo no menos circunspecto. En la reunión que siguió, el conde les puso al corriente, tanto de los pormenores que habían rodeado la repentina enfermedad y muerte de Leovigildo como de la delicada situación del reino mientras el trono permaneciese vacío.

—Ya lo viví tras la muerte de Atanagildo y os aseguro que no es nada grato. Conviene andar con cautela. —Y lo decía mirando fijamente con su único ojo a Recaredo—. Cualquier gesto puede ser malinterpretado y crear enemistades innecesarias. La única palabra que vale es la que en su día proclame el Aula Regia.

El encuentro fue breve. Recaredo quería visitar cuanto antes la tumba de su padre, y el conde se encargó de los preparativos para dar satisfacción a tan natural necesidad. Así, al poco, salía de palacio una pequeña comitiva encabezada por el obispo Uldidas y un renqueante Egica que apenas lograba disimular en su báculo los efectos de la podagra, comitiva que recorrió a pie las calles que les separaban de Santa María ante la respetuosa expectación popular. En el templo, y mientras el resto de acompañantes aguardaba a unos pasos de distancia, el prelado acompañó a Recaredo hasta los pies del altar, donde una losa de color más claro que las circundantes revelaba la existencia de una reciente reforma. El hijo de Leovigildo se arrodilló ante la lápida mortuoria y allí estuvo largo rato, sin que nadie pudiese escuchar de su boca ni el más leve murmullo. Besó después la piedra, y con idéntico mutismo dio media vuelta para encaminarse hacia el pórtico del templo.

Cuando Wilya accedió a la plazuela exterior, su primo recibía las condolencias de varios notables que habían acudido al conocer su llegada, y entre ellos no pocos clérigos. Al aproximarse y distinguir las facciones de uno de éstos, no pudo evitar un comentario a media voz.

—¿Qué hace aquí Masona?

—El rey le perdonó cuando cayó enfermo —dijo Berulfo—. Y no es el único. Mira ese otro.

Wilya siguió con la vista las indicaciones de su amigo, que señalaba a un clérigo de raza tan goda como Masona, aunque de presencia mucho menos imponente.

—Es Iohannes de Scallabis, otro renegado de Lusitania. Tu tío lo exilió en Barcinona. Y aquel que ves ahí —le mostraba ahora un hispano menudo de edad avanzada, reluciente cráneo y ojos chispeantes que en ese momento saludaba a Recaredo— es Leander, el que embrujó el alma de Hermenegildo.

—Sí, él es —terció Argimundo—. Estaba en Hispalis cuando llegamos.

Por un momento, al saber que aquel hombre era el hermano de Isidoras, Wilya pensó si su antiguo condiscípulo estaría también en la ciudad, pero no pudo hallarle entre los presentes.

—Así que los traidores llegan en manada a Recaredo —apuntó con notorio sarcasmo.

—No todos lo son, que yo sepa —puntualizó Berulfo, que parecía muy al tanto de

los últimos movimientos en la corte—. Ese que ahora rinde la testuz es Eutropius, el abad de un monasterio que llaman Servitanum.

Del tal Eutropius le había hablado Galmerico años atrás, cuando el tutor alabó la biblioteca de Servitanum como una de las más nutridas del reino, pero nunca habría sospechado que Wilya un hombre de talla tan insignificante hubiese recibido la herencia de aquel Donatos que vino cargado de libros desde África y al que, por tal hazaña, siempre había imaginado como un coloso.

—Traidores o no, todos trinitarios —concluyó—. ¿Qué buscan en Toletum?

—¿Y qué buscan los carroñeros cuando huelen el cadáver? —Berulfo se expresaba con una desconocida serenidad, como si aquellos meses bajo el amparo directo de Goswinta le hubiesen alejado de obsesiones y templado su carácter—. Llevan dos semanas por aquí, y parece que no piensan irse hasta que la asamblea elija nuevo rey.

Todavía faltaba otro tanto para que tal cosa sucediera, y por encima de las pretensiones o la dudosa rectitud de toda aquella gente que se había instalado en la ciudad, Wilya estaba interesado en recuperar por fin los cotidianos sabores de su vida toletana. Un interés que parecía haberse hecho necesidad por el sentimiento de ausencia creado por la muerte de su tío y que le urgía al contacto con las personas queridas. Y por las reacciones de éstas, a ellas parecía sucederles algo similar.

Lucius, por ejemplo, se mostraba entusiasmado como nunca lo había visto tras cualquiera de sus regresos, como si le hubiera llegado un hijo más que un amo. Al mayordomo le bastaron dos frases para informarle de la saludable marcha del patrimonio, y acabó alardeando de que durante su ausencia había practicado tanto con el juego del chaturanga que se sentía capaz de retarle con ciertas garantías de éxito. Aunque después, y al reparar en el cabestrillo que de nuevo sostenía el brazo izquierdo de Wilya, su buen humor quedó recluido tras las rejas de una solemne prudencia.

Badwila, rodeado como siempre por fuegos y metales, parecía mucho menos optimista, pues la muerte del rey le había sumido en una especie de melancolía de la que apenas podía arrancarse sino alguna forzada sonrisa. Tal vez era esa misma postración de ánimo lo que había minado su salud, y le provocaba toses que de cuando en cuando escapaban de su cuerpo como encolerizados truenos. A la vista del estado de su amigo, Wilya evitó hablar de sí mismo, y ni siquiera mencionó que volvía a parecerse al tullido Tyz después de que un hacha franca le hubiera causado invalidez semejante a la que sufría cuando se conocieron. Sólo mostró interés por el herrero.

—Ha sido un invierno muy húmedo —se justificaba éste—. Pronto pasará esta picazón que me muerde el pecho y volveremos a reírnos juntos.

—Te enviaré un físico. Los hay buenos en la ciudad.

—Gracias, pero ya me han visto. Hilde se encarga de que nada me falte. Pasa a menudo por aquí, y alguna vez trae al niño. —Al mentar al pequeño Liuva se le

iluminaba la mirada.

—Alegra esa cara —quiso confortarle—. En pocos días, tu nieto será el primogénito de un rey.

—Nunca confíes de antemano en lo que pueda decidir el Aula Regia. No estás en la cabeza de cada uno de sus miembros, y todos parten con las mismas oportunidades de llegar al trono.

En palacio, los ánimos no eran mucho mejores. Galmerico, que apenas se dejaba ver, reiteraba como una letanía la idea de que a todos llega su hora, y llevaba el luto por el rey tan dentro del corazón que el mero hecho de detenerse a charlar con alguien lo juzgaba casi como un ultraje a la memoria del muerto. Goswinta, privada de sus regias atribuciones tras la defunción de su esposo, había buscado acomodo provisional en una alcoba distinta a la suya, más sencilla y situada en el ala opuesta a los aposentos reales, ahora deshabitados. Rumiaba resignada el acoso al que le sometía el Ángel de la Muerte, que en pocos meses le había arrebatado a su nieta Ingundis y al propio Leovigildo. Ante Wilya, al menos, el dolor de aquella mujer parecía aliviarse un poco, como si los húmedos surcos dejados por la pena se evaporasen levemente para abrirle su alma a quien tanto apreciaba desde que años atrás se presentó en Toletum de la mano de su madre.

—La guerra contra los suevos fue muy dura para el rey —se sinceraba en el recuerdo de su esposo—. Vino de Galecia muy avejentado, como si ya hubiese perdido las ganas de vivir.

—Ninguna guerra habría podido con mi tío —objetó él—. Serían otras cosas que sucedieron mientras combatía a los suevos.

Goswinta aceptó con un pestañeo el acierto de esa apreciación.

—La muerte de Hermenegildo, quieres decir.

—Eso digo. Quebrantó la ley por amor a su hijo, y con esa mala conciencia marchó contra Audeca. La nueva traición, y decidir su muerte, acabó con él poco a poco.

—Aunque no te falte razón en algunas de esas cosas que dices, a veces, querido Wilya, no todo es tan simple como aparenta ser. Nunca debes olvidar que para tu tío el futuro del reino estaba por encima de todas las verdades, de todas las mentiras, de su propia vida.

El tercer domingo de mayo, tal y como había sido anunciado, el salón principal de palacio acogió la asamblea de los más insignes guerreros visigodos, la veintena larga de nobles que integraban el Aula Regia. Los afortunados que pudieron asistir a tan magnífico acontecimiento hubieron de atravesar corredores revestidos de caros y desconocidos tapices ocultos hasta entonces en la oscura seguridad de los arcones, cruzar pórticos, arcadas y soportales ornados con colgaduras de lino blanco bordadas para la ocasión, y asombrarse por fin de la imponencia que les aguardaba dentro, donde una multitud de cirios dejaba escapar sutiles ondulaciones de perfume hacia los altos techos para convertir el lugar en un fastuoso y cálido recinto.

Frente al trono vacío, el salón había quedado dividido en dos zonas bien delimitadas. En la central se sentaban los miembros de la asamblea, y a sus espaldas varios bancos permitían la presencia de más de un centenar de invitados, en su mayoría representantes de la nobleza palatina, funcionarios y séquito principal de los ilustres hombres llegados desde las seis provincias del reino. Desde su discreto observatorio, Wilya escudriñó a cada uno de los miembros de la asamblea, y aunque la mayoría de ellos eran absolutos desconocidos para él más allá de vagas referencias, pudo distinguir perfectamente a Segga, Witerico, Vagrila, Chindasvinto o Gundemaro; incluso a Granista y Wildigerno, que sin duda habrían pospuesto la anunciada boda para asistir a un acto mucho más transcendente. Casi todos ellos duques o condes, además de Recaredo, que como asociado al trono ya pertenecía por derecho al Aula Regia antes de que su padre falleciese. Un duque faltaba entre ellos, pues Claudius, aun gobernando la Lusitania, al no tener sangre goda quedaba apartado de la asamblea y se había buscado acomodo entre los invitados. Y entre estos últimos, naturalmente, Argimundo, sentado a la vera de Wilya, Galmerico, y la propia Goswinta, acicalada con sus mejores galas para la ocasión y acompañada por un Berulfo que parecía haberse ganado su confianza durante la ausencia de sus amigos hasta el punto de no separarse de ella.

Egica, como patrocinador de la asamblea, se puso en pie, su cachava a mano apoyada en el asiento, y con voz luctuosa dio comienzo al acto en medio de un expectante silencio y severas caras de circunstancias. Habló de Leovigildo, de sus dieciocho años de reinado, la más dilatada y fructífera era entre los godos que pudieran recordar los vivos por viejos que fuesen. Y de su muerte, sobrevenida una vez sometidos los suevos, como si el Señor de los cielos hubiera querido aguardar para llevárselo hasta que toda la vieja Hispania quedase bajo el poder de su victorioso brazo. Después, y en un teatral cambio de tono, apeló directamente a los miembros del Aula Regia.

—Aquí estáis, nobles señores, en persona o en representación de otros cuya edad o salud desaconseja largos y fatigosos viajes. Sois la custodia del reino, el pulso de nuestra raza, y en vosotros anida el buen criterio necesario para sentar en la sede vacía de Leovigildo un rey que sea merecedor de su gloriosa herencia.

Dicho esto, Egica pasó a elogiar las virtudes de Recaredo, bravo guerrero, conquistador de plazas y ganador de batallas durante la guerra contra los usurpadores, reciente vencedor de Guntram de Burgundia y salvador de la Narbonense. Por si esas virtudes fueran pocas, dijo, era hombre juicioso y de noble corazón como lo había sido su padre, y conocía al dedillo los asuntos de gobierno tras varios años unido a las obligaciones del trono.

—Todos sabemos que ningún rey puede elegir sucesor, y que su autoridad acaba allí donde llega su último suspiro, pero si Leovigildo pudiese hablarnos, si Dios le concediera la milagrosa virtud de responder hoy a nuestras dudas, tened por seguro que su bienaventurada voz pronunciaría un solo nombre: ¡¡Recaredo!!

El grito de Egica se contagió a las gradas, pero él mismo se encargó de acallar unas voces tan impropias, pues allí, quiso recordar, únicamente los miembros del Aula Regia tenían derecho a abrir la boca, y amenazó además con la expulsión inmediata de quien hiciese cualquier otro comentario. Wilya no pudo evitar una sonrisa ante la habilidad del conde para exaltar los ánimos a favor de Recaredo y llamar a la contención una vez conseguido el efecto deseado.

—Viejo astuto —cuchicheó Argimundo.

Puede que fuese el ardoroso discurso de Egica, o es que éste sólo había expresado el común parecer de la mayoría, pero el caso es que cuantos intervinieron a partir de ahí reforzaron con similares argumentos la propuesta del conde palatino. Pero Wilya notó un escalofrío cuando el duque Granista se puso en pie para tomar la palabra. Se le imaginaba exponiendo allí las ideas con que algunos nobles narbonenses le había perseguido meses atrás, y el ridículo o las sospechas a que se vería sometido ante semejante tesitura. Le calmó, no obstante, pensar que nadie en su sano juicio osaría proponer para tan alta magistratura a alguien que ni siquiera formaba parte del Aula Regia. Y así fue, pues Granista, como luego todos los dignatarios de su provincia participantes en la asamblea, se sumó a la que ya era opinión unánime.

Escuchados todos los que desearon hablar, y al no presentarse más candidatos, Egica pidió que se alzasen aquellos que quisieran a Recaredo como rey. Unos más prestos, otros más remolones, todos se pusieron en pie, excepto el propio hijo de Leovigildo, que permaneció inmóvil en su asiento en un gesto que todos interpretaron como de humildad y acatamiento.

—Alzate, Recaredo —dijo Egica—, que la asamblea te ha elegido rey, no en virtud de tu sangre ni de tu nombre, sino por tu valor y tus méritos.

Dicho esto, y en recuerdo de la vieja costumbre de ensalzar a los reyes sobre un escudo, varios de los nobles más próximos tomaron a Recaredo en sus brazos y le llevaron en volandas hasta el trono entre un enfervorizado griterío. Al conde ya no le preocupaban las aclamaciones, ni que los invitados guardasen o no la debida compostura con sus aplausos o pataleos sobre los bancos, ni siquiera que abandonaran el lugar secundario que les había sido asignado para invadir la zona principal del salón y celebrar el resultado con los miembros del Aula Regia. Egica había recuperado su báculo y sonreía satisfecho apoyado en su sitial, rogando quizás a sus quejumbrosos pies que no le amargasen tan magnífica jornada.

Ante el trono de fieros y sombríos leones, los hombros de Recaredo recibieron el manto orlado de armiño; la manzana dorada anidó después en su mano diestra y su frente fue al fin coronada con la diadema real. Así ataviado, y con un resuelto gesto de su brazo, pidió silencio para hablar por primera vez desde que comenzara la reunión.

Fueron sus primeras palabras dedicadas al recuerdo del padre difunto, y tanta emoción puso en ellas que hizo brotar más de una lágrima entre los presentes. Agradeció luego la confianza recibida por parte de la asamblea, y juró que jamás

habrían de arrepentirse de la decisión tomada ese día, porque era su intención hacer del reino de los godos un lugar de fructífera paz donde todos habrían de tener su cometido.

Elevó después los ojos por encima de las cabezas en busca de alguien, y llamó a Goswinta. La viuda, que permanecía sentada en su sitio, avanzó hacia él por un corredor de gentes sorprendidas que se apartaban para abrirle paso. Una vez a su lado, Recaredo unió su mano a la de ella y habló de nuevo.

—Hoy os anuncio que adopto como madre a esta mujer, pues como buena madre me ha tratado mientras fue reina y esposa de mi padre, y merece seguir a mi lado con la dignidad que le corresponde.

Al oír tan generosas palabras y las ovaciones que las corearon, Wilya no pudo evitar el recuerdo de tiempos pasados, y no muy lejanos. Los que él mismo había vivido en la Betica entre las reiteradas alusiones de Recaredo a la dudosa lealtad de la reina, y las supuestas urdimbres de Goswinta a favor de los aliados de Hermenegildo que tan ácidas disputas habían provocado entre padre e hijo durante la guerra civil. Rememoró en ese momento la virulencia con que ella se había opuesto a que su hijastro emparentase con la odiada Fredegundis de Neustria en un nuevo capítulo de su presunta deslealtad. Aquello parecía no haber sucedido nunca, y vistos ahora, su primo rey y ella madre adoptiva, sus manos entrelazadas ante el fervor de la nobleza, era preciso concluir que había sido un día perfecto.

Los festejos por la elección se alargaron hasta finales de junio. Durante ese tiempo, en que unos venían y otros regresaban a sus lugares de origen, Toletum fue un hormigueo de gentes decididas a participar en lo posible del regocijo general y a conocer, siquiera de lejos y por una vez, a su nuevo rey. Este, por su parte, presto a dar satisfacción a todos, respondía con generosa complacencia a tan notorio afecto, pues, además de haber decretado una considerable mengua de los impuestos anuales, tan pronto agasajaba a la nobleza presente con espléndidos festines como sufragaba convites en la plaza del mercado para cuantos quisieran disfrutarlos, amén de encargar a sus administradores que recorriesen a menudo las calles en su nombre para practicar la caridad entre los más pobres.

Tan distraídas ocupaciones no enturbiaban la voluntad de Recaredo de tomar cuanto antes y con la mayor firmeza las riendas del reino, como Wilya tuvo ocasión de comprobar cuando, en privado, vino a recordar a su primo el deseo de Leovigildo de reposar en Recopolis y no en Toletum donde yacía.

—Antes debo preocuparme de los vivos.

Así expresada, semejante muestra de pragmatismo le había parecido tan irrespetuosa para la memoria de su tío como inmerecida.

—¿De Goswinta, por ejemplo? —replicó, sin ocultar el malestar por la respuesta.

—¿Y qué querías, que la arrojase a una mazmorra?

—Desde luego que no. No fui yo quien puso en duda su lealtad.

—En nada ha variado mi opinión, pero todavía tiene ascendiente sobre buena

parte de la nobleza. Nunca podrá ser una buena amiga, pero sí una temible enemiga.

—Más vale al lado que no a tus espaldas —ironizó Wilya—. Buen ejemplo de amor filial.

—Déjate de frases ingeniosas. Sólo un idiota la apartaría.

Y es que su primo, lejos de abandonarse en manos de los halagos que a diario recibía, llevaba al tiempo dos vidas muy distintas. Mientras su cabeza tejía sólidos y secretos planes de futuro, mostraba ante los demás su rostro más despreocupado y bullicioso, participando como el primero de todos los excesos, en cuantas lizas se convocasen en la palestra o fiestas pudieran organizarse en palacio. Fiestas, por cierto, en las que raramente se veía a Hilde, quien, de aparecer en alguna, siempre lo hacía en posición más que apartada y sin que Recaredo la reclamase a su lado. Mientras que el pequeño Liuva era exhibido a menudo en brazos de su padre, ella más parecía una extranjera en lugar impropio que la primera y única concubina real. Una bella prisionera, eso creía ver Wilya en ella, con no poca pena, cada vez que tenía ocasión de contemplarla, al tiempo que intentaba defenderse de la invasión de recuerdos que su imagen le traía.

Con el final de las celebraciones llegaron los adioses. Todos querían estar en sus tierras para la recolección y muchas eran las millas por cubrir para la mayoría de los invitados. Granista, último dignatario de la Narbonense en partir después de que los condes Gundemaro y Wildigerno hubieran adelantado en varios días su regreso, dedicó a Wilya uno de sus estrechos abrazos, y tras tantas jornadas de diversión, la gran cicatriz de su rostro pareció cobrar ahora un tinte ceniciento al despedirse.

—La muerte se impuso a nuestros deseos, querido amigo, y no dio tiempo a Leovigildo para decidir en justicia.

—No importa. Habéis elegido un buen rey.

—De no haberos retenido por la boda de Edelina, tal vez habría sido diferente. Y al final, ya ves, hubo que posponerla. Después de la cosecha les casaremos.

—Llévale a tu hija mis mejores deseos.

—Así lo haré. Y en cuanto a nuestros planes, todo se andará, Wilya, no hay por qué renunciar al porvenir.

Nadie estaba dispuesto a renunciar al porvenir en aquellos luminosos días, y tampoco Nantila, quien ya entrado el verano fue consagrado diácono de la secta trinitaria en una ceremonia a la que no quiso faltar el rey, como no faltaron algunos de los obispos de religión romana presentes en la ciudad, ni tampoco su padre Egica, a pesar del disgusto que arrastraba por la antigua decisión de su hijo. Después de tanto tiempo, el heredero del conde palatino parecía haber ganado en hombría y corpulencia, y en poco se asemejaba ya al frágil mozo que tiempo atrás se despidió de los amigos para recibir la herética tonsura. Un cambio públicamente celebrado por el anciano Eufimius, obispo de los trinitarios en Toletum, quien con encendidas palabras hizo ver que la virtud de aquel joven había crecido muy por encima de lo conseguido por su cuerpo, y que a pesar de hallarse todavía lejos de la edad precisa, era ya

merecedor de las órdenes mayores. Con una oración dirigida a Dios Todopoderoso para que le llenase con el poder del Espíritu, el prelado impuso sus manos sobre la cabeza de Nantila y dispuso una estola sobre su hombro izquierdo como símbolo del nuevo ministerio que recibía, que no era otro sino prestar ayuda a los presbíteros, servir en los sacramentos, portar la cruz y proclamar el Evangelio. Vanas obligaciones, juzgó Wilya, si bien estaba seguro de que su amigo habría de cumplirlas con eficacia, pues en sus ojos permanecía intacto aquel extraño fulgor y la apariencia de vagar alelado por recónditos espacios, inaccesibles para otros. Bien sabía él que desde las nebulosas jornadas en el monte Dircetius, Nantila vivía ausente de la veracidad del mundo y de los días, como si una sola voz escuchasen su oídos y no pudiera sustraerse a su dictado.

Durante la recolección, y en tanto Lucius se ocupaba de dirigir las labores en la villa, Wilya fue a ver a Koenraad en los pagos de Agali. Ninguna festividad parecía haber quebrado el sosiego del monasterio, y en tanto los siervos hacinaban gavillas en las eras o vigilaban el regadío de huertas y frutales, sus muros escondían el habitual y silencioso quehacer de los amanuenses. Allí halló al ostrogodo, encerrado entre sus libros y sin que su piel de cuero seco revelase cambio alguno después del año y medio transcurrido desde la última visita. Cuando le tuvo delante y por fin narró su percance en la guerra contra los francos, el anciano soltó uno de sus carraspeos que pretendían ser risas.

—Ya lo imaginaba por tus cartas.

Aquella sorpresiva afirmación sonaba más a alarde que a otra cosa. Apenas se habían cruzado un par de misivas en el último año, y Wilya tuvo buen cuidado de no mencionar en ellas su herida ni el desaliento en que ésta le había sumido.

—¿Cómo lo ibas a imaginar si no te dije una palabra?

—Leer entre líneas se llama a eso. El ánimo de quien escribe fluye de las frases como el manantial de entre las piedras, y el tuyo más parecía el de un reo condenado a muerte que el del enardecido guerrero de otras veces. Déjame ver esa herida.

Una vez examinada la clavícula, el físico disipó cualquier esperanza.

—Y aunque hubiera la mínima posibilidad de mejora —extendió sus brazos, y un notorio temblor le recorría los dedos—, mis manos ya no son tan firmes como para aventurarse con la cirugía. Bastante tienes con seguir respirando después de esa matadura.

El ostrogodo le ofrecía idéntica síntesis que los demás, una cordial invitación al conformismo, a asumir que el hecho de estar vivo ya era premio suficiente y que cualquier cabeza sensata aceptaría sin rechistar semejante regalo, aunque los mejores sueños hubiesen sido quebrados de raíz.

Tal vez el consejo de Koenraad fuera un reflejo de su propia resignación ante los notorios síntomas de decrepitud, pues si bien su discurso parecía dotado de la habitual lucidez, Wilya comprobó en los días sucesivos que su cuerpo se negaba a abandonar por largo tiempo la confortable seguridad de la silla, y su boca apenas

recibía otro alimento que algún trago de agua fresca de tarde en tarde. Raramente salía de su estancia, y de hacerlo, siempre acompañado por él, era para caminar unos pocos pasos en las tempranas horas en que el sol todavía no abrasaba, mientras que al llegar los dulces y reparadores momentos del ocaso tan propicios al paseo, buscaba ya con ansia la paz del lecho. Aunque no había perdido interés por la vida ni por los vivos.

—He oído que Recaredo ha adoptado a Goswinta. Hermoso gesto, y me alegro por ella.

Wilya quiso explicarle que el gesto que tanto alababa carecía de cualquier fundamento sentimental, y que la decisión de su primo no tenía otro fin que asegurarse el apoyo de la antigua reina. Pero no hizo falta que iniciase su discurso, porque Koenraad parecía conocer muy bien lo más profundo de las motivaciones humanas.

—Recaredo ha recibido una jugosa herencia —agregó el viejo bibliotecario—, el reino más poderoso que nunca hayan poseído los godos de oriente u occidente sobre la tierra. Y para mantenerlo necesita aliados. Bien sabe él que Goswinta puede abrirle de nuevo las puertas de Austrasia, cerradas desde la traición de su hermano.

—Busca amigos hasta debajo de las piedras. Ha convocado a los obispos para el próximo mes.

—¡Ah, los obispos! Siempre por medio la religión, la sal de todos los guisos. Decía Séneca que la gente común la tiene por cosa verdadera, mientras que los sabios la consideran falsa y los gobernante; como sumamente útil.

—Deduzco que tú, como sabio que eres, la tienes por falsa.

—No soy sabio —rechazó Koenraad—, y mi interés al citar al cordubense era más bien por lo que se refiere a los gobernantes.

—Ganarse al pastor para obtener su rebaño, como tú mismo decías. Pero él no necesita ganarse a quien ya tiene a su lado. Si alguna fidelidad está fuera de toda duda es la que muestran los clérigo; de fe goda.

—Algo querrá de ellos. Leovigildo les pidió que renunciasen a ciertos dogmas, y así lo hicieron. Verás cómo su hijo no se queda atrás.

La parsimoniosa vida en Agali, sin otras obligaciones que la diaria y nada exigente atención al viejo amigo, encendió de nuevo en Wilya la llama de la lectura. Y así, el tomo de Apuleius que, a pesar de las últimas decepciones, siempre le acompañaba como elemento imprescindible de su equipaje, devino en solitario cómplice de sus caminatas por el bosquecillo. Allí, a la sombra de los pinos, entre el zumbido de los tábanos y el cantar de las chicharras, y con la bendición de Koenraad, quien consideraba más provechoso ese ejercicio que el de martillear pedruscos o correr entre los troncos como hacía antaño, volvió a enfrentarse a las desventuras de Lucius.

Aunque estaba dispuesto a terminar por fin aquel libro, le costó recuperar el hilo de la narración, ya que los pormenores que antes le causaban risa se repetían una y

otra vez con situaciones muy parecidas y, por si fuera poco, entre largas peroratas sobre los dioses griegos que nunca llegaba a entender del todo. En cualquier caso, todo eran desgracias para Lucius, que pasaba de manos de los bandidos a sucesivos propietarios siempre en peligro de muerte, entre aventuras de adulterio, turbias conspiraciones y asesinados cuyos espíritus se aparecían para cobrarse justicia, como si la pobre bestia hubiese de ser obligado testigo de todas las infamias habidas sobre la tierra. Su fortuna cambiaba, no obstante, de forma imprevista, cuando el noble amo que le había caído en suerte descubría con divertida extrañeza que su asno era capaz de comer y beber, y con gran satisfacción además, iguales alimentos que los humanos. Así, y al tiempo que lo sentaba a su mesa, le enseñó, entre otras cosas, a negar y asentir con movimientos de cabeza o andar sobre sus patas traseras.

Las extraordinarias habilidades de Lucius cobraron tal fama que todos pagaban para conocer de cerca sus virtudes, y su dueño obtuvo buenos beneficios a su costa en cuantas oportunidades se presentaban. Y la más sorprendente de ellas fue dar contento a una distinguida señora encaprichada por copular con el admirable animal. Tan complacida quedó su lujuria que Lucius fue reclamado en su alcoba para las noches sucesivas, pero el amo consideró que la maestría de su asno en tan inefables menesteres daría más beneficios si era mostrada en público. Con tal fin, y para regocijo popular, se organizaron festejos en el teatro cuyo culmen habría de ser la cópula asnal con una convicta condenada a morir devorada por las fieras. Si bien a Lucius no le desagradaba en absoluto la idea de repetir tan satisfactoria experiencia, creía poco edificante hacerlo ante centenares de ojos, consideraba sucio aparearse con una mujer acusada de horrendos crímenes, y tenía la certeza, en fin, de que era un propósito más que peligroso, porque las fieras no distinguían entre inocentes o culpables y él corría igual riesgo de ser despedazado que la sentenciada.

El pudor, los escrúpulos y el miedo le empujaron a escapar de nuevo lo más lejos posible, hasta una playa donde fue sorprendido por la noche. En su desesperación, rogó a la Luna que le devolviese a su original naturaleza, y ésta, que dijo ser Isis, la diosa de los egipcios, tuvo a bien consolarlo y anunciarle que se cumpliría ese deseo si seguía sus consejos. Al día siguiente, una procesión en honor de la diosa recorría el lugar encabezada por varios sacerdotes. Lucius se aproximó a uno de éstos, que portaba colgada del brazo una corona de rosas. Comió de ellas y de inmediato se produjo el milagro, pues apareció como hombre desnudo ante la multitud mientras el sacerdote le recordaba que su religión le había devuelto la forma humana para ejemplo de herejes, y que sólo cuando sirviese a esa diosa salvadora se sentiría verdaderamente libre. En los capítulos postreros, mucho más solemnes y piadosos que los anteriores, Apuleius narraba cómo Lucius era educado en los secretos de la diosa Isis hasta alcanzar el rango sacerdotal de su religión.

Y así concluyó la *Metamorfosis*, el primer libro que Wilya conseguía leer de principio a fin, preguntándose qué habría querido decir Isidoras cuando lo comparó con Lucius. Tal vez le acusaba de vivir bajo una apariencia irreal, y que sólo la fe en

la diosa Isis le devolvería a la verdadera humanidad. Era una idea absurda, porque el hispalense despreciaba a los dioses paganos y cuanto significaban, de modo que quizá quiso hablarle en forma de parábola, y allí donde el autor había escrito Isis él quería que leyese la Trinidad para, con mil circunloquios, llamarle simplemente hereje y conminarlo a que se sumase a su secta.

Fuera esa u otra la interpretación, no tuvo demasiado tiempo para reflexionarlo en paz. Recién comenzado el otoño, Recaredo mandó a buscarle para que regresase a Toletum con urgencia. Al día siguiente, Wilya estaba en palacio frente a su primo, que con gesto un tanto severo le extendió un pergamino y se mantuvo en silencio para permitirle leerlo de principio a fin. No necesitó de la lectura, porque con un simple vistazo supo que era la carta que Granista había enviado a Leovigildo, de modo que devolvió la misiva al lugar que antes ocupaba sobre la mesa.

—¿La conocías?

—El duque me la leyó.

—Aprobaste que la enviaran a mi padre.

—Mi opinión no contaba —se excusó—. De nada habría servido intentar disuadirle de semejante ocurrencia.

—Eso es, una absurda ocurrencia, pensar que el reino pueda ser dividido. Y no es que dude de tu capacidad ni del derecho que te pueda asistir, pero si mi padre llevó en sus solas manos esta labor, yo debo hacer lo mismo.

—Le juré lealtad, tanto a él como al futuro que decidiese, sabiendo que tú eras ese futuro. Por otra parte, ningún noble de la Narbonense pronunció en la asamblea nombre distinto al tuyo. No hay por qué dudar de su compromiso.

—Lo sé, primo, lo sé. —Cabeceó Recaredo sin demasiada convicción.

—Ya que hablamos de lealtades, ¿cómo te fue con los obispos?

—Les he pedido buena voluntad, un poco de tolerancia hacia los trinitarios y sus dogmas.

—No estaría de más que pidieses a éstos una actitud parecida.

—Así lo haré en su momento.

—¿Y cuál ha sido la respuesta?

—Han aceptado celebrar un sínodo conjunto, doce obispos por cada parte, el próximo noviembre.

—Tiempo perdido.

Recaredo ignoró su lapidaria sentencia y puso en sus manos un nuevo pliego, aunque ahora, sin darle tiempo a que lo revisase, le explicó que el documento acreditaba la concesión de unas propiedades a su nombre.

—Son aledañas a tu villa, la que fue de tu madre. Con ellas duplicas casi su extensión. No me des las gracias. Es sólo un humilde premio por tu coraje frente a los usurpadores y contra los francos. —Y sin permitirle cualquier observación al respecto, el rey cambió de asunto—. Necesito un buen refrendario.

—Ya tienes el de tu padre.

—La semana pasada cayó desde la muralla y se despanzurró contra las rocas —explicó Recaredo con resignados aspavientos—. Era muy viejo, apenas veía ya, se tropezaba con una hoja. No sé cómo un hombre así tenía costumbres tan arriesgadas. En todo caso, había pensado sustituirle y quiero que tú ocupes su lugar.

—¿Me pides que me encierre entre legajos, custodiando un sello como si fuese tu propia vida?

—Y así es, Wilya, el sello real es la palabra misma del rey. Te estoy pidiendo que custodies mi lengua, mi voluntad, cada uno de mis secretos pensamientos. La más notoria prueba de confianza.

—Sé que no valgo ya como mediano guerrero, pero se me haría insufrible una labor tan sedentaria.

—Todavía has de ganar batallas, estoy seguro. —Recaredo hizo un gesto de resignación—. No puedo ofrecerte otro cargo por ahora sin descabalgar a quien lo posee, y prefiero evitar ofensas innecesarias a quienes apoyaron a mi padre.

—Ninguna deuda tienes conmigo.

—No hablo de deudas, sino de necesidad. Pocas cabezas hay en el reino como la tuya, y la necesito a mi lado. Así que, si no refrendario, serás mi más estrecho consejero.

—Apenas sirvo de conciencia de mí mismo, pero cuenta con ella si la necesitas. Y si quieres ya un primer consejo, favorece a Argimundo con tu generosidad y búscale un buen servicio en cualquier lugar donde pueda mostrar su valía.

—Ya lo tenía en cuenta. ¿Y qué hacer con Berulfo?

—Ha templado un poco su carácter y siempre fue leal —consideró—, pero es demasiado imprevisible. Mejor a tu lado que lejos de ti.

—Como Goswinta. Parecen uña y carne.

—No como Goswinta, sino como fiel amigo.

El palio de nubes otoñales que cubría Toletum agrisaba la mañana hasta casi robar la sombra a gentes y edificios. Aunque, sin amenaza aparente de agua, docenas de curiosos se había concentrado ante la puerta de Santa María para asistir al insólito pasatiempo de ver por una vez en su vida a tantos obispos antagonistas juntos. Y con verles pasar hubieron de contentarse, pues el rey consideraba que de puertas adentro sobraban los testigos, y éstas quedaron clausuradas una vez todos los asistentes hubieron traspasado el umbral camino de las penumbras, donde sólo los habituales servidores del culto estaban autorizados a permanecer como servicio a la ilustre asamblea.

En el interior, tal y como Recaredo había dispuesto, dos largas filas de sitiales enfrentados ocupaban el centro de la nave, mientras que él se había reservado sitio en la cabecera, de modo que tuviese a su derecha los prelados de fe goda y a su izquierda los trinitarios. Y a su lado Wilya, porque allí donde su primo hubiera de resolver asuntos que mereciesen de su juicio, él le seguía como si de un segundo Recaredo se tratase. Por obligación más que por gusto en este caso, ya que había

expresado con toda claridad su deseo de no verse sometido a lo que imaginaba iba a ser una vana disputa retórica.

—Me agrada la gente que sabe hablar, y disfruto con sus peleas de palabras —le replicó su primo sin admitir objeciones—. De todos se puede aprender.

Y con voluntad de aprender había aceptado encerrarse con aquellos hombres en el templo principal de la ciudad. Difuminadas por la luz temblorosa de los pebeteros, apenas unas pocas de aquellas graves caras le resultaban conocidas, entre ellas las de los metropolitanos Athaloc de Narbona, Sunna de Emérita y el toletano Uldidas, y también la de Ugnas, el obispo de Barcinona, a quien había tenido oportunidad de saludar durante las celebraciones tras la entronización de Recaredo. De entre los trinitarios, sólo a tres conocía, que eran el viejo Eufimius, quien meses atrás había consagrado a Nantila, Masona de Emérita y Leander de Hispalis.

A una señal del rey, Uldidas, como anfitrión del templo, tomó la palabra para solicitar las bendiciones celestiales con el rezo de un padrenuestro, cada cual según su liturgia. Todos en pie y mirando a un cielo que no veían, convirtieron la nave en un rumor, un incomprensible galimatías de frases entrecruzadas en godo y en latín que crecía en intensidad hasta hacerse grito, porque todos intentaban imponer su voz a las que escuchaban enfrente. Tras tan desalentador preliminar, Recaredo se dirigió a los reunidos con voz pausada y ánimo firme para hablarles de sus proyectos para el reino, que no eran otros sino fortalecer la unidad y modificar las costumbres para que todos, sin importar raza o creencias, se supiesen iguales ante una misma ley. Y si importante era que godos, romanos y suevos aceptaran de buen grado esa igualdad, más lo era que las dos religiones siempre enfrentadas se aviniesen a parecido acuerdo.

—Por eso os he convocado ante mí, para que juntos hallemos la forma de reducir las diferencias que os separan, es decir, vuestras respectivas opiniones sobre Cristo Nuestro Señor y el Espíritu, pues en el Padre todos hemos estado siempre unidos, como nuestra común oración acaba de demostrar.

Dicho esto, el rey tomó asiento y se abrió un tenso silencio, roto finalmente por Sunna:

—Difícil será, señor, que podamos llegar a un acuerdo. Lo que nos separa no es cosa nueva ni minúscula, y es creer en un Dios único o bien en tres dioses.

—Falso es que defendamos tres dioses —replicó airado Masona—, pues Uno solo es Dios, y trino.

—Decir eso es notoria herejía, además de sinsentido.

La repentina intervención de Athaloc levantó un murmullo en los bancos opuestos, que Recaredo apagó con severidad y con la exigencia de que los oradores no fuesen interrumpidos en lo sucesivo. Vuelto el silencio, invitó al obispo de Narbona a explicar su afirmación.

—Ya Orígenes sostuvo que el Padre es el verdadero Dios —apuntó éste—, en tanto que el Hijo es primogénito de toda creación y por lo tanto menos viejo, y al ser el camino para llegar a Él, a Él queda subordinado. Y el buen Arrio nos enseñó que el

Padre es el único Dios, el único increado, eterno y sin comienzo. Y que Cristo, aun habiendo sido creado antes que cualquier otra cosa, y siendo él mismo creador del universo, lo fue por voluntad del Padre y, por tanto, a éste debe subordinación.

—Muy lejos miras para defender tu pecaminosa creencia —intervino Leander—, pues todas esas herejías ya fueron declaradas anatema en Nicea, de esto hace más de doscientos cincuenta años. Y bien claro quedó allí que el Hijo es consustancial con el Padre, y que fue engendrado, y no hecho, y que creó todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra, y que por los hombres y su salvación descendió y se encarnó, se hizo hombre, padeció y resucitó al tercer día, subió a los cielos y ha de venir a juzgar a vivos y muertos. Y son anatema los que afirman que hubo un tiempo en que, antes de ser engendrado, el Hijo de Dios no existió, y que fue hecho de la nada, o los que dicen que es de otra persona, de otra sustancia distinta del Padre, o es cambiable o mudable.

—Todos sabemos cómo se llegó a tan inmoral doctrina —terció Sunna—, y que fue el emperador Constantino, un pagano, quien impuso a ese sínodo la aberrante idea de que el Hijo es consustancial al Padre. Dos dioses les impuso. Y así lo aceptaron los herejes, que no Arrio.

—Y por si dos fueran pocos —abundó Athaloc—, los mismos sacrílegos elevaron luego al Espíritu a igual naturaleza que Dios Padre.

—No uno, sino muchos concilios posteriores confirmaron eso de lo que vosotros renegáis —apuntó un apagado Eufimius desde las filas trinitarias—, y el que convocó Dámaso en Roma dejó muy claro que la Trinidad son tres personas verdaderas, iguales, eternas, que todo lo contienen, sea visible o invisible, y que todo lo pueden, lo juzgan, lo vivifican y lo salvan. Y que es anatema quien lo niegue.

—Buen ejemplo nos traes —el emeritense Sunna parecía haber asumido el protagonismo entre los representantes de fe goda—, a ese Dámaso que reclamó para sí el poder sobre toda la secta trinitaria y que expulsó la lengua griega de la liturgia para apartar más a Alexandria y Constantinopolis de la disputa por la primacía. Buen ejemplo Dámaso, aquel que impuso la superstición del culto al apóstol Pedro, a los mártires y las reliquias.

—Acusáis al venerable Dámaso —protestó el toletano— de usar en la liturgia la misma lengua que empleamos a diario, en tanto que vosotros os dirigís a Dios en una lengua bárbara que nadie, ni siquiera vuestros sacerdotes, entienden.

Recaredo asistía imperturbable al debate, como si disfrutase efectivamente de esa agria polémica que enseguida derivó en referencias a autores de los que en su mayoría Wilya nunca había oído hablar, mucho menos su primo. Sustentados en textos leídos a la exigua luz de los pebeteros, o bien con citas aprendidas de memoria, los nombres de Ignacio de Antioquía, Clemente de Roma, Policarpo de Esmirna, Justino el Mártir, Atenágoras, Tertuliano, Ireneo, Hipólito o Cipriano eran esgrimidos como punzantes garrotes para defender una opinión o su contraria según el bando.

A Wilya le resultaba imposible seguir el hilo de tan sesudos y oscuros

argumentos, y pronto se desentendió de ellos. Tenía suficiente con cuanto conocía al respecto, aprendido de Koenraad y Galmerico, para quienes la herejía romana nacida en aquel mencionado concilio de Nicea había sido una superchería urdida e impuesta por Constantino para eliminar la amenaza de una división religiosa en su imperio. Argucia remachada sesenta años después por el emperador Teodosio quien, con parecido método, elevó al Espíritu Santo a categoría divina. Y de este modo, aquel Padre anunciado como Dios Único por Jesucristo y sus discípulos, a cuyo servicio estaban tanto el Hijo como el Espíritu, se convirtió en un incomprensible ser trino. Desde entonces decían los herejes que el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu es Dios, pero que no había tres dioses, sino uno solo.

Koenraad, que parecía más instruido que Galmerico en tales asuntos, le había hablado de las influencias paganas en aquel drástico cambio, pues al fin y al cabo eso era Constantino, un pagano convencido de que el signo de Cristo en sus estandartes era tan útil en el campo de batalla como en el cotidiano gobierno. Según el ostrogodo, los antiguos eran devotos admiradores de las ternas divinas, y entre ellos los egipcios, de quienes lo habían heredado los griegos y más tarde los romanos. Y muchos años antes de que Cristo naciese, el filósofo Platón ya había difundido ideas parecidas, y después uno llamado Filón, aunque ni ellos ni ningún otro llegaron al extravío de considerar tres dioses distintos como uno solo.

—Nada dicen las Sagradas Escrituras de ese dios trino que defendéis. —El grito de Sunna reclamaba de nuevo su atención—. Y si la Palabra de Dios no se molesta en mencionarlo es porque se trata de un falso artificio humano.

—¿Nada dicen? —gritó indignado Masona—. ¿Qué Escrituras leéis los herejes?

Los dos obispos emeritenses andaban enzarzados como si ambos hubiesen acaparado para sí, con la aquiescencia de los suyos, la representación de las respectivas posiciones. Y si uno elevaba la voz con notoria irritación, el otro replicaba con similar conducta:

—Mostradme una sola línea de ellas donde se afirme que Dios está formado por tres personas distintas que son un solo Dios. No las hallaréis, porque ni los profetas, ni Jesucristo, ni sus apóstoles, ni los primeros discípulos de éstos predicaron nunca tamaña insensatez.

—¿Acaso no dejó escritas Mateo las palabras del Señor al despedirse?: «Id, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». ¿Tan ciegos y sordos estáis para no entenderlo?

—Y si yo le ordenase a un siervo: «Ve y entrega esta limosna en nombre de Ugnas, Athaloc y Uldidas», ¿significa eso que los tres son iguales en estatura, origen o edad? ¿Acaso significa que son una misma cosa? No negamos las tres Personas, sino que afirmamos que son bien distintas, y sólo el Padre es Dios, tal y como lo creyeron todos en los primeros siglos. Así os lo dicen las Escrituras, si sois capaces de leerlas sin esa obstinación en una doctrina ajena al mensaje del Señor e impuesta por los hombres.

—Lo que con desprecio llamáis obstinación es fe en las palabras del Salvador, quien dijo: «Yo y mi Padre somos uno», tal y como dejó escrito Juan. Aunque tampoco ese claro testimonio de identidad os ha de servir, porque las tinieblas os nublan el entendimiento.

—Buen testigo eliges para tu argumentación, Masona —intervino de nuevo Athaloc, esta vez provisto de un tomo abierto—. El apóstol Juan, el amado del Señor a quien sólo verdad puede atribuirse. Escuchad de qué modo nos narra el ruego del Salvador al Padre por sus discípulos: «Para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno». Si hemos de seguir tu lógica, Nuestro Señor le pedía a su Padre que elevase a los discípulos a categoría divina y que todos juntos llegasen a ser un solo dios de una misma sustancia.

Un rumor de desaprobación cercano al abucheo coreó las últimas palabras de Athaloc desde el bando trinitario.

—Coincidimos todos en que es una ridícula deducción. —Sunna se impuso al murmullo—. Tan ridícula como interpretar que ser uno con Dios significa compartir íntegramente su ser, sustancia y eternidad, porque en ambos casos, por lo que nos refiere Juan, el Señor nos quería explicar la conformidad de espíritu, pensamiento e intenciones entre el Padre, Él mismo, y sus discípulos.

—También quieres hacerte intérprete de la Santa Palabra, de modo que Dios diga lo que tú deseas. A tu descarrío sumas el desprecio de la tradición y de los maestros.

—La tradición de vuestros maestros desprecio, ya que está fundada en la mentira. Leed los Proverbios, y a Mateo, y a Marcos, y al mismo Juan, y el Apocalipsis, y al apóstol Pedro. Todos nos dicen que el Padre creó al Hijo, de modo que éste no pudo existir desde la misma eternidad del Padre; y que el Hijo es menor que el Padre y de éste lo recibió todo y por su poder actúa, y así lo proclama una y otra vez el Salvador. Y que sólo el Padre, y no el Hijo, ni los ángeles, conoce el día y la hora del fin de los tiempos. Y que Cristo fue resucitado por Dios y no por sí mismo. Eso es lo que dicen las Escrituras, y esa pecaminosa aberración de los tres dioses iguales en uno no forma parte de sus enseñanzas.

—El Hijo fue engendrado por el Padre y no creado —protestó Masona—, y siempre existió, pues no tiene principio y es de su misma naturaleza, y afirmar lo contrario es anatema. El Padre nunca ha estado sin el Hijo, ni el Hijo sin el Espíritu, y esa misma Trinidad es inmutable y eternamente inalterable.

—Falso.

—Cierto. Como que Dios es trino y entrega al fuego eterno a quien lo niega.

—Falso.

Un confuso griterío sustituyó a los argumentos a partir de ahí, pues cada prelado increpaba al que tenía enfrente sin otro objeto que sobresalir con su voz por encima

del contrario. Recaredo se puso en pie, y de inmediato todos hicieron lo propio para devolver a Santa María el calmo silencio exigible en lugar sagrado. Wilya pensaba que al fin su primo había comprendido lo inútil de aquella asamblea y que daría por concluida tan notoria pérdida de tiempo. Pero éste, con un gesto de su mano, invitó a todos a sentarse de nuevo, y cuando él mismo hubo ocupado su sitial, les habló con firmeza:

—Me complace comprobar que la sabiduría habita tanto a mi derecha como a mi izquierda. Vuestros doctos razonamientos son dignos de ser sopesados, pero a nada llevar enzarzarse en una pelea que yo tenía ya por resuelta. Hace seis años —interpeló a los obispos de fe goda— aceptasteis que Padre e Hijo son de igual sustancia, del mismo modo que reconocisteis el sagrado poder de las reliquias y el valor de orar en los templos trinitarios.

—Así fue, señor —admitió Sunna—. Tu padre nos pidió tender esa mano hacia la secta romana, y nos pareció justo su propósito.

—Y con notables frutos, porque los seguidores de la fe predicada por Arrio se acrecentaron desde aquel venturoso día. ¿A qué viene entonces regresar a las viejas polémicas?

—Cuanto hicimos fue en honor a Leovigildo y a sus deseos de unidad, pero él ya no está con nosotros y tú mismo has comprobado que nunca ha habido voluntad de acercamiento por parte de los herejes. De nada sirve mantener la mano tendida si el otro la rechaza.

Recaredo admitió públicamente que no le faltaban razones a las quejas de Sunna, y se dirigió ahora a los trinitarios:

—Si los opuestos aceptaron al Hijo como igual a Dios Padre, así como la veneración de las reliquias martiriales y el valor de vuestros templos para el rezo, bueno sería que vosotros cedieseis también un poco para, al fin, abrazaros en un mismo camino.

—¿Y en qué podríamos ceder, señor, sobre materia tan grave como es la fe? —repuso Masona.

—Al igual que ellos han consentido respecto al Hijo, haced vosotros lo propio con el Espíritu y todos estaremos de acuerdo.

Un tímido abejorreo surgió de entre los trinitarios, que se miraban entre ellos con rostros de estupefacción, sin atreverse a replicar la propuesta real. Hasta que el anciano Eufimius tomó la palabra en nombre de todos ellos, que secundaron con ostensibles gestos de aprobación sus respetuosas y medidas frases:

—Ni por edad ni por rango tienes obligación alguna de conocer todos los sucesos del pasado, señor, y ese desconocimiento te exime de cualquier reproche. Pero lo que propones ya lo expuso tiempo atrás un tal Macedonius, y fue declarado anatema por nuestra católica Iglesia. No puede separarse el Espíritu de la Trinidad sin que Dios mismo padezca.

—¿Merece la pena discutir por una paloma más o menos?

Wilya observó que la ironía de su primo no había provocado la menor sonrisa entre los reunidos, ni en una parte ni en la opuesta, y estaba seguro de que sólo la dignidad real de quien había proferido semejante blasfemia lo libraba de las maldiciones que bullían en el interior de cada uno de los prelados presentes. Por fin, Leander, que se había mantenido en discreto silencio durante la mayor parte del debate, se puso en pie para, con la solemnidad propia de quien recita, dirigirse a Recaredo.

—Así como los cielos son más altos que la tierra, son mis caminos y mis pensamientos más altos que los vuestros, dice Dios, y el profeta Isaías nos lo dejó escrito. —El obispo hispalense hizo una pausa, acogida con general respeto, antes de continuar—: Pecaminoso orgullo es querer desvelar el misterio de Dios trino, señor, ya que no es la razón, sino la fe lo que nos lleva al Padre, al Hijo y al Santo Espíritu. Eso decimos y diremos siempre, y quien no lo acepte así queda fuera de toda salvación.

Surgieron de nuevo las ruidosas muestras de protesta, sobre las que se elevó la voz de Sunna.

—No hay orgullo más perverso que el que esconden tus últimas palabras, Leander, pues os erigís en jueces de la misericordia divina.

—Jueces somos —replicó el aludido—, pero no de Dios, sino de la herejía, y es nuestra obligación perseguirla allí donde se halle para exigir al desviado que abandone su perfidia y retorne a la unidad católica.

Tan tajante aseveración por parte de Leander puso fin a la asamblea, porque a partir de ahí ya no hubo modo de que nadie respetara la palabra del oponente, y Recaredo decidió abandonar el templo sin más protocolos con Wilya pegado a sus talones. Fuera, tras la guardia que custodiaba la puerta, los séquitos episcopales y la pequeña multitud de curiosos pudo observar los rostros desencajados de los primeros obispos que salían a la grisácea luz del día, en tanto el rey y su primo montaban sus caballos para regresar a palacio con semblante no menos serio.

Las coléricas disputas teológicas pasaron al olvido a medida que el invierno se apoderaba de la ciudad y el pensamiento de Recaredo quedó ocupado en propósitos más terrenos e inmediatos que decidir sobre si Dios era trino o no lo era. Así, Oppila, el embajador principal ante los reinos francos, que llegó invitado por el rey a las celebraciones de la Natividad, recibió nuevos y urgentes encargos de éste para los soberanos allende las fronteras. El más ambicioso de ellos era recuperar la alianza con Austrasia, proyecto para el cual Recaredo no sólo contaba con el decidido favor de Goswinta, sino con diez mil sueldos de oro del erario que viajarían con el legado bajo la custodia de una partida de guerreros cuando los caminos quedasen un poco libres de nieves. Tan espléndida donación debía convencer al rey Hildebert y a su madre Brunegilda de que el reino de los godos era por completo inocente de la penosa muerte de Ingundis, a quien se había intentado liberar de su reclusión en Carthagine. No se frenaban ahí los propósitos del rey. Además de la oferta de paz y la

compensación monetaria, Oppila trasladaría una propuesta de matrimonio del propio Recaredo hacia Clodosinda, hermana de Hildebert y tan nieta de Goswinta e hija de Brunegilda como lo había sido la fallecida Ingundis.

Oppila recibió el mandato con cierto optimismo en cuanto a su éxito, ya que, aparte de ser una oferta sumamente generosa, Austrasia andaba muy revuelta en los últimos meses por las ambiciones de una nobleza díscola y cada vez más audaz en sus exigencias. Un pacto matrimonial de semejante envergadura significaba sin duda un refuerzo para la autoridad de Hildebert que ni éste ni su madre se atreverían a rechazar. Otra cosa muy distinta, opinaba el legado, es lo que dijese Guntram, que aún se lamía las llagas de la derrota frente a Recaredo y cuyas decisiones consideraban muchos francos como sagrada palabra de patriarca. En cuanto a Fredegundis de Neustria, parecía claro que no iba a ver con buenos ojos esa boda tras el frustrado intento de emparentar con los visigodos, aunque su voluntad de alianza era ya tan frágil que no necesitaba de excusas para quebrarse.

A lo largo de las numerosas reuniones celebradas para debatir hasta los más mínimos pormenores del proyecto, Recaredo quedó convencido de que su embajador llevaría a buen fin la misión encomendada, si bien sugirió a Wilya que acompañase a Oppila en tan decisivo encargo. Y no tanto por custodiar los caudales que habría de poner en manos de éste como por ser un privilegiado protagonista de los esfuerzos por rescatar a Ingundis, cuyo testimonio podría resultar decisivo ante las presumibles resistencias iniciales de la familia austrasiana. El, no obstante, se desentendió de una oferta que nunca le llegó con la firmeza de una orden, pues no le complacía la idea de tan largo viaje y, por si fuera poco, tal y como le auguraron los físicos y el mismo Koenraad, los fríos invernales habían hecho mella en su maltratada clavícula y se pasaba los días en una dolorida desgana que con frecuencia se traducía en mal humor por la incapacidad a la que se veía sometido.

Concluida la prolongada estancia de Oppila, una vez la formidable comitiva del legado abandonó Toletum en busca de las calzadas norteñas, Recaredo pareció caer poco a poco en una suerte de ensimismamiento que le apartaba a menudo de cualquier comparecencia pública. El interés de Wilya por los motivos de tan recogida conducta quedaba saldado con monosílabos por parte de su primo, o bien con la mera declaración de que necesitaba de la soledad para madurar sus próximas decisiones como rey de los godos. No suponía su proceder, sin embargo, menosprecio alguno para quienes le trataban, puesto que en nada había mermado su vitalidad ni la necesaria atención a cuantos problemas cotidianos le fueran expuestos, sino que era su imagen la de un hombre dominado por el dilema, como si una descomunal batalla se librase en su interior y no deseara compartirla con nadie hasta que uno de los bandos se alzase claramente con la victoria.

Aquella victoria sobrevino una mañana, avanzado febrero, en que Recaredo aguardaba la llegada de Wilya en el acceso a la ciudadela, erguido sobre la montura con ademán resuelto.

—Sígueme —le dijo, y dirigió el trote de su caballo en busca de la puerta septentrional. Éste obedeció, complacido de aquel síntoma, seguro de que si su primo necesitaba revivir el brío de una galopada extramuros es que sus dudas habían sido por fin resueltas y el día era propicio para la confidencia. Franquearon juntos la muralla, acompasado el paso de sus monturas, y sólo cuando el pardo recinto de la ciudad quedó atrás, como si hubiese esperado a estar solos y sin más oídos que pudieran escucharle, el rey se decidió a hablar.

—Imposible el acuerdo.

—¿Qué acuerdo? —repuso él perplejo, inseguro de haber entendido la frase.

—Te hablo de los obispos.

—¿Los obispos? —dijo, aún desconcertado por el rumbo de la conversación—. Ya te lo advertí.

—Duros todos como rocas, cada uno con su verdad.

—Así es, aunque los argumentos de los nuestros parecen más ajustados a la razón. En ninguna cabeza cabe que tres personas distintas sean una sola, ni lo contrario.

—Si de razón hablamos, de acuerdo, aunque el buen discurrir no hace milagros.

—¿Qué demonios quieres decir?

—Ningún milagro pueden atestiguar nuestros obispos —arguyó Recaredo—. De pequeño presencié los intentos de Uldidas para curar a un ciego, y fracasó.

—¿Y son mejores los trinitarios? Mírame a mí. Sometido a todos sus ritos sobre tumbas de mártires, frotado de pies a cabeza con sus benditos y asquerosos huesos. ¿Soy acaso el resultado de un milagro?

—Puede que te falte la fe necesaria, tal y como dicen Masona y los suyos —repuso el rey entre carcajadas—. Quizá si te unieses a ellos, sus santos te tratarían con más benevolencia, querido primo.

—Te estás burlando.

—Burla sin malicia, en todo caso, y sólo a medias. La historia de los trinitarios está colmada de portentosos acontecimientos. Tú mismo los presenciaste en aquel monte de Emilianus, y oíste como yo al monje escoto que acompañaba a Miro. ¿Cómo se llamaba?

—Gur se llamaba. Pero ni en un caso ni en el otro hubo milagros, ni mucho menos ángeles. Nada más que escuché historias como las que cualquiera pueda inventar para entretener a los niños.

Recaredo espoleó su montura hasta conseguir un galope corto que les llevó a bordear las ruinas del circo romano para desviarse luego hacia la izquierda, y esa dirección suscitó en Wilya un súbito temor, como si un mal presagio sin forma ni límites se le hubiese asentado de repente en las tripas. El presentimiento se hizo realidad cuando el rey detuvo el caballo y descabalgó frente a la basílica de la mártir Leocadia, allí donde años atrás habían ofrecido su cuerpo maltrecho en busca de una imposible curación y más tarde hubo de acompañar a regañadientes las plegarias de

Ingundis.

—Nada digas a nadie de lo que vas a presenciar —le advirtió Recaredo, tomándole amistosamente del brazo para encaminarse al interior.

—¿Me castigarás con el exilio, como castigaron a Gur? —ironizó, en un intento de aplacar la creciente inquietud que se enseñoreaba de su pálpito—. ¿Es que piensas que van a descender los ángeles para recibirte ahí dentro?

No había ángeles en aquella lóbrega nave, sino un nutrido grupo de sombras, un séquito de clérigos dispuestos en torno a un hombre ataviado con ropajes episcopales que, una vez avanzaron en el interior y la tímida luz de los cirios les permitió ver su rostro, resultó ser Eufimius, el prelado de los trinitarios toletanos. Recaredo se adelantó unos pasos para, ante el estupor de su primo, quedar arrodillado frente al obispo. Lo que a partir de ahí sucedió le parecía a Wilya fruto de una alucinación, un acontecimiento fabulado cuyo origen sólo podía hallarse en un desconocido rincón de su mente que se hubiese alejado de la cordura para entregarse a una insensata orgía de despropósitos. Más creíble le habría resultado ver allí un centenar de seres celestiales revoloteando sobre sus cabezas que lo que ojos y oídos le dictaban. Y así, mientras hablaba el rey, él quería convencerse de que aquel lugar que aparentaba estar suspendido entre nubes era un mundo distinto al verdadero, similar quizás al que un día transitó merced a las pócimas de Badwila.

—Creo firmemente —decía Recaredo— que la verdad está de vuestra parte, y que, sin yo saberlo, cuanto he recibido hasta hoy pertenece al error. Por eso os pido con humilde y sincera esperanza que me aceptéis en el seno de vuestra religión.

Un rumor que mezclaba sorpresa y alborozo se adueñó del cortejo clerical, hasta que Eufimius, con entrecortadas palabras, fruto tanto de la ancianidad como de la emoción, dio respuesta a la demanda del genuflexo:

—¿Qué fe te mueve, buen rey, para venir a arrodillarte en lugar tan sagrado?

—La eterna y santa Trinidad me trae a vuestros pies, pues creo que hay un único Dios, y que el Padre es ingénito, y que el Hijo ha sido engendrado por el Padre, y que el Espíritu Santo procede de uno y de otro. Y que cuanto predica la católica Iglesia es verdadero de principio a fin.

Tras semejante declaración, que erizó los cabellos de Wilya, el obispo cubrió la distancia que le separaba de Recaredo para colocar sus dos manos sobre la cabeza de éste y, elevando la vista a la oscura techumbre, clamó:

—Omnipotente y sempiterno Dios, que te has dignado regenerar el torcido bautismo de este tu siervo y le has dado la remisión de sus pecados, envía sobre él desde el Cielo el Espíritu Santo consolador.

En respuesta a un gesto de Eufimius, dos acólitos se acercaron dotados de una cruz y de un pequeño cáliz de oro, donde aquél introdujo el pulgar de su mano derecha para extraerlo untado de aceite.

—Yo te marco con la señal de la cruz. —El prelado trazó con su dedo sobre la frente de Recaredo el signo que anunciaban sus palabras—. Y te confirmo con el

crisma de la salud en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Dicho esto, tomó de los hombros al rey y le hizo levantarse para recompensarle con un beso en la mejilla.

—La paz sea contigo —subrayó, y un coro de voces refrendó la fórmula, pero Wilya ya no pudo verlo, porque sus pies le conducían atropelladamente al exterior en busca de un aire limpio que se le hacía imprescindible para poder respirar.

La ira, la incredulidad y la amargura, entre otros confusos sentimientos, se habían aliado, como una partida de verdugos, para torturarle con sus invisibles garfios. El corazón le pedía montar su caballo y alejarse cuanto antes de un edificio que, más que templo, se le antojaba antesala del infierno, habitado sin duda por aquellos extraños espíritus que su amigo el herrero tenía por cómplices de los clérigos, malignas apariencias capaces de desviar la recta voluntad de los hombres y hasta de los reyes. Eso le exigía el corazón, pero la cabeza insinuaba algo muy distinto, y es que ningún espíritu tenía que ver con lo allí presenciado, sino que todo estaba dispuesto de antemano para aquella ceremonia, urdida en secreto por su primo y los trinitarios quién sabe desde cuánto tiempo atrás.

Asaeteado por cien dudas, estremecido de rabia, aguardó montado el regreso de Recaredo, que no tardó en producirse. Al poco apareció en la puerta, despedido con serviles muestras de felicidad por parte de Eufimius y sus presbíteros. A paso lento, pusieron rumbo a la ciudad sin intercambiar palabra durante largo rato, hasta que el rey quebró el gélido muro de silencio que los separaba.

—No vamos a pelearnos por esto.

—Te has vuelto loco.

—¿Para eso te elegí consejero, para que me insultes? —replicó burlón.

—Tú acabas de insultar a nuestro pueblo. Y estás cavando tu fosa.

—Exageras. Ni una cosa ni la otra.

—Eso mismo pensó tu hermano, y hubo guerra entre los godos.

—También en eso te equivocas —gritó esta vez Recaredo con un rictus de cólera en los ojos, aunque de inmediato aflojó su enfado—. No combatimos a Hermenegildo por su fe, sino por usurpar un poder que no le pertenecía. El no era rey, yo sí.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿De verdad crees que me importa el número de dioses que haya en los cielos? Cuando dije que una paloma no merece la menor disputa no estaba bromeando.

—Si así piensas, todavía lo entiendo menos.

—Hemos discutido por estas nimiedades durante siglos. Ya es hora de acabar con el enfrentamiento.

—¿A costa de la fe de tu nación? Dos se encuentran cuando ambos dan pasos hada el otro. Pero los trinitarios no se han movido de lugar y tú has ido a beber de su mano.

—El pastor sólo es uno, Wilya, y docenas las ovejas. Si quiere reunirías y éstas no atienden a su llamada, debe ir en su busca.

—O lanzarles los perros para que se las traigan.

—Vamos, no estás hablando en serio.

—Eso, o correr tras ellas hasta la rendición, que es lo que tú acabas de hacer.

El rey negó con un balanceo de cabeza, como si buscase argumentos que vencieran sus reticencias.

—¿Recuerdas —dijo por fin— cuando visitamos Recopolis por primera vez y comenté a mi padre lo innecesario de ese nuevo enclave? Entonces no lo entendí, pero ahora sé que no eligió por casualidad la Celtiberia para su fundación.

—¿Qué tendrá que ver Recopolis con lo que acabas de hacer?

—En esas tierras unieron su sangre los viejos pobladores que más tarde se enfrentaron a Roma. Ya no existen aquellos guerreros, sino que tras su derrota se mezclaron con los conquistadores y ahora son una misma cosa, pues a todos llamamos hispanos. Diez veces más numerosos que nosotros, y en su mayoría seguidores de los trinitarios.

—Muchos no lo son. La predicación de Arrio había prendido aquí antes de que llegásemos los godos. Nuestra fe no fue extraña para ellos, ni impuesta. La habían abrazado por libre voluntad a costa de ser perseguidos. ¿Qué dirán cuando sepan que su rey les ha traicionado?

—No vuelvas a usar esa palabra para referirte a mí. —Recaredo le apuntó con su índice acusador—. O serás tú el juzgado por traición.

Wilya se sumió en un férreo silencio a partir de ahí, no tanto en respuesta a la injusta amenaza recibida como por el dolor que le causaba la deserción de su mejor amigo. Y no es que le importara en absoluto si éste adoraba a uno u otro dios, o a ninguno, pues también Nantila se había unido a la secta trinitaria y seguía amándole como antes. Pero Recaredo era rey, de modo que sus actos adquirían un valor superior al del resto de los mortales, y lo que había hecho esa mañana sería visto por muchos como la cobarde rendición de un débil ante el superior número de sus adversarios. Vislumbraba un horizonte sangriento, y nada podía hacer para evitarlo salvo intentar convencer a su primo del error cometido por mucho que éste expresase una visión muy distinta respecto al porvenir.

—Mi padre levantó Recopolis como símbolo de un nuevo pueblo —sentenció el rey—, de una nación que ha de sumar la sabiduría de los romanos al valor de los godos. Por eso reformó la ley para que los preceptos no nos roben el futuro. Y tú deberías ser el primero en comprenderlo, porque ya posees la sangre de ambos y representas esa nueva raza. Nuestros reyes, algún día, serán como tú.

Algún día, murmuró Wilya con sarcasmo al escuchar tan esperanzadores augurios. Sí, tal vez algún día los reyes serían como él, pero con dos brazos útiles y de fe trinitaria; es decir, completamente distintos.

De nada le sirvió a Recaredo consumar con tanta reserva la traición a la fe de sus padres. A los pocos días de tan triste fecha ya era un secreto a voces divulgado por los propios trinitarios, que se ufanaban de ello como si de una hazaña propia se

tratase. Tanto en palacio como en plazas y mercados, los rumores crecían con la misma fuerza que las bolas de nieve en la pendiente, y nadie era capaz de jurar si lo que se aseguraba en los templos romanos era cosa cierta o una calumniosa conspiración contra el joven rey. Wilya, preso de su compromiso de silencio, intentaba desentenderse de las habladurías y eludir con mejor o peor suerte cuantas preguntas le llegaran requiriendo su parecer sobre tan escandaloso asunto. Aun así, la incómoda atmósfera de la corte empezaba a parecerse a la vivida tiempo atrás, cuando Leovigildo dictó su magnánima sentencia contra el hijo rebelde; al igual que entonces, se multiplicaban los corrillos por todas partes, y con similar recelo entre los murmuradores hacia oídos extraños.

La noticia no se había detenido en los límites de Toletum, sino que sobrepasaba las murallas hasta alcanzar los lugares más insospechados, y el mismísimo Koenraad le había hecho llegar una epístola desde su apartado encierro en Agali, una carta de letras temblorosas, como lo estaban sus manos la última vez que le vio, con reflexiones al respecto. Cierto que en ella no se mencionaban en absoluto nombres ni hechos, aunque de su lectura podía inferirse que el anciano bibliotecario conocía lo sucedido con tanta precisión como si hubiese estado presente aquella mañana en la basílica de la mártir. Su disimulada retórica parecía querer ocultar a lectores inadecuados un mensaje dirigido sólo a quien fuese capaz de entenderlo, y él lo entendía con toda nitidez: «Se acerca el tiempo de hornear el pan, los días en que cada grano ha de hacerse harina, y luego masa compacta para recibir el efecto curativo de las brasas. No hay lugar ya para los grumos, sino que todo se hará homogéneo bajo la presión del rodillo y las hábiles manos del artesano que haya de dictar la correcta forma».

Y más adelante, tras similares consideraciones en torno a la misma idea, aunque lejos ya de oscuras metáforas, concluía: «Santos, reyes e impostores se encaraman a un mismo altar para mostrarnos un único y feliz paraíso terrenal. Y oculto bajo sus pies, un interminable elenco de heresiarcas, impíos y malditos, condenados todos, como sus obras, a desvanecerse entre las llamas del fuego que todo lo purifica por el exterminio de lo distinto. La derrota es hija primogénita de la cobardía, de modo que a la verdad sólo le queda resistirse a ésta. Resistir, Wilya, resistir y resistir: sólo eso nos queda».

El aciago panorama expuesto en aquella misiva y su llamada final a la firmeza, lejos de consolarle, habían alimentado su pesimismo, pero más contribuyeron a ello ciertos acontecimientos sucedidos en las semanas siguientes. Y es que, desde la cercanía que le otorgaba su puesto de confianza, Wilya fue el primero en enterarse de las disposiciones reales a favor de la secta trinitaria y en contra de jueces y altos funcionarios. Existía entre ambos una vieja querella, porque estos últimos se valían a veces de los siervos eclesiásticos para cumplir trabajos de todo género, y tal libertad para disponer de sus bienes privados era recibida por los obispos como notorio abuso. No les bastaba a éstos con excomulgar a los implicados, porque a pesar de pertenecer

en su mayoría a la fe romana, ese estigma les producía parecido dolor al de la picadura de un mosquito y ninguna contrición, de modo que solicitaron de Recaredo el escarmiento de semejantes prácticas. El rey, sensato al menos en sus primeros pasos en beneficio de la herejía, desestimó los inmediatos castigos que se le habían pedido, pero dictó condena para quienes de ahí en adelante osaran poner sus ojos en tan exclusivo patrimonio.

Si esta vez Recaredo fue capaz de mostrar cierta cordura, y con ello contener un poco los rumores sobre el abandono de su religión, no sucedió igual en sus siguientes pasos. Con la misma osadía con que la primavera domeñaba al mortecino invierno para anunciar el albor de una nueva vida, el rey hizo sus primeros y temerarios avisos de que su reinado habría de ser muy distinto al de sus predecesores. Iglesias pertenecientes a la fe goda fueron entregadas a los trinitarios, y con ellas sus posesiones, fueran éstas en forma de peculio, tierras o esclavos, de modo que sus clérigos quedaron en la calle a merced de la caridad. Y todo ello sin audiencias de justicia de por medio, ya que bastaba con que los reclamantes alegasen presuntos derechos de antigüedad para que el rey dictara de inmediato orden de expropiación.

Ante una atónita corte que no daba crédito a los hechos, Toletum volvió a convertirse en lugar de peregrinación de agraviados, como había sucedido años atrás cuando Hermenegildo hizo cosas parecidas en la Betica. Pero los desposeídos, que en aquella ocasión contaban con el amparo de Leovigildo, sólo hallaron en la pétrea voluntad de Recaredo una invitación a sumarse a la herejía trinitaria para así recuperar cuanto les había sido arrebatado. Tan arbitrarios decretos llegaron pronto a oídos de la gente, y se supo de disturbios promovidos por descontentos en varios lugares, alguno de los cuales, acallado por la fuerza, vio la primera sangre leal injustamente vertida.

Ya no era preciso mantener en secreto el cambio sufrido por el rey, ni que éste declarase en alta voz lo que a diario demostraba con sus hechos, y por si alguien albergase todavía dudas al respecto, el propio Recaredo se encargó de zanjarlas con una superior infamia. Un domingo de abril, en solemne ceremonia a la que habían sido convocados todos los nobles de la ciudad, con la presencia de Masona, Leander y otros obispos trinitarios, y ante una multitud dominada por el fervor, la incredulidad o las lágrimas según la creencia de cada cual, la iglesia de Santa María dejó de pertenecer a sus dueños para ser entregada a la religión romana. El principal templo de la capital del reino, la sede de Uldidas, pasó a manos de Eufimius, quien, con el fausto que tan notable acto requería, roció con agua bendita muros, naves y altar para barrer de ellos cualquier memoria de la fe goda y expulsar de allí los ecos de su impenetrable liturgia. Como colofón a su pomposo ritual, bendijo también una lápida que los canteros habían afianzado en la fachada junto a la puerta con una inscripción en recuerdo del ultraje.

«En nombre del Señor —podía leerse—, la iglesia de Santa María fue consagrada en católico el 12 de abril del primer año del feliz reinado de nuestro señor, el

gloriosísimo rey Flavio Recaredo, en el año 587». Y a su lado, como inconfundible sello de sus nuevos propietarios, el frío y hostil lábaro retaba jactancioso a todos los presentes.

—Leovigildo estará removiéndose en su tumba.

La frase de Berulfo, expresada al oído de Wilya con toda cautela en plena ceremonia, le había parecido a éste nacida de su propio pensamiento. Su amigo tenía razón, pues, además de lo que ese templo significaba para los godos y para los hispanos que compartían su fe, bajo aquel techo yacía el mejor de los reyes, condenado a sufrir tamaña humillación y a seguir soportándola en el futuro sin poder defenderse, ni siquiera con aquel bello acero forjado por Badwila que le había acompañado al sepulcro.

Aunque tampoco los vivos de palacio parecían presentar mucha disconformidad con tan insultantes cambios, al menos no públicamente, si bien allí las miradas de todos se habían tornado esquivas y las pocas sonrisas eran tan falsas como dagas dispuestas a clavarse en la espalda de cualquiera. Goswinta vivía recluida en su alcoba murmurando contra la osadía de un rey demasiado joven que desdeñaba los consejos de sus mayores, Uldidas apenas salía del oratorio ni Egica de su casa, y a Galmerico se lo llevaban los demonios. Argimundo había hecho del mutismo su mejor virtud y solía pasear a solas, a grandes trancos, lo más apartado posible de estancias donde pudiera cruzarse con una mirada. Berulfo, por el contrario, libre al parecer de aquellos antiguos males provocados por el alma errante de Sigila, lo observaba todo con una rara objetividad y exponía sus pareceres sin pasión, como si lo sucedido a su alrededor, por grave que fuese, no pudiera afectarle. En cuanto a Badwila, cada vez más alejado de las tareas en la fragua por la dolencia que corroía su pecho, tanto le daba que el padre de su nieto fuese una cosa u otra, porque ambas sectas le habían parecido siempre indignas de un godo.

Wilya se veía como el único opositor al demencial extravío del rey. Habían discutido con motivo de las expropiaciones, y la riña que siguió al conocerse la forma en que fueron resueltos los disturbios llegó a tal punto que en los días sucesivos ni se dirigieron la palabra. Pero Recaredo siempre le buscaba para apelar al mutuo afecto, para exponerle la bondad de sus propósitos y requerir su confianza hacia éstos. Y él acababa cediendo a pesar de su aversión hacia la senda tomada por su primo, y lo hacía movido por la súplica de un amigo que decía necesitarle, por la lealtad jurada a Leovigildo y porque creía ser el único hombre sobre la tierra capaz de frenar tanta locura, o al menos mitigarla, con la firme defensa de sus opiniones.

Esa tarde, tras presenciar impotente el expolio del templo principal de Toletum, su indignación había cobrado la fuerza de una tempestad, y su encuentro privado con el rey corría peligro de convertirse en otra violenta discordia de imprevisible desenlace. Consciente de que nada podía hacer ya ante los hechos consumados, probada la inutilidad de cualquier razonamiento sensato frente a su primo, decidió mostrar su cara más mordaz y hacer uso del sarcasmo, de una soterrada ironía, para

criticar la nueva vileza.

—Así que Flavio Recaredo —se burló, en alusión al texto escrito en la lápida.

—¿Y por qué no?

—Suena ridículo.

—Suena majestuoso, Wilya. El ostrogodo Theudis ya usó ese gentilicio cuando era nuestro rey.

—Sí, el del emperador Constantino. Eso te crees, un elegido de Dios.

—Deja las teologías para el clero —le reprendió el rey—. Sabes que sólo pienso en los hombres, en el reino. Como Constantino, por cierto, y justo es reconocer su astucia en ese caso. Lo de Flavio fue idea de Leander, y no voy a rechazar esa muestra de devoción por exceso de modestia.

—Confundes devotos con aduladores.

—¿Tan cándido me crees?

—Candidez o ceguera, poco importa cómo lo llames. Mientras tú agasajas a los trinitarios, crece el descontento. Nos conduces a otra guerra civil.

—Si así sucede, confío en tenerte cerca. Pero, salvo mínimos incidentes, no veo por ninguna parte ese descontento que dices. Tú eres el único aguijón que tengo que soportar.

—Despídeme de consejero. Te libras del aguijón y yo del deber de hostigarte.

—¿Para convertirme en un hombre sin conciencia? —rió Recaredo—. No puedo desprenderme de ti.

El cinismo que destilaban esas palabras no hizo mella en el ánimo de Wilya, que supo dar la vuelta al argumento con la necesaria serenidad.

—Pues como conciencia te hablo entonces. Ya es hora de que los restos de tu padre viajen a Recopolis, donde quería ser enterrado.

—No —repuso su primo tras unos instantes de reflexión—. Mi padre seguirá en Toletum. Éste fue su hogar y desde aquí levantó el gran reino que hoy disfrutamos. Yo seré el primer rey que descanse allí. Si aquella ciudad es símbolo de la nueva nación, justo es que yo estrene su tierra y sus gusanos. —Y ante el contrariado gesto de Wilya, añadió—: Y no sientas escrúpulos de que tu amado tío repose en un templo trinitario, porque la iglesia de Recopolis pronto será tan católica como Santa María.

—Escrúpulos es de lo que careces. Ya hablas como ellos. Hace poco que sólo tenías por católicos a los nuestros.

—Tú lo dijiste antes, amigo mío: qué importan las palabras. A ellos les gusta ser llamados así y no pienso discutírselo. Abandona esa insultante tozudez, y alegra la cara porque hay buenas noticias de Austrasia.

Al parecer, las mañas de Oppila y el dineral que respaldaba sus argumentos habían ablandado los corazones de Hildebert y Brunegilda, quienes no se limitaban a declarar la inocencia visigoda en la muerte de Ingundis, sino que suscribían con gran regocijo tanto la propuesta alianza como los esponsales de Recaredo y Clodosinda.

—Que tengas un feliz matrimonio —replicó él, sin molestarse en ocultar su frío

desinterés por asuntos que en tan crítica coyuntura se le antojaban secundarios.

—Ésa es la parte más difícil. No entregarán a Clodosinda sin el beneplácito de Guntram, y éste se niega a recibir a Oppila y despide de malos modos a sus enviados.

—Le castigaste bien en la Narbonense y quiere hacértelo pagar. Prepara otros diez mil sueldos para él y tendrás tu boda.

—Sería una esposa demasiado cara —desestimó el rey—. Estoy seguro de que tú sabrás convencerlo.

JUICIO DE DIOS

Toletum, primavera de 587

Hastiado de los sombríos auspicios que planeaban sobre la ciudad y sobre su propia amistad con Recaredo, Wilya había recibido la orden de éste como un alivio, siquiera pasajero, a su malestar. La antigua y entonces rechazada sugerencia de su primo para que interviniese como embajador ante los francos, convertida ahora en mandato, más le parecía una bendición que una difícil y fatigosa responsabilidad, y su despedida de Toletum el mejor antídoto contra tanto veneno acumulado en las entrañas. Enfrentarse a Guntram, por desagradable que pudiese imaginar ese encuentro, se le antojaba una idea mucho más feliz que asistir impotente a la cotidiana destrucción de los cimientos del reino.

Para tal empresa no podría contar con la experiencia de Oppila, dedicado a sus labores de persuasión por tierras austrasianas y neustrias y vetado por el rey de Burgundia, de modo que una vez cruzada la frontera, amén del documento que le acreditaba como enviado personal del rey visigodo, habría de arreglárselas con la ayuda de agentes de menor rango e influencia y de las virtudes de su ingenio. Con absoluta libertad para elegir su séquito, pensó en Berulfo, pero el odio de su amigo hacia los francos le convertía en grave inconveniente más que en provechosa compañía. Tampoco Argimundo estaba disponible, porque el rey le tenía reservados otros cometidos, así que decidió confiar en quien ya le había demostrado hábil lealtad en un trance anterior.

A pesar de su alegría por el reencuentro y de su tradicional hospitalidad, Itzak Benyamin declinó la propuesta, pues, felizmente casado, esperaba el nacimiento de su primer hijo a comienzos del verano y deseaba estar presente cuando eso sucediera. Además, según el hebreo, el rey de Burgundia no estimaba a los de su raza y, de acompañarlo, sólo sería un estorbo para sus planes. Bromearon con la idea de que Itzak cambiase su pelo al color pajizo para hacerse pasar por godo, pero ambos admitieron que ni los mejores tintes serían capaces de disimular su piel. Y al comentar con el hebreo aquella aventura, Wilya no pudo eludir un recuerdo, el de las suaves manos de Mariam sobre su propia piel en aquel empeño por transformarle en quien no era, y el fogoso arrebato que en él había desatado la joven. Pero no hizo preguntas acerca de ella. De nada servía interesarse por lo inalcanzable. Y es que el judío estaba en lo cierto, y del mismo modo que ningún tinte podía cambiar el tostado color de su raza, ninguna pasión extraña a la misma parecía tener posibilidad alguna de prosperar por mucho que las recientes leyes lo permitieran. Así que ni la piel ni la voluntad de Itzak pudo cambiar con su pertinaz y jugosa oferta, aunque obtuvo de él algunos nombres de parientes y conocidos que podrían ayudarlo en caso de necesidad durante el largo viaje.

Sin otro séquito que tres veteranos siervos partió hacia Tarraco, y en provisional compañía de Argimundo, quien debía representar allí al rey en un encuentro con el duque Sisberto. El que fuera favorito de Goswinta nunca había hecho gala de locuacidad, pero los sucesos de los últimos meses le habían convertido en un hombre tan impenetrable que compartir con él las dudas sobre el futuro resultaba tarea imposible. Durante las dos semanas empleadas en cubrir el itinerario hasta la capital tarraconense apenas intercambiaron palabra más allá de obviedades, y cada vez que Wilya dejaba caer alguna observación sobre el sorprendente cambio de Recaredo, poco más que breves gruñidos recibía de boca de su amigo. Tan evasiva actitud decía bien a las claras, en su opinión, que tampoco éste miraba con buenos ojos cuanto estaba sucediendo, si bien se mordía le lengua por cautela y para no alimentar dudas sobre su lealtad. Bastante sufrimiento le había costado recuperar su fama tras haber sido el brazo derecho de Hermenegildo.

Despedido Argimundo en las puertas de Tarraco, Wilya soslayó las defensas de la ciudad, una poderosa muralla que se elevaba hasta la altura de casi diez hombres, para dirigirse directamente al puerto y buscar la manera de ir por mar hasta Massilia, en las tierras meridionales de Burgundia. Con su plan, a pesar de que la idea de pisar de nuevo un barco le resultase más que ingrata, no sólo ahorraba jornadas de marcha, sino que además eludía el paso por la Narbonense y las incómodas explicaciones que sus nobles le exigirían sin duda acerca de cuanto acontecía en Toletum.

A bordo de una discreta embarcación de mercaderes sirios, y navegando sin perder de vista la costa para evitar encuentros con la flota imperial que fondeaba en las islas llamadas Baleares, al quinto atardecer los viajeros surcaron un entrante de agua en cuyo fondo se hallaba el puerto, un amarradero amplio y muy concurrido de naves y gentes. Así plantaron pie en la patria de Petronius, una bella ciudad de edificios bruñidos en rojo por el sol declinante y alzados tras defensas que se asentaban casi sobre el propio muelle.

Una vez en tierra, de nada le sirvió demostrar su calidad de embajador visigodo, pues las tropas de guardia en el desembarcadero, al echarse a la cara tan declarado enemigo, decidieron encerrarle con su pequeño séquito a la espera de órdenes superiores. Aunque el trato de los guerreros francos fue respetuoso, y ante el riesgo de que ese proceder se torciera en animosidad o hubieran de pasar varios días entre cuatro paredes, le pareció aconsejable requerir antes de lo previsto la mediación de un tal Florentius, diácono galorromano al servicio del obispo local, que ya había prestado generosa ayuda a Oppila durante sus viajes por aquellos pagos y cuyo nombre le había sido recomendado por Recaredo. El clérigo apareció al día siguiente con la orden de libertad sellada por el propio conde de Massilia, y, tras conocer el propósito que le había llevado hasta allí, se puso a su disposición para acompañarlo hasta el mismo Guntram si obtenía la necesaria licencia de su prelado. Dos días más hubieron de aguardar a que ese permiso llegase, si bien ahora en un cómodo alojamiento en la parte alta de la ciudad; una demora que mereció la pena, porque

Florentius se presentó además con un salvoconducto del citado conde para que pudiesen transitar sin trabas por el territorio de sus dominios.

Florentius era un hombrecillo cercano a los cuarenta años, afable, vivaz y parlanchín, que enseguida se hacía merecedor de toda confianza. Y no sólo por haberles ahorrado jornadas de cautiverio y facilitarles la tarea con su presencia, sino porque, a pesar de ser trinitario, daba la impresión de albergar cierta simpatía por la raza goda. No en vano el gobierno de los francos era allí muy reciente comparado con los decenios que los visigodos habían vivido en aquellas costas, de modo que las gentes de Massilia habían formado parte de ese reino hasta apenas cuarenta años atrás, y muchas de ellas tendrían aún parentela al otro lado de la frontera.

Ya desde las primeras palabras de Florentius podía inferirse un cierto desdén por su parte hacia los nuevos gobernantes y no poca complicidad con los antiguos. Así, al iniciar el viaje dotó a Wilya de unos ramos de verbena como los que él mismo había dispuesto en los arreos a ambos lados de su mula. Los báculos adornados con tan ásperas hojas, según dijo, eran tenidos por sagrados entre los francos, y símbolo de las pacíficas intenciones del portador, de modo que nadie más que un desalmado se atrevería a molestar una comitiva provista de semejante protección.

—Estas ramitas son tan útiles como todos los documentos que puedas llevar, o quizá más —le explicó—. Costumbres bárbaras, sí, pero, al fin y al cabo, ellos no tuvieron la fortuna de conocer la civilización de Roma como nuestros pueblos.

El diácono no era devoto de los francos, pero lejos de mostrar hostilidad hacia ellos parecía juzgarlos con paternal comprensión, nacida quizá de sus sagrados deberes para con los dioses y del deseo de llevar la paz a sus congéneres. Al menos ése fue el argumento esgrimido por éste cuando Wilya quiso agradecer su apoyo, ya que dijo estar dispuesto a poner de su parte cuanto fuera necesario para que la guerra desapareciese de la tierra, y que daba por bueno cualquier esfuerzo para conseguirlo, incluso ir con él hasta Lugdunum para que hablase de pactos con el rey de Burgundia.

Por fortuna, la distancia que separaba Massilia de aquella ciudad ya había sido recorrida muchos siglos atrás por las legiones romanas, y la vieja calzada, que allí llamaban Via Agrippa, se conservaba en suficiente buen estado como para facilitar la marcha sin las incomodidades propias de los senderos y atajos naturales. La ruta discurría, aguas arriba, por la orilla izquierda del Rhodanus, aunque su trazado se abría paso entre las suaves faldas de las colinas próximas al río y a prudencial distancia del mismo para evitar las tierras bajas, a menudo anegadas por el caudaloso cauce.

Durante las jornadas que duró la marcha, amparados siempre por una hermosa y benigna primavera apenas ensuciada por algún venial chubasco, Wilya tuvo ocasión de conocer un poco mejor al hombre cuya voluntad debía forzar en beneficio de Recaredo. Y es que Florentius parecía saberlo todo sobre Guntram, un anciano marcado por una suerte de maldición personal que le había condenado a una triste soledad. Las tres mujeres de su vida habían fallecido, como habían muerto los cuatro

hijos que éstas le dieron. Su primera esposa, tras parir un hijo, hizo asesinar al que previamente había tenido el rey con una concubina, y luego perdió al suyo poco antes de morir ella misma, ya repudiada por su crimen. Los dos hijos que le dio su segunda esposa murieron también durante la epidemia de disentería que se había ensañado con el reino diez años atrás. Y ésta falleció poco después, aunque, convencida de que había sido envenenada por los dos físicos que le cuidaban, hizo jurar a Guntram que serían ejecutados tras su muerte, cosa que el amante esposo cumplió con su cadáver aún caliente.

—¿Y la concubina?

—Veneranda se llamaba. Ya había muerto la pobre cuando mataron a su hijo, el primero del rey. Así que nadie le queda. Parece que ese hombre sufra un castigo divino, pero no son pocos en Burgundia y fuera de ella los que le tienen por santo.

La compasión que dejaba traslucir el discurso de Florentius no hizo mella en Wilya, pues al fin y al cabo Guntram era un declarado enemigo que perturbó gravemente con sus ataques el corto reinado de su padre Liuva, y hacía menos de un año que él mismo había visto de cerca la muerte bajo el hacha de uno de sus guerreros invasores.

—Si el conocido apego de los reyes francos por acuchillar a vecinos y parientes cercanos les lleva a la santidad, tú deberías sentarte a la diestra de Dios Padre —ironizó.

—Por la Gracia de Cristo que no soy quién para secundar la opinión de otros ni la contraria. Sólo Él ha de juzgar a vivos y muertos.

—Así será, pero supongo que la santidad no hace buenas migas con un alma pecadora como la de Guntram.

—Como pecadoras son la tuya y la mía.

—Sí, pero yo no tengo el menor afán de ser tomado por santo, ni en Toletum hay nadie que abogue por tan descabellada idea.

Escuchar el nombre de la capital del reino abrió la puerta de la curiosidad de Florentius, quien, como si demandase un equitativo trueque de confidencias, quiso refrendar los contradictorios rumores llegados hasta Massilia respecto a la confirmación del rey de los godos en la fe trinitaria. De mala gana, aun admitiendo el derecho a saber que amparaba al clérigo por la lealtad demostrada, Wilya le refirió con la mayor frialdad que pudo cada uno de los pasos dados por Recaredo hacia el dogma romano, y su interlocutor se felicitó por ello, convencido de que el cambio producido en el rey visigodo habría de allanar el camino hacia el corazón de Guntram.

Con la controversia sobre tan esperanzador desenlace, reforzado cada día en Florentius con argumentos que a él le parecían más que endebles, llegaron hasta Vienna, una ciudad cuyas defensas culebreaban como sierpes por las altas colinas que ceñían el recinto en una curva del Rhodanus. Ya desde lejos, las numerosas y firmes torres redondeadas dejaban ver su origen romano, como romanos eran algunos de los

ruinosos edificios que se divisaban al otro lado del río. La calzada conducía directamente a la puerta principal, pero antes de llegar a este acceso una llamativa pirámide de piedra anunciaba a la derecha la entrada del viejo circo, tan expoliado y marchito como estaba el de Toletum. Enfrente, en el lado opuesto del camino y junto a los muelles, una red de almacenes en su mayoría abandonados se desplegaba a lo largo de la orilla.

En esa ciudad, explicó el diácono, había vivido el rey Arquelao, hijo de Herodes el Grande y hermano del aquel perverso Antipas que dispuso la decapitación del Bautista y presidió luego el blasfemo juicio contra Jesús, según las Sagradas Escrituras. Aunque no eligió Arquelao tan lejano destino por propia voluntad, sino exiliado por el emperador Augusto cuando éste supo que los jueces judíos habían condenado por déspota a su propio rey. Pero además de viejas historias acontecidas entre aquellos muros, allí conocieron inquietantes noticias recién llegadas de la Narbonense. Y es que Desiderius, el señor de Tolosa, que un día salvó el honor y la vida de Rigunthis de Neustria cuando ésta acudía al encuentro de su prometido Recaredo, había atacado Carcassona pocas fechas atrás. Ofensiva doblemente fallida, pues aparte de que la plaza seguía en manos visigodas, el intento le había costado la vida al propio duque aquitano.

—Una elegante forma de declarar que Neustria ha roto la alianza —comentó Wilya—. Aunque elegir la espada y al conde Gundemaro para comunicar su enemistad no es lo más sensato.

—No podemos acusar de antemano a Fredegundis —objetó el clérigo—. Desiderius siempre ha mirado por sus propios intereses, y su lealtad hacia Neustria no le obligaba a renunciar a conquistas fuera de los reinos francos. Que Dios lo acoja en su seno.

—O que le mande al infierno, tanto da. En todo caso, de poco le ha servido a Recaredo hacerse trinitario como lo era Desiderius. Ningún dios mueve a los poderosos, buen Florentius —y al decir esto no pudo evitar un recuerdo amargo de su primo—, sino las propias ambiciones. Y eso es lo que encontraremos en Guntram a pesar de tu Cándido optimismo.

Sin mayores rémoras en el camino, dos días después llegaron a su destino, el más populoso y magnífico de los muchos enclaves que Wilya había podido ver en Burgundia. Aunque sus dimensiones eran engañosas, ya que buena parte de sus edificios extramuros cargaban a sus espaldas con decenios de descuido. Lugdunum se izaba en lo alto de un cerro sobre la confluencia del Rhodanus con otro río de considerable caudal que Florentius dijo llamarse Sauconna, y al que los antiguos conocían como Arar. El propio nombre de la ciudad venía de esos viejos pobladores, pues el lugar donde los romanos habían levantado la que después sería capital imperial de las Galias era llamado por aquéllos la colina de Lug, y estaba dedicada a uno de sus más importantes dioses. En la ciudad habían nacido los emperadores Claudius y Caracalla, y a pesar de que su esplendor poco tenía ya que ver con el de

aquellos siglos, sus dos puertos representaban todavía el principal centro de mercaderías del reino lejos de la costa. Uno de ellos se abría al Rhodanus, ante una isla que en sus mejores años había visto crecer lujosas mansiones de comerciantes y principales, ahora ruinosas y deshabitadas. El segundo, también a los pies de la urbe, se apoyaba en la orilla diestra del Sauconna, frente al que había sido el original enclave galo llamado Condate, donde ahora tan sólo se divisaba entre la maleza el perfil oscuro de un anfiteatro que, por sus dimensiones, podía alojar con comodidad a todo el ejército visigodo de la Narbonense.

Pero Lugdunum no fue propicio a sus intereses. Enseguida se enteraron de que Guntram había partido hacia el norte para pasar los próximos calores en tierras más altas y frescas que las que le ofrecía aquella ciudad. No era una costumbre extraña al rey de Burgundia, según se explicó Florentius, pues cada vez parecía tener más querencia hacia las fronteras septentrionales del reino, y el contratiempo tan sólo significaba unos pocos días de retraso en los proyectos. Días que, a sugerencia del clérigo, habrían de pasar a bordo de una de las barcazas que cubrían la distancia entre Lugdunum y Cabillonum, la ciudad donde el rey franco asentaba su corte. Así, dejaron por fin atrás el cauce del río que hasta entonces les había servido de guía para tomar, aguas arriba, el de su tributario. Y aunque Wilya habría preferido la tierra firme para completar viaje, el calmo deslizamiento a golpe de remo sobre la superficie del caudaloso Sauconna le permitió descubrir magníficos y sorprendentes paisajes, y confirmar además la eficacia de unas vías fluviales tan concurridas como las terrestres y mucho más extensas que las que podían hallarse en cualquiera de la seis provincias visigodas.

Vista desde su muelle en la orilla derecha del río, Cabillonum más parecía una fortaleza que una ciudad por la reciedumbre de sus defensas y el extremo rigor mostrado por su guardia, hasta el punto de que para franquear su entrada de poco sirvieron las varas de verbena que Florentius había ido renovando a lo largo del itinerario con el fin de conservar su buen aspecto. La elocuencia del diácono, el salvoconducto del conde de Massilia y el documento que acreditaba la legación de Recaredo les permitieron por fin penetrar en la recia plaza, si bien vigilados de cerca por una partida de guerreros que los condujo directamente hasta la ciudadela que albergaba la residencia real.

En la cabeza de Wilya bullía la natural inquietud por el encuentro con Guntram, pero antes de que hubiesen alcanzado la puerta de acceso, su atención se desvió hacia un trío de clérigos que salía del recinto al que ellos se dirigían y cuyo aspecto le trajo a la memoria a un viejo conocido. Sin poder evitar un aguijonazo de curiosidad, y ante la sorpresa de Florentius por tan repentina ruptura de la cautela mostrada a lo largo del viaje, Wilya interpeló al más próximo de aquellos eclesiásticos de piel blanquísima ataviados de andrajosos hábitos y en cuyos cráneos rasurados ondeaban mechones de colores rubios o bermejos. Eran, efectivamente, escotos, y aunque el nombre de Gur no les decía nada, sí que habían oído hablar de su maestro, aquel

Columkill que se retiró a un islote, y a quien éstos dijeron tener por santo varón. Ellos, no obstante, pertenecían a otro grupo similar cuyo abad era un tal Columbanus, a quien acompañaban como discípulos por tierras de la Galia con la sagrada intención de conducir a sus paganos a la recta senda de Cristo.

A pesar de su afabilidad, los monjes respondieron con un gesto de recelo cuando él se identificó como visigodo, pero Florentius, que se había mantenido al margen ante los estrafalarios y desconocidos personajes, se apresuró a aplacar sus dudas apelando a la reciente conversión de Recaredo y al hecho de que éste había enviado a su familiar más cercano para conseguir la paz con Guntram. Tan alta estima hacia el presunto enemigo por parte de un diácono trinitario reintegró de inmediato a los escotos a su inicial deferencia.

—Santo propósito te trae, noble Wilya, pero habrá de ser en otro momento —apuntó uno de ellos.

Explicaron los monjes que Guntram se había marchado de Cabillonum un par de días antes para dedicarse a la caza en los bosques de la montaña, uno de los pocos placeres que se concedía. También ellos habían acudido allí con el deseo de ver al rey y solicitarle que recibiese a Columbanus, pero a la vista de que su ausencia y la de sus principales nobles se prolongaría durante al menos un mes, habían decidido regresar a casa y volver a intentarlo mediado el verano.

La noticia significaba una grave contrariedad, y así lo admitió el mismo Florentius con una mueca de fastidio. Y no sólo por la larga demora que les suponía, sino porque, en su opinión, no era sensato que Wilya permaneciese durante tanto tiempo en la ciudad.

—Los últimos enviados godos fueron expulsados de aquí bajo una lluvia de estiércol, barro pestilente y verduras podridas —refirió, recreándose en los detalles—. No debes arriesgarte a algo parecido, o peor. Sin la autoridad del rey, Cabillonum no es lugar seguro para ti.

—Podéis acompañarnos, si eso os tranquiliza —propuso uno de los escotos—. Los nuestros están en Anagrates, a tres días de marcha, y ya en tierras de Austrasia.

Wilya prefería mil veces el riesgo presagiado por Florentius que pasar tanto tiempo entre aquellos clérigos, pero el de Massilia consideró que era la mejor solución, pues al ser Austrasia reciente aliada de los godos allí no corría peligro; entretanto, él permanecería en la ciudad para darles aviso una vez el rey hubiese vuelto y asegurar así que su espera no se prolongara más de lo necesario. Aceptado a regañadientes el buen criterio del diácono, decidió, dejar al servicio de éste uno de los criados, y su comitiva pasó a estar integrada por dos siervos y tres monjes escotos que ese mismo día partieron de Cabillonum en busca de las montañas del norte.

Anagrates era un villorrio perdido en medio de un anchuroso valle tapizado de verdor que se abría paso entre riscos y oteros cubiertos por densos bosques. Tres chozas con muretes de piedra y techumbres enramadas perduraban entre las ruinas de otros pocos edificios dedicados a guardar cuatro cabras o a servir como linde de una

miserable y estéril huerta. Ocho monjes de muy diversas edades constituían toda la población de tan decadente y paupérrimo lugar, y hasta los siervos se alarmaron al imaginarse el futuro que allí les aguardaba, ya que ni almacén de víveres tenían aquellos hombres, ni figuraba entre sus costumbres el hábito de cazar. Su único alimento era la escasa leche que ofrecían las cabras y algunos frutos silvestres, y si éstos faltaban no le hacían ascos a engullir hojas, ramas o raíces tan repulsivas que hasta las bestias salvajes desdeñarían. Aunque tan grave carencia, que para el común de los mortales significaba una inevitable tristeza de tripas y de humor, no parecía rebajar el ánimo de gentes enfrascadas en rezos a cualquier hora del día, como si en esa actividad hallasen la mejor forma de matar el hambre.

Cada uno de los clérigos allí presentes lucía aquel penacho piloso sobre el cráneo pelado que les señalaba como miembros de su secta, pero no todos eran escotos. El más joven, llamado Attala, era de raza burgundia. Tal vez debido a la proximidad de sus edades, o bien porque el latín que ambos hablaban les distinguía claramente de los demás, este monje se mostraba algo más comunicativo con Wilya que el resto de sus compañeros, y por su boca pudo conocer ciertos detalles de la peculiar congregación. Su abad, Columbanus, nacido en familia noble de Scotia, había renunciado a la vida regalada y a los placeres que su hermoso porte le proporcionaba ante cuantas mujeres conocía, para dedicarse a la religión en el retiro de un monasterio. Tras años de recogimiento, cercano ya a los cuarenta y cinco de edad y acompañado por doce clérigos que se ofrecieron a seguirle en su predicación, puso pie en las Galias, donde pronto ganó fama de piadoso y humilde, hasta el punto de que Hildebert de Austrasia le había otorgado aquellas propiedades para que en ellas se asentara una comunidad que crecía desde entonces. Y uno de esos nuevos discípulos era el propio Attala, que anudó a su cuello aquella particular cruz de los escotos tras abandonar el monasterio trinitario donde residía desengañado por la impiedad y la relajación moral que en ese retiro respiraba.

Columbanus se hallaba no lejos de allí con el resto de sus compañeros, en tierras de Burgundia ocho millas al poniente, en un lugar llamado Luxovium que Guntram le había cedido para que levantase un monasterio. Labor ardua y duradera, según Attala, pues en aquellos pagos no quedaban más que las ruinas de una vieja fortificación romana cubierta de maleza e insultantes estatuas de dioses paganos. Pero ningún obstáculo era suficiente, al parecer, para frenar a tan resuelto varón, hombre extraordinario a ojos de sus seguidores, que no sólo era versado en las Escrituras y en la lengua griega, sino sabio en el uso de las plantas curativas y en la sanación de enfermos.

Escuchar del devoto Attala los pormenores sobre su maestro le recordó a Wilya aquellas extraordinarias historias referidas por Gur tras la campaña lusitana. No había ángeles en las narraciones del monje burgundio, aunque sí algunos hechos extraordinarios que asemejaban a su guía al abad de la isla de Iouan. Al igual que éste, Columbanus tenía señalada afición por la soledad y pasaba buena parte de su

tiempo en una cueva a varias millas de distancia, hogar que se había procurado a costa de un oso que allí habitaba y que obedeció con docilidad su orden de cederle el sitio. Y es que las alimañas capitulaban ante sus palabras como si fueran perrillos, y como tales se conducían al ser llamados por él para venir a juguetear bajo la caricia de su mano.

Tan excelsa era la virtud de aquel personaje que había hecho manar una fuente en las proximidades de su gruta, al igual que hiciera Moisés durante el éxodo de los hebreos. Por si fueran pocos estos milagros, y a semejanza del Señor, Columbanus había devuelto la vista a un ciego, curaba toda clase de males, y hasta mutilaciones, con el simple hecho de aplicar su saliva al miembro enfermo, y más de una vez había multiplicado los alimentos en tiempos de grave escasez entre los suyos. Y al escuchar esta última maravilla, Wilya no podía sino bromear con el deseo de que aquel hombre se pasase algún día por el arruinado villorrio para hacer gala de sus habilidades, porque, una vez agotadas las pocas provisiones que llevaba en el equipaje, su única preocupación era procurarse algo que llevarse a la boca, y tanto él como sus siervos ocupaban la jornada en busca de liebres y desconocidos pájaros cuya carne jamás había catado hasta la fecha.

—No sólo de pan vive el hombre —le reconvenía paternalmente Attala cada vez que escuchaba sus lamentos.

—Cierto que no sólo de pan, pero al menos de pan —ironizaba él—. Tampoco ofendería a vuestro santo abad pidiéndole una pierna de venado o unas buenas gachas de tocino. Me bastaría con un mendrugo.

—Quien come basura, basura es, y quien come pecado se hace pecado. El alimento del espíritu, por el contrario, nos acerca al Señor.

—El Señor no puede desear tanta privación y soledad para sus criaturas.

—Es preferible sufrir sin mancha el hambre y la ferocidad de las bestias salvajes, que vivir bajo la locura de los hombres que pierden sus almas.

Aparte del hambre, a nada le obligaban sus anfitriones, ocupados en su callado quehacer o reunidos todos en una de aquellas covachas para recitar o cantar salmos a cualquier hora del día. Tampoco era raro ver de vez en cuando a alguno de ellos retirado del grupo y completamente desnudo, ya que tenían por costumbre el ayuno y la desnudez como penitencia por las más leves faltas. Y a él, si bien lo de ayunar no le parecía excesivo castigo para gentes tan habituadas a las tripas vacías, presenciar la caminata de aquellos cuerpos lechosos en busca de un retiro oculto entre la arboleda le resultaba un espectáculo más que sorprendente. Oración y penitencia parecían ser las dos únicas preocupaciones de una secta ligada por juramentos de pobreza, obediencia, castidad, modestia, frugalidad y silencio, aunque de este último se eximía a sí mismo Attala para saciar la curiosidad de sus huéspedes. Y tan estrictos eran todos con estos votos que cuando uno de ellos creía haberlos quebrantado, renunciaba a la encapuchada túnica de lana con que cubría sus carnes para adentrarse en la fronda y buscar el perdón divino entre breñas y soledades.

Aun siendo trinitarios, no pocas cosas separaban a los discípulos de Columbanus del dogma romano, como se distinguía Gur de los sacerdotes suevos que acompañaban al rey Miro. Y no sólo por la llamativa particularidad de su tonsura, por su latín más que antiguo y desusado o porque celebrasen la Pascua en viernes al igual que los godos y no en domingo como mandaba la liturgia romana, sino porque sus prácticas de ciertos ritos eran también contrarias a todo precepto. Así, entre otras cosas, ignoraban la confesión pública de las faltas exigida por el canon, para hacer de la penitencia un asunto tan privado que los pecados quedaban entre penitente y confesor, como confidencial era para ellos el cumplimiento de la expiación por parte de los arrepentidos. De nada servía hacerles notar la heterodoxia de sus costumbres y lo mal vistas que resultaban en tierras trinitaria; como aquéllas, pues su alegato siempre era el mismo, y es que así les había sido enseñado muchos años atrás por un tal Patercius, el primero que predicó las palabras de Cristo entre los paganos escotos, y que la fidelidad a ese magisterio era agradable a los ojos de Dios por encima de la opinión de los hombres.

Agonizaba ya el mes de julio cuando, reclamado por Florentius, Wilya consiguió al fin pisar el patio de armas de la ciudadela de Guntram. Y la impresión recibida al hacerlo no pudo ser más sombría, porque en el mismo centro del recinto, en lugar sobresaliente para que nadie que pasase por allí pudiera evitar verles, los cuerpos de tres hombres casi descarnados por insectos y alimañas colgaban en lo alto de largas estacas. Los monjes que le acompañaban se santiguaron ante tan atroz presencia de la muerte, e igual hizo el diácono de Massilia, aunque, por la liviandad de su gesto y la poca atención que prestó al lúgubre escenario, ya debía de haber pasado más de una vez frente a aquellos cadáveres.

—No éramos los únicos que esperaban el regreso del rey a Cabillonum —le susurró a Wilya tras la mirada interrogante de éste.

Con toda cautela para evitar oídos indiscretos, explicó el clérigo que aquellos desgraciados formaban parte de una conjura que había querido asesinar a Guntram. Al día siguiente de su vuelta, cuando de mañana el rey entraba a rezar en la iglesia del santo Marcellus, los guardias descubrieron un hombre armado oculto junto al oratorio. Frustrado el intento y sometido a tortura, el preso había revelado tanto su criminal propósito como la identidad de sus cómplices y el nombre de quien les enviaba, que no era otra sino Fredegundis, la reina madre de Neustria, decidida a reclamar el trono de Burgundia tras la planeada muerte de su cuñado.

—Así que, después de esto, Guntram ha nombrado heredero a su sobrino Hildebert de Austrasia y le ha prometido el reino cuando él fallezca —agregó Florentius.

—Promesa más que arriesgada.

—Al menos elimina la amenaza de Fredegundis, ya que, de cumplir ésta sus criminales deseos, sólo regalaría Burgundia a sus enemigos.

—Pero invita a Hildebert a hacer lo propio.

—Puede que confíe ciegamente en la paciencia de su sobrino, pero en todo caso es una decisión que sólo puede favorecer a nuestra empresa.

Los buenos oficios de Florentius, tras aquellas primeras jornadas de incertidumbre vividas en palacio a causa de la conjura, habían logrado la conformidad real para recibirle, así como a los discípulos de Columbanus. Pero sus audiencias habrían de celebrarse por separado, y Wilya sufrió una repentina sensación de desamparo al conocer este detalle, porque tras casi mes y medio entre los escotos, había llegado a considerarlos aliados sinceros de sus pacíficos propósitos, y su probable arbitraje ante Guntram un ingrediente tan valioso o más que su propio talento para la persuasión. Tampoco el orden impuesto por el rey para estos encuentros le era propicio, pues al ser el primero en pasar al salón de audiencias ni siquiera contaba con la esperanza de que los clérigos le allanasen el camino con discursos favorables. Registrado de pies a cabeza, entregada a la guardia la daga que portaba como única defensa, franqueó la puerta con la frente erguida y los consejos de Attala en el pensamiento:

—Guntram es varón digno y honorable, muy propicio a las cosas del Señor —le había dicho el burgundio más de una vez—, pero guárdate de algunos de los nobles que le rodean.

La estancia era apenas la mitad de espaciosa que el salón de agasajos del palacio de Toletum, y mucho más oscura que aquél. Sus ventanucos debían de asomarse a patios interiores donde las sombra; eran más dominantes que las luces, de modo que teas y hachones se hacían imprescindibles para no tropezar, y allí dentro escaseaban. Al fondo de la sala, respaldada por tapices y gruesas colgaduras de lana, se extendía una mesa dispuesta para el banquete y ocupada por media docena de personajes sentados entre penumbras de frente a la puerta por donde él había entrado. Hacia ellos se dirigió con paso tranquilo, aunque decidido, hasta llegar casi al borde del tablero, donde quedó quieto entre las llamas de dos pebeteros. Tras una leve reverencia, miró de frente a quien ocupaba el lugar de honor y le saludó con la mayor naturalidad que pudo.

—Traigo para el rey de Burgundia los mejores deseos de mi señor Recaredo, rey de los visigodos.

El interpelado le observó de arriba abajo antes de abrir la boca.

—¿De dónde te vienen esas feas cicatrices en la cara? —dijo sin molestarse en devolver el cumplido—. ¿Te besó un oso? —Una carcajada de los presentes coreó la burla.

Antes de responder, Wilya respiró profundamente un par de veces para frenar la inquietud que le había producido tan desafortunado prolegómeno.

—Ningún oso —replicó altanero—. Fue una mariposa.

Como impulsado por el resorte de una catapulta, el hombre se puso en pie para mostrar su planta de temible guerrero, al tiempo que bramaba con furiosa indignación y ademán desafiante:

—¿Tan frágiles sois los visigodos, o es que quieres mofarte del rey de Burgundia en su propia casa?

—No hay que fiarse de las apariencias, porque ni las mariposas son tan inofensivas como supones ni los reyes francos recogen su cabellera en cintas de cuero como tú la llevas.

—Y qué sabrás tú de los reyes francos, perro godo.

—De Guntram sé —expuso con calma, ignorando el nuevo insulto— que es hombre piadoso e incapaz de nefandos tratos con el Maligno. Y sólo las artes diabólicas le permitirían, sobrepasados los sesenta años de vida, mostrarse ante mis ojos con tu adolescente y atolondrado aspecto.

El aludido hizo ademán de encaramarse a la mesa para llegar hasta él y hacerle pagar su ofensa, pero antes de que lo consiguiera se escuchó una amortiguada risa detrás de los cortinajes y al instante surgió de entre ellos un hombre de avanzada edad, pómulos fuertes y pequeños ojos escrutadores, cuya canosa y libre cabellera le caía en bucles sobre los hombros.

—Como verás —le dijo el recién llegado con la voz espesa de la vejez—, tampoco untamos nuestro pelo con manteca rancia, tal y como hacían los bárbaros reyes burgundios que gobernaban estas tierras.

Guntram ocupó el asiento de honor con una amistosa palmada en la espalda de quien con tan poca fortuna se había hecho pasar por rey, un hombre cercano a los cuarenta años de fortísima complexión y áspera catadura.

—Vuelve a tu sitio, duque Boso, que el cachorrillo de Liuva quiere mostrar sus dientes.

El tal Boso obedeció al punto, aunque sin retirar de Wilya una mirada fulminante que le hacía parecer más temible si cabe.

—Y traed más luz, maldita sea —gritó el rey, y una partida de siervos cubrió de inmediato paredes y suelos con nuevas antorchas y pebeteros.

Iluminado por fin el salón, le fue llevado un asiento hasta el lugar que ocupaba, y Guntram le invitó a acomodarse. Sólo cuando él estuvo sentado y en igualdad con el resto, el rey franco dio por iniciada la audiencia.

—Me gustaría devolverte para tu primo sus buenos deseos, pero sería hipócrita por mi parte mostrar simpatía hacia enemigo tan declarado.

—Si sois enemigos no es por su voluntad.

—¿Qué edad tienes, Wilya?

—Veintiuno.

—El tiempo pasa muy deprisa. —Cabeceó Guntram—. También combatí a tu padre, como bien sabrás.

—Tú lo decidiste. Ninguno de nuestros reyes te ha declarado la guerra ni violado las fronteras de Burgundia sino en respuesta a tus ataques.

—La Narbonense es parte de las Galias, y las Galias pertenecen a los francos.

—¿Con qué derecho?

—Con el que nos concede Dios trino. Únicamente esa porción de nuestra tierra sufre aún el ultraje de la herejía.

Wilya habría deseado responderle a Guntram que la Galia ya era visigoda cuando su raza franca adoraba a dioses paganos y todavía no había salido de los bosques septentrionales, pero abrir un debate así sólo podía enzarzarlos en una agria e interminable disputa que desviaría el propósito de su embajada.

—En tal caso, igual derecho tiene Recaredo a esa provincia, ahora que es trinitario. Pero no es simpatía lo que vengo a buscar, sino tu conformidad para que permitas la boda de mi rey con tu sobrina Clodosinda de Austrasia.

—Ya veis que el rumor era cierto —apuntó el duque, dirigiéndose a los reunidos, que recibieron con irónico beneplácito sus comentarios—. No quedan hembras entre los cobardes perros godos.

—Justo es, entonces —replicó Wilya—, que busquen entre las perras francas para aparearse.

Guntram detuvo con un gesto de su mano la oleada de ira que aquella respuesta había levantado entre sus nobles, y con una segunda señal ordenó servir la mesa. La reata de criados que de inmediato comenzó a revolotear entre los presentes contribuyó a templar los nervios, y una vez los cálices estuvieron llenos, el rey dio el primer trago antes de reanudar la charla.

—La muerte de Ingundis exige reparación.

—Hildebert y Brunegilda han aceptado que no hubo culpa por nuestra parte en la desventurada muerte de tu sobrina, y que las intrigas del emperador Mauricio son únicas responsables del trágico desenlace.

Tras tan prolongada penuria en los adustos pagos de Anagrates, las tripas de Wilya brincaban como gatos salvajes a medida que las bandejas eran dispuestas sobre la mesa y sus aromas le alcanzaban la nariz, pero refrenó como pudo su apetito para no perder el hilo de una conversación que después de tantas dilaciones parecía acercarse por fin a sus propósitos.

—La credulidad mueve a mi familia de Austrasia —apuntó Guntram—, pero mi obligación es velar por su bien, y lo cierto es que no han sido nada buenos para nosotros los matrimonios con vuestra raza.

—Tampoco para los godos han sido risueñas algunas de esas bodas. Recuerda si no a Galsuinda, la hermana de Brunegilda que casó con tu hermanastro Chilperic, a quien tu cuñada Fredegundis hizo matar para hacerse reina. ¿Acaso te resulta más grato tener por familia a esa prostituta asesina que al rey Recaredo?

—¿Te atreves a llamar prostituta a la madre de mi sobrino Clothar?

—Dicen que ese niño no es de tu sangre, que la semilla la puso otro y no Chilperic.

—Esa afirmación le costó el cuello al obispo Pretextatus —comentó Boso con una estruendosa carcajada.

—Y no fue al único, según parece —añadió entre risas otro de los comensales.

—Basta de habladurías —gritó el rey con un golpe en la mesa—. Los nobles y obispos de Neustria concluyeron que el niño es hijo de Chilperic.

—Bien —aceptó él—, pues que así sea; pero si no prostituta, sí asesina, como tú mismo has podido comprobar hace pocos días.

—Cierto que esa enemiga de Dios y de los hombres que ha intentado acabar con mi vida cometió el ominoso crimen de Galsuinda, y que tan execrable acto ofendió al Señor hasta tal punto que nos lo hizo saber a todos con un milagro sobre la tumba de la reina muerta. —Guntram selló sus palabras con un nuevo y prolongado trago—. Eso nada añade o quita a lo que discutimos, porque ya se hizo justicia de ello desde el reino celestial. Pero comamos, que rechazar los alimentos que nos ofrece el Señor es también grave pecado.

La sugerencia del rey y su inmediata dedicación a las delicias de una bandeja animaron a Wilya a hacer una pausa para ocuparse de los feroces aullidos de su estómago. Aunque cuanto quedaba a su alcance eran alimentos desconocidos para él que no resultaban nada gratos a la vista. Por los demás comensales, que daban cuenta de ellos con notorias expresiones de placer, supo que aquellas minúsculas formas blanquecinas que parecían flotar entre oleosas hoja; de berza eran ancas de rana, y a tan intragable comida añadían lo; nobles francos otra no menos bárbara, pues con finas y afilada; ramitas extraían caracoles de sus cascarones para devorar tan babosa carne con desusada rapidez. La conversación derivó entonces hacia asuntos tan comunes en un banquete como los que podían escucharse en tierras godas, tales como la caza, los caballos o las mujeres, y los *contertulios exponían a voz en grito sus respectivas y versadas* experiencias en cada uno de ellos. Desentendido de la caótica charla, por fin pudo Wilya hacerse con un trozo de costillar de jabalí, aunque condimentado con una extraña salsa de color amarillento y tan picante que las lágrimas saltaban solas cuando pasaba por las tragaderas.

—¿No es de tu gusto la comida? —se interesó Guntram.

—Ah, sí —fingió con aspavientos—. Muy apetitosa, pero desayuné muy tarde y ando un poco desganado. En cuanto a la pobre Ingundis…

—¿Qué confianza puedo tener en aquéllos cuya maldad causó su destierro y muerte, y el cautiverio de su pequeño hijo? —le interrumpió el rey entre sorbos y mordiscos—. Su hermana menor acabará como ella si doy mi consentimiento a tan peligrosa boda.

—Aunque no es culpable de esos males, Recaredo ha entregado a Austrasia diez mil sueldos de oro como reparación y muestra de sus sinceros propósitos hacia Clodosinda.

—No me basta con su testimonio, por mucho oro que lo apoye.

—A veces, señor, juzgamos con demasiada ligereza los aconteceres de la vida para obtener falsas conclusiones de lo que no es más que fruto de la casualidad. Y culpamos de ello a los cielos, o a otros hombres, cuando ni unos ni otros intervienen.

—Filosofías, godo, filosofías. Dios me ordena vengar a Ingundis, y a Dios

obedeceré. Sólo su juicio puede cambiar mi parecer.

—¿El juicio de Dios? —titubeó Wilya—. Estoy seguro de que mi primo aceptaría gustoso esa prueba de estar aquí.

—Pero no está, así que nunca sabremos si es inocente o culpable, y por lo tanto no es posible mi aprobación.

—Todos te consideran hombre razonable, rey Guntram. ¿Qué mejor muestra de la buena voluntad de Recaredo que recomponer la vieja alianza en la persona de tu sobrino Hildebert y reforzarla con ese matrimonio?

—Desconfío de ese jovenzuelo. Si no hay juicio de Dios que demuestre su inocencia, no hay boda. Díselo a tu señor con estas mismas palabras.

La terquedad del anciano estaba a punto de convertir en polvo los planes matrimoniales del rey de los godos, de echar por tierra todos los esfuerzos invertidos en tan largo viaje y de hacer quizá tambalearse el precioso pacto con Austrasia. Wilya sabía que aquella exigencia imposible de cumplir sólo era una excusa para justificar la pertinaz negativa del franco. Por su parte, había asegurado en público que Recaredo se enfrentaría de buen grado al juicio de Dios para demostrar su inocencia, y tal vez era una afirmación excesiva. No porque su primo fuese incapaz de afrontar el lametazo del fuego en su carne sin un pestañeo, o temiera combatir con el más brutal de los guerreros de Guntram hasta la extenuación, sino porque no estaba seguro de que aquella boda le mereciese semejante sacrificio. Pero al margen de sus consideraciones personales al respecto, había llegado hasta allí para obtener la aprobación de Guntram, y no para regresar a Toletum con el rabo entre las piernas, como dijo su tío Leovigildo ante las murallas de Hispalis. Hubo de beber un par de tragos para darse ánimos antes de expresar su decisión.

—En nombre de Recaredo he llegado hasta aquí. Y en su nombre me someteré a ese juicio que exiges para obtener tu beneplácito.

El rey le miró con severidad, y los nobles presentes clavaron también en él sus incrédulos ojos, relegando su interés por las viandas.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

Wilya asintió sin palabras mientras un sudor frío le bañaba la frente. Guntram llamó a Boso con un guiño y éste se levantó de su asiento para ir a cuchichear con su señor y dirigirse luego al rincón de la sala donde aguardaban los criados.

—Te honra lo que haces, hijo de Liuva —lo alabó entretanto: Guntram—. A cualquier rey le gustaría tener de su lado alguien tan leal como tú. Y en honor a esa nobleza, dejemos que Dios decida sin necesidad de sangre ni fuego.

Regresó el duque en compañía de dos siervos, portadores de sendas copas cubiertas con lienzos que colocaron en la mesa frente a Wilya.

—Ahí tienes dos vinos —dijo el noble—. Uno rojo, el otro blanco. Si la mano del Todopoderoso te lleva a elegir el blanco, mi señor aceptará esa abominable boda. Si, por el contrario, escoges el tinto, tanto tú como tu séquito os uniréis a los cadáveres de esos miserables que cuelgan en el patio.

—Te conjuro ante Dios y sus santos ángeles para probar la inocencia o *culpabilidad de tu señor* —agregó *el* rey—. Si aceptas someterte a este juicio, adelante. En caso contrario, sal ahora mismo por esa puerta y vuelve a tu maldita tierra.

El generoso Guntram le había ahorrado sangre y fuego, dos pruebas en las que tal vez habría salido derrotado y maltrecho, pero que raramente le causarían la muerte. Por el contrario, la propuesta era como arrojar una moneda al aire y esperar a que ese Dios en que tanto confiaba el rey franco soplase a favor. Así que su vida dependía del caprichoso hálito de un ser en quien no tenía la menor confianza, como no la tenía en ninguno de los hombres que le rodeaban. Antes de responder, Wilya interpeló a Boso.

—¿Juras que estas copas contienen vinos diferentes?

—¿Dudas de mi palabra? —Guntram se alzó ofendido.

—Tal vez tema ser envenenado —alegó el duque—. Ignora que quienes creen en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo y beben en su nombre un veneno, no sufren daño. Los herejes como él no confían en la Santísima Trinidad.

—No temo al veneno —replicó él—. Ni dudo de tu palabra, buen rey, pero sí de las intenciones de tu copero.

Guntram hizo comparecer a quien había llenado los cálices para que jurase ante todos que efectivamente contenían los vinos anunciados. Y así lo hizo el siervo, aunque, por el azorado intercambio de miradas que éste mantuvo con Boso durante el tiempo que duró el interrogatorio, supo Wilya que había mentido para proteger al duque, y que eligiese la copa que eligiese estaba condenado a muerte de antemano, ya que ambas habían sido llenadas con vino rojo, a espaldas tal vez de la voluntad del rey.

—¿Aceptas o no someterte al juicio de Dios? —le conminó Guntram una vez más. Todavía estaba a tiempo de echarse atrás, de salvar la vida y regresar a casa cargado con su fracaso, pero asintió mientras intentaba hallar una solución al comprometido dilema en que Boso le había enredado—. Entonces que el Señor guíe tu mano, si es que Recaredo es inocente de la muerte de Ingundis, o que la confunda, para tu desgracia, si es culpable.

Wilya tomó por fin una de las copas y, en un rápido movimiento, la vació de un trago para limpiarla luego con el lienzo que la había cubierto; hizo lo propio con sus labios, y arrojó la tela al fuego del pebetero que tenía al lado.

—Ésta ha sido mi elección.

—No podemos saberlo, imbécil —protestó el duque—. Has apurado el vino y borrado su rastro.

—Destapa la que ha quedado llena y lo sabrás, puesto que, según dijiste, contenían vinos distintos.

Nadie se movió, ni siquiera Guntram, que parecía intentar comprender lo que estaba sucediendo ante sus ojos, hasta que el propio Wilya asió la segunda copa y, sin molestarse en apartar el lienzo, vertió su contenido directamente sobre la mesa.

—Vino rojo como la sangre —dijo triunfante, y con un suspiro de alivio—, de modo que elegí el blanco.

—Te has mofado del juicio de Dios. —El rostro de Boso se crispaba por momentos—. Tenías que descubrir la copa, y no beber de ella.

—No ha habido afrenta alguna. Me pediste que eligiese uno de los cálices, y elegí. De lo que después hice con su contenido, cúlpale a mi sed —e interpeló luego al rey—: Dios ha hablado, Guntram, y ha sido a favor de la inocencia de Recaredo.

—¡Ha ofendido a Dios y menospreciado tu generosidad, señor! —bramó el duque —. Merece la muerte.

El rey se mostraba tan confuso como sus nobles, aunque sin alcanzar el arrebato que dominaba a Boso. Se debatía, sin duda, entre dos sentimientos contradictorios, pues al tiempo que estaba obligado a admitir que la prueba exigida por él se había cumplido a satisfacción, no podía evitar cierta sospecha de haber sido burlado.

—Sal de esta ciudad y abandona mi reino de inmediato —gritó por fin.

—¿Y la boda?

—No tengo tiempo para estupideces.

—¿Tan poco vale la palabra del rey de Burgundia?

—Muérdete la lengua si quieres seguir vivo —amenazó Guntram—. Daré mi beneplácito, pero no dije cuándo.

En agradecimiento a la hospitalidad y protección recibidas de los escotes, Wilya gastó sus últimas monedas en dos carretas colmadas de comida que condujo personalmente a su retiro de Anagrates, donde Florentius y él pasaron varios días entre los silenciosos clérigos. Viajaron luego a Luxovium con el mismo propósito de proporcionar alimento material a quienes trabajaban en los muros de la vieja fortaleza romana y anunciar de paso a Columbanus que el rey aguardaba su visita con los brazos abiertos. Pero tampoco allí estaba el milagrero abad, recluido al parecer en aquella recóndita cueva que había hurtado a un oso sumiso.

Regresaron a Massilia desandando el mismo camino que les había llevado a Cabillonum, y sin olvidar las ramitas de verbena, ahora mucho más necesarias y valiosas, según Florentius, por la exigencia de Guntram de que la legación goda abandonase cuanto antes las tierras de Burgundia. Y allí, merced a unos prestamistas recomendados en su día por Itzak, Wilya premió al diácono con una buena bolsa y un sincero abrazo antes de embarcarse en una travesía muy distinta a la de ida, ya que vientos y tormentas se empeñaron en agitar las aguas más de lo deseable, hasta el punto de que la propia tripulación llegó a temer por el riesgo de naufragio. Sano y salvo, aunque muy revuelto, llegó por fin a Tarraco, donde le aguardaba la magnífica noticia de que Argimundo había sido designado duque tras el fallecimiento de Sisberto. Enterarse de la concesión de tan altísimo honor a su amigo le llenó de alegría, aunque no tuvo oportunidad de felicitarle personalmente, porque éste se hallaba fuera de la ciudad en un recorrido por las guarniciones del norte de la provincia.

Rastrojos en los campos y uvas ya pintonas le dieron la bienvenida a Toletum avanzado septiembre, y sin pasar siquiera por casa para adecentarse de los estragos que el largo viaje había producido en su aspecto, acudió directamente a dar cuenta al rey del resultado de su embajada. Su primo le recibió con el apego de siempre, y de inmediato se ocupó de que pudiera refrescar con agua su cuerpo sudoroso y el gaznate con un jarro de vino. Entre tragos y abluciones, Wilya le hizo un resumen, aunque sin detenerse en pormenores, de la audiencia con Guntram y su imprecisa respuesta, lo que no pareció alterar en demasía a Recaredo a la vista de su templada reacción.

—En Tarraco supe el nombramiento de Argimundo —dijo, una vez hubo concluido de lavarse y se acomodó frente a su primo—. Es un acierto.

—Por fin un aplauso de tu parte, aunque sea un elogio sin valor, porque me he limitado a seguir tu consejo de confiar en él. Fallecido Sisberto, quién mejor que nuestro amigo, que además ya estaba allí. Pero no te apoltrones y sígueme, que quiero mostrarte algo.

Siguió los pasos de su primo por los corredores de palacio, respondiendo al interés de éste por detalles del viaje que a él le resultaban insustanciales y sin relación alguna con el fin que le había llevado a Cabillonum. Provisto el rey de una tea, descendieron después hasta los subterráneos de la ciudadela para internarse en espacios que nunca había visitado, pequeñas bóvedas y angostos túneles donde, de trecho en trecho, se observaba la repentina presencia de guardias vigilantes, apostados siempre a razonable distancia de los hachones para no ser vistos hasta casi estar encima de ellos. Wilya se temió que el rey le condujera a las mazmorras para mostrarle algún reciente cautivo de su interés, pero aquel trayecto no era el de las celdas, al menos no el que conocía. Llegados por fin ante una recia verja de hierro encastrada en la roca, Recaredo descorrió los dos gruesos pasadores que la ceñían, y con una llave que llevaba oculta entre sus ropajes hizo girar el cerrojo. Franqueada la reja, volvió a cerrar desde dentro para seguir unos pasos más adelante hasta un acceso similar, aunque más protegido que el anterior, pues su única y pequeña puerta, además de barras corredizas y trancas de hierro, parecía ajustada al muro con largas cadenas. La pericia de aquél con la llave disipó tan solemnes obstáculos en un par de movimientos.

A la luz de la antorcha, entre dorados brillos y reflejos multicolores que parecían venir de las húmedas paredes, Wilya presenció por primera vez la magnificencia del afamado tesoro real. Bajo la experta orientación de Recaredo, contempló las riquezas perdidas por Agila en Corduba y recuperadas después por Atanagildo, y el tesoro de los suevos que Leovigildo les había capturado con su última victoria, y la enorme y preciosa bandeja de oro y piedras engastadas que el general Aetius regaló a los visigodos por su valor en la batalla que humilló a Atila. Ante semejante opulencia, recordó las dudas de Bulgar sobre el paradero del tesoro de los antiguos reyes, para concluir que, de ser ciertas las leyendas referidas por el noble narbonense sobre

fortunas enterradas en su provincia, el poder de los viejos monarcas debía de ser la envidia del mundo entero.

En su labor de guía entre tanta riqueza, Recaredo le mostró un escudo de oro y piedras preciosas, y dos bandejas de madera noble exquisitamente adornadas con oro y pedrería.

—Regalos de Brunegilda, el precio de mi matrimonio —dijo—. Llegaron mientras viajabas a convencer al asno de Guntram.

—Son magníficos.

—Mañana mismo devolveré sus presentes a Austrasia. No será Clodosinda la reina de los godos.

Wilya miró boquiabierto a su primo, sin saber qué decir.

—Se han terminado las contemplaciones con las princesas francas —se explayó el rey—. ¿Recuerdas a Bada, la menor de las hijas de Fanto?

No recordaba a la joven, pero conocía perfectamente a Fanto, que, además de conde encargado de supervisar la correcta ejecución de las donaciones reales, era pariente de Goswinta. Una elección sagaz, pensó Wilya: así fortalecía el vínculo con su madre adoptiva, y de paso con los muchos que se mantenían leales a ella. Ya que no con la nieta austrasiana de la antigua reina, al menos entroncaba con su familia más próxima en Toletum. Pero, al margen del juicio que la inesperada decisión de Recaredo le mereciera, no pudo evitar un molesto sentimiento de menoscabo al saber que había recorrido más de dos mil millas y se había jugado la vida por él para nada.

—¿Cuándo lo has decidido?

—Después de escucharte, aunque no te oculto que llevo varias semanas pensando en ello en previsión de la negativa de Guntram.

—No se ha negado exactamente.

—¿Voy a someter mi futuro y el del reino a sus caprichos? Que el diablo se lleve a ese viejo arrogante. Desposaré a Bada.

—Pues que sea en buena hora.

—Gracias, aunque hay un pequeño problema. Mi futura esposa no verá con buenos ojos que Hilde siga a mi lado.

—¿Es Bada la causa de tus temores, o lo que puedan murmurar tus obispos trinitarios?

—No comparto mi lecho con clérigos. —¿Y Liuva?

—Es mi hijo, y vivirá en palacio.

—Todavía es pequeño para separarlo de su madre.

—Cuatro años, pero puede seguir viéndola a diario.

—Bueno, ya sabías que tarde o temprano tendrías que despedir a Hilde.

—Así es, y te pido que la acojas bajo tu techo. —Escuchar tan descabellada idea le provocó un escalofrío más intenso que los que había sufrido durante la prueba impuesta por Guntram—. Te lo ruego como amigo.

—No puede ser, en mi casa no —farfulló.

—¿Dónde va a estar mejor que bajo tu protección?

—Ella ya tiene un hogar. Mucho más humilde que palacio, pero Badwila se alegrará de recibirla.

—Badwila ha muerto.

La frase retumbó en los rincones de la dorada caverna, y con mayor brutalidad en los oídos de Wilya. Una repentina pesantez coaguló sus pensamientos y se hizo dueña de sus miembros al tiempo que los ojos se le humedecían sin contar para nada con su voluntad. Su primo lo estrechó en un abrazo protector.

—Pronto hará un mes que le dimos tierra. Le consumieron unas fiebres y nada se pudo hacer por él. Sé cómo apreciabas a ese hombre y lamento ser yo quien te revele tan triste noticia.

Tras abandonar el subterráneo, Wilya salió de palacio con la abrumadora sensación de que la vida le sometía sin cesar a pruebas demasiado exigentes. Tampoco ahora quiso ir a casa, sino que encaminó su montura extramuros en busca del cementerio que se aupaba en una de las lomas junto al camino del norte. Allí, rodeado de encinas y siguiendo las indicaciones recibidas de su primo, pudo localizar el túmulo que cubría la losa de piedra bajo la que habían depositado al herrero. Ninguna señal decía que aquella sepultura, tan anónima como las que había alrededor, perteneciera a Badwila, pero al menos su amigo tenía una tumba, un lugar, por modesto que fuese, donde poder detenerse para revivir su recuerdo. Pensó que era bueno tener un sitio así para que cualquiera pudiese decir un día que el reencuentro con los antepasados era posible. Al contrario que su madre, sin espacio donde ir a llorarla, tan impalpable como el humo en que se había convertido. Porque Orosia sólo podía ser recordada mirando a las nubes.

Perdido entre estas reflexiones, se sorprendió aún montado y oteando el cielo del atardecer en busca de inexistentes nimbos. Descabalgó para llegar a los pies del sepulcro de Badwila, pero no supo qué decirle, pues le faltaban palabras con que traducir el dolor, y ya era tarde para expresarle gratitud. Desató por fin de su cuello el colgante que siempre llevaba, aquel amuleto que el herrero había forjado con forma de mariposa como símbolo de su sueño, y lo sepultó bien profundo bajo la piel quebradiza de la tierra que cubría a su amigo. Por si en su viaje entre tinieblas se las hubiera de ver con maléficos espíritus.

La temida llegada de Hilde no se produjo hasta avanzado el otoño. Hada tiempo que no la veía, pero a Wilya le pareció tan hermosa como antaño, sin que la maternidad hubiese hecho mella en su espléndida figura ni la decisión de Recaredo de alejarla de su lado y de su propio hijo pudiera borrar su dulce y modosa sonrisa. Aunque cuidando de no resultar un anfitrión hostil, actuó ante ésta con premeditada frialdad, casi sin mirarla a los ojos, para ofrecerle un espacioso aposento en el piso superior, el más cómodo y apartado del ajetreo cotidiano.

Si bien su dedicación a los quehaceres de palacio apenas le permitía ocasiones de encontrarse con Hilde, Wilya evitaba cualquier oportunidad de compartir espacios

con ella. Y no porque la joven fuese molesta o exigente en su comportamiento, que no lo era; por el contrario, lejos de darse aires de gran señora amparada en su posición de favorita real, su actitud era discreta y ejemplar. Por si fuera poco, resultaba admirable su esfuerzo por imponerse al estigma que padecía para entender a los demás y hacerse comprender por todos con gestos y tímidos gemidos, de modo que pronto se ganó el aprecio de la servidumbre y del mismo Lucius. Las reservas de Wilya con respecto a Hilde no estaban tanto en ella como en sí mismo, aunque se negara a admitirlo así. Y es que saberla tan cerca, por mucho que se repitiese que esa mujer no le despertaba ya sino sentimientos de compasión, restablecía en él un antiguo desasosiego, aquella agridulce ansiedad que le asediaba de muchacho con sólo imaginarla.

Pero semejante inquietud pasó pronto a ser secundaria en su vida, y los sucesos de palacio se impusieron a los domésticos con devastadora rapidez. Obedientes a la llamada de Recaredo, muchos y destacados nobles del reino acudieron a Toletum, y con ellos algunos obispos de ambos dogmas. Con la solemnidad que el acontecimiento requería, el rey anunció sus esponsales con Bada, matrimonio que se celebraría seis meses después de aquella fecha, en el siguiente mayo. Tras la jubilosa y aplaudida nueva, y con un encendido discurso pergeñado sin duda por ocultas manos trinitarias, Recaredo animó a los presentes a sumarse a la secta romana como él había hecho tiempo atrás, para construir entre todos un reino unido y poderoso bajo los auspicios del Altísimo. Fuera por convicción o por miedo a enfrentarse publica y abiertamente al rey, muchos de los asistentes renegaron de su fe, y entre ellos, para sorpresa de Wilya, buena parte de la corte, incluida Goswinta. Renegó también el obispo Uldidas, y el tuerto Egica, y Berulfo, a quien tanto le daba blasfemar contra un dios que contra tres.

Aquella reunión convocada con el pretexto de una proclama festiva fue, por el contrario, el prolegómeno del caos, ya que, animados por el éxito obtenido con parte de la nobleza y la impunidad concedida por la indiferencia real, los trinitarios abrieron un periodo de revancha contra todo aquello que era sagrado para los godos. Así, y en mayor medida que en los meses precedentes, templos y tierras eclesiásticas fueron expropiados, esclavos ilegalmente arrebatados a sus amos, diáconos y clérigos conminados a retractarse de su fe o a vagar empobrecidos por calles y caminos al albur de la caridad.

Hasta la propia corte fue alcanzada por tan delirante tempestad, como pudo comprobar Wilya una mañana en que el humo de una extraña hoguera le hizo correr hasta el patio de armas. Allí andaba Galmerico, entre siervos que alimentaban el fuego con tomos, papiros y documentos, y otros muchos ojos que asistían impávidos al siniestro espectáculo.

—Ayúdame —le dijo éste al verle.

Siguió al tutor por la larga escalera que conducía a la torre, hasta que llegaron a la biblioteca. Galmerico puso en sus brazos una pila de libros que alguien había retirado

previamente de las estanterías; luego el propio clérigo cargó con otros y regresó en dirección al patio.

—Te has vuelto loco —gritó Wilya, pero aquél proseguía su descenso sin responder.

Una vez frente a la pira, el anciano arrojó su preciada carga a las llamas con una mueca de aflicción, y le invitó a hacer lo mismo con la suya.

—¿Por qué haces esto? —se rebeló él.

—Lo ha ordenado el rey. Obedece.

—No te creo —vaciló, aunque la duda apenas perduró un leve instante—. Y aunque así fuese, ¿cómo puedes quemarlos con tus propias manos?

Galmerico le arrebató los tomos para enviarlos con los anteriores.

—Puede un rey hacerme caminar descalzo sobre la nieve si lo desea —dijo luego, la mirada fija en los folios devorados por las llamas—. O tumbarme, si es su gusto, sobre ascuas encendidas. Pero de mi voluntad y de mi alma sólo yo soy rey. Yo, y Dios, cuando tenga a bien disponer de ambas.

Habló después en voz bien alta, como si pidiese perdón en nombre de todos los presentes a las víctimas de aquel absurdo y cruel holocausto:

—Hay un solo Dios, el Padre, el único no engendrado e indivisible. Y su unigénito Hijo, Señor y Dios nuestro, creador y hacedor de toda criatura, no habiendo ninguno como él. Uno sobre todos es Dios Padre, que es también Dios de Nuestro Señor. Y un Espíritu Santo, poder iluminador y santificador, ni Dios ni Señor, sino fiel ministro de Cristo, no igual, sino súbdito y obediente en todo al Hijo, como el Hijo es súbdito y obediente en todo al Dios Padre. En eso creo.

La última frase de Galmerico sonó en el patio como el grito de rabia de un inocente ajusticiado. Wilya había asistido a la profesión de fe de su tutor con un nudo en la garganta, no porque compartiese sus creencias, sino abrumado por el valor y la rectitud de un hombre íntegro. Él ya no sabía en qué creer y en qué no, pues aquellos dioses que se disputaban el reino le eran tan falsos y vacíos como quienes los habían inventado, y tanto Tyz como Guodan le parecían personajes de un libro leído mucho tiempo atrás.

El clérigo tiritaba, y fluidos lagrimones le recorrían el rostro para perderse entre los blancos rizos de la barba. Wilya lo amparó bajo su brazo, animándole a alejarse de aquella visión desoladora de la que no lograban retirar la mirada.

—Creo que debes descansar. Permíteme acompañarte a casa.

Abandonaron el recinto para caminar por las calles, y tanto el paseo como la sucinta charla consiguieron calmar los ánimos del tutor hasta permitirle un cierto desahogo de la angustia que llevaba dentro. Angustia derivada del arbitrario y feroz acoso de los trinitarios que, con la complicidad real, alcanzaba ya a las mismas raíces de la nación goda. Según sus palabras, una sórdida cacería se había desatado por todo el reino contra cuantos libros hicieran referencia a la religión de sus mayores, y partidas integradas por milicias particulares clérigos, siervos, y hasta guerreros,

recorrían iglesias, bibliotecas y moradas para despojarlas de sus documentos y darlos al fuego.

Entre estas y otras confidencias relacionadas con las tinieblas que amenazaban al reino llegaron por fin al hogar de Galmerico, una modesta casa de una planta, no lejos de la ultrajada iglesia de Santa María, que Wilya nunca había visitado. El clérigo le invitó a entrar, y allí conoció a su esposa Ársula, una mujer madura, aunque bastante más joven que el tutor.

—¿Crees que voy a dejarla por el capricho de los hombres? —dijo tras quedar de nuevo a solas—. Llevo tantos años con ella que no sabría despertarme sin el arrullo de su pálpito. ¿Qué será de los sacerdotes que acepten la imposición trinitaria? Tendrán que expulsar de su vida a sus esposas, repudiarlas como si viviesen en pecado mortal. Es impúdico, vomitivo.

—¿No tienes hijos?

—El único que Dios nos quiso dar se lo llevó antes de que cumpliera medio año.

Galmerico se tendió sobre el camastro, derrotado por la pena. Con los ojos cerrados, aún pronunció una frase antes de quedar dormido:

—Puedo quemar libros, por mucho que me duela, si mi rey lo ordena; pero los que me pertenecen los defenderé con mi vida.

El invierno fue más severo de lo deseable, no tanto por los caprichos del tiempo y los elementos, que al principio saludaron a la ciudad con benevolencia impropia de la estación, como por el acontecer de los hechos, que vinieron a confirmar aquella premonitoria epístola de Koenraad que describía la inminente amenaza del fuego exterminador y convocaba a resistir con firmeza. Porque resistencia es lo que opuso Wilya a las desatinadas e intolerables decisiones de su primo, y el desencuentro nacido de esa discusión había desembocado en un violenta controversia culminada en ruptura. Fue con motivo de la hoguera en el patio de armas, cuando, tras separarse de Galmerico, compareció ante el rey ciego de indignación.

—¿Qué mal te han hecho esos libros para ordenar su incendio?

—No he ordenado tal cosa, sino que se sometan al juicio de Dios. Si dicen verdad, resultarán indemnes.

—¡El juicio de Dios, dices! De no ser por la fortuna que tuve ante Guntram, ahora sería un montón de huesos, y tú culpable de la muerte de Ingundis por esa ridícula superstición. ¿Por qué no quemas también los libros romanos a ver si la mano del Dios trino los salva?

—Cálmate, Wilya. —Recaredo sonrió tranquilo—. Para nada sirven libros que ya nadie entiende y que, además, molestan a la religión.

—A tu nueva religión quieres decir. ¿Cómo puedes ser tan cínico? Tu idilio con la secta romana es más que vergonzoso. Ella manda y tú obedeces.

—Ya que empleas esa analogía, ¿qué no harías tú para complacer a la esposa en tu noche de bodas?

—Darme muerte, como tú te la das sin saberlo. Y lo peor no son las promesas de

una noche, sino los compromisos de la vida que sigue después. Ya veo que ninguna verdad había cuando dijiste que no compartes tu lecho con clérigos. Hasta de tus pensamientos se han apropiado.

—Siempre exageras sobre lo que no entiendes, querido primo. —En un intento de conciliación, Recaredo quiso pasarle el brazo sobre el hombro, pero él lo rechazó con despectiva acritud.

—No me toques. Ofendes a los nuestros. A nobles, obispos y hombres libres.

—Nada tienen que temer ni unos ni otros si siguen mi senda. Todos conservarán sus privilegios en la nueva fe.

—Tu senda, dices. La senda que otros te señalan.

—Ya ves que muchos se han unido a ella de buen grado.

—Por regalarte el oído, o por miedo, no te engañes.

—¿Miedo? —Recaredo crispó el rostro y lo acercó desafiante al suyo al tiempo que esgrimía la mano en torno a su cuello como quien maneja una daga—. ¿Quién me tiene miedo? ¿Acaso tú, que perseveras en la herejía en contra de los deseos de tu rey?

Wilya soportó en silencio aquella mirada que lo atravesaba, tan nueva para él como si perteneciese a un desconocido.

—Eres un pobre idiota. —Recaredo aflojó el acoso, aunque no podía ocultar la cólera en las inflexiones de su voz—. Nunca entenderás los beneficios de lo que hago. Nuestro reino será más sólido en el futuro, y he vaciado de argumentos a nuestros enemigos, que ya no pueden invocar la religión en propio provecho.

—¿Y para qué necesitan excusas? Los imperiales no dudaron en transgredir el día sagrado para aniquilar a nuestro ejército ante Septe, ni Guntram ha cambiado un ápice sus ambiciones sobre la Narbonense por haberte unido a su secta. Lo que quieren son tus tierras, no que adores a su dios y reces sus mismas plegarias, y sólo un ejército más fuerte que el suyo desalentará sus propósitos.

La mirada del rey le recorrió de arriba abajo con expresión altanera, como si enfrente tuviese un torpe mocoso que quisiera darle lecciones.

—Una cosa está clara —dijo—, que es imposible despertar a quien quiere hacerse el dormido.

—Eres tú quien debe despertar de esta pesadilla, no yo —replicó él—. Destruyes nuestra historia, y los años venideros te juzgarán por ello. Me niego a secundarte en esta locura.

—Pues corre a tu casa, maldito inútil, que me sobra gente leal.

Tras aquella virulenta colisión, Wilya no volvió a poner los pies en palacio y se recluyó en los tediosos asuntos hogareños, rumiando el disgusto que le causaba la inesperada transformación de su primo desde que el Aula Regia le había elegido para ocupar el trono de su padre. Si Recaredo hubiese sido un extraño para él, el sufrimiento producido por las zozobras del reino sería otro muy distinto, pero a éste se sumaba el daño de ver a su mejor amigo convertido en traidor al más esencial

atributo de la nación goda, la fe de sus abuelos, y exterminador además del preciado recuerdo de su lengua escrita.

Y no es que renunciase a comprenderlo. Más de una vez, movido por el afecto que sentía por él, había intentado seguir aquel consejo de Koenraad y ocupar el puesto del rival para entender sus razonamientos. Pero era tarea imposible, pues al hacerlo le parecía estar en el campo de batalla frente a una innumerable legión encabezada por su propio padre, por Leovigildo, por el llorado Badwila, y la idea de combatir contra ellos se le antojaba tan vergonzosa como necia. Tampoco comprendía a aquellos que habían secundado la sinrazón de su primo, aunque cada cual tuviera sus motivos; los más, como Uldidas o Egica, para no verse marginados del favor real; otros, por miedo o debilidad, como la propia Goswinta, siempre inexpugnable bastión de la fe goda, que le había confesado el cansancio de la vejez y el poco valor que su persona y su palabra tenían ya para todos. Nadie estaba libre de la flaqueza, y Wilya lo sabía, pero la deserción de la antigua reina había sido para él una sorpresa tan decepcionante como sus argumentos, porque Galmerico, de edad más avanzada y con menor poder que ella, se mantenía fiel.

A pesar de la disputa, Recaredo se presentaba a veces en su casa para encontrarse secretamente con Hilde, y él desaparecía de allí para ir a cualquier parte a desfogar la irritación que su presencia le inducía. Otras, por el contrario, era ella la requerida por el rey en palacio, y un carruaje pasaba a recogerla y la devolvía horas después o bien al día siguiente. Y la rabia de Wilya en estos casos era semejante a los anteriores, aunque la calmara sin necesidad de huidas. Mucho más frecuentes eran las visitas de Liuva, que a veces pasaba jornadas completas en compañía de su madre. Eran ésos los únicos momentos en que se permitía la proximidad de Hilde, ya que le agradaba compartir con el niño algunos ratos de juego que aprovechaba además para referirle detalles sobre sus abuelos Leovigildo, rey de los godos, y Badwila, rey de las fraguas y de los herreros. Y en honor a las promesas hechas a éste sobre su nieto, y como si de cuentos infantiles se tratase, Wilya le hablaba de los enanos que hacían mágicas cadenas con tela de araña, y de otros personajes y aventuras de la vieja tradición. También le llevaba a pasear por los alrededores de la fragua, donde la actividad continuaba como si Badwila siguiese vivo, pero el niño, asustado, se negaba a entrar en el lóbrego y ruidoso recinto. Era demasiado pequeño para entender lo que aquel lugar significaba, para comprender siquiera las historias que tan a menudo le refería.

Excluido de la actividad palaciega, la visitas de Liuva eran el único aliciente para Wilya en su invernal retiro, y tan manifiesto resultaba su decaimiento que Lucius se creyó obligado a interesarse por el motivo de su apatía y de su melancólico aspecto.

—Ni lees, ni me retas ya frente al tablero del chaturanga. Te pasas las horas encerrado en tu alcoba viendo caer la lluvia por el ventanal, o cabizbajo frente al fuego como los viejos.

—Estoy preocupado por cómo van las cosas.

—Razones hay —admitió el mayordomo—, pero en tus ojos revolotea algo muy

distinto, el deseo por el fruto prohibido.

—¿De qué frutos hablas?

—De Hilde. No te atreves a mirarla y te enferman sus encuentros con el rey.

—Qué sabrás tú.

—Más de lo que imaginas. Esa mujer te tiene encadenado. Nos ha traído su callada paz a esta casa y la guerra a tu corazón.

—¿Dices que lo ves en mis ojos?

—Conozco muy bien esa mirada, tanto como si me viese yo mismo en el metal pulido, pues durante años la llevé conmigo a todas partes.

—¿Por quién?

—Por Orosia —confesó Lucius con timidez.

—¿Amabas a mi madre?

—Con todas mis fuerzas. Aunque en silencio, sin la osadía necesaria para declararlo. También temblaba al dirigirme a ella, y acariciaba en secreto su ropa, como a veces haces tú con la de Hilde, para guardar en mí el aroma de su piel.

Wilya se ruborizó al saber que Lucius estaba al tanto de sus escondidas incursiones en el aposento de Hilde, y el rubor se sumó a la extraña sensación que le provocaba descubrir íntimas confidencias que afectaban a su madre.

—Cuando me ofrecí a ser tu escudo en la guerra no estaba exagerando —prosiguió el mayordomo—. Sabía muy bien la inquietud que le causaba tu partida y habría hecho cualquier cosa por aliviarlo.

—¿Conocía ella tus sentimientos?

—No de mi boca, aunque las mujeres no necesitan de palabras para saber ciertas cosas.

—Fuiste muy fuerte para soportar tantos años de sufrimiento.

—No, Wilya, no te hablo de sufrimiento, que a nada conduce. El amor es lo único que importa. Amar, amar un instante, amar una larga hora es suficiente para que tu vida cobre un sentido que antes no tenía.

—Amar como tú dices sólo conduce a la decepción.

—Te equivocas. Amar es una dicha que brota de ti como un manantial, y nadie sino tú puede cegarlo. Cuando tu madre murió, una parte importante de mí se fue con ella, pero sé que sigue aquí dentro porque mi amor perdura tan vivo como entonces.

—Hilde pertenece a mi primo —zanjó la conversación—, así que, para mí, como si estuviese muerta. Ya aprenderé a vivirlo como tú dices.

En los fríos días de febrero mandaron a buscarlo de parte de Ársula. Acudió de inmediato a su casa, donde ésta le recibió con lágrimas en los ojos para anunciarle que Galmerico agonizaba. Aún estaba lúcido, pero ya tenía escrita en el rostro la afilada proximidad de la muerte. Con voz débil, aunque todavía clara, el tutor expresó su última queja.

—Ya no podré volver a nuestra Narbona, pequeño blasfemo —susurró, con sus dedos temblorosos en la mano de Wilya.

—Siempre pensé que eras de Toletum. Conociste a mi padre, entonces. —El moribundo asintió con un parpadeo—. ¿Por qué nunca me hablaste de él? —inquirió, con cuidado de que su lamento no sonase a reproche en momentos tan tristes—. Me habría gustado tanto escucharte cosas de él.

—Nunca tan importantes como las que Orosia te haya contado —dijo Galmerico, con una forzada sonrisa en los labios—. El testimonio de una enamorada es siempre el más dulce y sincero que pueda oírse.

—Así que me conoces desde pequeño.

—Desde que te concibieron. Pero escucha mi ruego y déjame, que me faltan las fuerzas. Protege a Arsula en mi nombre, que nada malo le suceda.

Dos días más duró la agonía de Galmerico, y su cuerpo fue entregado a la tierra a pocos pasos de la tumba de Badwila en medio de una despiadada borrasca de nieve que Wilya recibió como una premoción de los rigurosos tiempos que estaban por venir. Concluido el sepelio, quiso acompañar a la viuda hasta su ahora triste morada, y ofrecerle amparo en su propia casa para evitar la soledad a la que había sido condenada por la muerte de su esposo. Agradecida, ella le informó de que Goswinta ya le había buscado hueco en palacio entre el pequeño séquito de sus sirvientas, y que allí residiría en adelante.

—Te quería como a un hijo. —Arsula se despidió con un beso cariñoso—. Siempre creyó que serías rey, un digno sucesor de Liuva. Imagina su pena cuando quedaste tullido. Aunque sufría más por tu dolor que por el buen rey que había perdido la nación.

Así se extinguió el invierno, con el amargo regusto de una nueva pérdida y él sumido en sus cavilaciones. De cuando en cuando, encerrado en la soledad de su cuarto, hojeaba algún tomo sin la pasión necesaria para sumergirse en su contenido, al tiempo que escuchaba el ritmo suave de los pies descalzos de Hilde sobre la piedra, sobre tablones que apenas crujían bajo su levedad. Y ella y el texto se hacían una misma cosa, un mismo desánimo enquistado en el corazón, y la vida se le antojaba pequeña, como reducida a un soplo, a una brizna tan minúscula que ni siquiera merecía ser vivida. En tanto las polillas, siempre fieles a su liturgia, acudían a inmolarse en la llama como los libros sentenciados por Recaredo.

Pasada la Pascua, una imprevista visita vino a turbar el letargo cotidiano voluntariamente impuesto en la vida de Wilya, tan imprevista que era Berulfo quien solicitaba ser recibido tras muchos años sin acercarse por aquella casa. De su enajenado amigo podía esperarse cualquier cosa, aunque en los últimos tiempos hubiese pulido su carácter hasta poder ser considerado un hombre cercano a la normalidad. Le invitó a subir, pero aquél prefirió quedarse al aire libre en el patio junto a su caballo, y hasta allí hizo llevar el anfitrión unas banquetas, vino y dos buenas tajadas de pernil.

—¿Qué te trae por aquí? —se interesó, una vez dispuestos ambos en torno al refrigerio.

—Hace mucho que no se te ve por palacio, y he creído que tal vez quieras conocer las nuevas que han llegado.

—No tengo la menor curiosidad por lo que allí suceda.

—¿Ni siquiera por la rebelión de Emérita?

El corazón le dio un vuelco, pero Wilya se mordió la lengua para no desdecirse de su rotunda y altanera respuesta. Berulfo tomó su silencio como licencia y pasó a contarle sin más preámbulos lo acontecido en la capital lusitana.

Según su amigo, se había descubierto allí una conjura urdida por destacados nobles y autoridades de la provincia, intriga de la que también se culpaba al metropolitano Sunna y a algunos de sus clérigos. Descontentos con el rumbo que tomaba el reino, era intención de los conspiradores entregar el trono a Segga, el conde emeritense, y declararse en rebeldía contra Recaredo, aunque para ello convinieron en eliminar primero a los dos más leales defensores del rey en la ciudad, el duque Claudius y el obispo Masona.

Así, los nobles invitaron al prelado trinitario a visitar la residencia de Sunna con la intención de darle muerte, pero aquél, temeroso y siempre hostil a todo lo que representase la fe goda, se excusó de asistir y sugirió recibirlos en su propio palacio. Allí acudieron los conjurados, junto con una muchedumbre de insatisfechos, pero Masona no estaba solo, sino en compañía de Claudius, que había acudido a su llamada de auxilio con un buen número de partidarios. Reunidos los principales en el atrio del palacio episcopal, charlaron de vaguedades durante un rato y se despidieron sin que nada sucediera. Aunque uno de los conspiradores, el noble Witerico, acudió después en secreto hasta Masona para confesarle los criminales planes de aquella audiencia, pues él mismo se había juramentado para dar muerte personalmente al duque y al propio obispo y allanar el camino de la rebelión en beneficio del conde Segga.

—Dicen que la mano de Dios sujetó la espada de Witerico en su funda para que no corriera la sangre de esos dos hombres, y que por eso no pudo acuchillarlos.

—¿Y quién lo dice?

—Pues Masona, o el propio Witerico, yo qué sé. Allí lo dicen.

—Más bien sería la intemperie, que hiela a veces el metal y lo fija a su vaina como si fueran una misma cosa —alegó, pues lo que narraba Berulfo había sucedido en aquellos crudísimos días de finales de febrero en que Galmerico se despedía de la vida—. O la cobardía de un traidor que le lleva a cometer una segunda traición.

—Eso digo yo. El caso es que Witerico, arrepentido, contó con pelos y señales los planes previstos por los conjurados para el caso de que aquel primer intento fracasase.

Lo más grave había sucedido, según Berulfo, pocas semanas después, durante el domingo de Pascua, festividad que Masona tenía por costumbre celebrar en la más antigua iglesia de la ciudad, aquella que llamaban Santa Ierusalem, para ir luego cantando salmos en procesión hasta el templo de la mártir Eulalia, fuera de las

murallas. Y era ése el momento elegido por los conspiradores para levantarse, de modo que una gran partida de rebeldes armados esperaba disimuladamente en las puertas de la ciudad con intención de emboscar en aquella angostura al obispo y a su comitiva, de la que formaba parte el duque Claudius. Pero éste, que por la delación de Witerico conocía todos los movimientos de los confabulados, también había repartido a sus hombres entre la multitud y el cortejo, y acabó con los intrigantes antes de que pudieran percatarse de la celada. Muchos habían muerto en el cruel combate, y los culpables que sobrevivieron fueron cargados de cadenas.

La narración de Berulfo acrecentó el pesimismo de Wilya. Tal y como había advertido una y mil veces a su primo, sus ciegas decisiones llevaban a la guerra civil, a un nuevo conflicto entre visigodos. Poco importaba ahora cuál hubiese sido el resultado de aquella matanza, pues si apreciaba a Claudius y su muerte le habría causado sincero pesar, no menor simpatía guardaba hacia Segga y otros valerosos compañeros de filas durante la campaña contra Hermenegildo, de sangre tan goda como la propia y de lealtad tan profunda a la tradición de sus mayores como la que él mismo se confesaba.

—¿Murió Segga entonces?

—No, pero ya es hombre sin manos, como corresponde a los usurpadores —comentó Berulfo con cruel indiferencia—. Recaredo no se anda con templanzas como su padre. Lo ha despojado de sus bienes y desterrado en Galecia.

—¿Y el delator?

—¿Witerico? Perdonado.

—Por intercesión divina, supongo.

—No, por decisión del rey y de Masona.

—Viene a ser lo mismo.

—De los conocidos, también capturaron a Vagrila, el conde de Norba, que corrió a refugiarse en el oratorio de la mártir cuando olió el descalabro.

—Pobre idiota. Como quien se mete en la guarida del lobo.

—Sí —se carcajeó Berulfo—. Y ya que el rebelde eligió semejante amparo, Recaredo ha decidido que tanto él como su mujer y sus hijos pasen a ser esclavos de esa iglesia durante el resto de sus vidas, a la que ha donado además toda la hacienda del conde.

—Aprovecha cualquier circunstancia para engordar la bolsa de los trinitarios.

—Por poco tiempo en este caso, porque también a Vagrila ha perdonado Masona y le ha devuelto tanto libertad como patrimonio tras aceptar el dogma del Dios trino.

—¿Contra la decisión del rey? Más que poderoso debe sentirse ese hombre para atreverse a una cosa así.

Berulfo se encogió de hombros.

—Muchos muertos ha habido allí, Manoseca, muchos. Godos e hispanos, porque también de éstos había, y no pocos, entre los rebeldes. Y muchos exiliados, Sunna entre ellos.

Le incomodó escuchar de nuevo el viejo apodo, y pronunciado además con la mayor naturalidad, como si ése fuera su verdadero nombre. No había cambiado tanto Berulfo a pesar de sus apariencias; tal vez sí en aquella enfermiza obsesión por su padre asesinado, pero su sensatez seguía siendo tan menguada como siempre. Aunque no parecía el momento de abrir una disputa y Wilya pasó por alto el insulto.

—¿También él?

—Fue capturado en su casa tras los disturbios. Parece que no sabía nada de lo sucedido, o al menos eso dijo, y le apremiaron a renegar de sus creencias a cambio de una sede episcopal en otra ciudad.

Wilya recordó la entrega y el buen criterio con que el metropolitano emeritense había defendido su fe ante Recaredo y los doce prelados trinitarios en aquella reunión de Santa María, cuando aquella iglesia aún no había sido entregada a la herejía romana.

—Sunna no es de ésos —aseveró, y al decirlo miró a Berulfo directamente a los ojos, con un reproche por su propia deserción.

—Por eso marcha también camino del exilio —repuso éste con frialdad, ajeno al mensaje—. Con sus dos manos, pero mucho más lejos que Segga, pues se le ha amenazado con la muerte si sus plantas siguen pisando tierras del reino.

—Y sus templos y bienes, para Masona.

—No queda otro obispo allí —admitió Berulfo con una mueca de resignación.

—Es doloroso lo que cuentas. Todos eran compañeros de armas excepto Sunna, a quien apenas conocía; pero mi admiración por ese hombre casi supera a la que guardo por los otros.

—Los clérigos son gente extraña. Más me duele a mí que haya traidores entre nosotros.

—¿Traidores a qué? Tú renegaste de la fe tu padre.

—Déjate de letanías —gruñó Berulfo—. Allí donde vaya mi rey, yo le acompaño. Al infierno si es preciso. Qué más da el Dios que elija mi espada, si todos son igualmente oscuros.

—Con tu nueva religión en nada te distingues ya de los francos, a los que tanto odiabas. —Sabía que su frase era casi como una puñalada a traición, pero necesitaba desahogarse de la rabia contenida tras conocer los terribles sucesos de Emérita.

—Te será muy fácil distinguirme de un franco si nos ves juntos —repuso éste con aplomo—, porque él estará muerto y yo no.

Wilya aceptó con una irónica sonrisa la bravata de su amigo.

—Dime, Berulfo, ¿por qué has venido a contarme todo esto?

—No por mi gusto. Allá tú si subes o si bajas. El rey me ha enviado a ponerte al corriente, y quiere que vayas a verle.

Más que convencerle, la treta de usar a Berulfo como mediador sólo contribuyó a fortalecer la obstinación de Wilya frente a Recaredo. Y eso a pesar de los consejos de Lucius, que le amonestaba, con su habitual mesura, por la vida que últimamente

había elegido, propia de un monje y no de un noble.

—Tu ascendiente con el rey es beneficioso para todos —le decía—. Por mucha furia que te causen sus actos no puedes seguir así, ni hacer dejación de tus obligaciones como gardingo.

—Esas obligaciones chocan cada día contra mi conciencia.

—Pues tarde o temprano tendrás que afrontarlo y dar la cara. Con la palabra o con la espada, pero regresa al mundo cuanto antes.

—¿Con la espada?

—Otros se han levantado en armas para defender sus pareceres. Aunque ni las circunstancias son favorables ni te veo conspirando contra tu primo, así que elige el filo de tu palabra y recupera con él la propia estima.

Las recomendaciones de Lucius rebosaban cordura, pero a Wilya le enfermaba la idea de volver a palacio para contemplar, impotente, cómo Recaredo decidía el hundimiento de la nación a favor de la secta trinitaria con la misma frialdad que un carnicero trincha una res para entregar sus despojos al mejor postor. Algo que jamás habría sucedido de seguir vivo Leovigildo, cuya ausencia como rey añoraba ahora tanto o más que como segundo padre. Ante el oso alzado todos temen, le había dicho un día Galmerico para explicar el respeto adquirido por su tío a lo largo de los años. Y se preguntaba si Recaredo era un oso alzado o acaso una vulgar culebra arrastrándose a los pies de quienes habían respetado y temido a su padre.

La culebra llegó pocos días después que Berulfo, y al prepararse Wilya para salir de casa como tenía por costumbre cada vez que aparecía por allí, su primo, que aguardaba en la puerta de las caballerizas, le detuvo con una frase.

—No vengo por Hilde.

—Es lo único que te queda por aquí —replicó él con gesto desabrido.

—Hemos crecido, jugado y combatido juntos. Compartimos la misma sangre de nuestros padres. Eres como un hermano, el único que me queda. Vuelve a tu sitio.

—Un hermano inútil, según dijiste.

—Hay palabras que sólo son fruto de la cólera —dijo Recaredo en su descargo—, y pasada ésta se ven las cosas de otro modo. Tampoco es agradable oír cómo me llamas traidor un día tras otro.

Recibió en silencio el reproche, por no volver a llamarle traidor.

—Me tengo por perspicaz, pero no alcanzo a verlo todo —agregó el rey—. Necesito tus ojos.

—Nuestros ojos ven las cosas de forma muy opuesta.

—Así es el reino que me toca gobernar, con distintas razas y creencias, con opuestos intereses.

—Intereses que tú te encargas de enfrentar en lugar de avenirlos. La matanza de Emérita lo prueba, y no es más que el principio de una desdicha mayor.

—Los conspiradores ya están donde deben. No hay de qué preocuparse.

—Muerte y exilio es lo que ofreces al reino.

—Tal vez tenías razón en censurar mi optimismo —aceptó—. No es fácil cambiar las cosas tan deprisa. Por eso quiero que regreses, para tener cerca tu consejo por discrepante que resulte.

Wilya negó con la cabeza, pero Recaredo le tomó amistosamente del brazo.

—Poco antes de que partiese contra los suevos, mi padre me dejó una frase que no olvido. Wilya, me dijo, te será leal aunque le hieras con garfios candentes, porque, de cuantos tienes alrededor, es el único que te ama.

LA ÚLTIMA BATALLA

Toletum, otoño de 588

Como los legendarios héroes, que no eran muy distintos a cada hombre sobre la tierra, Wilya también tenía su punto vulnerable, y éste no era otro que el afecto. Así, las llamadas de Recaredo a restablecer la armonía y su mención al buen recuerdo de Leovigildo llegaron por fin a calar en sus entrañas y aceptó regresar a su labor de consejero que tan abruptamente había abandonado. Sin renunciar, eso sí, a sus dudas y reticencias, sin aceptar que cuanto se maquinaba en palacio fuese adecuado para el buen gobierno y la salud del reino de los godos, pero al menos con la voluntad de que, tal y como sugería Lucius, su palabra sirviera de freno o templanza a la demostrada insensatez de su primo.

Ese mismo ánimo le llevó a sumarse como invitado a la boda real, ya que en la fecha anunciada Recaredo celebró esponsales con Bada, la hija menor del conde Fanto, en una ceremonia que congregó en Santa María a lo más escogido de la ciudad y oficiada por los dos obispos, Eufimius y Uldidas, que se repartían de mala gana el gobierno trinitario de Toletum tras la apostasía de este último. Muchos nobles y clérigos forasteros llegaron hasta la ciudad para asistir a un acontecimiento que ponía término, de una vez por todas, al largo e improductivo esfuerzo de emparentar al rey con una princesa de sangre franca, y entre ellos los principales prelados de la secta romana, que últimamente se movían por palacio con toda soltura e inusitada frecuencia. Aunque faltaron bastantes conocidos, porque ninguna autoridad de la Narbonense, excepto el conde Gundemaro, se dejó ver por allí, justificando su ausencia con ineludibles obligaciones que no permitían tan prolongado abandono de la provincia. Parecido motivo arguyó Argimundo, que debía atender las muchas necesidades exigidas por su reciente ocupación de duque en la Tarraconense.

Con gran boato, que dejó pequeño al ya visto en el casamiento de Hermenegildo e Ingundis, y entre promesas de fidelidad imperecedera, el rey hizo pasar la sortija de boda por los tres dedos centrales de la joven esposa bajo la advocación sucesiva del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo antes de ceñirlo en el anular. Y como si este gesto de sumisión a los nuevos dogmas no fuese ya lo suficientemente explícito, con un breve discurso en el banquete que puso fin a la ceremonia, Recaredo convocó a todos los obispos y nobles del reino a un sínodo que habría de reunirse en Toletum en la siguiente primavera.

Tras aquellas celebraciones había transcurrido un verano extrañamente tranquilo, como si en el reino se hubiese decretado un armisticio para respetar la dulzura posterior de las nupcias que habían unido a Recaredo con una joven de diecisiete años que, aun siendo bella, no alcanzaba a igualar la hermosura de Hilde. Para Wilya fueron meses en los que recuperó la compañía de su primo, tanto en frecuentes

partidas de caza como en las bulliciosas fiestas de palacio, en las que, ahora sí, la nueva compañera ocupaba lugar preferente a su diestra, como sucedía a veces con Liuva, a quien la reina, quién sabe si sincera o fingidamente, parecía atender con el cariño de una hermana mayor.

Por primera vez en su vida, Wilya había dedicado aquel verano a supervisar personalmente la cosecha en las tierras que tanto amaba Orosia, engrosadas por la donación real tras la campaña de la Narbonense. Junto a Lucius, que era la verdadera alma de tan exigente labor, recorrió cada rincón de unos pagos a los que no había vuelto tras la muerte de su madre, y tuvo oportunidad de comprobar el sobresaliente crecimiento de la villa, donde ningún rastro quedaba ya del devastador paso del morbo inguinal que años atrás había obligado a la cremación de algunos de sus edificios. Allí se erguía de nuevo la restaurada iglesia romana, y el inmueble anejo que cobijaba lo que su tío había llamado un monasterio familiar, y cuyo sostenimiento corría a cargo ahora de su peculio. En más de una ocasión, durante sus querellas palaciegas, había pensado en eliminar aquella influencia trinitaria de su hacienda y que la larga docena de clérigos y legos que vivían a su costa corriese a buscar cobijo bajo las alas protectoras del rey renegado, pero el recuerdo de su madre frenaba siempre cualquier tentación al respecto. También en eso creía distinguirse de su primo, pues si soportaba aquella pequeña comunidad tan contraria a su fe, era con su patrimonio, y a ningún legítimo propietario expoliaba ni humillaba con semejante medida. Sólo lo suyo cedía a otros por propia voluntad, y no como Recaredo, dispuesto a decidir sobre vidas, haciendas y creencias ajenas como si le perteneciesen.

Más allá de este tipo de consideraciones, que por incómodas intentaba apartar de sus pensamientos, descubrió un desconocido goce durante su larga permanencia en la villa. Disfrutaba como nunca al contemplar la faz de aquellas extensiones de cereales bien granados que cambiaba de día en día merced al trabajo de las hoces y el sudor de los segadores. Y parecido placer le envolvía al presenciar los esfuerzos del acarreo por los senderos, el hacinamiento de las mieses en las eras y la polvorienta labor de separar el grano de las granzas. La tersura de un puñado de trigo en la palma de su mano alcanzaba ahora un significado que nunca antes había tenido, porque aquellas diminutas semillas que poco a poco colmaban los almacenes y que su indiferencia infantil siempre identificó con afanes meramente serviles, eran el basamento en que se sostenían sus privilegios, y de nada servían nobleza y renombre sin esa abundancia que cada año arrancaba de la tierra. Prosperidad que no se detenía en las generosas mieses, sino que era acrecentada por frutales, vides y olivos a la espera del momento propicio de la maduración antes de que sus frutos fuesen destinados a los silos, lagares y molinos de aceite de la villa. Tal vez, reflexionaba Wilya en aquellas felices semanas, ésa y no otra habría de ser su principal ocupación en un próximo futuro, una vez cumplidas sus ambiciones de guerrero y a la vista de la penosa marcha de los asuntos de palacio. Fueron estos asuntos los que reclamaron su regreso a la ciudad

cuando el benigno sol de otoño acariciaba los rastrojos, y las cepas parecían ya dispuestas a recibir la visita de los vendimiadores.

—Espero que tu solaz entre terrones y bajo las faldas de jóvenes labriegas no te haya menguado el buen seso, primo —le recibió Recaredo de magnífico humor—. Siento haberte arrebatado de tu retiro, pero tenemos mucho quehacer por delante.

El rey le puso al tanto de las nuevas durante su ausencia, que se centraban casi exclusivamente en los preparativos del anunciado concilio, un proyecto al que Recaredo parecía dedicar muchas horas de atenta meditación. El obispo Masona y Eutropius, el abad de Servitanum, habían pasado un par de semanas en Toletum discutiendo con él los pormenores del magno encuentro, conversaciones a las que se había sumado Leander desde Hispalis mediante algunas epístolas en las que expresaba sus particulares puntos de vista. Como glosa de aquellos debates se habían redactado varios textos que el rey entregó a Wilya en busca de opinión. A medida que éste avanzaba en su lectura, sentía renacer en su pecho el viejo furor que poco tiempo antes les había enfrentado, si bien, decidido a mantener en lo posible la calma propuesta por Lucius, evitó cualquier comentario hasta conocer la integridad de su contenido.

—Y los templos de fe goda —dijo al fin—, ¿también los someterás a la prueba del fuego como ordenaste hacer con los libros?

—No será necesario purificarlos.

—Muy generoso. —Le vinieron a la memoria aquellas palabras de Ingundis que ahora parecían proféticas, cuando le dijo que en poco tiempo sólo templos trinitarios quedarían en pie en el reino de los godos.

—Como ves, tampoco cambiarán los ritos del bautismo. Aceptan sin objeciones la triple inmersión que venimos utilizando desde Wulfila.

—Son minucias —repuso él—. Tanto da mojarse una que tres veces.

—No lo creas. Si los romanos lo hacen una sola vez, es para mostrar que las tres personas son un dios único. Es un gesto de acercamiento por su parte que hay que tener en cuenta.

—Y ahora, con la triple inmersión, dirán que se hace en nombre de cada una de esas personas.

—Lo principal es que no será preciso un nuevo bautismo para quienes quieran cambiar de fe. Ni siquiera una confirmación explícita como la que yo hice ante Eufimius. Bastará con rezar el Credo trinitario en la liturgia dominical para ser considerado como íntegro católico.

—Hasta el lenguaje te han cambiado. Pero no quiero volver a mis reparos. Hablemos sólo de lo que aquí está escrito, que ya es bastante perturbador. —Recaredo aceptó con una mueca someterse a la anunciada crítica, que no se hizo esperar—. Tu pacto con los trinitarios no invita a confiar en la seguridad del reino. Y la competencia entre obispos no será el menor de los problemas.

—Ningún problema hay en eso. Los godos seguirán siéndolo allí donde no haya

trinitarios, y compartirán el obispado en las ciudades donde existan de ambos credos, como ya sucede en Toletum.

—Excepto que sean metropolitanos, en cuyo caso das primacía a los trinitarios y despojas de la autoridad provincial a los godos.

—Eso sí que son minucias, Wilya —argumentó el rey—. No podemos juzgar un pacto por cuatro casos particulares. Admito que no será fácil la convivencia hasta que la ley se haga costumbre, pero es preciso partir de la buena voluntad de todos.

—Confiar solamente en los buenos propósitos es suicidio, pero más graves son las atribuciones que he leído en esos textos. Si concedes a los obispos poder sobre los jueces y funcionarios, entrarán en grave conflicto con la autoridad de los condes.

—Ya tienen ese poder entre los romanos. Justo es que lo extiendan a todos los súbditos si queremos un reino unido. Además, se preserva la autoridad más importante, la de los duques, que seguirán al mando de las tropas.

—Sólo faltaría que también pusieras el ejército bajo sus órdenes.

—Míralo de otro modo, primo. Al aceptarlos como funcionarios del reino, quedan todos bajo mi potestad y se acaban por fin sus insolencias. Yo seré el único que decida quién ocupa las sedes vacantes, y ése es un poder sobre los trinitarios que jamás ha tenido ninguno de nuestros reyes.

—Ya lo he leído, pero a cambio los metes en el Aula Regia —objetó él—, donde sólo los nobles tienen derecho a estar. Ni siquiera a nuestros obispos se les otorgó nunca semejante privilegio, y si aceptas esas condiciones, el trono quedará a su albedrío.

—Seis metropolitanos no pueden dominar a toda la nobleza, y por el momento no habrá más prelados que ésos en la asamblea.

—Las disposiciones sobre los hebreos son humillantes.

—Las que heredamos de Roma y que el viejo Alarico nos dio en sus leyes. Nada nuevo.

Recaredo estaba en lo cierto, pues desde siglos atrás, y entre otras restricciones, los judíos tenían prohibido levantar nuevas sinagogas, predicar públicamente sus dogmas, unir su sangre a la de godos y romanos y ocupar empleos que significasen autoridad sobre éstos. Pero el rey eludía en su argumento una realidad muy distinta.

—Son normas que llevan muchos años sin aplicarse entre nosotros en todo su rigor —dijo Wilya—. Tu propio padre decretó la legalidad de cualquier matrimonio, y esos acuerdos que habéis escrito vuelven a considerar ilegítimas tales uniones. E impiden además a los hebreos poseer esclavos extraños a su secta.

—De todos es conocida la aversión trinitaria hacia esa raza —se justificó Recaredo.

—A la que tú te sumas por halagar a sus obispos. Cualquier siervo de hebreos que se bautice podrá reclamar su libertad, y eso socavará el patrimonio de muchas familias.

—Que ellos mismos se bauticen si quieren evitarlo.

—¿Forzarlos al bautismo? No es ésa la enseñanza que hemos recibido. Así conseguirás únicamente un reino de fingidores.

—Peor para quien se atreva. Porque si alguien burla mi buena fe, perderá sus bienes y caerá en la esclavitud.

Durante el otoño se sucedieron las discusiones con su primo, siempre a solas, sobre estos y parecidos asuntos relacionados con dichos acuerdos. A veces llegaba a palacio una carta desde Emérita o Hispalis que ofrecía nuevas contribuciones de los pelados trinitarios, y el debate se reverdecía con similares argumentos por ambas partes. Un debate que a Wilya se le asemejaba al absurdo intento de hablar con las mariposas, porque al igual que sucedía al dirigirse a ellas, sus palabras no alcanzaban eco en Recaredo, salvo una retahíla de razones por parte de éste que conducían inexorablemente a la triste conclusión de que todo estaba perdido. Y es que el rey ya tenía muy resuelto que no habría desvíos ni marcha atrás en el camino trazado, y que sólo para la formulación de mínimos detalles prestaba oídos a la opinión ajena.

—¿Qué necesidad hay de vulnerar hasta ese extremo nuestras leyes? —se quejaba Wilya—. Galmerico siempre nos enseñó, como Arrio y Wulfila, que el hombre es libre para elegir a sus dioses, y que todas las creencias son dignas de respeto. Si ellos quieren adorar a tres dioses, que lo hagan, pero no puedes obligar a todo el reino a que acepte esos dogmas contra su voluntad.

—¿Y adonde ha conducido esa libertad que dices sino a un reino dividido? Mira, primo, hay que admitir que son más fuertes que nosotros.

Aquella frase había retumbado en su cabeza con la energía de timbales que llamasen a las armas, y Wilya se rebeló contra ella con furor apenas contenido.

—Nadie hay más fuerte que los visigodos. Hasta el Imperio nos guarda respeto. Y lo hemos logrado sin renunciar nunca a nuestra fe.

—No lo dudes, aunque no me refería a ese tipo de fuerza. Ni siquiera al hecho de que los hispanos y galos de nuestras tierras sean diez veces superiores a nosotros. No, nada de eso me asusta. Pero cada obispo, cada clérigo trinitario es un caudillo enemigo dentro de nuestras fronteras, siempre presto a sumarse a quienes quieran urdir la ruina y perdición del reino y conducir tras él a todo su rebaño.

—Y te rindes a ellos.

—Al contrario, los sumo a nuestras filas. E igual que sucede cuando apalabras mercenarios para el campo de batalla, hay que hacer ciertas concesiones. Intenta verlo así y dejarás de juzgarme con tanta dureza.

Ese era el nuevo reino anunciado por Recaredo, un reino donde todos acatasen su potestad sin distinción de credos, porque sólo uno de ellos, el más voraz, sobreviviría. Wilya tenía que reconocer que era una empresa inteligente y muy ambiciosa, aunque más que ilusoria y no poco indigna. Porque nadie salvo un loco o un infame se atrevería, como su primo pensaba hacer, a sentar a los mercenarios en su trono, entregarles el honor de sus hijos y agachar la cerviz ante sus dioses, por mucho que este último fuese un gesto hipócrita para ganarse su confianza. En contra de todos sus

predecesores, Recaredo quería ser un monarca omnipotente a costa de perder sus propias raíces, y ningún árbol desarraigado, por grueso que fuera su tronco, soportaba en pie más allá de los vendavales y heladas del invierno.

La Natividad reunió en Toletum a varios obispos y clérigos trinitarios, invitados por el rey para celebrar con él las festividades y revisar juntos los pormenores del previsto sínodo. Hasta allí se llegaron los metropolitanos Masona y Leander, y Eutropius de Servitanum, y Iohannes de Scallabis, que había sido nombrado recientemente abad de un monasterio en la Tarraconense que llamaban Biclarum. Dos godos y dos hispanos, muy distintos de aspecto y venidos casi de los cuatro puntos cardinales del reino, pero todos ellos con comunes intereses. Wilya procuraba eludir en lo posible su contacto y limitarse a compartir con Recaredo, si éste lo requería, las novedades que tan fecundas reuniones solían ofrecer, aunque raramente conseguía esquivar los encuentros protocolarios, por fortuna escasos, que la presencia de esos personajes suscitaba en la ciudad. De uno de ellos salía, dispuesto a regresar a casa ya con las postreras luces del crepúsculo, cuando una menuda y silenciosa figura le cortó repentinamente el paso en los aledaños de palacio.

—¡Ársula! —exclamó sobresaltado al distinguir en ella a la viuda de Galmerico —. Casi te atropello. No son horas de andar entre sombras.

Ella se llevó el índice a los labios, y con una seña le dirigió a un solitario rincón apartado del lugar de su encuentro. Su rostro parecía desencajado, e incluso en la penumbra sus ojos destilaban un notorio terror.

—¿Qué sucede, Ársula?

—Dime, hijo, ¿es cierto que mañana visitará tu primo al obispo Uldidas?

—Así es —asintió confuso—. El obispo recibe en su residencia al rey y a sus invitados para celebrar la Epifanía. Yo mismo tengo que asistir, y maldita la gracia que me hace.

La mujer dejó escapar un estremecimiento, como si un verdugo hubiese azotado con violencia su magro y minúsculo cuerpo.

—Pues mayor motivo para contártelo, si es que vas a estar allí —musitó—. Porque has de saber que el vino que os sirvan en esa comida llevará una ponzoña mortal.

—Es muy grave lo que dices. ¿Quién y por qué habría de hacer una cosa así?

Con frases entrecortadas por el desasosiego, la viuda de Galmerico refirió una historia más que sorprendente, y es que había podido escuchar ciertas conversaciones del mencionado obispo con Goswinta en las que ambos planeaban la muerte del rey, y esa misma tarde acababan de convenir la forma y el momento de hacerlo, que no eran otros que el veneno y el citado ágape. La propia Goswinta había proporcionado a Uldidas la pócima letal.

—Alguien más tiene que respaldarlos. Una anciana y un obispo no son poder suficiente para acabar con un rey. ¿A quién ofrecerán el trono?

—Nada sé de otros nombres, si los hay. Sólo lo que ha de suceder mañana.

—Ambos aceptaron de buen grado la fe trinitaria —alegó él, en un intento de expresar en voz alta sus recelos sobre la veracidad de lo escuchado.

—Por obligación y para no sembrar desconfianzas. Pero siguen fieles a sus creencias y consideran que Recaredo las ha traicionado muy gravemente. Yo pienso como ellos, y creo que tú también.

—En tal caso, ¿por qué delatas a tu protectora?

—Bien que me duele. —La mujer inclinó la cabeza para esconder su tribulación —. Y mi conciencia sabe lo que he tenido que pelear para decidirme. Pero nadie merece la muerte por lo que cree, y ahora que sé que tú también corres igual riesgo, no me arrepiento de haberte hablado.

—Gracias, Ársula. —Wilya la acogió entre sus brazos.

—Si algo me consuela es pensar en Galmerico —añadió ella entre pucheros—. Y que tampoco él permitiría que murieses de forma tan indigna en la flor de la vida.

—Intentaré evitarlo.

Aquella noche apenas pudo dormir, porque el interior de su cabeza daba tantas vueltas como su cuerpo en el lecho. La confidencia de Ársula tan pronto le parecía un temor infundado, fruto de una imaginación demasiado excitable, como una amenaza cierta, y en este caso, la idea de denunciar a Goswinta se le antojaba casi como una traición a sus propios ideales. Ella, al fin y al cabo, defendía también lo que con tanto denuedo e ineficacia él mismo intentaba hacer ver a su primo. Pero callar lo que sabía era hacerse cómplice, y quién sabe si víctima, de un abominable crimen. Al compartir con él su angustiosa verdad, aquella mujer le había convertido en desleal, eligiera el camino que eligiese, como ella misma había tenido que escoger entre dos fidelidades antes de atreverse a hablar. Por fin, agotado por las dudas, se dejó ir tras el dedo del afecto, aquel que siempre le señalaba el definitivo trazado de sus decisiones.

Muy de mañana, fue en busca de Recaredo, a quien explicó los pormenores de la conjura, aunque sin mencionar la identidad de su confidente y arrancando de su primo el juramento de que no haría daño a Goswinta si las sospechas se confirmaban. Como Wilya, el rey recibió la historia con inicial incredulidad, aunque pronto maduraron entre ambos un plan para saber si se trataba de un peligro real o de falsas acusaciones. Así, llegada la hora de la visita, acudieron a casa de Uldidas con el resto de invitados tal y como estaba previsto, y éste les recibió en la estancia principal donde ya se había dispuesto todo para el banquete. Tras las oraciones de rigor, el obispo ordenó servir la mesa, y cuando el rey tuvo su copa llena y los demás aguardaban su primer sorbo para dar cuenta del vino, éste hizo un gesto de calma a los presentes y se dirigió al anfitrión:

—No veo que haya vino en tu copa, buen obispo.

—Sabes que raramente bebo, señor. No me cae bien.

—Pero no consagras ni comulgas con agua.

—Quién osaría cometer semejante sacrilegio. —Se santiguó el prelado.

—Pues cumple hoy con una de tus rarezas si no quieres insultarme a mí y a los

demás invitados. Bebe de mi copa.

Uldidas miró con estupor el cáliz que el rey le extendía, al tiempo que remoloneaba con ademanes de rechazo.

—Vamos, amigo, que un buen trago no te hará daño. —Recaredo le acercó el borde de la copa a los labios ante la sorpresa general. Por el pánico estampado en los ojos del obispo y el rubor cárdeno que empezaba a teñir su rostro, Wilya ya sabía que la conjura era cierta—. Al contrario, tal vez te lleve al paraíso.

De un manotazo, Uldidas apartó el peligro de su boca y el recipiente rodó sobre la mesa antes de caer al suelo.

—Que nadie cate el vino —ordenó Wilya al tiempo que salía al pasillo en busca de los guardias que esperaban tras la puerta. Y en tanto éstos maniataban al obispo, el rey animó a sus invitados a marcharse de allí y celebrar la festividad en lugar más hospitalario.

Ese mismo día, tras admitir su culpa y confesar que había actuado por instigación de Goswinta, Uldidas abandonó Toletum hacia su destierro en Galecia, igual que Segga, pero con sus dos manos indemnes, y Eufimius quedó de obispo único en la ciudad para regocijo de los trinitarios. Recaredo nunca se vio obligado a cumplir su promesa de respetar a Goswinta, porque la antigua reina dejó el mundo de los vivos pocas horas después de conocerse el fracaso de la conjura y la sentencia contra el obispo cómplice, y antes de que el rey o cualquiera en su nombre pudiese interrogarla sobre los motivos y pormenores de su ominoso comportamiento. Tan inesperado y trágico desenlace, que algunos interpretaron como nítido castigo de los cielos contra la que había querido desviar los santísimos proyectos divinos representados por el no menos bendito Recaredo, incitó no pocas controversias entre la gente sensata. Siempre en voz baja, como cada vez que las sombras de la murmuración planeaban sobre palacio, los corrillos enfrentaban a los convencidos de que el rey tenía que estar detrás de tan repentino final con quienes aseguraban que la propia Goswinta se había dado muerte para ahorrarse la vergüenza pública de su traición, o tal vez para proteger a otros con su silencio. Wilya participaba de este último parecer, y no sólo porque confiase en la palabra empeñada por su primo, sino porque, con el auxilio de Ársula, había podido revisar someramente el cuerpo exánime de la viuda de Leovigildo para hallar en él aquella mancha parda a la altura de la escápula que, según le explicó Koenraad, presentaban todos los fallecidos por veneno.

Recaredo, libre ya de su compromiso de no causarle daño, se negó a darle tierra en Santa María junto a quien había sido su último esposo, por considerar un ultraje que tan perversa mujer descansara al lado de Leovigildo, y dispuso que fuera sepultada en el oratorio de palacio. Así, en vísperas de cumplir los veintitrés y con el aliento congelado, Wilya asistió a un sepelio que más se parecía a un clandestino y vergonzante trance que a la respetuosa despedida de una reina. Sólo tres vivos más había en la lúgubre cripta después de que los siervos depositaron el cadáver en el sarcófago de piedra y la más poderosa reina que había existido entre los godos

quedase cubierta por la lápida. Como si la muerte no fuese ya suficiente castigo, Goswinta hubo de soportar además las últimas preces fúnebres en boca de Eufimius según una liturgia que ella siempre había aborrecido. Recaredo asistía al ritual con distanciamiento, en actitud acorde con la gélida temperatura y como si deseara acabar cuanto antes para salir al tibio sol invernal y olvidarse de lo que aquella mujer había significado en su vida. Berulfo, por el contrario, sollozaba en silencio entre hipos que a duras penas podía sujetar, y le pareció a Wilya que era la primera vez que veía semejante muestra de flaqueza en el despiadado rostro de su amigo. También en la cueva de Arenetum había derramado lágrimas ante el espectro de su padre, pero aquéllas eran de terror y estas otras revelaban sincera pena y amargura. Aun después de que los demás hubieran salido de la cripta tras la mezquina ceremonia, allí se quedó Berulfo largo rato, quién sabe si hablando con Goswinta o gimiendo a gusto sin testigos.

A pesar de la calma que Recaredo se empeñaba en aparentar, los recientes sucesos le habían alterado sobremanera, y con motivo, pues no era lo mismo afrontar una rebelión a muchas millas de Toletum que sentir el aliento de la muerte en su propia casa. Duplicó desde ese día el número de guardias en palacio y los integrantes de su propia escolta, dispuso medidas para que todos los visitantes fuesen rigurosamente registrados y desprovistos de cualquier arma por irrisoria que fuera, y se negó a probar bocado y a beber si no lo hacían sus catadores con suficiente antelación para asegurarse de que los alimentos no significaban riesgo.

—Tengo el reino lleno de traidores —se lamentaba ante Wilya.

—Y qué esperabas. Ensalzas a los enemigos de tu padre y ofendes a quienes dieron la cara por él.

—Métete las letanías donde gustes.

—Cálmate. Parece que ya pasó el peligro.

—¡No seas necio! —gritó furioso—. ¿De verdad crees que todo es obra de las chaladuras de una vieja y un obispo?

—Un vieja desesperada y un obispo humillado. El veneno parece propio de su debilidad. De haber alguien más fuerte, habría elegido la espada.

Recaredo negó con la cabeza.

—Creo que Berulfo estaba con ellos —dijo.

—¿Berulfo? Tú sí que eres necio. Pero si besa el suelo que pisas.

—Ya viste cómo lloraba a Goswinta.

—Mal andas si confundes afecto con traición. Yo también la amaba.

—Tú no gemías como él.

—Es natural. Ella fue su protectora desde que puso pie en Toletum, casi como su madre.

—Pronto lo sabremos. —El rey hizo una seña al guardia que custodiaba la entrada.

—No pretenderás interrogarlo.

La respuesta apareció en la puerta. Con su habitual displicencia, Berulfo caminaba hacia ellos ajeno a las conjeturas del rey y a la inquietud que éstas habían despertado en Wilya. Recaredo le invitó a sentarse para interpelarle sin más preámbulos sobre la última vez que había visto a Goswinta. Berulfo se rascó la cabeza, como si buscase entre su greñas los recuerdos, hasta admitir que había estado con ella un par de días antes de su fallecimiento.

—¿Y puedes contarme de qué hablasteis?

—Últimamente hablaba poco. Estaba muy abatida. Decía que desde que el Ángel de la Muerte se llevó a Leovigildo todo había cambiado demasiado deprisa, que el fin del mundo andaba ya cercano.

—¿Nunca te habló de sus planes?

—¿Qué planes puede hacer quien se considera al borde de la fosa?

—Quiero decir si te habló en algún momento de Uldidas, o de algún otro nombre.

Berulfo se puso en pie, muy ofendido, y braceó con rabia para expresar su queja:

—¿Insinúas, señor, que me he callado algo que pudiera perjudicarte?

—Nada insinúo, Berulfo. Lo único que quiero saber es si alguien más conspiraba con los asesinos.

—Y si yo mismo era su cómplice, ¿no es cierto? —gritó ahora.

—No me alces la voz. Y tampoco deben extrañarte mis dudas. Siempre fuiste leal a Goswinta.

—Y a mi rey: antes tu padre y ahora tú. Y, como ella conocía bien esa lealtad, tampoco debe extrañarte que me ahorrase con su silencio cualquier intriga contra ti en que hubiera podido comprometerse.

Recaredo calló. Parecía sopesar el mal que había causado con sus recelos, aunque las palabras de disculpa nunca habían afluido con facilidad a su boca. En una repentina y veloz zancada, Berulfo se desplazó hasta el rincón donde ardía un pebetero y se remangó la camisa.

—Conjuro a ese Dios trino en el que tanto crees —bramó, cegado por la ira— para que juzgue si digo verdad o miento.

Como si hubiese sido una decisión acordada, ambos se abalanzaron a un tiempo sobre su amigo para apartarle de la llama cuando ésta chamuscaba ya el vello de su brazo derecho. Y sólo entonces, apaciguada un poco la furia de Berulfo, expresó el rey sus sinceras disculpas al injustamente agraviado, que las aceptó con esa orgullosa dignidad que marcaba su carácter.

No acabaron ahí los sobresaltos de la jornada, pues al regresar a casa Wilya halló una epístola traída desde Agali que, aun sin abrir, parecía llevar grabado en su envés el sombrío perfil de un mal presagio. Escrita por el inconfundible y trémulo pulso de Koenraad, y con su velado estilo de siempre, refería un reciente y largo sueño, quién sabe si cierto o fabulado, del ostrogodo:

«He soñado con paisajes, tal vez recuerdos de la olvidada niñez o simple artificio de la imaginación. Pero te aseguro que hay en ellos interminables caminos, meandros

entre rocas donde el encuentro con lo desconocido equivale a hallar un amor, un tesoro, una palabra mágica. Y atajos acariciados por el sol cobrizo del atardecer que conducen a umbrosas laderas por las que descienden torrentes juguetones hasta el fondo de un valle que los convierte en un manso rumor en la lejanía. Hay también aldeas pobladas de gente feliz, donde el afecto es público y el rencor o la ambición apenas duran un suspiro. Y otras con plazuelas serenas donde el tiempo se detiene, desconocidas por los exploradores y sólo accesibles a través de veredas que aparecen en un instante y se esconden por siglos aun para el observador más sagaz.

»En mis sueños, Wilya, existe la belleza. Porque eso, y no otra cosa, quiere ser la vida.

»Así, con parecido ánimo, me gustaría cumplir mi último viaje bajo esta luz. Y que ese ensueño eterno me lleve a descubrir nuevas sendas y horizontes con que saciar mis ojos. Y es que en mis sueños también existe la esperanza. Porque eso, y no otra cosa, es la muerte, allí donde a paso firme me dirijo tras las huellas que Sócrates, Séneca, Petronius y tantos otros, mucho más dignos que yo, dejaron marcadas en el polvo del pasado con su postrera determinación.

»Resistir, resistir y resistir, Wilya. Al menos hasta que el sueño resulte algo más dulce que la vida».

El mensaje le revolvió las entrañas, pues no era fácil leer con sosiego el testamento de un amigo. Porque eso era la misiva, una despedida, el anuncio de una pronta muerte a imitación de otros que pusieron fin a sus días de forma voluntaria. Ante la alarma general, Wilya hizo preparar su caballo para salir de inmediato hacia el monasterio, y de nada sirvieron los consejos de Lucius sobre la inconveniencia de cabalgar de noche y su petición de que aplazara la partida hasta las primeras luces de la mañana siguiente. Sí que aceptó, por el contrario, la compañía de dos siervos provistos de antorchas que le hiciesen el itinerario algo menos arriesgado.

Fue una marcha muy dura, tanto por el premioso paso impuesto por la oscuridad y la superficie helada de los caminos como por el despiadado vendaval que atería los miembros, pero daba por bueno todo sufrimiento si conseguía llegar a tiempo de ver a Koenraad con vida. Cuando las siluetas comenzaron a adquirir el color grisáceo del amanecer y apenas habían cubierto la mitad del viaje, hizo regresar a casa a sus acompañantes y galopó en solitario sin detenerse hasta que, avanzada la mañana, entraba en las tierras de Agali con el corazón desbocado.

De nada le valió tanta urgencia, porque el cuerpo del bibliotecario yacía ya entre cirios encendidos ante el ara de la misma iglesia donde tiempo atrás aquél le había iniciado en los secretos colores de la muerte. Ahora, al avanzar presuroso por el pasillo central del atrio, tan siniestro y amenazante como entonces, ninguna incomodidad sentía Wilya, excepto la angustia de saber que su anciano amigo había cumplido su irreparable anuncio. Tampoco le importó en ese momento la presencia de quienes velaban el cadáver. Tenía la sensación de sentirse a solas frente a quien tanto le había ayudado a hacerse hombre.

La muerte había pulido las facciones de Koenraad y eliminado las mil arrugas ganadas durante su larguísima vida, hasta el punto de que la piel del ostrogodo se asemejaba a una tersa vitela donde bien podría escribirse su propio epitafio. Y por la serena expresión de aquel rostro, Wilya supo que su amigo, efectivamente, soñaba. Impasible ante las miradas de los clérigos, apartó el sudario hasta poco más abajo del pecho en busca de la prueba que suponía. Y allí estaba el sospechado dibujo, aquel triángulo de color terroso que se abría paso entre la base del cuello y el lugar donde se unían las clavículas.

Nadie en Agali se barruntaba lo que había sucedido, y hasta Erga, el más próximo de los colaboradores del bibliotecario, estaba convencido de que aquella muerte era de lo más natural, y que el anciano ostrogodo había recibido la ineludible llamada de Dios tras una larga y dichosa existencia. Wilya no quiso quedarse al entierro, previsto para pocas horas más tarde en el cementerio anejo a la iglesia trinitaria levantada gracias a su mediación, pues, al igual que Goswinta, Koenraad habría de sufrir el agravio de oraciones en boca de quienes siempre había considerado un hatajo de embaucadores. Aunque sí visitó su solitaria y humilde celda, que aún presentaba desordenado el lecho elegido para iniciar el último viaje, y la prodigiosa sala oculta tras el aparador, donde la sabiduría del físico había peleado, hasta casi conseguir la victoria, contra las graves lesiones de su hombro. Nada por allí hacía suponer el triste desenlace. La armonía y la pulcritud eran tan ejemplares como años atrás. Allí seguía su mundo vegetal, aquella pequeña muestra de plantas entre las que se hallaba sin duda la que había servido para conducirle a su sueño; tal vez el helléborus, el alimento dañino que tanto podía matar como redimir de la locura o prolongar la vida. O cualquiera otra de las muchas cuyas virtudes y peligros le había explicado Koenraad en su día y que ya era incapaz de recordar. Sobre la mesa estaba también la cítara con que el viejo decía animar sus melancolías, y el tablero del chaturanga con la caja que guardaba las coloreadas figurillas de marfil. Tras tomar para sí aquellos recuerdos, abandonó Agali convencido de que, sin Koenraad allí, nada le ligaba ya a ese lugar.

Wilya sabía que no volvería a ver a su viejo amigo, y tal vez tampoco los muros de aquel monasterio, pero dos frases de Koenraad le persiguieron durante el regreso a Toletum como incómodos abejorros de los que no podía librarse. La primera, cuando se confesaron mutua admiración por Goswinta y el ostrogodo aseguró que bailaría hasta reventar si ella se lo pidiese. La otra, al mentar el bibliotecario las acusaciones de conspiración que llevaron a la muerte a su antiguo maestro Boethius, y afirmar que a veces son precisos gestos más comprometidos que los meros consejos. Y a medida que el galope le acercaba al hogar, estaba más seguro de que así había sucedido en este caso, de que su juicioso y docto amigo había bailado por fin a petición de Goswinta y que su peligrosa danza les había conducido a igual destino, a compartir un mismo y eterno sueño para asegurarse el silencio sobre el verdadero alcance de sus actos.

Vivía bajo la creciente sensación de estar solo y rodeado de fantasmas. A los de sus padres se habían sumado los de Leovigildo, Badwila, Galmerico, Goswinta y Koenraad, todos aquellos mayores a quienes había amado y cuyas voces eran apenas ya un retazo de memoria. Desde niño había querido ser un hombre sin ataduras, un hombre por sí mismo, pero ahora Wilya se veía casi como un cojo a quien hubiesen hurtado las muletas, y nadie, aparte de Lucius, le quedaba para compartir dudas y confidencias.

—No te aflijas —intentaba consolarlo éste con su habitual serenidad—. Justo es que nos marchemos antes los viejos que los jóvenes, y a ti te espera mucha vida por delante.

Y la misma Arsula, a quien había recibido como sirvienta tras la muerte de Goswinta, le regañaba tiernamente con parecidas letanías si advertía en él cualquier asomo de postración.

Aunque, por profundo que fuese su sentimiento de desamparo, no era ése el daño más grave que sufría. La certeza de que Koenraad había formado parte de la última conjura contra el rey le obligaba a reflexionar sobre su propia actitud ante lo que se tramaba en palacio. Cierto que no actuaba con complacencia frente a la notoria traición de su primo, pero quizá la vida exigía también de él algo más que consejos. Porque si un hombre tan sabio como el ostrogodo se había arriesgado hasta el extremo para frenar el acceso de la secta romana al poder real, es que el peligro para el reino era mucho mayor de lo que él mismo había podido juzgar.

Goswinta y Koenraad, como otros, habían ofrecido la vida por oponerse a la infamia; Segga sus manos; Sunna y Uldidas sus hogares y dignidades. ¿Y qué había dado él aparte de baldías opiniones y torpes berridos de indignación? Era una pregunta que le taladraba las sienes, que algunas noches le despertaba entre sudores para enfrentarle a la terrible evidencia de ser un cobarde. Un cobarde maniatado, se defendía Wilya ante su propia censura, pues ningún remedio hallaba para cambiar los hechos. Porque nada podía hacer sino asesinar a su primo, como había pretendido Uldidas, una idea que le resultaba repugnante, y no sólo por los poderosos lazos de afecto que le unían a la hipotética víctima. Y aun así, de aceptar el vil magnicidio como única salida ante el grave deterioro, el trono quedaría vacío y el remo sometido a una peligrosa zozobra. Segga era el aspirante cuando se levantó en Ementa. Goswinta tenía sin duda el suyo, para siempre oculto tras su voluntaria muerte. Pero ¿en nombre de quien cometería él semejante crimen? Tal vez podría fomentar un levantamiento entre los nobles como se había intentado en la Lusitania, aunque ninguna autoridad respaldaba a quien ni siquiera pertenecía al Aula Regia. Esa aventura significaría además la guerra civil, y la segura muerte de su primo en el improbable caso de que triunfase. Y es que todos los caminos conducían finalmente a una misma encrucijada: el necesario sacrificio de Recaredo para salvar los cimientos de la nación.

Pero no sería suya la mano que se manchase de sangre con semejante atrocidad,

sino que estaba dispuesto a mantenerse leal a la promesa hecha en su día a Leovigildo y a la amistad que profesaba hacia Recaredo, a pesar de que la razón dictase lo contrario en beneficio del reino. Y el único modo de acallar esa voz interior que le acusaba de cobardía era enfrentarse abiertamente a su primo con el poder de la palabra y sin temor a las consecuencias que su actitud pudiera acarrearle. Así, tras las muerte de Koenraad, el inteligente sigilo aconsejado por Lucius pasó al olvido, y Wilya decidió emprender una incruenta aunque combativa campaña personal contra el deshonor que anidaba en palacio.

Una vez menguaron los fríos y los caminos quedaron libres de nieves, Toletum se convirtió en un hervidero de gentes llegadas desde todas las provincias del reino para preparar el sínodo. Masona, Leander, Eutropius, Iohannes de Scallabis y otros muchos prelados y clérigos del dogma romano se sumaron con nutridos séquitos a los de numerosos nobles. Tan excesiva fue la afluencia que, ante la imposibilidad de hallar acomodo en palacio sino para los más notables, Recaredo reclamó de los principales de la ciudad que acogiesen a algunos de ellos en sus casas. Hostil a todo lo que significaba aquella convocatoria, Wilya rechazó cuantas propuestas le presentó su primo para hospedar a cualquiera que se hiciese llamar trinitario, entre ellas la de convertirse en anfitrión del delator Witerico, que había acompañado a Claudius en su viaje a la capital. Sí que aceptó, no obstante, por motivos muy distintos a la mera obediencia, un nombre que llamó su atención entre los propuestos por el rey, y es que Isidorus había llegado a Toletum como consejero de su hermano Leander, el metropolitano de la Betica. Era su viejo amigo hispalense de los pocos trinitarios cuya conversación aceptaba con una cierta templanza, pues le tenía por el joven más estudiado de cuantos había conocido, capaz incluso de polemizar con el fallecido Koenraad, y hospedarlo le pareció oportunidad propicia para rememorar aquellos meses que ambos pasaron juntos en Agali. Con tal fin hizo preparar una de las más amplias y soleadas piezas de la casa para que Isidorus pudiera trabajar sin agobios entre el sinnúmero de tomos y rollos con que cargaba.

Pero ni siquiera aquella común estancia en el monasterio agaliense logró encubrir el hecho de que se hallaban en bandos opuestos de una misma batalla, tal y como se había vislumbrado en sus últimos encuentros en Hispalis. Ya desde los primeros comentarios sobre la tarea que había llevado a Isidorus hasta Toletum surgieron mordientes chispazos de controversia, y cuando Wilya le reintegró aquel libro que tan buenos ratos le había hecho pasar, el choque fue inevitable.

—Dijiste que el protagonista de la *Metamorfosis* se parecía a mí. Más bien creo que es un vivo retrato de mi primo Recaredo. Es él quien está hechizado, no yo.

—¿Y qué diabólica pócima ha bebido? —exclamó confuso el hispalense.

—La que vosotros le proporcionáis con fábulas y adulaciones.

El joven clérigo negó con la cabeza.

—Sigues empecinado en tu infantil aversión —dijo sin alterarse—. ¿Crees que nos mueve mala voluntad en nuestro pacto con el rey?

—No sé si mala voluntad, pero sí avidez.

—Santa paradoja es la avidez. Pecado grave como apetito y, al tiempo, anhelo y fuerza pura del Espíritu. En el primer caso, producto de las flaquezas, y en el otro virtud envidiable que nos hace testigos de la Resurrección y nos empuja a predicarla. ¿Por cuál de ellos nos juzgas?

—Por ambos. La hay en los peores de vosotros, en los más codiciosos, ávidos de oro, hacienda y poder.

—Codicia que yo mismo repruebo —atajó Isidorus— como grave pecado contra la ley de Cristo.

—Y la veo también en los ojos de los mejores, de los que parecen limpios, como tú o los monjes escotos. Avidez por sembrar vuestro dogma en todos los corazones, en todas las cabezas, y por hacer creer a los hombres que hay una sola forma de mirar el mundo y que sólo vosotros podéis hablar con los ángeles.

—Bendita avidez es ésa. Aunque el Espíritu de Dios es el único que puede hacer entender como virtud lo que tú consideras falta.

—¿A qué Espíritu te refieres? ¿Al del Credo que decidieron vuestros concilios o al que ahora intentas urdir en esos garabatos que escribes para el sínodo?

—Uno solo es el Espíritu, como lo son el Padre y el Hijo. Y en nada contradigo a la tradición con los escritos que preparo para examen de mi hermano y superior Leander.

—Claro que lo haces —le acusó con dureza—. Hasta ahora, los trinitarios habéis adorado a un Espíritu que, según vosotros, procede del Padre a través del Hijo, y en esos textos que pretendes presentar a consideración del sínodo dices creer en un Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo. Contra vuestros propios dogmas, y en un alarde que insulta a la razón, cambias su ascendencia y jerarquía. ¿No es eso codicia y orgullo?

—Es un Credo que viene de antiguo en la Iglesia de Hispania. Y que hoy reafirma la igualdad de Padre e Hijo ante la perfidia arriana que combatimos.

Wilya le dedicó una sarcástica carcajada.

—Y te atreves a hablar de perfidia —dijo— mientras modelas vuestros dioses según el interés de cada momento.

—No creo que a tu primo le gusten nada esas cosas que dices —le amonestó Isidorus—. A veces es preciso sujetar la lengua para mantenerla en su sitio.

—Ni mi primo ni tus fraudes pueden esclavizar la libertad de mi lengua.

—Eso es orgullo, Wilya. Y mejor es la dependencia sumisa que una libertad soberbia.

—¿Acaso sois vosotros sumisos? La sumisión a vosotros es lo que buscáis de todo el reino. Dan miedo vuestros ojos.

—Ojos llenos de fe.

—Y vacíos de toda caridad.

En las semanas que siguieron, Wilya tuvo ocasión de poner a prueba la pregonada

libertad de su lengua, pues los asuntos que ocupaban a Isidorus por encargo de su hermano eran apenas una leve llama del incendio que se preparaba. Casi a diario, a sus manos llegaban textos de todo tipo; algunos nunca vistos antes, otros ya conocidos y rectificados con púmex o con simples tachaduras y glosas marginales, cuya insolencia hacía palidecer a los primitivos. Era voluntad del concilio, y por lo tanto de Recaredo, excluir a la fe goda de cualquier empleo público, condenar el sínodo convocado por Leovigildo casi nueve años antes, y rechazar los libros litúrgicos que los godos habían utilizado hasta entonces; aquellos raros libros que hubieran sobrevivido al implacable juicio de Dios dictado por el rey, pensó Wilya. Entre los muchos escritos, halló uno que habría matado de pena a Galmerico de seguir vivo el preceptor: «Ha sabido el santo concilio que los obispos, presbíteros y diáconos convertidos de la herejía tienen aún cópula carnal con sus mujeres, y para que en adelante no suceda así se insiste en lo ya establecido por los cánones anteriores, y es que no les sea lícito vivir en sociedad libidinosa, sino que la fe conyugal les resulte de utilidad común y no vivan bajo un mismo techo para que la castidad tenga un buen testimonio ante Dios y los hombres. Y si alguno de ellos elige vivir obscenamente con su mujer, que sea degradado hasta las órdenes menores. Y los que tuvieran en su compañía mujeres que puedan engendrar sospecha infame, sean castigados canónicamente, sus mujeres vendidas como esclavas por los obispos, y su precio entregado a los pobres».

A pesar de todo, las humillaciones hacia la religión goda, con ser graves, no eran la mayor preocupación de Wilya, porque los favores de Recaredo a los trinitarios que revelaban aquellos textos preliminares enaltecían el poder de los obispos hasta extremos insultantes. Así, se decretaba la convocatoria, en cada provincia del reino, de un sínodo anual al que estaban obligados a comparecer los principales para dar cuentas de sus actos ante los prelados, y en el que se habrían de establecer de común acuerdo tanto los impuestos como el nombramiento de los recaudadores. Los obispos, además de adquirir el derecho de denunciar ante el rey a cualquier notable por alta que fuese su jerarquía, se convertían, con su decisivo poder sobre el erario, no sólo en celadores de los condes, sino hasta de los propios duques, cuya potestad sobre las necesidades y gastos militares quedaba a expensas de la opinión eclesiástica.

Además de estos escritos, y de otros que insistían en el anunciado sometimiento de los hebreos, Recaredo le pidió revisar la alocución que habría de dirigir a los asistentes al concilio, un texto adobado con citas bíblicas y referencias a hechos del pasado que de ninguna manera podía haber salido de su caletre, y que dejaba ver la mano de alguno de sus recientes consejeros trinitarios, tal vez la del propio Isidoras. Refería el discurso los muchos padecimientos sufridos por el reino a causa de los errores de la que llamaba secta arriana, para hacer luego un reiterado y nada modesto elogio de sí mismo por haber sumado a su poder la religión de los romanos. Se declaraba después sometido a todos y cada uno de los concilios de los herejes celebrados desde Nicea, y a sus dogmas sobre la Trinidad; y lo hada tanto en su

propio nombre como en el de la nación de los godos que, según el escriba, había vivido apartada del recto camino por la maldad de sus maestros.

—Lo que pretendes decir es muy injusto con nuestros mayores —se rebeló Wilya tras la pormenorizada lectura—. Bien está que tú abraces esa fe si lo deseas, pero no eres quién para obligar a hacer lo mismo a ninguna otra persona del reino.

—Te equivocas. Como rey, me ampara el derecho a decidir el futuro en nombre de quien sea necesario.

—Nunca en contra de los godos.

—Se acabó lo de godos y romanos, Wilya. Se terminó eso de dos razas con distinta fe. Deja de vivir en el pasado. A partir del concilio la misma ley juzgará a unos y otros. Y espero que me ayudes en esta labor.

—Los hebreos no son iguales, sino más postergados que antes.

—No me hables de esos samaritanos —repuso Recaredo con gesto arisco—. Cada vez que descubro una conjura, encuentro alguno de ellos detrás. Sustentaron a Segga en Emérita, y apostaría un brazo a que estuvieron también detrás de Uldidas y Goswinta.

—Nadie puede reprocharles que estén molestos.

—¿Defiendes su rebeldía?

—Ya sabes que no, y la prueba es que si te salvaste de la ponzoña de Uldidas a mí me lo debes. Pero los hebreos han pasado de ser considerados súbditos leales a poco menos que aliados del demonio. Y todo por un maldito capricho, por sumarte al odio que les profesan los trinitarios.

—A ningún odio me he sumado, pero en todo negocio hay que hacer concesiones.

—Al más fuerte a costa del más débil.

—Concesiones a la unidad, primo, al nuevo reino de los godos, que será uno de los más poderosos sobre la tierra.

—Ya lo somos sin necesidad de tanta humillación —protestó airado—. Cedes en exceso, depositas en la secta romana buena parte del poder que sólo a ti y a la nobleza corresponde.

—Y la Iglesia me lo cede a mí sobre ella misma hasta el punto de que me otorga el poder de excomunión. Yo seré, en definitiva, la cabeza de esa iglesia que tanto temes.

—Así te presentas en esa alocución que alguien ha escrito para ti, como el salvador del reino y de la propia secta trinitaria. Un nuevo Constantino bendecido por el Todopoderoso de los romanos y por sus sicarios.

—El primer visigodo que lo consigue —apuntó Recaredo, sin ocultar en la inflexión de su voz un aire de jactancia—. ¿No es para celebrarlo?

—No eres el primero. Hermenegildo lo fue antes que tú. Esa bendición ya la recibió tu hermano de los mismos que ahora proteges y de sus cómplices: el Imperio, los francos y los suevos.

—Mi hermano se equivocó. —Una notoria rabia tiñó de rojo las mejillas del rey

—. Fue un usurpador, un tirano en contra de su padre, de su familia, de las leyes y del pueblo godo.

—Su único error, entonces, fue actuar a destiempo, no haber tenido la paciencia suficiente como para esperar a la muerte de nuestro querido Leovigildo.

—¡Yo, y no tú, soy el hijo de Leovigildo! —bramó Recaredo—. Nunca lo olvides. No tienes que recordarme quién era mi padre. Sabes que por salvar la vida de mi hermano renunció a sus creencias, cambió los ritos y modificó lo que hasta entonces se había tenido por sagrado, aunque para ello hubiera de enfrentarse a los obispos y a su propia mujer.

El rey respiró profundamente en un intento de amansar la furia que le dominaba y Wilya quiso sumarse con su silencio a ese esfuerzo de su primo por devolver la serenidad a la conversación.

—Ya ves, todo eso por salvar a un hijo —prosiguió aquél, algo más calmado—. Y también me quiso salvar a mí, y a nuestro pueblo, enseñándome el camino que debía seguir. El arrianismo nos aísla, nos recluye en una celda cada vez más angosta. Es un moribundo al que habrá que dar tierra.

—¡Arrianismo! Nunca escuché en su boca esa palabra propia de los herejes —repuso Wilya con firmeza—. Y es falso que él te mostrase el camino de la traición.

—Mi propio padre dejó dicho lo que debía hacer, y no vuelvas a llamarme traidor ni siquiera en privado.

—¿De dónde sacas tamaña insensatez?

—Pregúntale a Leander, a Masona, a Eutropius, a ese amigo tuyo, Isidorus.

—Ellos lo dicen y tú lo crees. ¿Qué ha de contarte la araña sobre las virtudes de la tela que teje? Pregúntale también al insecto que se revuelve atrapado en ella. ¿Y qué opina el carroñero sobre la bondad de su acecho, sino que es bueno y conforme a los deseos del Cielo? Pregúntale, por el contrario, a quien aguarda su llegada a ver qué te dice. Habla con la verdad, Recaredo: tu padre jamás te dijo semejantes cosas. Ni se las dijo a nadie. Son mentiras interesadas.

—Mentiras son las que cuentas a mi hijo sobre enanos, lobos y dioses que nunca existieron. Le llenas la cabeza de ridículas fábulas.

—Le hablo de las tradiciones de sus abuelos, tan ridículas como puedan serlo las leyendas que cuentan tus obispos.

—Liuva será rey algún día, y un rey no puede creer semejantes disparates.

—Desengáñate. No perpetuarás tu sangre en el trono si concedes tantos privilegios a los trinitarios, porque serán ellos quienes pongan y quiten reyes, y la nación quedará en sus manos.

—Pues tendrás que acostumbrarte a ver las cosas de otro modo, porque el pasado no es más que un estorbo y conmigo empieza el futuro. Créeme que no es tan grave, y nos conviene a todos que así suceda. Vale la pena renunciar a dogmas que poco importan, si con ello ganamos en fortaleza. Deberías aceptar de buen grado la fe romana.

—Nunca haré tal cosa —replicó Wilya con arrogancia.

—Tu ridícula testarudez me dejará en una posición incómoda. No sólo me veré obligado a prescindir de ti en la corte, sino que cuando firme el decreto de confirmación del concilio habrá penas muy severas para quienes, como tú, persistan en la herejía.

—Si así obras, convertirás el reino en madriguera de farsantes, en un bosque de árboles desmochados, en miles de tocones con sus raíces ocultas bajo la tierra a la espera del momento propicio para reverdecer.

Tras una primera exhortación del rey a que todos ayunasen durante tres días para la necesaria purificación, en la octava jornada de mayo se reunió por fin el anunciado sínodo en la iglesia de Santa María. Sesenta y tres prelados se hallaban presentes y siete más representados por otros obispos o presbíteros venidos en su nombre. Allí estaban los metropolitanos de las seis capitales, Masona de Emérita, Eufimius de Toletum, Leander de Hispalis, Migetius de Narbona, Pantardus de Bracara y Artemius de Tarraco, aunque éste en espíritu, porque una indisposición le había obligado a enviar a un clérigo de confianza. Todos ellos trinitarios, porque los godos o bien habían sido depuestos, como Sunna y Uldidas, o se habían abstenido de asistir, como el narbonense Athaloc. Como trinitarios eran la mayoría de los que ocupaban los sitiales dispuestos en el centro de la nave, ya que tan sólo ocho pertenecían a la fe de Arrio: cuatro de ellos suevos, y todos desconocidos para Wilya, excepto Ugnas de Barcinona, participante en la reunión celebrada en aquel mismo templo y que acabó en crudo enfrentamiento entre los legados de ambos dogmas.

Recaredo, que había hecho instalar en posición sobresaliente junto al ara el soberbio trono de Leovigildo, vestía con desconocida majestad, ataviado con ricas prendas y cubierto por el manto ornado de armiño que usaba su padre. La manzana dorada en su mano diestra y la diadema del mismo preciado metal sobre la frente expresaban con toda claridad dónde residía el poder en una asamblea para la que se habían dispuesto tres centenares de pebeteros y candelabros que, sumados a los cirios del templo, pretendían asemejar el sombrío recinto a la espléndida mañana que brillaba en el exterior. En sede cercana al trono, arreglada con sus mejores galas y sin perder de vista en ningún momento a su esposo, la reina Bada asistía con la impasibilidad de una estatua a la magnífica ceremonia que le había tocado vivir, acontecimiento que tampoco quería perderse la multitud de curiosos que se apretujaba en el atrio.

Con inusual solemnidad, el rey esbozó un gesto, y un funcionario acudió solícito a su llamada para recibir de su mano un rollo de pergamino que pasó a leer de inmediato ante el reverente silencio que impregnaba hasta las telarañas de cada rincón de Santa María. En la voz nítida y recia de aquel hombre pudo reconocer Wilya el texto que tiempo atrás había tenido ante sí, aquel que ya entonces renegaba de los maestros y que ahora se permitía además insultar la memoria de un Leovigildo cuyos restos yacían a pocos pasos del lector.

—No sólo la conversión de los godos se cuenta entre la serie de favores que he recibido —proclamaba éste en nombre del rey—, sino que la gran muchedumbre del pueblo de los suevos, que con ayuda del Cielo sometimos a nuestro reino para ser conducida a la herejía por culpa de otros, ha sido traída a la verdad por mi buen hacer.

Aun sin citar su nombre, Recaredo había tratado públicamente a Leovigildo como un mezquino inductor a la herejía, y al escuchar aquel reproche, Wilya concluyó que quien era capaz de mancillar así la memoria de su propio padre para satisfacer sus ambiciones no merecía ser tenido por hombre, mucho menos por noble. Conmocionado por el durísimo y arbitrario trato a la memoria de su tío, el mejor de los reyes, dejó de prestar oídos al discurso para centrarse en sus propias cavilaciones, en aquella voz interior que le tachaba de débil y que ahora parecía acusarle con más fuerza que nunca. Hasta que su primo le hizo volver a la realidad, pues se había puesto en pie y se disponía a firmar ante todos el texto de la alocución.

—Yo, Recaredo, rey —leyó en voz alta el funcionario—, guardando en el corazón y afirmando con los labios esta santa fe y verdadera confesión que por todo el orbe de la tierra confiesa la Iglesia católica, con la ayuda de Dios suscribo con mi mano derecha.

Una vez el cálamo trazó su rastro de tinta sobre el pergamino, el funcionario ofreció aquél a la reina para a continuación recitar parecido protocolo:

—Yo, Bada, reina gloriosa, suscribo con mi mano y de todo corazón esta fe que he creído y recibido.

Y en tanto ella rubricaba su renuncia a las creencias de la nación, vítores y aplausos brotaron de los sitiales ocupados por los eclesiásticos:

—Gloria a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo —gritaba uno, para ser de inmediato coreado por el resto—, que se ha dignado conceder a su Iglesia paz y unión.

—Gloria a Nuestro Señor Jesucristo Dios, que ha traído a la verdadera fe al ilustre pueblo de los godos, haciendo de nosotros un solo rebaño bajo un mismo pastor.

—¿A quién, sino al verdadero rey católico Recaredo dará Dios eterna corona? El ha conquistado nuevos pueblos para la Iglesia y merece todo mérito, pues ha cumplido con la tarea de apóstol. Que sea por ello amado de Dios y de los hombres.

Wilya se sentía avergonzado por la actitud de su primo ante tan delirante homenaje, tan distinta a la del ya lejano día en que el Aula Regia le eligió rey. Si en aquella circunstancia se había mostrado como un humilde y bisoño joven servidor del reino casi cohibido por las alabanzas, ahora, la barbilla alzada, la mirada fija en el invisible techo y voluntariamente hurtada a su tropa de aduladores, parecía querer emular a un vanidoso emperador de Roma que regalase a sus súbditos el derecho a recrearse en su graciosa divinidad.

Cuando la algarabía declinó, Eufimius, como anfitrión del sínodo, hizo uso de la palabra para convocar a obispos y nobles de fe goda a la abjuración del credo predicado por Arrio, y al rechazo de sus libros y su liturgia. Y la diáfana voz del lector fue declamando, uno a uno, los testimonios de quienes pasaban por el atril

dispuesto a tal fin:

—Yo, Ugnas, obispo en nombre de Cristo, anatematizando los dogmas de la herejía arriana condenada más arriba, firmo de mi mano y de todo corazón esta santa fe en la que creí al convertirme a la Iglesia católica.

Tras el prelado de Barcinona rubricaron los restantes siete obispos godos y suevos, y cinco nobles, entre los que se hallaba el condestable Fonsa, padre de Argimundo, que decía representar a la nobleza palatina. Algunos otros principales, que no sabían escribir, se sumaron a la secta trinitaria con el testimonio público de su palabra.

Ante tan doloroso sometimiento, las antiguas palabras de Badwila parecían adquirir pleno sentido. El herrero le había dicho que sólo se derrota a una nación cuando se vence a sus dioses. Y aquel ceremonial le parecía a Wilya un descalabro mucho más grave que cualquiera sufrido en el campo de batalla, de modo que bien podría pensarse que esa radiante mañana de mayo la nación goda, caprichosamente despojada de sus dioses, había sido definitivamente vencida entre los ruginosos muros de aquel templo.

Consumada la abjuración, Recaredo volvió a tomar la palabra para hacer una propuesta más que asombrosa: que en las celebraciones dominicales fuese rezado el Credo para que nadie pudiera alegar ignorancia de las nuevas verdades. Semejante intromisión real en asuntos litúrgicos, lejos de causar estupor, provocó una oleada de sumiso beneplácito entre los clérigos. Y aquel Credo que el rey proponía no era otro que el urdido por Isidoras y Leander con la complicidad o el silencio de los demás obispos, aquel que hacía proceder el Espíritu del Padre y del Hijo, y no del Padre a través del Hijo como exigía e: canon trinitario y determinaban todos sus concilios hasta la fecha.

Con la aprobación unánime del nuevo fraude, el sínodo pasó a discutir una larga serie de preceptos, entre ellos los que venían a consagrar el temido poder de los obispos y que Wilya ya conocía por los documentos previos, de modo que dejó de prestar interés a cuanto allí se simulaba, puesto que todo venía pactado de antemano, para dedicarse a mascar el colérico abatimiento que había acampado en su pecho. Y es que aquel rebaño de gozosos eclesiásticos se le antojaba insoportable, como una soga atada al cuello, que, sumada al espeso humo de cirios y pebeteros y al desmedido olor del incienso, le robase el aire necesario para respirar.

Estaba a punto de levantarse y abandonar el templo en busca de un poco de sosiego cuando divisó a Berulfo, que intentaba llamar su atención con vehementes gestos desde el extremo de la bancada. Hasta allí acudió, extrañado por el interés de su amigo, aunque muy agradecido por haberle proporcionado una excusa para dejar su asiento. Sin más explicaciones, Berulfo le condujo hacia una puerta que unía la nave a una de las pequeñas dependencias secundarias del templo, en cuyo interior se hallaba Claudius acompañado de un polvoriento y sudoroso guerrero. En pocas palabras le pusieron al tanto de las nuevas que aquel emisario acababa de traer a

Toletum, y es que otra rebelión se había desatado en el reino, esta vez en la Narbonense, donde el duque Granista y el conde Wildigerno, entre otros notables, encabezaban un levantamiento contra Recaredo. Y si grave parecía el riesgo por la fuerza militar que respaldaba a los insurrectos, peor era el hecho de que habían llamado en su auxilio a los francos de Burgundia. Carcassona, una vez más, se veía en peligro y, a pesar de que el conde Gundemaro se mantenía leal, nadie podía garantizar que tan importante plaza pudiera contarse por mucho tiempo entre las fieles al rey.

Claudius no deseaba interrumpir a Recaredo en sus momentos de gloria y, aunque como jefe del ejército tenía la suficiente autoridad para adoptar las primeras y urgentes decisiones, quería conocer el criterio de Wilya, considerado por todos como el primer consejero. Ambos coincidieron en la necesidad de despachar sin demora mensajes a los Campos Góticos y a las principales ciudades de la Tarraconense para que las tropas más veloces estuviesen dispuestas y alertados los abastecedores de grano, saetas y armas ligeras a la espera del definitivo mandato real. Y entre Claudius y él mismo se encargaron de redactar las órdenes que el duque lusitano rubricaba después para hacérselas llegar a los funcionarios de palacio.

Excitado por la noticia, Wilya regresó a su puesto cuando Leander iniciaba la alocución final del concilio.

—Si en las demás festividades que la Iglesia celebra nos regocijamos por los bienes ya adquiridos —declamaba el obispo hispalense—, aquí lo hacemos por el tesoro inestimable que acabamos de recoger. Nuevos pueblos han nacido de repente para la Iglesia, y los que antes nos atribulaban con su dureza nos consuelan ahora con su fe.

El de Leander debía ser un discurso de paz y unidad, pero escuchado por quien no tuviese el corazón trinitario, más parecía una arenga de vencedores que castigaba a la ahora sumisa nación goda y a su historia con reiteradas alusiones a los tiempos en que, según el prelado, el dogma romano gemía bajo su opresión y afrenta.

—¿Cómo dudar que todo el mundo habrá de convertirse a Cristo y entrar en una sola Iglesia? —se preguntaba retóricamente Leander, con esa avidez de conquista que Wilya le había reprochado a Isidoras—. No habrá parte alguna del orbe, ni gente bárbara adonde no llegue la luz de Cristo.

Gente bárbara les llamaba ahora el metropolitano, como si el hecho de pertenecer o no a su secta marcase la línea entre civilización y barbarie. Pocas horas antes de aquel ceremonial, los godos eran bárbaros intratables sedientos de sangre, y ahora, tras su voluntaria y vergonzosa entrega, habían adquirido milagrosamente la condición de hombres civilizados. Y todos en el templo, se lamentó Wilya para sí, asistían boquiabiertos a tan magistral oratoria sin que una sola voz, ni siquiera la suya, se levantase airada contra tanto ultraje.

—Y ya que por la unión de nuestros ánimos constituimos un solo reino —agregó Leander a modo de colofón, y admitiendo sin sonrojo que hasta ese momento había

sido insumiso a la autoridad real—, sólo nos resta que todos a una acudamos al trono de la divina misericordia pidiéndole nos conceda estabilidad en el reino terrenal y felicidad interminable en el celeste, para que esta nación y reino que han glorificado a Cristo en la tierra reciban de Cristo gloria en la tierra y en el cielo.

Sí, los trinitarios estaban en verdad satisfechos de su triunfo mientras el reino se desangraba nuevamente, y ahora en su propia patria, pensó Wilya. Y ninguna divina misericordia, sino la espada, podía reintegrar la estabilidad que ellos y un rey traidor habían desbaratado. Mientras cada uno de los presentes, comenzando por su primo y siguiendo por Masona, el metropolitano más antiguo, firmaban las actas finales del sínodo, concluyó que el discurso de Leander le había indignado más, si cabe, por sus omisiones que por sus desprecios. Porque ni una sola mención había dedicado al muy trinitario Hermenegildo, aquel a quien, con sus intrigas, había conducido a la infamia y a la ruina. Ni siquiera una frase de gratitud parecía merecer tampoco el gloriosísimo Flavio Recaredo, que les había abierto de par en par las puertas del poder. Como si aquella sórdida urdimbre consumada en Santa María hubiese llegado de la corte celestial o fuera obra exclusiva de las virtudes de su secta. El rey, en su discurso, se había atribuido a sí mismo los méritos de una victoria, y Leander le había pagado con la misma moneda.

No hubo oportunidad, sin embargo, de considerar estos y otros pormenores. Dos días después de aquella infausta fecha, las tropas estaban dispuestas para partir hacia la Narbonense, agrupadas de nuevo, por decisión de Recaredo, en la explanada frente a la iglesia de los Santos Apóstoles, hábito desterrado por su padre una vez concluida la guerra civil. Y entre ellas, Wilya, que había decidido sumarse a la expedición a pesar de los recelos de su primo.

—¿Estás seguro de que quieres ir? —le había interrogado con insistencia.

—Y por qué no habría de estarlo. Tú mismo dijiste que sigo siendo un guerrero.

—Porque allí has nacido, y supongo que no te será grato pelear contra tus parientes.

—Tú combatiste a tu propio hermano, y bien gustoso de hacerlo —repuso él con acritud—. En mi caso, son parientes demasiado lejanos.

Recaredo había hecho oídos sordos al reproche, pues parecía más interesado en conocer los verdaderos motivos de su decisión.

—¿No te atan compromisos allí?

—Ninguno, ¿por qué lo dices?

—Granista te quiso como rey.

—Y temes que me sume a los rebeldes. Es ese miedo, y no otra cosa, el origen de tu interés —dijo, complaciéndose en la aspereza de su respuesta—. Piensas que cualquiera puede traicionar lo que cree para sentarse en un trono.

—No digas estupideces —protestó su primo—. Y tu brazo izquierdo, ¿resistirá?

—Con el derecho me basta.

Allí estaba Wilya, efectivamente, preparado para la guerra, como lo estaba

Claudius, casi diez años después de aquella primera vez, ahora con algunas canas en su pelo y en la cuidada barba que se había dejado crecer, y con la misma coraza leonada que entonces protegía su pecho. Y Berulfo, dispuesto a participar de nuevo en una campaña tras verse apartado de la última por el oso que le había quebrado una pierna. Y con ellos, cerca de un millar de hombres que, a marchas forzadas, habían podido reunirse en tan breve tiempo.

Esta vez no fue un obispo quien los recibió a la puerta de la iglesia, sino dos diáconos que rociaron de incienso a Recaredo y precedieron al grupo de notables hacia el interior con varios eclesiásticos más que, según costumbre en las procesiones de los trinitarios, portaban cruces para abrir camino. Dentro les aguardaba el viejo Eufimius, custodiado por una pequeña corte de clérigos entre los que Wilya pudo distinguir a su querido Nantila. Mientras un coro entonaba desconocidos cánticos, el rey se postró ante el altar, y una vez acabó la salmodia, el metropolitano pidió a sus tres dioses la bendición para Recaredo y para su pueblo, y les rogó infundiesen valor al ejército y lealtad a sus comandantes para que todos regresaran salvos y victoriosos a ese mismo templo.

Tras la oración, Eufimius hizo entrega a Recaredo de una cruz de hierro engastada en una larga vara de olmo, y éste la pasó a un clérigo que habría de acompañar a las tropas durante la campaña. Parecido ritual se produjo con el estandarte, aunque en este caso fue Claudius quien lo recibió de manos del rey. Cumplida la ceremoniosa liturgia, salieron al exterior, donde un diácono gritó a los congregados que se arrodillasen para recibir la bendición episcopal, y aunque no todos los guerreros, Wilya entre otros, obedecieron la orden, el prelado derramó sobre todos sus grandilocuentes ademanes con equitativa generosidad. Eufimius abrazó después a Recaredo, y cuando el rey montó su caballo, el coro volvió a entonar sus novedosas preces.

—Sé un guía plácido para tus hijos —cantaban ahora—, y que la fuerza angélica les acompañe. Destruye, Dios, los ejércitos enemigos y sus bélicos pertrechos. Escucha, Padre de todos los reyes, el ruego de nuestro príncipe, atiende las afligidas ofrendas de tus fieles y destruye a los enemigos con tu recta espada. Concede, Cristo, a nuestro cristiano rey la palma celestial de la victoria sobre sus adversarios.

En tanto la columna formaba para iniciar la marcha, Nantila se acercó a Wilya para despedirse, y tras las primeras sentidas frases por ambas partes, al observar la maza que colgaba de su silla, quiso desearle la mejor de las suertes.

—Que el puño de Dios te acompañe —dijo aquél—. O esos tres puños que llevas como símbolo de la Trinidad. Yo los bendigo, a cada uno de ellos, en el nombre del Padre, y del Hijo…

Él hizo girar el caballo para apartar la maza de los gestos de su amigo hasta ofrecerle el costado opuesto, donde ésta le quedaba oculta.

—No malogres con sortilegios la suerte de mi arma, que hasta hoy no los ha necesitado —propuso sin rencor, al tiempo que estrechaba la mano del clérigo con

enérgico afecto—. Peleo por el reino, no por tus tres dioses.

—Bien sabes cuánto te debo y lo que te aprecio. Pero con un solo brazo y sin el amparo del Señor no regresarás vivo.

—Dioses hubo que con una sola mano se ganaron fama y respeto. Y tanto te debo yo como tú me debes, así que guárdate bien, mi querido Nantila, porque tu bondad no es fruta abundante entre nosotros.

Las tropas marcharon juntas apenas una milla, hasta que Claudius ordenó galopar a sus jinetes, y tras él fueron Wilya y Berulfo. Recaredo todavía acompañó durante un buen trecho a los infantes mandados por Witerico antes de regresar a Toletum para atender sus obligaciones como rey de la nueva y ensangrentada nación.

A pies de los Pyreneos, Claudius ordenó acampar para dar prolongado descanso tras tan largo y apresurado viaje, y para medir con calma la naturaleza de sus fuerzas, a las que se habían unido durante la marcha lanceros de los Campos Góticos y jinetes enviados por Argimundo desde Tarraco y otras guarniciones de la provincia. En total, poco más de un millar y medio de hombres, que parecían insignificantes ante la poderosa milicia que secundaba a los rebeldes, pues, según los rumores que por allí corrían, a Granista y Wildigerno se habían sumado una columna de francos enviada por Guntram y otra más venida desde Tolosa. Un cuarto ejército, encabezado por el duque Boso, se dirigía hacia Carcassona con la intención de tomar la plaza, empeño en el que habían fracasado los anteriores gracias a la pericia y el valor del conde Gundemaro y del noble Bulgar, que se mantenían leales al frente de dos o tres mil guerreros. Toda la Narbonense parecía estar en manos de la rebelión, o al menos sus ciudades más importantes, y sólo la irreductible fortaleza que gobernaba Gundemaro resistía el empuje de los levantiscos.

Claudius encomendó a Wilya el mando de medio millar de jinetes para que entrase en Narbona y facilitara desde allí el necesario aprovisionamiento, en tanto el propio duque tomaría un camino secundario a través de la cordillera para intentar unirse a las fuerzas leales y sorprender al enemigo por un frente inesperado.

—Somos muy pocos —objetó él al escuchar la orden—. Divididos seremos presa fácil.

—Lo sé, pero no podemos permitirnos combatir en campo abierto sin una buena plaza en retaguardia que nos socorra, y no parece muy cuerdo contar para eso con una ciudad asediada. Parte de la tropa que manda Witerico y de los refuerzos que se le sumen se unirá a ti en Narbona por si fuera necesario defender la ciudad, aunque parece que los rebeldes se sienten más que seguros y dedican todas sus energías a tomar el último bastión leal al rey.

Con todas las precauciones para evitar emboscadas o imprevistos encuentros con el enemigo, y ocultando intencionadamente su estandarte, Wilya condujo a sus jinetes por la calzada más rápida sin ocuparse de los efectos de la guerra, más notorios con el paso de los días y a medida que se acercaban a la capital, en cuyos alrededores la cenicienta huella de los incendios mortificaba sembrados y edificios. Por las pocas

palabras que cruzaron con algunos lugareños supieron de la locura desatada en la provincia con motivo de las prédicas del obispo Athaloc, que había llamado a desoír los mandatos de Toletum y a extirpar de aquellas tierras cualquier signo trinitario y a quienes sustentaban tan maligna secta.

Una vez frente a Narbona, empleó toda la ambigüedad que pudo hallar a mano para conseguir su objetivo. Desplegados en línea sus jinetes para mostrar la fuerza que lo acompañaba, avanzó en solitario hacia el portón y reclamó a gritos su apertura, confiando en que las defensas de la ciudad fuesen tan exiguas como Claudius había supuesto.

—¿De quién viene tanta exigencia? —le replicó alguien desde las alturas.

—De Wilya, hijo de Liuva, glorioso rey de la Narbonense —vociferó con autoridad—. Abrid de inmediato, antes de que lo hagan mis hombres y os cuelgue del cuello para enseñaros lo que es diligencia.

La amenaza, unida al reverenciado nombre de su padre, surtió efecto y las hojas de la puerta se plegaron para que él y sus hombres penetraran sin más contratiempos en la ciudad. Ni siquiera dio explicaciones sobre el bando que defendía, ya que la guarnición estaba integrada por unas pocas decenas de guerreros obedientes a un centenario, que se puso a sus órdenes con sinceras alabanzas a su real progenitor. De su boca supo que todo el ejército rebelde se hallaba, efectivamente, en los campos de Carcassona, dispuesto para la batalla definitiva que habría de dar nacimiento al reinado de Granista, garante de las tradiciones y de la fe que Recaredo había traicionado con notorio desprecio. Al escucharle, Wilya creyó estar oyendo a su propia conciencia. El veterano guerrero repetía casi palabra por palabra los reproches que él mismo había formulado durante meses ante el desatinado proceder de su primo. Y el asombro por tan cerrada consonancia de pareceres se hizo emoción cuando el oficial le trató con toda naturalidad como uno de los suyos.

—Es un honor servirte, noble Wilya —aseguró con una reverencia—. Y que el Dios Único y Todopoderoso permita que también tú te sientes algún día en el trono que perteneció al dignísimo Liuva.

Sobrecogido por la profunda duda que aquel hombre había propiciado en él con su intachable lealtad a la nación goda, se dispuso no obstante a cumplir con el mandato de Claudius y ordenó reforzar la vigilancia en calles y murallas, requisar los almacenes y guardar absoluta reserva ante la población sobre los verdaderos intereses que les habían llevado hasta allí. Avanzada la tarde, tras varias horas ocupado en confirmar que todo se cumplía según lo dispuesto, y escoltado por una guardia de diez guerreros, se decidió a tomar posesión del palacio ducal, donde fue recibido con la solicitud y complacencia que podría exigir un frecuente y notable visitante. Salas y corredores se hallaban más solitarios que cuando él los había transitado, pues la mayor parte de los funcionarios y de la servidumbre se había unido a la comitiva de los nobles en su expedición contra Carcassona.

Libre de estorbos y miradas, Wilya subió a la planta principal en busca de su

alcoba, aquella que le vio nacer y que había ocupado durante el tiempo que permaneció allí como huésped de Granista. Al transitar por una de las galerías vio cruzar ante él, y ocultarse presurosa en una de las piezas laterales, la huidiza silueta de una mujer con un niño en brazos en los que creyó reconocer la figura de Edelina y el que supuso sería hijo suyo y del conde Wildigerno. Y la imprevista presencia en la ciudad de la hija mayor del duque le llevó a considerar que si los rebeldes habían dejado allí sin ningún temor a su más íntima familia, y bajo la custodia de tan menguada tropa, es que tenían confianza ciega en su superioridad y en una pronta victoria.

Un segundo encuentro, ya no tan fugaz como el precedente, se produjo pocos pasos más adelante, cuando ya estaba a punto de alcanzar la puerta de su habitación. Frente a él, y sin poder eludir su presencia, estaba Alathea, detenida en medio del pasillo. Quedó agarrotado, sin saber qué hacer, si seguir su camino o no, si hablar o callar. La joven, cercana ya a los veinte años, con la misma gracia adolescente en su rostro, había ganado en hermosura y feminidad, y seguía oliendo a hierbabuena. Sí que habían cambiado sus preciosos ojos verdes, y el lugar que en ellos ocupaba aquella antigua travesura que los hacía ejemplo de felicidad parecía ahora invadido por la tristeza. Y la insondable pena de esos ojos le movió a vencer el encogimiento que lo sujetaba para interesarse por ella.

—¿Te encuentras bien? —balbució a modo de saludo.

—Estoy asustada, Wilya.

Escuchar su nombre en aquellos labios, y pronunciado con tan cercana confianza, derrumbó buena parte de sus resquemores ante quien un día fuera testigo de su demencia.

—No hay por qué temer, que ningún mal te amenaza.

—Gracias, porque ya supongo que no vienes en nombre de mi padre. Pero no temo por mí. Mi miedo es porque no entiendo lo que pasa, por qué tanta sangre de repente.

—A veces, los hombres nos volvemos locos.

—Crecí en la creencia de que el mundo era más dulce.

—Y lo es, para quienes saben ver la dulzura. No reniegues de esa creencia.

Alathea le hizo partícipe de los sucesos culpables de su pesadumbre, y Wilya, seguro de que la conversación se prolongaría, y deseoso de que así sucediera una vez vencidos sus recelos iniciales hacia ella, la invitó a pasar y acomodarse en su alcoba. Lejos de los reparos que cualquier jovencita habría expresado a aventurarse a solas en el aposento de un hombre, la hija menor de Granista aceptó con naturalidad la sugerencia de quien sabía enemigo y tomó asiento en la antesala.

—Todo empezó cuando los trinitarios se supieron fuertes —explicó ella, como si le doliese cada frase que pronunciaba—. Expulsaron a los nuestros de sus iglesias. Prohibieron a los hebreos enterrar a sus muertos cantando salmos según su costumbre, como si fuese algo pecaminoso. A. todos castigaron con humillaciones

por no ser de los suyos.

Wilya se disculpó para acudir un momento a la puerta, donde se habían instalado ya dos guardias, a quienes ordenó les trajesen algún refrigerio.

—Me hablabas de las fechorías de los trinitarios —dijo de vuelta.

—Sí. Y luego Athaloc se convirtió en una fiera enfurecida, como los jabalíes heridos que se revuelven contra todo lo que encuentran a su paso. Y llamó a defenderse de los agresores devolviéndoles diez por uno. Mi padre, seguro de que el reino está perdido, decidió que al menos la provincia seguiría fiel a la fe de nuestros mayores.

—Por respetable que me parezca su criterio sobre el proceder del rey, tu padre ha caído en un terrible contrasentido al traernos a los francos, gentes de fe tan romana como quienes os humillaron. Y, en caso de salir victorioso de su guerra contra el reino, serán su perdición, porque sólo les mueve el ansia por dominar estas tierras.

—No lo sé —se lamentó—, yo soy muy simple y no entiendo de esas ambiciones.

Sonaron unos golpes en la puerta y Wilya acudió a abrir a dos sirvientes que llegaban con bandejas surtidas de alimentos, agua fresca y una jarra de vino. Una vez lo dispusieron todo sobre la mesa, y recuperada la privacidad, él reconvino la última frase de la joven:

—No te presentes ante mí como simple, Alathea, por defender a tu padre. Ni él ni tú lo sois. —Sirvió en un par de copas un poco de vino, que ella recibió con un sorbo tan imperceptible que apenas mojó sus labios.

—Ya que hablamos de él, no supe de sus intenciones hasta mucho después de tu marcha.

—¿A qué intenciones te refieres?

—Qué memoria tienes —dijo ella a modo de fingida regañina—. Me ofreció a ti en matrimonio.

—¡Ah, sí! —aceptó turbado.

—Y siento no haber conocido a tiempo sus propósitos. ¿Por qué me rechazaste?

Wilya tragó saliva ante el interrogatorio. Lo que había comenzado como un intercambio de pareceres sobre los trágicos días que vivía el reino se había tornado de repente en una conversación íntima. Aunque tal vez también ahora estaban hablando de política, pues ese interés, y no otro, movía a Granista al ofrecerle a sus hijas. Sea como fuere, se sentía sumamente incómodo, porque ni siquiera sabía si ella estaba al tanto de que la primera oferta había sido Edelina, ni de lo que ésta había intentado allí mismo, a pocos pasos, sobre el lecho que tenían a sus espaldas.

—Amabas a otra —se adelantó Alathea a una respuesta que tardaba en llegar—. Lo comprendo, y te honra esa fidelidad a tus afectos.

—No había ninguna mujer —se sinceró sin darse cuenta, como si decirle a ella una mentira fuese pecado mortal.

—Me engañas. —Y al expresar aquel blando reproche, la vieja travesura regresó por un instante a sus ojos, como si se hubiera borrado el tiempo transcurrido desde

que él la vio brillar por primera vez—. Hablabas a las mariposas.

—Ya —murmuró, convencido de que, tarde o temprano, ese embarazoso momento tenía que llegar, aunque desconcertado por tan repentino cambio de rumbo en el diálogo.

—Decidle a ella que necesito saber, les decías. Y me pareció muy hermoso lo que estaba presenciando, que alguien pudiera entregar a las mariposas un mensaje para su amada. ¿Querías saber si ella te correspondía?

Se sintió profundamente torpe por haber creído que Alathea podría perjudicarle como testigo de aquella escena. Ninguna malicia había existido en ella, sino que, por el contrario, su adolescente candidez lo había ensalzado a alturas más que inmerecidas. Y ahora no sabía muy bien si confesarle la verdad o dar pábulo a lo que la joven había imaginado.

—Las mariposas raramente hablan —argumentó por salir del paso—, y nunca contestan a nuestras preguntas.

—Como tú haces ahora conmigo.

Rieron ambos la ocurrencia y él, libre ya de un peso que había llevado durante mucho tiempo, propuso brindar por el reencuentro. Bebieron, y esta vez el vino manchó al menos los labios de Alathea. Una corriente de placentera sinceridad parecía fluir ahora entre ambos, como si fuesen viejos y cercanos conocidos, hasta el punto de que pasaron casi dos horas en animada charla sin que ninguno de ellos percibiera el vertiginoso transcurrir del día.

—Tu padre me quiso como rey de la Narbonense, ¿lo sabías? —Ella le miró con ojos incrédulos—. Es cierto. Y se lo propuso por escrito a Leovigildo.

—Así que yo pude ser reina.

—Eso deseaba él. Pero deberían sumarse dos condiciones: que Leovigildo aceptase la petición, y que yo te hubiera aceptado a ti. Ninguna de las dos sucedió.

—Yo habría acatado gustosa de haberlo convenido entre vosotros, y no por las razones de mi padre.

—Me halaga lo que dices —aceptó él con incómoda timidez.

—No lo digo por halagarte.

—Eso me halaga aún más. ¿Y qué razones son esas tan diferentes a las de tu padre?

—Estaba harta, y todavía lo estoy, del asedio de guerreros orgullosos, cortesanos afeminados, jovencitos presumidos y viejos lascivos. Cuando te vi, tuve curiosidad por saber quién podía hablarle con ese afecto a las mariposas para comunicarse con su amada.

—No tenía idea de que estuvieses observando. De haberlo sabido, no habría hecho una tontería así.

—Ya me di cuenta cuando me descubriste. Había un miedo en ti que provocaba ternura. Parecías un cachorrillo asustado, tan distinto de los otros.

—Demasiado distinto, como puedes comprobar. —Wilya mostró la abrasión de su

rostro y palpó su enfermo brazo izquierdo.

—Ya lo supe aquel día en el jardín, y lo confirmé más tarde en la fiesta. Por cierto, que fuiste el único allí que no me prestó atención. Parecías evitarme.

—Y así era.

—Qué extraña es la vida —suspiró ella—. Yo huía de otros, y tú de mi. ¿Ya te había propuesto mi padre que me tomases como esposa?

—No, todavía no. Fue esa misma noche. Y sí que te prestaba atención, pero te tenía miedo.

—¿Por qué miedo? Yo te habría recibido muy gustosa.

—No podía imaginarlo —confesó—. Mi aspecto no es precisamente atractivo, y además pensaba que en el jardín me habías tomado por loco.

—Dolorosa paradoja —se lamentó con una dulce tristeza—. Tú te avergonzabas, y yo estaba segura de que más allá de las apariencias había un hombre que merecía ser amado.

Alathea le aproximó su mano a la cara y el envés de sus dedos recorrió la superficie de la cicatriz. Y a él le pareció que su roce tenía igual dulzura que el de Orosia, pero añadía además un escozor suave, un tibio cosquilleo que nunca le había descubierto el tacto de su madre. Muy parecido al que había suscitado Mariam en sus afanes de mutarle en hebreo. Su carne lacerada se apegó a los dedos que la transitaban para fundirse con ellos en un poderoso rescoldo cuya quemazón se extendía imparable por el resto de su cuerpo. Decidió que no era malo regalar un poco de frescura a su árido corazón, y al aceptarlo así, notó cómo se resquebrajaban los carámbanos que guardaba en su pecho, igual que caían a tierra las masas de nieve congelada desde tejados y árboles en los crudos inviernos una vez el sol vencía la tozudez de su materia sólida.

Con parecida cadencia, su hielo interior, su alma encogida se fue caldeando para hacerse caudal líquido que buscaba sin prisas el límpido y tranquilo lago descubierto en la indulgente alma de Alathea, entre la inexplorada orografía de su carne. Hasta que esa deliciosa superficie se vio cubierta de olas; breves y espaciadas ondas al principio, movimientos rítmicos y convulsos luego, para hacerse al fin galerna impetuosa que todo lo arrasaba. Y en medio de aquella húmeda tempestad nada importaba ya si su semilla era o no esencial, si segundas intenciones hacían de ella motivo de disputa, de honor, de guerra o de cisma. Ya no existían rostros, ni brazos, ni estima, ni siquiera la profunda decepción que le había arraigado dentro en los últimos tiempos.

Por un instante, vagabundeó en su mente la imagen de Hilde y la idea de que besaba su labios, sus ojos de almendra, sus pechos albinos, de que embestía por fin aquella cueva que nunca se atrevió a penetrar y otro había descubierto en su nombre y poseído para siempre. Pero dejó ir sin dolor aquel fantasma bajo las sudorosas caricias de Alathea, de sus ojos de hierba clavados en los suyos, de sus revueltos cabellos rojizos, de aquella piel tostada de mar y de sal, del vientre entregado, de las

piernas firmes y decididas anudadas como serpientes a su cintura. Vibró la alcoba ante el empuje de los amantes durante un tiempo insaciable que ningún dios, ningún humano se atrevió a quebrar. Y al ímpetu primero siguió un segundo, y a cada uno de ellos un siguiente hasta la extenuación de los cuerpos. Y cada vez que el brazo invisible de su deseo se alargaba en busca de Alathea para estrecharla más y más cerca, Wilya pensaba que Lucius estaba en lo cierto, que bastaba con amar un instante para darle sentido a toda una vida y transformar el mundo.

Cuando la pasión se hizo plana, inmóvil como un estanque sin viento, él quiso hablarle de su sueño, de su pesadilla, de ese batir de alas carmesí, de aquella sombra que llevaba desde muy atrás grabada en las pupilas y le obligaba a preguntar a las mariposas. Y le pidió que buscara allí, y Alathea se asomó a sus ojos como a una balconada, temiendo encontrar en ellos la boca de un terrible abismo. Pero ella se limitó a sonreír, sin miedo alguno en su semblante.

—¿No ves el pozo allí dentro, muy profundo? —insistía él.

—Sólo veo luz, una gema que arde y que palpita.

Ella sonreía, y sus ojos eran un espejo, espejo del color de las mieses en mayo, espejo sin pozos ni sombras, espejo, al fin, de sí mismo, pensaba Wilya, si es que los espejos eran verdaderos y no mentían al devolver lo que hallaban delante.

Pasó dos días con sus noches en brazos de Alathea, hasta que Claudius le reclamó a su lado. Boso había unido sus tropas a los rebeldes hasta sumar sesenta mil guerreros, al menos diez por cada uno de los leales, y eso si se contaban los refuerzos venidos desde Hispania, que no llegarían a tiempo de incorporarse al combate.

La mariposa de hierro negro sobre las cejas, los ojos febriles tras el estrecho ventanal de las mirillas, el cabello erizado bajo la malla, detenido el paisaje alrededor, la respiración densa, el sudor mudado en aroma metálico y sangriento: el mundo parecía mucho más hermoso y terrible aquella mañana. Vida y muerte eran una sola cosa sin etapas intermedias, sin rincones donde esconder la impaciencia de la espera, sin un sorbo de agua con que vivificar los labios cuarteados por el polvo, la incertidumbre y el ácido hedor del cuero gastado. Wilya aguardaba en su puesto con la plácida memoria del amor en las entrañas, y con la quiebra que el imprevisto y mágico hallazgo de Alathea había producido en el andamiaje de su espíritu. Y al recordarla ahora rendida a sus juegos y deseos, mientras intentaba calmar con caricias la ansiedad de su montura, no podía dejar de preguntarse si defendía o no el bando correcto, si su vida habría sido la misma de haber aceptado años atrás la propuesta de Granista, y si en aquel mismo instante no estaría tal vez junto al duque y no entre las tropas de su primo. A pesar de todo, había acudido a la llamada de Claudius con la prontitud de un perro fiel, porque más allá de toda duda estaba el juramento de lealtad a Recaredo empeñado ante Leovigildo, y él podía acusarse a sí mismo de cobarde y de otras muchas faltas, pero nunca de traidor a su palabra.

Agazapado con sus hombres entre las sombras de la arboleda, contemplaba impaciente el fondo del valle a la espera de la señal convenida para el combate.

Claudius había repartido todas las tropas disponibles en dos grupos, emboscados en las colinas a ambos lados de una angostura, mientras trescientos jinetes al mando de Berulfo atacaban por sorpresa y de madrugada el confiado campamento enemigo en las orillas del Atax, con el propósito de provocar el máximo desconcierto posible antes de una rápida retirada. Ahora, la polvareda anunciaba el regreso de aquella expedición punitiva con francos y rebeldes tras sus talones; retorno que, de acuerdo con lo previsto, debía simular temerosa huida aunque sin forzar el galope para no disuadir a los adversarios de su persecución. Wilya vio llegar a los primeros jinetes godos, que pasaron en dirección al lugar convenido de antemano, un bosque que se extendía a su izquierda al pie de los cerros, y tras ellos, al grueso de la columna, que cabalgaba a menos de trescientos pasos delante del enemigo.

Un movimiento extraño se produjo entonces en el grupo. Contra lo planeado, uno de los jinetes se detuvo de improviso para encarar a la multitud que les perseguía. El desconcierto se apoderó del resto de la columna, y algunos lanceros más volvieron grupas para unirse al transgresor, que les ordenaba con sus gestos reanudar el galope hacia la arboleda. Era el loco de Berulfo, que puso pie a tierra, despidió a su montura con una palmada en las ancas y, espada en mano, quedó solo frente a la manada hostil que se le venía encima.

Algo parecido a una garra comprimió el corazón de Wilya al presenciar cómo su amigo recibía con inconcebible aplomo a los primeros rivales. «Hijos de un demonio», imaginaba su grito de combate, con el que escupía su odio viejo al enemigo mientras su brazo cortaba el aire con bufido de gato salvaje para hacerles llegar el filo de la muerte a sus cabezas, para hundir el acero en ellos entre chasquidos de metal y huesos quebrados y pintarrajear sus carnes de color escarlata. «Hijos de un demonio», los frenaba, uno tras otro, mientras un espacio vacío, un círculo salpicado de sangre y estertores se abría en torno a él, un agujero de miedo en la vanguardia franca. Berulfo, al fin, cumplía su sueño, la venganza exigida por Sigila, cuya espectral y satisfecha sombra parecía planear sobre aquel estrecho paso cada vez más poblado por la horda enemiga.

Cuando las fuerzas lo abandonaron, Berulfo desapareció de la vista de Wilya engullido como un ratón por la boca de una gran culebra, y allí quedó para siempre el único hombre que se atrevía a llamarle Manoseca cara a cara. Había jurado seguir a su rey hasta el mismo infierno si fuera preciso, y cumplido la promesa a plena satisfacción, aunque antes de tiempo sin necesidad alguna. Entretanto, los enemigos, en tropel tan prieto y confuso que no se distinguían en él francos de godos renegados, habían invadido el valle tras los jinetes que, indecisos, se detuvieron para presenciar a distancia el desigual combate y ahora galopaban de nuevo hacia el puesto que tenían asignado. Entonces llegó la señal, una nube de saetas desde la colina opuesta que Wilya ordenó secundar a sus arqueros, y, apenas sin pausa, una nueva andanada que marcaba la orden de ataque.

Los cascos del caballo quebraban la tierra, y ese mismo ímpetu animal recibido

desde el puente de los estribos hacía temblar las vísceras de Wilya para difundirse luego en busca de sus brazos hasta alcanzar el mismo astil de la lanza y el negro escudo de Guodan que sujetaba con correas a su costado. Y al brío transmitido por el bruto sumaba él una incontenible rabia por la pérdida de Berulfo.

Cayeron sobre ellos con salvajes alaridos, seguros de que ningún resquicio podían conceder al desfallecimiento o a la compasión, si es que deseaban salir vivos de un combate en tan notoria inferioridad. Atrapadas en aquella angostura, impedidas por su propio y excesivo número de cualquier maniobra, las tropas enemigas bastante tenían con defenderse de la ferocidad goda, y la fácil victoria que habían ido a buscar allí pronto se convirtió para ellos en brutal carnicería.

Largo rato duró la batalla, hasta que el derrotado adversario decidió que sólo le quedaba escapar por donde había venido y, sin otro afán que salvar el pellejo, mostró sus espaldas al menguado ejército real en una despavorida carrera por el valle. Claudius, conforme con el triunfo, limitó la persecución a una columna de jinetes encargada de saquear cuanto quedase del campamento a orillas del río.

La maza de Wilya había golpeado como nunca, sin piedad ni distinción de razas. Y como su arma la de cada uno de sus compañeros, de modo que el valle parecía una espantosa sementera de cuerpos yacentes donde gemidos y llantos se alzaban a los cielos llevados por el viento como una oración fúnebre dedicada a los caídos. Las nubes ocultaron el sol y un resplandor grisáceo cubrió la tierra con un velo fantasmagórico antes de que el aguacero descargase sobre vivos y muertos, como si invisibles dioses lloraran, o tal vez sólo orinasen su desprecio, sobre la miseria de los hombres. Bajo la tormenta, sin resuello, Wilya emprendió la única búsqueda que le interesaba hasta descubrir el lugar donde había caído Berulfo, casi sepultado entre los cadáveres de quienes se habían atrevido a catar su espada. Y al liberar a su amigo de aquellas lápidas humanas que lo cubrían, halló entre los muchos muertos al duque Boso, con la incredulidad grabada en sus ojos de difunto y desangrado por un descomunal tajo que le rebanaba el cuello. Muy distinto a aquel otro Boso de Cabillonum, arrogante y seguro de la fragilidad de los visigodos, errónea creencia que le había costado la vida y la ruina de su ejército. Los guerreros que registraban los cercanos cuerpos en busca de botín le ayudaron a aupar a Berulfo sobre el caballo para conducirlo adonde aún debería estar, junto a los vivos. Porque lo merecía a pesar de haber incumplido la palabra empeñada cuando su amigo le aseguró entre bravatas que nunca podría confundirle con un franco, pues sólo éste estaría muerto.

Durante el resto del día, mientras hubo luz, las tropas de Claudius se dedicaron a heridos y cadáveres, y en la asamblea celebrada al atardecer en la tienda del duque se puso de manifiesto la magnitud de la victoria obtenida. Más de cinco mil muertos había dejado allí el enemigo, a los que se sumaban otros dos millares de prisioneros que ya eran conducidos hasta Caput Arietis para ser expulsados del reino. Aparte de Boso, muchos nobles y jefes francos habían sido abatidos en el valle, y las descabezadas columnas invasoras buscaban presurosas la seguridad al otro lado de la

frontera. En cuanto a los rebeldes, sus principales habían sufrido similares daños, y tanto Granista como Wildigerno se encontraban entre los muertos. Poco dado a las conmemoraciones, esta vez Claudius quiso olvidarse de su habitual sobriedad para celebrar con todos sus hombres un triunfo que consideraba el más rotundo del ejército visigodo en muchos decenios y, a pesar de la fatiga y el dolor que todos soportaban, el regocijo se prolongó hasta bien entrada la noche.

De regreso a Narbona, pudieron corroborar el desastre sufrido por los francos, pues, para disfrute de los carroñeros, el camino que habían tomado en su desorganizada huida estaba marcado a lo largo de muchas millas por un reguero de bajas. Y esta imagen, que levantaba aclamaciones de burla o alborozo entre las tropas cada vez que un nuevo cadáver aparecía ante ellos, provocaba en Wilya un amargo efecto recordatorio. No en vano en los transportes de retaguardia estaba el cuerpo de Berulfo a la espera de una digna sepultura, como viajaban los de Wildigerno y Granista que, aun traidores, como nobles tenían derecho a descansar donde sus deudos dispusieran. Y si la muerte de su amigo le había desgarrado de impotencia, la de Granista significaba un desafío, una prueba quizá demasiado cruel que podía hacer tambalearse el afecto recién nacido de Alathea. Tan pronto era presa del pesimismo al creer que ella nunca iba a perdonar a quien había participado en la desgracia de su padre, como recobraba la esperanza, confiado en que aquel amor era imparable y que prevalecería sobre las adversas circunstancias.

Un emisario llegó a ellos una mañana cuando estaban a media jornada de su destino. Las fuerzas de Witerico habían por fin ocupado la ciudad, aunque tras la definitiva victoria obtenida ante Carcassona no era esa la mejor noticia que portaba el mensajero. Y es que el rey, desconocedor aún de la favorable suerte de sus tropas y de la desgracia de sus enemigos, había decretado la destitución de los nobles rebeldes y el ascenso de Gundemaro a duque de la provincia, al tiempo que nombraba a Bulgar conde de su capital. Ambos, que viajaban en la comitiva, fueron vitoreados por las tropas, porque el anuncio se hizo en lectura pública, tal y como se había ordenado cumplir en la propia Narbona y en cuantas plazas permaneciesen leales. También había un mensaje para Wilya, éste privado y escrito en un par de rollos protegidos por el sello real.

«La podagra —escribía su primo en el primero, al parecer de su puño y letra— apenas deja moverse a Egica, que quiere abandonar cuanto antes unas obligaciones a las que ya no puede atender. Nadie mejor que tú para sucederle como conde palatino cuando Dios nos conceda la victoria sobre nuestros enemigos. Suscribe, te lo ruego, la confirmación del concilio para que puedas regresar a Toletum con los altos honores que mereces».

Y en el otro, ya con el trazo elegante y perfecto de un escriba, y bajo el título de Ley de Confirmación del Concilio, el documentó firmado por el propio Recaredo durante el sínodo celebrado en Toletum:

«Decreto que todas estas constituciones eclesiásticas antes referidas a modo de

compendio se conviertan en permanentes según figuran en el canon. Y si algún clérigo o laico no las quisiera observar, que sufra las siguientes penas:

»El clérigo, sea obispo, presbítero, diácono o de cualquier otro grado, será excomulgado por todo el concilio. Si fuese lego y persona de clase elevada, perderá la mitad de sus bienes, y si fuese persona de clase inferior, será castigada con la pérdida de sus bienes y el destierro».

El mensaje era más que explícito. Su primo le ofrecía ser conde de la capital a cambio de aceptar el dogma romano. Si, por el contrario, decidía permanecer fiel a la fe de sus mayores, sólo podía esperar de su parte castigos y marginación. En un primer impulso, le dominó la rabia de sentirse amenazado y el deseo de enfrentarse a tan clara extorsión, pero de inmediato pensó en Alathea, en recuperar con ella el tiempo desperdiciado por culpa de un malentendido, en llevarla con él a Toletum y recibirla como esposa, en vivir feliz a su lado sin preocuparse nunca más de los nombres de los dioses ni de las fábulas que pudieran contar sus adictos. Estaba hastiado de tanta lucha baldía, de tanta sangre inútil, y por Alathea, únicamente por ella, la vida merecía ser vivida de otro modo, a costa incluso de lo más sagrado.

Ante la sorpresa general, Wilya estimuló su caballo a un galope corto, y Bulgar hizo lo propio tras él hasta que consiguió llegar a su altura.

—A qué vienen esas prisas —gritó el nuevo conde de Narbona—. ¿Quieres arrebatarme la sede?

—Apuesto a que entro en ella antes que tú.

Bulgar aceptó el reto con una carcajada y se sumó a su desenfrenado galope por la misma vía que años antes habían transitado juntos, uno herido en un carro y el otro como custodio. Aunque ahora, en lugar de fiebres y dolor, a Wilya le poseía una ilusión, y el viento que cortaba en su cabalgada le traía el lejano aroma de Alathea, el color de los claveles silvestres de su voz, el alegre cascabeleo de sus pechos. Cuando un par de horas después tuvieron a la vista las murallas, cedió el puesto preferente a su amigo para que fuese el primero en pisar la ciudad cuyo gobierno le había sido confiado, y con esos honores fue recibido Bulgar en la puerta, pues el decreto real era conocido allí desde horas antes con motivo de la llegada de Witerico y sus tropas de refresco.

Wilya se adelantó hasta el palacio ducal deseoso de ver cuanto antes a Alathea, estrecharla de nuevo y confiarle sus proyectos, aunque con la congoja que le producía ser emisario de la próxima llegada del cadáver de su padre, y con la secreta esperanza de que las desdichadas noticias hubiesen llegado antes que él y pudiera ahorrarse tan pesarosa obligación. Saludó sin detenerse a Witerico, que daba órdenes a la guardia en la planta baja, para subir los escalones de dos en dos y correr luego por la galería que le separaba de las alcobas principales. Al pasar frente a la entreabierta habitación de Edelina, aquella donde se había refugiado con su hijo al verle llegar, volvió tras sus pasos movido por una fugaz imagen cuya certeza necesitaba confirmar. Y cuando irrumpió en la estancia, lo que había sido un funesto presagio se hizo espantosa

realidad, porque la hija mayor y el nieto de Granista yacían degollados en el suelo sobre un mismo y extenso coágulo.

Corrió horrorizado hacia la habitación de Alathea, y allí estaba ella, tendida sobre su lecho, tan empapada en sangre como sus vestiduras. Huido el bronce de su piel, ya no quedaba color en su cuerpo pálido. Los labios parecían una cinta de seda azul, como una lila seca que brotase entre los pliegues de su rostro sereno. Segado también el trigo verde de unos ojos hurtados a la vida para siempre. Wilya acarició despacio su pelo cobrizo, teñido ahora por mechones de un rojo que ya mudaba a negro, y sus dedos temblorosos hurgaron entre el óleo endurecido de la sangre en busca de una explicación. Una humedad candente le nubló la vista al tiempo que alguna desconocida alimaña lo devoraba triturándole tripas, garganta, corazón, a todo él por entero.

Regresó a los pasillos aullando como un poseso en busca de Witerico, y al hallarle allí donde lo había dejado, su brazo bueno, aquel que los consejos de Badwila habían fortalecido como tronco de noguera, se transformó en garra para aferrarse a la garganta del delator y acogotarlo contra la pared en tanto su mano izquierda buscaba la daga en el cinturón para concluir rápidamente su justicia. Varios guerreros acudieron a frenarle mientras el rostro del larguirucho lusitano se embotaba falto de aire.

—No es culpa suya, señor —le gritaban para que soltase su presa—, sino voluntad del rey. Recaredo ordenó que se ejecutase a los rebeldes y que no quedara vivo ni uno sólo de su estirpe.

—Trabajo propio de gusanos como tú —gritó él al protegido de Claudius, que boqueaba entre inútiles pataleos—. ¿Dónde estaba ahora tu Dios, que no detuvo tu espada como cuando traicionaste a Segga?

Con una rabiosa cuchillada, Wilya marcó la frente de Witerico antes de escapar de allí enloquecido, corriendo al exterior ante la estupefacción de todos. Sin saber cómo, se halló de repente en la cripta donde yacía su padre, y escuchó su propio grito resonar como el rugido de una bestia salvaje en la pequeña bóveda. Y había en aquel lamento una pregunta o una inculpación que ni él mismo supo entender.

Bulgar le halló más tarde sentado en aquel banco donde Alathea había sorprendido su monólogo con las mariposas. Tenía la mirada perdida en la hiedra y la daga en la mano.

—El miedo nos nubla el entendimiento, Wilya —intentó consolarlo—. Y el rey, esta vez, ha temido de verdad. Pero no le culpes de tu mal porque quizá no conocía tus afectos. Nunca habría ordenado algo así de haber sabido que podía herirte.

Qué iluso era Bulgar al juzgar a Recaredo, pensaba Wilya escuchando a su amigo. Qué iluso él mismo al confiar en las razones de su cabeza. De haberse sumado a los rebeldes como le pedía el corazón, se habría quedado en Narbona para defender la vida de Alathea con la suya propia. Ahora ambos estarían muertos, pero al menos juntos. Contra su propia conciencia, se había mantenido leal a Recaredo, y así le

pagaba. Ahora sí que sería capaz de degollarlo, de tenerle delante, sin la menor contrición.

—Regresa a Toletum —le animaba Bulgar—. Allí está tu sitio y el largo viaje calmará tu pena.

—Pensar en Toletum me provoca vómitos. No volveré.

Pensar en Toletum significaba matar a su primo. Ése era el único motivo que tenía para regresar allí, borrar del mundo de los vivos a un traidor, y sin necesidad ya de justificar un acto que no le parecía vil, sino saludable para el reino, o al menos para sí mismo.

Se puso en pie y caminó hacia el patio en busca de su montura. Bulgar seguía sus pasos con respetuosa preocupación, y no abrió la boca cuando le vio romper en mil pedazos el mensaje con que su primo había logrado embaucarlo durante unas horas y la ley del maldito concilio. Desde el caballo dedicó a su amigo un tibio gesto de despedida y marchó a paso lento hacia el portón que poco antes le había visto llegar henchido de quimeras.

—¿Adonde te diriges? —demandó Bulgar—. ¿Qué diremos al rey?

—Decidle que he muerto, porque muerto estoy.

Franqueó los muros como una mancha en el aire, como un ánima sin rumbo, y cuanto más atrás dejaba la ciudad que le vio nacer más temía girar la cabeza para dedicarle una última mirada, pues allí había dejado su corazón y lo que en él quedase de confianza en la vida y en los hombres.

APÓCRIFO EBOVIENSE

(598-599)

Nadie compite con los de hace diez mil años, ni con los venideros, ni con los muertos.

ARISTÓTELES

Montes Carpetanus, primavera de 598

Aparte de su brevísima conversación en la fragua a pies del Tilenus, y tras muchas jornadas de marcha, la primera palabra que los novicios escucharon de su boca fue un agrio reproche. Sucedió también al amparo de las cimas, esta vez en las faldas de los Carpetanus, cuando, en un alarde de insensata curiosidad, Aberius se permitió apartarse de sus compañeros seducido por el humo de una fogata próxima al lugar donde habían acampado la noche previa. El fuego pertenecía a un reducido grupo de guerreros, rezagados sin duda de alguna de las partidas que habían podido divisar en los días precedentes, y que, según los propios jóvenes, eran tropas de refresco enviadas desde los Campos Góticos a la campaña abierta por el rey un año antes contra los imperiales.

Cuando, a los gritos de auxilio del astur, se presentó en el lugar, pudo ver que aquél había sido tomado como objeto de diversión por cuatro hombres, que no sólo le acosaban peligrosamente con sus monturas, sino que incluso hacían uso de la punta de sus lanzas para derribarlo. Al incitar con sus talones al caballo, el animal pareció revivir de repente órdenes ya olvidadas y dejó de comportarse como un viejo penco para recuperar el antiguo nervio frente a la batalla. Del primer golpe de su maza cayeron por tierra tanto guerrero como cabalgadura, y los otros, tomados por sorpresa y tan bisoños como el abatido, tras medir el aspecto y la fiereza de lo que se les echaba encima, decidieron que no merecía la pena continuar con tan peligroso esparcimiento y más valía poner a salvo el pellejo.

Así que su primera frase, una vez Aberius estuvo a salvo, y reunidos de nuevo los tres en torno a la mula, fue un insulto a éste y la orden de que jamás, mientras viajasen con él, ninguno de los dos volviera a buscarse enredos gratuitos. Y durante las siguientes horas, como si los chicos hubiesen renunciado a su carácter revoltoso, un grave mutismo se apoderó de sus bocas, hasta el punto de que apenas entrecruzaban breves y timoratos cuchicheos. Aunque tan medrosa conducta no se debía tanto a su colérica regañina tras la imprudencia como a la impresión que ambos habían recibido al verle combatir. Por primera vez, el estrafalario y huraño noble que

viajaba con ellos se había mostrado como aquel espectro de leyenda, el demonio de largo brazo con tres puños al que fueron a buscar entre las inclementes rocas astures. Y es que en verdad era terrorífico, pues, aun admitiendo su naturaleza humana, en la pelea parecía una bestia venida de la profundidades del subsuelo, tanto por el mugriento pellejo de oso que lo cubría como por el sobrecogedor rugido de su garganta, la vehemencia que segregaba su desfigurado rostro y las larguísimas y grasientas greñas que cortaban el aire como venenosas zarpas. Por si su catadura no fuera suficiente para quebrar el ánimo más templado, con semejante arma en la mano y el negro escudo en su flanco parecía invencible.

Fue Gainas, el godo, quien, ya al atardecer y una vez salvada la primera ascensión de aquellas serranías, se atrevió a dirigirle la palabra, con no poco recelo en la voz, para elogiar sus virtudes en el combate.

—Cuentan, señor, que con trescientos guerreros derrotasteis a sesenta mil francos, y que fue aquella la mayor victoria de los nuestros desde que se batió al demonio Atila.

—Tonterías —masculló él.

Al escuchar esa primera respuesta a sus siempre desairados requerimientos, Aberius se animó a secundar la alabanza de su compañero.

—Sí, como el hebreo Gedeón contra los madianitas, que también con trescientos hombres venció a ciento veinte mil enemigos.

—Algo parecido dicen de Leónidas —repuso él displicente—, que resistió a miles de persas con tres centenares de sus espartanos.

—¿Y no fue cierto?

—No en Carcassona. Sólo Berulfo ya mandaba trescientos jinetes, y entre Claudius y yo reuníamos diez veces más que él. Pero sí que habría quince o veinte enemigos por cada uno de nosotros.

—¿Y cuántos francos mataste tú? —se interesó Gainas.

—Las tripas no me permiten llevar la cuenta de mis muertos, ni es asunto que interese a quien viste hábitos religiosos.

—Se dice por Toletum que aquella victoria fue un milagro del Todopoderoso como premio a la fe del rey Recaredo —apuntó el astur.

—Los imbéciles gustan de regalar a sus dioses los méritos de los hombres.

—¿Quién es ese Berulfo que has dicho, señor? —insistió el godo.

—Un guerrero como pocos ha habido.

—Nunca oí su nombre.

—Culpa de ello a tus maestros.

Tras aquella primera y tensa conversación, y durante el resto del trayecto, declinó poco a poco su severa actitud, primero con una desdeñosa sonrisa ante los recuperados jugueteos de la pareja, después con algún monosílabo en respuesta a su osada y permanente curiosidad, para terminar él mismo interesándose en ciertos pormenores. Así, por Gainas supo que la reina Bada le había dado dos hijos a

Recaredo, y de la insufrible charlatanería eclesiástica de Aberius que Iohannes de Scallabis había sido nombrado obispo de Gerunda, y que Eutropius, el que fuera abad de Servitanum, ocupaba ahora el solio de Valentía.

La urdimbre tejida en aquel sínodo de Toletum se había robustecido mientras él vagaba como desertor en tierra extraña disputándole la comida a los lobos. Los conspiradores habían recibido su premio en tanto él hubo de conformarse con sobrevivir bajo la nieve, al abrigo de los tejos, entre ancestrales piedras sagradas o en la cueva que, como Columbanus, arrebató a una osa, si bien él empleó fuerza y astucia para conseguirlo más que la angelical sugerencia del escoto de Luxovium. Poco le importaba lo que hubiera sucedido en la capital y en el reino. Pensar en Toletum seguía provocándole ganas de vomitar, y los años pasados en su voluntario exilio habían reforzado aquella idea de Boethius de que la gloria no era sino un rumor de viento en los oídos. Ni gloria ni rumores le interesaban, mucho menos sus miserables protagonistas.

—¿Sabéis escribir?

Ambos negaron, sorprendidos, con la cabeza.

—Leer, al menos.

—Dice el abad que los siervos del Señor deben conocer tales menesteres, pero es muy difícil recordar tantas letras juntas —protestó Aberius de buen humor.

—Y peor aún dibujarlas —remachó el godo.

—Así que no habéis leído su carta, la que me presentasteis en la fragua para convencerme de este viaje.

—Ni habríamos osado hacerlo de haber sabido —precisó el astur.

A la vista de la insaciable curiosidad demostrada por éste resultaba imposible darle crédito, pero aceptó la mentira sin reproches.

—¿Cómo disteis conmigo?

—Yo nací por aquellas tierras —dijo Aberius con notorio orgullo—, y había oído de tus andanzas, aunque todos te teníamos por un mal espíritu de los bosques.

—Tal vez haya motivos para creerme poco humano, pero nunca hice mal a nadie por propia voluntad.

—Lo extraño da miedo, señor, y tú, si me permites decirlo, con ese aspecto sigues pareciendo un ser de ultratumba. El caso es que mi familia se trasladó a Toletum y yo ingresé en el cenobio. Y allí, por casualidad, contando un día cada cual cosas de nuestra patria, llegó mi historia del demonio de puños de hierro a oídos del abad, y de inmediato nos encomendó encontrarte.

—Muy perspicaz mi viejo amigo.

—Y un bendito varón —apuntó Gainas.

—No lo dudo, aunque demasiado exigente, si os ha expuesto a tan largo y peligroso viaje.

—En primavera no es tan duro —alardeó Aberius—. Con los días creciendo y los caminos Ubres de hielo y nieve pueden hacerse largas jornadas.

Se admiró de la candidez de la inexperiencia. Él también había sido así, aunque aquella época le parecía ya demasiado lejana y quizá perteneciente a otro, vivida por alguien que no era exactamente el mismo que ahora se asentaba sobre la silla de aquel caballo enfermo y extenuado por el esfuerzo del que seguramente había sido su último combate.

—Las amenazas de la naturaleza no son tan peligrosas como las de los hombres —aclaró.

—¿Y quién iba a hacer mal a unos pobres novicios que necesitan mendigar para poder comer? —repuso el astur—. Nada tenemos que mueva a envidia.

—Cualquiera puede hacerlo si esos novicios son tan insensatos como para meterse en problemas —repuso, recordándole su mal trago con los guerreros—. Y una mula siempre es objeto de codicia.

—Este animal no puede despertar tan malos pensamientos. Basta con mirarle a los ojos para saber que no llegará al próximo otoño.

—Y tú, Gainas, ¿de dónde sales?

—De Toletum, señor. No de la misma ciudad —acotó con tono humilde—, sino que nací en una aldea tres millas río arriba, y allí he vivido cuidando bestias hasta que hace un par de años, con la bendición de mi padre, tomé estos hábitos. Y también había oído hablar de ti, pero no como demonio, sino como héroe caído en combate.

—Así somos los hombres —aceptó él—, una mezcla de verdad y de mentira.

Avanzado mayo, bordearon la bella Segontia, allí donde años antes había leído parte de aquella obra de Platón sobre amores entre varones, para seguir el curso sureño del Fenarius durante treinta millas. Tras cruzar el río, enseguida dieron con una corriente de agua tributaria del mismo, tan modesta que ni necesitaba puente, ya que podía superarse en un par de zancadas. Y allí, junto al arroyuelo, en un día de sol velado por un manto gris que amenazaba inminente lluvia, llegaron al lugar que los novicios llamaban Suprapetram, así conocido por el rocoso cerrillo bajo el que se extendía el hogar que éstos habitaban.

Nantila salió a su encuentro para, tras unos instantes de sorpresa y asegurarse de que en aquel feroz salvaje se escondía su viejo amigo, recibirle con lágrimas de júbilo y un prolongado y firme abrazo. Wilya se entregó a él con la poca ternura que pudo hallar dentro de sí, y al advertir con más detalle los alrededores, perfiló una irónica sonrisa ante el destino elegido por el hijo del conde Egica. Todo allí se reducía a un par de míseras chozas al pie de la loma y una gruta abierta en su pared, como si éste hubiese querido imitar a aquel clérigo del monte Dircetius que le había embrujado con cuentos sobre un santo y sus batallas contra el Maligno. Muy distinto el lugar elegido por su amigo, pues lejos de aquellas altas y boscosas cumbres que albergaban los huesos de Emilianus, el vallecillo rodeado de olivos en que Nantila se había asentado era de suaves contornos y benigna temperatura, y enriquecido además con varias huertas alimentadas por el vecino regato.

—Así que este es tu reino —le dijo.

—Un lugar bendito del Señor que me ha permitido además verte resucitar de entre los muertos. —Nantila no le soltaba, a pesar del evidente asco que le producía su indumentaria—. Aunque por tu hedor, querido amigo, pareces seguir en el sepulcro.

—Entre los muertos sigo, no te confundas.

—El Señor te ha traído a nosotros. Él nos abre los caminos, y también el tuyo tiene enmienda.

—Deja de hablar así, maldita sea. No he venido a escuchar sermones. Bastante con que he soportado a esos mocosos que enviaste a buscarme.

—Cierto. No es mi nombre lo que te ha traído aquí, sino el de Argimundo.

—No puedo creer que se haya sumado a tu caterva de penitentes.

—Aun a su pesar, así es.

—¿Dónde está?

Nantila le condujo a paso calmo hacia la boca en la piedra, y en el trayecto hasta allí Wilya tuvo tiempo suficiente para escuchar unos increíbles hechos que hacían crecer su espanto a medida que avanzaban. Y es que su común amigo, duque de la Tarraconense cuando él decidió alejarse para siempre de los asuntos del reino y de los hombres, había sido denunciado por algunos conspiradores palatinos como promotor de una rebelión contra Recaredo. Azotado, decalvado, y amputada su mano diestra, le habían exhibido luego por las calles de Toletum a lomos de un asno, vestido de harapos y con una raspa de pescado en la cabeza a modo de corona, entre pedradas, insultos y salivazos.

—¿Y por qué, siendo tan trinitario como el rey, acoges a un traidor?

—Porque es mi amigo, y porque esa fe que menosprecias me exige caridad. Y de no haber mediado yo ante Recaredo para que le desterrase aquí, también habría sufrido decapitación, como la sufrieron todos sus cómplices.

—¿Cuánto tiempo lleva contigo?

—Desde meses después de tu, gracias al Señor, falsa muerte. Ese mismo invierno llegó.

—Ocho años. Me decías en tu escrito que a menudo pregunta por mí.

—El pobre desgraciado está muy enfermo y ha perdido la cabeza. Cada vez es más difícil entenderse con él. Raramente sale de su encierro entre las peñas, pero sí, parece que tenga tu nombre grabado en la lengua, y sus gritos ponen los pelos de punta y nos despiertan muchas noches.

Nantila encendió una tea para penetrar en el recinto, no demasiado profundo, aunque tan sinuoso en su entrada que enseguida se perdían en su interior los beneficios de la luz diurna. Toscas paredes de barro lo habían dividido en varias pequeñas celdas, dotada cada una de un acceso y de un estrecho ventanuco sin puertas ni postigos. A través de uno de ellos, y con ayuda del fuego, le mostró el abad una figura tendida en el piso y plegada sobre sí misma.

—Déjame a solas con él. —Tomó la antorcha en su mano y despidió a Nantila

antes de entrar en el angosto aposento.

Y allí estaba, como sombra de huesos encorvados, quien un día tuvo el alma y la mirada limpias; su nobleza, ahora, hecha cicatriz y costra, el brazo acabado en muñón y unos pocos matojos cenicientos sobre el yermo monte de su cráneo. Allí estaba la gran esperanza goda convertida en despojo.

—Soy Wilya, ¿me recuerdas?

Por todo saludo, y tras sondear con ojos extraviados la penumbra, Argimundo se asió a las piernas de su visitante entre convulsos gemidos. Había perdido su antigua corpulencia y su abrazo delataba una extrema debilidad; a Wilya apenas le costó desprenderse de él, y para evitar la fetidez que desprendía aquella angostura, le invitó a salir al exterior. Pero aquél, sin duda desacostumbrado al aire libre y a la luz por una larga permanencia en tan oscura e insana reclusión, negaba con la cabeza y clamorosos lamentos. Al fin le convenció, a cambio de cubrir sus ojos con un trozo de lienzo sucio hallado entre los mínimos enseres de la celda. Así, como quien conduce a un ciego, bien aferrado Argimundo a su brazo y con medidos pasos para evitar los indecisos y débiles andares de éste, Wilya eligió un rincón bajo unos álamos a distancia suficiente de habitáculos y huertas como para hablar con calma y sin testigos.

—Nada sabía de tu desgracia —le dijo. Pero su amigo, cuyo aspecto resultaba allí más luctuoso y triste, si cabe, que entre las sombrías paredes de las que le había rescatado, no respondió—. Ni que habías seguido los pasos de Segga, Granista y tantos otros que se opusieron a la infamia. Aunque siempre imaginé que eras el oculto candidato de Goswinta. Ella te tenía en alta estima.

—Goswinta me quiso enredar. —Expresada con la energía de un feroz rugido, aquella fue la primera frase coherente que Wilya pudo obtener de boca del proscrito —. Pero en mala hora rechacé sus propuestas.

—Tal vez sólo habrías adelantado tu infortunio —admitió, al recordar que fue precisamente él quien había contribuido a malograr la conjura de la vieja reina.

—Al menos estaría mil veces muerto y con la conciencia limpia —susurró Argimundo, como avergonzado de una imperdonable falta—. Pero me faltó valor.

—Valor que, *sin embargo*, acopiaste un año después. ¿Por qué lo hiciste?

—No es fácil explicarlo, Wilya —se lamentó entre hipos—. Ha pasado tanto tiempo…

—Inténtalo, si eso te conforta —propuso, movido por la compasión que su amigo le inspiraba.

—Juntos fuimos hasta Tarraco, ¿recuerdas? —dijo éste, tras meditar unos instantes, y hablaba como arrancando cada frase del fondo del alma—. Tu ibas a Burgundia y yo llevaba un mensaje al duque Sisberto.

—Lo recuerdo. Fue la última vez que nos vimos, porque a mi vuelta estabas ausente de la ciudad.

—Sisberto leyó la carta de Recaredo que yo le entregué. Me la mostró después de

leída, y en ella el rey le comunicaba su decisión de que yo le sustituyese como duque, y le pedía que me pusiera al corriente de todo lo necesario antes de viajar él mismo a Toletum donde le aguardaban nuevas ocupaciones.

—Recaredo me dijo que le habías sustituido tras su muerte.

Argimundo prosiguió el relato sin prestar la menor atención al comentario de Wilya, como si los recuerdos le llegasen unidos los unos a los otros, en parecida forma a la que las cerezas se enredan en sus tallos y cualquier interrupción pudiese cortarlos y deshacer el racimo.

—Aunque palideció al leerla —dijo, asintiendo con desquiciados movimientos de cabeza—, me felicitó de buen grado, y de inmediato hizo correr la noticia en la ciudad y envió mensajeros a las principales plazas de la provincia para que todos supieran a quién tenían ahora por duque. Dos días más tarde, puesto al corriente de lo más imprescindible y cuando yo todavía le daba vueltas a la grave responsabilidad que el rey había depositado en mí sin ni siquiera advertirme de ella, Sisberto me visitó para despedirse. «Mañana viajas», le dije. «Mañana no estaré vivo», me contestó él. «¿Y cómo sabes eso?», le pregunté más que extrañado. «Ya soy viejo», repuso, «y esta noche dormiré para siempre».

Con notorio dramatismo, Argimundo cambiaba la voz al rememorar las palabras de Sisberto, y la narración devino en una especie de diálogo enloquecido en el que se representaba alternativamente a sí mismo y al duque:

—Ante tan enigmático razonamiento, le recordé que Recaredo aguardaba su llegada en Toletum, pero Sisberto dijo que no iba a comparecer ante él porque allí le esperaba la muerte. A mis preguntas sobre los motivos de tan absurdo temor, repuso: «Porque yo hice ejecutar a su hermano, tu señor Hermenegildo, a quien serviste lealmente en la Betica». «No actuaste por tu cuenta, sino que cumplías órdenes del rey», refuté yo, y en ese momento dijo algo que me heló la sangre: «Aunque la orden llevaba el sello de Leovigildo, venía de Toletum, y en aquellos días el rey andaba muy lejos de allí». Y añadió ante mi confuso silencio: «Imagina quién me la hizo llegar». «¿Recaredo?», pregunté yo, asustado por la respuesta que me temía iba a recibir. «El mismo», confirmó, «por eso quiere verme ahora, y que lleve conmigo además aquella vitela que me envió y que ya me ha exigido varias veces. Tanto ella como yo somos muy molestos para él».

»Tras mis incrédulas protestas, me extendió un documento que confirmaba lo dicho, pues la orden, signada por Recaredo y validada con el sello real, hacía referencia a los presuntos deseos de su padre, empeñado entonces en la campaña contra los suevos, de que Hermenegildo fuese conminado a mostrar su fidelidad de manera inequívoca con un retorno a la fe goda, y que, en caso de negativa por su parte, fuese ejecutado de inmediato por contumacia en su traición. “Cuando le apresamos tras huir de Valentía”, me explicó Sisberto con no poco pesar, “Hermenegildo estaba poseído por la enfermiza ofuscación de matar a su padre. Le ofrecimos la oportunidad de arrepentirse. Yo mismo, y el obispo, intentamos hacerle

ver que así salvaría su vida, pero el muy insensato reaccionó con violencia contra quienes allí estábamos y no hubo alternativa".

»Sin que yo hubiese acabado siquiera de leerlo, Sisberto me dijo: "Puedes quedártelo, que ya no lo necesito". Y en verdad que no lo necesitaba, porque esa misma noche puso fin a su vida con algún bebedizo. Pero antes de que eso sucediese hube de asistir a sus tristes y justas quejas. "¿Acaso fui yo quien se levantó contra el rey?", se lamentaba entre contenidos suspiros: «¿Fui yo quien alzó a parte del reino en contra del monarca elegido? ¿Incité a algún amigo a que lo hiciera? ¿Actué contra las ordenes de mi señor Leovigildo durante la guerra? ¿Desobedecí el mandato después, una vez el traidor fue atrapado tras su segundo intento de rebelión? No, y mil veces no, sino que siempre fui un fiel cumplidor de mi deber, y esa lealtad me lleva ahora a la muerte mientras que aquellos que un día conspiraron sin sonrojo han sido elevados a las más altas dignidades».

Lo decía Argimundo como si él mismo se hubiese transformado por arte de algún encantamiento en el propio Sisberto. Se había sacudido de un manotazo aquel lienzo que protegía sus ojos de la neblinosa luz, y éstos giraban ahora en sus órbitas con tan increíble agitación que parecían querer abandonar las cuencas. Y en esos mismos ojos florecían torrentes de lágrimas, como manaban de su nariz humores más mórbidos, de sangre y agua, y una densa baba terrosa se adueñaba de sus ulcerados labios.

—¿Recuerdas ante Carcassona —añadió de repente, con un súbito cambio en rostro y ademanes, como si la cordura hubiese regresado a su cabeza—, cuando, estandarte real en mano, Recaredo nos dijo que allí donde él estuviese estaba también Leovigildo? Pues igual suplantación del rey había hecho con Sisberto ya antes de que partiésemos de Toletum.

A medida que Argimundo avanzaba en sus consideraciones, Wilya se encendía de furor, y aquel odio hacia su primo apenas domeñado por el paso de los años y por la distancia creció hasta recuperar su antigua y monstruosa forma. Ahora cobraban sentido ciertos detalles que la ignorancia le había hecho pasar por alto, como las veladas frases de Goswinta tras la muerte de Leovigildo. Las cosas no eran tan simples como aparentaban, le había dicho la vieja reina, al tiempo que le recordaba que para su tío el futuro del reino estaba por encima de toda verdad, de toda mentira, incluso de su propia vida. Ella sabía bien, porque Leovigildo se le habría sincerado en su pesadumbre, que la orden de ejecución no había partido de sus manos, y que Recaredo dictó esa muerte sin esperar a la conformidad de su padre. Pero el futuro del reino estaba en juego, y el monarca asumió en silencio las consecuencias de aquella mentira, una mentira que le mató de pena antes de haber podido mirar a los ojos a su hijo para pedirle explicaciones por su indigno acto. No, no había sido la exigente campaña contra los suevos lo que había devuelto a Toletum un Leovigildo a las puertas de la muerte, sino confirmar que su hijo habría de ser un rey muy distinto a él, incapaz de compasión hacia su propia sangre.

—El duque Sisberto —hablaba ahora Argimundo con la mirada vencida, como si

los recuerdos se hallasen enterrados y hubiera de recuperarlos—, aquel hombre que me recibió como a un hijo a pesar de que llegaba a desbancarle de sus honores, era el último testigo de una sórdida infamia. Sufría en silencio la mancha de una muerte que el rey nunca había ordenado. Y sin quererlo, depositó en mí esa condena haciéndome heredero de una verdad que acabó devorándome, como antes lo había devorado a él.

Y como quizá esa misma verdad había acabado, pensó Wilya, con el refrendario de su tío, aquel que, según Recaredo, era tan viejo que tropezaba con una hoja y se despeñó por las murallas poco después de ser coronado su primo. Puede que fuese sólo una presunción fruto de la ira, y que la muerte le alcanzara en un torpe accidente, pero, como custodio del sello real, aquel hombre hubo de ser cómplice necesario, aunque tal vez forzado, de la ilegítima orden de ejecución. Y tan lacrada quedó su boca como había quedado la de Sisberto.

Muchas cosas parecían explicables tras aquella confidencia, incluso la propia actitud de Argimundo, ya que saberse poseedor del conocimiento de tamaña vileza le había retraído desde que puso pie en Tarraco. Quién sabe si por temor o por desprecio, había excusado su asistencia a la boda de Recaredo, como después eludió el sínodo de Toletum en que fue consumada la definitiva derrota de la nación goda.

—Mi viejo camarada, mi señor Hermenegildo —se lamentaba con voz temblorosa, entre gimoteos—. Qué gran pecado es hoy recordar que se levantó contra su padre con el auxilio de la secta romana. Decir eso avergüenza tanto al trono como a la propia Iglesia. Si les hablas de él, todos callan y vuelven sus cabezas como si llevases la peste encima. Quienes lo glorificaron para llevarle a la perdición lo han emparedado tras un muro de desmemoria. Quienes lo combatieron niegan haber tenido nunca enemigo semejante.

Así parecía ya desde tiempo atrás, tal y como lo había demostrado Leander en la clausura de aquel funesto concilio, pues ni una leve glosa tributó a quien fue su más alto prosélito, al polluelo incubado en su traidor regazo con el beneplácito de Roma, de Constantinopolis y de los acaudalados señores de la Betica. El propio hermano del ajusticiado, beneficiario de sus errores tanto como de su muerte, necesitaba creerse hijo único del gran Leovigildo, y arrojaba sin rubor el peso de esa sangre sobre otro muerto, su insigne padre. Todos se lavaban las manos para olvidar sus respectivos pasados. Nada se echaban en cara. Limpio era el trono de Recaredo, bendito para la trinitaria Roma como ningún otro sobre la tierra.

—Chssst —se decía a sí mismo Argimundo con el índice en la boca, la huella de la demencia de nuevo en sus ojos—. Mi buen amigo nunca existió. Calla. Todo ha sido un mal sueño.

Un mal sueño, decía. Tal vez si Hermenegildo hubiese sido castigado por su padre como dictaba la costumbre tras su primera rebelión, ahora Argimundo no se vería en esas circunstancias, ocupando el papel de manco y decalvado que en justicia le habría correspondido al primogénito de Leovigildo. O quizá sí, porque la iniquidad de Recaredo hacia su hermano sólo había sido una más de las muchas cometidas a partir

de ahí para asegurarse el trono con el apoyo de sus nuevos aliados.

Wilya sabía que esa huida de la realidad, esa negación de lo vivido, le había resultado necesaria a su amigo para sobrevivir en los últimos años, pero no podía soportar verlo en ese trance. Le acogió entre sus brazos como si fuese un niño miedoso, como su madre lo amparaba a él en las inolvidables noches de pesadilla.

—Claro que existió, Argimundo, para lo bueno y para lo malo. Como existimos tú y yo, por mucho que quieran convertirnos en fantasmas errantes.

Pasado un tiempo bajo el fraternal abrazo, se calmaron los temblores del exiliado, y su respiración pareció recobrar el ritmo de la normalidad.

—Gracias —balbució al fin, protegiendo ahora sus ojos con el envés de su mano de una rabiosa y repentina lluvia que comenzaba a empaparlos—. Es la primera vez que hablo de esta vileza que me roe las entrañas, del más triste motivo de mi rebelión. A nadie había contado todo esto.

—¿Y por qué a mí? ¿Por qué me reclamabas?

—Eres el guía de nuestra estirpe.

—¿Qué guía? —repuso él desconcertado.

—Badwila me lo dijo. Que tú eres el sucesor. Sólo a ti puedo confiarme.

Tantos años cuidándose de no mentarle tan reservado asunto, y resultaba que Argimundo estaba al cabo de todo. Qué distinta podía haber sido su relación de haberlo sabido a tiempo, pensó Wilya, aunque por cuanto recordaba de su amigo tampoco él se había mostrado comunicativo al respecto, sino más bien remiso a toda complicidad. Qué distinto ahora aquel tullido demente y andrajoso encerrado en una topera de la Carpetania del terrible lobo que había visto en la fragua de Badwila, del formidable guerrero que había admirado en los campos de Carcassona. Pero poco importaba ya cómo hubieran sucedido las cosas. Los años y los hombres se habían encargado de acabar con cuanto significase honor, con las voces de los ancestros. Ahora, su amigo era tan manco como el dios que ambos habían admirado en secreto, pero no triunfante como aquél, sino sumido en la más injuriosa de las derrotas; y su mano ausente, lejos de alimentar el crecimiento del gigante Fenris, sólo había servido para saciar el hambre de poder de un traidor y ambicioso rey.

—Tú que sabes —Argimundo le aferró de improviso con su única mano, sus húmedas pupilas clavadas en él—, busca en nuestro nombre la espada de Tyz y acaba de una vez con esta vergüenza.

Con la berrea de los ciervos, cuando el verano se extinguía, regresó Wilya a Toletum, y con él una nueva amenaza para el rey Recaredo. Como antaño, la sola idea de volver a la ciudad que le había visto crecer le provocaba náuseas, pero ya había aprendido a sujetar las tripas ante la contingencia de dar muerte a un hombre, y ese mismo ejercicio de voluntad convertía ahora en trivial cualquier otro sentimiento. Por otra parte, su rechazo al regreso no era tanto por el mismo Toletum como por lo que significaba volver a pisar sus calles, por la convicción de que, de verse de nuevo allí, sería para poner fin a la vida de su primo. Y es que ese enemigo, ese destructor

que, según las creencias del escoto Gur, cada cual llevaba dentro, no era en su caso sino el propio Recaredo, que le retorcía las entrañas como alimento ponzoñoso. Por eso había escapado hacia los confines del mundo, allí donde nada le recordase al rey, el reino y sus intrigas. Por eso había huido, para no enfrentarse a él, por no dar cumplimiento a un destino que sabía inaplazable y delegar en el tiempo, ese experto matarife, el derecho a decidir tan dolorosa e implacable rencilla interior con la desaparición de cualquiera de ellos.

Y así habría sido de no mediar Nantila, de no haberle sacado éste de sus lejanas y silvestres escarpas para enfrentarle a lo que quedaba de Argimundo y recibir de la estremecida boca del vencido una terrible verdad y una súplica.

—Estabas en lo cierto —se había justificado ante el joven abad tras su primera conversación con el exiliado—. Nada más que disparates pueden esperarse de él.

Disparates salpicados de una descarnada lucidez, como pudo comprobar en cuantas oportunidades había tenido de volver a hablar con aquel despojo humano recluido en su nauseabunda celda y con la cabeza confinada ya para siempre en las mazmorras de una obsesión. Y los raros frutos de aquella clarividencia los guardaba Wilya para sí como preciosas manzanas maduras que cayesen desde el árbol a sus manos, sin la menor intención de compartirlas con nadie.

En los meses pasados en Suprapetram había asistido al progresivo declinar de su amigo de niñez. Preso de fiebres y frecuentes vómitos de sangre, Argimundo se fue apagando hasta extinguirse, y recibió humildísima tierra a pocos pasos de la gruta, como primer huésped de un cementerio improvisado, en los días centrales de septiembre. Y entretanto su vida declinaba, en Wilya crecía la vieja llama, pues lo que en el fondo de su alma parecían pavesas sofocadas por un forzado olvido eran, por el contrario, un ascua de odio y ansias de justicia que aquella experiencia había reavivado con fuerza de vendaval.

Tras la muerte de Argimundo, y en beneficio de sus propósitos, Wilya había decidido cambiar de aspecto. Su catadura, en lugar de favorecer el secreto de su vuelta, no haría más que levantar recelos por dondequiera que transitase. Así, adecentó cabellos y barba con la ayuda de Gainas y Aberius, quienes, una vez en aquellos pagos, habían perdido por completo su exaltación adolescente y su notorio apego al contacto físico para convertirse en gente tan tediosa como sus compañeros. De Nantila obtuvo una túnica de esparto como la que ellos usaban, y le cambió su caballo por un pollino, tan viejo como aquél, pero menos llamativo y capaz al menos de cargar con su exiguo bagaje.

—¿Y adonde irás ahora? —dijo éste a modo de despedida.

—Adonde el asno me lleve.

El asno pudo haberle llevado a Recopolis, más cercana de allí que la capital y donde su primo pasaba el verano, pero entrar en aquel enclave casi desconocido con la presencia real tras sus murallas se le antojaba bastante más difícil que hacerlo en Toletum. Aunque no se dirigió directamente a la ciudad, sino que buscó acomodo en

aquella cueva donde Badwila, con sus brebajes, le había conducido años atrás a la insólita Linde Negra en busca del canto de los difuntos. El lugar parecía tan solitario y reservado como entonces, y allí se asentó Wilya durante las primeras jornadas en tanto maduraba sus proyectos. No eran éstos abstrusas y variadas especulaciones como las que cualquier hombre pudiera albergar en su mente, sino tan sólo uno, y sin ningún horizonte de futuro tras su cumplimiento, como si al culminarlo nada hubiera más allá y la vida misma quedara desnuda de todo objetivo.

Se reprochaba amargamente los años de tan inútil lealtad a Recaredo a costa de sus convicciones, el hecho de haber ofrecido la vida por la de su primo ante Guntram, el sufrir en silencio el caprichoso asesinato de la única mujer que le había amado. Tantos lamentos, enmudecidos por largo tiempo merced a una cobarde retirada, habían recobrado su antigua vehemencia con el estremecedor alegato de Argimundo. Recaredo, en su mezquino apetito de poder, había acabado con todo, sin reparar si en esa demolición de los más sagrados fundamentos del reino caían también hermanos, amigos y leales. Y por ello merecía morir. Poco importaba ya quién ocupase el trono y lo que habría de ser del reino tras su muerte, menos aún lo que le sucediera a él mismo después de consumar un castigo que el corazón le exigía por encima de todo raciocinio.

Con paciencia de oteador, Wilya dedicó sus primeros pasos en Toletum a observar el pálpito de una ciudad donde nada había cambiado durante su ausencia excepto el crismón que ahora lucía el pórtico de cada templo. Imaginaba verlo todo con ojos de un difunto que de repente regresa al mundo y comprueba que el hecho de estar vivo o muerto parece no ser importante para unas gentes que siguen con sus rutinas como si nada, bueno o malo, hubiese sucedido. Y confirmar la insignificancia de la vida de un hombre entre sus convecinos acrecentó su seguridad de que la muerte del rey habría de tener para ellos consecuencias tan aparentemente leves como la suya.

Enseguida rondó su casa para comprobar que tampoco allí los hábitos eran distintos, pues cada mañana, subido a la carreta y en compañía de dos siervas, Lucius salía hacia el mercado en busca de alimentos frescos. Notoriamente avejentado, aunque sin renunciar del todo a la elegancia de su porte, el mayordomo había perdido pelo, y el que le quedaba teñía ya de canas buena parte de la cabeza. El era el único hombre de confianza que tenía en Toletum y se decidió a abordarle cierto día mientras las mujeres cumplían sus encargos en distintos puestos y aquél quedó a solas paseando frente los tenderetes de salazones. Fingió un tropiezo entre el bullicio, de forma que Lucius se vio obligado a encarársele en demanda de una explicación. Una vez ambos frente a frente, y antes de que el mayordomo pudiese aceptar como cierto el rostro en capuzado que tenía ante sus ojos, Wilya le pidió silencio con una seña y le invitó a seguir sus pasos hasta abandonar la plaza por una de las calles adyacentes. A cubierto de oídos y miradas, y sin desprenderse de la capucha que velaba su identidad, por fin saludó a su viejo sirviente con una sonrisa.

—Mi señor —balbució éste sin saber qué hacer, dominado aún por una excitada

incredulidad.

—No temas, que no soy un espectro. —Y tanto por demostrarlo como por afecto estrechó su mano, ahora flaca y de nudillos prominentes, propia de alguien que debía de haber cumplido ya los sesenta.

—¿Qué ha sido de ti durante tantos años?

—Habrá mejor ocasión para charlar sobre eso —susurró, exhortándole a hablar más quedo.

—Dijeron que habías muerto.

—Y así ha de seguir creyéndose. Muerto estoy para todos, excepto para ti.

—Te invitaría a ir a casa, pero…

—De haber querido volver allí no te habría asaltado de improviso.

—Perdóname, señor, por cuanto voy a decirte, pero el caso es que, creyéndote muerto y sin herederos que pudiesen reclamar tu hacienda, el rey se la entregó a Hilde. Ahora ella es la propietaria de la casa, la villa y las tierras. De todo lo tuyo.

—Tampoco es mala decisión —reflexionó—. Supongo que te trata bien.

—Es un ángel, ya lo sabes. Excepto por tu llorada ausencia, todo sigue ahí igual que antes.

En aquella primera conversación, Lucius le informó de cuanto Wilya necesitaba saber sobre los cambios más notables habidos en el reino y de algunas cosas más, como que Witerico era ahora conde palatino y que Fredegundis de Neustria había fallecido el año precedente. Dos nuevas que recibió con opuestas emociones, pues si el encumbramiento del despreciable traidor y asesino de Alathea le resultaba insultante, la llegada a los infiernos de la reina franca era una bendición que sin duda habría hecho saltar de gozo a los huesos de Goswinta.

A pesar de la insistencia de su antiguo mayordomo para que aceptase la segura hospitalidad de Hilde hasta la justa restitución de su patrimonio, Wilya sabía que el incógnito era su mejor cómplice, y convino con aquél un apartado rincón extramuros donde poder encontrarse para hablar con mayor libertad. En tanto sobrevivía en la cueva de Badwila y preparaba la ejecución de su sentencia, de Lucius obtuvo un buen caballo y alimentos, que un día fijo por semana éste depositaba en el tronco hueco de una encina próxima al lugar de sus clandestinas citas.

—¿Por qué esa tozudez en no regresar a la que es tu casa? —le insistía el mayordomo—, Recaredo no tendrá reparos en reconsiderar su decisión. Y Hilde lo entenderá.

—No merece la pena molestar a nadie con demandas. Estaré poco tiempo en Toletum.

—¿Y adonde irás? —Él alzó los hombros para hurtar una respuesta que desconocía—. Me temo que barrunto tus propósitos —aseguró aquél con un deje de tristeza. Y Wilya estaba seguro de que así era, de que aquel hombre le conocía muy bien. Pero sincerarse significaba poner en peligro la seguridad del propio Lucius, y sobre nadie aparte de sí mismo debían recaer las consecuencias de sus actos.

—Te equivocas. Nadie sabe los propósitos de un muerto, porque no existen. Y nunca olvides que sigo siendo un fallecido.

Entre encuentro y encuentro con Lucius, merodeaba por la ciudad buscando formas de entrar en palacio sin ser visto, pero era imposible. Cuantos accesos conocía estaban celosamente vigilados, y mucho más lo estarían cuando el rey regresara a Toletum y la guardia se esmerase en su custodia. Cualquier tentativa habría de ser en el exterior de la ciudadela, a menos que hallase aliados fiables. Y no los halló, a pesar de sus intentos. De sus conversaciones con Argimundo había obtenido varios nombres, los de aquellos guerreros que asistieron en la fragua de Badwila a su ceremonia de ingreso en la estirpe de Tyz. Pero sólo uno de ellos, un tal Suniefredo, quedaba vivo, aunque tan mayor y achacoso que, más que apoyo, habría significado una traba en sus planes, amén de que el anciano parecía no estar en sus cabales o bien tenía verdadero pánico a que se le asociase a un nombre tan proscrito en el reino como el inductor de la última rebelión.

Tras largas reflexiones sobre la conveniencia de lo que se proponía hacer, y sin demasiada fe en que el resultado fuese distinto al obtenido con Suniefredo, decidió confiarse a quien tiempo atrás le había demostrado franca lealtad. Por esquivar miradas indiscretas, eligió las últimas horas de luz para su visita al barrio hebreo, y ante la puerta de Itzak Benjamin evitó identificarse con su nombre.

—*Haz* saber a tu señor que quiere verle un esclavo mudo pintado de *hinna* que acaba de llegar de Carthagine —dijo al atónito siervo que le atendía en la entrada, seguro de que tan singular credencial habría de picar también la curiosidad de su amo.

Y así fue, pues al poco Itzak apareció en el patio con una mirada de desconfianza y notorio recelo en sus apresurados ademanes. Aturdido al descubrir quién era, se ahorró todo comentario para conducirlo precipitadamente al interior, y sólo cuando estuvieron a cubierto se permitió abrir la boca para expresar un reproche.

—¿Qué pretendes viniendo aquí vestido de ese modo? —dijo casi entre susurros, como si no quisiera ser oído por las paredes.

—Eres el primero que se sorprende de mis hábitos clericales antes que por hallarse frente a un muerto.

—Perdona mi pobre hospitalidad. —Lo estrechó ahora en un abrazo—. Me alegra verte vivo, pero hace tiempo que mi casa dejó de ser grata al rey y los suyos.

—Como hace tiempo que por propia voluntad dejé de ser un gardingo. Nada me liga al rey.

—Bien sé de las diferencias que tuviste con él. Pasa y aguárdame un rato, lo que tarde en despedir a otros invitados.

Itzak le acompañó a una pequeña estancia iluminada apenas por una lamparilla, donde Wilya quedó a solas mientras aquél se dirigía al extremo opuesto de la casa; a solas, aunque satisfecho de comprobar que su anfitrión seguía confiando en él a pesar de las graves razones que aquellas gentes tenían para dudar de los godos. Y es que, en

contra de sus primeras conjeturas, desmentidas por el testimonio de Lucius, sí que habían cambiado las cosas en Toletum, al menos para los hebreos. Prohibido el culto en la sinagoga, muchos de ellos habían aceptado el bautismo trinitario para evitar su degradación y la pobreza, y los pocos que perseveraban en sus costumbres eran tenidos por siervos del diablo cuyo contacto se consideraba tan nefando como el peor de los pecados. Su amigo debía de contarse entre los primeros, ya que, por lo visto hasta el momento, en nada parecía haber menguado la prosperidad de su hogar.

De repente, un lejano zumbido llegado como a tímidas oleadas atrapó su atención, hasta el punto de que le indujo a salir de la sala para husmear su origen. Parecía venir de aquella zona de la casa por donde había desaparecido Itzak, y hacia allí se dirigió sin hallar en los pasillos a nadie que molestase su curiosidad. Alcanzó por fin a ver una puerta entreabierta de la que manaba aquel murmullo como si tras ella hubiesen guardado una abejera. Con todo cuidado y favorecido por la penumbra, se detuvo a unos pocos pasos hasta descubrir que el rumor provenía de gargantas humanas. Allí dentro se celebraba una ceremonia en la que un nutrido grupo empleaba tanto la lengua latina como la hebrea para responder a las propuestas rituales del que parecía ser el más anciano de los presentes. Temeroso de ser descubierto, Wilya regresó a la sala convencido de que su amigo tenía motivos bien fundados para temer la llegada de un clérigo a su casa en aquellos precisos momentos.

Pronto cesó el murmullo para dejar paso a sonidos más cercanos, de pisadas y cuchicheos, que concluyeron cuando Itzak despidió al último de sus visitantes. Cuando el anfitrión regresó a la pequeña sala, dos siervas lo acompañaban con una bandeja surtida de frutas y una jarra de vino con una sola copa que le fue servida a Wilya.

—Ya veo que ambos somos furtivos para el nuevo reino —dijo éste, en cuanto quedaron a solas.

—Ahora debemos orar en el mayor secreto —aceptó Itzak, una vez comprendió que su amigo estaba al tanto de lo que acababa de suceder en su casa.

—Es un acto sacrílego. Porque imagino que habéis recibido las aguas bautismales. —El hebreo asintió con un melancólico cabeceo, y Wilya quiso subrayar la paradoja—. Pues ya sois tan trinitarios como el rey, Leander o Masona. ¿Cómo llamabas a los cristianos? Ah sí, ya sois tan *minim* como ellos.

—Te equivocas. Hemos aceptado bajo coacción. Y el Inefable lo sabe.

—Sabe que le habéis traicionado por otros dioses. Pero no tenéis nada que reprocharos, porque buena parte del reino ha hecho otro tanto.

—No merecemos censura por salvar la vida frente a la arbitrariedad. ¿Sabes cuál era nuestra oración ahí dentro? El *Kal Nidré*, así la llamamos en lengua aramea, y significa Todas las Promesas. Con ella nos arrepentimos de cada compromiso incumplido ante al Inefable. Recaredo nos forzó al bautismo y acatamos su orden contra nuestra voluntad. Con el *Kal Nidré* declaramos nulos todos esos juramentos de idolatría, porque han sido arrancados por la fuerza.

—Serán nulos ante vuestro dios y vuestras conciencias, pero si descubren esa falsedad puede costaras caro.

—Que ése sea nuestro secreto, Wilya. ¿Y cuál es el secreto de un muerto que, gracias al Altísimo, no lo está?

—Tal vez el opuesto al tuyo, la resistencia a una misma arbitrariedad. Pero ambos necesitamos de ficciones parecidas para sobrevivir. Tú debes seguir siendo un judío trinitario y yo un godo difunto.

Itzak aceptó el dictamen con una sonrisa teñida de nostalgia.

—Aún recuerdo el día en que os conocí a los dos, ahí arriba —dijo el hebreo—. Parecíais hermanos, pero no podía sospechar que erais la semilla de algo tan opuesto, de un buen amigo y del peor de mis enemigos.

—Gracias por tu afecto. Tampoco yo imaginaba entonces que Recaredo acabaría con cuanto su padre había levantado con tanto esfuerzo.

—Tiene el alma envenenada por los trinitarios, y a sus caprichos se somete. Aborrece lo que ellos aborrecen y ama lo que aquéllos aman. Se le ofreció mucho oro para que mitigase su injusta saña contra nuestro pueblo, pero fue inútil.

—Es evidente que le odias.

—Como le odias tú. Llevas escrito en la cara que buscas su muerte.

—Bien me vendría tu ayuda para cumplir esa justicia.

—Deseo el fin de Recaredo tanto como tú, pero ya te dije en Carthagine que no voy a manchar mis manos de sangre.

—¿Ni siquiera por aliviar la persecución que sufren los tuyos? —Cuando Roma se hizo cristiana, mi pueblo volvió a padecer como en los tiempos antiguos. Pero no podría alzar mi mirada al Cielo si me supiera cómplice de un crimen.

Colaborar en el derramamiento de sangre era un acto blasfemo para Itzak, y Wilya debía contar con sus únicas fuerzas si deseaba cumplir sus propósitos. Sentirse solo no le destemplaba el ánimo ni alteraba su pulso, aunque bien sabía que la oportunidad de conseguirlo se haría esperar más de lo deseable.

Con Recaredo ya en la ciudad, pasó el resto del otoño oculto en su refugio y con la única ayuda de Lucius, quien le asistía puntualmente para cubrir sus necesidades más perentorias merced a los suministros depositados en el convenido tronco hueco de una encina. Hasta que en una de estas ocasiones, cuando Wilya contemplaba desde la distancia el regreso del mayordomo por el bosquecillo hacia al amparo de las murallas, un anómalo movimiento en la espesura le movió a picar su caballo en dirección al sendero por donde aquél transitaba despreocupado a lomos de su mula. En un veloz rodeo a través de la arboleda, adelantó a Lucius sin que éste siquiera lo advirtiese para comprobar que dos hombres aguardaban emboscados su paso con la clara intención de asaltarlo. Sin tiempo de reaccionar ante el peligro que se les venía encima, y desprovistos de cualquier protección que no fueran sus dagas, la maza quebró sus cráneos en un suspiro y sus cuerpos fueron a parar a los zarzales antes de que el mayordomo llegase al lugar donde había de producirse su previsible muerte. Y

al verle pasar desde su escondrijo en la feliz ignorancia de cuanto acababa de suceder, rememoró cómo aquél vigilaba sus pasos infantiles para protegerle de los peligros de la noche, y el pendenciero enojo con que él pagó su diligencia cuando fue descubierto por Badwila. Justo parecía que el destino le hubiera ofrecido ahora ocasión de compensar ese viejo agravio y devolverle tutela por tutela a un hombre dedicado por entero a su familia.

Aquella enseñanza, no obstante, le apremió a cambiar de conducta. No quería exponer la vida de Lucius con incursiones en un territorio tan alejado de la ciudad que invitaba a la actuación impune de malhechores. Cesaron, por tanto, las salidas del mayordomo, y quedó él mismo encargado de abastecerse según su necesidad mediante ocasionales y discretas visitas a la casa como menesteroso en demanda de caridad pública, amparado en el artificio de su mísero atuendo.

Con esta nueva costumbre llegó el invierno, y con los fríos el ya olvidado sabor de la impaciencia, pues el rey no abandonaba su escondrijo en tan inclementes fechas y tampoco Wilya hallaba modo de introducirse en palacio sin ser descubierto. Y es que en nada se parecía aquel acecho a su errático deambular por frondas y roquedales en los que apenas escuchaba el crujido del ramaje bajo las suelas, el ulular del viento y el azaroso gruñido de las fieras, y donde su voluntad podía elegir cualquier horizonte sin otra ambición que sobrevivir. Tampoco eran los rigores invernales, aliviados en parte con el tabardo de piel de carnero proporcionado por su protector, los que hacían tambalear su fe, ni siquiera las muchas horas perdidas en su infructuosa vigilancia, ya que se sabía capaz de pasar días enteros sin otro cometido que hacer recuento de las nubes que viajaban sobre su cabeza. Pero patear a diario la ciudad y sus proximidades tenía un valor muy distinto a su pretérito vagabundeo, porque cada paso en aquellas calles llegaba acompañado de recuerdos, y por la noche se sumergía en el sueño con la desagradable sensación de haber dedicado toda la jornada a una fatigosa cosecha, a una siega en los sembrados de la memoria que sólo le servía para acopiar gavillas de incertidumbre en el espíritu.

Cierta tarde, cuando ya declinaba el débil resplandor del sol y la helada se cernía como una mortaja sobre la ciudad, aceptó la oferta de Lucius para pasar la noche al abrigo. Así, una vez se hizo el silencio nocturno en la casa, el mayordomo encerró a los perros en la cuadra para evitarles olores intrusos, le franqueó la puerta, y dispuso un improvisado montón de heno cerca del fuego de la cocina donde Wilya pudo, después de mucho tiempo, templar su cuerpo bajo un techo construido por manos de hombre. Aunque apenas consiguió pegar ojo. Al verse de nuevo en lo que había sido su hogar, poseído por una multitud de sensaciones contradictorias, y como si una fantasmal llamada le reclamase, dejó atrás el tibio deleite de la lumbre para dirigirse al piso superior.

A pesar de la oscuridad, conocía cada rincón de la casa y era capaz de moverse por ella con los ojos vendados, de modo que enseguida salvó la escalera para alcanzar los aposentos principales. Asomado a las sombras del que había sido su dormitorio,

fantaseó por un instante con que en aquel lecho vacío dormía un niño a punto de despertar sobresaltado por las pesadillas, y que una madre velaba a sus pies para restituirle con su consuelo la calma perdida. Podía percibir en aquella silueta femenina un aroma antiguo, el timbre de una voz que con sus arcanas y tenues estrofas arrullaba el buen dormir de su pequeño, pero rechazó de inmediato semejantes desvaríos, porque aquel niño que su imaginación rememoraba hacía mucho que había muerto, y evocarlo significaba para él rendirse a una cobarde melancolía. Dio un salto atrás para liberarse del influjo de aquel aposento que parecía querer atraparlo con sus invisibles brazos, y quedó de nuevo en medio del silencioso corredor.

Sin saber muy bien el motivo, dirigió sus pasos hacia la habitación que un día cedió a Hilde, ahora dueña y señora del aire que allí se respiraba. La puerta, sin atranques interiores, cedió gustosa a su liviano empuje, y desde aquella apertura pudo contemplar buena parte de la sala merced al mínimo resplandor que despedían los rescoldos de un brasero. Con respiración tranquila, ella dormía bien arropada ofreciéndole la espalda, como si nada tuviese que temer del mundo y de los hombres. Qué distinta ahora de aquella joven que, sin saberlo, le había ofrecido su espalda desnuda un lejano día a orillas del Tagus. Y qué distinto él mismo del medroso mozalbete que escapó ruborizado de tan celestial visión para entregársela en bandeja a su primo. Una idea cruzó como un relámpago su cabeza, y es que tal vez era el momento de cobrarse aquella antigua deuda, que nada podría impedirle en aquel momento tomar por la fuerza a la concubina del rey y cumplir en su carne la primera satisfacción de sus deseos de venganza. Aunque de inmediato se reprochó tales pensamientos. Y no sólo por lo inútil de semejante acto, porque, según Lucius, ningún deseo sentía ya su primo por aquella mujer, y la violencia que sobre ella ejerciera en ella habría de quedarse, sino por el mero hecho de permanecer allí apostado como una alimaña jadeante, los latidos batiéndole el cuello con la fuerza del martillo sobre el yunque. Porque eso era, en definitiva, en eso se había convertido, en un salvaje merodeador en busca de desagravio. Y ese demonio, la fiera que habitaba en él y había elegido su alma como cubil para hacer allí su fétida guarida, le vaciaba por dentro alimentándose de cualquier cosa que hallase, ya fueran entrañas, recuerdos o sentimientos. Marchó de allí con un amargo sabor de boca para recorrer las calles bajo la escarcha en busca de un tejadillo bajo el que pasar el resto de la noche hasta que las puertas de la ciudad fuesen abiertas. Y jurándose en voz alta y repetidas veces que cualquier justicia que cumpliera había de comenzar y terminar en el rey, y en nadie más.

Pocas fechas después se le presentó la primera oportunidad de realizar sus propósitos, una mañana en que las nubes abrieron y la visión del sol atemperó un poco campos y corazones. Animado, tal vez, por la sonrisa de los cielos, Recaredo salió de palacio acompañado por cuatro jinetes para perderse entre los campos que rodeaban la ciudad. Y tras ellos galopó Wilya, a suficiente distancia como para no

resultar llamativo y refrenando la ansiedad que le exigía saciar cuanto antes el sangriento encuentro tan largamente buscado. El grupo cabalgó durante un par de horas sin destino fijo, al parecer con el único objetivo de desperezarse tras tantas lluviosas e inclementes jornadas, hasta que por fin el rey y los suyos desmontaron en una arboleda junto al Tagus para estirar las piernas y dar reposo a sus caballos. Protegido por la maleza, Wilya se aproximó a paso lento, dispuesto a aprovechar la primera ocasión favorable de sorprenderlos con un ataque veloz que acabase en el primer golpe con la vida de su primo. Las circunstancias parecían favorecerle, pues Recaredo, junto a otro de sus hombres, se apartó de los tres restantes para pasear confiadamente por la orilla del río.

Como si acechara a una presa que habría de saciarle un hambre de semanas, protegido por la espesura y aliviando con caricias el nervio de su caballo para que ningún ruido le delatase, avanzó hasta poco más de treinta pasos del rey. Desde allí, con un rápido galope, podía llegar y quebrarle la cabeza sin que ninguno de los presentes se diese cuenta de lo sucedido, y si bien lo que después le sucediera a él mismo poco le importaba, su ventaja era tal que podría desembarazarse también de quien estaba con el rey y escapar antes de que los guardias llegasen siquiera a sus monturas. Tomó la maza en la diestra, y cuando sus talones se disponían a incitar los ijares del caballo para emprender la acometida, el acompañante de Recaredo giró su rostro en dirección al río, y en los perfiles de aquel muchacho, en cuyo hombro descansaba el rey su brazo, Wilya creyó adivinar los rasgos de Liuva. Ya no era aquel niño que quedó en Toletum cuando marcharon a combatir la rebelión narbonense, sino un espigado adolescente que escuchaba con reverencia las palabras de su padre. Y es que el paraje donde se hallaban era precisamente aquel donde Recaredo había conocido a Hilde, y éste parecía comentar a su hijo los pormenores de ese primer encuentro con su madre, el lugar donde quizá había sido concebido.

Tan inesperado descubrimiento frenó la determinación de Wilya. Se sentía incapaz de matar al rey delante del hijo de Hilde, del niño a quien había narrado las historias de Badwila, de aquel nieto en quien el herrero había depositado sus ilusiones de futuro. Y no sólo por evitarle la afrenta de asistir a la brutal muerte de su padre, sino porque, sin duda, saldría en defensa de éste y tal vez resultaría malherido en la pelea. Nadie, excepto el propio culpable, debía pagar por las vilezas de Recaredo, así que se retiró como había llegado, como una sierpe antes astuta y ahora huidiza, resentido con la fortuna por las trabas que interponía a sus deseos, aunque seguro de que nuevas ocasiones habrían de presentarse para complacerlos.

Lejos de tan optimistas conjeturas, hubo de pasar escondido el resto del invierno, entre su gruta y las sugerencias de Lucius para que durmiese al menos al abrigo del fuego hogareño las noches más crudas. Y así lo hizo en varias ocasiones, aunque ya sin abandonar la compañía de perolas, cántaros y sartenes para inmiscuirse en furtivas aventuras por las estancias principales. A veces, el mayordomo le hacía compañía durante un rato en sigilosas pláticas nutridas de recuerdos, y con el permanente

empeño en convencerle de que recuperase su vida anterior y pusiera fin a tan penosa e inútil soledad. De nada servían sus sensatos argumentos, pues, en vez de fomentar el desánimo, los fracasos habían conferido a la voluntad de Wilya la firmeza de una roca y estaba seguro de que con la bonanza primaveral todo sería más sencillo.

Pero su proyecto cambió repentinamente una de esas noches, cuando su conversación se vio sorprendida por Hilde. Dotada de un candelabro, y sin que sus pasos levantaran el menor murmullo, se presentó ante ellos como una aparición que les hizo saltar de sus asientos. Tal vez sospechase de la reciente afición de su mayordomo a socorrer pordioseros, aunque sin imaginarse nunca a quién iba a hallar allí. Lucius se apresuró a excusarse con gestos y palabras que pronunciaba muy despacio y de frente a su señora para que ésta pudiera leerlas en sus labios. Aunque ella sólo tenía ojos para él, para ese andrajoso personaje que había descubierto en la cocina, y lo que en principio era curiosidad se trocó en una especie de aturdimiento cuando la luz le permitió distinguir su rostro. Sin prestar del todo crédito a lo que veía, avanzó decidida para estrecharlo y, entre sonidos guturales imposibles de descifrar y lágrimas que le resbalaban por la cara como regueros, colmarle de besos. Visiblemente gozosa por su hallazgo, y con inequívocos ademanes, le invitó a que subiese al piso principal; pero él, tan confuso o más que ella, rechazó la oferta, recogió su tabardo del suelo y se dispuso a marchar. Hilde gesticuló, ahora sí, ante Lucius, mientras sujetaba a Wilya de la manga para frenar sus intenciones.

—Dice que ésta es tu casa, y que no hay motivo para que te vayas.

En tanto el mayordomo traducía su mímica, ella se le aferraba dulcemente como quien teme perder parte de sí mismo. Y ese súbito y desconocido contacto le producía a Wilya una rara sensación, una especie de regreso a un pasado nada grato. Tantas veces había deseado la cercanía de ese cuerpo, tantas veces lo había visto alejarse, que aquella escena pródiga en atenciones por parte de Hilde se le antojaba casi un sueño grotesco e incomprensible. Aunque aún parecía hermosa, no era su carne lo que había venido a buscar a Toletum, e intentó desasirse de ella para consumar la fuga, pero dos siervos provistos de estacas que habían acudido al escuchar el bullicio en horas tan intempestivas bloqueaban la puerta. Éstos, al distinguir en él a quien había sido su señor y comprobar que seguía vivo, arrojaron las improvisadas armas y fueron a abrazarse a sus piernas con una mezcla de temor y devoción. Y al poco, otro grupo de somnolientos y boquiabiertos sirvientes, entre quienes estaba Ársula, la viuda de Galmerico, se sumó a la algarabía que reinaba en la cocina.

Sujeto como estaba, sólo con violencia podía salir de allí. Por otra parte, de nada le habría servido escapar, porque con tan numerosos testigos la noticia de su sorprendente resurrección sería comidilla en la ciudad en cuanto amaneciera, y con la huida contribuiría únicamente a levantar sospechas. Tal vez lo mejor sería quedarse en la casa como distinguido huésped de Hilde, aceptar su repentino afecto y permitir así que Recaredo se enterase por boca ajena de que había vuelto de los infiernos. Se le había revelado, inesperadamente y contra lo previsto, el mejor modo de acercarse

al rey. Y quizá podría hacerse pasar por loco para favorecer sus planes, como hizo tiempo atrás aquel que asesinó al ostrogodo Theudis.

Tal y como le había dicho Lucius, nada parecía haber cambiado allí desde su marcha excepto la ausencia de los fallecidos y las caras de los nuevos siervos. Y también la actitud de Hilde, cuyo tradicional recato había dejado paso a un alborozado revoloteo, como si en lugar de inquietarse por el inesperado regreso de quien podía disputarle el patrimonio estuviese sinceramente contenta de verle vivo. Más que como señora de la casa se comportaba con Wilya con la diligencia de una criada, y en nada menguaron sus muestras de afecto iniciales, más propias de una queridísima amiga que de la fría y distante mujer que siempre había sido para él.

No tardó en correr la noticia por Toletum, y Recaredo le requirió en palacio a los pocos días de haberse instalado en su cómoda habitación. Contra los consejos del mayordomo, Wilya rechazó vestir cualquier prenda de la vieja indumentaria guardada en los arcones, y acudió a la llamada ataviado con el hábito de Nantila que le había cubierto en los últimos meses. Y no por desprecio al rey y su protocolo, sino por fomentar con tal extravagancia la fama de que su cabeza no funcionaba como antes.

Después de tanto tiempo intentándolo en vano, franquear la puerta de palacio le produjo un estremecimiento, una emoción similar a la de aquellas primeras veces en que descubrió a su tío sentado en el imponente trono de los leones. Aunque por poco tiempo, porque antes de acceder a los aposentos principales fue registrado de pies a cabeza y la daga que escondía pasó a manos de la guardia hasta que concluyese la audiencia, de modo que su iluso optimismo quedó convertido en humo. No era ésta la única barrera impuesta por el rey a sus visitantes, porque en la sala donde habría de producirse la recepción, amén de una escolta bien armada, estaban también presentes el joven Liuva, el conde Witerico y algunos altos funcionarios.

A pesar de tanta protección, o quizá precisamente confiado en la eficacia de la misma, Recaredo acudió a su encuentro con los brazos abiertos y una grandiosa sonrisa que le llenaba la cara. Una cara ancha y redonda, pues había ganado peso, y el comienzo de una papada se presentía bajo su barba ahora recortada. Wilya sintió un profundo asco al recibir su abrazo, como si le envolviera el viscoso y frío tacto de una babosa. Le parecía imposible que aquel hombre fuera el mismo a quien un día creyó amar como amaban los viejos guerreros tebanos; imposible pensar ahora que jamás hubiese sentido por él sino un absoluto desprecio.

—No esperaba un clérigo penitente —le dijo—, pero por tu aspecto lo pareces.

—También tus ropas, y las de tu corte, son distintas —replicó con tiento, para que no sonase hiriente su comentario, porque, en efecto, tanto el rey como sus acompañantes habían cambiado parte de su vestimenta goda por túnicas al modo romano.

—Nuevo reino, nuevos modos. —Wilya asintió, fingiendo humilde acatamiento —. Pero dinos, ¿qué fue de ti? Witerico dijo que enloqueciste y que jamás volvieron a verte. Nos has tenido a todos en la dolorosa certidumbre de que habías muerto,

aunque por lo flaco y macilento que estás, más te asemejas a un cadáver que a otra cosa.

—Así fue, señor. —Quiso aparentar docilidad y arrepentimiento, aunque miró de reojo al conde para comprobar con placer la cicatriz que le cruzaba buena parte de la frente—. Algún demonio se me metió durante la batalla, quién sabe si el espíritu de uno de los caídos. Tras delirante vagar he aprendido que pertenezco a Toletum y que ningún sentido hay en censurar lo que los cielos tengan a bien mandarnos.

—¡Hasta hablas como un clérigo! —se carcajeó el rey, y algunos corearon su gracia—. No es ése el lenguaje que yo uso, ya sabes, pero me alegro de que estés vivo, de que la cordura regresara a tu cabeza, y de que los años te hayan ablandado aquella antigua testarudez.

Dicho esto, Recaredo pasó a hacer un panegírico, dirigido más a su séquito que al recién llegado, sobre los cambios habidos en el reino desde la fecha en que éste había desaparecido; un nuevo reino, grande y unido, donde habían quedado zanjadas para siempre, dijo, todas las pequeñas diferencias. Y ante el inoportuno sermón, Wilya no pudo evitar el sentido recuerdo de Argimundo, quien había encarnado la última de aquellas que el rey llamaba pequeñas diferencias, aunque se cuidó de mentar su noble nombre en tan indigno foro.

—Tiempo habrá de que me cuentes con calma en qué gastaste tu vida lejos de aquí —le dijo el rey—. De momento, sé bienvenido al mundo de los vivos, primo. Bienvenido de nuevo a palacio, cuyas puertas siguen abiertas para ti. Haré que te reintegren de inmediato lo que es tuyo.

—Gracias, señor —aceptó aparentando un interés que no tenía—. Espero que Hilde no se sienta defraudada.

—Descuida, que nada va a perder. La compensaré como merece.

—Por mí puede seguir viviendo en casa si lo desea. Ya forma parte de ella.

Recaredo se le aproximó para que sus palabras quedasen entre ambos.

—Eres muy generoso. Hace años que no la visito —confesó.

—La reina te ata corto —bromeó Wilya por ganarse confianza.

—No es eso, es que todo acaba. Me dio a Liuva, y le estoy muy agradecido por ello, pero mentiría si te digo que la echo de menos.

—Sí, todos cambiamos.

—Perdóname si en algo te ofendí tiempo atrás. —En la mirada de Recaredo percibió Wilya una pátina de franqueza, pero nada que viniera de él, por limpio que pareciese, podía quebrar su voluntad de matarle en la primera ocasión propicia—. Una vez te dije que me eras necesario. Espero que vuelvas, cuando recuperes la salud. No de conde palatino como te ofrecí, pues en tu ausencia Witerico se ha hecho merecedor de esa recompensa, pero sí al menos, y de momento, como el buen consejero que fuiste.

Tras aquel reencuentro, y a pesar de las dificultades, Wilya vio abrirse de par en par las puertas de su esperanza. Ya no le importaba tanto la urgencia en aplacar sus

ansias de escarmiento como el hecho mismo de conseguirlo, tarde o temprano. Si como merodeador había fracasado, no sucedería lo mismo en el futuro, porque estaba dispuesto a arrastrarse como un servil gusano ante su primo, si con ello se ganaba su confianza antes de asestarle el golpe mortífero que merecía. Por evitar los recelos que una precipitada aceptación de la oferta real podría suscitar en algunos, resolvió tomarse un tiempo que, enclaustrado en casa, dedicó a sus íntimas maquinaciones. Y siempre con los dulces ojos celestes de Hilde tras su paso, su silenciosa sonrisa en cada esquina, su suave roce al cruzarse con ella en los corredores. Tan manifiesta le resultaba su insinuación que quiso comentarlo con Lucius, y éste, con no poca ironía, le expuso lo evidente.

—Pues sí, parece que te persigue —aceptó, como quien bajo la luz del sol afirma que es de día—. Sin duda te ama.

—Desvarías.

—Tú amabas a esa mujer. Ella ha necesitado creerte muerto para saber que sentía lo mismo por ti.

—Será que se ve sola ahora que Recaredo la ha olvidado.

—Eres injusto. Lloró mucho tu falsa muerte, cuando el rey aún la tenía por favorita. Y ahora también ella parece haber resucitado al saberte vivo.

—No me lo habías dicho.

—Porque tú sólo querías saber de lo que te obsesiona, si el rey seguía viniendo a casa para verla. Pero ella te ama.

—Es tarde ya para eso.

—Nunca es tarde para amar, Wilya. El amor es una tormenta a la que no se pueden poner grilletes, como un caballo sin bocado.

—Muy bella frase, pero una tormenta bien extraña en este caso, en la que cada uno de los amantes extiende su mano hacia el otro sin hallarlo, porque se buscan a destiempo.

No había vuelto a Toletum para recibir un amor a destiempo, un amor que ya no latía en él. Todo lo que pudiera parecerse a ese sentimiento había quedado sobre una ciénaga de sangre en Narbona. Tampoco deseaba nada que lo ligase a la ciudad, porque pronto desaparecería de allí o, muy probablemente, del mundo de los vivos. Aun así, y como si al hacerlo quisiera rendir tributo a viejos recuerdos y resarcirse de aflicciones que ya no tenían poder para herirle, se dejó llevar por el deseo de Hilde y la aceptó en su lecho cada noche de ahí en adelante. Aunque la acometía sin la pasión necesaria, como si al enredar sus cuerpos quisiera descubrir en el de ella una superficie pizarrosa y fría en lugar de los perímetros que antaño dominaron sus sueños y vigilias, como si aquella boca y las tentaciones que tiempo atrás le sugerían hubiesen sido condenadas a una eterna sequedad por alguna maldición. Ella, por el contrario, estremecida en su propio empuje, gozaba del momento sin reservas, como si también buscase un desagravio por el tiempo perdido en brazos de otro.

—¿Qué disfrute hallarías en mí si supieses que he venido a matar al padre de tu

hijo? —le susurraba a veces en el fragor de la cópula, consciente de que ella jamás escucharía tan cruel confesión. Y Hilde recibía en su oreja el aliento cálido de esas palabras como si fuese una excitada declaración de amor.

Así, entre la tibia complacencia por tan inesperado agasajo y la intriga criminal que bullía en su pensamiento, Wilya vio crecer la primavera, y con ella la necesidad de recobrar la cotidiana actividad palaciega que habría de favorecer sus propósitos. Cualquier aproximación a Recaredo, no obstante, seguía tan vigilada como la primera vez, y los registros eran ineludibles para quienes no perteneciesen al estrecho ámbito privado del rey, de modo que pronto decidió prescindir de la daga y acudir desarmado a sus visitas para fomentar confianza entre la guardia. La oferta de su primo seguía en pie, así como la restitución de todos sus bienes, aunque condicionadas ambas a su firma de aquel decreto que le hizo llegar a la Narbonense y que ahora decidía la vida de los hombres en cada rincón del reino.

Aunque su ingreso en la secta romana le causaba tanto júbilo como tragar estiércol, Wilya sabía que tarde o temprano tendría que humillar la cerviz. Si en el pasado había estado dispuesto a hacerlo por una vida tranquila junto a Alathea, por qué no ahora para tomarse justicia. Ya no consideraba tan censurable la actitud de Itzak y los suyos, pues el fingimiento era el único modo de sobrevivir a tanta coerción, y por lo que a él se refería, a ningún dios tenía que dar explicaciones de su perjurio ni rogarle clemencia con preces sobre promesas incumplidas.

Recaredo se cuidó personalmente de que la afrenta fuese pública y notoria, y así, un domingo de abril, en la iglesia de Santa María y en fecha cercana a la elegida doce años antes para expoliar a la fe goda de su templo principal en Toletum, Wilya recibió la confirmación de manos del obispo Adelfius, heredero en la sede de Eufimius y de su sucesor, fallecidos ambos durante su ausencia.

No sólo se había renovado el modo de vestir entre la nobleza de Toletum, sino las mismas costumbres palatinas, tan estrictas ahora que nunca lograba quedarse a solas con su primo. Tanto Witerico, que parecía ser la sombra del rey, como varios funcionarios y clérigos, asistían invariablemente a las reuniones. Tampoco le invitaba Recaredo a sus partidas de caza, limitadas ahora a un pequeño y escogido grupo de gardingos, de modo que mientras aquél galopaba tras corzos y jabalíes, Wilya se enfrentaba a una mesa repleta de documentos para ponerse al corriente de lo acontecido durante sus años de vagabundeo. Así pudo conocer las disposiciones dictadas por los dos concilios celebrados desde entonces, eventos que parecían ser el principal criterio legislativo del nuevo reino.

Pocos meses después de la rebelión de la Narbonense, los prelados trinitarios de la provincia, reunidos en su capital, habían acordado severas medidas punitivas para todo implicado en conjuras contra el rey o contra la propia Iglesia, y prohibido además el uso del color púrpura, privativo de la realeza, a las autoridades eclesiásticas. Limitaban también la ordenación de diáconos y presbíteros ignorantes en el arte de leer y escribir, pero junto a esta providencia que a Wilya pareció más que

razonable, el listado de prohibiciones crecía hasta convertir su lectura en un asfixiante ejercicio de entereza. Así, entre otros decretos, quedaban proscritos y severamente multados aquellos que consultasen adivinos, y estos últimos, además de recibir flagelación como escarmiento a sus diabólicas prácticas, serían despojados de todos sus bienes. Graves penas corporales y monetarias se dictaban también contra quienes honrasen el día de Júpiter, y se llegaba hasta los cien azotes en caso de que el transgresor fuese un siervo.

Pero si todas aquellas disposiciones destilaban extrema dureza contra quienes se apartasen del recto canon de la religión única, no era más templada la advertencia episcopal a los hebreos, ya bastante castigados por el sínodo celebrado en Toletum. Así, se les obligaba a guardar el domingo y no el sábado como día sagrado bajo pena de seis sueldos de oro si el infractor era hombre libre, o de un centenar de azotes públicos si era esclavo. Cuantiosas sanciones en oro gravaban además la entonación de salmos durante sus sepelios, de modo que se les forzaba a enterrar en silencio a sus muertos, en disparidad con los bautizados. Recaredo no había confirmado todavía aquellos cánones contra los hebreos, y no podían por tanto ser considerados como válidos. Y a tenor del tiempo transcurrido desde aquel concilio, Wilya supuso que su primo no deseaba llegar tan lejos como sugerían las abusivas propuestas de los obispos narbonenses.

El segundo de los sínodos, celebrado tres años más tarde en Cesaraugusta, resultaba impúdico sin necesidad siquiera de leer sus fundamentos. Bastaba con saber el lugar elegido para la reunión y alguna notoria ausencia entre sus firmantes. Y es que aquella ciudad era un símbolo triunfal de Leovigildo que los trinitarios necesitaban extirpar para siempre de la memoria, pues allí, como en ningún otro rincón del reino, habían arraigado las últimas propuestas de concordia del antiguo rey, hasta el punto de que su obispo Vicentius, aquel hermano de Savinus, había recibido gustoso la mano tendida para sumarse a la fe goda. Al leer con detenimiento los cánones aprobados, Wilya pudo apreciar la prevención que éstos destilaban hacia los godos conversos, como si, al dictarlos, los obispos hubiesen querido mortificar con un innecesario menoscabo a quienes abandonaron la fe de Arrio y Wulfila para someterse mansamente a los dictados del rey y sus acólitos. Mientras el concilio de Toletum había exigido el celibato a los clérigos renegados como único requisito para ser recibidos en las filas de la secta romana, ahora se les obligaba a ordenarse de nuevo si querían mantener su casta sacerdotal, como si su vida precedente no existiera o hubiese sido pecaminosa. Y no sólo los hombres eran obligados a limpiarse de toda mancha o sospecha de la fe goda, sino también los templos, de modo que las iglesias consagradas por obispos renegados debían someterse a la nueva bendición de un jerarca de plena confianza para ser consideradas dignos hogares del dios trino.

A la vista de tan intolerables imperativos, no era extraño que Ugnas, el prelado godo de Barcinona que se había sometido en Toletum, se abstuviese de asistir a ese

concilio provincial ni enviara diácono alguno en su nombre. Y es que lo que el episcopado de la Tarraconense había tramado en Cesaraugusta desvelaba la falsedad de las palabras de Leander cuando anunció el hermanamiento de ambas sectas bajo el auspicio de la Santísima Trinidad y del gloriosísimo Flavio Recaredo. Paz y unión, había predicado el metropolitano hispalense, pero ninguna igualdad existía, sino una vulgar y humillante rendición. Y si vejatorias eran las condiciones impuestas al clero godo, no menos llamativo era un canon referente a las reliquias, que exigía a todo sacerdote entregar a su correspondiente obispo todas aquellas que hubiesen pertenecido a la fe goda para ser sometidas a la prueba del fuego y comprobar así su autenticidad. Una mueca se dibujó en el rostro de Wilya al leer aquellos párrafos. En ellos se cerraba el círculo de un asedio que había comenzado años atrás en una pira alimentada con libros. Y se preguntó si los obispos que habían suscrito semejante dictamen se atreverían a someterse ellos mismos a la prueba impuesta a textos y reliquias para demostrar si eran auténticos hombres, o bien una caterva de farsantes merecedores de destrucción según su propia sentencia.

En eso se había convertido el reino, en un plácido dominio de los vencedores a costa de la vergonzosa sumisión de la antigua fe y de sus más notorios representantes. Y Recaredo no se ruborizaba al demostrarlo a diario, ufano de su gran obra.

—¿Qué te parece? —le consultó éste una tarde en que los orfebres trajeron a su presencia la última de sus creaciones, una hermosa corona votiva de oro y pedrerías que fue alabada por el habitual cortejo.

—Digna de la sala del trono —admitió él.

—No es para mí, sino para Iohannes de Scallabis.

—¿No es excesivo lujo para un obispo? —objetó Liuva.

—Sí para un obispo, pero no para la iglesia mayor de Gerunda. Allí quedará, como muestra de afecto por mi patria, por el lugar donde nacieron tu padre y tu abuelo.

—Te honra tanta generosidad —terció Wilya—. Es una joya digna del tesoro real.

—Tengo otras parecidas. Y creo que no es mala idea regalarlas también, para que en las principales iglesias del reino se guarde memoria de mí.

—Memoria, y gratitud —intervino Witerico—. Toletum ya la tiene, pero en cada capital de provincia debería haber expuesto uno de esos espléndidos nimbos dorados en tu honor. Es una medida inteligente.

El cínico tono adulador del conde palatino incitó a Wilya a desentenderse de la conversación para seguir enfrascado en sus asuntos sobre la mesa hasta que, concluido su quehacer, se dispuso a abandonar la ciudadela para regresar a casa. Pero antes de llegar al portón, percibió unos pasos tras él, y al girarse vio a Liuva que corría en su busca escoltado por dos guardias que apenas podían seguir su acelerada marcha.

—¿Puedo acompañarte? —le dijo el chico, y él aceptó, extrañado por su interés —. ¿Qué hiciste durante tanto tiempo lejos de Toletum? —se interesó éste de

inmediato.

—Nada que merezca ser recordado. Anduve por tierras norteñas, de allá para acá, sin más compañía que el viento y las nubes y sin otra vecindad que gente rústica.

—¿Por qué has vuelto?

—Ya os lo dije.

—Nos contaste una mentira, como las fábulas que me narrabas de pequeño.

—¿Aún las recuerdas?

—Claro, los enanos, y un lobo gigantesco que se comía el brazo de un guerrero. Me asustaban, como me asustaba la fragua, pero no eran más que historias inventadas, como la que nos contaste al llegar a Toletum.

—No sé de qué inventos ni mentiras hablas —repuso sin detener el paso, consciente de que el joven parecía intuir más de lo que él imaginaba.

—El del demonio o el espíritu que se te metió en el cuerpo.

Ahora sí que se detuvo para mirar fijamente al chico. Había cumplido ya los dieciséis y en sus ojos se repetía aquel celeste almendrado de los de su madre, aunque las formas del rostro se asemejaban más a las de Recaredo merced a la incipiente barba rubia que adornaba sus quijadas y el entorno de sus labios. Wilya pensó que se repetía la historia, y que ahora ocupaba el puesto de Badwila para iniciar a su nieto, como el herrero le había iniciado a él en las creencias de los ancestros.

—Hay espíritus muy diversos, Liuva. Y algunos se te meten dentro, te corroen las entrañas y no puedes hacer nada contra ellos, a menos que dispongas de la fortaleza necesaria.

—No creo en esas cosas.

—Tu abuelo Badwila sí que las creía. El me contó esas que llamas fábulas, y quiso que tú las conocieses de mi boca, como él las supo de otros más viejos.

—Mi abuelo podía permitirse creer en lo que deseara.

—¿Y por qué tú no?

—Yo soy noble, e hijo de rey.

Y de concubina, pensó Wilya al escuchar su respuesta, como él mismo lo era. Y es que ambos parecían dos piezas obtenidas de un mismo molde. Aunque evitó expresar ante el joven una coincidencia que tal vez podría ofenderlo.

—También yo soy noble e hijo de rey —repuso—, y no sólo las escuché gustoso, sino que me ayudaron a ser hombre y han dirigido parte de mi vida desde entonces.

—Tanto mi padre como el obispo rechazan esas creencias.

—No es cierto. Los clérigos creen a pie juntillas en demonios, espíritus y milagros, y así nos lo hacen saber en cuanto tienen ocasión. Mira si no los templos, llenos de huesos y prendas mágicas.

—Creen, como creo yo, en las manifestaciones del Dios trino, pero tus historias son paganas.

Reanudó la marcha con Liuva al lado, como cuando él seguía los pasos del herrero para no perder hilo de sus palabras, aunque en este caso sin la menor

esperanza de que aquel cachorro prestase oídos a las suyas. Y es que al hijo de Recaredo le faltaban motivos para creer, una poderosa razón como la que a él le había empujado a superarse.

—Tu abuelo materno no era noble —Wilya decidió cambiar de asunto—, pero estaba entre los mejores de los godos, y antes de dedicarse a la forja guerreó durante muchos años. ¿Ya has combatido?

—Pronto me sumaré con mi padre a la campaña contra los imperiales. Estoy impaciente por que llegue el día.

—Estarás a la altura. Por tus venas corre la sangre de Leovigildo y de Badwila, una mezcla poderosa.

—Dime la verdad, ¿por qué has vuelto?

Ante tan reiterado e inquietante interés por parte del muchacho, sólo pudo defenderse con un intercambio de preguntas:

—¿Qué tiene de particular que haya regresado a mi casa?

—No le quitas ojo a mi padre. Y hay algo en tu mirada que da miedo.

Le dio un vuelco el corazón. Si su torpeza era tal que Liuva barruntaba sus intenciones, cualquiera más astuto, el propio Recaredo, recelaría sin duda de él. Quizá en aquel mismo momento, su sospechosa ineptitud era motivo de comentario en palacio.

—¿Y qué ves en ella? —dijo, sin dejar traslucir su duda.

—No lo sé, pero Witerico asegura que estás loco.

—¡Ah, Witerico! —Halló por fin en aquel nombre una vía de escape al acoso que sufría—. Ahí está el problema. Tal vez tenga razón, pero guárdate de él, que quien ha traicionado una vez puede hacerlo cuantas necesite.

—No os tenéis simpatía. Tú ni siquiera le diriges la palabra, y él no te perdona esa cicatriz que le marca la frente.

—Así que os habló de nuestro breve encuentro en Narbona —dijo Wilya entre forzadas risas para aparentar indiferencia.

—Dice que le atacaste cuando se interesó por ti, que ya habías enloquecido y que tus ojos demuestran que esa misma locura sigue viviendo en ellos.

—Una versión más que digna para salvar su putrefacto honor.

—¿No sucedió así?

—Sí, sí, así fue, tal y como lo cuenta —mintió una vez más.

—¿Y por qué no te disculpas? —sugirió Liuva—. Demostrarías que ha vuelto la salud a tu cabeza y así quedarían desmentidos sus recelos.

—Es demasiado orgulloso para aceptar excusas. Por otra parte, ninguna disculpa borrará su matadura, ¿no crees?

—Tan orgulloso parece como tú —alegó decepcionado el muchacho.

—Ya veo que mi presencia no es tranquilizadora para vosotros. Y tu padre, ¿piensa lo mismo?

—El dice que fuiste su mejor amigo.

—El mejor de los amigos, más que un hermano. Pero eso fue en el pasado, no sé cómo me considera ahora.

—Creo que te observa y aguarda.

—Como quien vigila las mañas de un caballo antes de domarlo.

—Algo así —sonrió el chico—. Dicen que has tomado a mi madre como concubina.

Wilya se sintió como atrapado en un cepo con tan directa y sorpresiva alusión. De nada servía mentirle, explicarle que ningún propósito tenía de que aquel vínculo prosperase, y que se limitaba a recibir de Hilde cuanto ella quisiera regalarle, pero tampoco era necesario que conociese la verdad en todos sus detalles.

—La amé desde antes de que lo hiciera tu padre. De modo que bien podrías haber sido hijo mío, y no de Recaredo, si el caprichoso destino hubiese actuado de manera distinta.

Liuva torció el gesto, puede que ante la idea de no ser hijo de rey, o quizá por la posibilidad de tener como padre a un hombre tan oscuro y malcarado como el que veía enfrente.

—¿Es ella el motivo de tu vuelta?

—Puede que sí. —Le pareció una buena excusa para justificar su retorno—. ¿Nunca la visitas?

—Nunca desde que llegaste.

—No merece ese trato. Si es mi presencia lo que te inhibe, manda aviso y desapareceré de allí cuando tú llegues. Aunque, ya que estamos tan cerca de casa, ¿por qué no aprovechas para darle una agradable sorpresa?

Ni una excesiva familiaridad con Liuva ni los deleites que la madre de éste le regalaba a diario convenían a sus planes. Todo afecto podía amarrarle a la comodidad y desviarlo de su objetivo, por eso se encerraba en sus obligaciones a la espera de que el día de marchar contra los imperiales llegase cuanto antes. Las armas que en palacio quedaban prohibidas no podían ser retiradas ante la batalla, y en la confusión del combate sería muy sencillo asestar un golpe de gracia hasta al mismísimo rey. Por las narraciones de su primo, Wilya conocía las últimas intentonas de las tropas del emperador Mauricio, que en los últimos tres años habían asolado parte de la Bastetania y los alrededores de Malaca. Tras la enérgica respuesta goda, se agazapaban de nuevo en sus enclaves de origen, pero Recaredo estaba dispuesto a darles escarmiento con una derrota ejemplar mediante el asedio a Carthagine o la toma de alguna de sus plazas cercanas.

Pero el esperado momento no llegaba, el verano se echaba encima y las fechas parecían poco propicias ya para partir. Tan impaciente como él y como Liuva parecía estarlo el rey que había recibido con alborozo su deseo de sumarse a la campaña.

—Combatir de nuevo a tu lado será como rejuvenecer. No lo hacemos desde aquella noche en Caput Arietis, ¿recuerdas? ¡Qué victoria aquélla, amigos! —dijo exultante a los siempre presentes hombres de su séquito—. Aunque ninguna como la

última de Carcassona, según me contó Claudius.

—De aquella batalla recuerdo sobre todo a Berulfo —musitó Wilya.

—Claro, pobre diablo. Dicen que él solo mandó al infierno a veinte francos o más.

—Entre otros, al duque Boso, el que quiso colgar mis huesos en el patio de Cabillonum.

—¿Y no sería el espíritu de Berulfo el que se te metió dentro? —reflexionó el rey, y parecía hablar en serio—. Ya sabes cómo era. —Se tocó la sien con el índice para subrayar la rareza de su difunto y común amigo.

—Tal vez el de Sigila, que siempre iba con él —repuso, y ahora miró a Liuva para que comprobase que su padre también creía en esas cosas—. Tú lo viste en Arenetum.

—Cierto, uno de los episodios más extraordinarios que he vivido. —Y Recaredo pasó a narrar a su auditorio, con exagerado colorido, aquella aventura con el nigromante en que el espectro del padre de Berulfo se presentó ante ellos.

—Puede que así fuera —apuntó como colofón uno de los clérigos siempre presentes en el séquito—, pues, el Señor permite a veces que los difuntos se manifiesten para comunicarnos algo de importancia.

—O para atormentarnos las noches con reprimendas por nuestros actos indignos. —Al decirlo, Wilya se preguntaba si a Recaredo se le habría aparecido alguna vez el espíritu de su hermano Hermenegildo, o el del duque Sisberto, para pedirle cuentas por su vileza.

—No puedo responderte a eso —alegó éste—. Duermo como un niño.

La respuesta concitó una artificiosa carcajada entre los suyos que el rey quiso sofocar con un manotazo al aire. Y es que Recaredo parecía a veces hastiado de tanta adulación, y a menudo desertaba de tan estúpida compañía para ir a jugar al aire libre con los dos pequeños nacidos de la reina. Estaba recibiendo el fruto de lo sembrado, porque, tras sufrir cuatro rebeliones por su infamia, la desconfianza le había llevado a rodearse de gentes dóciles y tan temerosas como él, de las que no podía esperarse más que fingimiento. Muy distinta aquella corte a la de Leovigildo, donde las discrepancias podían discutirse ante un jarro de vino o con una noble pelea, y cada cual elegía los dioses en que creer sin resultar por ello sospechoso de deslealtad.

Acababa junio, y con el mes las esperanzas del anunciado viaje hacia Carthagine, cuando Recaredo se aproximó a su mesa con un cartapacio de cuero y le espetó a la cara:

—¿Quieres ser obispo?

Las cejas de Wilya se alzaron como los arcos de piedra que jalonaban el techo del salón.

—Hay alguna sede vacante y puedo decidir quién la ocupa —apostilló aquél—. En noviembre se reúne en Barcinona un sínodo de la Tarraconense, y parece que Ugnas lo prepara como un magno acontecimiento en la basílica de la Santa Cruz. Si

quieres, puedo dar tu nombre.

—¿Qué te hace suponer que deseo semejante cosa?

—Un obispo es un hombre poderoso en el nuevo reino, primo. Tierras, oro y siervos a tu disposición. Y mucha influencia. Si llegas a metropolitano, todo eso se multiplica.

—Ya tengo todo lo que dices. Y ni siquiera soy clérigo.

—Eso podría arreglarse con buena voluntad por ambas partes, y no debe ser impedimento. La única condición insalvable es el celibato, pero tú no pareces tener intención alguna de casarte. Tampoco hay por qué renunciar a un par de concubinas; no están bien vistas, pero muchos de ellos las mantienen con la debida reserva.

—Por cierto —apuntó Wilya para desviar la conversación de tan absurda ocurrencia—, he visto que Ugnas no estuvo en el sínodo de Cesaraugusta ni envió a nadie que lo representase.

—Los obispos no son distintos a nosotros. También tienen sus divergencias entre ellos. Pero eso pasó hace mucho tiempo y ahora será un buen anfitrión. Piénsatelo, y si aceptas te regalaré una corona como la de Gerunda para tu iglesia —rió entre dientes.

—Lo que quiero es volver a combatir. ¿Cuándo partimos?

—Pasado mañana. Pero tú te incorporarás más tarde.

—¿Me niegas la batalla? —De repente Wilya vio hundirse todos sus planes. Primero le ofrecía un cargo eclesiástico lejos de Toletum, y ahora lo apartaba de su lado cuando las circunstancias iban a ser propicias—. Como godo libre tengo el derecho y el deber de ir a la guerra.

—Ni olvido tus deberes ni pretendo ofender tus derechos. —Por primera vez desde que Wilya ocupaba aquella mesa, Recaredo tomó asiento frente a él para garantizarse cierta privacidad—. Espero la llegada de un legado papal, del obispo de Roma, pero debe de ser sumamente perezoso porque no aparece. Ya he esperado demasiado. Las tropas aguardan, y si no parto de inmediato la campaña será un fracaso. Lo único que te pido es que le recibas tú en mi nombre y me lleves después su mensaje.

—Eso puede hacerlo cualquier funcionario.

—No voy a poner en manos de cualquiera tan valiosa misiva, así que no te aparto de tu derecho, sino que te pido que me representes. Llegarás a tiempo de combatir.

El rey abrió el cartapacio y extrajo de él una vitela que dispuso ante los ojos de su primo, aunque antes de permitirle su lectura, quiso informarle de su contenido. Era la copia de una carta que había dirigido a Gregorius, el obispo de Roma, en la que, entre otros asuntos, le anunciaba el envío de un cáliz de oro con gemas engastadas destinado a San Pedro. Le hablaba también del fallido intento de mandarle regalos con varios abades que, por desgracia, habían naufragado en unos escollos cerca de las costas de Massilia sin poder cumplir su encargo.

—Pero lo más importante —dijo—, aunque no figure en esta carta porque utilicé

otro medio para hacérsela llegar, es la petición que presenté a Gregorius para que mediase ante el emperador Mauricio y consiguiera una copia del tratado que Atanagildo suscribió con Justiniano. Ese pacto determinó los límites imperiales en Hispania, y conocerlo es de suma importancia para mí.

—Ya me habló tu padre de ello, pero él confiaba más en lo que ganase con su espada que en lo que pudiera decir ese hipotético pacto.

—Si el acuerdo nos es favorable, puedo exigirles que retrocedan a las fronteras marcadas en él. En caso contrario, siempre quedará el recurso de la guerra.

—Con tu conversión —Wilya estuvo a punto de emplear la palabra traición, pero se contuvo a tiempo— te has ganado su estima, pero creo que confías en exceso en el obispo de Roma. No favorecerá tus propósitos si perjudican a sus aliados.

—Es cierto que es aliado del emperador, aunque siempre han tenido sus peleas.

—Porque Constantinopolis no acepta la primacía eclesiástica de Roma, pero, al fin y al cabo, como únicos herederos del antiguo imperio, son casi hermanos. Mal avenidos, pero hermanos.

—Aun así, debo intentarlo. La respuesta de Gregorius en ese asunto nos dirá hasta qué punto podemos fiarnos de su amistad. Recibe a ese legado y llévame cuanto antes su mensaje. Después combatiremos a los imperiales, codo a codo, como antaño.

A solas ya frente a la carta, Wilya se preguntaba si aquel encargo sería tan importante como su primo había dicho, o se trataba más bien de una hábil maniobra para mantenerle alejado de circunstancia tan azarosa como lo era el campo de batalla. La primera posibilidad significaba plena confianza, lo que convenía a sus planes; la segunda, por el contrario, la evidencia de una sospecha que podía incluso acabar con él antes de haber tenido oportunidad de consumar su justicia. Seguro de que era el recelo el motivo de aquella dilación, se arrepentía ahora de no haberlo intentado ya a pesar de las dificultades, tal vez en los momentos precedentes, con el rey tan a su alcance. Se censuraba luego semejante locura, pues a cambio de su propia muerte poco más que un buen golpe o un mal rato podía haber proporcionado a su primo con las manos desnudas y tantos secuaces alrededor.

Por apartar de sí la inquietud de la duda, ojeó la epístola que Recaredo le había confiado. Y ya desde su comienzo sufrió el lametazo del furor, no sólo porque estaba cargada de una retórica que parecía más propia de un siervo que del rey de los godos, sino porque su apertura venía a reiterar el viejo ultraje a los mayores: «Ya en el instante en que el Señor por su misericordia hizo que nos separásemos de la nefanda herejía arriana, y la Iglesia católica nos acogió en el seno de la fe, era mi deseo saludar con regocijo y toda devoción a tan reverendo hombre; a ti, cuyo poder supera en tanto a los demás obispos que debería ser alabado siempre como un dignísimo regalo de Dios para los hombres».

Allí estaban escritos, desde luego, cada uno de los pormenores referidos por Recaredo, amén de varias consideraciones piadosas, pero había una mención a Leander que su primo había omitido, tal vez a propósito, para no herirle en sus

propias narices con un nombre que él detestaba de manera especial por su deslealtad a Leovigildo: «Además, recomiendo con toda veneración a tu santidad en Cristo a Leander, el sacerdote de la iglesia de Hispalis que me ha revelado tu benevolencia; y cuando hablo de tu vida con este obispo, me reconozco como inferior ante tus buenas obras».

Dos días después, apenas visibles los primeros rayos del sol en el horizonte, el rey aguardaba con la nobleza toletana y un centenar de escogidos jinetes ante la puerta de la basílica de los Santos Apóstoles para recibir la despedida del obispo Adelfius. Y junto a ellos, todavía con el mal sabor de aquella carta en la lengua, Wilya, a quien Recaredo había ordenado asistir con el argumento de que, llegara antes o después a la batalla, formaba parte de los combatientes y merecía también el patrocinio de la Gracia divina. El ritual fue parecido al de aquella última vez, cuando partió con Claudius a la Narbonense, si bien ahora más prolijo en cánticos y preces, y más obedientes todos a la exhortación final del diácono que pedía rodilla en tierra para recibir con la debida piedad la última bendición del prelado. Una sustancial diferencia hubo en esta ocasión, pues al recibir el rey la cruz que Adelfius le entregó y que habría de preceder sus movimientos en toda la campaña, éste la puso en manos de Wilya y no en la de uno de los eclesiásticos de su séquito. Y como portador de aquel símbolo del poder trinitario cabalgó durante unas millas delante de la columna hasta que, por fin, lo confió a un presbítero antes de volver solo a Toletum.

Wilya estaba seguro de que, con cada una de sus decisiones, Recaredo buscaba quebrar su voluntad, comprobar hasta qué punto su adhesión era cierta o un subterfugio como el de los hebreos y tantos otros sometidos por la fuerza. Así había sucedido con su sonada confirmación en Santa María, después al ofrecerle una imposible sede episcopal y separarle de la campaña con ridículas excusas, y ahora al hacerle asumir la degradante labor de un clérigo. Tal vez su primo no imaginaba el último alcance de sus intenciones, pero parecía claro que no prestaba la menor credibilidad al drástico cambio operado en él tras su regreso.

Hubo de aguardar casi un mes para saciar su impaciencia. A primeros de agosto apareció por Toletum un tal Cyriacus, un abad cuarentón de tez pálida y exquisitas formas que hizo alarde de haber representado al obispo de Roma ante todos los reyes francos y se mostró muy molesto por la ausencia de Recaredo en la ciudad. Wilya le explicó los motivos de la misma, la infructuosa espera que el rey había tenido que soportar y, con las mejores palabras, le reprochó su tardanza.

—Es mucha la distancia —alegó aquél—, y hube de viajar por tierra, a través de las Galias. Por mar habría llegado antes, pero no es muy recomendable la navegación con la flota imperial en las Baleares.

—Si prefieres entregar al rey la misiva de Gregorius puedes acompañarme. Parto en breve para reunirme con Recaredo y te serviré de protección.

—Imposible —rechazó el legado con una mueca de disgusto—. Debo ir a Emérita, y luego a Hispalis. Traigo mensajes de Su Santidad para el duque Claudius y

para el bienaventurado obispo Leander. Pensé que aquí recibiría la ayuda necesaria para seguir viaje.

—Cuenta con ella. Tengo órdenes de mi primo para facilitarte cuanto necesites.

La preocupada expresión de Cyriacus mudó en una amplia sonrisa, y él la acompañó con la suya, pues al fin se cumplía el momento de ir en busca de lo que tanto ansiaba. El abad hizo llamar a un trío de clérigos que le seguían desde Roma y portaban el obsequio de Gregorius para Recaredo, un pequeño cofre que Wilya recibió en su nombre.

No eran causas personales, se repetía una y otra vez, ya que, cuando Alathea cayó bajo el verdugo enviado por Recaredo, tuvo el temple necesario para apretar los dientes y soportar la afrenta y el dolor desde la distancia. No, no se trataba de vengar aquella muerte injusta. Lo que iba a hacer no era un grosero y pasional asesinato, sino el cumplimiento de una justicia. Al igual que los nobles traidores sufrían el peso de la ley, el rey traidor tenía que ser enjuiciado por sus actos, y ya que el ultraje ofendía a los ancestros, a sus dioses era preciso apelar. Pero no a ese Dios Padre, ahora proscrito, que un día recibieron de oriente los abuelos de los abuelos a través de las palabras de Arrio, sino a los viejos dioses de la nación goda, aquellos que defendían el honor y la palabra entre hombres libres. Recaredo los había agraviado con su ambición disfrazada de piedad, con su desprecio a la libertad de las conciencias, con sus cómplices mentiras, con tanta sangre indignamente derramada. Por todo ello su primo merecía la muerte, y si en algún lugar existía alguien que pudiese prestarle apoyo a Wilya para cumplir esta sentencia era aquel que le mostró Badwila, un lugar al que, rota ya para siempre la cadena entre el pasado y el futuro, nadie más que él podía acceder.

La tardanza de Cyriacus le había proporcionado tiempo suficiente para preparar los elementos necesarios para ese viaje, o al menos los que recordaba, aunque la ansiedad no le permitió guardar sino apenas día y medio de abstinencia, y no la semana que le había recomendado el herrero. Antes de iniciarlo, llamó a Lucius para hacerle entrega de un documento redactado de su puño y letra que designaba al mayordomo y a Hilde propietarios de su patrimonio a partes iguales.

—Tú amaste en secreto a mi madre —acalló las protestas del viejo astur—, y velas por todo esto como si todavía estuviera ella. Hubo un tiempo en que también yo amé en secreto a Hilde. Cuídala, como lo has venido haciendo hasta ahora.

—Pero, señor, ¿y qué harás tú?

—Donde yo vaya no necesitaré tierras, ganados ni esclavos.

—Sé lo que te propones. Conozco tus ojos desde niño y nunca había visto ese odio en ellos. Si vas a hacer lo que pienso, que la fortuna te acompañe, y que nos acompañe a todos.

—No debes temer por mí: tengo un fuerte brazo y no es floja mi paciencia —dijo por tranquilizarle, aunque sabía sus limitadas posibilidades de sobrevivir—. Ni por vosotros, porque, aunque tuviese ocasión, nunca regresaré a Toletum, y nadie os

podrá acusar de complicidad con mis actos.

Camino de la gruta, Wilya conservaba la presión del abrazo de Lucius sobre su carne, aunque esperaba recibir el definitivo, el de la despedida, una vez aquella ceremonia hubiese concluido y pasara de nuevo por casa a retirar el envío de Gregorius que habría de llevar a Recaredo. Ya en el interior de la cueva, dispuso todos los detalles con la mayor fidelidad que pudo rescatar del recuerdo, se desnudó, ingirió las nauseabundas bayas que había adquirido en la trastienda de una vieja del mercado, y untó con la mezcolanza de manteca y beleño la mayor parte de su cuerpo como hacía con la *hinna* cuando necesitó hacerse pasar por hebreo. Después rasgó su pierna zurda con la punta de una lanza y se ató como pudo al tronco seco.

—Que Guodan me mire —clamó—, que Tyz me recoja.

Y antes de que su garganta quedase requemada por el sortilegio de aquellos frutos, antes de que el corazón comenzara a latirle como un galope y el ardiente sudor le provocase tiritona, se ordenó a sí mismo buscar la *taikka*, encontrar la señal que habría de conducirle al canto de los difuntos, a la Linde Negra, a Tyzfingir, la espada del dios de la guerra. Ya no estaba la voz de Badwila para guiarle, pero al dar sus primeros pasos en aquel espeso e inconcebible universo, escuchó la de Argimundo quien, entre sollozos, le suplicaba poner fin a la vergüenza en el reino de los godos.

Ingresó en aquel paisaje de fantasmas, tan mudos como siempre, aunque ahora sin apenas movimiento, espectros que se confundían con las rocas del camino, con los árboles desgajados por el rayo, con la tierra reseca y quebrada que sostenía su insignificante peso. Y allí estaba, impasible y silente como el resto, Leovigildo, y más adelante Koenraad, y Galmerico, y Orosia, y su propio padre de rostro casi irreconocible, y Badwila, y Berulfo, y Goswinta, y Argimundo, sin lágrimas ya, con sus dos manos, su hermosa cabellera y su noble porte. Allí estaban todos sus muertos, como sombras a punto de fallecer, de evaporarse y abandonar definitivamente el mismísimo territorio de la muerte. Todos, menos Alathea.

El orden de las cosas, al igual que los espectros, parecía sufrir una suerte de enfermedad que tan pronto presentaba a los ojos tórridos desiertos como húmedas tempestades. Y él caminaba solo, sin la compañía siquiera de los imperfectos animales que se le habían sumado en su primer viaje por la desolación, sin el consuelo al menos de sus voces en aquel gélido silencio.

Guodan dormitaba sobre su caballo, la lanza en tierra, los cuervos fijados a sus hombros sobre el manto azul como inmóviles y negras estatuillas, y la infinita llanura a sus pies vacía de ejércitos y de héroes.

Como el cauce limoso del Betis tras ser desviado, el río de sangre había perdido su caudal y ahora una fétida ciénaga de barro y coágulos se extendía ante la vista para delimitar la misma negrura de siempre, aquella ribera invisible que ni los fantasmas se atrevían a transitar. Se sentó frente a la orilla y pudo ver entonces al oso cojitranco y al lobo tuerto, mucho más viejos, tumbados y bostezantes, desentendidos de él y de cuanto hubiera alrededor.

Un aleteo sobre su cabeza le hizo alzar la vista para descubrir al cuervo albino, más riñoso y desplumado si cabe que en su primer encuentro. Tras varias evoluciones sobre el pútrido río, el ave regresó a su lado para hablarle:

—Debes manchar de sangre tus manos si quieres a Tyzfingir. Y ningún reino ni mujer puedo ofrecerte.

—Así sea. Tráemela.

El cuervo tomó altura antes de sumergirse en las tinieblas de la orilla opuesta. Al poco, le vio regresar con un brillo en su pico, un afilado destello que dejó caer y quedó clavado a sus pies. Rescató la espada de la tierra y un vigor desconocido penetró en su cuerpo, como si se hubiese transformado en un gigante, en un dios arcaico e invencible.

—Desgraciado tú, que has cedido a la tentación de la sangre —oyó decir al cuervo, que voló lejos hasta desaparecer, como habían desaparecido entretanto sus apáticos compañeros.

Se sentía poderoso, capaz de cumplir cualquier propósito por quimérico que fuese. Pero ni siquiera la posesión de Tyzfingir parecía ser la *taikka*, la señal que Badwila le había indicado como inductora del canto de los difuntos, pues tras la severa admonición del cuervo sólo el silencio quedaba, aquel mismo insufrible silencio que le venía persiguiendo desde el inicio del viaje.

Buscó en derredor con la mirada, y allí estaba aquella zarza con su gran flor carmesí entre las espinas. Se aproximó a ella, la espada de Tyz bien sujeta en su mano, hasta escuchar la eterna pregunta.

—¿Jugamos?

—No he llegado hasta aquí para jugar. —Y siguió avanzando, sin el menor gesto de inquietud por parte de la mariposa, hasta tenerla a un palmo de sus ojos.

—Siempre jugamos, aunque el juego nunca se repite —replicó ella.

—Esta vez no moveré un dedo por ti.

—¿Sigues temiéndome?

Observó los pequeños dibujos plateados en las alas que ahora, desde tan cerca, podía distinguir como perfiles, como signos hasta cierto punto familiares.

—No —dijo él—. Nada puedes contra mí. Ya conozco mi destino.

—¿El que sujetas en tu diestra?

—El de vengar la memoria de mis antepasados.

—La memoria no se venga, Wilya. Se conserva o se destruye. Y de los hombres, no de las mariposas, depende la elección.

—Mi elección ya está hecha.

—Si eliges la sangre, también la tuya será vertida.

—Lo sé, pero nunca hubo mejor causa para derramarla.

—¿Y quién salvará del fuego la memoria? ¿Quién contará después la verdad? Tómame, y escucha cómo cantan los difuntos.

—Ya empleaste conmigo esa artimaña.

—Desafortunado tú, si una espada te impide poseerme. —Y apenas dicha la frase, la mariposa alzó el vuelo para ir a posarse sobre su hombro endeble. Descendió luego por el brazo hasta la mano, y allí se mantuvo durante unos instantes, sin que su tenue roce incitara en él la menor intención de atraparla, para regresar de nuevo a su sitio en la zarza tras un breve aleteo. Pero ahora, una vez detenida en el mismo espacio que antes ocupaba, y como si una extraña mutación se hubiese producido, en vez de mariposa había un libro abierto. Se inclinó intrigado hacia él, sin atreverse a tocarlo. Era un bellísimo tomo, y sus páginas de color tan semejante al de la propia mariposa que ella misma parecía estar todavía allí con sus enormes alas extendidas. Confirmó que los plateados signos eran letras y quiso leerlas, pero no conseguía entender nada de lo escrito. Soltó la espada para tomarlo entre sus manos, y en ese preciso instante escuchó el canto de los difuntos.

Había en aquella salmodia una pena inmensa e indescriptible, y allí estaban todos sus muertos entonándola al unísono. Pero, muy lejos de la profunda tristeza de sus voces, sus expresiones eran alegres como risas de niño. Allí vio a su padre, que sonreía y le invitaba a estrechar aquel libro contra su pecho como si de un ser vivo de tratase, y al seguir su consejo y acercárselo al corazón, percibió un pálpito que nacía del propio tomo para unirse al suyo en una suerte de ancestral danza épica. Y allí estaba, por fin, Alathea, que se despedía con gesto amante y en cuyos ojos, a pesar del desconsuelo de su canto, se adivinaba el risueño color de los trigales inmaduros.

Desfallecido, sin respetar el reposo prescrito por Badwila tras su anterior experiencia, y muy confuso por cuanto había vivido en la gruta, Wilya regresó a casa dispuesto a preparar el viaje que habría de llevarle hasta Recaredo y poner fin a su sed de justicia. Pero apenas alcanzado el patio, tuvo que atender a Arsula, que le abordó con ademán impaciente para hacerle notar que la noticia de su inmediata partida había dejado de ser un secreto.

—Dice Lucius que te marchas para no volver. —En su voz se adivinaba una emoción contenida.

—Tal vez.

—En ese caso, debes llevar contigo algo que te pertenece. De nada sirve ya que lo guarde aquí si no volveré a verte.

La viuda de Galmerico se encaminó hacia los aposentos de la servidumbre, y él siguió sus pasos atrapado por tan inescrutable anuncio. Una vez en el cuarto, la mujer hurgó bajo su camastro para sacar de allí un envoltorio de tela que le entregó con igual delicadeza que si llevase un frágil recién nacido entre las manos. Al retirar el paño, Wilya vio que era un tomo de altura poco mayor que un palmo, y cuando quiso examinar sus páginas, quedó extasiado ante la belleza que tenía delante. Las hojas eran de pergamino carmesí, y sobre ellas se desplegaba la original aunque indescifrable traza de la lengua goda en letras de plata y capitulares de oro. Cuatro arcos plateados sostenidos por columnas aparecían en la base de cada una de las páginas, como si hubiesen sido levantados para sujetar el peso de lo allí referido.

—Es una obra maravillosa —balbució boquiabierto, tanto por la propia hermosura que se manifestaba ante sus ojos como por su significado. Porque aquel libro se parecía extraordinariamente al que había visto horas antes en la zarza.

—A los copistas de Ravenna hay que agradecérselo, según creo. Pero si portentosa resulta la labor de sus hacedores, más lo es su contenido, porque es la Palabra de Cristo.

—Los Evangelios.

—Tal y como los enseñó el buen Wulfila. Porque sabrás que, antes de él, los nuestros no conocían la escritura, no sabían pintar la voz, que es como entonces llamaban al noble acto de escribir. Fue aquel venerable obispo quien ideó un alfabeto para que los ancestros pudiesen expresar con él los sonidos de su lengua, y de ese modo conservar la Sagrada Palabra enseñada por Arrio.

—Sí, Galmerico ya nos habló de eso, pero ¿de dónde has sacado este tesoro? —se interesó, perplejo.

—Mi esposo lo guardó para que no fuese víctima del fuego como todos nuestros libros. Decía que Recaredo había exterminado nuestra historia y nuestro origen, que destruir los escritos de nuestra nación era como renegar de la propia sangre, y que ya no seríamos godos después de tan trágicos días.

—Tu esposo era sabio, Ársula, tanto por sus palabras como por su decisión de preservar esta preciosa obra. Tras tanta barbarie, quizá este tomo sea la última huella de nuestra vieja lengua.

—Debí entregártelo hace tiempo, pero tenerlo junto a mí era como conservar un poco de Galmerico, como si él no hubiese muerto del todo. Disculpa mi egoísmo, porque contigo debe estar.

—¿Por qué conmigo?

—Ese libro era de tu padre, Wilya.

Se estremeció al saber que la prodigiosa joya que ahora tenía entre las manos había pertenecido a Liuva. Porque aquél era el único rastro material de su progenitor, el único objeto que le ligaba a su perdida memoria, y en el roce de esa superficie creyó recuperar el contacto con un cuerpo vivo y siempre añorado. Y el estremecimiento creció al recordar que había sido el espectro de su padre quien, en el fantasmal universo de Badwila, le incitó a estrechar contra su pecho el libro que antes había sido mariposa. Revivió ahora ese mismo pálpito, la extraña danza que provocaba su latido.

—Galmerico se lo quedó como recuerdo de su buen amigo —explicó Ársula—, y con nosotros vino desde Narbona. Pero ya que ninguno de ellos vive, justo es que tú lo tengas y que, como hizo mi esposo, lo preserves de todo mal.

—¿Tanta confianza hubo entre ellos? —El desconcierto y la fatiga hacían temblar su voz.

—¿Nunca te habló él de su amistad?

—Apenas unas veladas frases en su lecho de muerte.

Wilya invitó a la mujer a subir a su alcoba y proseguir allí una conversación que se le antojaba necesaria. Y una vez acomodados, por su boca conoció la firme camaradería que había unido a su padre con el clérigo, y la importancia de éste en los decisivos momentos del reparto del reino entre Liuva y su hermano. El propio Galmerico había recomendado al rey que desposase a la viuda de Atanagildo para fortalecer sus apoyos entre la nobleza, pero éste, sabedor de su frágil salud, no consideraba sensato hacer proyectos a tan largo plazo. Además, por nada del mundo quería separarse de Orosia, de forma que eligió vivir la poca o mucha vida que Dios le concediera junto a la mujer deseada. Lo que sí hizo, por el contrario, fue encomendar a Galmerico que presentase esa misma propuesta a su hermano, quien aceptó gustoso el puesto de nuevo consorte de Goswinta y el poder que esa boda le brindaba. De esa forma, explicó Ársula, ella y su esposo habían acabado en Toletum, pues Leovigildo cobró tanto aprecio a Galmerico que le hizo responsable de la formación de sus hijos, mientras que Goswinta se convirtió en su incondicional protectora al comprobar la firmeza de su fe y su demostrada lealtad.

—Ya ves —dijo con nostalgia—. Cuando Liuva quiso casar a su hermano no pensó en duques ni en obispos como mediadores, sino que eligió a un humilde clérigo, el que luego tuviste como tutor.

—Así que estabais en Narbona cuando nací.

—Allí estuvimos hasta después de la muerte de tu padre.

—No guardo recuerdo de vosotros.

—Eras muy pequeño, y Galmerico viajaba a menudo como legado real, así que sus ausencias eran frecuentes y prolongadas.

—¿Y es cierto lo que cuentan? —se interesó con recelosa inquietud—. Athaloc me habló de extraños augurios en los cielos el día de mi nacimiento.

—¡Ah, Athaloc! —cabeceó Ársula—. Un hombre poco dado a la templanza y por demás fantasioso, al menos en aquel tiempo. Que el Padre lo tenga en su Gloria.

—¿Me mintió, entonces?

—Es cierto que hubo un cometa, y que en aquellos días se ocultó el sol, pero sólo los paganos lo considerarían augurios para un recién nacido. No creo que un hombre de Dios pudiera tomar por anuncios divinos esas cosas.

Wilya le explicó con el máximo detalle que le permitía su excitación el relato escuchado años atrás al obispo narbonense, especialmente el episodio de la mariposa que apagaba el cirio del altar.

—Nunca oí hablar de mariposas —repuso ella.

—Maldito farsante. No eran más que patrañas para enredarme en sus intrigas.

—Ya que hablas de augurios, el único que recuerdo de aquel día es precisamente ese libro que ahora tienes en el regazo.

—¿El libro? —exclamó atónito, sin abandonar por ello la leve caricia que, de forma inconsciente, dedicaba a su cubierta.

—Sí, porque le llegó como regalo a Liuva con tu primer llanto, con el aviso de

que habías venido al mundo. Y con él en sus manos corrió hasta la cama de tu madre, y allí lo puso mientras te alzaba lleno de gozo. Y junto a él quedaste luego, porque la alegría de tu nacimiento le hizo olvidarse de su otro regalo, de modo que compartiste lecho con ese tomo en tus primeras horas de vida. Orosia lo descubrió cuando quiso darte de mamar, y yo misma lo retiré.

Por ilusorios que fuesen todos los augurios, aquél tenía para Wilya la fuerza de una certeza, porque en él se unían dos mundos tan verdaderos como el de la niñez junto a su padre, revelado por una mujer sencilla, y el denso y fantasmagórico de los ancestros que representaba Badwila. Y ambos le entregaban un mismo mensaje, una misma orden.

—Gracias, Ársula. Tu esposo estaría orgulloso de ti, como yo lo estoy.

Despedida la viuda de Galmerico, encerrado en su habitación, y siempre con aquel libro que parecía hablarle a través del contacto con sus dedos, se repetía las dos preguntas que resonaban en su cabeza: ¿Quién salvará del fuego la memoria? ¿Quién contará la verdad? Sangre o memoria. Justicia o testimonio. Toda elección significaba renuncia, y la suya fue tomando cuerpo a medida que pasaba las hojas de aquel tomo para descubrir en él la voz antigua de su raza, una voz que le exigía seguir vivo y ejercer como acusador en el juicio que el tiempo mantiene siempre abierto contra los hombres.

Se sentó frente al cofrecillo enviado por el papa Gregorius. Quebró el sello que lo protegía y extendió el pergamino sobre la mesa, dispuesto a conocer su contenido. Destacaba el obispo el milagroso hecho de que toda la nación de los godos hubiese abandonado lo que con desprecio llamaba herejía arriana para ingresar en la firmeza de la verdadera fe. Y que el bendito Pedro, príncipe de los apóstoles, había aceptado los regalos de Recaredo, a quien Gregorius felicitaba por su acoso a los hebreos: «He sabido que tu Excelencia ha dictado cierta orden contra la perfidia de los judíos, quienes intentaron torcer la rectitud de tu decisión mediante una suma de dinero que despreciaste, pues, para satisfacer la voluntad de Dios Todopoderoso, preferiste la inocencia al oro».

Seguía un largo censo de piadosas recomendaciones para el glorioso monarca trinitario, y más adelante la explicación de unos objetos que aparecían envueltos en seda al fondo del cofre: «Te envío una llavecita del más sagrado cuerpo del bendito apóstol Pedro para transferirte su bendición, pues contiene hierro de sus cadenas, las mismas que sujetaron sus grilletes en el martirio y que te librarán de los pecados. Si se lleva con el debido respeto, posee la facultad de multiplicar por Gracia divina cuanto pueda serte de provecho».

Y más adelante: «He entregado también al portador de estos presentes, para serte ofrecida, una cruz en la que hay un poco de madera de la cruz del Señor y cabellos del bendito Juan el Bautista, con la cual podrás recibir el socorro de nuestro Salvador a través de la intercesión de su precursor».

Justo después, mencionaba aquel asunto que tanto parecía interesar a Recaredo, el

pacto fronterizo entre Antanagildo y Justiniano. Y la respuesta de Gregorius no iba a alegrarle el día al rey: «Dos razones me han impedido satisfacer esta petición. Una, que en tiempos de Justiniano, de piadosísima memoria, se incendió el archivo imperial de forma tan completa que no ha quedado documento alguno de aquella época. Y la otra es que a nadie se le dice: "Contra ti van, así que busca los documentos que demuestren esas acusaciones". Por todo lo cual ruego a tu Excelencia obres conforme a tu carácter y te apliques en promover la paz para que tu reinado, durante muchos años, merezca los mayores elogios».

Quedaba claro que el reciente aliado de Recaredo no pensaba arriesgar su alta jerarquía para defender intereses distintos a los propios, pero lo que hiciera o dejara de hacer su primo y las amistades que eligiese ya habían dejado de preocupar a Wilya. Investigó en el cofre en busca de los regalos, y allí estaba, efectivamente, aquella cruz de oro de sencilla traza, sin pedrería, poco más grande que un pequeño libro y en cuyo envés se apreciaba una oquedad obturada por una especie de resina. Con la daga eliminó el obstáculo y volcó su contenido sobre la mesa. Una minúscula y polvorienta greña se desprendió, y, enredada en el pelo, una astilla poco mayor que la uña de un gato.

Sin dudarlo, encendió el hogar, recogió aquellos objetos y los entregó a las primeras llamas. Y mientras se consumían con inesperada rapidez se decía que no había sido un acto de venganza sino de fe, como el abrir las manos para comprobar si el tábano seguía dentro, según la metáfora de Koenraad, o como aquel torpe intento de posar su brazo enfermo sobre el frío sepulcro de Emilianus en busca de un milagro. Se trataba simplemente de confirmar si vivía en la verdad o, tal y como juzgaba Isidoras, preso de un perverso orgullo. Y el fuego le daba la respuesta, porque aquellas menudencias ardían como casi todo arde, como ardieron los libros que Recaredo arrojó a la pira y los muchos otros que se abrasaron con su beneplácito, como las reliquias y tomos litúrgicos godos sometidos a ese mismo juicio por los obispos trinitarios. Y al arder, de acuerdo con la ortodoxia impuesta en el nuevo reino, es que nada tenían de divinos a pesar de los embustes de Gregorius.

Cortó después un bucle de su cabello y le sumó una esquirla de su propia mesa, introdujo ambos en la oquedad y la taponó con la misma pasta antes de devolver la cruz a su lugar. Y no había burla en sus propósitos al hacerlo así, pues tan sagrados eran los nuevos objetos como los precedentes, según había demostrado el fuego. En cuanto al colgante con la pequeña llave hecha con restos de la cadena del apóstol Pedro, de poco serviría someterlo al mismo juicio, porque nada podía con el hierro salvo el ácido creado por el paso del tiempo a la intemperie. Y si era cierto que había pertenecido a alguna cadena, mejor estaría colgada a su cuello que entre las brasas. Al fin y al cabo, y como le había enseñado Badwila, el metal asustaba a los espíritus.

Tras sellar con nuevo lacre el cofre del obispo romano, hizo que lo llevaran a palacio con la orden de que le fuera enviado a Recaredo allí donde el rey se hallase. Una extraña paz le anidaba en el pecho, como si hubiera cumplido una antigua

promesa o pagado una deuda pospuesta durante muchos años. Aunque sabía que no, que la tarea más importante estaba por hacerse, y que era urgente ponerse a ella. Guardó con esmero el libro de Liuva, el último vestigio quizá de la lengua escrita de sus antepasados. Y al estrecharlo contra sí con el afecto de quien vive el reencuentro con un amigo, sintió de nuevo que palpitaba, que en él latía lo poco que quedase de memoria de su padre y de la propia nación goda.

Pero antes de partir en busca de un lugar donde aquel tesoro pudiese ser preservado de la destrucción, un lugar donde cumplir con el mandato de dar testimonio, era preciso saldar una última deuda con el presente. Tomó de su escritorio un pliego de pergamino, tinta y caña, y con parecida emoción a la que lo poseía cuando Savinus le enseñaba en Agali, se dispuso a escribir a su primo. Fue una epístola breve en la que Wilya expresó sin ambages cuanto había callado hasta entonces sobre sus ruindades contra la nación goda y contra él mismo; una carta serena y desprovista de insolencia, no obstante, que se cerraba con una sincera aunque enigmática despedida: «Y tú, que por ambición has entregado al fuego la memoria de nuestro pueblo, nunca olvides que salvas la vida por el capricho de una mariposa. Esa misma mariposa que un día quise para ti, la que ha guiado mis pasos desde niño, la que hoy pone un libro en mi mano y aparta de ella la espada destinada a degollarte».

POST SCRIPTUM

Wilya escribe rápido, en un latín no tan pulcro como el de Gur y sus compatriotas escotos, ni tan notable como aquél de Cicerón, siempre elogiado por Savinus, pero suficientemente claro como para ser entendido por quien se haya formado en el arte de la lectura. Tiene prisa por concluir una labor que le ha llevado mucho tiempo, mucho más del que él presumía cuando la inició.

Han pasado casi trece años desde que abandonó Toletum para exiliarse en el reino de los longobardos, donde su monarca Agilulfo tuvo la merced de acogerlo como si fuese un hermano de raza. Porque Agilulfo no sólo sigue las enseñanzas de Arrio, sino que asegura proceder de aquellas mismas costas septentrionales que siglos antes vieron nacer a los godos. Y con secreto orgullo para no ofender la religión de su pueblo ni la de su esposa Teodolinda, que es partidaria del obispo de Roma, le ha confesado más de una vez que sus ancestros eran los elegidos de Guodan. Bajo sus órdenes ha combatido Wilya a los imperiales hasta arrebatarles tantas plazas que hoy Agilulfo se considera rey de toda Italia mientras el patricio de Constantinopolis, encerrado tras los muros de Ravenna, le paga tributo para conservar su pequeña y pantanosa posesión en la península.

En Mediolanum, la capital de los longobardos, ha vivido durante las pocas etapas de sosiego que pueden hallarse en estas tierras devastadas por la guerra, el hambre y la enfermedad, y sin otro propósito que disfrutar del momento que por fin está a punto de cumplirse. Pero no será finalmente la corte de Agilulfo la que vea culminar su esfuerzo, pues a veces el pasado aparece de nuevo ante los hombres para torcer deliberadamente sus planes.

Todavía no se acostumbra a las altas y verdes cimas que contempla a través del ventanal, ni al rumor del invisible río que acuna cada una de las noches desde su llegada. Tampoco habría imaginado, meses atrás, que pudiera existir un lugar parecido y que en él iba a residir. Pero hace poco más de un año que aquel Columbanus que predicaba en tierras de Austrasia y en las del ya difunto Guntram se presentó ante el rey de los longobardos, precedido de su fama de hombre santo y hostigado por sus antiguos protectores. Y tan imprevista visita acabó por completo con la mucha o poca tranquilidad que hubiera en la vida de Wilya.

Y es que el escoto se ganó el corazón y el seso de Teodolinda y, confiado en el favor que la reina le brindaba, pronto se atrevió a maldecir públicamente la doctrina de Arrio con el consiguiente escándalo entre muchos longobardos. Agilulfo, respetuoso con la fe romana hasta el punto de consentir el bautizo de su heredero en ese rito, por apartar de sí a tan incómodo invitado y de paso satisfacer los generosos deseos de su esposa, había cedido al clérigo un retirado rincón en tierras de los antiguos ligures, cincuenta millas al sur de Mediolanum. Era un pago llamado Ebovium a orillas del río Trebia, y con una iglesia derrumbada como única

pertenencia. En ese plácido valle se había afincado Columbanus con muchos de sus monjes, y ya en pocos meses lo que fue ruina empezaba a ser un hogar más o menos habitable.

Es ese rudimentario hogar el que hoy acoge a Wilya, y no por propia decisión, sino por voluntad del rey longobardo, quien le ha encomendado ocuparse de que el humilde monasterio disponga algún día de una digna biblioteca. Bien sabe él que ni sus pocos conocimientos ni su mucha falta de ánimo le hacen merecedor de tan honorable cometido, y que nunca podrá acercarse a lo que Koenraad logró en Agali, pero se barrunta que Agilulfo, más que un buen cuidador de libros, busca en él un aliado que vigile de cerca a clérigo tan ingobernable como Columbanus. Clérigo, por cierto, casi tan invisible allí como lo era entre los francos, pues uno de los primeros trabajos que ordenó apenas puso pie en Ebovium, y en el que al parecer había participado con sus propias manos a pesar de su mucha edad, es una minúscula y oscura celda de la que raramente sale. Por fortuna, con los escotos ha viajado también el burgundio Attala, aquel que hace muchos años albergó a Wilya en Anagrates, y gracias a él, a pesar del voto de silencio de los estrictos monjes, puede de vez en cuando comunicarse con los hombres, y no sólo con sus propios pensamientos.

Nunca habría elegido un monasterio trinitario para dar por terminada su obra, mucho menos para preservar el precioso libro que motivó su huida de Toletum, pero al fin y al cabo los escotos, a pesar de sus desabridos anatemas contra el credo de Arrio, no son aficionados a quemar documentos, sino que los cuidan como el mejor de los tesoros sin reparar en su origen. Ahora, aquel lugar le parece tan bueno como cualquier otro, y algunas noches, o en las horas más íntimas del amanecer, oculto a las miradas de un mundo que se le antoja cada vez más absurdo, abre el tomo de piel carmesí a la luz de la candela para perderse, como si paseara por un sueño, en su espléndida geografía de brillos y colores. No para descifrar en sus armónicas letras un significado perdido, sino para recrearse en las voces pintadas de los ancestros, en la huella de una lengua de la que apenas quedan ya recuerdos pegados al paladar, una lengua sólo hablada, y mal, en el oscuro rito de iglesias proscritas, en las palabras deformes de heréticos sacerdotes. Y mientras pasa sus hojas con la delicada ternura de un amante, piensa en que su padre también deslizó sus dedos sobre aquella superficie, y cree palpar en ella algún residuo de su carne desaparecida.

Hace mucho tiempo que la tierra no se abre bajo sus pies, que la sombra de aquella espléndida y terrible mariposa desapareció de sus ojos y de sus pesadillas. Ahora sabe que tan atormentada y mutua persecución estaba condenada al encuentro, y que todo acabó al mostrar ella su verdadera faz, una vez dejó de ser huidiza mariposa para revelarse como último e indefenso superviviente de la desolación, cuando sus alas dejaron de ser alas para convertirse en páginas y sus dibujos se hicieron signos. Fuera todo cierto o fruto de su delirio, Wilya da por buenos los sinsabores, porque sabe que no ha perseguido una quimera sino un destino, un rumbo trazado tal vez por su propio padre y por los ancestros que Badwila supo incorporar a

su vida.

No, no es mal sitio, y a esa naciente biblioteca que ya cuenta con varios volúmenes donados por el rey, sumará él sus escritos, quién sabe si condenados al fuego futuro por mano de clérigos o reyes, o a una muerte lenta por boca de ratas y gusanos. Allí habrá de quedar su crónica, una historia sobre cuya veracidad duda a menudo. Quizá no es más que una invención, cuentos sombríos tramados en una era en que sólo fallecidos parecen quedar sobre la tierra. Apenas está seguro de que él mismo quiera ser considerado como algo real, tal y como los hombres gustan de entender lo verdadero. En todo caso, el tiempo le convertirá antes o después en poco más que un montón de palabras escritas con trazo inseguro en el pergamino.

El viento, siempre testigo de la historia, raramente suele hablar más de lo que debe, pero el que ahora le llega desde las cercanas cumbres tiene la virtud de resucitar recuerdos. Y entre ellos el de Recaredo, que sobrevivió poco más de un año y medio tras el voluntario exilio de Wilya. Ninguna conjura criminal le ayudó a entrar en el infierno, adonde llegó casi de la mano de su protegido obispo Leander, quien un mes antes le había precedido en el sendero de la muerte y dejado vacante para Isidorus la sede episcopal de Hispalis.

Y al rememorar a su primo, Wilya se interroga una vez más sobre los límites que separan la lealtad de la traición, pues si éste había quebrado la espina dorsal del pueblo godo, él había tenido que vulnerar la palabra empeñada en su día ante Leovigildo, su juramento de lealtad a su hijo, para poder salvar de entre los rescoldos de un incendio el último vestigio de la antigua lengua. Se pregunta si fue Recaredo el traidor o lo fue él mismo por honrar la memoria de su padre y la de tantos otros cuyos rostros, como ahora el suyo, han quedado olvidados en el camino. Sabe que sólo la voz de los vencedores prevalece, y que esta historia nunca será contada tal y como sucedió, pero quiere cerrarla cuanto antes, con la vana esperanza de que alguien, algún día, la reabra para conocer la verdad.

Ese viento enérgico de la cordillera que bate los postigos le sugiere también un recuerdo para Liuva, aquel que pudo ser hijo suyo de no haber irrumpido Recaredo en sus sueños juveniles. Apenas dos años había podido sujetarse el pobre desgraciado al trono heredado de su padre, ya que Witerico, el traidor a quien Masona perdonó con la aquiescencia del rey, el que extinguió los traviesos ojos de Alathea, quiso elegirle como nueva víctima. Por él fue tildado de usurpador porque la mitad de su sangre no era noble, contra él se levantó, ocupó su puesto, cortó su mano diestra y, no contento con tan insufrible castigo, le dio muerte cuando acababa de cumplir los veinte años. Dicen que tras su infamia, Witerico tuvo el estúpido cinismo de querer rehabilitar la fe goda, pero ningún crédito le quedaba a quien había delatado a los defensores de esas creencias en Emérita y actuado luego como servil verdugo de Recaredo y asesino de su hijo, de modo que acabó degollado por sus propios gardingos. Como colofón a tan mezquina existencia, la multitud había arrastrado su cadáver por las calles de Toletum hasta sepultarlo en un vertedero extramuros para satisfacción de

cerdos y alimañas.

Wilya guarda muy buena memoria, por el contrario, del hombre elegido para ocupar el mancillado trono, que no fue otro sino Gundemaro, el bravo defensor de Carcassona y en aquel momento duque de la Narbonense. Aunque poco había durado sobre el sitial de Leovigildo porque la muerte se lo llevó a los dos años de su exaltación tras un repentino mal que los físicos no supieron atajar. El corpulento y rubicundo guerrero, a pesar de la brevedad de su reinado y de los achaques de la edad, había querido dejar con su animoso carácter el recuerdo de un hombre alejado de toda pereza. Así, además de algunas decisiones sobre la primada eclesiástica toletana, había enviado a Suprapetram un buen número de monjes de Agali para que ayudasen a Nantila en su empeño de levantar un monasterio en aquel sereno paraje donde yacían los anónimos huesos de Argimundo. También rehabilitó al conde Bulgar, que había sufrido persecución y mazmorra por el odio de Witerico, y ahora aquel noble narbonense tan aficionado a las fábulas es sucesor del propio Gundemaro como duque de la provincia bajo las órdenes del nuevo rey. Porque hace poco más de un año que el trono visigodo está ocupado por Sisebuto, de quien alaban tanto su sabiduría en las letras y en la ciencias como el odio que profesa a los hebreos, amén de sus capacidades militares, bien demostradas contra los imperiales, a quienes ha expulsado de Malaca.

Y es que los reyes, reflexiona Wilya en tanto concluye sus últimas anotaciones, pasan ahora demasiado deprisa entre los visigodos, tan deprisa que sospecha que la profecía del nigromante de Arenetum sobre Chindasvinto bien podría cumplirse, como se había cumplido en su propio caso y en el de Berulfo. Aunque está seguro de que no vivirá lo suficiente como para comprobar la certeza o falsedad de tan llamativo augurio, aquel ser diabólico había anunciado que el noble de Pampalica llegaría al trono en su vejez, después de diez reyes. Desde entonces, cinco lo habían ocupado, o seis si se tenía en cuenta a su tío, que reinaba por aquellas fechas. De modo que, de ser cierto, concluye Wilya sus cálculos, malos tiempos aguardan a los cuatro o cinco futuros reyes, pues pocos años les quedan para repartirse el trono si Chindasvinto ya supera el medio siglo.

Acaricia ahora la llave de hierro que lleva colgada al cuello, esa que el obispo romano decía estar hecha de las cadenas de un bendito mártir. Y su contacto no le revela emoción alguna de pecado, sino un resabio a paradoja, puesto que tan falsa es esa reliquia como su pelo encerrado en una cruz de oro que, según ha sabido, todos los reyes visigodos desde Recaredo portan al frente de su ejército durante el combate. Creen llevar consigo la protección de sus tres dioses y a ella se encomiendan, ignorantes de que ningún poder tienen la astilla de una mesa y cuatro cabellos de un mísero exiliado.

Bien se lo había explicado Badwila en sus años adolescentes, que se vence a una nación cuando has vencido a sus dioses. Y el pueblo godo lleva la derrota escrita en la frente, porque ha renunciado a lo que es, y tarde o temprano habrá de pagar por

ello. Por mucho que su orgullo perdure, camina como un tullido, mira como un huérfano, respira como un moribundo. Tal vez como los mismos longobardos, que empiezan a prestar oídos a las leyendas de la secta que envenenó el alma de Hermenegildo y la cabeza de Recaredo, una secta que dice hablar con los ángeles y convoca a hombres santos a través de sus restos mortales.

Pero él nunca ha visto ángeles, y solamente los fantasmas se le van haciendo cada día más densos, casi palpables, alrededor. Quizá porque una vez escuchado su canto ya no se puede renunciar a su existencia. A veces los ve ahí, observándole desde cualquier rincón de su celda, asomados a los estantes de la biblioteca, sobre el agua clara del Trebia cuando la fatiga aconseja un paseo reparador por sus orillas. No son espíritus enemigos, sino apacibles espectadores de su tránsito. Y ante sus serenas presencias, se pregunta si no será la vida poco más que un lánguido trajín de espectros, el paso de las almas, sin rumbo, hacia la nada.

Muchas veces ha pensado en reunirse con ellos, con sus padres, con todos aquellos, viejos o jóvenes, que le enseñaron a ser hombre. Y con Alathea, la única mujer que no tuvo miedo de amarlo ni de buscar en sus ojos el inmenso vacío que llevaba. Si ha renunciado a irse es sólo por cumplir con su destino, un destino, quién sabe si decidido por el manco Tyz o por Guodan el tuerto, que no era hacer justicia tal y como le pedía su rabia, sino preservar para las generaciones venideras el último vestigio de la vieja lengua, y dar además testimonio de lo sucedido en los días en que la fe de Arrio, la de fe de su padre y de sus abuelos, fue sepultada bajo la herejía trinitaria.

Ya puede irse, una vez acabadas las últimas líneas. Bastaría con lavar su cuerpo y emprender bien limpio el mismo viaje que un día decidió Koenraad. Nadie como el ostrogodo hay en Ebovium, y nadie leería mañana la verdad en la mancha parda de su escápula. Pero no lo hará. Por Lucius sabe que Hilde le dio un hijo ocho meses después de su huida. Le ha llamado Badwila, y a él le parece un buen nombre para un hijo. Hace mucho que no sabe de ellos, pues seguramente ya falleció el mayordomo y ahí se acabaron sus cartas. Andará por los doce años, parecida edad en que él comenzó sus primeros y cortos vuelos, como decía Orosia, para encontrarse con aquel otro vuelo, el de una sombra carmesí que cambió su suerte. Sabe que en la añorada casa de Toletum se repite la historia de una mujer sola con su hijo, aunque de forma muy distinta, porque el chico rezará ahora en iglesias custodiadas por el lábaro de Constantino, y cuando llegue a los catorce, marchará a la guerra bajo aquella cruz que esconde los cabellos de su padre creyendo que es el Bautista quien le guarda las espaldas en nombre del Crucificado.

Tal vez algún día pueda conocer a ese hijo, sacarlo de su error y contarle la historia de sus abuelos, y la de un padre que se opuso a la infamia y marchó lejos para preservar la memoria de aquéllos; quizá tenga ocasión de pasar en tranquila avenencia junto a Hilde los últimos compases de la madurez y los primeros achaques de la senectud. Sí, puede que algún día las nieves de Toletum vuelvan a caer sobre su

cabeza, pero hasta que llegue ese momento Wilya se conforma con fechar su tomo en el año 613, vigésimo segundo del muy noble rey Agilulfo de los longobardos, y fijar a pie de folio las palabras de un hombre sabio grabadas a fuego en su corazón: «Resistir, resistir y resistir. Al menos hasta que el sueño resulte algo más dulce que la vida».

NOTA FINAL

Mediado el siglo XVI, se halló en la biblioteca del monasterio benedictino de Werden, en Alemania, un manuscrito mutilado, ejemplar único de la llamada Biblia de Wulfila, obispo que en el siglo IV introdujo a la nación goda en la fe cristiana predicada por Arrio y que, al tiempo, la dotó de un lenguaje escrito del que hasta entonces carecía.

La universidad sueca de Uppsala tiene el privilegio de custodiar cuanto queda (menos de doscientas páginas de las trescientas treinta y seis originales) de esta joya, escrita hacia el año 520 en la ciudad de Rávena con letras de plata y capitulares de oro sobre pergamino carmesí, y conocida hoy entre los expertos como *Codex Argenteus* por la encuadernación de plata maciza con que el conde sueco Gardie la protegió en 1662.

De cómo llegó el *Libro de Plata* hasta el cenobio alemán nada se conoce, aunque bien podría tratarse de un botín de guerra obtenido por los reyes carolingios, tal vez por el propio Carlomagno en su victoria sobre el reino longobardo, y donado después a aquella comunidad de monjes donde fue finalmente descubierto.

Sin valor aparente para quienes en su día despojaron al monasterio de Werden de su valiosísimo códice, sesteaba en la misma biblioteca un tomo redactado en latín vulgar del siglo VII que menciona precisamente esa preciosa obra, último rescoldo de la lengua goda, y ofrece además una inédita visión de los acontecimientos que pocos decenios antes condujeron al reino visigodo del cristianismo predicado por Arrio al catolicismo romano. Por sus características, se trata de un texto refundido por los amanuenses a partir de desconocidos documentos previos, o bien de la mera transcripción de varios relatos orales.

Este único ejemplar, tras pertenecer a varias colecciones privadas, se halla hoy en la biblioteca de la abadía suiza de San Gall, y es conocido por los peritos como *Apócrifo Eboviense* en honor al capítulo que lo clausura y fija su origen en el monasterio lombardo de Ebovium (Bobbio), o bien, en su versión menos académica, como *La crónica de Manoseca*.

La novela precedente es una versión de este antiguo documento, actualizada tanto en estructura como en lenguaje narrativo, aunque escrupulosamente fiel al espíritu de un original mucho más sintético que revela, a pesar de su sencillez, un episodio decisivo cuyas consecuencias perduran casi mil quinientos años después.

GLOSARIO

Territorios

AREGIA: Territorio de los aregenses, clan de las montañas de Orense.

AUSTRASIA: Reino franco nororiental. Comprendía el este de la actual Francia, el oeste de Alemania y parte de Holanda.

BASTRTANIA: Comarca de Baza (Granada).

BURGUNDlA: Reino franco suroriental, que incluía la actual Borgoña y buena parte del sureste francés y de Suiza.

CAMPOS GÓTICOS: Territorio en la actual Castilla y León que comprendía buena parte de las provincias de Valladolid, Segovia, Burgos, Palencia, Zamora, Salamanca y León. El más amplio asentamiento visigodo en la península.

CANTABRIA (REPUBLICA DE): Territorio independiente, romanizado, que se extendía desde la costa septentrional, a través de un corredor en el País Vasco y Navarra, hasta La Rioja y el norte de Castilla y León. Desde Leovigildo, conocido como Ducado de Cantabria. Su capital, Amaia, en Peña Amaya (Burgos).

CARPETANIA: Territorio delimitado por la sierra de Guadarrama, los montes de Toledo, el río Guadiana y la sierra de Alcaraz, que hoy corresponde a ciertas zonas de Castilla-La Mancha y Madrid.

CELTIBERIA: Región interior al este y norte de la Carpetania, y uno de los principales asentamientos visigodos. Se corresponde hoy con parte de los territorios de Guadalajara, Segovia, Valladolid, Soria, Burgos, La Rioja, Zaragoza, Teruel y Valencia.

MARBONENSE: Sureste marítimo de la Galia, provincia visigoda. También llamada Galia Narbonense o Septimania, nombre derivado de la Legio Séptima que Octaviano instalo en Baeterrae (Bèziers).

MEUSTRlA: Reino franco occidental. Su territorio se extendía entre la Bretaña y los ríos Loira y Mosa.

OROSPEDA: Sierra de Segura (Jaén).

SABARIA: Región de Sayago (Zamora), entre el Duero y el Tormes; probablemente la Silbaría romana.

SPANIA (PROVINCIA DE): Denominación bizantina para los territorios ocupados en la costa sureste de la Península Ibérica durante la guerra civil que enfrentó a Agila y Atanagildo entre 550 y 555. Empleado también a veces en la epigrafía y literatura visigodas para denominar el reino entero.

Ríos

AMAS: Guadiana.
ATAX: Aude.
BETIS: Guadalquivir.
DANUBIUS: Danubio.
DURIUS: Duero.
FENARIUS: Henares.
ÍBERUS: Ebro.
MESA: Ness, que da lugar al lago del mismo nombre.
ORBICUS: Órbigo.
RHODANUS: Ródano.
SAUCONNAA: Saône.
TAGUS: Tajo.
TREBIA: Trebbia.

Orografía

DIRCETIUS: Monte Distercio en la sierra de la Demanda.
MONTES CARPETANUS: Sierra de Guadarrama.
PYRENEOS: Pirineos.
TILENUS: Monte Teleno (León).

Lugares

Andalucía

ASIDONA: Medina Sidonia (Cádiz).
ASTIGI: Écija (Sevilla).
COLUMNAS DE HÉRCULES: Estrecho de Gibraltar.
CORDUBA: Córdoba.
GADES: Cádiz.
HISPALIS: Sevilla.
ILIPA: Alcalá del Río (Sevilla).
ITALICA: Santiponce (Sevilla).
MALAGA: Málaga.
MUNDA: Cerca de Montilla (Córdoba).
OSSET: San Juan de Aznalfarache (Sevilla).

Aragón

BILBILIS: Calatayud (Zaragoza).
CESARAUGUSTA: Zaragoza.
TIRASSONA: Tarazona (Zaragoza).

Castilla-La Mancha

AGALI: Monasterio fundado por Atanagildo cerca de Toledo.
LAMINIUM: En las proximidades de Alhambra (Ciudad Real).
LEBURA: Talavera de la Reina (Toledo).
RECOPOLIS: Junto a Zorita de los Canes (Guadalajara).
SAEGOBRIGA: Cerca de Saelices (Cuenca).
SEGONTIA: Sigüenza (Guadalajara).
SERVITAMUN: Monasterio en las cercanías de Arcavica, sede episcopal visigoda junto a Cañaveras (Cuenca).
SUPRAPETRAM: Cenobio junto a Torre del Burgo (Guadalajara), que dio origen al monasterio hoy llamado Sopetrán.
TOLETUM: Toledo.

Castilla y León

ABULA: Ávila.
ASTURICA: Astorga (León).
CAUCA: Coca (Segovia).
OCELLUM DURII: Zamora.
PAMPALICA: Pampliega (Burgos).
SALMANTICA: Salamanca.

Cataluña

BARCINOMA: Barcelona.
BICLARUM: Monasterio de Biclaro o Biclara, tal vez el de Validara (Tarragona).
GERUNDA: Gerona.
RODA: Rosas (Gerona).
TARRACO: Tarragona.

Ceuta

SEPTE: Ceuta.

Extremadura

AUGUSTOBRIGA: Talavera la Vieja (Cáceres), desde 1963 bajo las aguas del pantano de Valdecañas.
EMERITA: Mérida (Cáceres).
METELLINUM: Medellín (Badajoz).
MORBA: Norba Cesarina-Cáceres.

Francia

ANAGRATES: Annegray.
BURDIGALA: Burdeos.
CABILLONUM: Chalon-sur-Saône.
CAPUT ARIETIS: Cabeza de Carnero/*Cabaret*, en Lastours.
CARCASSONA: Carcassonne.
LUGDUNUM: Lyon.
LUXOVIUM: Luxeuil-les-Bains.
MASSILIA: Marsella.
NARBONA: Narbonne.
NEMAUSUS: Nîmes.
RHEDA: Rennes-le-Château.
TOLOSA: Toulouse.
TURONUS: Tours.
URGERNUM: Beucaire.
VIENNA: Vienne.
VOGLADUM: Vouillé, cerca de Poitiers.

Galicia

BRITONIA: Comarca de Mondoñedo (Lugo).

Islas Británicas

BRITTANIA: Gran Bretaña.
DÁL RIATA: Territorio occidental de Escocia que corresponde a los actuales condado de Argyll y distrito de Lochaber.
IOVAN: Isla de lona, junto a la costa oeste de Escocia.
SCOTIA: Irlanda.

Italia

EBOVIUM: Bobbio.
MEDlOLANUM: Milán.
RAVENNA: Rávena.

La Rioja

AREMETUM: Arnedo.
CALAGURRIS: Calahorra.
TRITIUM: Trido.
VAREIA: Logroño.
VERGEGIO: Berceo.

Madrid

COMPLUTIUM: Alcalá de Henares.

Murcia

CARTHAGINE: Carthago Nova-Cartagena.

Navarra

PAMPILONA: Pamplona.

País Vasco

VICTORIACUM: Enclave de ubicación desconocida en la provincia de Álava, que tiempo atrás se identificó con su capital, Vitoria.

Portugal

BRACARA: Braga.

PORTUCALE: Portus Cale-Oporto.

SCALLABIS: Santarém.

Valencia

VALENTIA: Valencia.

Otros

ALEXANDRIA: Alejandría (Egipto).

CONSTANTIOPOLIS: Constantinopla, antigua Bizancio, actual Estambul (Turquía).

HIPPONA: La antigua Hippo Rhegius, cerca de Annaba (Argelia).

MADAURUS: Mdaourouch (Argelia).

NICEA: Iznik (Turquía).

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

AA.VV., *París Mérovingien*, Ed. Musée Carnavalet, París, 1980.

ANÓNIMO, *El libro de las vidas de los santos padres de Mérida*, (s. VII), edición de Aquilino Camacho Macías, Mérida, 1988.

BÍCLARO, Juan de, *Chronica*, edición de J. Campos, *Chronicon loannis Biclarensis*, CSIC, Madrid, 1960.

BRADLEY, Enrique, *Historia de los godos*, El Progreso Editorial, Madrid, 1890.

CASTELLANOS, Santiago, *Los godos y la cruz. Recaredo y la unidad de Spania*, Alianza Editorial, Madrid, 2007.

COLLINS, Roger, *La España visigoda, 409-711*, Crítica, Barcelona, 2005.

GARCÍA Y GARCÍA, José, *Historia de la ley primitiva de los visigodos y descubrimiento de algunos de sus capítidos*, Tipografía F. Fortanet, Madrid, 1865.

MANGAS, Julio y SOLANA, José María, *Romanización y germanización de la Meseta Norte*, Ámbito Ediciones, Valladolid, 1985.

MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo, *III Concilio de Toledo. La colección canónica hispana*, vol. V, CSIC, Instituto Enrique Flórez, Madrid, 1966.

ORLANDIS, José, *Historia del reino visigodo español*, Rialp, Madrid, 2003.

RlPOLL, Gisela et al., *Recaredo y su época*, Cuadernos Historia 16, Madrid, 1985.

SEVILLA, Isidoro de, *Etimologías*, edición de J. Oroz y M. A. Marcos, *San Isidoro de Sevilla. Etimologías*, BAC, Madrid, 1973.

—, *Historia Gothorum-Historia Suevorum*, edición de C. Rodríguez Alonso, *Las historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla: Estudio, edición crítica y traducción*, Centro de Estudios e Investigación San Isidoro, León, 1975.

THOMPSON, Edward Arthur, *Los godos en España*, Alianza Editorial, Madrid, 1971.

TOURS, Gregorio de, *Historia Francorum*, edición de R Chevalier, *Gregorii Turonensis Episcopi Historiae Francorum Libri Decem*, París, 1610.